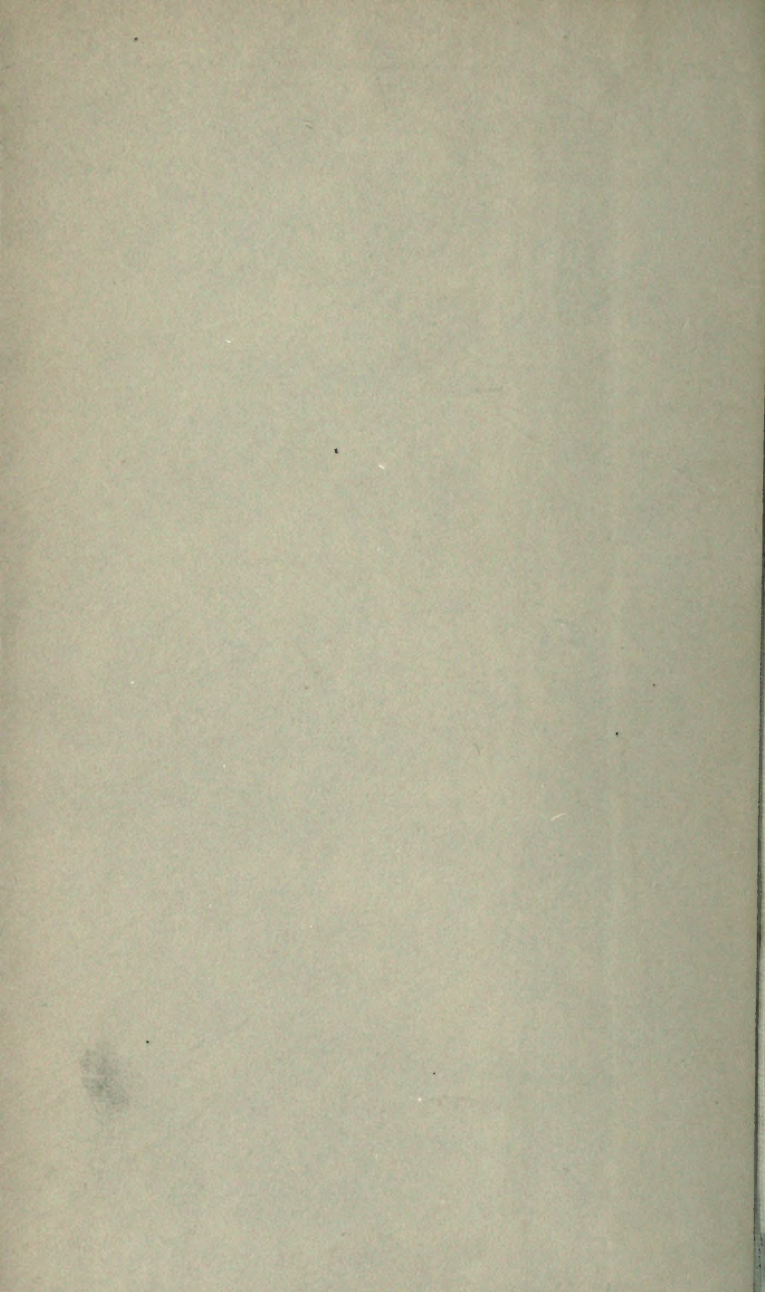


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



S.C.
B5826

I

CONTINUA.

- 1. Pensamiento - las Cigarras Húngaras.
- 2. Valenciano - El Registro de la Policía.
- 3. Tirso de Molina - El Vergonzoso en Palasio.

Biblioteca - La Prensa de Valencia.

TEATRO MUNDIAL

4. Dientes - Aurora.

5. Jover y Kaldívar - Eva.

6. Dientes - El Bufón.

Vol. IV.

7. Vidal y Valenciano y Ros y Ros -

Nos. 31 - 40b

El Guapillo de Plata.

8. Elson y Livet - Nick Carter.

9. Banta - La Gema de los Cardenales.

10. Juan Pablo Nívar - Tráfico Humano.

CONTENTS.

31. Benavente - Las Cigarras Hormigas.
32. Valenciano - El Registro de la Policía.
33. Tirso de Molina - El Vergonzosa en Palacio.
34. Parreño - La Fuerza de la Conciencia.
35. Dicenta - Aurora.
36. Jover y Zaldívar - Eva.
37. Dicenta - El Bufón.
38. Vidal Y. Valenciano y Roca y Roca -
El Cuchillo de Plata.
39. Bisson y Livet - Nick Carter.
- 40a. Dantas - La Cena de los Cardinales.
- 40b. José Pablo Rivas - ¡Justicia Humana!

Las Ciencias Físicas

El estudio de la Física

El estudio de la Física

La Física en la actualidad

La Física

La Física

La Física

La Física en la actualidad

La Física en la actualidad

La Física en la actualidad

La Física en la actualidad

La Física en la actualidad

1

Las Cigarras Hormigas

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Las Cigarras Hormigas

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE



Estrenado en el Teatro de la Comedia, de Madrid el día
24 de Diciembre de 1905



131414
161214

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

KETTY	Sra. Pino.
LA CAMELIA	» Roca.
LA DALIA	» Guerra.
DOÑA PASTORA	» Luna.
TERESITA	Srta. Pérez Vargas.
DOÑA HORTENSIA	Sra. Lamadrid.
ASUNCIÓN	Srta. Colorado.
MISS SMITH	Sra. Caro.
CAMARERA	Srta. Lasheras.
FEDERICO	Sr. Gonzálvez.
AUGUSTO	» Mendiguchía.
TEODORO	» González.
DON GUMERSINDO	» Ramírez.
POLI	» Aguirre.
EL CHURRERITO	» Acuña.
EL CHICO DE LA ÚRSULA	» Gatuellas.
REGUERA	» Jambrina.
DON ISIDORO	» Tatay.
DON AMARO	» Ramírez.
PACO	» Llanos.
MR. RICHARD	» Martí.
VICENTE	» Sala.
MOZO 1.º	
MOZO 2.º	
MOZO 3.º	
MELITÓN (mozo)	

Críados, mozos, viajeros.



ACTO PRIMERO

Despacho modesto

ESCENA PRIMERA

VICENTE y MOZOS

Al levantarse el telón unos mozos cargan con unos muebles de buen aspecto, disponiéndose a llevárselos, mientras otros mozos descargan otros muebles de peor aspecto.

- Vic. Con cuidado, mucho cuidado.
Mozo 1 Ya lo tenemos, por la cuenta que nos tiene.
Vic. (A los que se llevan muebles.) No os digo a vosotros; vosotros ya podeis romper lo que os dé la gana; os lleváis lo vuestro; les digo a éstos, que traen lo que se ha pagado y se queda aquí. Cuidadito, mucho cuidado.
Mozo 1 (Mirando con desprecio los muebles que dejan los otros mozos.) ¡Valientes muebles! De la calle de Tudescos.
Mozo 2 Todo lo más del Rastro.
Mozo 3 ¿Qué decís vosotros? ¿Quién habla con vosotros? Después que nos tenéis una hora esperando a que carguéis arriba, y nosotros más cargados abajo...
Mozo 1 Y nosotros, ¿qué tenemos que ver con vosotros?
Mozo 3 Es que si vamos a estorbarnos, ahora nos-

- otros paramos en la escalera, y no pasáis vosotros, como no pasamos antes nosotros.
- Mozo 1. Eso lo veríamos.
- Mozo 3. Lo veríamos.
- VIC. ¡Eh, amigos, no haya lucha de clases; haya unión, haya solidaridad, haya igualdad, ante la propina!... Vaya dos reales para vosotros, para vosotros una peseta...
- Mozo 1. ¡Y dice que iguales!
- Mozo 3. Además, si cree usted que paga con una peseta...
- Mozo 1. Y con dos reales... Tome usted, y que le aproveche...
- Mozo 3. Guárdelo, si le hace más falta que a nosotros...
- VIC. ¿Os parece poco? Pues ya estáis iguales... Largo, al capítulo de economías...
- Mozo 1. Eso no; venga lo que sea...
- Mozo 3. Del lobo un pelo.

ESCENA II

Dichos y DON AMARO

- AMAR. Hola, hola, Vicente. Muy buenos días.
- VIC. ¡Ah, don Amaro! ¡Qué matutino viene usted! Pase usted, pase usted...
- AMAR. Deja que pueda...
- VIC. Corred ese trasto; dejad libre la puerta.
(Los mozos salen.)
- AMAR. ¿Qué significa este trasiego de muebles? Unos que suben, otros que bajan. Está poniendo de nuevo la casa don Federico, como corresponde a su nueva y brillante posición.
- VIC. Es natural.
- AMAR. Sí... pero por lo que veo, esto ofrece peor aspecto. Este cuarto estaba antes alhajado con más gusto. Y estos muebles... ¿Qué muebles son éstos? ¿O es que han

entrado también en la herencia y don Federico quiere conservarlos en recuerdo de su querido tío? Si es así, ya no digo nada. Un sofá como éste conocí en casa de mi abuelo paterno; mi abuelo le tenía en mucha estima, porque se había sentado en él más de cuatro veces nada menos que don Rafael del Riego, el mismísimo don Rafael. Mi abuelo fué un mártir de sus ideas; por defender la libertad se pasó lo mejor de su vida en la cárcel.

VIC. Pues no hay duda de que la suya, sobre todo, la defendió muy bien. ¿Y qué le trae a usted por aquí todavía, don Amaro?

AMAR. ¿Cómo todavía? ¿Tu crees que yo sólo venía a esta casa cuando estaba ligado por intereses comunes con tu señorito? Antes al contrario: entonces era cuando venía, bien a mi pesar, con el reconcomio siempre de que mis visitas parecieran interesadas y molestas. Pero ahora no, ahora no: proceden de mi amistad, de mi interés... que ya no es interés, vamos, el interés de antes.

VIC. Sí, los intereses... ¿Conque está usted en regla con don Federico?

AMAR. Ay, sí; en regla hasta el último céntimo. Apenas cobró la herencia de su tío, me pagó sin regatear. Don Federico fué siempre un caballero; yo no lo dudé nunca.

VIC. No, nunca... ¡Si hablaran estas paredes!

AMAR. ¡Si hablaran, si hablaran! ¿Quién va a hacer caso de lo que digan las paredes? Ni de lo que uno dice cuando se altera. Don Federico ha pasado sus apuros...

VIC. ¡Y qué apuros!

AMAR. Alguna vez no ha podido cumplir sus compromisos con la puntualidad necesaria en estos asuntos en que ha de responder uno a otras personas que depositan en uno su confianza; porque puede creer don Federico que si de mí sólo se hubiera trata-

do, por mí, aunque no me hubiera pagado nunca...

VIC. Eso ya lo sabía él, que si hubiera sido por usted sólo...

AMAR. Puedes creerlo.

VIC. Pero como no era usted solo...

AMAR. Claro que no... Detrás de mí hay otras personas...

VIC. Ya lo creo. Hay jueces, escribanos, procuradores, agentes de la autoridad... ¡Digo! si hubiera usted sido sólo!...

AMAR. ¡Qué cosas tienes! Querrás parecerte a tu señorito en lo dicharachero.

VIC. Algo se pega.

AMAR. Pero volviendo a estos muebles, en efecto, ¿son heredados?

VIC. No, señor. Esos muebles que ahora se llevan eran de alquiler. Todos los meses se pagaba por ellos una barbaridad.

AMAR. ¿Se pagaba?

VIC. Unos meses sí y otros no: pero al fin se pagaba todo, y se pagaba doble por el retraso; se habrá pagado su valor veinte veces. Por eso, ahora que se puede el señorito ha comprado estos otros.

AMAR. Muy bien pensado.

VIC. Eso sí, mucho peores, como usted ve; pero, ¡ay, don Amaro!, es que usted no sabe que desde que tenemos dinero nos hemos hecho muy económicos. Esta casa está desconocida.

AMAR. ¿Qué me dices?

VIC. Sí, señor. Desde que un duro es un duro, y al gastarlo se ve que es tal duro, no como antes, que siempre se pagaba de memoria, no sabe usted lo que es esto. En fin, yo no sabía lo que era llevar una cuenta, y ahora, ¡pobre de mí si me descuido en cinco céntimos! Ahora no verá usted encendidas dos luces a un tiempo, ni verá usted los cigarros de dos pesetas por encima de las mesas, ni las botellas de Jerez

y de cognac, ni aquellas francachelas de amigos y de amigas, ni nada, en fin, nada. ¿Lo querrá usted creer? El señorito compra ahora cerillas de cinco céntimos, y llena las cajas de diez, usadas...

AMAR. Es increíble. Será que con la herencia del tío ha heredado también su espíritu de orden y de economía. Me dejas atónito. De modo que...

VIC. De modo que me parece que viene usted demasiado pronto, porque, a este paso, en vez de arruinarse, lo que hará don Federico es ahorrar todos los años más de la mitad de sus rentas, y en pocos años será archimillonario, y qué sé yo... puede que se dedique a hacerle a usted la competencia o se asocie con usted.

AMAR. No es ningún disparate. Si él quisiera...

VIC. Tanto como eso, no digo; porque don Federico aborrece a los usureros.

AMAR. ¿Qué es eso de usureros?

VIC. ¡Ay, usted perdone! Quise decir...

AMAR. No; no es que yo me ofenda particularmente. ¡Qué más quisiera yo que ser un usurero, como tú dices! Señal de que disponía de capital para ello. Yo no soy más que un pobre agente de negocios: relaciono, facilito, cobro mi modesta comisión, que muchas veces perdono para dar más facilidades... Don Federico lo sabe, por eso me apreció siempre, y por eso...

VIC. Aquí le tiene usted, señorito; don Amaro.

ESCENA III

Dichos y FEDERICO

FED. ¡Don Amádo!

AMAR. ¡Oh mi señor don Federico, querido amigo!

FED. ¡Usted por aquí! ¿Qué le trae a usted? ¿Es que ya se murmura que necesito de usted?

¿Viene usted de pájaro de mal agüero?
¿Supone usted que he de volver a necesi-
tarle tan pronto? Pues se engaña usted, o
le han engañado. Una y no más; y si algu-
na vez volviera a verme en apuros, antes
que acudir a usted...

AMAR. Pero don Federico de mi alma, señor don
Federico... ¿A qué viene ese chaparrón?
Yo no merezco... yo no... Mi visita sólo
obedece al afecto que le profeso a usted,
y al que ya veo que usted no corresponde
de ningún modo. Yo siempre le he distin-
guido a usted; yo siempre he tenido aten-
ciones con usted que no acostumbro a te-
ner con nadie.

FED. Ya, ya...

AMAR. Yo no le he dado a usted ningún escándalo
en público; yo he sabido esperar... Pa-
rece mentira que me reciba usted de este
modo, usted, siempre tan atento, tan afec-
tuoso... ¡Cuántas veces se empeñaba usted
en que le acompañase a almorzar! Por lo
menos no me dejaba usted salir sin obse-
quiarme con una copita y un magnífico ci-
garro... Y entonces siempre que venía a
visitarle era para algo molesto; pero ahora;
ahora que es sólo el amigo, el amigo des-
interesado...

FED. ¿Va usted a conmoverse? De sobra le co-
nozco a usted. Lo que usted desea es vol-
ver a cogerme por su cuenta; lo que usted
supone es que yo soy el mismo de antes;
que en cuatro días derrocharé alegremente
la herencia de mi tío. Pues no, señor. Se
puede derrochar y gastar sin tino, cuando
no se tiene dinero, cuando vive uno del
crédito, porque en el momento que dejara
usted de gastar, creerían que no tenía usted
una peseta y nadie le fiaría a usted un cuar-
to; pero cuando se posee un capital efectivo,
un capital sólido, acabaron las locuras, y
se acabaron, ¿lo entiende usted?, se acaba-

ron; así es que no vuelva a parecer por aquí, que sé muy bien lo que significan sus visitas... Deme usted una cerilla.

AMAR. Con mil amores...

FED. Y tome usted un cigarro; no diga usted que no le obsequio.

AMAR. ¡De a quince céntimos! (Bajo a Vicente.) ¡Ay, bien decías, este es otro hombre!...

VIC. (Idem a don Amaro.) Le digo a usted que cuando no había modo de que le pagara a a uno el salario, había meses que salía yo por treinta duros; pero ahora... se acabó...

FED. ¿No hay más cartas que estas?

VIC. No, señor...

FED. (Sentándose y disponiéndose a escribir.) Don Amaro, no es echarle a usted; puede usted sentarse, puede usted leer los periódicos... Yo tengo que despachar mi correspondencia, asuntos urgentes, asuntos de interés; usted sabe lo que son estos asuntos.

AMAR. Sí, sí; ya me retiro, y siento haberle incomodado, y sobre todo, deploro que interprete usted la expresión de mi sincera amistad de ese modo. Sabe usted que siempre le he distinguido; sabe usted que siempre, siempre, me tiene a su disposición...

FED. Muchas gracias...

AMAR. (A Vicente, al salir.) Es otro hombre... Oye, Vicente: Si tú, por tu parte, tienes algún apurillo, hasta cierta cantidad... veinticinco, cincuenta duros... ya sabes... Sin comisión, ¿eh?, sin comisión...

VIC. Se tendrá en cuenta... porque pasa uno lo suyo... (Sale don Amaro.)

ESCENA IV

FEDERICO y VICENTE

- FED. ¿Han traído ya todos los muebles?
- VIC. Sí, señor; todos.
- FED. Están bien, ¿verdad? Sencillitos...
- VIC. Muy sencillitos...
- FED. Sin pretensiones. Nada de estilo moderno, ni esas tonterías.
- VIC. No, de moderno no tienen nada. Unas cortinas es lo que no estaría de más aquí... Está esto así... algo desamparado...
- FED. ¿Cortinas? ¡Qué disparate! Un depósito de polvo y de suciedad, un vivero de microbios... ¡Que circule el aire libremente, por puertas y ventanas!... El aire y la luz... Ahora que me acuerdo... ¿Resultó, en efecto, que la cuenta del carbonero estaba equivocada?
- VIC. Sí, señor; sí... Aquí tiene usted tres pesetas cincuenta y cinco céntimos que me ha devuelto.
- FED. ¿No te decía yo? Con esa gente no puede uno descuidarse. Y tú empeñado en que la equivocación era nuestra... Si le dejamos pasar una... Digo, tres pesetas cincuenta y cinco céntimos todas las semanas, parece una insignificancia, y hace al mes... (Suma en un papel.) quince pesetas veinte céntimos, y al año... ciento setenta pesetas con cuarenta céntimos; una friolera... Todo el mundo a robar... Mucho cuidado con las cuentas, mucho cuidado. (Suena el timbre.)
- VIC. ¿Está en casa el señorito?
- FED. Sí, abre... Serán don Augusto y don Teodoro; los tengo citados a esta hora... Si no fueran ellos, que no estoy en casa.
- VIC. Está bien, señorito. (Sale.)

ESCENA V

FEDRICO, AUGUSTO y TEODORO (de levita y todo de negro)

FED. ¿Sois vosotros? Adelante, adelante.

TEO. (Desde la puerta, con solemnidad.) ¿Da usted su permiso?

AUG. (Idem.) ¿Es don Federico Pomares de la Umbrosa a quien tenemos el honor de saludar?

FED. Dejáos de tonterías. No estoy de humor para bromas.

TEO. Eres rico. La riqueza ha matado tu juventud y tu buen humor.

AUG. ¡Macbeth, Macbeth, has asesinado al sueño!

FED. ¿Traéis ensayado el intermedio cómico? Pero ¿qué es eso? Los dos de levita, y todo de negro.

AUG. Levita cerrada y pantalón del mismo color, que dijo el clásico.

FED. ¿Venís de algún entierro, o habéis sido padrinos de algún lance?

TEO. Aun no lo sabemos; pero tu comunicación decía: Os espero; tenemos que hablar de un asunto serio.

AUG. Los asuntos serios deben tratarse seriamente, y aquí nos tienes.

FED. Sois la mar de graciosos. Si aplicárais el ingenio a cosas más útiles...

AUG. A fabricar tósigos para envenenar a tíos recalcitrantes.

FED. ¡Qué bárbaros!

AUG. ¡Ah, no lo niegues! Tu tío estaba lejos, pero tú le enviabas tus cartas impregnadas de un veneno misterioso, como aquel con que el duque de Anjou envenenó las hojas de un libro de montería, dedicado a su hermano Carlos IX de Francia.

FED. ¡Pobre tío! Lo que yo deploro es haberle ocasionado tantos disgustos en vida. Tales disgustos, que con razón debí temer que para nada se acordara de mí en su testamento. Lo merecía. El mismo me lo dijo siempre; vosotros sabéis que yo nada esperaba.

TEO. ¡Bah! La voz de la sangre, digan lo que quieran, puede mucho en los momentos decisivos de la vida. ¿A quién demonios iba a dejar tu tío su fortuna? Una fortuna adquirida a fuerza de trabajo, de sacrificios... Un viudo sin hijos, tú el único pariente cercano...

FED. ¡Qué sé yo! Figúrate que cualquier lagartona le hubiera engatusado: figúrate que se lo hubiera dejado todo a la Beneficencia o a cualquier fundación piadosa... Ha sido una lotería, una verdadera lotería, algo providencial; por eso mismo, podéis creer que mis ideas han padecido una verdadera revolución. Debo creer en los milagros...

AUG. Pues no digo nada tus ingleses.

FED. No; para mis ingleses era mejor garantía que viviera mi tío. Ya sabían ellos que, de cuando en cuando, el buen señor se conmovía y nivelaba mis presupuestos; ahora es cuando, si yo cometiera la torpeza de arruinarme, no encontraría quien me prestara un céntimo, porque ya, ni cercana ni remota, queda esperanza alguna de otra herencia; y para los acreedores vale más un tío vivo que un tío muerto, no hay que darle vueltas.

AUG. No; a un tío vivo sí hay que darle vueltas.

FED. ¡Miserable! Un chiste más, y mueres.

TEO. Bueno. ¿Y ese asunto serio que nos anunciabas en tu lacónica misiva?

FED. ¿Lacónica?

AUG. Y antirreglamentaria. Cuando se cita para un asunto serio, no hay otra forma de re-

dactar la citación que la siguiente: «Queridos amigos. Para tratar de un asunto serio, os espero a almorzar tal día, a tal hora... Vuestro...»

FED. ¡Como el último día que almorzásteis aquí dijísteis que os había matado de hambre!...

AUG. Esa es razón para darnos mejor de almorzar otro día, no para dejarnos de convidar.

FED. Es que os conozco, y vosotros, si se os da mal de almorzar, os ponéis de tal humor que no hay quien os saque una palabra del cuerpo; si almorzáis bien, no sabéis decir más que chirigotas y payasadas.

TEO. Pero café, una copita de cognac y un buen cigarro...

AUG. De los de antes, ¿eh?, de los de antes. Trátanos como cuando no eras rico. Si tu tío te ve desde el cielo, él sabrá perdonarte.

FED. Respetad la memoria de mi tío. Apelo a vuestro buen gusto. (Toca un timbre, y sale Vicente.) Tráenos café, unas copitas de cognac y los cigarros que hay en mi cuarto.

VIC. ¿De los buenos?

AUG. ¡Qué pregunta! ¿Cuándo se ha preguntado eso en esta casa?

FED. Sí, hombre, sí; de los buenos. (Sale Vicente.) ¿Queréis algo más? Ya sabéis que para vosotros soy siempre el mismo. Con vosotros he compartido las preocupaciones de días muy negros; juntos hemos trazado planes fantásticos; juntos hemos acariciado las mismas ilusiones en el porvenir. No creáis que me olvido de vosotros al verme feliz y tranquilo; para eso os he llamado, y de eso quiero que hablemos seriamente, muy seriamente, si es posible hablar en serio con vosotros.

AUG. Sí, Federico, sí; ya sabemos lo que vales. (Se abrazan.)

- TEO. (Idem.) Eres un gran chico; nunca lo hemos dudado.
- AUG. Somos tres grandes chicos; mejor dicho, tres chicos grandes... Ea, ya estamos emocionados los tres... Y de verdad, ¿no es eso?
- FED. ¿Por qué no? El corazón está sano. ¡Y no vale burlarse de esta emoción!
- AUG. ¡Qué ha de valer!... Vaya que se me ha olvidado el pañuelo... Dejadme uno...
- TEO. Toma el mío...
- AUG. ¡Uy! Naftalina...
- TEO. Es de la levita.
- AUG. ¡Sí, ya..!
- FED. Sí, lo noté desde que entrásteis.
- AUG. Yo desde que salieron. Es que ese don Vicente cuida muy bien cualquier prenda que se le confía. (Entra Vicente.)
- VIC. Aquí está todo... ¿Manda otra cosa el señorito?
- FED. Que no estoy para nadie.
- VIC. El oficial de la notaría quedó en volver esta tarde, y el señor administrador de la casa de la calle de la Manzana...
- AUG. ¡El administrador! ¡Qué bien suena!...
- FED. Para esos sí estoy... nada más. (Sale Vicente.)
- AUG. ¡Administrador!
- (Cantando.) ¡Dichoso aquel que tiene su casa a flotel
- (Hablando.) En la calle de la Manzana, una finca. Y no será la única.
- FED. En Madrid, sí. En Moraleda tengo varias, rústicas y urbanas.
- TEO. ¿Moraleda? ¿Dónde está eso?
- AUG. ¡Qué ignorante! Moraleda, ciudad histórica y monumental, famosa por sus tortas de yema y las pantorrillas de sus mujeres; esta segunda fama no he podido comprobarla; la de las tortas, sí, las de yema y las otras: consecuencia de querer comprobarlo todo.

TEO. Tu tío, ¿era de allí?

FED. No; su mujer, mi difunta tía, que, naturalmente, al tener dinero, prefirió afincarse en el pueblo que la vió nacer, y donde vivía modesta y obscura en su juventud; vanidad natural en las mujeres. Mi tío la quería mucho, y no quiso contrariarla.

TEO. Hizo mal... Fincas de provincia...

FED. Establecieron allí un hotel, el mejor hotel de Moraleda, en una magnífica casa construída ex profeso; despues cedieron el negocio en buenas condiciones; por cierto que ahora cumple el plazo del contrato, y ya me han escrito para renovarlo en seguida...

TEO. ¿De modo que has heredado en gordo?...
Más de lo que esperabas.

FED. No esperaba nada. Pero no creáis que estoy dispuesto a derrocharlo todo alegre y tontamente, como derroché lo que heredé de mis padres; una vez puede tener disculpa, y, por fortuna, ha tenido remedio. La segunda vez sería imperdonable. Escarmenté en cabeza propia. Por eso me propongo no vivir en la ociosidad, que es donde está el peligro; quiero aplicar mi actividad y parte de mi dinero a cualquier industria, negocio, explotación que, con el atractivo de aumentar en algo, aunque sea en poco, mis rentas, me distraiga y me ocupe, sobre todo. ¿He pensado mal?

AUG. Como un artículo de fondo.

TEO. ¿Ocupación dijiste? ¿De negocios hablaste? Negocio, ocupación y entretenimiento, todo en una pieza... (Sacando unos papeles del bolsillo.) Lee, entérate de esto; todo está estudiado, no falta un detalle: presupuesto completo, gastos, beneficios, todo, todo... Como que llevo dos años no pensando en otra cosa, buscando un socio, un socio capitalista... ¡Quién había de decirme que ese socio ibas a ser tú!

- FED. ¿Qué es esto?
- AUG. No quiero anticipar mi juicio.
- FED. (Después de dar una ojeada al papel.) Negocio de teatros... ¡Quita, quita!
- TEO. ¡Ah! ¿Lo arrojas con ese desdén sin enterarte?... Pues dime en qué negocio puede ganarse más... ¡Ganancias fabulosas!
- FED. Tan fabulosas... Te veo: lo que tú quisieras es tener un amigo como yo, empresario, para colocar tu ciento y pico de obras no representadas... ¿Y tú crees que, aun cuando yo fuera empresario, te las admitiría? Eso, amigo mío, no; una cosa es la amistad, y el teatro es otra cosa.
- TEO. ¡Ah! ¿No crees en mí? ¿No crees en mis obras? Entonces, ¿por qué me has dicho tantas veces que yo tenía mucho talento, que mis obras eran admirables y que los empresarios y que los directores de teatros eran unos imbéciles no representándolas?
- FED. ¡Hombre! Por no desanimarte, tenías en eso todas tus ilusiones.
- AUG. Y nos divertíamos tanto, cuando nos leías algún disparate.
- TEO. ¡Disparates! ¿Conque eran disparates? ¿Y por qué no me lo habéis dicho antes?
- AUG. ¡Hombre! No corría tanta prisa.
- TEO. Si, creéis que estimo en algo vuestra opinión. ¿Qué sois vosotros? Vulgo, vulgo nada más.
- FED. Pues si esperas que cuando estrenes van a venir a juzgar tus obras Maeterlinck y Gabriel D'Annunzio... Mira, querido Teodoro, en serio: cuando no había remedio a tu situación, tan precaria como la nuestra por culpa de nuestro carácter, o de la educación imperfecta que nos dieron, o del medio en que vivimos, ¡vaya usted a saber!, lo menos malo que podías hacer era... esc, entretenerte en escribir obras para el teatro. Las obras teatrales, por malas que

sean, mientras no se representan no causan perjuicio a nadie; los amigos tenemos la obligación de soportar tres o cuatro lecturas de cada una; pero, vaya, no es más molesto que acompañar un entierro, y también se hace por los amigos... Pero ahora, cuando todos podemos hallar solución a nuestra vida, porque yo no soy egoísta, al pensar en mí he pensado en vosotros; quiero asociaros a mi empresa, cualquiera que sea. Es preciso que nuestra vida cambie por completo; se acabaron las golferías; es preciso... la palabreja está muy gastada, sobre todo en estos tiempos, pero es preciso regenerarnos; con que ya podéis pensar a qué nos dedicamos; pero seriamente, nada de tonterías...

TEO. ¿Negocio? ¿Industrias? Hay miles, para hacerse millonario en pocos años; yo tengo ideas, siempre las tuve... Esto es aparte: como la del teatro, ninguna.

AUG. Pues lo que es esa, desechada... Mira: prescindiendo del peligro de estrenar tus obras, que ya es bastante, aunque sólo fuera por el peligro de las actrices... ¿gúrate, mujeres guapas, artistas... nuestra debilidad... Y nosotros empresarios... Nada, nada, a otra cosa.

TEO. Un café...

FED. Sí, que hay pocos. ¡No costaría nada acreditarle!

TEO. Bastaría con dar buen café, verdadero café...

AUG. Y el público, que no está acostumbrado, extrañaría el sabor y creería que se le envenenaba.

TEO. Un bar, servido por mujeres de distintos países, una francesa, una rusa, una mora... Además serviría como escuela práctica de idiomas.

FED. Nada, nada, nos beberíamos el bar.

AUG. Y la escuela de idiomas.

- TEO. Pues decidme vosotros: tú, Augusto, que sólo te luces en las interrupciones.
- AUG. Es lo de siempre. Estamos buscando por los cerros de Ubeda lo que tenemos cerca, a la mano y ya establecido, cuando lo difícil en cualquier negocio es el primer impulso. ¿No dices que tu tío tenía un hotel en Moraleda, un magnífico hotel, que después él cedió a otras personas, que ahora termina el plazo del contrato, que han escrito para renovarlo?... Pues ahí está el negocio, fácil, bonito, acreditado; digo yo que estará acreditado, cuando desean continuar.
- TEO. ¿Es que propones que Federico explote el hotel por su cuenta?
- AUG. Naturalmente. Yo me encargo de la gerencia y alta inspección de todo. Tú puedes encargarte...
- TEO. De la contabilidad...
- FED. ¡Nunca! ¡Buena andaría!
- TEO. Pues del *restaurant*, o de esperar a los viajeros en la estación... Tengo una voz para gritar... ¿Cómo se llama el hotel?
- FED. Del Universo y de las Cuatro Naciones.
- AUG. ¡Digo, el Universo, y además Cuatro Naciones; no se han quedado cortos!...
- TEO. Pues bien; yo gritaría: ¡Hotel del Universo, hotel del Universo! ¡El mejor hotel, el único hotel!
- FED. Y los encargados de los otros hoteles te rompían algo.
- AUG. ¿Qué tal mi idea? Se medita, ¿eh?, se medita. No es ninguna fantasía, no es ningún cuento tártaro. Hay lógica, hay base; es algo práctico, ¿eh?, algo práctico...
- FED. Sí; en efecto, es para estudiarse. Hay algo, hay algo; el negocio debe ser bueno, porque las personas que lo tienen a su cargo es gente práctica, y cuando tanto empeño tienen en renovar el contrato...
- AUG. Y eso que, como si lo viera, todo estará a

la antigua, sin *confort*, sin adelantos; pero gastándose un poco de dinero y dándole cierto tono...

FED. Además, la idea de dejar Madrid me seduce; si viérais, desde que todo el mundo cree que tengo dinero, es una plaga de pedigüños... Este Madrid es imposible: aquí no pueden vivir más que los vagos y los que no tienen una peseta. Mira, en serio: hay que estudiar ese asunto...

AUG. ¿Estudiarle? No hay más que hablar. Ahora mismo escribes diciendo que no estás dispuesto a renovar el contrato, que explotas el hotel por tu cuenta, y lo más pronto posible nos vamos allí y sobre el terreno... Ya verás, ya verás; tú no me conoces a mí como hombre práctico, de acción... Yo te aseguro que en dos meses hago del hotel un paraíso, hago de Moraleda una estación de invierno mejor que Niza y de verano mejor que San Sebastián, y, si me apuras, descubro unas aguas minerales que lo curen todo, o se me aparece una imagen milagrosa que ni en Lourdes.

FED. Hablemos en serio: hagamos números...

AUG. Números, vengan números... vengan datos... Venga papel... vengan cifras...

FED. Veamos... (Sacando de un cajón varios papeles.) Aquí está todo, en los papeles de la testamentaria... Hasta el plano del hotel.

AUG. Digo... Si es magnífico... Tres pisos... Una gran escalera... la alfombraremos, pondremos plantas, espejo, y en los descansillos máquinas automáticas de esas en que se echa diez céntimos y alguna vez sale algo... parece que no, y es un negocio... ¡Ah! yo pienso en todo; ya verás, ya verás los saca-dineros que yo invento; todo a la francesa... Vaya, vengan los papeles... Papel, pluma... (Se sientan los tres alrededor de la mesa.) Estudiemos, estudiemos... (Leyendo entre dientes) Una casa en Moraleda, provincia

- de idem... sita en la calle del Obispo, esquina a la plaza de la Constitución... superficie de diez y ocho mil metros cuadrados y... Dejadme, dejadme. Tú puedes ir escribiendo, ahora mismo, la carta negándote a la renovación del contrato... Y tú...
- TEO. Yo redactaré un anuncio de propaganda; ya veréis, ya veréis. (Se ponen los tres a escribir muy afanados. Alguna vez van a mojar la pluma al mismo tiempo.)
- AUG. Manos a la obra. Trabajemos todos... Marchemos todos, y yo el primero... (Leyendo y tomando notas.) Sita en la calle del Obispo...
- FED. (Escribiendo.) Distinguido señor... En mi poder la suya... fecha... me apresuro...
- TEO. (Escribiendo.) Gran Hotel del Universo y de las Cuatro Naciones, situado en el centro de la población, cerca de los teatros, del telégrafo y del Gobierno civil...
- AUG. ¿Qué dices, hombre? ¿Qué sabes tú si todo eso está cerca?
- TEO. Hombre, en provincias las distancias son siempre cortas... Si no me dejáis hacer nada...
- AUG. Lo que tú hagas siempre serán fantasías... (Los tres a un tiempo.)
- AUG. Esquina a la plaza de la Constitución, superficie de diez y ocho mil metros...
- FED. Que decidido a llevar por mi cuenta cuantos negocios dejó mi difunto y nunca bastante llorado tío...
- TEO. Teléfono en cada piso... luz eléctrica, baños, cocinas francesa y española, peluquería y cuantos refinamientos en los modernos progresos y adelantos...

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO

Patio de un hotel, cubierto de cristales; al fondo, en el centro, escalera que conduce a un pasadizo con barandilla; en el centro, puerta que conduce al despacho del hotel; a derecha e izquierda dos puertas a cada lado, de habitaciones; en la planta baja; a la derecha, otras dos puertas también de habitaciones; a la izquierda, gran puerta de entrada. Plantas, veladores, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

TEODORO, sentado en un velador lee un periódico, y se dispone a tomar una copa de Jerez con bizcochos. Leocadia, CAMARE-
RA, le sirve.

TEO. ¿De modo que hoy empiezan las ferias de esta gran población?

CAM. Sí, señor: hace un momento pasaron por aquí los cabezudos, y esta mañana, muy temprano, la diana, y luego, a la tarde, en ese descampado que hay a la espalda, van a poner la primera piedra de una estatua que van a poner encima, y habrá música también y mucha gente, y el gobernador y el obispo.

TEO. ¿Y qué mas, qué más fiestas hay en estos días?

CAM. A mí no me pregunte usted, que yo no las he visto nunca.

TEO. ¡Ah! ¿Tú no eres de aquí? ¿Este el primer año que sirves en el hotel?

- CAM. Entré ocho días antes de venir usted. Yo, estaba sirviendo en los baños de Fuenteclara; ocho horas de coche desde Calzadilla, desde aquí, cinco de tren y las ocho de coche, luego una hora a caballo, luego se pasa el río en una barcaza, y... luego...
- TEO. No te empeñes en convencerme, no pienso ir.
- CAM. A usted no le aprovecharía de nada.
- TEO. Seguramente. ¿Para qué sirve?
- CAM. Para las señoras que quieren tener hijos.
- TEO. Ya lo creo que no me servirían... ¿Y hay mucha concurrencia?
- CAM. Sí, señorito; son milagrosas. Eso sí; saben muy mal.
- TEO. ¡Ah! Tú las has probado?
- CAM. Por probar de todo, señorito.
- TEO. Pero no te harían efecto.
- CAM. A mí no me diga usted barbaridades, que yo no le he dado a usted pie para nada.
- TEO. Perdona, mujer.
- CAM. Y si ha creído usted otra cosa, porque anoche me dejé abrazar, fué porque llevaba un servicio de té, y no era cosa de tirarlo todo. (Suena un timbre.) Es la señora inglesa. Ya sé lo que quiere; que la lleve otro gato.
- TEO. ¿Un gato?
- CAM. Sí; tiene cinco en su cuarto, todos los de la casa; se ha empeñado en que hay muchos ratones.
- TEO. ¿Y los hay efectivamente?
- CAM. Yo no sé. En mi cuarto también oigo ruidos por la noche; pero la verdad, yo creí que era alguno de ustedes que venía a arañar a la puerta, y como yo no soy miedosa, ya ve usted, nunca echo el pestillo... (Sigue sonando el timbre.)

ESCENA II

Dichos y AUGUSTO

AUG. ¿Pero nadie oye? En el número 5 llaman... yo también llamo, y nada... ¿Qué servicio es este? ¿No oye usted? ¿No oye nadie?

CAM. Ya voy, ya voy... Es que el señorito...

AUG. ¡El señorito, el señorito! Los viajeros son antes que nada... Usted, no tiene que atender más que al servicio de los viajeros, usted no debe atender más que al servicio de estas habitaciones... Creo que no tendré que volver a repetirlo... Pero, ¿no oye usted que están llamando?...

CAM. Sí, señor; pero como el señor me hablaba.

AUG. ¿Pero no oye usted, que usted no debe atender más que a los viajeros?... (La camarera entra en el número 4.) Tú eres el que perturbas el buen orden del establecimiento.

TEO. ¿Yo?...

AUG. De conversación con la camarera...

TEO. Es muy graciosa esa muchacha. Es de una sencillez casi salvaje... y tiene unos ojillos y...

AUG. Todo eso lo he reparado yo también... Y cuando la llamas para algo, y ha cumplido el encargo, tiene un modo de preguntar, subrayando más que una tiple del género chico: ¿Deseaba usted otra cosa? Que abre a la imaginación horizontes ilimitados...

TEO. Ya has reparado más que yo.

AUG. Sí, pero yo, como si no viera nada, como si no oyera nada, ya lo sabes: en la casa donde habites... todo para el viajero, y por el viajero. Yo no soy como tú, que no haces nada, no sirves para nada.

TEO. Poco a poco. Toda la mañana he estado ocupado en ampliar la instalación de la

luz eléctrica. Veinticinco lámparas entre el comedor y el salón de lectura. ¡Oh, y en esto de instalaciones eléctricas, soy un Edison!

AUG. No me fío de tu habilidad. Y en seguida, a reponer las fuerzas. Todo el día tomando cosas. Está bien; se te desquitará del sueldo. (Apuntando en un papel.) Jerez con bizcochos: dos pesetas.

TEO. ¡Dos pesetas!

AUG. En este momento, eres un viajero cualquiera.

TEO. Es que un viajero cualquiera, hubiera dicho que este Jerez es una porquería, y que estos bizcochos están duros...

AUG. Voy a comprobarlo. Mi deber es hacerme eco de todas las quejas... (Toca un timbre y sale la camarera.) Jerez y unos bizcochos.

CAM. En seguida. (Sale.)

TEO. Oye, oye; antes hablaste de mi sueldo: ¿qué sueldo es ese?

AUG. El que se te dará cuando encarrilemos el negocio. En quince días que llevamos, comprenderás que no puede calcularse nada... Yo, estudio ahora el negocio... no ceso de hacer números... Toda la mañana me la he pasado estudiando el problema de las subsistencias. Al precio a que está todo, y al precio medio del hospedaje, es imposible dar vaca ni ternera más de una vez a la semana, y como el contraste con el carnero diario sería más violento, es preferible atenerse al carnero, si bien he convenido con el jefe de cocina en que procure disfrazarlo con la mayor variedad posible. ¿Tú has sabido nunca el precio de un kilo de vaca sin hueso?

TEO. Nunca.

AUG. ¿Y el de un quintal de patatas, comprado al por mayor, y directamente a los abastecedores?

TEO. Menos, hombre.

AUG. Asusta, asusta. Ahora comprendo menos que nunca, cómo hemos podido comer tantos años con tan poco dinero. ¡Y maldecíamos de las patronas! Son ángeles, créeme, ángeles milagrosos. Nos habremos comido un capital, y un capital que no hemos tenido nunca... Es admirable.
(Entra la Camarera con una botella de Jerez, con copa y bizcochos.)

CAM. Aquí tiene usted.

AUG. Déjalo ahí.

CAM. ¿Deseaba usted otra cosa?

AUG. Nada más, nada más... Y le advierto a usted que es una pregunta impertinente, que no debe usted hacer jamás a ningún viajero...

CAM. ¿Eh?...

AUG. ¿Usted cree que si yo, o cualquiera, deseáramos algo más, íbamos a dejar de pedirlo por timidez o cortedad?

CAM. No se incomode usted, señorito; yo lo pregunto siempre, porque me pareció de educación.

AUG. La educación, es hablar lo menos posible. Espero que no tendré que volver a repetirlo...

CAM. (Me parece que no hago yo aquí los huesos duros). (Sale.)

TEO. ¡Pobre muchacha! No había para qué reprenderla de ese modo.

AUG. Es que me pone nervioso con la pregunta... y estoy viendo que el mejor día me olvido de mi cargo, y... oye: ¿y Federico?

TEO. ¿Federico?... Está loco.

AUG. La verdad es que el Jerez...

TEO. Te convences ..

AUG. Sí, sí; es impepinable. Yo estudiaré si se puede mejorar la clase... Este será de tres pesetas todo lo más.

TEO. Devolviendo el casco.

AUG. Una botella hará... Espera.

TEO. ¿Qué haces?

- AUG. Estudiar el negocio prácticamente. Bébetela esa copa.
- TEO. ¿Sí?
- AUG. Sí... y ya está... A ver cuántas copas tiene una botella. Anda con otra...
- TEO. No, gracias: envenenarme, no. Todo para el viajero, y por el viajero.
- AUG. Tienes razón, es demasiado. Abonaremos las plantas. Ayúdame... 4... 6... 7... A peseta son 7 pesetas... quedará una media, que otra media de otra botella... son 15 pesetas cada dos botellas. Queda líquido...
- TEO. No queda nada.
- AUG. ¡Qué gracioso! Ya me has embrollado la cuenta... 15 .. de 3 a 15...
- TEO. ¿Pero tú has tomado en serio todo esto?
- AUG. ¿Tú crees que Federico se preocupa tanto como tú?
- TEO. Cree que debe preocuparse. A propósito, antes me dijiste que estaba loco. ¿Por qué lo dijiste?
- AUG. Pero tú crees que se cambia así de carácter por tener dinero, o por no tenerlo. El dinero es un accidente... En los primeros días, Federico, por reacción natural, en cambio tan brusco se creyó él mismo transformado, pero ya verás... Es el de siempre... Anoche mismo... ya sabes que salimos a dar una vuelta por el real de la feria... Se nos ocurrió entrar en una barraca, un circo ambulante, donde con sorpresa vimos ejercicios de mérito, y entre ellos el de una miss Ketty... así decía el programa, que presentó unos perritos monísimos; luego volvió a salir acompañando a un *jongleur*, bastante notable también; pero antipático, con su pelito rizado, con su colorete y un trajecito de playa blanco, que después se quita para aparecer de torero... ¡Y qué torero?... De los de ya no hay Pirineos...
- AUG. ¿Y qué?

- TEO. Nada, que ya conoces a Federico... Se enamoró perdidamente de esa mujer...
- AUG. La de los perritos...
- TEO. Y la del *jongleur*, que será su marido o algo peor.
- AUG. Peor es imposible. ¿Y esa mujer?
- TEO. Entre aquella gente, y con las mallas y la pintura... Es esbelta y tiene un aire distinguido, eso sí; al notar que aplaudíamos con más insistencia que nadie, se fijó en nosotros y nos dió las gracias con una sonrisa... Si te he de decir verdad, se fijó en mí más que en Federico.
- AUG. Es que si llevabas ese chalequito y esa corbata, era para fijarse...
- TEO. Federico quería que la esperásemos a la salida, yo me opuse, pero esta tarde, desde muy temprano, se echó a la calle decidido a encontrarla... Nada, que se enamoró como en sus mejores tiempos... Ya le conoces, él es así; a primera vista, o nunca.
- AUG. Pero eso es una tontería.
- TEO. Es que si al amor le quitas las tonterías, ¿qué le queda?
- AUG. A ver si se significa demasiado, y el *jongleur* hace con él juegos malabares entre dos quinqués y un paraguas.

ESCENA III

Dichos y PACO, con un pequeño saco de mano

- PACO Para servir a ustedes.
- AUG. (Bajo.) Un viajero... (Alto.) *Passez vous, monsieur, passez vous...*
- PACO ¿El encargado del hotel?
- AUG. Servidor... ¿El señor desea?...
- PACO Una habitación.
- AUG. Por el momento, no tenemos ninguna desocupada... El señor sabe... son las fiestas

les graandees fiestas de Moraleda. Les grands courses de taureaux... fuegos artificiales, *cinematógrafo*, en fin, las grandes fiestas...

PACO Sí, ya sé, a eso vengo yo, a las fiestas... ¿Y dice usted que no hay habitaciones?

AUG. Por el momento... Hay algunas disponibles, pero están pedidas por telégrafo para muy pronto... justamente... los telegramas... El Gran Duque de Baden-Baden... La Princesa de Sajonia...

PACO ¡Qué contrariedad! Me habían dicho que de seguro encontraría...

AUG. El hotel está siempre lleno, y en fiestas, para las grandes fiestas, está lleno quince días antes de venir todo el mundo.

PACO ¿Y no habría medio? En cualquier rincón, yo me acomodo en cualquier parte... Vengo a las fiestas...

AUG. Lo lamento.

PACO En cualquier parte, ya digo...

AUG. Exponiéndome a un verdadero compromiso, puedo cederle una pequeña habitación de las reservadas para la comitiva del Gran Duque.

PACO Gracias, muchas gracias...

AUG. (A la Camarera que ha salido un momento antes.) Conduzca usted al señor al piso tercero, número 12 bis...

PACO ¿Doce bis?...

AUG. Hemos suprimido el número 13, por las muchas personas que tienen supersticiones... Es una magnífica habitación.

CAM. Cuando usted guste... ¡Señorito Pacol...

PACO (Bajo) Calla, no me descubras...

CAM. Usted, aquí...

PACO Sí, calla... Vamos...

AUG. El señor no tiene más equipaje.

PACO No...

AUG. ¡El señor piensa estar pocos días!...

PACO (Y yo que no había pensado...) Sí... es decir, no; pienso estar... Vengo a las fies-

tas... El equipaje no viene conmigo... Llegará mañana... Un mundito... Un mundo...

AUG. (Bajo a Teodoro.) No me gusta nada este viajero...

PACO Condúzcame usted, camarera... (La verdad es que he traído poco equipaje... Está escamado... Mañana me envía el baúl más grande que encuentre... Lleno de piedras...) ¿Es por aquí?

CAM. Sí, señor... tercero... Es lo más alegre... No verá usted más que cielo, por todas partes. (Sale Paco y la Camarera.)

AUG. Ese viajero es un pájaro de cuenta, tal vez uno de esos que llaman ratas de hotel, que cometen los robos más atrevidos con ayuda del cloroformo... ¿No lo has leído en las Memorias de Gorón?

TEO. ¿Qué disparate! Si parece un infeliz, un señorito de pueblo, que viene a divertirse en las fiestas...

AUG. Por si acaso, le cobraremos por adelantado.

TEO. Pero oye; ¿a qué viene ese acento francés, y decir que no hay habitaciones, cuando en todo el hotel no hay más que dos o tres viajeros, y los antiguos dueños que se marcharán en cuanto pasen las fiestas!...

AUG. No entendéis el negocio... El acento es indispensable, y decir siempre que no hay habitaciones, es el A. B. C... del oficio... En todos los grandes hoteles de Francia es lo primero que te dicen: *Monsieur, tout est plein... tout est plein...* Y luego tiene habitaciones y todo lo que pides a *tutiplén*. Hay que poseer el arte supremo de hacer valer el género... ¡Ah! Yo estoy en mi elemento...

TEO. Sí, se conoce... Yo, por mi parte, me aburro de muerte... ¡Qué pueblo este!

AUG. ¡Ah! Pero ¿tú pensabas que veníamos aquí a divertirnos? Está visto; la única persona

seria, soy yo... Sí, señor, yo... (Viéndolos llegar.) Viajeros... una viajera... Sí, acabaremos por hacer negocio...

TEO.

¡Qué veo!

AUG.

¡Qué ves?

TEO.

Es miss... Kett?... la del circo.

AUG.

¿La de los perritos?... Silencio.

ESCENA IV

Dichos, Miss KETTY y Mr. RICHARD

AUG.

Madame, Monsieur... Passez vous, passez vous...

RICH

(Bajo.) Que éstos serán franceses... o lo hablarán por lo menos...

TEO.

¿Vous parler français? Tant mieux...

AUG.

Oui, oui...

RICH.

¿Avez vous des chambres?

AUG.

¡Oh! señor... *Monsieur*... yo soy francés... pero no hablo francés... Salí de allí muy pequeño... Mis papás me trajeron de París... y la he olvidado todo, no me ha quedado más que el acento...

KETTY.

No importa... Yo hablo español... ¿Tienen ustedes habitaciones?

AUD.

Por el momento.

TEO.

(Bajo.) Déjate de farsas... No lo tomen en serio, y se marchen...

AUG.

Por el momento... quedan muy pocas disponibles... En las fiestas, las grandes fiestas... ¿Ustedes desean una habitación?

KET.

No, dos...

AUG.

Dos juntas...

KET.

O separadas, es igual... Dos habitaciones de un precio módico... Somos artistas... Al llegar aquí nos hospedamos en una casa que nos recomendaron, pero era horrible... Nos dijeron que en este pueblo

no había más hotel medio decente que éste.

AUG. ¡Eh! (Bajo.) ¡Medio decente!

RICH. ¡Oh! ¡Qué horrible pueblo! Y para el negocio no vale nada. Hemos sido engañados al venir aquí.

TEO. Y nosotros también...

KET. De modo que puede usted decirnos el precio...

AUG. El precio... Ustedes saben que estamos en fiestas.

RICH. ¡Oh! buenas fiestas.

TEO. (Bajo). No seas majadero... Rebaja el precio... Si Federico se entera...

AUG. En fin..., por ser ustedes, por tratarse de dos grandes artistas de quien he oído hablar a todo el mundo...

KET. ¡Ah! ¿Nos conoce usted?

TEO. Sí, señora... o señorita... (No confirma nada... No me vale la galantería francesa.) Anoche tuve el gusto de admirar a usted..., a ustedes... ¿Usted no recuerda?

KET. ¡Cómo es posible entre todo un público!

AUG. (Bajo a Teodoro). ¿Para qué presumes, a pesar del chalequito?...

KET. Entonces... ¿el precio?...

AUG. Pagarán ustedes 10 pesetas.

KET. ¡Oh!, es muy caro.

TEO. (Bajo). Descuide usted. Ya será algo menos.

KET. Eh... En fin, es por poco tiempo, y aquí siquiera podremos mal comer y mal dormir.

AUG. (Bajo). Esta señora nos acredita.

KET. ¿Podemos ver las habitaciones?

AUG. (Abriendo las puertas de las dos de la planta baja). Estas dos...

KET. Perfectamente... ¿Los balcones?

AUG. Dan al campo... Es decir, hay delante un convento ruinoso que ahora está destinado a escuela de párvulos, pero detrás está el campo...

KET. Entonces reserve usted las habitaciones.

Nosotros volvemos a decir que nos traigan aquí el equipaje... ¡Ah! como el circo en que trabajamos ahora es una mala barraca, yo no puedo dejar a mis perritos; necesito tenerlos conmigo...

AUG. ¿Son muchos perritos?

KET. Cuatro... muy pequeños; caben en una cesta... No molestan nada.

RICH. Nada; no ladran, no muerden... Yo cuido de darlos de comer, de pasearlos a sus horas... No incomodan nada; menos que una persona.

AUG. Si es así, puede usted traerlos.

TEO. (Bajo). Aunque fueran elefantes.

KET. Eh... Volvemos en seguida. ¡Diez pesetas, es su última palabra!...

TEO. (Bajo). No haga usted caso...

AUG. Cuando ustedes vean el resto del hotel comprenderán ustedes que pierdo; créanlo ustedes, pierdo.

KET. Hasta muy pronto.

RICH. Messieurs...

AUG. *Au revoir... Good bye...* Abur (Salen Miss Ketty y Mr. Richard.)

ESCENA V

AUGUSTO y TEODORO

TEO. ¡Pero qué suerte tiene ese Federico!

AUG. Sí, sí, mucha suerte; ya verás si tenemos algún disgusto.

TEO. ¿Qué disgusto?

AUG. Si Federico emprende su conquista por todo lo alto, y el marido se entera...

TEO. A todo esto, no sabemos si es marido.

AUG. Su marido, no te quepa duda. Han pedido nos habitaciones, y no les importaba que no estuvieran juntas.

- TEO. Yo salgo en busca de Federico... Le conozco, y es capaz de esperar la hora de la función a la puerta del circo... ¡Qué sorpresa!
- AUG. Sí, sí, tomadlo a broma. Oye. ¿El marido hace algún ejercicio de fuerza?
- TEO. Sí; al final sostiene a su mujer con la boca, montada en una bicicleta, y en cada mano levanta un velador con muchas botellas y copas...
- AUG. Bueno; pues Federico va a ser la bicicleta, y nosotros los veladores.
- TEO. ¡Cobarde! Ahora soy yo el que está en su elemento. Por fin cayó aventura... Amores, emociones... Acción y pasión, lo que es el teatro, lo que es la vida. (Sale.)

ESCENA VI

AUGUSTO y CAMARERA

- AUG. Oiga usted.
- CAM. Mande usted.
- AUG. ¿Ha dejado usted al viajero del 12 bis en su cuarto?
- CAM. Sí; señor.
- AUG. ¿No ha notado usted en él algo sospechoso?
- CAM. ¿Yo? (Si sabrá...) No he reparado.
- AUG. Pues no le quepa a usted duda; ese viajero es algún malhechor de mucha cuenta. Hay que vigilarle.
- CAM. ▲ mí me parece un infeliz.
- AUG. Hay algo raro en él. La incoherencia de sus palabras, un mirar inquieto... Y sobre todo el equipaje. ¿Qué puede llevar en esa maleta? Los instrumentos de su oficio, ganzúas, linternas sordas, un estilete, cloroformo...

CAM. Por Dios, señorito, ¿de dónde saca usted todo eso?

AUG. Tú no has leído las Memorias de Gorón. Verdad que aquí no estamos tan adelantados como en Francia; pero, nada, nada, yo, por si acaso, voy a dar parte...

CAM. No haga usted eso...

AUG. ¿Eh? ¿Tú me aconsejas?... ¿Tú crees que no debo?... (¿Será su cómplice?) ¿Cuántos días dices que llevas aquí?

CAM. Quince días; ya se lo dije a usted.

AUG. (Hay combinación.) ¿De dónde viniste?

CAM. De los baños de Fuenteclara. ¿No se acuerda usted?

AUG. ¡Ah, sí! Los baños que sirven para que no se acabe el mundo. ¿Y por qué viniste de allí?

CAM. ¡Qué pregunta! ¿Será usted capaz de creer algo malo de mí?

AUG. Creo que tú conoces a ese viajero, y que algo me ocultas...

CAM. Pues, sí, señor, que le conozco, y por eso dije que era un infeliz. El me encargó que no le descubriera; pero a usted qué le importa...

AUG. ¿Conque no me importa?

CAM. Quiero decir que no le importa a usted a lo que viene. Y antes de que usted se figure lo que no es, y esté usted con cuidado, mejor es que lo sepa todo.

AUG. Todo, todo. ¿Quién es ese viajero?

CAM. Pues empiece usted porque no es viajero. Es de aquí, de Moraleda, y es novio de la hija del antiguo amo de la fonda.

AUG. ¿De Asunción, la niña de don Isidoro?

CAM. Sí, señor; verá usted. El creo que no tiene dinero, pero la señorita está muy enamorada de él, y aunque su padre no quería que la quisiera, y doña Hortensia, su tía, menos, porque como ella no se ha casado, ni se casará, no puede ver que nadie ten-

ga novio, y hasta con los gatos la tiene tomada.

AUG. No divagues, mujer.

CAM. Pues bien; que como la señorita se moría si no la consentían el novio, se lo consintieron por fin, porque don Isidoro pensaba que el hombre serviría de algo en el hotel; pero como se ha quedado sin el hotel, pues ya no les sirve de nada, y el padre dice ahora que no consiente que su hija se case con un hombre que no le sirve para nada... Y le ha prohibido entrar aquí, y a la señorita la tienen muy vigilada, y los pobres no pueden verse, y por eso el señorito Paco...

AUG. ¿Se llama Paco?

CAM. Sí, señor. Lo mismo que mi padre. Pues ha discurrido venir a la fonda como un viajero; y lo que él dice; estando aquí, malo será que no llegue alguna ocasión de verse...

AUG. ¿Y si se entera el padre?

CAM. Los mata, porque don Isidoro tiene unos prontos, pero luego se le pasa, y dejará que se casen.

AUG. Después de muertos...

CAM. El dice que pensaba venir disfrazado con una barba postiza; pero tuvo miedo que se le conociera y le tomaran por algo malo.

AUG. A mí con disfraces... Aun así no lo he conocido.

CAM. Ya, ya, señorito; ya se ve que a usted es muy difícil engañarle... No le diría yo a usted una cosa por otra.

AUG. Tú no le digas que yo sé nada.

CAM. No, señor; ya ve usted, me ha dado cinco duros para que me calle.

AUG. Pues me debes 50 reales, porque yo también pienso callarme. Lo que vas a decirle, como cosa tuya, es que cuando un viajero

se presenta sin equipaje, es costumbre cobrarle adelantado.

CAM. Señorito, a mí me da mucho reparo decírselo. Un señorito tan decente... Mire usted, mejor se lo digo a la señorita, y que ella me dé el dinero.

AUG. No faltaba más... ¡A la señorita! Bueno, bueno; lo principal es que no vayan a dar un escándalo; ten mucho cuidado.

CAM. Descuide usted. Yo haré que se vean y se hablen sin que don Isidoro ni la señora se enteren. No es la primera vez.

AUG. Yo también haré lo que pueda en su obsequio. ¡Ah, el amor! ¡Pobrecillos! ¡Romeo y Julieta! ¡Silencio! Aquí está la familia... Vete.

CAM. Deseaba usted otra... ¡Ay! Usted perdone, se me había olvidado... (Sale.)

ESCENA VII

AUGUSTO, DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN y DON ISIDORO

AUG. Hortensia, Asunción, don Isidoro... Muy buenas tardes.

ISID. Muy buenas.

HORT. Beso a usted la mano.

AUG. ¿De dar un paseíto por esas calles? Ahora está esto muy animado.

ISID. No, señor, no estamos para fiestas. De hacer las visitas de despedida.

HORT. ¡Ay!

ASUN. ¡Ay!

AUG. ¿Piensan ustedes marcharse pronto?

ISID. Sí, señor, pasado mañana a Calzadilla, a a una finca de campo que tenemos allí; los ahorros de tanto trabajo y de tantos afanes.

HORT. ¡Ay! Trabaje usted para que luego cualquiera se crea con derecho a lo que es de uno.

- AUG. Permítame usted...
- ISID. Usted disimule... Hortensia, no hables de eso... Pues, sí, señor, pasado mañana nos vamos; ya hemos abusado bastante del del favor que nos hizo don Federico, permitiendo que continuáramos aquí.
- AUG. No faltaba más. Ustedes están en su casa.
- HORT. ¡Y tan nuestra!
- ISID. Hortensia, el señor no tiene la culpa. Su deber es servir a quien le paga, y nada más.
- AUG. Sí, señor, a quien me paga... a quien me pagará.
- HORT. Créame usted, no se tome demasiado interés por lo que no es suyo.
- AUG. Y usted, señorita, ¿siente usted mucho dejar esta ciudad?
- ASUN. ¿Yo?...
- AUG. (Me confunde en su odio, es natural. ¡Pobrecilla! Voy a congraciarme)... Aquí deja usted tal vez sus afectos.
- HORT. Eso no. Lo que deja no vale la pena. Si por algo me alegro, es por eso, por quitarla cuatro tonterías de la cabeza.
- ASUN. ¡Tonterías, tonterías! Si ustedes no me hubieran ilusionado...
- ISID. Asunción, hija mía, que a este señor no le importa nuestra vida privada.
- AUG. No se aflija usted, señorita. (Bajo.) Todo se arreglará.
- ASUN. ¿Qué?
- AUG. (Bajo.) Está aquí.
- ASUN. ¿Quién?
- AUG. Pico, Paquito.
- ASUN. ¿Qué dice usted?
- AUG. Disimule usted su alegría.
- ASUN. Estoy muy triste, sí, señor, muy triste.
- ISID. En el campo, en campo se le pasará.
- HORT. En el campo se quitan todas las tonterías.
- AUG. Yo, con su permiso, voy a mi despacho.
- HORT. Usted lo tiene.

AUG. A los pies de ustedes... D. Isidoro... (Bajo a Asunción.) Voy a combinar la entrevista. (Sale.)

ESCENA VIII

DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN y DON ISIDORO

HORT. Este hombre tiene unas trazas de trapison-
dista... Haciéndose el francés, y diciendo
a todo el mundo que no hay habitaciones...
¡Qué farsante!

ISID. Mujer, es que nosotros estábamos a la an-
tigua: esto es, lo moderno, lo francés. Yo
vuelvo a salir; voy a quedar con el emba-
lador en que venga mañana a recoger nues-
tros muebles.

HORT. En estos días de fiestas no hay que contar
con nadie; ya te lo he dicho.

ISID. Es que yo quiero salir de aquí pasado ma-
ñana, y la verdad, estoy molesto. No me
gusta agradecer favores a nadie.

HORT. Más tiene que agradecernos a nosotros don
Federico... Encontrar un negocio como
éste, acreditado por nosotros...

ASUN. Si ese señor supiese que sólo ha venido
para hacer la desgracia de toda mi vida...
Por supuesto que no es él, sois vosotros.

ISID. Asunción, hija mía, ya te he dicho que yo
no me opongo a que te cases con Paco;
pero hasta que no tenga una posición;
porque vamos a ver, ¿qué es ahora ese
chico?

ASUN. Es un intelectual, y además está empleado
en el Gobierno civil...

ISID. Con 25 duros; si eso es ser intelectual, si a
eso puede llamarse posición... Si algún día
se coloca mejor, si tiene suerte.

ASUN. Eso es, cuando haya pasado lo mejor de
mi vida.

- HORT. Una mujer soltera está siempre en lo mejor de su vida.
- ISID. Eso lo dice usted porque usted no ha querido nunca; porque para usted, como si no existieran los hombres.
- ISID. Eso no... Viceversa.
- HORT. Porque al quedar viudo tu padre comprendí que mi puesto estaba a su lado, al tuyo. Y si alguno me habló de amor, yo supe alejarle con esta sola consideración: «Caballero, no puedo ser su esposa; soy madre.»
- ISID. Era para alejarse.
- HORT. Yo sabía el por qué lo decía.
- ISID. ¿Vosotras no volvéis a salir?
- HORT. No; ya nos hemos despedido, y sería ridículo que nos volvieran a ver por la calle.
- ISID. Pues hasta luego. (Sale.)

ESCENA XI

DOÑA HORTENSIA y ASUNCIÓN

- HORT. No comprendo la prisa de tu padre para que nos vayamos. Tu padre no piensa en nada; yo tengo mis planes.
- ASUN. ¿Qué planes?
- HORT. Si tuvieras sentido común y fueras capaz de hacerme caso, lo que hoy nos parece un contratiempo podrá ser nuestra felicidad; es decir, la tuya.
- ASUN. ¿Qué quiere usted decir?
- HORT. Lo que a mí no tendría que decirme nadie en tu caso. ¡Qué pasaría! ¿No te ha pasado nada por la imaginación al ver llegar al nuevo dueño del hotel? Un joven soltero, distinguido, soltero..., amable; porque nos haya hecho una mala obra, no hay que quitarle su mérito; soltero...
- ASUN. Ya me lo ha dicho usted tres veces.

- HORT. Con una debía haberte bastado... Heredero universal de su tío... ¿Puede compararse con ese pelagatos?
- ASUN. Antes no les parecía a ustedes pelagatos, cuando pensaban ustedes explotarle teniendo aquí como un negro en el escritorio. ¡Y el pobrecito mío, tan conforme! Yo le había hecho unos manguitos para que no se rozara los codos.
- HORT. Ahora le servirán para no comérselos. Lo que yo te digo es que don Federico se ha fijado en ti con cierta simpatía desde el primer momento, y que su interés porque permanezcamos aquí ha sido por algo.
- ASUN. Pero, ¿qué quiere usted? ¿Que yo me arroje en sus brazos como una mujer sin decoro? ¿Es eso lo que se propone usted? ¿Para eso me han educado ustedes en el convento? ¿Qué diría Sor Dorotea si la oyese a usted aconsejarme de ese modo? Diría que el infierno habla por su boca de usted.
- HORT. Eres una simple, y la culpa me tengo yo por haber perdido parte de mi juventud velando por tu educación.
- ASUN. A eso llama usted educación, a decirme esas cosas..., que me case con un hombre a quien no quiero..., y si mañana fuera una mala esposa, ¿quién tendría la culpa?
- HORT. Corriente. Esta misma noche nos vamos de aquí. Diré a tu padre que anticipe el viaje; le diré que si estás aquí un día más, serás capaz de hacer una locura, de escapar...; le diré que te he sorprendido hablando con él, y le diré más; le diré que ese trasto ha tenido el atrevimiento, aprovechando el cambio de personal de la fonda, de presentarse aquí haciéndose pasar por un viajero, y que está aquí sabe Dios para qué.
- ASUN. Por Dios, tía, si lo sabe todo usted, no se

lo diga usted a papá. ¿Cómo ha sabido usted que está aquí?

HORT. ¡Ah! ¿Conqué es verdad? ¡Nunca se me hubiera ocurrido!

ASUN. Pues por desgracia se le ha ocurrido a usted. ¿Pero no lo sabía?...

HORT. Yo lo dije como una invención, para decidir a tu padre a que anticipara el viaje. Pero es verdad... ¡Qué atrevimiento! Y tú, ¡desgraciada!, ¿te prestabas así a comprometerte? ¡Ese hombre aquí, contigo, bajo el mismo techo!

ASUN. Eso no, tía; en un hotel, cada habitación tiene un techo particular.

HORT. Deja que venga tu padre... Yo se lo diré todo, y como le encuentre, porque de aquí no sale, yo tendré buen cuidado.

ASUN. Por Dios, tía, no le diga usted nada a papá... Yo haré que se vaya en seguida, ahora mismo, haré que le avisen...

HORT. No, ahora no; tu padre volverá en seguida, y puede encontrarle al salir. Quiero evitar un disgusto... Cuando vuelva tu padre, entonces...

ASUN. Cuando usted quiera...

HORT. Y hasta que nos vayamos no te separes de mí, y esta noche duermes en mi habitación, y yo en la tuya, y te cierro por fuera.

ASUN. Pues si me cierra usted por fuera, ¿para qué quiere usted que cambiemos de habitación?

HORT. Es que quiero saber a dónde lleva ese hombre su atrevimiento.

ASUN. Pero tía, ¿qué se figura usted?

ESCENA X

Dichos, DOÑA PASTORA, TERESITA, DON GUMERSINDO y POLI

GUM. ¡Doña Hortensia! ¡Asunción!

PAS. ¿Cómo están ustedes?

- HORT. Ah, don Gumersindo... Doña Pastora... Tanto gusto... Ustedes por aquí, y usted tan guapa...
- TER. Asunción, ¿cómo estás?
- ASUN. Regular, ¿y tú?
- TER. Yo, muy feliz.... Casa la hace tres días... todavía en la luna de miel... Mira...
- ASUN. No me había fijado... Tiene cara de bueno.
- TER. Todo lo que se diga es poco... ¿Y tú?
- ASUN. No me hables... Soy muy desgraciada.
- GUM. Pues, sí, señores, a las fiestas. ¿No saben ustedes la novedad? Se nos ha casado Teresita... Ahí tienen ustedes al novio... Policarpo, Policarpo...
- POLI ¿Qué quieren ustedes?
- GUM. Ven que te enseñe a estos señores... Este es mi yerno...
- HORT. Por muchos años...
- POLI Para servir a ustedes... ¿Están ustedes buenos?
- GUM. Pues, sí señor; se casaron hace tres días en Calzadilla, y pensamos mandarlos aquí a que pasaran la luna de miel en las fiestas... ¿Dónde mejor? De no ir al extranjero... Pero a ésta le entró pasión de ánimo de separarse de su hija... A mí me entró envidia de verlos tan acaramelados, y aunque él aun no está para meterse en gastos, ¡qué demonio!, todos los días no se casa una hija, y cuando no se tiene más que una, mucho menos.
- HORT. Seguramente.
- GUM. Pues tuve un arranque, y le dije a ésta: ¡Qué demonio, Pastora! Por dos o tres mil reales más o menos, vamos a echar una cana al aire y a recordar nuestros tiempos en compañía de los muchachos, que parece que se rejuvenece uno... Y aquí nos tiene usted, dispuestos a divertirnos en grande.
- HORT. Muy bien pensado... ¿Pero no saben ustedes?...

- GUM. ¿Qué?
HORT. Que ya no es nuestra la fonda.
PAS. ¿Qué me dice usted? ¿No les iba a ustedes bien?
HORT. Sí, señora; pero el señor que nos la cedió a nosotros por diez años, ha muerto, le ha heredado un sobrino, y al cumplir el plazo se ha hecho él cargo de la fonda...
GUM. Pero todo seguirá igual: los mismos precios, el mismo trato...
HORT. Sí, sí; hasta ahora sí.
GUM. Si nos pudieran dar los cuartos que hemos tenido otras veces...
HORT. Sí, señor; están desocupados. Este año hay poca animación, como faltan los toros...
GUM. Sí, sí; ya sé que el Ayuntamiento no ha dado para las corridas, y sólo hay una novillada. ¡Qué Ayuntamiento! En Calzadilla, con ser un pueblo, hemos tenido dos corridas formales.
HORT. Pero esperen ustedes... Don Augusto, don Augusto, es el nuevo encargado... Don Augusto... Viajeros...

ESCENA XI

Dichos y AUGUSTO

- AUG. ¡Señores!
GUM. Muy señor mío...
HORT. Estos señores, antiguos amigos nuestros, que ya han pasado aquí algunas temporadas, desean...
GUM. Dos habitaciones con dos camas.
POLI. O con una de matrimonio.
TER. ¡Calla!
GUM. Bueno; una con dos y otra con una.
AUG. Por el momento no tenemos habitaciones...
GUM. (A Hortensia.) Pues no decían ustedes...

- HORT. (¡Qué farsante!...) El señor lo sabrá mejor...
- AUG. Pero todo puede arreglarse.
- PAS. ¡Vaya!
- AUG. Tenemos algunas reservadas para el Gran Duque de Baden-Baden, que las ha pedido por telégrafo, pero no sabemos cuándo vendrá. Puede presentarse ahora mismo, puede no presentarse nunca... Esos grandes personajes son muy caprichosos en sus viajes... Mientras no lleguen, puedo ofrecerles dos magníficas habitaciones con vistas al gran patio central del hotel, que son las más frescas en invierno y las más calurosas en verano... ¡Uy!... Al revés.
- GUM. Pues vamos allá. Queremos lavarnos un poco para echarnos en seguida a la calle a verlo todo.
- PAS. Lo primero es cumplir con los de Rebollo; si supieran que estábamos aquí y no habíamos ido lo primero a visitarlos, sería una vergüenza; después del regalo de boda que han hecho a Teresita y de la carta tan fina que nos pusieron.
- GUM. Como quieras... El precio ya nos ha dicho doña Hortensia que es el de siempre...
- HORT. Eso tengo entendido...
- AUG. Oh, sí, por ser ustedes, aunque en el hotel se han introducido mejoras que le coloca a la altura de los primeros de Europa y el primero de Moraleda. Vengan ustedes... En esta galería, 2 y 4... Uno con dos camas, como ustedes desean; otro, con una sola gran cama de matrimonio.
- PAS. Dirá usted que nos traigan el mundo... Vamos, niños...
- ASUN. ¡Qué feliz eres!
- TER. Tan feliz, que no puedo aconsejarte más que una cosa. Cásate, cástate... te aseguro que no te pesará...
- I'OLI Vamos, Teresita...
- TER. No vuelvas a decir esas cosas delante de gente. ¡Me da mucha vergüenza!

- POLI. ¿Por qué, cielo? Si ya eres mi mujercita.
¿Por qué tienes tú que tener vergüenza?
- TER. ¿Qué importaba que el cuarto fuera con dos camas, como el de papá y mamá? Con deshacer una por la mañana, todo estaba arreglado. Me has dado un sofoco, lo que se llama un sofoco...
- POLI. ¡Tonta! Si lo que yo quiero es que lo sepa todo el mundo, que todos nos envidien...
(Salen.)

ESCENA XII

D. ÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN, MISS KETTY y MR. RICHARD, seguidos de mozos con baúles.

- KET. Ya estamos de vuelta... ¡Ah!... ¿El encargado del hotel?
- HORT. En seguida viene... Esperen ustedes.
- KET. No, si ya tenemos tomadas habitaciones... Son éstas... Si son ustedes de la casa, hagan el favor de decir que ya estamos aquí... Dejen ustedes en esos cuartos el equipaje... El baúl grande en este, el pequeño y las maletas en el otro...
- RIC. *Prenez garde... Cuidado... Mesdames.* (Entra en su cuarto,)
- KET. (Mirando un cesto que trae en la mano.) Bob, Black. Riquiqui... ¡Pobrecitos! ¿Estáis asustados? ¿Tenéis hambre? ¡Pobrecitos!
- HORT. ¿Con quién hablará?
- KET. Señoras... (Entra en su cuarto.)
- ASUN. Teresita casada... ¿Lo ve usted? Con el hombre que ella quiere, y sus padres tan contentos.
- HORT. Ya lo creo. El novio es el hijo del primer contribuyente de Calzadilla, que no se dejará ahorcar por cincuenta mil duros. Teresita no es tan tonta como tú... Sabe lo que se pesca, y lo ha pescado. (Sale Augusto.)

- Don Augusto... En esas habitaciones se han metido una señora y un caballero, que dicen que ya han hablado con usted.
- AUG. ¡Ah, sí! Son extranjeros... artistas... ¿Han traído ya los perritos?
- HORT. ¿Los perritos? ¡Ah, sí! Ahora comprendo con quien hablaba... Sí; los trae en una cesta.
- AUG. Voy a preguntarles si desean algo. (Llamando á la puerta de Mr. Richard.) *Monsieur..., monsieur.*
- RICH. (Dentro.) *Entrez, Entrez.*
- AUG. (Abriendo y cerrando la puerta en seguida.) Uy... Usted perdone... Se está dando una ducha... vuelvo, vuelvo..
- HORT. ¡Qué imprudencial! Y no cierra la puerta.
- AUG. Estos artistas... La señora estará lo mismo... Voy a ver... *Madame, madame...*
- KET. (Dentro.) No se puede...!
- AUG. Aquí han cerrado... No se puede, en efecto... Y la llave en la cerradura...
- HORT. Pero, ¡don Augustol...
- AUG. No se ve, no se ve nada.
- HORT. Asunción, vamos... Tenemos que hacer aún dos baúles... Cuando vuelva mi hermano le dice usted que estamos en mi cuarto.
- AUG. Descuide usted...
- HORT. Agradeceré a usted que trate con consideración a esos señores... Es una familia excelente...
- AUG. Les he dado las mejores habitaciones y pagando mesa de segunda, comerán en la de primera.
- HORT. En eso sabe usted que no hay más diferencia que el precio.
- AUG. ¡Ah, sí, señora! Ahora sí... Los de primera tienen dos ramos de flores artificiales en la mesa y el mantel y las servilletas se mudan todos los meses.
- ASUN. ¡Teresita casada!
- HORT. En cuanto vuelva tu padre, manda que se

ASUN. marche ese caballerito... ese Trovador...
Sí, tía, sí; se marchará... Pero no dejaremos de querernos... (Salen Hortensia y Asunción.)

ESCENA XIII

AUGUSTO y MISS SMITH, que sale de su cuarto.

AUG. ¡Uf!... La inglesa... Si se echa así a la calle tenemos un conflicto con Inglaterra...

SMITH Caballero... Usted puede darme un... como se diga... un dibujo de este pueblo...

AUG. ¿Un dibujo?

SMITH Una cosa de las calles, paseos... esta cosa, como se diga... Plano...

AUG. ¿Un plano?

SMITH Esto es... Plano, plano...

AUG. Pues no, *milady*, no tenemos.

SMITH ¡Ah, no me gusta! Lo gusta mejor ver todo sola... pero sin esta cosa... me pierdo... ¿Usted tiene un *cicerone*?

AUG. Sí, *milady*; un *cicerone*, muchos *cicerones* inteligentes a la disposición de los señores viajeros.

SMITH ¿No habla inglés uno?

AUG. En este momento, no... pero acompañará a usted... (Ha llamado y sale la camarera.) (Bajo.) Escucha, busca un chico cualquiera que acompañe a esta señora por ahí; quiere verlo todo...

CAM. Diré que lo busquen. (Sale.)

AUG. En seguida tendrá usted el más inteligente, que le enseñará a usted todos los monumentos de la ciudad...

SMITH Sí, sí, monumentos; todas las cosas, quiero verlo todo... yo anda toda España...

AUG. (¡Y vive todavía! Luego hablan de nosotros.)

CAM. (Entra.) Ahí está uno. Melitón, el zagal del coche. (Entra un mozo muy zafio.)

ESCENA XV

AUGUSTO y después PACO muy asustado

- PACO (Asomándose con timidez.) ¿Hay alguien?
- AUG. ¿Quién es? ¡Ah, Romeo!...
- PACO ¿No está por ahí don Isidoro?
- AUG. No... ¿Pero dónde va usted?
- PACO Fuera de aquí, corriendo, volando... Ya sé que usted me conoce...
- AUG. Pero....
- PACO Es verdad. Debo unos minutos de estancia... un día entero... ¿No es eso?
- AUG. No, no debe usted nada... Pero se va usted así... sin ver a su novia...
- PACO ¿Y cómo?... Si estoy descubierto... Su tía lo sabe... lo sabrá su padre... Me avisa lo ocurrido con la camarera... Estás descubierto... Vete en seguida... Siempre la misma...
- AUG. ¿Y usted se va... así?
- PACO Ya lo creo. Usted no sabe cómo la tienen tomada conmigo ese padre y esa tía...
- AUG. Pues usted no se va... Usted se queda a mí... Usted hablará con su novia... Usted se casará...
- PACO ¿Qué me dice usted?...
- AUG. Nada, nada... Yo le protejo a usted... Usted no hace más que cambiar de habitación. Yo le tendré a usted aquí... en la mía... tiene puerta de escape por el despacho y en el despacho una escalera de caracol que comunica con el piso segundo, donde está su amada...
- PACO Sí, sí; la conozco. Era lo que don Isidoro me destinaba cuando yo no le parecía tan mal para yerno... He soñado muchas veces con ella como con un paraíso...
- AUG. Aquí no le buscarán a usted. Entre usted

por el despacho. Pronto... no venga alguien...

PACO Voy, voy. Cómo agradecer a usted... ¿Usted fuma en boquilla? Voy a regalarle a usted una de ámbar y espuma culotada por mí que ha quedado preciosa...

AUG. Gracias, muchas gracias..... Que viene gente...

PACO Voy... voy... (Sale.)

ESCENA XVI

AUGUSTO y FEDERICO

AUG. ¡Hola!

FED. ¡Hola!

AUG. Chico; el negocio prospera. Tenemos el hotel rebosante...

FED. Sí, ¿eh? ¿Han llegado ya todos esos príncipes que esperas de un momento a otro?

AUG. No te burles... Yo te aseguro que aquí hay negocio... ¿No has encontrado a Teodoro? Salía a buscarte... Y a ella, ¿tampoco la has encontrado?

FED. ¿A ella? ¿A quién? ¿Te ha dicho algo ese majadero de Teodoro? Eso cree él, que estoy chiflado por ver a una mujer un momento... Ese Teodoro, como él es así, cree que todos...

AUG. ¡Ah! ¿Conqué no te interesa?

FED. Nada, hombre, nada. Ni me acordaba ya.

AUG. Y yo que esperaba darte una alegría diciéndote...

FED. ¿Qué?

AUG. Que esa mujer está ahí.

FED. ¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el hotel? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿En qué cuarto? ¿Ella sola? ¿Qué ha dicho? ¿Es inglesa? ¿Habla español? ¿Dónde está? Supongo que la habrás dado la mejor habitación... y que...

ESCENA XV

AUGUSTO y después PACO muy asustado

- PACO (Asomándose con timidez.) ¿Hay alguien?
- AUG. ¿Quién es? ¡Ah, Romeo!...
- PACO ¿No está por ahí don Isidoro?
- AUG. No... ¿Pero dónde va usted?
- PACO Fuera de aquí, corriendo, volando... Ya sé que usted me conoce...
- AUG. Pero....
- PACO Es verdad. Debo unos minutos de estancia... un día entero... ¿No es eso?
- AUG. No, no debe usted nada... Pero se va usted así... sin ver a su novia...
- PACO ¿Y cómo?... Si estoy descubierto... Su tía lo sabe... lo sabrá su padre... Me avisa lo ocurrido con la camarera... Estás descubierto... Vete en seguida... Siempre la misma...
- AUG. ¿Y usted se va... así?
- PACO Ya lo creo. Usted no sabe cómo la tienen tomada conmigo ese padre y esa tía...
- AUG. Pues usted no se va... Usted se queda a juf... Usted hablará con su novia... Usted se casará...
- PACO ¿Qué me dice usted?...
- AUG. Nada, nada... Yo le protejo a usted... Usted no hace más que cambiar de habitación. Yo le tendré a usted aquí... en la mía... tiene puerta de escape por el despacho y en el despacho una escalera de caracol que comunica con el piso segundo, donde está su amada...
- PACO Sí, sí; la conozco. Era lo que don Isidoro me destinaba cuando yo no le parecía tan mal para yerno... He soñado muchas veces con ella como con un paraíso...
- AUG. Aquí no le buscarán a usted. Entre usted

por el despacho. Pronto... no venga alguien...

PACO Voy, voy. Cómo agradecer a usted... ¿Usted fuma en boquilla? Voy a regalarle a usted una de ámbar y espuma culotada por mí que ha quedado preciosa...

AUG. Gracias, muchas gracias..... Que viene gente...

PACO Voy... voy... (Sale.)

ESCENA XVI

AUGUSTO y FEDERICO

AUG. ¡Hola!

FED. ¡Hola!

AUG. Chico; el negocio prospera. Tenemos el hotel rebosante...

FED. Sí, ¿eh? ¿Han llegado ya todos esos príncipes que esperas de un momento a otro?

AUG. No te burles... Yo te aseguro que aquí hay negocio... ¿No has encontrado a Teodoro? Salía a buscarte... Y a ella, ¿tampoco la has encontrado?

FED. ¿A ella? ¿A quién? ¿Te ha dicho algo ese majadero de Teodoro? Eso cree él, que estoy chiflado por ver a una mujer un momento... Ese Teodoro, como él es así, cree que todos...

AUG. ¡Ah! ¿Conqué no te interesa?

FED. Nada, hombre, nada. Ni me acordaba ya.

AUG. Y yo que esperaba darte una alegría diciéndote...

FED. ¿Qué?

AUG. Que esa mujer está ahí.

FED. ¿Dónde? ¿Aquí? ¿En el hotel? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿En qué cuarto? ¿Ella sola? ¿Qué ha dicho? ¿Es inglesa? ¿Habla español? ¿Dónde está? Supongo que la habrás dado la mejor habitación... y que...

- AUG. Todo eso porque no te interesa.
FED. Sí, sí me importa. Es una mujer ideal, una distinción... un aire... ¡Si la vieras!
- AUG. Si la he visto...
FED. No, si la vieras en el circo... entre aquella gente... Recuerdo uno de esos cuentos de niños robados a una familia noble por unos volatineros... No, no es posible que esa mujer haya nacido haciendo títeres.
- AUG. Ni nadie.
FED. Cuando saluda al público y su boca sonríe dulcemente, sus ojos, siempre tristes, parecen compadecerla.
- AUG. Mira, aquí no estamos para hacer literatura. En fin, ahí la tienes, y en el cuarto de al lado a su... lo que sea... a monsieur, su acompañante.
- FED. ¿En otro cuarto? ¿Separados? ¿Ha sido idea tuya?
- AUG. No; suya. De bastante hubiera servido que yo los separase; si ellos querían estar juntos...
- FED. ¿Y dices que está ahí? En la peor habitación, triste, oscura. No, no; ahora mismo voy a disponer que se traslade a la mejor, a las mejores... dos habitaciones para ella sola.
- AUG. Te advierto que no están dispuestos a gastar mucho.
- FED. ¿Pero tú crees que a esa mujer voy a cobrarla nada?
- AUG. ¡Ah! Piensas... ¡Estamos lucidos! ¿Y eras tú el que querías ser negociante?
- FED. Negociante para los negocios; pero antes soy caballero... Avisa, llama... ¿Qué habitación es la mejor del hotel?
- AUG. La mejor está ocupada; es la de esa señora inglesa que paga treinta pesetas... no es cosa de...
- FED. ¿Qué no? (Toca un timbre.) Ahora mismo se hace la mudanza. ¡Camarera... chicos!...
- AUG. ¡Pero tú estás loco! ¿Tú crees que así es

posible llevar un negocio? Pero tú crees...
Mi seriedad... ¿Qué dirá esa señora?

(A un tiempo.)

FED. Mira, yo hago lo que me da la gana... No faltaba más... Para una mujer guapa que hemos encontrado...

CAM. ¿Qué manda el señor?

AUG. Nada, nada. Aquí mando yo, tengo poderes, soy el gerente...

(A un tiempo.)

FED. Vete a paseo... Yo soy el amo, se hace lo que yo mando...

CAM. Cuando ustedes se entiendan...

FED. Ahora mismo vas a decir a esa señora que ocupa ese cuarto que tiene a su disposición otro cuarto mejor, el mejor del hotel...

CAM. El cuatro, el de la señora inglesa...

FED. Eso es; y avisa en seguida, para que muden el equipaje de los dos en seguida, en seguida...

AUG. ¡Ah, seriedad, mi seriedad! Ahora comprendo que haya ministros que dimitan...

CAM. ¿Pero sabe ya esa señora?...

FED. Como si lo supiera... Se la dice que han llegado esos príncipes... Para algo los has inventado.

CAM. Le advierto a usted que esa inglesa tiene el cuarto lleno de cachivaches...

AUG. Armará un escándalo...

FED. Que lo arme... Haz lo que te he dicho...

AUG. ¡Federico! ¡Federico!

FED. En seguida...

CAM. Corriente... A mí... Pero a esa señora le va a sentar la mudanza como un tiro. (Entra en el cuarto de Ketty, después de llamar a dos criados del hotel que entran el cuarto de miss Smith.)

AUG. Menos mal que puede ser que le hayan dado el tiro a estas horas... (Empiezan a sacar ropa y cachivaches del cuarto de miss Smith, todo revuelto.) Y a todo esto, ¿qué explicación vas a dar a esta otra? Porque ya comprenderás que no se la cambia de cuarto por su

FED. linda cara, es decir, sí, por eso, por su
linda cara... Pero no es una explicación...
AUG. La diré que estoy loco...
Eso sí es una explicación... para ella...
Y el acompañante...

ESCENA XVII

Dichos, KETTY y la CAMARERA

KET. Caballero...
FED. Señorita... (Es ella, es ella... La misma...
Lo dudaba todavía.)
AUG. Pues en la duda, la habías hecho buena...
El equipaje de la inglesa... diez mil libras
esterlinas de daños y perjuicios... no lo
hacemos con menos...
FED. ¡Calla!
KET. Me dice la camarera que tengo a mi dispo-
sición otro cuarto...
FED. Sí; un cuarto digno de usted, de una ar-
tista como usted... Si yo hubiera estado
antes... perdone usted... el encargado es
muy torpe...
AUG. Desprestígiame también... no faltaba otra
cosa...
KET. Muy amable, muy amable... Aun no había
deshecho el equipaje... Puede hacerse el
cambio fácilmente...
CAM. Y ahora, todo esto... (Señalando el equipaje de la
inglesa.)
FED. Dejadlo ahí de cualquier manera...
CAM. Por mí... (A los mozos.) A este cuarto todo...
KET. Voy a prevenir a Richard del cambio...
FED. ¿Su esposo de usted?
KET. No es mi esposo...
FED. ¿Su hermano?
KET. No es mi hermano...
FED. Ya no pregunto más; sería indiscreción...
KET. Seguiría siéndolo... Richard... Richard...
(Entra en el cuarto de Mr. Richard.)

- AUG. ¿Te enteras?
FED. Es adorable, es adorable. Yo mato a ese hombre.
AUG. Sí, ahora un asesinato, para concluir de acreditar el hotel.
KET. (Sale.) Agradece mucho la atención de ustedes...
AUG. Acaso les moleste a ustedes estar separados...
KET. Es igual... A veces vivimos en hoteles distintos...
FED. (Queriendo coger la cesta de los perros que lleva miss Ketty.) ¿Me permite usted?
KET. Muchas gracias, no; extrañarían; no puedo dejarlos. Son mis perritos...
FED. ¿Los perritos?
KET. Debo cuidarlos mucho. Es toda mi fortuna...
FED. Toda su fortuna. ¿Puede usted decir eso?
KET. Habrá quien no lo crea, ¿verdad? Pues sí, señor, toda mi fortuna. (Entra en el núm. 4.)
FED. ¿Has oído? ¡Qué majestad, qué delicadeza! ¡Es toda su fortuna!... Esa mujer no puede ser una mujer cualquiera. Esa mujer es alguien... En su vida hay una novela... un misterio. Yo lo descubriré todo. .
AUG. Calla... Esta es otra.. Teodoro al frente de un batallón... ¿Qué será este?

ESCENA XVIII

Dichos, LA CAMELIA, LA DALIA, TEODORO, EL CHURRERITO, EL CHICO DE LA ÚRSULA y REGUERA. (Entran con gran algazara.)

- TEO. ¡Vaya un personal lucido que traigo! Y sin bajar a la estación... ¿Sirvo para gancho?
AUG. ¡Lolilla... Leonor!... El gran Reguera...
REG. ¡Chicos! ¡Qué sorpresa! (A Federico.) ¿Conque murió tu tío?... ¡Sea enhorabuena!

- DALIA. ¿Pero es verdad que esta fonda es tuya?
TEO. No quería creerlo...
CAME. Ni yo lo creo todavía... ¡Valientes guasones! Bueno; a nosotras, con tal de que luego no nos cobren, nos colocáis donde os dé la gana...
- TEO. ¿Qué os han de cobrar? No faltaba más...
AUG. (Bajo.) Ah... ¿Pero es que?... Con vosotros no hay negocio posible...
TEO. (Idem.) ¡Pobres chicas! Dicen que estaban en una casa de viajeros infecta... ¡Tan simpáticas!
- AUG. Y Reguera, ¿también viene convidado?...
TEO. Ese, no sé...
REG. Pues yo a los toros, como siempre, aquí con mi amigo... ¿No le conocéis?
- FED. Viniendo tú con él, no hay que decir, que será el torero de moda...
AUG. Sí; cada temporada coges a uno por tu cuenta, y le acompañas a todas partes.
REG. Como éste no hay otro... *Frascuero, Lagartijo* y Guerra, todos juntos...
- CHUR. Don José que me quiere.
REG. Esta es la última novillada que torea... En seguida la alternativa...
- FED. ¿En Madrid?
CHICO No, señó; en Guadalajara.
REG. En Madrid le tienen miedo. ¡Si no ha nacido otro!
- CHUR. Don José que me quiere.
REG. Este otro amigo, es su banderillero y peón de confianza... Chico de la Úrsula...
- CHICO Para servir a ustés.
REG. Un torero muy apañaito también, tóo se lo trae hecho.
- CHICO Y lo que es ya se irá jaciendo, don José...
REG. Ya me ha contado éste. Es chistoso... ¿Conque la fonda es tuya? digo, si lo sabemos antes... Aquí estaremos de primera, para algo somos amigos...
- AUG. ¿Y vosotras como estáis aquí?
DALIA Contratadas en el *Varietés* para la feria,

después nos vamos a Lisboa y allí nos embarcaremos para América... Llevamos un contrato muy bueno. Ya ves, cinco mil reales de préstamo... Y nos hemos hecho un equipaje.

AUG. Y ahora, ¿cómo os llamáis?

CAME. La Camelia y la Dalia...

AUG. ¿Quién es la Dalia?

CAME. Cualquiera... Eso es pa el cartel na más...

AUG. Siempre con vuestro número...

DALIA Bailes españoles y ahora el Kakeval que lo presentamos muy bien.

CAME. Con unos trajes... como las francesas.

DALIA Ahora es un número que pue verse.

CAME. Nos hemos soltao mucho...

AUG. ¿Y venís solitas?

DALIA ¡Cállate! Si mamá, como le decimos, se nos ha quedao en Avila.

AUG. ¡Muerta!

CAME. No, que ha perdío el tren. Por supuesto ha sido adrede, todo porque no traíamos a Pepín: como está encapricháa con él.

AUG. Pero, ¡todavía!

DALIA Ya sabes... La tía Girula, cuanto más vieja más chula, como no es mi madre puedo decirlo.

AUG. ¿Y quién es Pepín?

CAME. Nuestro maestro de baile y el que nos tocaba los palillos por dentro... El tuerto que le llaman.

AUG. Bailará de perfil...

DALIA Si no es tuerto, es que llamaban así a su padre que tampoco era tuerto. El abuelo es el que lo era. Y se lo han seguío llamando a tóos.

TEO. Bueno. ¿Y dónde colocamos a estas chicas?

REG. En la mejor habitación, no faltaba más. Y a nosotros, ¿eh? y a nosotros.

AUG. ¿En la misma?

REG. No, si acaso al lado.

CAME. Como no, moreno... El baúl pongo yo esto

- noche atravesao elantito la puerta, a mí no me dan otro susto.
- REG. A nosotros un cuarto para los tres. Si no hay camas, tiráis colchones por el suelo. Como tardamos en dormirnos nos gusta estar juntos para que nos cuente cuentos y si se ofrece se canta unos tientos que es morirse de risa. Anoche nos dieron las cinco.
- AUG. ¡Cómol! Cantar a las tantas, ¿y los viajeros?
- REG. ¡Qué viajeros ni qué ocho cuartos! Estamos en fiestas...
- TEO. Esta noche no se acuesta aquí nadie. Hay que armar una de las nuestras. ¿Verdad, Federico?
- FED. Sí, sí; hay que armar una... se cantará, se bailará.
- REG. Se beberá.
- TODOS Eso... eso... sí... sí...
- FED. (Bajo a Teodoro.) Así tendré pretexto para invitarle. Una fiesta a la española es un obsequio para una artista... Sí, sí... gran idea...
- TEO. Ya lo creo... Pero le primero es acomodar a estos amigos... El 6 y el 8. ¿Verdad? En las mejores habitaciones.
- AUG. Que están ocupadas...
- FED. No importa, se desocupan...
- REG. Para eso somos amigos. Verdad que ha sido suerte.
- CHUR. Verdá.
- CAM. (Que ha salido momentos antes, después de hablar con Teodoro.) ¿Otra mudanza?
- TEO. Sí... sí... el equipaje de esos señores al piso segundo, 10 y 11.
- CAM. En seguida. (Están locos...) (Sale y entra a poco con los dos mozos y empiezan la mudanza.)
- CAME. Que nos traigan nuestro baúl... Aquí no tenemos más que lo preciso para estos días... Los demás bultos van para Lisboa...
- REG. Vamos a ver el cuarto.

- DALIA Y nosotras el nuestro.
- TEO. Estos dos... (Suben y entran en los cuartos.)
- REG. Digo, si estamos pared por medio... Está muy bien eso... ¡Esto es recibir a los amigos!
- CHICO (Tirando un corsé.) Eh, que aquí se ha olvidado un corsé de señora y yo no quiero compromisos...
- AUG. (Recegiéndolo.) El corsé de doña Pastora. (A la camarera.) Llévalo a su nuevo domicilio...
- CAME. Y aquí unos tirantes, que no quiero tampoco que me los acumulen...
- TEO. Ahora tomaremos un refrigerio... Unos fiambres, Jerez, champagne...
- TODOS Sí... sí... bravo... /*Champagne, champagne!*
- REG. Hombre, sí; hay que mojar esto...
- AUG. Acabarán con todo...
- TEO. Da órdenes, Federico.
- FED. Voy, voy... (Toca el timbre. Bajo a Teodoro.) No sale, no se asoma ni por curiosidad... (Alto.) ¿Por qué no cantáis algo?... Armad ruido, que haya alegría... animación.
- TEO. ¿No hay guitarra por ahí?
- REG. No ha de haber.
- CHICO Yo la traigo... Va usted a ver en seguida. (Entra en su cuarto y sale a poco con una guitarra.)
- FED. Yo me decido a invitarla... (A la Camarera.) Traed aquí una mesa y fiambres, postres, Jerez, champagne, todo el que haya...
- AUG. Espera... voy... voy yo. Esta es la mía. (Sale con la Camarera.)
- REG. Podíamos correr aquí las grandes juergas, si no tuvieras que torear en Guadalajara.
- CHUR. No hay más remedio, don José.
- DALIA Es tan esaborío en la plaza este amigo tuyo...
- REG. Es un muchacho muy prudente. Ya tenéis que ponerle faltas... A vosotras si no se os dice algo, en seguida...
- CAME. Si parece que le cobran por las palabras demás como en el telégrafo...

- FED. (Que ha llamado al cuarto de mis Ketty, y habla con ella en la puerta.) Una pequeña fiesta entre amigos, algo muy español, si usted tiene gusto en acompañarnos a beber una copa de champagne, yo será muy dichoso...
- KET. Sí, sí, con mucho gusto; pero haga usted el favor de invitar a Richard, lo agradeceré mucho.
- FED. Ah... Sí, sí... voy... voy... hasta que usted lo desee... (Entra Augusto.)
- AUG. (A Teodoro.) ¡Buena la has hecho!
- TEO. ¿Yo?
- AUG. Con tu arreglo de luz... Si ya decía yo, cosa que tú hicieras... Nos has dejado a oscuras... He ido a dar luz a la despensa y nada; a las cocinas... y nada... Y aquí... ya ves... Estamos lucidos, deslucidos... Si esta es toda tu habilidad...
- TEO. Pues no comprendo... (La camarera y los dos caiados traen una mesa servida con fiambres, platos, etcétera. Van traysndo cestas con botellas. etc.)
- CAM. Aquí tienen ustedes.
- REG. Oye, oye todas las criadas del hotel, ¿son como la muestra?
- TEO. No es muestra, es todo el género.
- AUG. Y habrá velas bastantes y candeleros bastantes...
- CAM. Sí; señor; si esto de quedarnos sin luz sucede muchos días.
- TEO. Lo ves como no es mía la culpa.
- AUG. Bueno, prepáralo todo para iluminarnos... porque dentro de media hora ya es de noche.
- FED. (Entra con Mr. Richard.) Tenemos mucho gusto en que ustedes nos acompañen.
- RICH. Muy amable *monsieur*, muy amable.
- FED. (Presentando.) Un amigo, un artista. (Se saludan todos.)
- CAME. Ay, ya lo creo, si trabaja en el circo. ¿No te acuerdas, mujer?
- DALIA No me tengo que acordar si fué lo que más me gustó... eso, y los perritos.

- KET.** (Saliendo,) Señores.
FED. Por fin.
REG. Guapa mujer.
CAME. Esta señora es la de los perritos.
DALIA. Qué monísimos...
CAME. Pues ¡y cuándo trabajan con todas aquellas cosas!... Es que parece imposible.
DALIA. Yo no sé cómo puede hacer eso.
RICH. Práctica, estudio...
REG. Yo he probado muchas veces, y cá, imposible... Mirad. (Coge dos platos y empieza a hacer el jongleur.)
DALIA. Si, con dos platos, pero la gracia es con ocho como lo hace aquí. Y sin romper uno. Con dos yo también lo hago. (Empieza a tirar platos al alto.)
CAME. Y yo. (Idem.)
TEO. Y yo también, y con tres.
REG. A ver con tres.
CAME Y DALIA. A ver, a ver.
AUG. ¡Uy... la vajilla!
KET. Ja... ja... Es gracioso.
RICH. *Mais tres bien, tres bien.*
TEO. Yo le rompo uno en la cabeza... (Se le cae un plato. A Reguera y los otros también se les han caído dos o tres.)
RICH. Cuidado... mi cabeza.
REG. Pues yo lo hago cuestión de amor propio. (Coge una torre de platos y se la cae haciéndose añicos. Todos se ríen.)
AUG. ¡Cataplúm! (Siguen tirando cosas al alto; en este momento, aparece doña Pastora, Teresita, don Gumerindo y Poli y se quedan estupefactos.)
TEO. Adelante, adelante... señoras y caballeros. Todos amigos, gente de buen humor.
GUM. Sí, ya vemos...
TER. ¡Cuánta gente!... toreros...
AUG. ¿Y qué tal, qué tal? ¿Qué han visto ustedes?
PAS. ¡No me hable usted; yo traigo una jaqueta, entre el viaje y el barullo de esas calles! Voy a acostarme en seguida.
GUM. Yo también estoy muy cansado.

- POLI Y nosotros. ¿Verdad? Y nosotros.
TER. Que no digas esas cosas, Poli.
POLI Pero, Teresita, si estamos casados.
TER. Que no me acostumbro...
AUG. Pero, ¿no comen ustedes? La mesa redonda es dentro de media hora.
GUM. No, no 'tenemos gana. Hemos merendado fuerte en el camino.
PAS. Yo no quiero más que acostarme. Se me parte la cabeza. Vamos.
AUG. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Han cambiado ustedes de habitación?
GUM. ¡Cómo! ¿Han llegado por fin sus personajes?
AUG. Sí... sí... Si están ahí. Les hemos subido a ustedes al segundo piso, números 10 y 11. Es mucho más alegre. Ya tienen ustedes allí el equipaje, todo en orden.
PAS. Vaya, yo que me canso tanto de subir escaleras.
TER. Y yo, y yo, desde hace unos días.
POLI ¿Es verdad, cielo? ¿Te cansas tú? ¡Bendita seas.
TER. Que no seas tonto, es que me hice una rozadura en los zapatos de boda... que no digas tonterías.
GUM. (¡Ah! ¡Qué mujer tan guapa!) ¿10 y 11 ha dicho usted?
AUG. Sí, señor; en el segundo...
PAS. Dame el brazo, Gumersindo... ¿Qué miras?
GUM. Nada, nada... Esta fonda está muy cambiada. (Salen doña Pastora, Teresita, don Gumersindo y Poli.)
REG. Tenéis muchos viajeros. Estaréis haciendo el gran negocio.
AUG. Un negocio loco.
REG. ¡Lo que robaréis!
TEO. Vaya champagne. Vengan copas.
TODOS ¡Venga, viva, bravo!
REG. Brindemos por la prosperidad del hotel. Después, porque nuestro amigo salga con

bien de todas las corridas del año y toreé las ochenta.

CHUR. Se estima, don José.

REG. Después, por estos señoritos a quien no tengo el honor de conocer, pero basta que sea cosa tuya...

KET. ¿Eh?

FED. No seas bruto. No haga usted caso.

REG. Después por estas chicas tan guapas y tan simpáticas, y tan...

CAME. Muchísimas gracias. Y nosotras por usted, y por ustedes y por todos.

DALIA. Eso es, por todos, por todos.

TEO. Vaya, cantad algo, bailad. Que se vea que os traéis cositas...

FED. (Bajo a Ketty.) ¡No sabré nunca ese secreto?

KET. Si no es secreto, sólo que la verdad no la creerá usted.

FED. ¿Por qué?

KET. Porque hay veces en que la verdad es lo más inverosímil.

FED. Tratándose de usted, no... De usted puede esperarse todo, es usted una mujer extraordinaria.

KET. Pronto lo ha conocido usted.

FED. Pronto, no: hace mucho tiempo que la conocía a usted.

KET. ¿A mí?

FED. Sí, porque usted no es una mujer... usted es... el ideal.

KET. Ya, pero... Pues le aseguro a usted que esta mujer que usted cree ideal es lo más prosaico de este mundo. (Siguen hablando.)

TEO. Vamos, vamos, alegría, alegría.

REG. Si es que aquí no se bebe...

AUG. (Viendo aparecer a miss Smith.) Esta nos faltaba.

CHICO. ¡Martín!

CHUR. ¿Qué pasa?

CHICO. Que estoy viendo visiones.

SMITH. Vers nice... Curioso.

AUG. Pase usted, pase usted.

SMITH. El Cicerone se ha perdido... ¿Qué es esto?

Curioso.

AUG. Ya lo ve usted. Una fiesta española... para obsequiar a ustedes.

TEO. (Ofreciendo una copa a la inglesa.) Señorita.

SMITH. ¡Oh, gracias, español galante! Toreros. ¿No es esto? Curioso. ¿Qué es este pelo largo?

AUG. La coleta, milady.

SMITH. La coleta. ¡Oh, curiosa! Permite. (Tirando de la coleta al Chico de la Ursula.) ¿Es natural?

CHICO. (No es tirón el que me ha dao la gachí.) Sí, señora... mío. Pué que ella no puá decir lo mismo.

REG. ¿La gustan a ustedes los toros?

SMITH. ¡Oh, no! Me hacen mucha lástima los caballos.

CHICO. ¡Los caballos!... seá su manía...

SMITH. Toca, toca y estas señoritas baila, baila. Gustar mucho bailes españoles.

REG. Otra copita, miss. (Bajo.) Hay que alegrarla hasta que nos baile un tango...

SMITH. Gracias, español caballero.

AUG. Pero ya estáis bailando... Que se diviertan siquiera estos señores... (Sale don Gumer-sindo.)

GUM. Con permiso de ustedes... He oído tocar la guitarra, y la verdad...

TEO. ¿Le molesta a usted?

GUM. No, no; al contrario. Vengo a oír más cerca. Mi mujer se ha acostado con la jaqueca...

REG. Ah, vamos, y querrá usted ser de la juer-ga... Venga usted acá... Que tiene usted cara de guasón...

DALIA. A ver, una copa para este señor mayor...

GUM. Vaya si son guapas... Desde hace diez años que estuve quince días en Madrid no las había visto tan guapas.

CAME. ¿No huelen ustedes a quemado?

DALIA. Yo no huelo na, estoy con un pasmo...

TEO. Ni yo.

REG. Ni yo.

CHICO. Alguna cerilla.

- TEO. Ea, cante usted; y vosotras, bailad. (Cantan y bailan. Sale la Camarera.)
- CAM. Señoritos, señoritos.
- TODOS ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué pasa?
- CAM. Que hay mucho humo, que se debe quemar algo.
- TODOS Sí, sí; ahora huele. ¡Fuego, fuego!
- AUG. ¿Dónde? Vamos a ver si por aquí sube el humo. (Todos tosen y corren asustados. Salen don Isidoro y doña Hortensia.)
- HORT. ¡Fuego, fuego!
- TODOS ¿Qué es? ¿Dónde? ¡Calma, calma!
- ISID. Un tapón de la luz eléctrica. Debe quemarse algo en el salón de lectura, sale mucho humo.
- AUG. ¿Lo ves? Tu instalación eléctrica... Ya lo decía yo. A ver, a ver. (Entra en el despacho.)
- HORT. ¿Y Asunción que no está en su cuarto? Yo me quedé dormida.
- ISID. ¿Dónde estará esa chica?
- CAM. Vamos a sacar el equipaje, no se nos quemé todo.
- SMITH Y yo, y yo.
- KET. ¡Ay, mis perritos, mis perritos!
- RICH. ¡Mis aparatos!
- GUM. ¡Y Pastora que estará durmiendo!
- CHICO ¡Mi vestido de atorear que no tengo más que uno! (Corren todos a sus cuartos y empiezan a tirar prendas.)
- CAM. (A miss.) Este no es su cuarto de usted.
- SMITH Está loca. Este es mi cuarto.
- CAM. Que no, señora. Leonor, sácalo todo, que será una perdición si se nos quema.
- SMITH ¿Y mi cuarto, mi cuarto?
- TEO. Allí, señora; allí.
- ISID. ¿Pero dónde estará esa chica?
- HORT. ¡Asunción, Asunción! (Sale Poli.)
- POLI ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que nos ahogamos! Teresita se ha desmayado y yo solo no puedo con ella. ¿Quién me la salva, quién me la salva?
- CHICO Yo voy, yo voy.

- POLI Corra usted, corra usted. (Salen juntos. Entra Augusto.)
- AUG. ¡Friolera, todo el salón ardiendo! Agua, agua pronto. (Se quita la americana. Doña Pastora en enaguas con una cofia en la cabeza, y la falda sobre los hombros.)
- PAS. ¡Fuego, fuego; Gumersindo, Teresita!
- GUM. ¡Pastora, Pastora!
- PAS. La niña, la niña. (Sale el Chico con Teresita en los brazos y detrás Poli.)
- POLI Déjemela usted que ya puedo yo, déjemela usted que ya puedo yo.
- TER. (Abrazándose al Chico.) No te separes de mí, no te separes.
- POLI Que no soy yo, que es otro. Déjemela usted que ya puedo.
- PAS. ¡Asunción, hija mía! (Camarera y mozos que traen cubos de agua.) ¡Agua, agua! (Salen Paco y Asunción.)
- PACO ¡Que nos ahogamos! ¡Fuego, fuego!
- ISID. ¿Qué es esto? ¡Asunción y ese trasto! ¡Juntos! ¿Dónde estaban ustedes?
- HORT. ¿De dónde salen ustedes?
- PACO Del fuego, del fuego.
- ASUN. Papá no le mates. Me ha salvado la vida.
- AUG. Pronto. Más agua, agua.
- CAM. Allá va.
- KET. (Corriendo detrás de los perros que salen escapados.) Black, Bob, Riquiqui. Que se escapan, que se escapan.
- RICH. *Les chiens, les petits chiens.*
- AUG. Agua, agua. (La Camarera al alargar un cubo a Augusto, se lo vierte encima.)
- CAM. Tome usted, tome usted.
- AUG. El diluvio sobre mí: Y el hotel ardiendo. ¡Buen negocio hemos hecho!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTO, sentado, haciendo cuentas. FEDERICO

- AUG. Cero es cero, cero es cero, todo es cero.
FED. ¿Qué haces ahí, Augusto?
AUG. Cuentas, cuentas, cuentas; como diría Hamlet, si hubiera nacido en estos tiempos.
FED. ¿Cuentas? Me alegro, de eso tengo que hablarte.
AUG. Si no es para pedírmelas, porque te quedarás aterrado.
FED. No quiero aterrarme. Necesito cuatro mil pesetas.
AUG. ¡Federico! ¿Estás en ti? ¡Cuatro mil pesetas! ¿Tú sabes lo que son cuatro mil pesetas?
FED. Suprime las consideraciones. Necesito cuatro mil pesetas. ¿Te enteras? Al venir aquí te entregué quince mil para los gastos precisos. No digas que no te quedan cuatro mil...
AUG. Sí, sí; eso quedará, pero a ese paso...
FED. Las repondré en seguida. Además, con las ganancias...
AUG. ¿Las ganancias? ¡Desgraciado! Bonito negocio estamos haciendo! Con vuestro siste-

ma... tu adorado tormento, y su equívoco acompañante, alojados a cuerpo de rey... y gratis... Reguera y los toreros, se nos quedan aquí, hasta que esos dos astros taurinos se alivien de la fenomenal paliza que les arreó el primer toro que asomó la gaita... esas dos muchachas que enferman también a consecuencia del susto del fuego, y retrasan su viaje... ¡Bueno está el hotel! ¡Y buenos están los huéspedes! Todos enfermos, pero ninguno a dieta! ¿Y eres tú el hombre práctico, el negociante?...

FED. Y lo soy, lo soy, cada día más. Pero con los amigos, con los amigos de los amigos, no voy a serlo. Cuando por una desgracia no pueden salir de aquí, ¿vamos a cobrarles, vamos a ponerlos en la calle? Los negocios no son incompatibles con la generosidad, con la caballerosidad, con la amistad...

AUG. Te equivocas. Los negocios son incompatibles con todo lo que no sea negocio. El origen de todas las grandes fortunas, es la falta de delicadeza. Cuando oyes hablar de una persona que tiene mucho dinero, ¿qué es lo primero que se te ocurre decir? ¡Qué tío!

FED. Eso se dice de todo el que se distingue por algo, de los artistas, de los políticos, de los hombres de ciencia.

AUG. No, no; a esos sólo se los llama tíos, cuando han sabido hacer dinero con su talento, cuando no se los llama primos. El tratamiento de tío sólo corresponde a la gente adinerada.

FED. Bueno, encaucemos la discusión. Las cuatro mil, pronto.

AUG. ¿Insistes? ¿Y puede saberse para qué necesitas ese dinero?

FED. Ya lo sabes, no seas pesado. Venga en seguida.

AUG. Si lo sé, si lo veo. Toda la mañana estu-

viste de conferencia con Mr. Richard. Comprendo, esa mujer, con la peor de las coquetinas, la coquetería de la virtud, te ha trastornado el juicio; estás en esa pendiente fatal en que el amor combinado con el amor propio nos hace cometer los mayores desatinos. Confiésalo; por conseguir a esa mujer serías capaz de todo. Te arruinarías, te casarías con ella creyéndola o no virtuosa, es igual. ¿Ah, yo conozco el corazón humano!

FED. Pues si le conoces, dame ese dinero en seguida.

AUG. Aun es tiempo. Retrocede. Esa mujer será nuestra ruina. Veo claro las artes que ha puesto en juego... Las fiestas de Moraleda han terminado, y con ellas la temporada del circo... Te anuncia su partida, dejando burladas tus esperanzas; tú quieres retenerla más tiempo, Mr. Richard lo comprende, te indica que para continuar aquí necesita dinero, porque él no está para perder un cuarto; ella no dice nada, pero coquetea desesperadamente, tú te conmueves, te ofreces a ser caballo blanco de su compañía ecuestre, que es ser dos veces caballo, y arrojas las cuatro mil pesetas, y arrojarás hasta el último céntimo, en ese tonel de las danaides, que es la coquetería de una mujer bonita, que sabe administrar su capital mejor que tú administras el tuyo. He dicho... Ahora, voy a entregarte las cuatro mil... Piénsalo por última vez... Aun es tiempo. A la una.

FED. No seas pesado.

AUG. A las dos.

FED. ¡Vaya!

AUG. A las tres, a las tres... Esto de las tres, me da una idea; ¿no tendrías bastante con tres mil pesetas?

FED. ¿Pero eres mi tutor?...

AUG. ¡Basta! Creí que era tu amigo. Has herido

- mi dignidad? Voy a la caja. (Entra en el despacho y sale a poco.) Una, dos, tres y cuatro... ¡Cuatro mil pesetas en títres!
- FED. Te advierto, que si naturalmente, mi primera intención es retener aquí a esa mujer todo el tiempo que pueda, ese circo es un bonito negocio... En Moraleda no hay ahora otro espectáculo; pensamos traer números de atracción... Unos acróbatas, unos osos amaestrados...
- AUG. ¿Más amaestrado que tú?
- FED. Yo cobraré el treinta por ciento del ingreso bruto.
- AUG. ¿Conque bruto? Pues ya estáis iguales el ingreso y tú.
- FED. Yo te probaré que es un negocio, mejor que este de la fonda.
- AUG. No es mucho decir, porque este también es bueno... y los dos combinados, ¡me río yo del Banco de Londres!
- FED. Calla, Mr. Richard.
- AUG. Que habrá estado escuchando, por si yo te convencía. Me habré hecho un amigo.

ESCENA II

Dichos y MR. RICHARD

- RICH. *Mon ami.* Es la hora.
- FED. Todo está arreglado. Cuando usted quiera.
- RICH. Los artistas esperan por tocar su decena. Ellos serán muy contentos de conocer a usted, a su nuevo director...
- AUG. ¿Conque director y todo? Ya te estoy viendo en medio de la pista, con la fusta en la mano, dando vueltas como un zarandillo...
- FED. ¡Calla!
- RICH. Cuando usted guste. Ketty espera al circo. Fuè encargada de contener a la Compa-

ñaia... Usted sabe... ¡Oh! Esos artistas, que no son artistas, no piensan más que en el dinero... Vamos entonces a calmarlos.

FED. No, vaya usted solo. Tenga usted, esa es la cantidad.

RICH. ¡Ah! *Merci...*

FED. Yo no quiero entenderme para nada con los artistas...

RICH. ¡Oh, sí, es desagradable!... Un caballero empresario como usted, no puede, no debe... Esto es, yo corro con todo...

AUG. (¡Vaya si correrá!)

FED. Sí, sí, corra usted...

RICH. Ketty vendrá en seguida, y ella dirá a usted...

AUG. (Está en los detalles.)

RICH. *Au revoir!*... (Sale.)

AUG. ¡Cuatro mil del ala! ¡Y con alas, porque volaron! Bien dice el refrán: «Herencia de tío, la quema el fuego o la lleva el río...»

FED. ¡Estás filósofo!

AUG. A propósito: más ganancias. Hoy terminan los albañiles y los papelistas las obras de revoque y reparación... El salón de lectura y el patio, ya sabes como quedaron a consecuencia del fuego... Habrá que pagar a esa gente...

FED. No importará tanto... Blanquear y empapelar...

AUG. Y dos vigas nuevas, y puertas y ventanas, y qué sé yo...

FED. Bueno, bueno, se paga y en paz...

ESCENA III

Dichos y PACO (vestido de albañil, con la cara llena de yeso.)

PACO ¡Señores!...

FED. ¿Eh?...

AUG. ¡Ah! Calle usted. Siempre me cuesta trabajo conocerle...

- FED. ¡Ah!, el señor es...
- AUG. Sí, ya sabes; el novio de la niña de don Isidoro. El novio Frégoli, como yo le llamo...
- PACO Sí, señor, yo soy... Gracias a usted que es tan bondadoso conmigo y me protege siempre...
- AUG. Debilidades que tiene uno.
- FED. Pero, hombre... qué disfraz... Ya me lo había dicho mi amigo...
- PACO ¿Qué quiere usted? Después de haberme sorprendido aquí su padre cuando el fuego, no había medio humano de vernos ni de hablarnos. Adopté este disfraz, y me he pasado ocho días entre los albañiles, paseando como un gato por los andamios del patio, haciendo como que blanqueaba la fachada, a donde cae la ventana de su cuarto. De este modo he podido verla, he podido hablarla... y he podido matarme, porque el andamio estaba muy alto y la cabeza se me iba a cada paso... ¡Me río yo de la escala de Romeo y del mar proceloso de Leandro!
- FED. Un amor así es admirable, joven, es admirable... Cuente usted también con mi protección.
- PACO Con ella cuento, ahora más que nunca, porque hoy han terminado las obras; ya me lo ha dicho el maestro... Por cierto que le prometí veinte duros por prestarse a este engaño...
- AUG. Y ahora no tiene usted los veinte duros...
- PACO No, señor; vino a pedírmelos antes de bajar del andamio... Yo le dije que se los daría en seguida...
- AUG. Y ahora...
- PACO Ahora que he bajado del andamio, le diré que no los tengo. ¡Cualquier día se lo digo yo arriba! Se los pagaré en tres plazos.
- FED. No se apure usted. Corre de mi cuenta. Entrará en el revoque...

- PACO No puedo permitir...
- FED. ¿No prefiere usted que yo sea su acreedor?
- PACO Sí, señor, sí; muchas gracias, muchísimas gracias. Ustedes no son fondistas, ustedes son...
- AUG. No nos diga usted lo que somos... ¿Y qué piensa usted hacer ahora? ¿En qué han quedado ustedes?
- PACO No lo sé. Don Isidoro y su tía quieren llevarse mañana mismo a Asunción al pueblo, y una vez allí no hay esperanza. Sólo hay un medio de retrasar el viaje, y ese medio depende de usted.
- FED. ¿De mí? No comprendo en qué pueda yo influir...
- PACO Sí, señor, sí; muy fácilmente.
- FED. Diga usted, si es tan fácil.
- PACO Asunción, es natural, no se atreve a decirselo a usted... Y yo, yo tampoco me atrevo, me da mucha vergüenza...
- FED. ¿Por qué?
- PACO Porque así, al pronto, para el que no comprende lo que es un cariño como nuestro cariño, parece así... que sé yo... que... vamos... no parece bien que uno lo diga...
- AUG. Dígalo usted. Queda entre nosotros.
- FED. Tenga usted la seguridad, entre nosotros...
- PACO Es que cuando usted oiga lo que voy a pedirle...
- FED. Tratándose de un enamorado, todo me parece natural.
- PACO Pues ese es el caso; que no es natural de un enamorado lo que voy a pedirle a usted.
- FED. ¿Qué es ello? Acabe usted.
- PACO Pues... me atrevo: lo que voy a pedirle a usted es... que haga usted el amor a mi novia.
- FED. ¿Yo? ¿A su novia?
- PACO ¿Verdad que es raro?
- AUG. Y gracioso.
- PACO Gracioso, no; a mí no me hace maldita la gracia.

AUG. Entonces..., es que quiere usted despistar al padre y a la tía.

FED. Y para eso, ¿por qué he de ser yo precisamente?

PACO Me explicaré. El padre y la tía son dos seres metalizados que no creen que nadie pueda ser feliz sino con mucho dinero. Ya ven ustedes qué disparate. Por eso me desprecian, y por eso desde que llegó usted, sólo tienen una idea..., lo diré claro; que Asunción le pesque a usted, y que usted se deje pescar.

FED. ¡Ja... ja!

AUG. Lo sospechaba.

PACO A la tía se le ha puesto en la cabeza que ha simpatizado usted mucho con Asunción, y que la mira usted con mucho interés.

FED. Usted no lo habrá creído.

PACO Al principio, sí; porque cuando se quiere como yo quiero, siente uno celos hasta de su sombra. Ahora ya me he convencido de que usted no piensa en Asunción.

FED. Está usted seguro.

PACO Pero yo le ruego a usted que sostenga usted esa ilusión del padre y de la tía; sólo con esa esperanza retrasarán el viaje. ¿Qué le cuesta a usted parecer amable con mi novia, decirle de cuando en cuando una tontería?

FED. ¡Hombre!

PACO Si yo no me ofendo, ya sé que es por nuestro bien; usted es tan amable, usted nos protege. Será usted padrino de nuestra boda.

FED. Usted me confunde.

PACO Porque nos casaremos, yo no dudo que nos casaremos, pero no deje usted de protegernos a lo mejor. Tengo mis planes, pero necesito tiempo, unos días; de usted depende todo.

FED. Corriente. Les haré creer que estoy interesado... La novia de usted sabe...

- PACO Sí, señor, está en el secreto. A ella es a quien se le ha ocurrido; dice que también les hará creer que usted le interesa y que yo no les importo nada. Engañenle ustedes, por Dios.
- FED. Sí, sí, les engañaremos. Descuide usted.
- AUG. Si es preciso, yo también haré el amor a la tía.
- PACO Muchas gracias, no es preciso tanto; sería molestar demasiado. Con que juegue usted al ajedrez con el padre, es bastante. ¡Ay! Creo que vienen...
- AUG. Sí, sí, pero no tenga usted cuidado; con ese disfraz no hay quien le conozca.
- PACO No es lo mismo de cerca, Augusto. Pero antes permítanme ustedes un abrazo y otro a usted. (Los abraza y los llena de yeso.) ¡Ay!, ustedes perdonen.
- FED. Deje usted, deje usted.
- AUG. ¡Nos ha puesto buenos!
- PACO Ustedes perdonen, la falta de costumbre, no se hace uno cargo... ¡Ay, que vienen!... Dispensen ustedes que no me entretenga en sacudirles. (Sale.)

ESCENA IV

FEDERICO, AUGUSTO, DOÑA HORTENSIA, ASUNCIÓN
y DON ISIDORO

- ISID. Caballeros, muy buenas tardes. ¿Ustedes permiten que nos instalemos aquí?
- FED. Están ustedes en su casa, ya lo saben.
- HORT. En las habitaciones no se puede parar. ¡Cómo las han dejado los albañiles!
- ASUN. ¡Ya, ya, qué horror! Dichosos albañiles.
- AUG. (Bajo.) ¿Verdad que sí? ¡Dichosos!
- ASUN. Hable usted en serio.
- AUG. ¿En serio? Pues bien; en serio, límpiese usted la cara...

- ASUN. ¿Qué? ¡Ay, Jesús! Es yeso.
AUG. No han visto nada.
ASUN. No se figure usted...
AUG. Yo no he visto nada tampoco.
ISID. Por cierto, mi querido don Federico, que será meterme en lo que no me importa, pero debía usted haber vigilado la obra personalmente. Me parece que le han hecho a usted una chapuza.
- FED. ¿Cree usted?...
ISID. Lo que es en el patio, por el lado de nuestras habitaciones, han blanqueado de un modo...
- AUG. ¡Figúrese usted!
FED. ¿Y se marchan ustedes mañana? Imposible. Si aun no tendrán ustedes instalados sus muebles.
- ISID. No importa, ya hemos abusado bastante.
FED. Al contrario, si ya les miraba a ustedes como de la familia.
- HORT. ¿De veras? Es usted muy amable.
FED. Yo estoy solo en el mundo, muy solo. (¡Si esto no es insinuarse!...)
- HORT. ¿No lo decía yo? Será porque usted quiera, porque un joven, como usted...
- AUG. Don Isidoro, ¿se siente usted con fuerzas para una partidita de ajedrez?
- ISID. Hombre, con mucho gusto. Ya sabe usted mi afición.
- AUG. Le advierto a usted que conmigo no es para lucirse.
- ISID. Pasar el rato.
HORT. Yo traigo mi labor, no puedo estar mano sobre mano, es de familia; en nuestra casa todas las mujeres hemos sido muy trabajadoras. (Doña Hortensia ha colocado las sillas de modo que no quedan más que dos juntas, para Asunción y Federico.)
- FED. Y muy bellas...
HORT. Es favor, muy amable.
FED. (A Asunción.) He hablado con su novio de usted...

- ASUN. ¿Sí? Pero no le habrá dicho a usted...
- FED. Sí...
- ASUN. ¿Se ha atrevido? ¡Qué vergüenza! Y usted...
- FED. Ya lo ve usted, estoy dispuesto a todo.
- ASUN. No me mire usted así; no se acerque usted...
- FED. Hay que fingir... Su tía no nos pierde de vista. Aunque hablemos de cosas indiferentes, hay que parecer muy interesados en la conversación... Dígame usted algo.
- ASUN. No se me ocurre nada. Es tan violento... Y ya sé que de otro modo nos iremos mañana. ¡Qué desgraciada soy!
- FED.. No se aflija usted, no se aflija usted.
- ASUN. ¿Le duele a usted el pecho?
- FED. No; es que señalo el corazón para que su tía de usted vea cómo acciono.
- ASUN. ¡Ya, yal...
- HORT. (Luego dirá Isidoro que yo veo visiones.)
¡Isidoro, Isidoro!
- ISID. Dejame, mujer. Hay que pensar esta jugada.
- AUG. Perdone usted, si me toca a mí.
- ISID. Si es que estoy pensando en la que va usted a hacer.
- AUG. ¿Cuál haría usted?
- ISID. ¿Yo? Esta.
- AUG. Pues hecha.
- ISID. Y ahora, yo, aquí.
- AUG. ¿Y ahora usted?
- ISID. ¡Hombre! La natural... Esta. Y yo, aquí.
- AUG. Y ahora usted.
- ISID. No, si ahora es usted.
- AUG. Como era usted siempre.
- FED. La verdad es que cuando quiere uno hablar, no se le ocurre nada.
- ASUN. ¿No sabe usted versos?
- FED. ¿Versos? Sé algunos...

Volverán las obscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala tus cristales
temblando azotarán.

- ASUN. ¡Qué bonitos! Y los dice usted muy bien.
FED. Muchas gracias.
ASUN. Sí, sí, con mucha expresión.
HORT. (No podemos irnos, no podemos irnos,
Ya lo decía yo.)
ASUN. ¡Qué preciosos! Pero qué bien los dice usted, qué bien.
FED. ¡A qué se enamora de mí en serio! ¡Pobre novio!
ASUN. (Yo creo que le gusto, que no es broma...
¡Pobre Paco! La verdad es que es muy simpático.)
ISID. Déjeme usted pensar, déjeme usted pensar.
AUG. Piense usted. Yo, mientras tanto, voy a dar una orden de que ahora me acuerdo. No me haga trampas.
ISID. Por Dios, esto es muy serio. (Sale Augusto.)
HORT. ¿Te has fijado?
ISID. ¿En qué?
HORT. ¡Pareces tonto! Mira. ¿Qué te decía yo? No podemos irnos.
FED. Nos observan.
ASUN. Diga usted más versos.
FED. Más versos... La escena del sofá del *Tenorio*.

Reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría, etc.

- HORT. No se qué daría por oír lo que la está diciendo.
ISID. Lo que se dice siempre, tonterías. ¡A ti, como nunca te han dicho nada!
HORT. Delante de ti, claro que no.
FED. ¿No es verdad, gacela mía, que están respirando amor?

- ASUN. Pero qué bien dice usted los versos. (Entra Augusto.)
- AUG. (A Don Isidoro.) Cuando usted quiera. ¿Ha pensado usted ya?
- ISID. Sí, sí, ya he pensado; lo que es que no me acuerdo ya de lo que he pensado.
- HORT. (El habla que te habla, y ella sin decir nada. No parece sobrina mía). ¡Asunción! ¡Asunción!
- ASUN. ¿Qué quiere usted, tía?
- HORT. No me acuerdo del punto... ¿Es así? (Bajo.) ¿Qué te dice?
- ASUN. Muchas cosas.
- HORT. ¿Y tú, callada? Le dejarás escapar por tonta.
- ASUN. Pero, ¿qué quiere usted que diga?
- HORT. Disimula mejor, como si me empezaras el punto... ¡Ay, qué chica! Dile que hable con tu padre o conmigo.
- ASUN. Sí, se lo diré.
- HORT. Ya puedo seguir. Es que se me había olvidado. No he visto labor de gancho más difícil.
- FED. (Ya lo creo que es difícil). (A Asunción.) ¿Qué le ha dicho a usted su tía?
- ASUN. Figúrese usted... ¡Que si viene usted con buen fin!...
- FED. Seguro... Acabará en boda.
- ASUN. ¿Usted cree? Usted será nuestro padrino.
- FED. Ya me lo ha dicho su novio de usted, señorita.
- ASUN. Si en todo pensamos lo mismo.
- AUG. (Observando a Federico.) (Pues señor, si fuera de verdad, no estarían más animados. A ver si por jugar al amor.)
- ISID. Usted juega.
- AUG. ¿Yo? No, señor.
- ISID. Sí, señor.
- AUG. ¡Ah, sí! Usted perdone. Pensaba en otro juego...
- ISID. Que ese caballo es mío.
- AUG. Ya lo sé. Si es que me lo como.

- ISID. Pues eso es una barbaridad.
AUG. No; perdone usted; puedo comérmelo.
ISID. Por eso digo que es una barbaridad; una barbaridad mía...
AUG. ¡Ah! eso sí; yo creí que decía usted que era mía...
ISID. No, señor. ¿Yo iba a permitirme?... Ya ve usted que ha hecho usted muchas y no le he dicho nada.
AUG. Es usted muy amable.
HORT. (No hay duda. La fonda vuelve a ser nuestra. No podemos irnos, no podemos irnos...)
ASUN. ¿Y de veras está usted tan enamorado de una mujer así?
FED. Con locura. Esa mujer es un enigma, y mi corazón está empeñado en descifrarlo; a veces creo que es la criatura más inocente, y a veces que es la más perversa; si algún día le dicen a usted que he cometido las mayores locuras, no lo dude usted: es por ella... por ella me siento capaz de todo.
ASUN. Ya veo que también es usted apasionado en prosa.
FED. El amor nunca es prosa, señorita; el amor es siempre poesía.
ASUN. Eso digo yo; ya ve usted mi pobre Paco: vestido de albañil me parecía mejor que nunca; el amor le transfiguraba...

ESCENA V

Dichos y KETTY

- KET. ¡Señores!
ASUN. Ahí la tiene usted.
FED. Sí... Usted perdone... (A Ketty.) ¿Ha visto usted a monsieur Richard?
KET. No... no le he visto. Tengo que hablar con usted...
FED. Ahora mismo,
KET. No; luego, a solas.

- FED. ¿A solas?
KET. A solas... aquí... Espéreme usted... aquí...
FED. Donde usted quiera...
KET. (Saludando.) Señores... (Entra en su cuarto.)
HORT. (La volatinera. Esta es de cuidado).
ASUN. Ahora sí que no se le ocurre a usted nada, ni versos ni prosa.
FED. Es verdad, nada...
ASUN. Acaso le espíe a usted desde su cuarto, y si le ve a usted hablando conmigo, tendrá celos.
FED. No tendré esa suerte.
ASUN. ¿Pero sabe usted que es usted un enamorado terrible? Yo creí que éramos Paco y yo solos en el mundo los que amábamos así.
FED. Pues ya somos dos, digo, tres... ¡Mal número!
ASUN. Quisiera usted que fuéramos cuatro...
AUG. (Nada, que Federico es capaz de enamorarse también de ésta.)
ISID. Me parece que le ha ganado a usted. ¿Por dónde sale usted ahora.
AUG. Sí, sí... Tiene usted razón. Perdido, perdido... No se puede con usted.

ESCENA VI

Dichos, TEODORO y REGUERA

- TEO. ¡Hola, hola! ¡Qué lucida reunión! Hortensia... Asunción... ¿Cuándo es la marcha?
HORT. Quizá la retrasemos unos días.
FED. Sí, sí; deben ustedes retrasarla. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!
HORT. (Bajo a Isidoro.) Esto es una petición en regla.
AUG. (A Reguera.) ¿Dónde has dejado a tus toreros?
REG. No me hables; no quiero ni verlos.
ISID. Salieron los dos, en coche, con esa señora inglesa.

- HORT. Oiga usted. ¿Es verdad que se ha enamorado de uno de ellos?
- TEO. Una pasión romántica. No saben ustedes cómo le ha asistido, cómo se interesa por su convalecencia.
- FED. Es gracioso.
- HORT. ¿Y están ya mejor esos infelices?
- REG. No me hablen ustedes. Cuando les sucede una desgracia porque no se puede evitar... es disculpable... pero dejarse coger por ignorantes, créalo usted, por ignorantes.
- HORT. ¡Pobrecillos!
- REG. Pero ¿a quién se le ocurre, al uno abrirse de capa en aquel terreno, al otro entrar al sesgo frente a toriles?... ¿Qué les había de suceder? Les está muy bien empleado...
- ISID. Estos aficionados son terribles.
- TEO. Perezcan los toreros y sálvense los principios.
- REG. Me han engañado; yo creí que se traían más cosas dentro.
- AUG. ¿Y querías que el toro les hubiera sacado todo lo que traían?
- REG. Sí; crean ustedes que algunas veces quisiera uno ser toro... para enseñarles...
- ASUN. (A Federico.) Está usted deseando quedarse solo para hablar con ella.
- FED. Sí; no se engaña usted.
- ASUN. Yo haré lo posible.
- FED. Muchas gracias. Es usted adorable. Crea usted que no me costaría mucho seguir fingiendo...
- ASUN. ¿De veras? Cierto que es divertido hacerse el amor así... tranquilamente, sin celos, sin riñas.
- FED. Todo lo agradece el amor...
- ASUN. Crea usted que nunca olvidaré su amabilidad en prestarse a esta farsa...
- FED. Ni yo el gracioso desenfado con que ha sabido usted llevarla...
- TEO. (A Augusto.) Oye, oye. ¿Qué se trae Federico con la hija del fondista?

- AUG. Cualquiera lo sabe; con Federico...
- REG. (A don Isidoro.) Usted alcanzó a Rafael el Grande, y, naturalmente, al otro Rafael, que tampoco era chico; aquellos eran toreros... Pero éstos... Algunos empiezan comiéndose los toros; pero le dan a uno cada chasco... Yo estoy ya desengañado de todos...
- ISID. Pero los toreros para usted son como novias, por lo visto...
- REG. Calle usted, si una vez... éstos lo saben... estaba para casarme, y rompí las relaciones por irme a ver tres corridas al Guerra.
- ISID. ¿Huyó usted del matrimonio por los toros?
- AUG. Eso es curarse por la homeopatía.
- HORT. (Me parece que ya es prudente interrumpir el diálogo; el empacho es muy peligroso en los primeros días...) Asunción, Asunción...
- ASUN. ¿Qué quieres, tía?
- HORT. Estos caballeros tendrán que hablar de sus asuntos y les quitamos libertad.
- AUG. ¡Por Dios, señora, qué idea tiene usted de nuestros asuntos!
- FED. (A Asunción.) Debemos hacer una despedida expresiva. Yo no la perderé a usted de vista hasta que desaparezca.
- ASUN. Y yo haré por no mirarle a usted, y por fin le dirigiré una mirada furtiva.
- FED. Que yo recogeré gozoso...
- ASUN. Ja... ja...
- HORT. Asunción, vamos...
- ASUN. Voy, tía, voy. (Es muy simpático este hombre.)
- FED. (Pues no es tan tonta como yo creía.)
- HORT. Beso a ustedes la mano... (A Asunción.) No vuelvas la cabeza, niña... Ay, nunca habéis de tener un término medio...
- ASUN. ¿No ves que se me queda mirando?... Ya no nos iremos mañana...
- HORT. Ni creo que nunca. (Salen don Isidoro, Hortensia y Asunción.)

ESCENA VII

Dichos, menos DON ISIDORO, DOÑA MARTENSIA y ASUNCIÓN

- TEO. Pero oyes, ¿quieres decirme si es que haces el amor a la niña de don Isidoro?
- FED. No seais majaderos.
- REG. ¿Se alivió ya la pasión volcánica por la de los perritos?
- TEO. Se enteró ya el marido... o lo que sea...
- AUG. Ya lo creo que se ha enterado... Cuatro mil pesetas...
- TEO. ¿Cómo?
- FED. Vais a dejarme en paz... y solo. Os estará oyendo desde su cuarto... Además, tengo que hablar con ella...
- REG. Pues entra en su cuarto.
- FED. No lo permitiría...
- REG. ¡Qué primo eres! Si no se atreviera uno con las mujeres más que a lo que ellas permiten... Por ejemplo... (Viendo a la Camarera y abrazándola.)

ESCENA VIII

Dichos y CAMARERA

- CAM. ¡Que se esté usted quieto, que se esté usted quieto!... ¡Que ahora tengo las manos libres y no llevo nada que pueda romperse!...
- AUG. Compostura... compostura...
- REG. ¡Cuidado que es simpática esta chical!
- TEO. ¿Adónde vas?
- CAM. Al cuarto de esas señoritas que han llamado... En todo el día no hacen más que llamar...
- TEO. ¿Qué les ocurre?...
- CAM. No sé; yo, siempre que he entrado, las he

visto llorando. Y todas las veces me han entregado a'guna carta urgente y que esperaba contestación. Todos los criados del hotel están por ahí, trayendo y llevando cartas de esas señoritas...

REG. Conozco la circular...

AUG. La carta de Damocles...

CAM. No sé... Ellas dicen que las ha engañado no sé quién.

REG. Siempre las pasa lo mismo.

CAM. Que ya no pueden irse a Lisboa... y que... Voy... voy... Ustedes perdonen... pero ya oyen ustedes... (Sale.)

TEC. Vamos nosotros a ver qué las ocurre...

REG. No, ahora no; cuando están así, afligidas, es que necesitan dinero; es peligroso acercarse... Mirad quién viene aquí.

FED. Esto nos faltaba.

ESCENA IX

Dichos, MISS SMITH, EL CHURRERITO y EL CHICO
DE LA ÚRSULA

AUG. ¿De dónde vienen ustedes?

CHICO Ya lo ve usted, de dar un pasec...

AUG. Habrá sido triunfal.

CHUR. La señora miss se empeñó en llevarnos en coche...

SMITH Muy bueno el paseo al aire para la salud... ¡Pobrecito! ¿Cómo está? ¿Cómo está?

TEO. No dirá usted que no le cuida.

AUG. (A Reguera) Tú dirás que son ignorantes, pero lo que es valientes...

CHICO No quiera usted saber las cosas que hemos oído por esas calles; mire usted que uno está acostumbrado a oír cosas en la plaza...

TEO. ¿Y ella?

CHICO Tan contenta. Como si la echaran flores...

SMITH ¡Oh qué país alegre, qué país simpático,

- todo el mundo dice saludos en la calle! Ahora debe tomar comida, mucha comida, y bebida... mucha bebida... ¡Oh! ¡Toro malo! Ya no hace nada más con los toros.
- CHICO. Sí, señora miss; si la miss me pasa una renta de muchas libras... de más libras que los toros.
- SMITH. ¡Oh, trabaje, trabaje tranquilo!
- CHICO. A peón de albañil, ¿le parece a usted? Pa matarme también y por seis reales.
- SMITH. Aprenda inglés y enseñe después por dinero.
- CHICO. Eso pa un pronto.
- SMITH. Yo no quiero nada más torero. ¡Toro malo!
- REG. Y tiene razón; para hacer lo que hacéis más vale dejarlo.
- CHUR. Pero ¿todavía está usted con las mismas?
- REG. Pero ¿a quién se le ocurra abrirse de capa en aquel terreno? Agradece a que el toro era tonto perdido.
- CHUR. Pero...
- CHICO. A usted hay que dejarle. Pero ¿no oyó al público que nos abucheaba porque el toro salió con muchos pies y nadie se los paraba?
- REG. Pero ¿qué tenéis vosotros que hacer caso del público?
- CHICO. Y no le haga usted caso y luego las empresas dicen que no hace uno por agradar.
- REG. Pero ¿qué tenéis vosotros que hacer caso de las empresas?
- CHICO. Pero ¿a quién tenemos que hacer caso?
- AUG. Una vez en el redondel, al toro, creánme ustedes, al toro.
- CHUR. Es que aquí se apasiona. ¿Piensa usted que se deja uno coger por gusto de uno?
- REG. Pues lo parece. ¿A quién se le ocurre?...
- CHICO. Ya lo hemos oído. Abrirse de capa en aquel terreno. Y si el toro estaba allí había que buscarle.
- AUG. Por eso lo dice... ¿A quién se le ocurre abrirse de capa dónde estaba el toro?

- FED. Os he pedido por favor que me dejéis solo.
- TEO. Ya te dejamos....
- REG. Por mf... Yo se lo que son estas cosas... Cuando uno se chifla por una mujer... Sabré yo lo que es estar chiflado... Obsequiadnos con algo.
- SMITH Sí, sí; comer, beber para estar fuerte pronto.
- AUG. No sé si quedará yo mucho.
- REG. Mano izquierda...
- CHUR. ¡Ay! Todavía me duele todo el cuerpo.
- CHICO Y a mí too el cuerpo y además este brazo.
- SMITH ¡Toro malo! Nada más con los toros. Prométeme, júrame por tu honor de español hidalgo... (Salen todos menos Federico.)

ESCENA X

KETTY y FEDERICO

- FED. Ketty, Ketty...
- KET. Aquí estoy... Tengo que hablar a usted seriamente.
- FED. Seriamente, bien; pero seria conmigo, no... Cuando yo esperaba...
- KET. ¿Esperaba usted? Pues eso es lo que yo no quiero, que usted espere. Y sólo siento haberle a usted escuchado alguna vez si usted pudo creer que fué en mí coquetería para conseguir de usted lo que usted ha hecho por detenerme aquí más tiempo. Yo no quiero ser cómplice de ese engaño, yo no quiero que usted compre de ningún modo el derecho a esperar.
- FED. Yo no he comprado. No me resignaba a a que usted se marchara de aquí tan pronto y puse los medios para impedir, yo sólo esperaba que usted me conociera mejor, que al fin llegara a comprender que la quiero a usted con locura.

- KET. ¿Con locura? ¿Si usted supiera que yo soy muy razonable? Pero, vaya por la locura... Voy a demostrar a usted que no es tanta esa locura como usted dice... Por conseguir mi cariño sería usted capaz de muchas cosas...
- FED. De todo...
- KET. De arruinarse... de seguirme hasta el fin del mundo... de romper con su familia y con sus amigos...
- FED. Esté usted segura; capaz de todo...
- KET. ¿De todo eso?
- FED. Lo duda usted... ¿Cómo puedo probar a usted?...
- KET. Del modo más fácil y menos costoso.
- FED. Diga usted...
- KET. Cátese usted conmigo.
- FED. ¡Eh!
- KET. Lo ve usted. Decía usted que era usted capaz de todas las locuras y en esa locura no había usted pensado. Y si yo le dijera a usted que esa locura es el único medio de conseguir mi cariño... Y crea usted que si lo digo es porque tengo derecho a decirlo...
- FED. ¿Por qué no? Siempre creí que en su vida había algo misterioso.
- KET. Misterioso, no; penas, luchas, pobreza. Más pobre que ahora yo he vivido en otros medios más honrados en apariencia que este en que usted me ha conocido; pero en todos eran mayores las dificultades de mi vida y mayores los riesgos. Cuando hay que luchar en condiciones desventajosas para la vida, es preferible parecer malo a parecer débil. A una mujer sola, pobre, nadie la consulta siquiera su voluntad para enamorarla, es un derecho que exige cualquier atrevido. Desde que fui artista... ya me respetaban algo más, ya me concedían siquiera que podía comprarse mi cariño, ya se molestaban en hacerme la cor-

te... Ya tengo siquiera el derecho de defenderme... Y aunque usted no lo crea he pedido triunfar, y puedo decirle ahora: si ese cariño de que usted habla es algo más que un capricho, si es usted capaz de creer en la verdad de mis palabras, cásese usted conmigo y yo le querré a usted con toda mi alma... ¿Quiere usted declaración más franca, más atrevida para una mujer? Pero... esa persona que acompaña a usted...
KET. Por algo que con él se relaciona pedí a usted esta entrevista. Lea usted esta carta... Sabrá usted lo que será ahora de mí.

FED. «Querida Ketty: Perdóname, la vida me es imposible porque los negocios van de mal en peor. Dejo sin pagar a los artistas...»

KET. Que armarán un escándalo.

FED. «Salgo escapado. Ya te escribiré cuando pueda. Te dejo sola porque creo...»

KET. ¡Qué vergüenza!

FED. «Creo que si no eres tonta como siempre, esta vez has encontrado tu suerte. Mal harás en no aprovecharla. Dile a ese caballero que perdone si yo me aprovecho en algo y convéncele de que la virtud es un lujo y los lujos no son para los pobres. Te quiere siempre, tu hermano, Pepe.» ¿Pepe?

KET. Sí; Richard... Ese es Pepe.

FED. ¿Y hermano de usted?... Y no era francés... Y no era...

KET. Tampoco yo soy Ketty... Soy una vulgar Filomena. Mi hermano fué siempre un bohemio, se buscó la vida de este modo... Yo sólo me decidí a seguirle porque comprendí que a su lado era la vida más segura. Y ¿por qué no dijo usted nunca que era su hermano?

KET. Era tan poco respetable como hermano... Me consideraba más defendida dejándolo en duda... De todos modos no fué malo conmigo... y le quise siempre... Ya ve usted ahora lo que será de mí.

- FED. Eso no; si usted quiere...
KET. Si es usted el que no quiere.
FED. ¿Que yo no quiero?
KET. Sí, quiere usted... Pero ya sé cómo usted me quiere, como me han querido tantos... Y sin embargo, si yo supiera que era usted capaz de comprender que no se miente así. ¡Pensar que acabaría esta vida de lucha, esta vida errante! ¡Sería yo tan dichosa en una casita mía, sin lujos, tranquilidad nada más! ¡Cómo querría yo al hombre que tuviera fe en mí, en este deseo de toda mi vida de ser buena y de poder parecerlo al mismo tiempo... ¡Pobre de mí! Qué palabras de verdad encontraré yo para que usted me creyera... Crea usted en mí, sea usted bueno, cásese usted conmigo. Pero ya lo veo, me escucha usted con burla, desdeñoso.
- FED. No, Ketty; ni burla, ni desdén... sorpresa, sí; yo esperaba, no podía creer...
KET. Y no cree usted... Hoy mismo me marcharé de aquí. No pensará usted que siga los consejos de mi hermano.
- FED. No, no se marchará usted... y si le dijera...
KET. ¿Qué cree usted en mí? No; si lo dice usted así, por sorpresa, por emoción, yo sería la que no le creyera a usted... Ya sabrá usted de mí desde lejos, y cuando crea usted en mí de verdad, entonces, si todavía se acuerda usted de mí, y el capricho por una mujer, que usted sólo juzgó digna de un capricho, se ha convertido en estimación, yo le aseguro a usted por todo lo que he luchado en esta vida que no tendrá usted que arrepentirse nunca, si es usted entonces el que viene a decirme: cásese conmigo... Viene gente... Volveré a despedirme... hasta entonces o para siempre. (Sale.)
- FED. ¿Qué mujer es esta? ¿Puede fingirse así? Es que lo bueno es más inverosímil que lo

malo y nos parece más novelesco. ¿Cómo saber?... Corro al circo, si es verdad que ese hombre se ha escapado, que era su hermano, los artistas sabrán... Una mujer que está segura de armonizar a un hombre ¿para qué quiere casarse con él y se prefiere el cariño al dinero?... Tiene razón... Casarme era la única locura que no se me había ocurrido. (Sale.)

ESCENA XI

DON GUMERSINDO y AUGUSTO (Discutiendo muy acalorados.)

GUM. Oígame usted tranquilo, que le explicaré a usted.

AUG. Nada, nada; su señora de usted me ha ofendido gravemente.

GUM. Pero...

AUG. Cuando una señora casada ofende a un caballero, el marido de la señora debe una reparación al caballero, si es que tiene carácter para dar una solfa a su señora. Su señora de usted me ha ofendido delante de gente; en plena mesa redonda.

GUM. No lo creo. ¡Pobre Pastora! Ella es incapaz.

AUG. ¡Ah! ¿No es ofenderme decir en mi cara que este hotel es Sierra Morena? ¿Se les ha cobrado a ustedes algo indebidamente? ¿Se les ha faltado a ustedes en algo? ¡Sierra Morena!

GUM. Oígame usted, yo le explicaré... La pobre Pastora tiene sus motivos...

AUG. ¿Conque motivos? Dice usted que tiene motivos. Según eso se hace usted solidario de sus palabras, de modo que...

GUM. Si no me escucha usted. La culpa de todo es mía, sí, señor, mía... Usted me comprenderá... Entre hombres... ¡Veinte años de matrimonio en Calzadilla! ¿Recuerda usted la noche del fuego?

- AUG. La noche del agua...
- GUM. Del fuego...
- AUG. Cada uno habla de lo suyo...
- GUM. Pues bien, esa noche, yo estaba aquí con ustedes, hacía muchos años que yo no veía mujeres tan guapas y tan... Usted me comprende... Mi señora cayó en cama a consecuencia del susto, tuve horas de libertad que no había tenido en veinte años, ¡veinte años de matrimonio en Calzadilla! La vida de fonda se presta... Usted lo sabe...
- AUG. Voy teniendo ocasión de saberlo...
- GUM. Fuí débil... una cana al aire... tal vez la última... Usted recuerda que yo le había dejado a usted en depósito 750 pesetas... Pues bien, esas 750 pesetas desaparecieron y mi mujer sólo pudo saber que la caja del hotel había sido presa de las llamas y que me parecía muy poco delicado exigir a ustedes que me las pagaran de su bolsillo, tratándose de un caso fortuito en que eran los más perjudicados...
- AUG. ¡Ah! Y la señora de usted, naturalmente, no creyó que una caja pudiera arder así, ni que el fuego aquél fuera para tanto.
- GUM. Eso es, y cree que ustedes...
- AUG. Muy gracioso, hombre; muy gracioso, que aquí se simulan incendios por 700 pesetas...
- GUM. Y de ahí sus indirectas...
- AUG. A cualquier cosa llama usted indirectas... Pues no sabe usted lo más gracioso...
- GUM. ¿Qué?
- AUG. Que ese dinero no estaba en la caja todavía. Yo me lo guardé en el bolsillo de mi americana y al despojarme de ella para extinguir el incendio, perecieron en él americana y pesetas, y para devolvérselas a usted la sociedad comanditaria del hotel, de que soy gerente, tuvo que desembolsarlas bonitamente; ya ve usted si tiene chiste que su señora de usted venga en-

cima con reticencias... ¡Ah! pero yo se lo diré, yo no puedo consentir...

GUM. No... usted no la dirá nada... usted no me descubrirá... Se trata de la tranquilidad de mi casa... Si Pastora sospechara siquiera, mi vida sería un infierno... Yo le indemnizaré a usted de todo... Pero si usted supiera que yo no puedo distraer un cuarto... Mi mujer lleva cuenta de todo... Si ella supiera que las 700 pesetas... No quiero pensarlo... Usted callará. ¿Que le importa a usted la opinión de mi mujer? Y para mí es la paz, en el seno de mi hogar de Calzadilla... Ahora que he casado a mi hija... ¡Ah! créalo usted, si las cosas se hicieran dos veces...

AUG. Serán 1,400 pesetas. Dos veces 700...

GUM. Lo peor es que esa muchacha me habló de otro pico que necesitaba... y yo en el primer arrebató... el primero y el último, se lo juro a usted...

AUG. Lo creo...

GUM. Accedí a cuanto me pedía... Y ahora, será un nuevo favor que tenga que agradecer a usted...

AUG. ¿Cómo?

GUM. Que me preste usted 200 pesetas... que yo le enviaré de Calzadilla como pueda. Cinco pesetas cada semana... me privaré de fumar, haré cuenta de que he tomado algún objeto a plazos...

AUG. Pero ustedes han tomado este hotel por un asilo de beneficencia.

GUM. No se incomode usted. Esas 200 pesetas me salvan del todo. Porque esa chica es capaz de armarme un escándalo... Usted no consentirá que por 200 pesetas haya un escándalo en la fonda. Siempre es un des- crédito.

AUG. Sí, que con estas cosas, también se acredita...

GUM. ¿Qué son para usted 200 pesetas? Para mi

es la paz en el seno de mi hogar de Calzadilla... Si mi Pastora se entera... si...
AUG. Pues no tienen ustedes poco miedo a su Pastora...

ESCENA XII

Dichos y POLI

POLI Don Gumersindo, don Gumersindo...
GUM. ¿Qué ocurre? ¿Está peor tu señora madre política?
POLI No, es decir, sí; si usted supiera...
GUM. ¿Qué pasa?
POLI Don Gumersindo. Abráceme usted. Usted no sabe lo que acabo de hacer por usted...
GUM. ¿Tú?
POLI Un sacrificio... como en los dramas... Lo que sólo se hace por un padre...
GUM. ¡Un sacrificio!
POLI Doña Pastora ha querido ahogarme...
GUM. ¿A ti?... Ya lo oye usted...
POLI Mire usted... Son sus uñas...
GUM. Pero, ¿por qué?...
POLI Pues bien, estas uñas las tendría usted ahora clavadas, a más de cuantos improperios pueden caer sobre cabeza humana... si yo no me hubiera sacrificado por usted...
GUM. Pero, acaba...
POLI Doña Pastora ha sorprendido una carta que la criada del hotel había dejado para usted...
GUM. ¡Una carta! ¡Dios mío! Las 200 pesetas...
POLI En esa carta le pedían a usted...
GUM. ¡200 pesetas!
POLI Sí, señor... le daban a ustedes las gracias por otras 700 y le llamaban a usted indecente...
GUM. ¿Y tú?...

- POLI Yo he dicho que esa carta iba dirigida a mí...
- AUG. ¡Es un héroe!...
- POLI ¡A mí! He confesado que era yo el que conocía a esa mujer antes de mi matrimonio...
- GUM. ¿Tú? ¿Cuándo, si nunca has salido de Calzadilla?
- POLI Por una postal... He confesado que al verla aquí había tenido un mal pensamiento, y aprovechando las horas en que Teresita asistía a su madre enferma.
- GUM. ¿Tú has dicho eso?
- POLI ¡Yo; sí! ¿Hubiera hecho más un hijo!
- GUM. ¡Ven a mis brazos!
- POLI Yo conozco a doña Pastora... Yo sé que si ella supiera que usted había dilapidado esas 700 pesetas, la tranquilidad habría concluido para usted, y para los cuatro días que le quedan a usted de vivir, he querido que viva usted tranquilo.
- GUM. ¡Abrazame! Nunca lo hubiera creído de ti. ¿Oye usted? Es un hijo, un verdadero hijo. ¿Y Pastora?
- POLI Queda contándoselo a Teresita.
- GUM. ¡Qué complicación!
- POLI Ahora es usted el que debe sacrificarse a su vez, diciéndole a Teresita que yo soy inocente...
- GUM. ¿Yo? ¿A mi hija? ¿Confesar yo a mi hija?... ¡Nunca!
- POLI ¡Ah! ¿Cree usted que yo voy a pasar por culpable a sus ojos? Ante doña Pastora no importa tanto, porque para cuatro días que ha de vivir... Además, no he de vivir con ella, pero con mi Teresita, sin comerlo ni beberlo... eso sí que no, eso sí que no. Si usted no demuestra ante Teresita mi inocencia, llamo a esa joven, y que ella diga quién es el culpable...
- GUM. No, eso no. Yo lo diré todo... Pero su padre... ¿Con qué respeto volverá a mirar a

- su padre esa pobre hija? Un padre que derrocha así el dinero de sus hijos... (A Augusto.) Y usted tiene la culpa de todo.
- AUG. ¡Hombre!... Me gusta.
- GUM. ¡En una fonda decente admitir a esa clase de mujeres!...
- AUG. Oiga usted...
- GUM. ¡Adónde trae uno a su mujer y a sus hijas!
- AUG. ¡A que le rompí algo a este tío!...
- GUM. Estoy por creer que esta fonda no es lo que parece...
- AUG. ¡Señor mío, señor mío! Si usted no fuera un viejo verde...
- GUM. ¿Eh?
- AUG. Un viejo impúdico...
- POLI ¡A mi señor padre político no le falte!
- GUM. Es un héroe.
- AUG. Ustedes son los que faltan...
- POLI A mí dígame lo que quiera, pero a mi señor padre, no.
- GUM. Se agiganta... ¡Ay, Pastora!
- AUG. Entiéndanse ustedes... A mí no me metan ustedes en esos líos. (Sale.)

ESCENA XIII

Doña PASTORA, TERESITA, DON GUMERSINDO y POLI

- PAS. Ahí le tienes, ahí le tienes... Que te lo diga él si tiene vergüenza.
- TER. No, no; yo no le digo nada... Yo quiero separarme... yo no quiero verle... que se vaya, que se vaya...
- POLI ¡Don Gumersindo! ¡Don Gumersindo!
- PAS. ¡Ha asesinado usted a mi hija! ¡Es usted un miserable! ¡A los quince días de matrimonio! Gumersindo va a saberlo... y no lo creerá... Lee, lee esa carta... ¿A quién di-

rás que está dirigida? Vas a caerte redondo cuando lo sepas.

POLI. ¡Teresita, Teresita!, por Dios, tu padre te dirá que yo soy inocente, que yo me he sacrificado.

TER. ¡Vete, vete, vete!... Quiero separarme, quiero separarme...

POLI. ¡Don Gumersindo, que yo me he sacrificado!...

GUM. ¡Calla! Si lo sé todo... ¡El me lo ha confesado!... Tienes razón. ¡A los quince días!... ¡Si fuera siquiera a los quince años!...

PAS. ¿Qué estás diciendo? ¿Estás ahí con esa calma? ¿De qué sirve la autoridad de padre? Ahora mismo es preciso ver al juez, llevarle esa carta...

GUM. Calma, calma, mucha calma. Estos asuntos de familia... Yo hablaré a Teresita; Teresita, hija mía...

PAS. ¡A los quince días! ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Si mi Gumersindo me hubiera faltado a los quince días!

TER. ¡Quiero separarme! ¡Quiero separarme! Llévame a ver al juez...

GUM. Teresita, escucha, ten calma, yo te diré...

ESCENA XIV

Dichos MISS SMITH, REGUERA, EL CHURRERITO, EL CHICO DE LA ÚRSULA, TEODORO y AUGUSTO; después FEDERICO, la «troupe» WILSON, después DON ISIDORO, DOÑA HORTENSIA y ASUNCIÓN, y después LA CAMELIA y LA DALIA.

CHUR. Que esto ya no se puede aguantar, y me voy ahora mismo por no quitarle a usted las muelas.

REG. ¡Tú a mí, so maleta!...

CHICO Es que es verdad. ¿Qué a quién se le ocurre abrirse de capa en aquel terreno?...

- REG. La culpa me tengo yo.
 CHUR. ¡Vaya un tío pelma!
 SMITH. No sacan navaja, no sacan navaja.
 TER. ¡Señores, señores!
 AUG. ¿Otro escándalo? ¡Señores, señores!
 FED. (Entra corriendo.) ¡Augusto, Augustol, pronto, que cierren la puerta, que...
 AUG. Otro que tal. ¿Qué pasa?
 FED. Verás. Fuí al circo, encontré a los artistas furiosos, Mr. Richard se había escapado sin pagarlos, me conocieron, sabían que yo era el de los cuartos, y salieron detrás de mí no sé cuantos, tomé un coche, y ellos detrás, y al bajarme los vi todavía...
 AUG. Esta flor le faltaba al ramo. ¡Qué voces! ¡Uy!
 FED. No te dije...
 TER. ¿Qué pasa? ¿Qué es esto? ¡Qué gente! (Entra la «troupe Wilson».)
 WIL. ¡*Nous sommes volés!* ¡*L'argent, l'argent!*
 AUG. ¡Señores, orden, orden! Callen ustedes... Callen todos... ¡Ay! Hay que proceder con energía.
 WIL. ¡*L'argent, l'argent!*
 AUG. A ustedes se les pagará. (A Federico.) ¿Estás conforme?
 KET. ¡Qué gentel!
 FED. Sí, se les pagará, se les pagará.
 WIL. ¡Oh! ¡Viva! ¡Viva! ¡*L'argent, l'argent!*
 AUG. Y ya están ustedes demás aquí. (Salen los Wilson.) Tú, Reguerita, largo también con tu distinguida compañía.
 CHUR. Oiga usted; es que nosotros la cuenta... A que dice ahora que él no paga.
 REG. ¡Qué he de pagar! Se le paga a un amigo, pero a un *desahogao* como tú...
 CHUR. Ahora soy *desahogao*... Usted sí que...
 AUG. No haya cuestiones. No paga nadie. En eso estábamos.
 FED. Nadie.
 CAME. Sí, pero nosotras somos las más desgraciadas, que ahora dice el empresario que no

nos paga el viaje a Lisboa, y nos veremos perdidas.

DALIA Hemos escrito a todos los amigos, pero todos son unos sinvergüenzas.

FED. Se os pagará el viaje.

CAME. ¿De veras? Eres la única persona decente. (Siempre sucede lo mismo; el que menos motivos tiene...)

DALIA Verdad que sí.

PAS. ¿Lo crees, verdad? No sé como me contengo. Y tú, ¿qué haces? ¿No le dices nada a ese hombre?

GUM. Dile algo para disimular con tu madre.

POLI Sí, dñe; yo no me ofendo...

TER. ¡Pillo, tunante, faltarme así, pilllo, pilllo!

POLI Perdóname, perdóname.

PAS. ¿Es eso todo lo que se te ocurre? ¡Yo le mataría.

TER. ¡No, mamá, pobrecito mío! ¡Matarle, no!

PAS. Eso es, mímale todavía. Si te está muy bien empleado.

TER. ¡Pobrecito mío!

GUM. ¡Que no sepa nunca tu madre! Aguántala con paciencia, que sí tendrá que aguantar.

POLI ¿Qué remedio! Para cuatro días que les quedan a ustedes de vivir...

GUM. Oye, oye, que yo pienso vivir más de cuatro días.

AUG. Bueno, bueno, hoy se marchan ustedes, y cuando se hayan ido todos... Tú dirás, Federico...

FED. Nos iremos también nosotros... Pero antes quiero anunciar a ustedes que la fonda vuelve a ser suya.

ISID. ¡Eh? Don Federico, ¿qué dice usted!

HORT. ¿Qué decía yo? ¡Asunción!

ASUN. ¿Qué es esto? ¿No era eso broma?

FED. Vuelve a ser de ustedes, en las mismas condiciones que antes.

ISID. ¡Don Federico!

HORT. ¡En las mismas condiciones dice usted! No lo creo; dígalo usted todo.

FED. Sólo añadido una; que Asunción ha de casarse con su novio... Supongo que ya no habrá inconveniente.

ISID. Ninguno.

ASUN. ¡Ah! ¿Qué dice usted? Es usted el hombre más simpático que he conocido. Cuando Paco lo sepa... Voy a escribirle ahora mismo. (Se sienta a escribir.)

HORT. Pero entonces usted...

FED. Yo tal vez me case también muy pronto. (A Ketty.) ¿No es verdad?

KET. Tan pronto, no; cuando crea usted en mí por completo. Yo sabré demostrar que merezco su confianza y su cariño.

AUG. ¿Y el negocio del hotel?

FED. Acabaron los negocios. Desengañémonos; cada uno para lo que nace.

AUG. Es verdad. Todos nuestros negocios serían como este. Mira 25,000 pesetas de déficit, A pocos negocios así...

FED. Es inútil que las cigarras se empeñen en ser hormigas. Nosotros hemos nacido para vivir alegres, sin preocupaciones del mañana, para el amor, para la alegría. Yo estoy alegre, y amo. ¿Qué más puedo desear?

TEO. Es cierto. Las cigarras vuelven a cantar.

AUG. Y volverás a no comer.

TEO. ¿Qué importa? Tenemos alma de artistas.

FED. Somos cigarras.

KET. Y hormigas también.

FED. ¿También?

KET. Sí... Esperadme.

(Al público.) Cigarras son los artistas
viven y mueren cantando:
cigarras para el provecho;
hormigas para el aplauso.

FIN DE LA OBRA

El Registro de la Policía

Esta obra es propiedad de los herederos de Don Eduardo Vidal y Valenciano y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El Registro de la Policía

DRAMA EN OCHO ACTOS Y EN PROSA

ACOMODADO A NUESTRA ESCENA

POR

EDUARDO VIDAL VALENCIANO

Representado con extraordinario éxito
en los principales teatros de Barcelona, Madrid,
Valencia, Palma, etc.



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ENRIQUETA.	D. ^a Carlota de Mena
* CONDESA.	» Pilar Clemente
* LUISA	» Balbina Pi
MARIANA.	» Adela Clemente
LA ZURDA	» Ana Monné
SOR GENOVEVA.	» Cayetana Vidal
EL CONDE	D. Antonio Tutau
* PEDRO	» Modesto Santolaria
JAIME	» Juan Bertrán
EDUARDO.	» Miguel Riba
EL DOCTOR.	» Miguel Pigrau
* PATRICIO.	» Juan González
ROQUE	» Jaime Molgosa
EL MARQUÉS	» Luis Llibre
LEÓN.	» Gabriel Carbonell
LUCIANO	» Antonio Pérez
INSPECTOR DE POLICÍA	» N. N.
SARGENTO	» N. N.

Caballeros, Polizontes, Criados, Mercaderes, Hermanas
de la Caridad, Retenidas de la Salpêtrière

* En los teatros **Español** y **Romea** fueron representados los papeles de Condesa, Luisa, Pedro y Patricio por las actrices señoras Segarra y Ricart y los actores señores Isern y Muns.



ACTO PRIMERO

LA DILIGENCIA DE EVREUX

Una plaza de París. A la derecha una rampa. A la izquierda una taberna. Varias mesas delante de la puerta y a la sombra de algunos árboles. En el fondo barracones figurando tiendas ambulantes. El puente cruza el escenario por un lado. Algunos poyos de piedra. En lontananza una vista de París.—Es al caer de la tarde.

ESCENA PRIMERA

GENTE de toda condición, MERCADERES, MENDIGOS y BEBEDORES. Estos en las mesas. Luego LA ZURDA. Cuadro animadísimo.—Entre la muchedumbre un CANTOR callejero tocando el violín. Le rodean varios CURIOSOS y CHIQUILLOS.

CANTOR ¡Quién pide otro! Que se acaban, señores. La canción del pastor Lisandro y la hermosa Magalona... ¡Quién pide otro!

VENDEDO. ¡Medias de lana! Bonitas y baratas. Tortas calientes... Calentitas... ¡A la rica torta....
(Unos caballeros atraviesan de derecha a izquierda en dirección a la taberna y la Zurda les sale al paso.)

ZURDA ¡Caballeros!... una limosnita por amor de Dios... ¡Apíadense de esta pobre enferma que tiene siete criaturas que mantener!...
(Una niña que va acompañada de su madre le da una limosna. Ambas siguen su camino. La Zurda besa la moneda y dice:) ¡Dios te lo pague, angelito del cielo...

ESCENA II

EL MARQUÉS, ROQUE, vestido de artesano LEÓN, LUCIANO y
CABALLEROS

MARQUÉS Si no me engaño, este es el sitio donde Roque tenía que aguardarme.

ZURDA ¡Caballero, una limosnita por amor de Dios!

MARQUÉS Déjame en paz.

ZURDA (Pidiendo a otros caballeros que atraviesan de derecha a izquierda.) Para esta pobre enferma... Dios os lo pague, generoso caballero.

MARQUÉS (Buscando por entre la muchedumbre.) ¡No le veo! ¿Querrá hacerme esperar?

ROQUE (Llegando de pronto y saludando.) Estoy a las órdenes del señor Marqués.

MARQUÉS Que el diablo me lleve si hay quien lo conozca en ese traje. Pareces una persona decente.

ROQUE Gracias, señor Marqués.

MARQUÉS Se trata de que demuestres todo lo que vales.

ROQUE El señor Marqués sabe perfectamente de cuánto soy capaz para complacerle. El hombre, que, según me habéis dicho, debía aguardar a las dos muchachas, yo os aseguro que no acudirá a la cita. Gracias a este vestido hemos trabado amistad; le he invitado a una partida de dominó, en tanto esperábamos la diligencia, y bebiendo y charlando ha pillado una borrachera, que le tiene amodorrado por tres horas a lo menos.

MARQUÉS ¡Bravo, Roque!

ROQUE Respecto a las muchachas, de sobra sé ya lo qué tengo que hacer.

LEÓN (León y Luciano cruzan por el fondo y se detienen al ver al Marqués.) ¿El Marqués en este sitio?

MARQUÉS ¡Hola, amigos míos!... Feliz encuentro... ¿Qué hacéis por aquí?

LEÓN Venimos de comer ostras. Pero tú, ¿desde cuando te hallas en París? Yo te creía bastante lejos de la capital cazando a un tiempo las perdices y la herencia de tu anciana tía.

MARQUÉS Pues ni herencias, ni perdices.

LEÓN ¿De veras?

MARQUÉS Las perdices iban demasiado aprisa, y la herencia venía sobradamente despacio.

LEÓN ¿Y a santo de qué te hallamos en esta plaza?

MARQUÉS Es que aquí para la diligencia de Evreux... y hoy precisamente...

LEÓN ¿Debe llegar alguna linda muchacha?

MARQUÉS Eso es. Un tesoro de gracia y hermosura. La vi un momento con su vestidito de provinciana y desde entonces estoy locamente enamorado de ella.

LUCIANO ¡Hola! ¡Hola!

LEÓN Cuéntanos eso.

MARQUÉS Recordaréis que partí al saber que mi pobre tía estaba gravemente enferma. El castillo de mis antepasados era una verdadera cárcel en medio del desierto, donde me moría de fastidio. Pero yo aguardaba con paciencia el fin de aquella cruel enfermedad... y ese fin llegó. ¡Mi tía, cuya vida se escapaba por momentos, se halla completamente restablecida!

TODOS ¡Ah!

MARQUÉS Pero no lo siento.

LUCÍA ¡Quién lo duda!

LEÓN Y una vez restablecida vuestra tía...

MARQUÉS Tomé la posta y regresé a París.

LEÓN Pero, ¿y la normanda?

MARQUÉS Voy al caso. Cerca de Rambouillet di un par de escudos al postillón para que subiese a galope una empinada cuesta. De pronto, tuvo que acortar el paso, porque un pesado carruaje se obstinaba en marchar por el centro de la carretera: bajé furioso y dispuesto a emprenderla a latigazos con el

mayoral, cuando vi asomarse a la portezuela del coche, una cabecita hermosa como pocas, con unos ojos como un cielo, y una sonrisa...

LEÓN ¿Que te hizo olvidar al mayoral?

MARQUÉS Completamente. Ya no pensé más en tomar la delantera. Llegamos a un mesón, y mientras mudaban el tiro, vi a mi bella aparecida que se disponía a bajar del carruaje para tomar el aire. Corro hacia ella, la ofrezco la mano para apearse, me da las gracias con la mayor finura, la digo cuatro tonterías para explorar el terreno, y la muchacha, a quien creía una bobaliconna, me contesta con una gracia y soltura incomparables. En fin; supe que venía á París en compañía de una hermana; que aquí no conocían a nadie, y que a su llegada debía aguardarlas un antiguo carpintero a quien habían sido recomendadas.

LEÓN ¿Y qué más?

MARQUÉS (Sonriendo) ¿Qué más? Id esta noche al pabellón de Bella-vista, y allí en uno de los descansos del baile de máscara, copa en mano, os prometo el desenlace de mi aventura.

TODOS Convenido.

LEÓN Pues entonces, buena suerte y hasta más tarde.

MARQUÉS Hasta la noche. ¡Roque! (Que pasea por el foro.)

ROQUE Señor...

MARQUÉS ¿Recuerdas mis instrucciones?

ROQUE Todo corre de mi cuenta..

ZURDA (Al Marqués.) ¡Una limosna por amor de Dios!

MARQUÉS (Yéndose.) ¡Quite allá la vieja!

ZURDA Está visto; cuando una entra en años, adiós mi dinero. Es preciso que me busque algún ganapán.

ESCENA III

LA ZURDA y PEDRO

PEDRO (Este entra por el fondo con su muela de afilar.) ¡Cuchillos y tijeras para afilar!... Navajas y cortaplumas.

VOZ (Dentro.) ¡Eh! ¡Afilador! Aquí, muchacho.

PEDRO Voy... Voy al momento. (Coloca la rueda a la puerta de la tienda.)

ZURDA ¡Ola! ¿Tú, por aquí, buena pieza?

PEDRO ¡Ah! ¿sois vos, madre?

ZURDA Sí, yo soy, holgazán.

PEDRO ¡Holgazán!... Trabajo cuanto puedo.

ZURDA ¡Trabajas! Pues de esto me quejo, imbécil. Flaco, enfermizo, raquítico... y zambo por añadidura; y en vez de aprovechar todas esas cualidades para pedir limosna, se pone a trabajar. ¡Ay! ¡Qué lástima de fortuna! ¡Pedir limosna!... Ya sabéis que no soy capaz.

ZURDA ¿Cómo que no eres capaz?

PEDRO No: siendo niño, me llevábais a vuestro lado, y repetía, sin comprender su sentido, las palabras conmovedoras que me habíais enseñado. Nunca alargaba la mano, porque vos siempre recibíais siempre las limosnas. Mas tarde, me dijisteis: «anda, ya eres bastante crecido, ve a mendigar por tu cuenta», y partí. Iba solo por primera vez, completamente desorientado, y me detuve en esta plaza donde veníamos cada día. Me arrodillé en aquella esquina y traté de pedir limosna: pero las palabras que entonces ya comprendía, se negaban a salir de mi boca, y cuando tuve que tender la mano, como os lo había visto hacer a vos, sentí en mi interior un movimiento de vergüenza que llegó hasta a abrasar mi rostro. ¿Veis, esta acción? (La de tender la mano.) Pues no puedo explicaros el daño que me hace. Cuando

tengo la mano abierta así, y echan una moneda en ella, siento un dolor como si me cayera una gota de plomo derretido, y sin que yo sepa porqué, acuden los sollozos a mi garganta y se llenan de lágrimas mis ojos. Yo no puedo mendigar, madre mía, a pesar mío, me es imposible; me es completamente imposible.

ZURDA ¡Anda, hijo sin entrañas! Prefieres dejar a tu madre en la miseria!

PEDRO ¡En la miseria! Pero si la limosna produce, y a vos no os falta valor...

ZURDA Si tuviera que mantenerme a mí sola...

PEDRO ¡Es verdad! Hay que mantener a mi hermano Jaime... hay que mantenerle a él, que no está flaco ni enfermizo...

ZURDA Por él es que quisiera encontrar un buen gancho. ¡Es tan guapo mi querido Jaime! El vivo retrato de mi pobre Frochard que esos pícaros jueces me mataron!

PEDRO ¡Sí, sentenciado por homicidio, y ejecutado en un cadalso!

ZURDA No serás tú quien le vengue. Si fuera Jaime, ya es distinto, él no es un gallina como tú; nada le espanta.

PEDRO ¡Oh, nada! ¡Ni aun el ver correr sangre!

ZURDA ¡Calla, imbécil! ¿Quieres que te lo diga claro? Tú no servías más que para persona decente, y yo aborrezco a toda esa canalla de personas decentes. (Cambia de tono y pidiendo a unos transeuntes.) ¡Almas caritativas! ¡Tened compasión de esta pobre enferma!... (Se para y recibe una limosna.)

PEDRO (Viendo que la Zurda se aleja.) Quizás tenga razón. Yo no servía más que para persona decente, pero nadie me ha enseñado a serlo; de suerte que me veo rechazado por los unos e infeliz con los otros. ¡Para que vivo, pues, en este mundo! (Da vueltas a la rueda.)

ESCENA IV

PEDRO, LA ZURDA, JAIME y dos HOMBRES

- JAIME (Entran los tres cogidos del brazo y cantando.) ¡ Ah !
; Mi madre y el cojo ! ¿ Habéis visto a Mariana por aquí ?
- ZURDA Todavía no, muchacho.
- JAIME Camaradas, entrad ahí. (La taberna.) Encargad la fritura, el vino y el aguardiente. Yo pago.
- ZURDA ¿ Tú pagas, muchacho ? ¿ Has hecho algún buen negocio ?
- JAIME Yo no ; Mariana.
- ZURDA ¡ Ah ! ¿ Y qué negocio es ese ?
- JAIME (Bajo.) No lo sé. Pero yo le mandé que buscase... y encontró. Ea, cojitranco, acércate acá.
- ZURDA ¡ Qué buen mozo es mi hijo !... ; Y que buen humor gasta siempre !...
- JAIME Los hijos bien criados dan cuenta a su madre de lo que han ganado en la semana.
- ZURDA ¿ Verdad, madre ?
- JAIME Así es, prenda.
- PEDRO ¡ Sí ; para que luego te quedes tú con todo !
- JAIME (Con violencia.) Bueno : ¿ y qué ?
- PEDRO ¿ Y qué ? Que eso es injusto, que eso es...
- JAIME Mira que si no callas te sacudo.
- PEDRO No sé como tienes alma para pegarme, siendo más fuerte que yo.
- JAIME Que bestia es ese muchacho. Pues si fueses tú el más fuerte, ¿ no me pegarías a mí ?
- PEDRO ¡ Nunca ! Me parecería indigno y cobarde.
- JAIME (Sacudiéndole del brazo.) ¡ Ea ! Basta de discusión y vamos al grano. ¿ Cuánto has ganado ?
- PEDRO (Dando el dinero a su madre.) Diez francos, siete sueldos.
- JAIME ¡ Y eso es todo, estúpido ! ¿ Qué has hecho de tu cuerpo en toda la semana ?
- PEDRO He recorrido calles y plazas desde la mañana hasta la noche, con mi rueda a cuestas,

- y haciendo voltear la muela cuando me daban trabajo. No he comido más que pan seco y no he bebido más que agua. ¿Qué más podía hacer?
- JAIME Chico, has tomado muy mal oficio. Es necesario que aprendas otro que yo te enseñaré.
- PEDRO (Con espanto.) ¡Otro tú! ¡Oh! ¡no! No lo quiero...
- ZURDA Yo te he recogido esto. Aquí lo tienes con el dinero de este.
- JAIME No, si dinero no me falta. (La Zurda va a guardarlo y Jaime cogiéndolo añade.) Sin embargo, lo tomo por no despreciarlo.
- ZURDA ¡Qué indino es! (Gozosa.)
- JAIME Ahora os convido a los dos a echar un trago en la taberna.
- PEDRO Gracias: tengo algún trabajo que concluir y el vino me trastorna la cabeza.
- JAIME ¡Ja, ja, ja! Francamente, cojo, a veces me das compasión. Al fin y al cabo no es culpa tuya si eres raquítico, si un vaso de vino te emborracha y te asusta una buena moza. ¡Pero qué diablo! Tampoco es culpa mía si yo soy alto y vigoroso, si me gustan el vino, el juego y las muchachas bonitas. Para ti el trabajo es la vida; yo sólo trabajo cuando no tengo otra cosa mejor que hacer, y aun así lo menos que puedo y de mala gana.
- PEDRO Sí; para ser hermanos, muy poco nos parecemos.
- JAIME La sangre que corre por tus venas, es sangre de cordero; la que hierve en las mías, es sangre de mi padre. Hace más de cien años que excepto tú, débil y raquítico, todos somos así en la raza de los Frochards. Diríase que cuando Dios echó en la tierra la semilla de los bandidos, se le rompió el saco en nuestra casa.
- ZURDA ¡Eso es un hombre! ¡Bendita sea tu boca!
- JAIME (Cogiendo a su madre del brazo.) ¡Vamos! El que

quiera que me siga, que ya tengo el gaznate seco. ¡Vamos, vieja?

ZURDA Andando, prenda. (Ruido de látigo, campanillas, coche y voces.—Todo indispensable.)

PEDRO ¡Ah! Ahí viene la diligencia de Evreux. Voy a devolver mi trabajo y a ver si hay algo que ganar. (Jaime y la Zurda entran en la taberna. Pedro en la tienda en cuya puerta dejó la muela.)

ESCENA V

LLEGADA DE LA DILIGENCIA.—Si el teatro no permite que salga el vehículo, se supondrá que para en el bastidor del foro. Aparecen **LUISA, ENRIQUETA, VIAJEROS, POBRES, MOZOS** de cordel. Todos gritan y hablan a la vez. **EL MARQUÉS** aparece en el fondo y observa. **ROQUE** en la puerta de la taberna.

MOZOS ¿Señora, traeis equipaje? ¿Hay que llevar algún cofre? ¿Queréis que os lleve la maleta? ¿Falta un coche?

MENDIGO ¡Una limosnita por amor de Dios!

MAYORAL (Dentro.) ¡Fuera de enmedio! No estorbar... Cuidado...

MARQUÉS (Acercándose a Roque.) Roque, ¿y nuestro hombre?

ROQUE Lo que os dije, durmiendo la mona.

MARQUÉS ¡Magnífico! Mírala bien. La más alta de las dos.

ROQUE ¡Preciosa! Voy en busca de mi gente. (Vanse el Marqués y Roque cada cual por diferente lado.)

ENRIQUETA (Dando la mano a Luisa.) Ven, Luisa; ven acá, no te hagan daño.

MOZO ¿Queréis que pida un coche?

ENRIQUETA Gracias, buen hombre. Aguardamos a una persona que ha de venir a buscarnos. (Los viajeros van alejándose poco a poco durante el principio de la escena siguiente.)

ESCENA VI

ENRIQUETA y LUISA

ENRIQUETA Siéntate, Luisa; aquí tienes un banco.

LUISA (Sentándose.) Es extraño que el señor Martín no haya venido a esperarnos.

ENRIQUETA Tranquilízate, ya vendrá. ¡Oh! ¡Qué rico y hermoso es París!

LUISA ¿Sí?

ENRIQUETA ¡Ay! ¡pobre hermana mía! ¡Si tu pudieses ver todas estas maravillas! ¡Qué grandioso es todo esto!

LUISA Dime lo que ves. ¿En dónde nos encontramos?

ENRIQUETA Cerca de un hermoso puente, con casitas a cada lado y una gran estatua en el centro.

LUISA Pues será el puente nuevo. Papá nos hablaba de él muy a menudo, porque había vivido cerca de aquí con nuestra madre, antes de retirarse a Evreux.

ENRIQUETA Hacia un lado se ven dos grandes torres negras. ¿Serán las de Nuestra Señora?

LUISA (Con tristeza.) ¡Nuestra Señora!... ¡Allí fué abandonada mi cuna!... ¡Allí fuí recogida por la caridad del que hizo de mí su segunda hija! Sin él habría yo muerto de hambre y de frío... ¡y quién sabe si hubiera sido mejor para mí!...

ENRIQUETA ¡Qué dices!

LUISA No sería como ahora, una infortunada ciega, un motivo de tristeza y dolor para cuantos me rodean.

ENRIQUETA No hables así, Luisa. ¿Olvidas lo mucho que te querían mis padres? Tu fuiste su consuelo, su alegría hasta el fatal momento en que se apagaron tus ojos.

LUISA ¡Esta desgracia no fué tan grande como la de quedar huérfanas las dos!

ENRIQUETA Tienes razón, pero ya que ésta es irremediable, tratemos de reparar la tuya. Sabes que

si he realizado todo cuanto poseíamos, ha sido para venir a París, donde hay sabios médicos que devolverán a tus bellos ojos el brillo que perdieron.

LUISA ¡Quiera Dios que se realice tu esperanza!— Pero y el señor Martín, ¿qué no viene?

ENRIQUETA Tal vez nos aguarde en la administración. ¿Vamos a verlo?

LUISA Vamos. (Vanse.—Así que han desaparecido se oyen en la taberna las voces de Jaime y sus camaradas que cantan y ríen. Al propio tiempo, Mariana entra por el fondo abatida y vacilante y se detiene en frente de la taberna. —Empieza a obscurecer.)

ESCENA VII

MARIANA

MARIANA ¡Qué oigo! ¡Es él! ¡Canta, desdichado! ¡Embriágate! Olvida a la infeliz mujer a quien has destrozado el corazón, y que para escapar de tus garras no tiene más recurso que morir.—El río está allí: pronto habrá concluído todo... ¡Qué el último grito de mi alma desesperada llegue hasta ti como una maldición!... — ¡Cómo tarda la noche!... Quizás me verían... y podrían salvarme... y yo... no quiero que me salven!... (Déjase caer abatida en un banco.)

ESCENA VIII

MARIANA, ENRIQUETA, LUISA

ENRIQUETA Tampoco está en la administración.

LUISA ¿Y por aquí no le ves?

ENRIQUETA (Inquieta.) No, no parece todavía. Pero hay allí una mujer que dá lástima; tan pálida está y tan desgraciada parece... Se ha dejado caer en un banco, debe sentirse mal.

- LUISA Vámonos a socorrerla. Háblale, Enriqueta:
¡anda, hermana mía!
- ENRIQUETA (Acercándose a Mariana.) Señora... señora...
¿puedo servirlos en algo?
- MARIANA ¡No!
- ENRIQUETA ¡Estáis muy abatida! (Mariana calla.) ¿Os ha-
lláis indispuesta? ¿Sufrís algún mal, se-
ñora?
- MARIANA ¡Sí... sí... sufro mucho!...
- ENRIQUETA ¿Tal vez tendríais necesidad de algún auxi-
lio... de algún socorro?
- MARIANA (Bruscamente.) ¡Yo, nada necesito!
- LUISA (¡Con que acento lo dice.)
- ENRIQUETA ¡También tiene su orgullo la miseria!
- LUISA ¡Hay en su voz algo de siniestro que es-
panta!
- ENRIQUETA Señora, miradnos y tened confianza en nos-
otras. No somos ricas; pero si pudiéramos
auxiliarnos...
- MARIANA Ya os he dicho que nada necesito; porque
hay dolores que no se alivian... porque hay
males que no se curan...; pero en fin... ¡to-
do acabará!...
- LUISA ¡Queréis morir!...
- MARIANA (Levantándose bruscamente.) ¡Quién os lo ha di-
cho!
- LUISA Lo he comprendido. Me lo han revelado
vuestras palabras... Nosotras, las ciegas, a
quien ningún objeto exterior distrae, escu-
chamos con el alma, con el corazón, y el
mío percibe los dolorosos latidos del vues-
tro.
- ENRIQUETA (Sosteniéndola.) Decidnos vuestras penas.
Quién sabe si podremos mitigarlas...
- MARIANA (Enternecida y estrechándoles las manos.) ¡Qué bue-
nas sois! ¡No me conocéis! ¡Nunca me ha-
béis visto, y os compadecéis de mí!... ¡Ah!
¡Más valiera no habernos encontrado! ¡De-
jadme!... ¡No me apartéis del abismo que
me atrae!...
- ENRIQUETA (Deteniéndola.) ¡No, deteneos!
- LUISA ¡Deteneos, en nombre del cielo!

MARIANA ¡ Ah ! ¿ No sabéis que me persiguen ? Que los agentes de policía pueden encontrarme y que ya no tengo fuerzas para huir !...

ENRIQUETA ¿ Pero, qué falta habéis cometido ?...

MARIANA ¡ He robado !...

ENRIQUETA Y LUISA ¡ Ah ! (Con espanto.)

MARIANA El jornal de toda una semana, todo cuanto poseía una infeliz obrera como yo, todo se lo he robado... por él... por un miserable a quien desprecio... y a quien amo. (En este momento se oyen voces y algazara en la taberna.) ¿ Oís ?... ¿ Oís esas voces aguardentosas !... ¿ esos gritos !... ¿ esas carcajadas ?... Allí está con sus compañeros de infamia. Lejos de él, la razón me ilumina, sus vicios me inspiran horror, mi corazón se subleva y mi amor se convierte en odio !... Pero... ¡ ay !... Tan pronto como aparece a mi vista, ese desprecio, ese odio se extingue. Me habla... y tiemblo... ; me mira... ¡ y vuelvo a ser su esclava ! ¡ Por él he robado, y creo que hasta mataría si me dijera... mata ! ¡ Ya veis, pues, que más vale que yo muera !... comprenderéis pues, que debo morir !...

ENRIQUETA ¡ No se redime una falta, cometiendo un crimen !

MARIANA ¡ Pero no veis que si me descubren me encerrarán en una cárcel !...

ENRIQUETA ¿ Y qué ? ¡ Más vale sufrir el castigo de algunos meses, que una pena eterna !

LUISA Cuando salgáis de la cárcel, os habréis reconciliado con los hombres...

ENRIQUETA Y cuando os hayáis arrepentido, os habréis reconciliado con Dios.

MARIANA ¡ Dios !... ¿ Estáis seguras de que hay un Dios ?

ENRIQUETA (Con fe.) ¡ Sí, estamos seguras !...

MARIANA A mí siempre me han dicho que no existía.

LUISA ¡ Oh !... ¡ Desventurada mujer !

ENRIQUETA (Indicando el río.) He ahí a donde os conducían los que tan vil error os enseñaban.

MARIANA ¡ Quizás tengáis razón !

- LUISA Sí, sí; creednos y borraréis vuestro pasado, y se brotará a vuestros ojos un porvenir más tranquilo y dichoso.
- MARIANA ¡El porvenir! ¡Qué puedo esperar de él!... ¡Me han despedido de mi taller!... ¿Dónde encontraré trabajo? ¿Cómo viviré hasta entonces?...
- ENRIQUETA (Obligándole a tomar algunas monedas.) ¡Tomad! ¡Tomad entre tanto!...
- MARIANA ¡No!... ¡No!...
- LUISA ¡Por Dios no lo rehuséis!
- MARIANA (Llorando.) ¡Ah!... Tenéis razón... Preciso es que haya un Dios en el cielo, puesto que dos de sus ángeles vienen a socorrerme... (Cogiéndoles las manos y besándoselas.)
- ENRIQUETA ¡Valor!
- MARIANA (Con viva resolución.) Sí... sí... Con esto que me dais saldré de París... y huiré de él... de mi genio maléfico... para no volverle a ver jamás!... ¿Tendré valor?... No lo sé... ¡Oh! Pero lo que sé muy bien, es que yo quisiera dar mi vida por vosotras.
- JAIME (Jaime aparece en la puerta de la taberna.) ¡Mariana!
- MARIANA ¡Benditas seais mil veces. Adiós... adiós!... ¡Ah! ¡El! (Al querer marchar Mariana tropieza con Jaime.)

ESCENA IX

Dichas, JAIME, después UN SARGENTO y DOS GENDARMES

- JAIME ¡Mariana! (Bajo a Enriqueta.)
- LUISA ¿Qué hace?
- ENRIQUETA (Id. a Luisa.) La infeliz se detiene.
- JAIME ¿A dónde ibas tan aprisa?
- MARIANA Huía de ti... porque no quiero volverte á ver.
- JAIME ¡Cómo! ¿Qué no quieres volverme a ver, Mariana?
- MARIANA (Apartando los ojos de él.) ¡No!

JAIME Pues entonces... porque te detienes cuando te llamo? ¿Por qué te acercas cuando te atraigo? ¿Por qué tiembla tu mano cuando la estrecho entre las mías?

MARIANA (Rechazándole.) ¡Oh! ¡Quita! Quiero resistir... ¡Me avergüenzo de la vida que llevo y de la infame senda en que me has precipitado!

JAIME ¡Hola! ¿Remordimientos tenemos... y acusaciones por añadidura? Anda, tontona. Echate todo eso a la espalda y sígueme. (Queriendo coger la mano de Mariana que ésta retira.)

MARIANA Repito que no.

JAIME Es que yo lo quiero. ¿Oyes?

MARIANA Y yo... yo... (Vacilando.)

JAIME (Con imperio.) ¡Te lo mando!

MARIANA (Mirando alternativamente a Jaime y a las dos jóvenes.) Y yo no quiero... Se acabó tan vil esclavitud. Ya no me harás obedecer... ¡quiero ser libre!

JAIME ¡Necia! En el momento que yo quiera volverás a ser obediente y sumisa como siempre has sido.

MARIANA ¡Nunca!

JAIME ¡Nunca! Y cómo me has de resistir, ¡imbécil! (Cogiéndola por un brazo. Mariana se deshace de Jaime, mira a su alrededor, ve a los gendarmes que salen en este momento y dice:)

MARIANA ¡Cómo! ¡Ah! Vas a verlo. ¿Señor Sargento?

SARGENTO ¿Qué queréis?

MARIANA Yo... ¡soy una ladrona!

SARGENTO ¿Qué!

MARIANA Que yo he robado. ¡Prendedme!

JAIME ¡Cómo!

SARGENTO ¡Qué os prenda! ¿Quién sois vos?

MARIANA Una culpable: una infeliz a quien vuestros soldados perseguían hace una hora en la Cité. He podido escaparles: pero ahora me arrepiento y me entrego. Aquí me tenéis... prendedme.

JAIME (Arrimándose a un lado.) (Se ha vuelto loca.)

SARGENTO ¿Pero es cierto?

- MARIANA Me llamo Mariana Gautier y os lo repito, los agentes me persiguen.
- SARGENTO Corriente, puesto que lo confesáis... seguidme.
- MARIANA ¡Vamos! (A Enriqueta.) ¡La expiación empieza!.. Rogad al cielo que me dé valor para acabarla. (El Sargento y Gendarmes se retiran llevándose a Mariana que al paso dice a Jaime:) ¡Ya ves como me he librado de ti! ¡Desde hoy soy libre!.. Sígueme a mi nuevo asilo.
- JAIME ¿A la cárcel?.. ¿Háse visto mujer más estúpida?
- VOCES (En la taberna.) ¡Jaime!.. ¡Jaime!..
- JAIME (Turbado.) Sí... Sí... ¡Voy al momento! (Entra en la taberna.)

ESCENA X

LUISA ENRIQUETA, ROQUE y luego DOS HOMBRES

- ENRIQUETA (Abrazando a Luisa.) ¡Que miedo habrás pasado!
- LUISA ¡Oh, sí!
- ENRIQUETA Pero empieza a anochecer... y ese señor Martín que no viene...
- ROQUE (Acercándose.) Aquí me tenéis, señoritas.
- LUISA ¡Ah! ¡Por fin!..
- ENRIQUETA Señor, os esperábamos con una impaciencia...
- ROQUE Me dispensaréis que haya llegado algo tarde.
- LUISA Empezábamos a estar intranquilas...
- ROQUE Es que vivo muy lejos de aquí.
- ENRIQUETA ¿Muy lejos de aquí? (Sorprendida.)
- LUISA Nos dijeron que vivíais a dos pasos...
- ROQUE (¡Demonio!) Sí, en efecto... vivo... vivía a dos pasos... pero hace poco que he cambiado de casa. Vamos, vamos, señoritas. (Quiere coger a Enriqueta, pero ésta vacila y dice:)
- ENRIQUETA Vos... sois...
- ROQUE El señor Martín; el antiguo carpintero... ya sabéis...

ENRIQUETA Es que... (Con impaciencia.)

ROQUE Si me hacéis el agravio de dudar de mis palabras, mirad, allí hay unos vecinos, personas honradas del barrio que os responderán de mí. (Va al fondo y hace señas a dos hombres que aparecen.)

ENRIQUETA ¡Vecinos del barrio!

LUISA (Tendiendo la mano.) ¡Enriqueta, no me dejes!

ENRIQUETA Aquí estoy, Luisa. (Quiere ir hacia su hermana, pero a una señal de Roque los dos hombres le cortan el paso.) ¡Qué significa esto, señores?

ROQUE Ea, basta de dilaciones. La carroza está a dos pasos; acabemos de una vez.

ENRIQUETA No os seguiremos.

ROQUE Obedeced.

LUISA ¡No, no! (Se dirige hacia su hermana y Roque la detiene.)

ENRIQUETA Repito que no os seguiremos. (A una señal de Roque, los dos hombres la amordazan y se la llevan. Luego observa desde el fondo y después que han desaparecido los hombres con Enriqueta, dice:)

ROQUE Perfectamente. Todo ha salido a pedir de boca.

ESCENA XI

LUISA, luego LA ZURDA, después PEDRO

LUISA ¡No oigo nada!... ¿Enriqueta? ¿Dónde está ese hombre? ¿Y tú, por qué no me contestas? ¡Enriqueta! (Con terror.) ¡Enriqueta... responde... habla, Enriqueta!...

ENRIQUETA (Lejos con voz apagada.) ¡Luisa!...

LUISA (Dando un grito y andando a tientas hacia la parte por donde se han llevado a Enriqueta.) ¡Ah!... ¡ella!... (Oyese el ruido de campanillas y el chasquido de un látigo.) ¡Se la llevan!... ¡Me la roban!... ¡Y me dejan sola... Sola... Abandonada!... ¡Dios mío!... ¡Qué va a ser de mí!... ¡y estoy ciega!... ¡Ah! (Tropieza con un poyo y cae

al propio tiempo que salen Pedro y la Zurda que la levantan.)

PEDRO ¡ Ah!... ¡ Pobre muchacha!

LUISA ¡ Virgen santa! ¡ Qué va a ser de esta desventurada!

ZURDA ¡ Está loca esta muchacha! ¿ Qué os sucede?
¡ Os habéis caído!

LUISA (Agarrándose del vestido de la Zurda.) ¡ Ah! señora, no me abandonéis... ¡ Por piedad! No me abandonéis...

PEDRO Vamos, calmaos: ya no hay peligro alguno.

ZURDA Pero, hija mía, ¿ donde tenías la cabeza?

LUISA ¡ Ah! Si yo creo que me vuelvo loca, señora, mi hermana estaba aquí, conmigo... ¡ y me la han robado!

PEDRO ¡ Robado!

ZURDA ¿ Y vuestros padres?

LUISA ¡ Nuestros padres!... ¡ Somos huérfanas!...

PEDRO Pero tendréis amigos... conocidos...

LUISA ¡ Acabamos de llegar a París y no conocemos a nadie!

PEDRO ¿ Y qué gentes eran las que han robado a vuestra hermana?

LUISA ¡ Yo que sé, pobre de mí!

ZURDA Por su traje, habréis conocido...

LUISA ¡ Pero si estoy ciega... señora!

PEDRO ¡ Ciega!

ZURDA (¡ Hola, hola, hola! ¡ Ciega... sin padres... sin parientes ni conocidos y joven y agraciada!...) (Mirándola fijamente.)

PEDRO (¡ Dios mío! ¡ qué bonita es!)

ZURDA ¡ Zapatero, a tus zapatos! Anda, lárgate con tu muela y déjanos en paz... yo cuidaré de ella.

PEDRO Sí, madre, hay que ayudarla a buscar...

ZURDA ¡ Bueno! Yo me sé lo que debo hacer... anda... holgazán. (Pedro hace un movimiento de dolor.)

LUISA No me abandonéis, señora. (Buscándola.)

ZURDA No, hija mía, no... aquí estoy.

PEDRO ¡ Ciega!... ¡ Tan joven y tan bonita!... (Saliedo con tristeza.) ¡ Tan bonita!... ¡ Y qué te importa a ti, miserable criatura!

- ZURDA Vamos, no hay que desconsolarse, hija mía; siempre habrá alguna buena persona que os ayude a buscar a vuestra hermana.
- LUISA ¿Y a quién debo dirigirme?
- ZURDA ¿Como a quién? A mí; a mí que soy una honrada madre de familia, que os ayudaré en vuestra empresa y os daré entre tanto un asilo en mi casa.
- LUISA ¡Ah, señora! ¡Y qué buena sois en apiadaros de mí!... Pero la encontraremos... no es cierto. ¿La encontraremos?
- ZURDA ¡Oh! sí, sí... con el tiempo... ¡Mucho tiempo! Venid, venid, ¡Ah! os advierto que no os llevaré a ningún palacio.
- LUISA ¡Ay, señora! Para mí todas las moradas son iguales.
- ZURDA (¡Toma! Está claro. ¡Una ciega! No tenía necesidad de rebajar mi palacio.) ¡Vamos, hija mía, vamos!
- LUISA En vuestras manos me entrego, señora.
- ZURDA Y no podías caer en otras mejores, yo os lo aseguro. (Creo que he dado con el gancho que me hacía falta. Me parece que he pescado un buen ganapán.) (Se la lleva.)
- PEDRO ¡Es extraño! ¡Pero se me figura que una voz interior, me dice que ya no estoy solo en el mundo! (Vase con la muela.)



ACTO SEGUNDO

EL PABELLON DE BELLA-VISTA

Un gran salón elegantemente dispuesto. En el centro una mesa ricamente servida. Candelabros y arañas encendidas. Ricos cortinajes en todas las puertas.—Al levantarse el telón la escena aparece sola cortos momentos, oyéndose la orquesta que toca un valz —Luego entran por el foro el Marqués, León, Luciano y Convidados. Un lacayo sostiene el cortinaje y se deja ver el salón lleno de máscaras. En cuanto han entrado los personajes referidos, el lacayo deja caer la cortina. Sigue la música.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, LEÓN, LUCIANO, CONVIDADOS y LACAYOS

MARQUÉS Y bien, señores. ¿Qué os parece el pabellón de Bella-vista? ¿Está a la altura de su reputación?

LEÓN Amigo Marqués, estoy encantado de tantas maravillas. Esto es realizar un cuento de Hoffman con la cooperación de todos los tapiceros y artistas de París.

MARQUÉS Y esto es sólo para empezar.

LEÓN ¿Qué guardáis, pues, para el final?

MARQUÉS La cosa es muy sencilla. Al sonar la media noche, se apagarán las luces y sálvese el que pueda.

LEÓN Bravo, Marqués: eso se llama conservar las

- buenas tradiciones. ¡Y decir que hay gentes que pretenden cambiar todo eso!
- MARQUÉS ¡Qué estúpidos! Vamos, tunantes, vengan dulces y vinos para esperar la hora del ambigü. (A los lacayos.)
- LEÓN ¡Perfectamente! ¿Ya habrás notado la gran revolución que acaba de verificarse?
- TODOS ¡Ja, ja, ja! (Los lacayos sirven el champagne.)
- LEÓN (Brindando de pie. Todos se levantan.) ¡A la salud de nuestro amable anfitrión! (Chocan las copas.)
- MARQUÉS A la vuestra, mis buenos amigos.
- LUCIANO ¿Y Eduardo? ¿Todavía no ha venido?
- MARQUÉS Estoy aguardando a él y a otra persona.
- LEÓN Es verdad. Recuerdo que nos prometisteis el fin de tu aventura de la diligencia de Evreux.
- MARQUÉS Todo se andará, amigos míos. Ya sabéis que para el marqués de Presles lo prometido es ley. (Ruido y voces dentro.)

ESCENA II

Los mismos y PATRICIO

- PATRICIO Repito que es preciso que yo hable con vuestro amo.
- MARQUÉS ¿Qué es eso? Quién se toma la libertad...
- PATRICIO Soy yo; señor Marqués: soy Patricio; ¡el ayudante de cámara del caballero Eduardo Vaudrey!
- LEÓN El criado de Eduardo.
- PATRICIO Perdonad, señor conde. El ayuda de cámara.
- MARQUÉS Que pase. (Los lacayos le dejan el paso franco.) Y ¿qué tenemos de nuevo, ¿señor ayuda de cámara?
- PATRICIO Tan solo que mi señor me ha encargado que viniese a disculparle con el señor Marqués.
- MARQUÉS ¡Cómo! ¿No vendrá, a pesar de su promesa?
- PATRICIO ¡De eso os admiráis! ¿Pues que no cono-

- ceis a mi amo? Es el caballero más extraño, más caprichoso y extravagante del mundo.
- LEÓN No comprendo.
- PATRICIO Pasa, como debe hacer todo buen caballero, las noches en alegres orgías y en locuras de toda especie; pero los días... ¡Ay! Señor Marqués...
- MARQUÉS ¿Pues que hace tu señor durante los días?
- PATRICIO Los consagra enteramente al trabajo. ¡Al trabajo!—Sí, señores, sí. Lee y escribe como un simple abogadillo...
- MARQUÉS ¿Será posible?
- PATRICIO ¡Y qué manera de portarse con todo el mundo! ¡Con sus acreedores por ejemplo!
- MARQUÉS ¿Qué? ¿Qué hace con sus acreedores? Les apalea sin duda?
- PATRICIO ¡Ca! No, señor. Todo lo contrario... ¡Les paga!
- MARQUÉS ¡Bah! ¿Tú, quieres burlarte de nosotros?
- PATRICIO ¡Les paga, señor, les paga! Y si fuese esto todo... vaya con Dios.
- MARQUÉS ¡Hay más todavía!
- PATRICIO Se trata con los filósofos. Se roza con Diderot, Alambert y otros escritoruelos de mala muerte, que yo mandaría a presidio para que se pudriesen a la sombra y no nos vinieran con innovaciones, y cuentos y...
- LEÓN ¡Pobre Eduardo!
- PATRICIO Gracias a esas deplorables relaciones, ha perdido completamente el sentimiento de su dignidad, hasta tal punto que... Mirad, sin ir más lejos; ayer, porque dí un batacazo por servirle con prontitud, me estrechó la mano, señor Marqués; sí, señor, a mí; ¡a Patricio! ¡A su ayuda de cámara! Y me la estrechó como si yo hubiese sido un caballero de su clase. ¡Yo! ¡su ayuda de cámara! Vergüenza me dió el verlo y me hubiera echado a llorar, si no hubiese temido que mis lágrimas desdijeran de mi dignidad de ayuda de cámara.

MARQUÉS Pero, en fin, ¿esta noche a qué diversión ha podido sacrificar nuestra fiesta?

ESCENA III

Los mismos y EDUARDO

EDUARDO Vais á saberlo, amigos míos.
TODOS ¡Eduardo!
LEÓN Aquí está por fin.
MARQUÉS ¿Qué diablos estaba diciendo, Patricio, que no vendríais esta noche?
EDUARDO Es que en efecto, no debía venir.
PATRICIO (¡Y viene corriendo! ¡Cosas de mi amo!)
LEÓN ¿Y de dónde venís?
EDUARDO Del teatro del Recreo. Ya sabéis, señores, que Beaumarchais tenía que librar una gran batalla.
MARQUÉS ¡Ah! sí. A propósito de una especie de libelo que la policía había prohibido.
LEÓN «La loca jornada» ¿no es cierto?
PATRICIO (Riendo.) ¡Oh! ¡oh! ¡oh!
EDUARDO ¡Hola! ¿según veo, esto hace reir al incrédulo del señor Patricio?
PATRICIO Dispensad, amo mío; pero me parece tan raro como si me dijese que el mejor día el pueblo de París iba a derribar la Bastilla!
EDUARDO ¡Quién sabe! (Se sienta y bebe.)
PATRICIO ¡Me gustaría verlo! Aquel día bajaría yo...
EDUARDO ¿Bajarías?... ¿A la calle?
PATRICIO No, señor, a la bodega, donde no pudieran encontrarme. (Vase.)

ESCENA IV

Los mismos menos PATRICIO

MARQUÉS Francamente, amigo mío, sois para mí un enigma viviente. Tan pronto os portáis a lo caballero... como...

EDUARDO A lo plebeyo. Tenéis muchísima razón.
MARQUÉS Pero en fin, ¿qué es lo que os proponéis?
EDUARDO ¿Qué me propongo? No desperdiciar el tiempo que nos queda, y prepararme para el porvenir que nos amenaza. Me divierto aún siempre que puedo, y trabajo para el día en que ya no pueda divertirme. ¡Tenéis ojos para ver y oídos para escuchar!—Fijad vuestra atención en esos sordos rumores; es el pueblo que despierta. ¡Ved esas frentes humilladas durante tantos años que levantan audaces y altaneras!... ¿Esos ruidos extraños... esas masas que se agitan?... ¡todo eso es la ola que crece y avanza, fatal, irresistible! ¡Pues bien! ¡Si ha de arrollar nuestras tierras, nuestros castillos y privilegios, procuro de antemano disfrutar de todo cuanto me es dable y más tarde prescindir de todos esos bienes para vivir holgadamente!

LEÓN ¡Puede que tenga razón!

EDUARDO Pero mientras tanto, amigos, creedme; lo mejor es beber, cantar y embriagarse en toda suerte de placeres. Esto llevaremos adelante.

MARQUÉS ¡Perfectamente! Y después de nosotros el diluvio.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo! (Escanciándose champagne y bebiendo.)

ESCENA V

Dichos y ROQUE

ROQUE ¡Señor!

MARQUÉS ¡Qué hay!

ROQUE Vuestras órdenes quedan cumplidas.

MARQUÉS ¡Magnífico! ¿Y la muchacha?

ROQUE Aquí la tenemos.

MARQUÉS Haced que entre. (Sale Roque.)

ESCENA VI

Dichos menos ROQUE, que vuelve a su tiempo precediendo a ENRIQUETA

- MARQUÉS Caballeros: os prometí el desenlace de la novela de la diligencia de Evreux. Mirad. (Señala a Enriqueta a la que traen en un sillón dos criados.—Movimiento de curiosidad en los convidados que se acercan a Enriqueta.—Eduardo es el único que permanece muellamente reclinado en su sillón con una copa en la mano.)
- LUCIANO ¡A ver! ¡a ver!
- LEÓN ¡La normanda!
- EDUARDO (Volviendo la cabeza.) ¡Una muchacha! La pesca ha sido buena.
- LEÓN ¡Toma! ¡Está desmayada!
- EDUARDO Apuesto a que tiene los ojos medio cerrados y a que se ríe entre sí de todos nosotros..
- MARQUÉS ¿Qué tal? ¿Qué os parece?
- LEÓN ¡Lindísima! ¡Pero no vuelve en sí!
- ROQUE Algunas gotas de esta esencia en el pañuelo bastarán para que vuelva en sí.
- MARQUÉS ¡Muy bien!... Estoy satisfecho. Toma, y anda. (Le da un bolsillo.)
- ROQUE (Mirando el bolsillo.) Mil gracias, señor Marqués. (Vase.)
- LEÓN ¿Qué dirá cuando recobre los sentidos?
- EDUARDO Lo que dicen todas las mujeres cuando vuelven de un desmayo. ¿Dónde me encuentro? ¿Por qué me han traído aquí?... ¡Dios mío! ¡Madre de mi alma!... Vamos a ver. (El Marqués vierte esencia en un pañuelo y la hace aspirar a Enriqueta.)
- LEÓN ¡Silencio!... ¡Ya abre los ojos! (Enriqueta se incorpora lentamente y mira con estupor cuanto la rodea.—Después con un movimiento brusco se levanta y fija sucesivamente sus espantados ojos en los personajes de la escena. Va del uno al otro y hallándose en frente del Marqués se detiene, se lleva la mano a las sienes, da un grito y retrocede llena de espanto.)

ENRIQUETA ¡Estoy loca!... ¡Sueño yo acaso!... ¡Ah!...

EDUARDO ¡Es extraño! No es lo que habían dicho...

ENRIQUETA (Al Marqués con voz segura y pausada.) ¡Caballero! ¡Fué por orden vuestra que se apoderaron de mí, y es a vuestra casa a dónde me han traído?

MARQUÉS Es decir que me hacéis la honra de conocerme. ¿En efecto, señorita?... Yo fuí... quien...

ENRIQUETA ¡Ni una palabra, caballero! Quiero volver inmediatamente al sitio dónde he sido sorprendida... donde la infeliz me aguarda... donde me llama desesperada. ¡Decid que me acompañen, caballero; en seguida!.. Lo oís. ¡En seguida!

MARQUÉS ¡Oh! ¿Cómo es posible que os dejemos partir tan pronto?

ENRIQUETA Escuchadme, caballero: comprendo el odioso lazo que me habéis tendido; pero vos mismo no podéis imaginaros hasta que punto es horrible la acción que habeis cometido. Un rapto, una tentativa de seducción, es criminal; tan criminal, como cobarde; pero lo que habéis hecho, es infame, es mil veces más espantoso. Me habéis separado de una pobre niña que no tiene más amparo que yo. La habéis arrebatado su guía, su sostén; y la infeliz es incapaz de dar un paseo sin mi apoyo... ¡porque está ciega!

TODOS ¡Ciega!

ENRIQUETA Sí; la pobre está ciega: y se halla sola en este momento; sola en París a donde llegamos por primera vez, y en donde ella no tiene a nadie, absolutamente a nadie! ¡Qué va a ser de la infeliz, errante, sin dinero, sin recursos, expuesta a todo género de peligros, loca de desesperación en su eterna noche, rodeada de inminentes escollos, al borde de un río, en medio de cien carruajes que se cruzan sin cesar!... ¡Y ciega... ciega!...

LEÓN ¡Pobre niña!

- EDUARDO (¡Oh! Esto es horrible!)
- MARQUÉS Pues bien, tranquilizaos: daré mis órdenes para que vaya allá uno de mis criados... irán diez si es preciso... buscarán a esa niña, y la conducirán aquí.
- ENRIQUETA ¡A ella! ¡Aquí conmigo! ¡Es decir, dos deshonras a un tiempo! ¡Dos víctimas en vez de una! Y esa es la sola respuesta que encontraréis. ¿Y nadie levanta aquí la voz para defenderme? ¿Es que entre esos hombres de vida licenciosa y disipada no hay un solo caballero? (Eduardo rompe colérico la copa.)
- MARQUÉS ¡Os equivocáis! ¡Todos somos cumplidos caballeros, hermosa mía!
- ENRIQUETA ¡Pues entonces entre todos esos caballeros, no hay un solo hombre de honor! (Con desprecio.)
- EDUARDO También os equivocáis, señorita. Aceptad mi brazo y salgamos de aquí.
- ENRIQUETA (Con alegría.) ¡Ah! gracias, gracias, caballero... Vamos, vamos.
- MARQUÉS (Cortándoles el paso.) Perdonad; estoy en mi casa, caballero, y no permito...
- EDUARDO ¡Dejadnos libre el paso!
- MARQUÉS ¡Estáis loco! Jamás consentiré. (Dan las doce de una torre.) ¿Oís? ¡las doce!... Nunca ha salido nadie de mi casa a las doce de la noche. (Varias máscaras van entrando.)
- EDUARDO Pues seremos nosotros los primeros. ¡Paso os digo!
- MARQUÉS ¿Pareceme, caballero, que desde hace un instante, me habláis como a un lacayo?
- EDUARDO Si un lacayo se portase como vos, no le hablaría, Marqués, si no que le cruzaría la cara con un látigo.
- MARQUÉS Eso puede retardar vuestra salida, caballero.
- EDUARDO Lo veremos.
- MARQUÉS (Sacando la espada.) Veámoslo, pues.
- EDUARDO (Sacando la suya.) ¡A ello voy!
- TODOS ¡Marqués!... ¡Eduardo! no consentiremos... (Tratando de detenerlos.)

MARQUÉS Después de tal insulto, no caben más razones que las espadas. (Se ponen en guardia y se batien.)

ENRIQUETA ¡Dios mío!... ¡Ten piedad de nosotras!...
¡Protégenos, Virgen santa!

MARQUÉS (Herido y jadeante.) ¡Ah!... (Todos acuden y lo sostienen.)

EDUARDO (A Enriqueta.) Vamos, señorita... el paso está libre. (La coge por la mano y se la lleva.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

EL INTENDENTE DE POLICIA

Gabinete de despacho. Puerta al foro y otra a la izquierda. Mesa de despacho con escribanía y cargada de papeles: sillas y sillones.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, BELTRAN, varios AGENTES de pie y en formación esperando órdenes

CONDE (El Conde sentado y firmando algunos documentos que toma Beltrán y va pasando a los agentes.) Aguardad. Todavía os detendré por la mañana durante unos días. Nombrado ayer Intendente General de Policía, necesito ponerme al corriente de mi ministerio.

BELTRÁN Estamos a las órdenes de monseñor.

CONDE (Levantándose.) Vigilad cuidadosamente los garitos y tabernas: dad caza a los mendigos y sobretodo a los ladrones.

BELTRÁN Está bien, monseñor.

CONDE El rey no quiere que se reproduzcan los escándalos del anterior reinado. Es necesario poner un término a los ataques nocturnos, a esos criminales raptos que llevan la vergüenza y la deshonra a las familias. (A Beltrán.) A propósito, me habéis entregado una denuncia de ese género, acerca de la cual

necesito pedirlos explicaciones. Vosotros podéis retiraros. (Todos los inspectores, excepto Beltrán, se retiran respetuosamente. El Conde coge un pliego, se sienta en la silla fuera de la mesa, y fijando la vista en Beltrán, dice:) ¿Cómo es posible que se apoderen de una muchacha, en un punto céntrico de París, a las ocho de la noche, y sin que nadie lo estorbe?

BELTRÁN Hay bribones tan audaces y tan listos, monseñor...

CONDE ¿Entonces nuestros agentes para qué sirven? Hace ya tres meses que se cometió ese rapto, y aun no se ha dado con los culpables.

BELTRÁN Monseñor... eso se debió a ciertas circunstancias...

CONDE ¿Qué circunstancias? Hablad... hablad. A quién pertenece el pabellón de Bella-vista?

BELTRÁN Al marqués de Presles.

CONDE ¡De Presles! ¡Una ilustre familia cuyo último vástago cifró su gloria tal vez en hacerse dar una estocada, disputándose una mujer perdida con algún otro calavera!... ¿Y qué fué de aquella mujer después del duelo?

BELTRÁN Se la llevó el adversario del señor Marqués.

CONDE ¿El nombre del adversario? ¡Hablad, con mil diablos! ¿Quién es?

BELTRÁN El sobrino de Monseñor.

CONDE ¡Eduardo! ¿Estáis seguro de que no os equivocáis?

BELTRÁN Completamente seguro, Monseñor. Conocemos a todos los caballeros que se hallaban aquella noche en el pabellón de Bella-vista.

CONDE ¡Pues bien! Esos caballeros, comprenderán muy pronto, que no es posible tolerar por más tiempo semejantes saturnales que deshonran a la nobleza, y que en la época en que nos encontramos, no basta con llevar un buen nombre, sino que es necesario saberle llevar con dignidad. Por lo que toca a esas mujeres por quienes nuestros hijos

se arruinan, se envilecen y se matan, les da remos a escoger entre la Salpêtrière y la Guyena, es decir, entre la reclusión y el destierro.

BELTRÁN ¿Monseñor no querrá que este hecho sea consignado, como todos, en los archivos de la policía?...

CONDE ¡Pero esos archivos existen realmente!

BELTRÁN Y tan completos como ordenados, monseñor. No hay una sola familia en Francia que no tenga allí anotada toda su historia. Los dramas más misteriosos, los detalles más íntimos, todo está consignado. Monseñor no tiene que citarme más que un nombre, consulto el índice y dentro de cinco minutos...

CONDE Está bien; y puesto que mi familia tiene también su registro... seguid anotando todo lo que le concierna.

BELTRÁN ¡Cómo! Monseñor quiere...

CONDE He prometido al Rey reprimir prontamente todo abuso, y el magistrado, si rígido para todos, debe ser implacable con los suyos. Haced lo que os he dicho.

BELTRÁN Obedezco, monseñor. (Saluda y se va al mismo tiempo que entra Patricio.)

ESCENA II

EL CONDE y PATRICIO

CONDE ¡Ah! ¿tú por aquí, Patricio? Llegas a tiempo; tengo que hablarte de tu amo.

PATRICIO (Muy compungido.) ¡Ah! ¡mi amo, mi amo!...

CONDE ¿Se porta muy bien el señorito Eduardo?

(Irónicamente.)

PATRICIO Se porta de un modo escandaloso, monseñor.

CONDE ¡Sí; escandaloso!

PATRICIO Y como fué monseñor quien me puso al

- servicio de su sobrino, vengo a pedirle permiso para cambiar de amo.
- CONDE ¡Cómo! Quieres...
- PATRICIO Sí; monseñor. El señorito Eduardo profesa principios que yo no puedo aceptar.
- CONDE Está bien; vuelvo a tomarte a mi servicio.
- PATRICIO Al servicio del Conde... ¡Ah! ¡respiro!... ¡resucito!... Al fin recobro mi dignidad.
(Exagerados transportes.)
- CONDE Pero, deseo tener a su lado por algún tiempo a una persona de confianza que le vigile y me dé cuenta de su conducta. Yo hubiera podido recurrir a los agentes de policía; pero este medio me repugna. Sobrado me han dicho ya referente a mi sobrino y quiero servirme de ti para descubrir lo demás.
- PATRICIO ¿Lo demás?... Monseñor sospecha acaso...
- CONDE Según esto ignoras lo más grave.
- PATRICIO Monseñor me hace estremecer.
- CONDE No bastaba con pasar las noches en el juego...
- PATRICIO ¡Qué oigo!
- CONDE En cenas íntimas...
- PATRICIO ¡Qué escucho!
- CONDE En esas orgías que te irritan...
- PATRICIO ¡Qué me!... ¿a mí?... ¿pero?...
- CONDE Sabe, que después de un duelo...
- PATRICIO ¡Un duelo!... ¿Tuvo un duelo?
- CONDE Sí, un duelo, no sé por qué mujer.
- PATRICIO (Alegre.) ¡Por una mujer!... Se batió por una... ¡Ah, tunante!...
- CONDE Se batió con el marqués de Presles a quien hirió gravemente.
- PATRICIO ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Magnífico!
- CONDE ¡Cómo!
- PATRICIO ¡Oh! ¡Es que el señorito Eduardo es un espadachín de primera!
- CONDE Y no es esto todo.
- PATRICIO (Restregándose las manos.) ¡Qué! ¿Todavía hay más?

CONDE De esa mujer que quitó al Marqués, la hizo su querida.

PATRICIO ¡ Su querida ! (Distraído.) Tenemos una... (Conteniéndose.) ¡ El señorito tiene una querida ! ¡ Ah ! Pero vamos a ver ; recapacitemos un poco, que el caso lo reclama. Un duelo... una querida... un piso... porque habiendo querida habrá piso, por supuesto. ¡ Y yo que quería dejarle !

CONDE No, no ; todavía no. Necesito que permanezcas á su lado.

PATRICIO (Alegre.) Permaneceré. Vaya si permaneceré. ¡ Voto a San Cucufate ! Con él me quedo per *in sécula seculorum*.

CONDE Averiguarás donde la oculta.

PATRICIO Lo averiguaremos, monseñor. ¡ Vaya si lo averiguaremos !... Confiad en mí... Ya me parece que la veo... joven... hermosa... con cierto aire de... de insolencia, no me disgusta a mí eso.

CONDE (Viendo aparecer a la Condesa.) Anda, y no te olvides de mis instrucciones.

PATRICIO Estoy a las órdenes del señor Conde. Una querida... un duelo... El Marqués herido... Por San Cucufate... es más de lo que se desea. (Saluda a la Condesa haciéndole una gran reverencia y se va.)

ESCENA III

EL CONDE y LA CONDESA

CONDESA Conde, me han dicho que deseábais hablarme.

CONDE Iba a vuestra habitación, Condesa, para suplicaros me ayudáseis a decidir a vuestro sobrino Eduardo, a que acepte esa boda que el Rey...

CONDESA (Tristemente.) ¡ Qué el Rey quiere imponerle !

CONDE ¡ Imponerle !... ¡ Un matrimonio tan venta-

joso!... que colma el alto favor con que S. M. me honra.

CONDESA Sí; un alto favor; en efecto: ya sois intendente de Policía, mañana seréis embajador... después Ministro, sin duda.

CONDE El Rey me lo ha hecho esperar.

CONDESA ¿Y esto os hará feliz?

CONDE (Con sarcasmo.) Completamente feliz, Condesa.

CONDESA De modo que vos que llevábais una dulce y sosegada vida en nuestro histórico castillo del Delfinado, lejos de la agitación de las ciudades, lejos de las intrigas de la corte, os habéis aficionado de pronto a las grandezas del poder? (Mirándole fijamente.) ¿Os habéis vuelto ambicioso?

CONDE Muy ambicioso.

CONDESA (Tristemente y cogiéndole la mano.) No, Conde, no; no puedo creeros.

CONDE ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?

CONDESA Digo que es por mí, por mí sola que habéis aceptado esos elevados puestos.

CONDE Vamos, habéis leído otra vez mi corazón. Pues bien, sí; pensé que la vida activa en que iba a entrar, sería para vos, mi querida Diana, un motivo de feliz distracción, pensé que el movimiento de la corte sería más eficaz que la monotonía del campo; y que París, acabaría quizás con esa profunda tristeza que me aflige, que me desespera... que tanto tiempo he combatido y que nada ha podido vencer.—Diana: ¡qué pasión tan noble y tan grande es la ambición!... ¡Qué precioso privilegio es el poder! Consolar a los que lloran, socorrer la miseria, no ya con modestos ahorros, si no a manos llenas, con el oro del Estado, y poder decir a cada infeliz: «¡toma y no llores más!» Diana: ¿nada dice todo eso a vuestra alma?

CONDESA ¡Es verdad, no había caído en ello! ¡Si es un poder el vuestro que casi no tiene límites! Un poder ante el cual se abren todas las puertas... que está en todos los secre-

tos... que puede interrogar, inquirir y reconocerlo todo: desde las buhardillas donde se oculta la miseria, hasta las cuevas donde se guarece el crimen. Un poder que conseguiría quizás lo que ningún otro; que llegaría a encontrar en fin...

CONDE (Con asombro.) ¡A encontrar!... ¿A quién?...
CONDESA (Reponiéndose.) Vos lo habéis dicho... a los que sufren... a los que lloran...

ESCENA IV

Dichos. UN LACAYO y EDUARDO

LACAYO El caballero de Vaudrey.
CONDE Me alegro de veros, Eduardo; la Condesa y yo tenemos que comunicaros un importante asunto.

EDUARDO Entonces no podía llegar en mejor ocasión.
CONDE Ayer fuí a Versalles, a dar las gracias a S. M. por mi nuevo cargo; y el Rey se dignó hablarme de ti.

EDUARDO. ¿De mí?
CONDE Se interesa mucho por tu porvenir. Quiere conferirte un cargo importante... y quiere... casarte.

EDUARDO ¡Casarme!
CONDESA Es natural que esta noticia te sorprenda y hasta te cause cierto temor; porque por desgracia sucede, con sobrada frecuencia, que en esta suerte de enlaces lo único que no se consulta es el corazón; pero, afortunadamente, el tuyo no tendrá que sufrir violencia alguna. La mujer que el Rey te ha elegido, podrá colmar tus deseos, no tanto por su considerable belleza, como por su juventud y belleza.

CONDE Y para convencerte de ello, bastará que te nombre a la señorita de...

EDUARDO (Vivamente.) ¡Tío! No pronunciéis su nombre. Que yo no sepa quién es ella.

- CONDE ¿Por qué?... Se trata de una persona...
- EDUARDO Que me honraría muchísimo, sin duda, concediéndome su mano: pero ved que yo no rechazo la persona, sino el matrimonio.
- CONDE ¿Le rechazas?
- EDUARDO Terminantemente, señor Conde.
- CONDE Antes de negarte con esa energía, créeme, Eduardo, reflexiónalo bien. Comprendo que hay que hacerse cargo de la juventud y del entusiasmo; que conviene cerrar los ojos ante ciertos extravíos siempre que no sean demasiado... Ese matrimonio es una distinción que S. M. quiere hacernos, y cuando el Rey ha hablado...
- EDUARDO Iré a dar las gracias a S. M. por su benevolencia, iré a poner a sus órdenes mi persona, mi lealtad y mi vida; pero os lo repito, quiero permanecer libre.
- CONDE ¡Libre! Libre para seguir una vida desordenada que no siempre ocultas a los ojos de quien puede corregirla.
- EDUARDO Nada hay en mi vida que yo pretenda ocultar, ni de que deba avergonzarme.
- CONDE (Con severidad.) ¿Estás seguro de ello?
- EDUARDO ¡Señor Conde!
- CONDESA (Levantándose suplicante.) ¡Eduardo!... (Volviendo la vista hacia el Conde.) Conde, por favor, permitidme...
- CONDE Sea.—Más tarde volveremos a hablar de esa cuestión; no quiero desconfiar aún de tu buen juicio, de tu obediencia: pero no olvides que soy el jefe de la familia, que a mí me toca velar por su honor y no consentiré que nadie empañe su brillo. (Eduardo va a contestar. La Condesa le coge la mano. Eduardo la observa y se detiene.) Te dejo con tu tía; conozco tu afecto, tu respeto para con ella. Sus consejos tendrán quizá más eficacia que mis palabras. —Reflexiónalo bien. (Vase.)

ESCENA V

EDUARDO y LA CONDESA

(Así que el Conde ha desaparecido coge la Condesa de la mano a Eduardo y le dice vivamente.)

CONDESA Eduardo, tú amas a una mujer. ¿Qué obstáculo te separa de ella? ¿Por qué no has pedido su mano antes de que el Rey concibiera la idea de casarte? Si únicamente le faltaba fortuna, yo tengo la mía y se la hubiera dado.

EDUARDO ¡Oh! ¿Qué corazón es comparable al vuestro? Sí: amo a una joven, la más encantadora, la más pura y honrada del mundo. La amo con toda el alma, y no he tenido valor para decírselo.

CONDESA ¿Tiene un nombre? ¿Una familia?

EDUARDO Ha nacido entre el pueblo, es huérfana, y vive de su trabajo.

CONDESA ¿Y es a ella a quien quieres dar tu mano?

EDUARDO ¡Oh! ¡No la juzguéis sin conocerla! Si os dignáseis ver a esa criatura, estoy seguro que me diríais...

CONDESA Te diría que semejante amor, no puede ser más que una fuente de disgustos y lágrimas, para ella y para ti, y que es preciso renunciar a él. Te diría que debes obediencia al Rey y a tu familia...

EDUARDO (Con energía.) ¡Eso me diríais... vos... que habéis sufrido tanto!... ¿Vos que habéis sido víctima de esa obediencia que me ordenáis y que os ha destrozado el corazón?

CONDESA (Dando un grito.) ¡Oh! ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te ha revelado ese secreto... ese dolor que ha tantos años me tortura? (Llora. Eduardo cogiéndola de una mano.)

EDUARDO No había en el mundo más que un alma bastante tierna y noble para apreciar y comprender la vuestra; el alma de mi buena madre, el alma de vuestra hermana que nos

mira desde el cielo. En el momento de separarse de nosotros para siempre, me exigió el juramento de consagrarme a vos, de protegeros si la desgracia os perseguía... y lo juré.

CONDESA

¿Y te lo confió todo? ¿Mis sufrimientos, mi desesperación? ¡Ah! ahora comprendo tus miradas inquietas cuando la tristeza abatía mi frente, cuando el llanto brotaba de mis ojos. Decías bien ha un instante: fué el deber, la obediencia quien destrozó mi corazón.—En el ardimiento del amor y la juventud, cometí una falta. El hombre a quien amé, murió casi ante mis ojos vilmente asesinado... ¡Era preciso que mi hija desapareciese, lo exigía el honor de la familia!... porque mi mano estaba prometida al Conde de Liniers.—¡Era preciso engañar a un hombre honrado! Condenar mi vida a un eterno remordimiento, o sacrificar la vida de mi hija, y yo... ¡yo incliné mi cabeza bajo la inflexible voluntad de mi padre! Confiaba en que el cielo tendría piedad de la pobre niña. Al deslizarse en su cuna el poco dinero que yo tenía y algunas palabras para los que la amparasen, decía para mí: ¡algún día la volveré a ver! Pero, ¡ay! los días y los años han transcurrido y todas mis oraciones han sido infructuosas; mis investigaciones han sido inútiles.

EDUARDO
CONDESA

¡Oh! sí. ¡Fueron muy crueles con vos! Tan crueles, que a veces me pregunto si no hubiera valido más decirles: Pues bien, ¡matadla! Sí; mejor hubiera sido matarla. ¡Yo hubiera muerto también, y me habría ahorrado este suplicio de quince años!

EDUARDO

¿Y vos, que tanto habéis sufrido, vos que tanto habéis llorado, me diréis también que obedezca? ¿Me aconsejaréis que encadene mi vida a la de una mujer, teniendo el corazón abrasado en el amor de otra? ¿Me lo aconsejaréis también?

CONDESA (Con energía.) ¡No, no. Mi marido! (Viendo entrar al Conde, continua con voz entrecortada y febril.) Conde; es necesario compadecerse de él. No le encadenéis contra la voz de su conciencia y la repugnancia de su corazón. No imitéis a esos padres obcecados, cuyo inflexible orgullo condena a sus hijos a la mentira y la desesperación.

EDUARDO (Cogiéndola la mano y hablándola en voz muy baja.) (¡Ved que os estáis vendiendo.) (La Condesa se sobrepone y permanece aterrada delante de su marido.)

CONDE ¿De qué orgullo, de qué mentira, de qué desesperación habláis, Condesa?

CONDESA Yo... decía... que...

CONDE ¡Hablad!

EDUARDO La Condesa os repetía lo que acaba de oír de mi boca, y la repulsión de mi alma contra ese matrimonio; es decir contra ese largo suplicio que pretendéis imponerme.

CONDE (Con frialdad.) ¡Ah! ¿Es eso, esposa mía, lo que significaban vuestras palabras?

CONDESA Sí... pero estoy tan conmovida... tan turbada... que... ya lo veis, Conde, apenas me sostengo.

CONDE En efecto, Eduardo, acompañad a la Condesa hasta su cuarto, y volved en seguida; necesito hablaros. (Eduardo se inclina y ofrece la mano a su tía. El Conde, después de haberlos seguido con la vista, va a su escritorio, escribe, toca una campanilla y aparece un ujier.) Tomad; esto... al archivero. Traedme lo que os entregará. (Aparece Eduardo. El ujier se aleja a la orden dada por el Conde).

ESCENA VI

CONDE, EDUARDO y UN UJIER

CONDE Habrás comprendido que sentimientos de respeto, de cariño y de dignidad, me han

hecho aceptar hace un momento la explicación de la Condesa.

EDUARDO

¡Caballero!

CONDE

¿Habrás comprendido también que aquella explicación no podía convencerme?

EDUARDO

¡Cómo! ¿Pensáis?

CONDE

Pienso que no era por ti por quien lloraba la Condesa. No, no se trataba de ti ni de tus secretos, si no de los suyos y de su vida pasada... ¡de ese misterio que pesa sobre el alma de la Condesa, sobre su conciencia tal vez y que causa el suplicio eterno de mi vida! Habla, Eduardo, habla. ¿Qué te decía la Condesa? Quiero saberlo todo.

EDUARDO

Señor Conde...

CONDE

Te lo suplico... te lo mando.

EDUARDO

Nada sé, señor Conde, nada tengo que decir.

CONDE

Sea.—Olvida el recuerdo de mi cariño, de mis cuidados, de mis beneficios. Dos veces en un solo día, te has resistido a mis órdenes... digo mal; a mis ruegos, mas no por eso dejaré de conocer ese misterio que te niegas a revelarme.

EDUARDO

Ignoro a qué misterio os referís.

CONDE

¿Sí? (Viendo entrar al ujier con un libro en fóleo que el Conde indica deje sobre la mesa. El ujier se retira.) Pues vas a saberlo conmigo.

EDUARDO

(¡Qué quiere decir!)

CONDE

(Ojeando el libro.) Hay aquí en estos archivos de la Policía, los secretos de todas las familias, desde las más obscuras, hasta las más nobles. El nos revelará el secreto de Diana... Condesa de Liniers. (Sigue ojeando el libro.)

EDUARDO

(¡Oh! eso sería horrible!... ¡sería odioso!)

CONDE

(Sentado en el sillón y leyendo.) Sí, sí; esto es... «Casa de Vaudrey... ¡Ah! «Diana, hija del Conde Francisco.»

EDUARDO

(Precipitándose y colocando la mano sobre el libro.) ¡Señor Conde!... No leeréis esta página.

CONDE

(Incorporándose.) ¿Qué dices?

EDUARDO

¡Lo que vais a hacer es indigno de vos, in-

digno de un caballero!... ¡Eso es violar el secreto de un alma!... Eso es como si violáseis el secreto de la confesión y no lo haréis. ¿Quién me lo impedirá?

CONDE

EDUARDO

El honor que se subleva contra esa traición. Y si el honor no habla bastante alto, si no tiene bastante fuerza para deteneros, os detendré yo, señor Conde.

CONDE

¡Tú! ¿Y cómo?

EDUARDO

Así. (Eduardo arranca con violencia la página que estruja y coloca sobre su pecho.)

CONDE

¡Desdichado!

EDUARDO

Os advierto, señor Conde, que para arrancarme este papel, será preciso que me arranquéis la vida. (Pausa.—Asiéndole de la mano y en voz muy baja.) Tened en cuenta que no sólo defiendo contra vos el secreto de la Condesa, sino que defiendo también vuestra dignidad y vuestro honor.

CONDE

¡Está bien!... Me has llamado a mi deber... te doy las gracias por ello. No seré olvidado ni ingrato... y a mi vez, y muy pronto te obligaré a cumplir con el tuyo. (Quedan mirándose breves momentos...El Conde hace seña a Eduardo de que se retire. Eduardo saluda y vase. El Conde se deja caer en un sillón y baja el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

LA POBRE CIEGA

La plaza de San Sulpicio. A la derecha el pórtico de la iglesia. Efecto de nieve. Algunos transeuntes envueltos en sus capas y abrigos se cruzan en la plaza y calles adyacentes. Dos sillas de mano están estacionadas delante de la puerta. Algunos mendigos viejos y niños aguardan en las gradas, temblando de frío.

ESCENA PRIMERA

PEDRO, después JAIME

- PEDRO Son ya cerca de las doce; no tardarán en venir. (Aparece Jaime en el fondo.) Aguardaré. ¡Ah! Allí está Jaime; no podía faltar.
- JAIME ¿Aun no han venido las mujeres?
- PEDRO Aun no... Madre y Luisa estarán ocupadas en otra parte.
- JAIME Aquí es donde debían estar; es la hora de la misa mayor y el momento de hacer buena pesca.
- PEDRO A la primera campanada estarán aquí las dos.
- JAIME ¡Que hagan falta y verán sino la que se les espera; cojitranco!
- PEDRO (Suplicando.) Jaime...
- JAIME ¿Qué hay?
- PEDRO Tengo que pedirte un favor.

JAIME Si es cosa de dinero, es inútil que me lo pídas porque no tengo un cuarto.

PEDRO No se trata de dinero.

JAIME (Colérico.) ¿Pues de qué se trata?... Acabemos.

PEDRO Cuando Luisa está aquí y tú te enfadas, insúltame, pégame si quieres, pero no me llames raquíptico ni cojitranco.

JAIME ¡Cómo! ¿Qué? ¡Ah! Vamos. Hay que hablar al señorito con respeto... ¿Quieres que te dé tratamiento?

PEDRO (Suplicando.) Jaime...

JAIME ¡Pero hombre! ¡Examina tu arquitectura!

PEDRO Bien sabes que si soy contrahecho, es porque siendo yo pequeño me rompiste esta pierna.

JAIME ¡Mientes como un bellaco!

PEDRO No, no miento. Me la rompiste porque no quise robar un vestido en una tienda.

JAIME Y yo te repito que mientes. Era una capa.

PEDRO Sea como sea, siempre te ha gustado hacer robar a los demás. ¡Después de mí le tocó el turno a la pobre Mariana!

JAIME (Furioso y amenazándole.) ¡Mariana! Te prohibo que me hables de ella. Fué una ingrata que prefirió hacerse meter en chirona a vivir conmigo.

PEDRO Porque quería ser mujer de bien.

JAIME ¡Y se educa con las virtuosas detenidas de la casa de corrección!... ¡En el colegio de la Policía! ¡Es una mujer sin entrañas!... ¡En fin, no me faltarán otras más bonitas y más listas. Y tú, pues no quieres que te llame cojitranco, te llamaré Cupido. ¿Estás contento, hermoso? (Tomándole la cara.)

PEDRO (Con desaliento.) ¡Haz lo que quieras!

JAIME Pero... ¡ahora caigo! Es delante de Luisa que no quieres que te llame así... ¿Es que por ventura?... ¡Ja, ja, ja! Tendría gracia. (Riéndose.)

PEDRO ¿Qué dices?

JAIME Pues mira, no está mal pensado... una cie-

ga... como para ella no hay hombres guapos ni hombres feos... ¡Ah!... ¡Conqué estás enamorado de nuestra ciegucecita, Cupido!

PEDRO ¡Yo!... ¡Vaya una idea!

JAIME ¿Entonces, porque quieres que te cambie el bautismo?

PEDRO Porque deseo que haya en el mundo siquiera una persona que no me considere como un objeto repulsivo. ¿Quién sabe si creyéndome igual a todo el mundo me concederá un poco de amistad? ¡Pero estar enamorado de ella! De ella tan bonita, tan graciosa... tan buena... que parece un ángel.

JAIME ¿Dónde diablos has descubierto todo eso? Verdad es que hasta aquí poco la he mirado, muy poco; me he fijado solamente en que sus dos candiles están apagados, lo que hace que la gente se apiade de ella y que recoja buenos monises.

PEDRO Sí, está ciega; pero tiene una voz que va al alma... ¡un aspecto tan resignado, tan tierno!... y unos ojos tan grandes y tan hermosos... que parece que le miren a uno... ¡De tal modo que a veces me dá miedo!... y me pongo a temblar a la idea de que me ve.

JAIME ¿Pero qué se te importa a ti si no estás enamorado de ella?

PEDRO ¡Enamorado!... ¡Dale con la manía!... ¡Un infeliz como yo!... ¿Quieres callar?... ¡Ni que estuviese loco!

JAIME Vaya pues, ya no te llamaré más cojitranco. Serás Cupido ó hermoso... ¿Te gusta así?

PEDRO (Con violencia.) No: y no lo quiero.

JAIME Pues serás Cupido y nada más. Y se acabó: ¡estamos! Aquí no hay más voluntad que la mía, y dá gracias al diablo que no te sacuda el pellejo.

PEDRO ¿Jaime?

JAIME ¿Qué?

PEDRO Eres fuerte, robusto, alto... pero cuando

veo el uso que haces de tu fuerza y valor prefiero cien veces mi debilidad. (Jaime se encoge de hombros.)

JAIME ¡Ah! Ahí vienen las dos.

ESCENA II

Dichos, LUISA, LA ZURDA, TRANSEUNTES, PUEBLO de ambos sexos, después EL DOCTOR, LA CONDESA y LACAYOS.

Luisa va cubierta de harapos, su rostro está pálido, flaco, anda con paso jadeante, llega cantando con voz alterada por el dolor y con lágrimas en los ojos. Varios curiosos hacen corro y la escuchan, alguno de ellos le da una limosna. Los curiosos en cuanto ha acabado de cantar se retiran por diferentes direcciones.

LUISA «De la pobre ciega
tengan piedad.
Almas generosas
una caridad.»

—
«De las buenas gentes
va la ciega en pos.
Una limosnita
por amor de Dios.»

JAIME ¡Es verdad que tiene una voz que conmueve el corazón!

ZURDA Para una pobre ciega, caballeros.

PEDRO (Clavándose las uñas en el pecho.) ¡Ah! ¡Cómo sufre la infeliz!

JAIME ¡Ea! ¡Cupido, no te enternezcas!...

ZURDA (Volviendo al lado de Luisa.) ¡Poco se pesca! Esos perros... son buenos para oír cantar; pero en cuanto uno pasa el platillo que si quieres, no queda un alma en el corro.

JAIME Cuando salgan de la iglesia irá mejor la pesca.

ZURDA Volveremos dentro de un rato. Vamos, andando. (Cogiendo a Luisa por el brazo.)

LUISA Estoy muy cansada.

- ZURDA Ya descansarás por la noche.
- LUISA ¡Las piernas me flaquean! ¡Hemos andado tanto hoy!
- ZURDA ¡Pues, hija! Eso es precisamente lo que siempre me pides, andar mucho para ver si encuentras a tu hermana y para que te oiga y te vea.
- LUISA Sí; pero nunca salimos de este barrio.
- ZURDA ¡Bah! Manías tuyas... ¿Cómo puedes saberlo si no ves ni pizca?
- LUISA Lo sé, señora, lo sé; y al recogerme me prometistéis...
- ZURDA Te prometí ayudarte a buscar a tu hermana... pero yo no tenía rentas, ni fincas y por eso mientras buscas quiero que cantes... Hay que ganar el pan que se come...
- LUISA (Llorando.) Pues bien, señora, ya veis que canto...
- ZURDA Sí, un oficio de difuntos.
- LUISA (Llorando.) Os aseguro que canto tan alegremente como puedo. Pero que culpa tengo yo, si... Cuando pienso en lo que soy... en lo que hago... (Prorrumpe en sollozos.) ¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!
- PEDRO (Queriendo correr hacia ella.) ¡Luisa!
- JAIME (Deteniéndole.) ¡Eh! ¡Quieto! ¿Qué quieres tú?
- PEDRO (No puedo verla llorar sin que se me oprima el corazón!)
- JAIME Pues a la verdad que está bonita... cuando llora.
- ZURDA ¡Ea! Basta ya de palique. Vamos, andando.
- LUISA ¡Sí, señora; sí!
- ZURDA No te seques los ojos. Conviene que las gentes vean lágrimas verdaderas. (Llevándose a Luisa y pidiéndole a un hombre que pasa, el cual se detiene y le da una limosna.) ¡Caballero, una limosnita para esta pobre ciega!—¿Qué tal? ¿No lo decía yo? Ya cayó un pez. (Se van. Oyense las campanas que tocan a misa. Entra gente de todas clases y condiciones en la iglesia. Pedro y Jaime desaparecen por el foro derecha. Llega por el lado opuesto la silla de

manos de la Condesa, precedida de un lacayo que lleva una silla de tijera. El Doctor por la derecha. Al ver la silla se detiene y ofrece la mano a la Condesa.)

DOCTOR ¿Eh? Yo conozco esa librea... sí... es la de la Condesa de Liniers.

CONDESA ¡Ah, Doctor! ¡Cuánto me alegro de veros!

DOCTOR ¿Por qué suponéis que eso os dispensará de mi visita?...

CONDESA Siempre me complace vuestra compañía. Como amigo, os respeto.

DOCTOR Sí; pero como médico no me hacéis caso. Sin embargo, estáis enferma, señora Condesa.

CONDESA No, no creais...

DOCTOR Y vuestra enfermedad no es reciente. Hace años que os consume, que os mata.

CONDESA Os equivocáis, Doctor, os aseguro...

DOCTOR Pues bien, si, lo pasáis divinamente, señora Condesa ...y es la salud quien imprime en vuestro semblante esa expresión de tristeza y da ese brillo febril a vuestros ojos.

CONDESA (Con alegría forzada.) No sé en que os fundáis para decir todo eso... ¿Si estoy enferma de tanta gravedad, por qué no me curáis, Doctor?

DOCTOR ¿Queréis que os hable con sinceridad?

CONDESA Por supuesto.

DOCTOR Pues la que está enferma es vuestra alma.

CONDESA (Conmovida.) ¿Mi alma?

DOCTOR ¿Queréis curar realmente?

CONDESA (Con viveza.) ¿Si quiero curar?

DOCTOR Dirigíos al médico de las almas. (Indicando la iglesia.) Dios entiende el mal que os aflige más que yo y más que todos mis colegas. (La Condesa conmovida le estrecha la mano; quiere hablar y se detiene, vuelve los ojos hacia la puerta de la iglesia, a donde se dirige lentamente. El Doctor después que ella ha desaparecido, dice:) ¡Lástima que su excelente corazón se halle minado por el sufrimiento! ¡He aquí una noble mujer a quien matará el dolor! (Mirando su reloj de bol-

sillo.) Ya es hora de irme al hospital y en seguida a la casa de corrección.

ZURDA (Acercándose llevando a Luisa de la mano.) Caballero, una limosnita...

DOCTOR Dios os ampare, hermana.

ZURDA Para una pobre ciega, caballero.

DOCTOR Una ciega... ¿Quién es? ¿Esa niña?

ZURDA ¡Ay! sí, señor.

DOCTOR ¿A su edad? ¡Pobre muchacha!

ZURDA ¡Ay, sí, señor! Es mucha pena para su pobre familia.

DOCTOR Dejadme ver sus ojos.

ZURDA (Con dureza.) ¿Para qué?

DOCTOR Venid aquí un momento, hija mía.

ZURDA Es inútil. No tiene remedio.

DOCTOR ¿Quién os ha dicho tal cosa?

ZURDA ¿Quién? Todo el mundo lo dice.

DOCTOR A ver, hijita, a ver. (La examina de cerca.) Yo soy médico.

LUISA (Con alegría.) ¡Médico!

ZURDA ¡Un médico!... (¿Quién le manda meterse en lo que no le importa?)

DOCTOR ¿No sois ciega de nacimiento?

LUISA No, señor, tenía catorce años cuando me sobrevino esta desgracia.

DOCTOR ¡Catorce años!... ¿Y después no os han aplicado ningún remedio?

LUISA (Vivamente.) Después...

ZURDA (Interrumpiéndola.) Somos tan pobres, señor Doctor, que no ha sido posible...

LUISA ¡Ah! Caballero, por Dios, hablad, decid. ¿Hay acaso esperanza? ¡Su supiéseis de que horrible desgracia me sacaríais!

ZURDA ¡Oh! ¡Ya lo creo, ciega! ¿Dónde hay mayor desgracia? Mientras que si viese, podría trabajar en vez de pedir limosna. ¿Verdad, hija mía?

LUISA (Temblando.) Sí, sí; trabajaría... y...

DOCTOR Tranquilizaos; y vos... escuchad. (La coge aparte.)

ZURDA Aquí me tenéis, generoso Doctor. (Tendiéndole la mano como para pedir limosna.)

- DOCTOR (Bajo.) Es necesario prepararla con prudencia, no decirla de golpe lo que espero.
- ZURDA ¿Lo que esperáis?
- DOCTOR Se exaltaría demasiado y la sangre afluiría al cerebro y a los ojos.
- ZURDA Bueno, bueno. Haremos que no *fluya*.
- DOCTOR Pero a vos puedo deciros que la operación puede tener buen resultado.
- ZURDA ¿De veras?
- LUISA (¿Qué le estará diciendo?)
- ZURDA Conque de veras esperáis...
- DOCTOR ¡Silencio! Llevádmela al hospital de San Luis.
- ZURDA ¡Ah! Conozco perfectamente ese hospital... he estado más de dos veces en él.
- DOCTOR En efecto. Creo haberos visto en mi visita... vos sois, si mal no recuerdo, la viuda...
- ZURDA La viuda del ajusticiado... decidlo de una vez.
- DOCTOR La viuda Frochard. ¿Pero no sabía que tuviéseis hija alguna?
- ZURDA Me la mandaron de provincia, donde sufría mucha miseria; la recogí por piedad, para aliviar sus penas.
- DOCTOR (¡Aliviar sus penas!) Dentro de un rato, cuando se haya calmado un poco, decidla, por grados, una parte de mis esperanzas... y más tarde...
- ZURDA Corriente... por grados... no tengáis cuidado.
- DOCTOR (Da a Luisa una moneda y se va.) Tomad, hija mía, tomad. ¡Animo, ya os volveré a ver, ánimo!
- ZURDA (Siguiéndole.) Que Dios os bendiga, generoso doctor, y os conserve la vida y la salud.
(Retrocede hasta Luisa.)
- LUISA (Con ansiedad.) ¿Qué os decía cuando os ha llamado aparte?
- ZURDA Me decía que es inútil que vayamos a verle porque tu dolencia no tiene cura.
- LUISA ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- ZURDA (Volviendo el rostro hacia el lado por donde se fué el

Doctor.) (Si has de esperar a que yo te la lleve... Es preciso que no la vuelva a ver.) Ven, hija mía, ven; para que veas cuanto quiero complacerte... dices que siempre andamos por las mismas calles... pues desde hoy cambiaremos de barrio.

LUISA ¡Oh, gracias! ¡Gracias! (Al menos me queda la esperanza de encontrar a Enriqueta.)

ESCENA III

Dichas, JAIME, después PEDRO

JAIME ¡Hola! ¿Cómo va la pesca?
ZURDA ¡Toma! A propósito: ¿Qué te ha dado el médico?

LUISA (Tendiéndole la moneda.) Aquí está. (La Zurda alarga la mano para tomarla, pero Jaime se interpone y la coge antes.)

JAIME ¡Un escudo!... Esos tunantes de médicos, ¿cómo no han de desollar a los enfermos para poder dar tanto de una vez?

ZURDA ¡Eh! ¡Eh! ¿Y yo?

JAIME ¿Vos? ¡Bah! Hace mucho frío y os pago un cuartillo de aguardiente.

ZURDA ¡Con mi dinero, trapalón! Anda, prenda. Luisa, cuando salgan de misa es preciso cantar recio y fuera pereza. Yo estoy ahí enfrente; pero cuenta conque observo.

LUISA Está bien, señora.

ZURDA ¡Pedro! — ¡Demonio de cojo! — ¡Pedro! ¿Dónde está? ¡Eh! Tú. (A Pedro.) Hazla sentar en las gradas de la iglesia.

PEDRO Está bien. (Se acerca a Luisa.)

JAIME (Alejándole.) Quieto tú, Cupido. (Pedro palidece.) Ya la acompañaré yo.—Pues es verdad que para ciega... (Coge a Luisa de la mano y la hace que se siente.)

ZURDA Quédate aquí tú; y cuidado que nadie hable con ella.

PEDRO Perded cuidado, madre.

JAIME (Con ironía.) No hay peligro que se la deje robar. (Mirando a Luisa.) Pues señor, tiene razón Pedro, que es muy linda:

ZURDA ¿Vamos, lobo mío?

JAIME Andando, vieja. (Vanse. Pausa. Empieza a nevar de nuevo. Se oye el órgano de la iglesia, pero de manera que no interrumpa la escena. Luisa, después de haberse pasado varias veces la mano por la espalda exclama:)

ESCENA IV

PEDRO y LUISA

LUISA ¡Tengo frío!... (Pedro hace un gesto de compasión, se quita la chaqueta y con ella abriga las espaldas a Luisa.) ¡Tengo mucho frío!... ¡Ah!... ¿Sois vos, Pedro?

PEDRO Sí, Luisa, aquí estoy.

LUISA Tan pronto como he notado que se compadecían de mí, vuestro nombre ha acudido a mis labios. (Tocando la chaqueta.) Pero... esta prenda es de vuestro vestido. ¿Y vos... Pedro?

PEDRO ¡Yo!... yo llevo... mi lemosina, mi chaqueta interior... y vaya... que hasta tengo calor. (Está tiritando.)

LUISA A no ser por vos, Pedro, creo que ya me habría muerto

PEDRO ¡Muerto!

LUISA Me hubieran faltado las fuerzas para soportar la vida que llevo.

PEDRO Sí: os hacen sufrir mucho, ¿pero qué hago yo para aliviar vuestra suerte? ¡Por desgracia nada puedo!

LUISA La primera vez que me dirigisteis la palabra, comprendí que hallaría en vos un amigo, un defensor tal vez.

PEDRO ¡Un defensor! ¡Pero si soy impotente para defenderos! Mi corazón, se subleva al mirar vuestros sufrimientos. Cuando se os maltrata, me ahoga la rabia y la desespera-

LUISA

ción; pero soy débil, y aun cuando quisiera protegeros... ¡no podría Luisa, no podría! ¿Y esas buenas palabras que me decís? ¿Y esos buenos cuidados que me prodigáis?... Ahora mismo; ¿quién alienta mi ánimo si no vuestra piedad? (Se lleva la mano a la chaqueta.) Gracias, amigo mío... (Le tiende una mano que él coge con afecto. Con la otra toca el brazo de Pedro y se apercibe de que está en mangas de camisa.) ¡Ah! ¡egoísta de mí! (Quitándose la chaqueta y dándosela a Pedro que de pronto la rehusa, pero que por fin la toma y besa la mano de Luisa.)

PEDRO

LUISA

¡No! sí, os aseguro...

Sí, amigo mío, sí; yo lo quiero. Ya no tengo frío, y además, ¿qué es esto comparado con todo lo que he sufrido? ¡La buscaremos juntas, me dijo vuestra madre!... ¡y comprendí muy pronto lo que exigían de mí! Comprendí que si me recogieron fué unicamente para cubrirme de harapos y decirme «¡ahora hay que abrir la mano y pedir limosna!» ¡Ah! ¡creí morirme de desesperación y de vergüenza!... Hay que cantar, me dijeron. Cantar, cuando las lágrimas me ahogaban la voz... No puedo, no puedo, exclamé yo, y para obligarme a ello, me dejaron dos días sin comer. No tuve fuerzas para resistir más. Pedí misericordia y un pedazo de pan, y por un pedazo de pan canto... y canto durante todo el día.

PEDRO

(Con dolor.) ¡Y son mi madre y mi hermano los que de tal modo os martirizan! Y yo... yo no puedo impedir... ¡Ah! ¡cómo debéis aborrecernos!

LUISA

¿A vos?... Oh, no; a vos no, amigo mío. Más tarde me revestí de valor, y lo que me sostenía era una especie de inspiración. Pensé que yendo a cantar, mendigando de barrio en barrio y de casa en casa, mi hermana me oiría quizás y entonces estaba salvada. Y cantaba y vociferaba siempre al

fin de mi canción: ¡Enriqueta! ¡soy yo, Luisa, tu hermana! ¿No me oyes? ¿Enriqueta, no me oyes?

PEDRO Pero temieron que os oyese...

LUISA ¡Sí!... Y siempre me llevaron a los mismos sitios.

PEDRO Donde sabían que no la encontrarías.

LUISA Y cuando concluyo mi canción... para que no llame a mi hermana...

PEDRO (Con ira.) Os cogen por el brazo... y os lastiman.

LUISA Sí; ella me estruja la muñeca con sus dedos de hierro... ¡Oh! pero que me lleven a otro barrio, que por más que me torturen, yo gritaré.

PEDRO (Bajo.) ¡Callad!... ¿Y nunca habéis concebido ideas de huir?

LUISA Si en verdad; ¿pero a quién dirigirme? Y si alguien se apiadase de mí, ¿sabéis lo que haría? Encerrarme en una casa de asilo y mi última esperanza se desvanecería para siempre.

PEDRO (Bajando la cabeza.) ¡Es verdad! (Vuélvese a oír el órgano y la campana de la iglesia.)

LUISA Oís... la misa ha terminado... van a salir de la iglesia...

PEDRO Mi madre va a volver...

LUISA Y si no me oye cantar... (Se arrodilla al pie de las gradas y canta.)

«De la pobre ciega
tengan piedad.
Almas generosas
una caridad.»

ESCENA V

Los mismos. La CONDESA, SEÑORAS, CABALLEROS y PUEBLO.
Luego La ZURDA, JAIME y TRANSEUNTES

CONDESA (El lacayo de la Condesa ha hecho aproximar la silla, cuya puerta tiene abierta.) ¡He pedido a Dios

- que me deje ver a mi hija! (Dando una limosna a Luisa.) ¿Habrá escuchado mi súplica?
- LUISA ¡Una limosnita por amor de Dios!
- CONDESA (Que se ha detenido contemplando a Luisa.) (Hay en la voz de esta joven cierta ternura y cierto dolor que conmueven y hacen daño! (Se acerca más a Luisa.) ¡Ah! ¡Dios mío! Esa mirada fija...) Hija mía... (Luisa se vuelve hacia ella.) ¿Estáis ciega?
- LUISA Sí, señora.
- CONDESA ¡Ah, qué desgracia!
- LUISA ¿Me compadecéis, señora?
- CONDESA ¡Oh, sí, hija mía!
- LUISA ¿Me compadecéis porque estoy ciega? Pues no es esta la mayor de mis penas. (Aparece la Zurda.)
- CONDESA ¿Tenéis familia? ¿Tenéis madre?
- LUISA (Con fuerza.) ¡Familia! ¡Madre!
- ZURDA (Abalanzándose y cogiendo a Luisa por la muñeca.) Si, noble señora, sí, y una buena madre aunque me esté mal decirlo.
- CONDESA ¡Ah! ¿Es hija vuestra?
- ZURDA La más joven de siete que he tenido que mantener con trabajos inmensos. Esto es lo que la chica iba a decirlo.
- LUISA Yo...
- ZURDA ¿No es verdad, hija mía? (Le aprieta la muñeca. Luisa baja la cabeza ahogando un grito de dolor.)
- CONDESA Está muy pálida y tiene el aspecto muy enfermizo.
- ZURDA Las almas caritativas tienen compasión de ella, y cuando llegamos a casa la cuidamos mucho... ¿no es cierto, hija mía? (Bajo apretándole la mano.) ¡Habla!
- LUISA (Con esfuerzo.) ¡Sí... sí... es verdad!
- CONDESA ¡Tomad, dad esto a vuestra madre, y rogad a Dios por mí!
- LUISA Con toda el alma, señora.
- CONDESA (Al lacayo.) A la casa que os he dicho. Barrio de San Honorato. Vamos a complacer a Eduardo. (La Condesa entra en la silla cuya puerta cierra el lacayo. Al mismo tiempo aparece Jaime. La

Zurda toma a Luisa la moneda que le dió la Condesa y la contempla.)

ZURDA
¡Un doblón! Vamos la jornada será buena.
¡En marcha, en marcha y buena voz! (Se lleva a Luisa por el fondo. Vuelve a nevar. Luisa canta desde el bastidor. Pedro que ha permanecido acurrucado en un ángulo al ver que se aleja va a seguirla. Jaime que le sale al paso le detiene dándole un empujón.)

JAIME
Quédate aquí tú. Tenemos que hablar.

PEDRO
¿Qué tienes qué decirme?

JAIME
¡No quiero que sigas a Luisa ni hoy, ni nunca!

PEDRO
(Temblando.) ¡Cómo! ¡Tú!...

JAIME
No quiero que pienses en ella.

PEDRO
¡Yo! ¡Que no piense en Luisa! ¿Y por qué?

JAIME
Porque de lo contrario voy a romperte el espinazo. (Al decir esto, le derriba de un empujón, quedando Pedro de rodillas.)

PEDRO
¡Jaime!... ¡mátame si quieres... pero ni tú, ni todo el mundo, me impediréis que la ame!

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

UN RAYO DE LUZ

Habitación de Enriqueta. Entrada por el fondo. Ventana a la derecha.
En un extremo a la izquierda, cama de pabellón de cortinas blancas.
Mesita de labor. Sillas de enea. Quinqué en la chimenea apagado.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA. Sentada junto a la mesita trabajando.

ENRIQUETA ¡Tres meses! ¡Tres meses han transcurrido desde nuestra separación! Eduardo me prometió volver a participarme el resultado de sus pesquisas... y el tiempo pasa... y él no vuelve. ¡Con qué dolorosa impaciencia aguardo sus noticias! ¡Ah! Soy culpable y en vano procuro engañarme a mi misma. No, no es tan sólo para que me hable de Luisa para lo que yo le aguardo... no. Es para escuchar las palabras que pronuncian sus labios, es para leer en sus ojos los pensamientos que calla. (Oye pasos y se levanta.) Aquí está. ¡Es él! (Llaman y va a abrir.)

ESCENA II

ENRIQUETA y EDUARDO

EDUARDO ¡Enriqueta! ¿Qué tiene usted?

ENRIQUETA ¡Yo! Nada.

EDUARDO Me parece que está usted conmovida.

ENRIQUETA (Reponiéndose.) Aguardaba a usted. Esperaba las noticias que quizás usted me trae... y...

EDUARDO ¡Nada todavía!

ENRIQUETA ¡Siempre lo mismo!

EDUARDO Muy pronto lo espero, seremos más afortunados; muy pronto nos ocuparemos exclusivamente de la pobre niña abandonada; pero hoy, Enriqueta, quisiera hablar a usted de... de mí.

ENRIQUETA Sé, caballero, cuanto puede usted decirme, Me salvó usted valerosamente y con riesgo de sus días de una trama odiosa, infame. Su generosidad me brindó luego los medios de existencia de que carecía.

EDUARDO Y usted los rehusó prefiriendo vivir de su trabajo.

ENRIQUETA ¿Hice acaso mal? He hallado en esta misma casa, una excelente mujer que me da más labor de la que necesito para vivir; pero no por eso crea usted que mi alma está menos reconocida a cuanto le debo.

EDUARDO ¿Y no existe entre nosotros ningún otro lazo? ¿No ha comprendo usted, Enriqueta, lo que pasa en mi corazón? Ayer, podía imponer aún silencio a mi amor, hoy me veo obligado a hablar. Amo a usted, Enriqueta, no con ese amor trivial que ofende sino con ese amor puro, digno del hombre bien nacido. Y este amor existe en mi corazón, amo a usted, (Enriqueta se apoya en el respaldo de la silla.) desde el día que la vi trémula y desesperada, luego valerosa y digna, defendiendo su honor con la súplica, la amenaza y las lágrimas. Amo a usted desde el momento en

que me dirigió la primera palabra; y este amor que aquella palabra hizo nacer, juro a usted que durará mientras yo exista. Lo juro, Enriqueta, ante Dios que nos ve y me escucha. (Enriqueta lleva la mano a su corazón y pudiendo apenas hablar.)

ENRIQUETA ¡ Ah! ¡ No está bien! No es generoso lo que acaba usted de hacer. Acaso cree usted que no había comprendido cuanto su corazón se esforzaba en ocultarme. ¡ Ay de mí! Harto me distrae de la única idea que debe ocupar toda mi existencia; mas no debía usted obligarme a decírselo.

EDUARDO Enriqueta...

ENRIQUETA Debía comprender usted que no tengo el derecho de abandonarme a la alegría de verme amada, mientras no cumpla mi misión. Deje usted que me dedique por completo a este sagrado deber, y cuando Luisa se halle en mis brazos, cuando la haya vuelto a la ternura, a la protección, a los cuidados que la debo, entonces tendré el derecho de ser dichosa... entonces, ¡ ah! entonces dígame usted que me ama sino quiere que me muera de dolor. (Le tiende la mano.)

EDUARDO (Besándosela.) ¡ Enriqueta!... ¡ Adorada Enriqueta!

ESCENA III

Los mismos y PATRICIO

PATRICIO (Desde la puerta.) Dispénsense usted si me atrevo...

ENRIQUETA ¡ Ah!

EDUARDO ¡ Patricio!

PATRICIO Soy yo, señor. Nadie más que yo.

EDUARDO ¿ Qué me quieres? ¿ Qué te trae aquí? (A Enriqueta.) Es mi ayuda de cámara.

PATRICIO Sí, señorita, sí... Soy yo, Patricio... el fiel y discreto Patricio... (¡ En una guardilla!

En casa la confidenta sin duda... Bien, muy bien.)

EDUARDO (Bruscamente.) Vamos, habla, ¿á que has venido?

PATRICIO Tengo que comunicar al señor un asunto importante.

EDUARDO ¡Qué significa!...

ENRIQUETA Están aguardando esta manteleta y es preciso que la baje al momento. (Va a la puerta.)

PATRICIO (Irà a casa de su señora. Es muy linda esta muchacha.)

EDUARDO ¿Volveré a ver usted?

PATRICIO (Pues claro está que la volverá a ver.)

ENRIQUETA Sí, sí... al momento.

PATRICIO (Frotándose las manos.) Esta muchacha es capaz de hacer perder los sesos... ¡Por vida de San Cucufate, cuadro completo!... ¡La señora abajo y arriba la doncella. Bravo!

ESCENA IV

EDUARDO y PATRICIO

EDUARDO Estamos solos. ¿Me explicarás por qué has venido a buscarme en este sitio?

PATRICIO He tenido el atrevimiento de seguir al señor...

EDUARDO ¡Qué dices!... ¿Bribón?

PATRICIO (Con alegría.) ¡Bribón! ¡Muy bien! ¡Reaparecen los hábitos antiguos!

EDUARDO ¿Qué es lo que estás murmurando entre dientes?

PATRICIO Digo que me merezco algo más que la palabra bribón. ¡Cuando pienso que quería dejar el servicio del señor, y que había suplicado al tío del señor que me volviera a tomar al suyo!...

EDUARDO Y bien.

PATRICIO Que cuando supe que el señor había cambiado de ideas y de costumbres... que había vuelto a ser...

- EDUARDO ¿A ser qué?
- PATRICIO La nata y flor de los verdaderos caballeros...
- EDUARDO ¡Pero qué diablos estás enredando, canalla!
- PATRICIO (¡Canalla! ¡Me ha llamado canalla!... ¡Magnífico! ¡Esto marcha!... Un poco más y me larga un puntapié.)
- EDUARDO Mi tío mezclado en este asunto... ¿Qué significa?
- PATRICIO Significa, que interesando al señor Conde conocer vuestras travesuras... me ha encargado que las inquiriera a fin de...
- EDUARDO ¡Conqué según eso, tú me estás espiando?
- PATRICIO ¡Ni más, ni menos! (Se vuelve suávemente dándole la espalda como preparado a recibir un puntapié. Viendo que no se lo da, continúa con desenfado después de una corta pausa.) He seguido al señor hasta la puerta de esta casa... he aguardado un rato... por discreción, mas viendo que no volvía usted a salir... he entrado con objeto de informarme... por mí mismo, y de habitación en habitación, no hallando lo que buscaba, he trepado por fin hasta las nubes... y me he colado en el aposento de la camarera.
- EDUARDO ¿De la camarera?
- PATRICIO ¡Y por cierto que es bonita... bonita... bonitísima! Si la señora vale tanto como la... (Haciendo un guiño picaresco.)
- EDUARDO (Con cólera.) ¡Basta!... Ni una palabra más, tunante, o de lo contrario...
- PATRICIO (Volviendo las espaldas.) ¡Tunante!... Lo que es ahora no falta; me lo da... me lo da... (Viendo que su señor se calma.) No... no, pues no me lo da.
- EDUARDO ¡Señor Patricio!
- PATRICIO ¡Bien!
- EDUARDO Escuche usted atentamente lo que voy a decirle.
- PATRICIO Soy todo oídos, señor.
- EDUARDO Volverá usted al momento a casa del señor Conde de Liniers.
- PATRICIO Como mande mi señor.

- EDUARDO ; Le dirá usted que me ha seguido paso a paso y hallado en casa de la persona a quien amo!
- PATRICIO Querrá decir mi señor en casa de su camarero...
- EDUARDO En su misma casa.
- PATRICIO ; En su misma casa! Es aquí donde la señora... ¿aquí vive ella?
- EDUARDO Y agregarás que jamás... fíjate bien.
- PATRICIO Me fijo, mi señor.
- EDUARDO Que jamás, tendré otra esposa que esta joven.
- PATRICIO ¿Pero me dirá mi señor, de qué joven me está hablando?
- EDUARDO ; Por vida mía! De la que ahora mismo se hallaba aquí.
- PATRICIO ¿De la camarerita?
- EDUARDO ¡Miserable!
- PATRICIO (Volviendo la espalda.) ; Ahora!... Ahora si que me lo da.
- EDUARDO (Viendo abrir la puerta.) ; Ni una palabra más! Silencio. ¡Es ella!

ESCENA V

Los mismos ENRIQUETA. Entra llorando y dejándose caer en una silla.

- ENRIQUETA ; Qué vergüenza, Dios mío! Que vergüenza. ¡Ah! Yo no merecía esta ofensa.
- EDUARDO ¿Qué ha pasado? ¿Por qué llora, usted Enriqueta?
- PATRICIO Se llama Enriqueta.
- ENRIQUETA ¡Se me arroja de esta casa!
- EDUARDO Se la arroja... ¡A usted!... ¿Y por qué?
- ENRIQUETA Porque se pretende que soy su...
- PATRICIO (¡Ah!)
- EDUARDO ¡Mi querida!... Usted tan honesta y tan pura... ¡Usted a quien siempre he respetado como a una hermana!...
- PATRICIO ¡Vamos!... ¡Yo no vuelvo de mi sorpresa!

EDUARDO ¿Quién ha difundido esa odiosa calumnia?
¿Su nombre?

ENRIQUETA ¡Los vecinos sin duda!... Y la dueña de la casa que me había acogido y me daba trabajo, acaba de decirme delante de todos, que no podía ocuparme, ni consentir que permanezca aquí por más tiempo, porque tiene hijos jóvenes... en una palabra, que me echa a la calle.

PATRICIO ¡Pobre muchacha!... Pero... esto es injusto, señor.

EDUARDO Esto es infame.

PATRICIO Sí, señor, infame, porque en fin, señorita... Si bien usted es... (Enriqueta le mira admirada.) No; quiero decir, que usted no es... no sé lo que me digo.

EDUARDO Enriqueta, enjague usted esas lágrimas.
¡Levante usted la cabeza!—Si; usted dejará esta casa, pero para vivir en la mía.

PATRICIO ¡San Cucufate!

EDUARDO En la suya, Enriqueta, porque usted entrará en ella del brazo de su esposo.

PATRICIO ¡Uy, uy, uy, uy! ¡esto me parece que va demasiado lejos!

ENRIQUETA ¡Yo... su esposa!... No; no; ¡es imposible!

EDUARDO ¡Enriqueta!

PATRICIO (Imposible... Yo lo creo... ¡Y nuestra familia!... ¡Qué diría nuestra familia!)

ENRIQUETA Comprendo cuanto tiene de noble y generosa su oferta y se la agradezco; pero comprendo también la distancia que nos separa, conozco mi deber y rehusó.

EDUARDO ¿Rehusa usted?

PATRICIO (Con admiración.) (Ha dicho muy bien. Rehusamos.)

EDUARDO Rehusa usted, Enriqueta, porque piensa que es suyo únicamente el sacrificio; ¿pero, y yo, y yo que contemplo en usted mi dicha y mi existencia?

PATRICIO También eso está muy bien dicho. ¡Vaya si está bien!

- ENRIQUETA No, yo no puedo, a pesar de su generoso deseo, entrar a formar parte de su familia. Quizás llegara a ser para ella objeto de odio y para usted causa de enemistad y persecución. ¡No!... no... es preciso separarnos, es necesario que dejemos de vernos.
- EDUARDO ¡Nunca!... Si mi familia me niega su consentimiento, yo sabré prescindir de él.
- PATRICIO (Con vehemencia.) Y bien... si... prescindiremos.
- EDUARDO ¿Acaso su talento y su bondad, no valen tanto como un título de nobleza?
- PATRICIO Lo valen... sí, señor... lo valen. ¡Vaya si lo valen!
- EDUARDO Su hermosura, su inocencia, sus virtudes, ¿no valen por lo menos, tanto como mi fortuna?
- PATRICIO ¡Valen diez veces más, señor! (Pero por San Cucufate, que es lo que estoy diciendo.)
- EDUARDO ¡Patricio! ¡Mi sombrero y partamos!
- PATRICIO Sí, señor, partamos. (¡Sería capaz de casarles al momento y sin cura.)
- EDUARDO Enriqueta, voy a asegurar nuestro porvenir, y nuestra dicha.
- ENRIQUETA ¡Adiós... adiós... para siempre!
- EDUARDO No; infúndame usted el valor de que tanto voy a necesitar... No me diga usted adiós... si no hasta luego. ¡Enriqueta mía, hasta luego!
- ENRIQUETA (Tendiéndole la mano y esforzándose en sonreír.) ¡Hasta luego!
- PATRICIO (Haciendo muchas reverencias.) Hasta la vista, señorita, la aprecio a usted, la quiero, la admiro...y... (He llenado cumplidamente las órdenes del señor Conde.)

ESCENA VI

ENRIQUETA

- ENRIQUETA ¡No! ¡No le volveré a ver! No renovaré esa dolorosa lucha entre el deber y el amor.

Era un sueño demasiado bello, y por lo mismo me he hecho más culpable. Culpable sí; porque me ha causado instantes de olvido, horas de alegría y de felicidad...; ¡pero el castigo no ha sido tardío!... Se me ha insultado... y se me arroja de esta casa...
(Se deja caer en un sillón.)

ESCENA VII

ENRIQUETA y CONDESA

CONDESA (Desde la puerta.) ¿La señorita Enriqueta?

ENRIQUETA (Volviéndose sorprendida.) Servidora de usted, señora.

CONDESA Señorita; me ha sido usted recomendada muy eficazmente...

ENRIQUETA ¡Recomendada... yo! ¡No comprendo!...

CONDESA Formo parte... de una sociedad filantrópica, y si veo justificados los excelentes informes que de usted he recibido, tal vez podré ser a usted útil y socorrerla.

ENRIQUETA No soy desgraciada, señora... (Rectificando.) ¡Ay de mí!... ¡No, no quería decir eso! No soy pobre, señora, trabajo.

CONDESA (Bien.) ¿Luego, nada puedo hacer por usted, hija mía?

ENRIQUETA ¡Nada! digo mal señora, sí; acepto su protección... más aun, la imploro.

CONDESA Hable usted.

ENRIQUETA Pero no es dinero, no es una limosna lo que yo pido; es un asilo en donde pueda vivir obscura, ignorada; lejos de la mentira... lejos de la calumnia... y sobre todo, lejos de él.

CONDESA ¿De él? ¿Será de algún joven a quien ama usted y de quien es correspondida?

ENRIQUETA (Bajando los ojos.) Sí...

CONDESA Y usted trata de huir de él para no llegar a ser su aman...

ENRIQUETA (Con dignidad.) Para que no me falte el valor de negarme a ser su esposa.

CONDESA ¿Su esposa?

ENRIQUETA Este es el título que me ha ofrecido hace un instante.

CONDESA ¿Y usted lo ha rehusado?

ENRIQUETA Sí, señora, lo he rehusado.

CONDESA Está bien. Mi deber es hablar a usted ahora con toda franqueza, con toda lealtad y sin rodeos. Enriqueta, pertenezco a la familia de Eduardo Vaudrey, soy casi su madre... Conozco el amor que a usted profesa y he tratado de defenderlo ante mi esposo el conde de Liniers.

ENRIQUETA ¿Usted, señora?

CONDESA Mas luego he reflexionado con calma y a la verdad, Enriqueta, el único partido que puedo aconsejar a usted, es el mismo que se propone seguir, toda vez que no tan sólo nuestra familia, si no hasta la poderosa voluntad del Rey se opondrían a ese enlace.

ENRIQUETA Antes de ver a usted, señora, me había trazado mi camino... el del sacrificio y el deber.

CONDESA Está bien. Y de paso la advertiré también que somos ricos y poderosos...

ENRIQUETA (Levantando la cabeza.) ¿Poderosos?...

CONDESA Y si algún día nos convencemos del desinterés de usted...

ENRIQUETA ¿Convencerse?... Al momento, señora.

CONDESA ¿De qué manera?

ENRIQUETA Escúcheme usted, señora. Mi corazón y mi cariño los he dividido en dos partes: la una pertenece a él...; la otra... ¡ah! la otra... se lo juro a usted, señora, la otra que es la más grande y la más pura... ha tiempo que la consagré a una pobre criatura que han arrancado cruelmente de mi lado. Dice usted que su familia es muy poderosa, pues bien... que se la busque, que se la encuentre y se me devuelva, señora, y yo impondré silencio a mi corazón, yo arrancaré de

- él, esotra parte de mi amor que... ¡que es mi vida! En fin, señora, que me la devuelvan y desapareceré para siempre. Dígame usted, señora, ¿es mucho lo que pido?
- CONDESA No, hija mía; no. ¡Prometo a usted mi ayuda, mi apoyo y esto sin retardo; sin vacilación!... Veamos, hable usted. Dígame usted su nombre, sus señas.
- ENRIQUETA Sus señas... ¡ay de mí! Son bien fáciles de recordar. La desgraciada tiene diez y seis años y está ciega.
- CONDESA ¡Ciega!
- ENRIQUETA Se llama Luisa, señora.
- CONDESA ¡Luisa!... Nombre que me es muy querido. Esté usted tranquila, hija mía, desde luego se buscará a su hermanita.
- ENRIQUETA No es hermana, señora.
- CONDESA ¡Ah! no es...
- ENRIQUETA No, señora; pero yo sola la debo el cariño de toda la familia, ya que a mi padre, a mi madre y a mí, nos libró de la miseria.
- CONDESA ¿Y qué pudo hacer para conseguirlo esa desgraciada ciegucecita?
- ENRIQUETA Mi padre la halló en el atrio de una iglesia.
- CONDESA ¡La halló!... ¡Ah! ¡Luego es una pobre niña expósita! Cuéntemelo usted todo. ¿Decía usted que les ha preservado de la miseria?
- ENRIQUETA Y tan terrible, que mi padre ya no tenía ni un pedazo de pan que dar a mi madre; y ésta aniquilada por el sufrimiento y por el hambre, no tenía una sola gota de leche para su hija.
- CONDESA ¡Qué horror!
- ENRIQUETA Con el propósito de salvarme al menos, mi padre tomó el doloroso partido de confiarme a la caridad pública. Me separó de mi desventurada madre, mientras dormitaba, y con paso inseguro, se dirigió hacia el atrio de Nuestra Señora.
- CONDESA Siga usted, siga usted. (Con interés.)
- ENRIQUETA Era en una desapacible noche de invierno. El hambre y el frío causaban muchas víc-

timas y la nieve cubría las gradas del atrio de la iglesia. Mi desgraciado padre se detuvo llorando.—¿Y tendré valor para abandonarla? Exclamó. De pronto oye a pocos pasos el lastimero lloro de una criatura; se acerca y ve una pobrecita niña cuya cuna estaba medio cubierta por la nieve, con la cara y las manecitas amoratadas por el frío...

CONDESA ¡Hija mía!

ENRIQUETA Va a morir—exclamó mi padre,— y procuró darla calor estrechándola contra su pecho. Una idea generosa acudió a su mente, y en medio de su desesperación exclamó: «De la misma manera que esta desgraciada perecía cuando he llegado, mi hija hubiera dejado de existir antes de que un alma caritativa se hubiese apiadado de ella... No... no abandonaré ni a la una ni a la otra.»— Y el que pocos momentos antes había llegado allí con trémulo paso, llevando como pesada carga, a la niña que iba a abandonar, volvía con paso firme con dos criaturas en sus brazos.

CONDESA ¡Bien... muy bien!... ¿Pero el socorro inesperado... la salvación que la niña llevó a ustedes?

ENRIQUETA Algunos instantes después llegó mi padre a casa. «Mujer, le dijo a mi madre, no teníamos más que una hija, no era bastante sin duda para que el cielo se apiadara de nosotros y nos manda otra.» Y cuando para calentarla, se le quitaron los pañales...

CONDESA Seguid.

ENRIQUETA Se desprendieron dos paquetes de monedas de oro y un papel que decía: «Se llama Luisa. Amadla.» (Durante estas últimas palabras la agitación de la Condesa aumenta visiblemente.)

CONDESA ¡Ah!

ENRIQUETA ¿Qué tiene usted, señora? (Mirándola admirada.)

CONDESA (Esforzándose en aparentar calma.) Yo... nada... no tengo nada... sólo que esa historia me ha

afectado vivamente... ¡Ah!... La pobre niña abandonada cayó en poder de buena gente. Continúe usted, hija mía.

ENRIQUETA ¡Ah! ¡Cuánto la queríamos, señora!

CONDESA ¡Oh! ¡sí! Tiene usted un hermoso corazón y comprendo que Eduardo la adore. (Abrazándola.) También yo la querré a usted mucho... (Besándola y abrazándola varias veces.) La quiero a usted ya, Enriqueta mía.

ENRIQUETA Entonces, señora, ¿me ayudará usted a buscarla?

CONDESA ¡Si la ayudaré a usted! ¡Ah! ¡Dios mío!... Ciega... me ha dicho usted que era ciega... ¿Pero como le sobrevino esta horrible desgracia?...

ENRIQUETA ¡Oh! Muy horrible en efecto. Siempre está fijo en mi mente ese fatal recuerdo. Era... (Se oye a lo lejos como un eco la voz de Luisa. Enriqueta presta su atención.) ¡Era una noche!...

CONDESA ¿Y bien? (Viendo su sorpresa.)

ENRIQUETA Hará... hará como unos dos años...

CONDESA ¡Dos años! (La voz cada vez se aproxima más.)

ENRIQUETA Sí, sí... dos años... Luisa tenía catorce...

CONDESA Acabe usted. (Levantando la voz poco a poco.)

ENRIQUETA Luisa tenía catorce. (El canto se acerca más.) Jugábamos... estábamos jugando juntas... y... (La voz se oye clara.) ¡Ah! (Dando un grito horrible. Se recomienda esta escena.)

CONDESA ¿Qué tiene usted?

ENRIQUETA Es ella, señora... es ella.

CONDESA ¡Ella!... La pobre mendiga que he hallado..., que acabo de ver... mi...

ENRIQUETA ¡Ah!... ¡Corramos!...

CONDESA Vamos... Vamos pronto... ¡Mi marido!

ESCENA VIII

Las mismas. EL CONDE, UN AGENTE DE POLICIA e individuos de orden público en el momento que van a salir.

ENRIQUETA Señores... señores... déjenme ustedes pa-

sar ...se lo suplico, no me detengan por caridad.

CONDE Ejecuten ustedes lo que se les ha mandado.

ENRIQUETA (Arrodillándose.) En nombre del cielo, caballero; dé usted orden para que me dejen pasar. Si usted supiese... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Su voz se aleja... por favor... por piedad... ¡Escúcheme usted, señor, o la voy a perder de nuevo!

CONDE Esta joven a la Salpêtrière.

ENRIQUETA ¡Yo!... ¡A la corrección!... ¡Yo! ¡Pero qué he hecho! Mas no importa, señor, se me detendrá, se me desterrará, se me matará si es preciso; pero luego, cuando la haya vuelto a ver, cuando la haya salvado, caballero; cuando la haya salvado. (Toda esta escena con gran agitación y rapidez.)

CONDE ¡Obedeced!

ENRIQUETA ¡Ah! (Se la llevan.)

CONDESA ¡Oh! Al menos yo voy...

CONDE Quedaos, señora, y sepa yo a qué vino aquí la condesa de Liniers.

CONDESA Señor... luego... os lo diré...; pero ahora... dejadme salir... dejadme que llegue... hasta ella.

CONDE ¿De quién me estáis hablando, señora?

CONDESA ¿De quién?... de... de ella... de... mi... de... mi...

CONDE Acabad.

CONDESA (Mirando el rostro amenazador de su marido, da un grito desgarrador y cae en sus brazos.) ¡Ah! ¡No puedo más!... (La voz de Luisa se oye lejana no debiendo parar hasta caer el telón. El Conde queda clavado en mitad de la escena con la Condesa en sus brazos.)

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

LA SALPÊTRIÈRE

Un patio con árboles desprovistos de hojas y cercado de un muro por encima del cual se descubre la cúpula de la iglesia. En el fondo un enverjado que da al patio principal. Entre este último y el enverjado a mano derecha la puerta de la capilla. En el primer término, izquierda, puerta que da entrada a la enfermería. A la derecha y laterales las de entrada a los dormitorios. A cada lado y en primer término bancos de piedra.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oye el órgano en la capilla y al poco rato salen de la misma de dos en dos, formándose al pie de la verja, las DETENIDAS: a la cabeza y final cuatro HERMANAS DE LA CARIDAD, entre las primeras estará MARIANA que se adelanta con su compañera, la cual se sienta en uno de los bancos de piedra. Al poco rato las DETENIDAS se entretienen en sus labores y las HERMANAS se pasean entre ellas leyendo sus libros de rezo. Cesa el órgano. A poco SOR GENOVEVA

MARIANA Cuando usted salga de la cárcel estará en paz con los hombres, y cuando se haya arrepentido lo estará con Dios. ¡He aquí lo que me repiten esas santas mujeres! Estoy arrepentida; pronto llegará el día en que me vea libre, no se desespere usted, procure usted trabajar. El trabajo distrae y consuela. ¡Hola! Sor Genoveva. Buenos días.

madre mía. (Las Detenidas van a saludarla y besarla el hábito.)

SOR GENO. Dios os bendiga, hijas de mi alma. (Se oye una campana.) ¿Quién llama?

ESCENA II

DICHAS y EL DOCTOR

SOR GENO. ¡Ah! ¡Doctor, con cuánta impaciencia es-
aguardando a usted!...

DOCTOR (Mirando el reloj.) Y sin embargo, he sido pun-
tual.

SOR GENO. Como confiaba que esta mañana...

DOCTOR Le traería a usted...

SOR GENO. Una buena noticia...

DOCTOR ¿Y por eso su emoción y su impaciencia?

SOR GENO. Doctor, se trata de la suerte de una desgra-
ciada...

DOCTOR ¡Oh! Sé que no tendría usted tanta impa-
ciencia si se tratara de la de usted.

SOR GENO. ¿Y bien?...

DOCTOR He hecho cuanto ha sido necesario. He ma-
nifestado el interés que inspira a usted esa
penada; he hablado de su profundo arre-
pentimiento; he patentizado su docilidad y
resignación; hasta la he agregado algunas
buenas cualidades que ignoro si tiene.

SOR GENO. Doctor, ha hecho usted mal; bastaba con
decir la pura verdad.

DOCTOR Sí, la pura y santa verdad, como usted la
llama; pero lo hice con el buen propósito
de salvar a su protegida...

SOR GENO. La verdad siempre, mi buen Doctor...; pero
acabe usted, se lo ruego...

DOCTOR Felicíteme usted, hermana Genoveva.

SOR GENO. ¿Ha salido usted airoso?

DOCTOR ¡Completamente!

SOR GENO. ¡Alabado sea Dios! Venga usted, Mariana,
hija mía; aquí está nuestro querido Doc-
tor, un hombre excelente. Escuche usted de

- sus labios lo que acaba de hacer por usted?
MARIANA ¿Por mí, señor?
DOCTOR Sí; tan sólo que a quien debe usted agradecerse es a la hermana Genoveva. A ella que movida por su arrepentimiento, concibió la idea de solicitar el perdón que yo la traigo. (Entrega un pliego a Sor Genoveva).
- MARIANA ¡Mi bienhechora!... ¡Mi madre! (Las Detenidas se aproximan.)
- SOR GENO. El es quien ha hecho todas las diligencias...
DOCTOR Pero es a ella a quien se otorga la gracia. A Sor Genoveva, a la noble y digna mujer que nacida en este asilo, no ha consentido nunca en abandonarlo, haciendo de esta casa su patria, y de todos los afligidos su familia. A usted, consuelo de los réprobos, a usted, a quien aquí todo el mundo quiere, venera y respeta... (Todas las Detenidas y las Hermanas la rodean. Cuadro.) No lo digo con objeto de mortificarla; ni es mi ánimo hacer llorar ni a usted... ni a esa pobre Mariana... a las otras... ni... vamos, a 'que lloro yo también... ¡yo, todo un Doctor! (Viendo el cuadro.) Pues, señor; digo y sostengo, que todavía queda mucho y bueno entre todas estas pobres descarriadas.
- SOR GENO. (Suena una campana.) La hora de entrada. Vamos, hija mía, esta tarde será usted libre. No olvide usted nunca que he respondido de su conducta futura. La sociedad me entregó una culpable, le devuelvo una buena mujer. ¿No es verdad, hija mía? (Mariana llena de emoción no puede hablar. Sor Genoveva la abraza. Se oye un gran ruido de voces en la enfermería.)
- ENRIQUETA (Dentro.) ¡Dejadme! ¡Dejadme os digo!
- SOR GENO. ¿Qué gritos son esos? ¿Qué pasa?
- DOCTOR Alguna enferma desobediente. Voy a poner orden...
- SOR GENO. Aguarde usted, doctor, es la joven que entró hace dos días...

DOCTOR ¿Y qué fué acometida de un acceso de delirio? (Enriqueta aparece en el umbral de la puerta resistiéndose a las enfermeras.)

ESCENA III

Los mismos y ENRIQUETA

ENRIQUETA No me detengáis... Quiero salir... Os digo que no quiero permanecer aquí ni un solo minuto.

MARIANA ¡Ah!... ¡Dios mío!... Si... es...

ENRIQUETA (Corriendo hacia Sor Genoveva.) ¡Oh! señora; si es usted tan buena como todos dicen; si es usted aquí la superiora, apiádese por Dios de mí; y mande que me dejen libre. ¡Ah! señora! se lo pido a usted de rodillas.

MARIANA ¡No, no me engaño! ¡es ella! ¡es ella!

SOR GENO. (Con bondad.) Vamos, hija mía, un poco de calma. Usted está enferma, piense usted ahora en los cuidados que necesita.

DOCTOR ¿Por qué ha abandonado usted la cama sin mi permiso?

ENRIQUETA ¡Ah! ¡Reconozco á usted, Doctor! Usted es quien me ha cuidado...

DOCTOR Sí, pobre niña... y no puedo autorizar...

ENRIQUETA ¡Oh! Ya estoy buena, caballero; ya no sufro, tengo completa mi razón, y puesto que de usted depende, diga usted—se lo ruego,—diga usted que me dejen salir.

DOCTOR Es imposible. Para dar esa orden se necesita una autoridad más poderosa que la mía.

ENRIQUETA ¡Luego no estoy en un hospital!

DOCTOR Este hospital, es cárcel también.

ENRIQUETA ¡Una cárcel! ¡Ah! ¡Ya recuerdo!... Si... Aquellos polizontes que me prendieron, aquel hombre que les mandaba: «A la Sal pètrière», decía. Al hospital de los pobres y de los locos. ¡A la prisión de las mujeres perdidas!... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¿Qué he hecho yo, pues, para que me traten con tanta crueldad? (Llena de desesperación cae en un banco.)

DOCTOR (Muy conmovido.) ¡Hermana! He aquí una curación, que tan sólo usted puede realizarla. (Entra en la enfermería, algunas detenidas le siguen, otras van a los dormitorios.)

ESCENA IV

ENRIQUETA, SOR GENOVEVA, MARIANA, luego PATRICIO

SOR GENO. Muchas culpables he visto pero lo que es esta...

MARIANA Esta no lo es.

SOR GENO. ¿La conoce usted?

MARIANA ¿Conté a usted que en un día de desesperación quise atentar contra mi vida?

SOR GENO. Lo recuerdo.

MARIANA ¿Que dos jóvenes... dos ángeles de virtud y de caridad me habían impedido añadir este crimen a mis faltas?

SOR GENO. Sí; y que socorrieron a usted con sus pobres recursos, y la fortalecieron con sus piadosas palabras.

MARIANA Pues ésta es una de ellas.

SOR GENO. ¡Y es aquí donde usted vuelve a encontrarla!

MARIANA Habrá podido ser presa de la desgracia; pero estoy bien convencida de que el vicio no cabe en ella.

SOR GENO. (A Enriqueta.) Vamos, hija mía; tenga usted valor.

MARIANA Míreme usted, señorita, y reconózcame usted. Recuerda usted la noche aquella en que una pobre mujer iba a quitarse la vida?

ENRIQUETA ¿Usted?... ¡Era usted, sí... sí me acuerdo!... La reconozco a usted perfectamente. (Con desesperación.) ¡Ah!... entonces éramos dos, ya lo vió usted... ¡mi pobre hermana!...

MARIANA Estaba yo diciendo a nuestra buena madre, que un ángel puro como usted, porque estoy segura de que usted es un ángel no puede haber incurrido en falta alguna...

ENRIQUETA ¡Soy inocente, señora... lo juro y tomo a Dios por testigo!

SOR GENO. No jure usted, hija mía; la creo a usted, no es usted culpable de mentira, de ese vergonzoso pecado que ofende al cielo y degrada a la criatura.

ENRIQUETA No, no...

SOR GENO. Pues entonces, ¿por qué motivo, y por orden de quién ha sido usted conducida a este asilo?

PATRICIO (Adelantándose.) Por orden del señor conde de Liniers, señora.

SOR GENO. ¿Quién es usted, caballero, y como ha entrado usted en esta casa?

PATRICIO (Con importancia.) Soy primer ayuda de cámara de S. E. el intendente de Policía.

SOR GENO. Y es por orden de S. E. que esta joven...

PATRICIO ¡Ah! Señora, las elevadas posiciones imponen a veces crueles necesidades. Cuando un noble comete la locura de enamorarse perdidamente de una muchacha... muy linda por cierto y muy honrada... según creo... es preciso salvar el honor de una ilustre casa... y se hace desaparecer el objeto de... de... tan culpable amor.

ENRIQUETA ¿Pero en la misma presencia de usted no rehusé la mano del caballero de Vaudrey?

SOR GENO. ¡Usted ha obrado así! ¿Es cierto, caballero?

PATRICIO Es verdad. Esto no puedo negarlo. Es verdad.

SOR GENO. ¡Ah! ¡Pobre niña!... ¿Y se la arroja aquí como si fuese usted una culpable?

MARIANA ¿No se lo dije a usted, madre mía?

PATRICIO Pero este... bello sacrificio, no basta, y usted misma podrá comprenderlo, señorita, si la señora Superiora me permite transmitir a usted la voluntad de S. E.

SOR GENO. Dejamos a usted en libertad, caballero. (A Enriqueta.) Animo, hija mía.

MARIANA ¡Valor!

ESCENA V

ENRIQUETA y PATRICIO

ENRIQUETA Ya estamos solos. ¿Qué tiene usted que decirme? ¿Qué nueva desgracia viene usted a anunciarme? Usted, que yo creí fiel a su señor, y a quien sin duda... está usted haciendo traición.

PATRICIO Vamos, vamos, no se impaciente usted, señorita. ¡Y bien! si, estoy al servicio de un cumplido caballero que me paga con largueza y a quien verdaderamente robo el salario que me da. Pone en mí su confianza, y yo abuso de ella de un modo infame. Todo eso es muy cierto, señorita. Unicamente que la persona que me paga... y a quien engaño, es el jefe superior de policía.

ENRIQUETA ¿Será verdad?

PATRICIO Y a quien amo y a quien sirvo, y por quien me arrojaría desde la torre más alta de Nuestra Señora, es a mi señor, o mejor dicho, no es a él a quien respeto, a quien admiro y a quien quisiera salvar... sino a la señorita.

ENRIQUETA ¿A mí?

PATRICIO Sí; a usted que ha destruído todas mis ideas rancias, todos mis viejos principios políticos, todos mis... etc... etc...

ENRIQUETA ¿Y Eduardo?

PATRICIO Sigue empeñado en desobedecer a su tío... el amo que paga; y desde ayer está...

ENRIQUETA ¡Acabe usted!

PATRICIO ¡Está en la Bastilla!

ENRIQUETA ¡Preso también! ¡Pobre Eduardo!

PATRICIO Pero en el momento de su arresto pude re-

cibir sus instrucciones. Me hizo jurar que llegaría hasta usted para asegurarla que sufrirá toda suerte de persecuciones, antes que renunciar al amor de usted; y que si llegase el caso de ser usted destinada a la Guyena...

ENRIQUETA ¿Yo?... ¡a la Guyena! ¡Pero esto sería un destierro eterno! ¡Esto sería mi muerte!

PATRICIO Aguarde usted: aguarde usted. Nosotros sabremos anticipadamente esa decisión, mi falso amo, el que me paga, me la confiaría, y yo aviso inmediatamente a mi verdadero amo, el que no paga. Este finge ceder a la voluntad de su tío, y una vez fuera de la Bastilla, sale a uña de caballo, seguido de su servidor. Alcanzamos el convoy que conduce a usted; con el oro que llevaremos de mi verdadero señor; si son incorruptibles... es decir, si no tenemos bastante dinero para comprarles, ¡qué importa! Nos embarcamos con usted, y compartimos el destierro... ¡porque, señorita, nosotros, los verdaderos caballeros, obramos así!

ENRIQUETA ¡Usted me tranquiliza! ¡Pero ella!... Mi Luisa... ¿Quién la buscará?... ¿Quién la protegerá?...

PATRICIO ¿Y yo?... ¿Qué?... ¿No soy nadie? ¿Cree usted que estaré cruzado de brazos? ¿No pertenezco acaso a la Policía? ¡Vamos, cálmese usted y no se apesadumbre antes de tiempo! Por vida de San Cucufate que yo he de salir con bien del plan que me he formado. Luego que me corten la cabeza si quieren; aquí la tienen a su disposición.

(Aparecen en la puerta Agentes de Policía.)

ENRIQUETA (Asustada.) ¡Cielos! Mire usted.

PATRICIO ¡Ah! ¡Voto a tal!... ¿Acaso vendrán ya por mi cabeza?

ESCENA VI

Los mismos, UN INSPECTOR, AGENTES, EL DOCTOR, SOR GENOVEVA y MARIANA

(Se abre la verja, y el Inspector forma a sus agentes en el patio del fondo.)

SOR GENO (Salen de la enfermería.) ¡Ah! ¡Doctor! Aun quieren quitarme más desgraciadas.

DOCTOR Sin duda mandan las más culpables a la Guyena.

SOR GENO. ¡Las más dignas de compasión!

INSPECTOR (Adelantándose.) Hermana, he aquí la orden de que soy portador, y la lista de las presas destinadas a partir esta tarde. Voy, si usted me lo permite, a extender el acta de salida, y luego comprobaremos los nombres con su libro-registro.

SOR GENO. Puede usted pasar. Soy con usted al momento. (El Inspector saluda y sale.) ¡Esta lista!... ¡Oh!... (Lee y da un grito mirando a Enriqueta.)

ENRIQUETA (Con espanto.) ¿Por qué me mira usted así, señora? Respóndame usted por caridad.

SOR GENO. ¡Ah! ¡pobre hija mía!

ENRIQUETA ¡Luego estoy condenada! ¡Luego estoy irremisiblemente perdida!...

PATRICIO Señora, será verdad que...

SOR GENO. (Con voz apagada y señalando el nombre.) Enriqueta Gerard.

ENRIQUETA ¡Ah! (Cae en brazos de Mariana y del Doctor que la colocan en un banco.)

SOR GENO. ¡Pobre hija mía!

PATRICIO ¡Ah! ¡El tunante de mi amo ha desconfiado de mí!... ¡Por San Cucufate que me las pagará! (Vase precipitadamente. Sor Genoveva ha entrado también en los dormitorios.)

ESCENA VII

Los mismos, menos SOR GENOVEVA y PATRICIO

ENRIQUETA (A Mariana que la toma la mano.) ¡Ay! ¡Comprendo ahora que haya momentos en la vida en que la muerte sea la única esperanza!

MARIANA No hable usted así; recuerde usted las palabras que me dijo en cierta ocasión.

DOCTOR ¡Si tiene usted familia piense usted en ella!

ENRIQUETA ¡Oh, Doctor! ¡No es por mí por quien me espanta el destierro! No es mi propio infortunio el que me desespera.

MARIANA Tiene una hermana de quien era el único apoyo... ¡una pobre ciega!

ENRIQUETA Iba a recobrarla cuando me detuvieron. Sí; oí su voz; la reconocí; la vi, señor, la vi. La pobrecilla cantaba pidiendo una limosna por amor de Dios, con la rubia cabellera, flotando sobre sus espaldas, cubierta de harapos, abatida por la fatiga y extenuada por el hambre que la martiriza sin duda, que la mata!... (El Doctor se suena para ocultar su emoción.) Aquellos hombres me impidieron correr hacia ella y ya no sé donde estará. La he vuelto a perder y esta vez para siempre. (Llora.)

DOCTOR Aguarde usted, hija mía. La que usted llora, creo haberla encontrado.

ENRIQUETA ¡Usted, caballero!

DOCTOR (Recordando.) Sí, sí... hermosos cabellos rubios, unos grandes ojos... ¿no es cierto?

ENRIQUETA (Levantando la cabeza.) ¡Oh! ¡sí! ¡sí!

DOCTOR Y aquella vieja la llamaba... la llamaba... (Enriqueta sigue con ausia mortal el recuerdo del Doctor.) Luisa.

ENRIQUETA ¡Ella es!... ¡Ah! ¿También la ha visto usted?

DOCTOR Y hasta conozco a la mujer que la condu-

cía. Ha venido veinte veces a mi hospital. La llaman de apodo la Zurda.

MARIANA ¡La madre de Jaime!... Y bien; sabemos donde vive la hermana de usted. La Zurda habita una choza de la calle de los Espinos, en la ribera del río.

ENRIQUETA ¡Allí vive! Pues entonces ya la hemos encontrado y muy pronto podré... (Vase corriendo hacia el fondo, pero al ver los Agentes y Gendarmes recuerda su situación y lanza un grito.) ¡Ah! ¡Pero si voy a partir! ¡Si no soy más que una pobre desterrada!

MARIANA Y bien... ¡No, señorita, no! Usted no debe partir; usted no partirá!

DOCTOR ¿Qué está diciendo?

ENRIQUETA (Con desesperación.) ¿Que no partiré, dice usted? ¿Ve usted aquel carruaje? ¡En él se me llevarán! (Sollozando.) ¡Oh, Luisa mía! Tu pobre hermana no te verá ya más.

MARIANA (Con arranque salido del alma.) ¡Repito a usted que no partirá!

ENRIQUETA ¡Pero si eso no es posible!

MARIANA ¡Silencio!

DOCTOR ¡No, no, es imposible!

MARIANA Doctor, apiádese usted de ella y ayúdeme usted.

DOCTOR Pero... cómo...

ESCENA VIII

Dichos, EL INSPECTOR

INSPECTOR Falta una presa. Enriqueta Gerard.

MARIANA (Adelantándose.) Soy yo, señor...

ENRIQUETA ¡Ah!

DOCTOR (Cogiéndola por el brazo.) ¡Silencio.

MARIANA (Al Inspector.) Permítame usted, caballero, que la dé el último adiós...

ENRIQUETA (Bajo. Lucha entre besos y abrazos, y en voz concentrada por ambas actrices. El Doctor no sabe lo que le pasa.) No... no quiero... No quiero consentir...

MARIANA Si no es a usted a quien salvo... es a mí...

ENRIQUETA ¿A usted?

MARIANA Si me quedo... volveré a ver a Jaime, y esta vez estaría perdida sin remedio. Usted, por el contrario, volverá a ver a su hermana, y ambas quedarán libres.

ENRIQUETA ¡Luisa!

MARIANA Tome usted eso. (Le da el perdón que el Doctor le habrá dado. Enriqueta vacila y mira al Doctor.)

DOCTOR Tómela usted. Es la orden de salida.

MARIANA (Para decidirla.) ¡La salvación de usted! ¡La libertad de la pobre ciega! (Enriqueta toma el papel y vuelve a abrazar a Mariana llorando.)

ESCENA IX

Los mismos, SOR GENOVEVA, Detenidas y Hermanas de la Caridad.

DOCTOR (Viéndola entrar.) ¡Sor Genoveva! ¡Todo se ha perdido!

INSPECTOR Señora, sírvase usted identificar esa lista, y afirmar que son las que constan en ella condenadas a destierro.

MARIANA ¡Oh!

DOCTOR ¡No hay remedio!

ENRIQUETA ¡El cielo no lo ha querido!

SOR GENO. Estoy pronta, caballero.

INSPECTOR «Francisca Morand.» (Leyendo y adelantándose a cada nombre una detenida.)

SOR GENO. Sí. (Suspirando.)

INSPECTOR «Juana Conscians.»

SOR GENO. Sí.

INSPECTOR «Andrea Benot.»

SOR GENO. Sí.

INSPECTOR (Mirando a Mariana.) «Enriqueta Gerard.»

MARIANA (Temblando.) Aquí estoy, madre.

SOR GENO. ¡Usted! (El Doctor se dirige hacia ella y le señala a Enriqueta con ademán suplicante, Sor Genoveva cuyas miradas van de una a otra parte, parece violentamente agitada.)

MARIANA ¡ Madre mía ! ¡ Madre mía ! Tenga usted piedad de mí ! (Arrodillada a sus pies.) ¡ Bendígame usted, madre mía, porque esta partida purifica a una culpable !... Y salva a una inocente. (Pausa.)

INSPECTOR ¿ Y bien, hermana ?

SOR GENO. (Extendiendo la mano sobre la cabeza de Mariana y con voz firme mirando al cielo.) ¡ Sí !

MARIANA, ENRIQUETA, DOCTOR. ¡ Ah ! (Sor Genoveva levanta á Mariana y le abre sus brazos llorando. Mariana se deja caer en ellos. Luego se separa y va a Enriqueta a abrazarla y besarla. Enriqueta no la deja marchar, pero Sor Genoveva y el Doctor la apartan de Enriqueta. Cuando Mariana pasa la reja seguida de las demás desterradas, Sor Genoveva dice al Doctor llorando) :

SOR GENO. ¡ Ah ! ¡ Doctor ! Mi primera mentira. (Enriqueta cae de rodillas mirando a la reja. Se oye partir el coche.)

DOCTOR ¡ Dios se la tendrá a usted en cuenta, como una obra de caridad !... (Sécase una lágrima.)

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

CAIN Y ABEL

La casa de la Frochard. Habitación de miserable aspecto. En el fondo en uno de los ángulos, la cama de la Zurda oculta en parte por un viejo pañolón tendido en una cuerda. Una puerta que dá al exterior. A la derecha una ventana y unos cinco escalones que conducen a un desván, cuya puerta se halla enreabierta. A la izquierda en un rincón, una arca vieja. Junto a la pared un poco de paja extendida por el suelo y un cobertor hecho de retazos. Una mesita de madera, un sillón desvencijado, un fogón, una marmita, la muela y demás útiles del afilador, dos taburetes.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y LUISA

(Luisa tendida sobre la paja. Pedro sentado en un taburete junto a ella velando su sueño.)

PEDRO

¡Tan joven, tan delicada, tan hermosa y reducida a este miserable estado por la codicia de mi madre y la vileza de Jaime! Y cuando vuelve de su rudo trabajo, he aquí lo que encuentra; un poco de paja en un rincón, donde reponer sus abatidas fuerzas. Y gracias que no se la encierre noche y día en el fondo de ese desván en el que parece se respira el aire de la muerte. ¡Y yo veo todo esto y no puedo hacer nada, nada

para impedirlo!... (Se aproxima a Luisa.) Parece que está temblando... Cuán agitada es su respiración... sufre sin duda...

LUISA (Incorporándose.) ¿Quién anda ahí?

PEDRO Soy yo, señorita; Pedro.

LUISA Entonces podré descansar todavía un momento.

PEDRO Duerma usted tranquila, no me moveré de aquí: yo velaré su sueño.

LUISA ¡Estoy tan cansada!... ¡Gracias, Pedro, gracias!

PEDRO (Después de contemplarla cortos momentos.) ¡El sueño es tan bueno cuando se es desgraciado! Parece que está más tranquila. ¡Quizá sueña con los tiempos en que amaba y era amada! (Se separa de Luisa.) «Te prohibo que pienses en ella», me dijo Jaime, y cuando así hablaba yo no sé lo que había en su voz y en sus miradas, que me hacían temblar, no por mí, si no por ella. Si pudiese decidirla a que huyera de aquí, pensé un día que la habían encerrado... y a ese fin, rompí la cerradura del desván...; pero la idea de que no la volvería a ver..., de que la perdía para siempre, me hizo tanto daño como verla sufrir. (Con fuerza.) ¡No, no, imposible! Prefero que lllore..., prefiero que sufra con tal de que permanezca aquí.

ESCENA II

Los mismos, LA ZURDA, luego JAIME

ZURDA ¿Ya estás de vuelta? ¿Nada tienes que hacer fuera de aquí?

PEDRO (Señalando su rueda.) He traído la muela para estar al abrigo del frío.

ZURDA Y para estar más cerca de esta dormilona: ¿no es verdad? ¡Ya sabes que tengo buen ojo, señor holgazán!

PEDRO ¿Por qué no dice usted eso a Jaime?

ZURDA Jaime es el mayor, es el amo y hace lo que le da la gana.

PEDRO ¿Y en dónde está hoy?

ZURDA Trabaja.

PEDRO ¡Sí... trabajar... él!...

ZURDA En casa del zurrador de enfrente. ¡Dos veces ha trabajado en una semana! ¡Pobrecito hijo mío!

PEDRO ¿No trabajo yo todos los días?

ZURDA ¿Y sirves acaso para otra cosa, paticojo? (Con desprecio.)

JAIME (Entrando.) He trabajado un cuarto de jornal; ya tengo bastante; al diablo el trabajo.

ZURDA Bien dicho, amor mío.

JAIME ¡Ola, Cupidito! Necesito que afiles mis herramientas... anda a buscarlas ahí en frente.

PEDRO En seguida iré.

JAIME (Mirando a Luisa.) ¿Y esa? ¿No canta hoy? ¡Toma! Pues no está durmiendo y llorando a la vez.

PEDRO (Haciendo un movimiento hacia Luisa.) ¿Llorando?

JAIME (Deteniéndole.) Y bien; ¿y a ti que te importa eso?

ZURDA ¡Es una hipócrita... una melindrosa! Esta mañana era preciso empujarla para que anduviera... y en punto a cantar... que si quieres.

JAIME (Sentándose y encendiendo la pipa.) Ya haré yo que cante, el día que me dé la gana.

PEDRO ¿Queréis matarla?

JAIME ¿Qué?

PEDRO La pobre está enferma: no ha mucho la hacía tiritar la fiebre.

ZURDA ¡Pamemas por no trabajar!

JAIME Y bien, ¿qué es lo que tiene? ¿Qué le pasa?

ZURDA Manías... ¡Qué se yo!

PEDRO (Acercándose a ellos y con voz acusadora.) Yo os diré lo que tiene. Recordáis cuando concluyó de cantar, la otra noche, mientras estaba nevando... y que de improviso empezó a gritar... ¡Enriqueta, hermana mía!...

- ZURDA Cuando yo se lo había prohibido.
PEDRO Entonces para que callara le retorcasteis el brazo hasta casi rompérselo.
ZURDA Era preciso hacerla obedecer...
PEDRO Pues desde aquel día la consume la tristeza, y os digo que acabaréis por matarla.
ZURDA Yo no doy de comer a los holgazanes; quiero que trabaje o si no...
JAIME Si no... yo me encargaré de eso.
PEDRO Tú... ¿y qué harás?
JAIME Esto queda de mi cuenta.
ZURDA (A Luisa.) Vamos, arriba, señorita, arriba... arréglese usted para salir... al momento... alísele el cabello. (Quitándole el pañolito de cuello.) y quítese esa pañoleta que la abriga demasiado. (Poniéndose el pañuelo que quita a Luisa.)
PEDRO (¡ Miserables !)
LUISA (Con indiferencia.) No quiero salir más, señora.
ZURDA (A Jaime.) ¿La estás oyendo?... ¡No quiero salir más!...
JAIME Está muy bien. Vamos a ver.
PEDRO (Bajo a Luisa.) ¡Prudencia!
JAIME (Tomándole la mano.) Venga usted acá, hermosa.
LUISA (Rechazándole bruscamente.) Prohibo a usted que me toque.
JAIME (Con ironía.) ¿Cómo? ¿Ya no somos amigos?
LUISA ¡Amigos... vosotros!... ¡Verdugos!
ZURDA Y sin embargo, muy dichosa puedes considerarte de habernos encontrado la noche en que te hallabas sola y abandonada por esas calles.
LUISA Sí: aquella noche, le estaba a usted muy reconocida y la bendecía desde el fondo de mi corazón; mas cuando comprendí que no me tendía usted la mano por piedad, sino para satisfacer su codicia; cuando he visto que ha hecho usted de mí una miserable mendiga; que me tortura, que me maltrata, a fin de impedirme que llame a la que usted había prometido ayudarme a bus-

car... mi alma se ha sublevado; y ahora, apesar de mi debilidad y de mi abatimiento!... mi voluntad será más fuerte que sus amenazas y tormentos... (Irguiéndose.) y vuelvo a repetirlo, no mendigaré, no cantaré, no, no; y mil veces no:

PEDRO (Con ternura.) ¡Luisa!

JAIME (Con admiración.) ¡Es soberbia como ella sola!

ZURDA ¿Y quién te dará de comer, cariño mío?

(Con retintín.)

LUISA Estoy resuelta a dejarme morir de hambre.

PEDRO (Bajo a la Zurda.) ¿Lo oye usted? Se dejará morir de hambre.

ZURDA ¡Bravatas! ¡Ya acabará por pedir perdón!

LUISA ¡Eso nunca!

ZURDA Ya lo veremos: entre tanto te llevaremos al desván.

LUISA (Con entereza.) Está muy bien: ¡de allí no saldré si no libre... o muerta!

PEDRO (Con dolor.) ¡Muerta!

JAIME (Entusiasmado.) ¡Rayos y truenos!... ¡Es toda una mujer! (La coge con violencia y la abraza.) ¡Toma... por valiente!

LUISA ¡Ah! (Dando un grito y escapando de sus brazos.)

PEDRO ¡Jaime! (Ciego de rabia.)

JAIME (Primero sorprendido, luego se rehace y dice:) ¿Qué quieres Cupidito? ¿Te disgusta que la abraze? ¡Pues defiéndela!

PEDRO (Mirándole con cólera.) ¡Yo!... que yo... la... (Al conocer que le falta fuerza material se coge la cabeza con ambas manos.) ¡Miserable de mí! (Cae llorando.)

ZURDA (A Luisa.) ¡Vamos... arriba, poltrona!

JAIME Sí... eso es... (Reflexionando.) Vaya usted, madre, condúzcala usted. (Hace señas a la Zurda que se aproxima.)

PEDRO (¡Oh, sí!... Prefiero perderla para siempre.)

JAIME Escuche usted, madre.

PEDRO (Bajo a Luisa.) (Hoy mismo será usted libre. He roto la cerradura del desván y luego podrá usted huir.)

JAIME (A la Zurda.) Enciérrela usted bien.
PEDRO (A Luisa.) (Oculta en la paja, encontrará usted una llave.)
JAIME Tengo razones para desconfiar de él.
ZURDA ¡Bien... bien... entendidos! (A Luisa.) Vámonos andando. (Hace subir a Luisa, que entra en el desván.)

ESCENA III

Los mismos, menos LUISA

ZURDA No comerás nada hasta pasado mañana. No hay como una dieta de dos días para hacer entrar a la gente en razón.
JAIME Yo tengo otro medio mejor.
PEDRO ¡Tú!
ZURDA ¿Cuál es?
JAIME Casarme con ella; y cuando sea mi mujer... ya me obedecerá.
PEDRO ¡Tú, su marido!
JAIME ¡Me he propuesto que jamás sea de otro, y mi voluntad se cumplirá, pese a quien pese!
ZURDA A la verdad... si la chiquilla cantase todos los días... no sería mal negocio... Y una vez mujer de Jaime nada tendríamos que temer.
PEDRO Pero para que sea tu mujer será preciso que ella consienta.
JAIME ¡Consentirá!
PEDRO ¿Y si rehusa?
JAIME La obligaré. (Riendo satánicamente.)
PEDRO ¿Cómo? (Provocándole.)
JAIME ¿Cómo? ¡Hase visto criatura más estúpida! Vamos, sígueme.. sígueme, Ganimedes. ¿Te gusta ese nombre? Anda...
PEDRO Tengo que hacer aquí.
JAIME Te he dicho que quiero que afiles mis herramientas de trabajo; y luego tengo mis

razones para llevarle conmigo... Conque...
andando, hijito, andando.

Obedece cuando él te manda.

ZURDA

JAIME

Vamos, Cupido. ¿Qué esperas?

PEDRO

¿De qué me sirve haber nacido hombre...
si soy débil como una mujer! (Vanse los dos.

La Zurda cierra la puerta.)

ESCENA IV

ZURDA

ZURDA

¿Y qué hombre es mi Jaime! El otro...
bien se conoce que no lleva la misma san-
gre. (Saca una botella de aguardiente que tiene escon-
dida bajo el jergón.) ¡Qué rico está!... ¡ah! (Pa-
ladeando.) Sólo al mismo diablo se le hubie-
ra ocurrido semejante cosa... Verdad es
que el médico dijo que la curaría... Sí;
¡pero en volviendo la vista adiós mi dine-
ro! (Llaman.) ¿Quién puede ser? (Vuelven a
llamar.) ¡Voy! (Esconde la botella y entreabre la
puerta.)

ESCENA V

LA ZURDA y ENRIQUETA

ZURDA

¿Qué se le ofrece a usted?

ENRIQUETA

(Desde fuera.) ¿La señora Frochard?

ZURDA

¿Qué la quiere usted?

ENRIQUETA

Es absolutamente necesario que la hable.

ZURDA

(Sorprendida.) ¡Ah!... ¿Viene usted sola?

ENRIQUETA

Sí... sola. (Después de mirar hacia fuera.)

ZURDA

Pues entonces... entre usted. (La Zurda des-
pués de haber entrado Enriqueta, mira de nuevo si vie-
ne alguien con ella: luego cierra la puerta. Enriqueta
mira asustada a su alrededor.)

ENRIQUETA

¿Y es aquí donde ella vive? (La Zurda se
aproxima, Enriqueta se vuelve hacia ella y se encuen-

- tran sus miradas.) La mirada de esta mujer me hace daño.
- ZURDA Hable usted. ¿Qué es lo que tiene usted que decir a la señora Frochard?...
- ENRIQUETA (¡ Como late mi corazón !)
- ZURDA Parece está usted tranquila... mira usted a todas partes como si buscase algo.
- ENRIQUETA Efectivamente... busco a la persona que habita aquí con usted.
- ZURDA (Con recelo.) ¿Qué persona?
- ENRIQUETA Una joven.
- ZURDA Una... (Encogiéndose de hombros.) (¿Será, acaso, la hermana?) No conozco a esa joven que usted dice.
- ENRIQUETA ¿Que no la conoce usted?
- ZURDA No.
- ENRIQUETA Y sin embargo me han dado bien las señas. Una casa aislada, ya en el campo, cerca de la ribera.
- ZURDA Hay otras muchas casas como esta.
- ENRIQUETA Quizás... me haya equivocado.
- ZURDA Es muy fácil. Busque usted más lejos, señorita... (Mañana abandono esta casa.)
- ENRIQUETA Pero... ¿no llaman a usted la señora Frochard?
- ZURDA Eufemia Frochard: por apodo La Zurda.
- ENRIQUETA No pide usted limosna en compañía de una niña ciega, que canta por las calles...
- ZURDA Usted se equivoca. A qué he de pedir limosna si tengo dos hijos que trabajan... uno de ellos afilador... Mire usted... allí está la muela...
- ENRIQUETA (Dudando.) ¡ Ah !... Pero... entonces...
- ZURDA El otro está ahí enfrente. (¡ Si pudiera llamarle !...)
- ENRIQUETA Y sin embargo, recuerdo muy bien que el Doctor... (Dando un grito.) ¡ Ah !
- ZURDA (Asustada.) ¿Qué tiene usted?
- ENRIQUETA (Tomando un chal de una silla.) ¡ Este chal le conozco ! Es suyo... le digo a usted que es suyo

ZURDA (Queriendo cogerlo.) No, señora, no, señora... es mío.

ENRIQUETA Y esa pañoleta que lleva usted...

ZURDA (Turbada.) ¡Eh!... que...

ENRIQUETA La bordé yo misma para ella... (Le arranca la pañoleta.) ¡Desgraciada! ¡Usted miente! ¡Usted miente!

ZURDA (¡Maldita visita!) Y bien, sí; es cierto; pero la he visto a usted tan trémula, que no me he atrevido a decir a usted toda la verdad.

ENRIQUETA Hable usted, vamos. Hable usted.

ZURDA La joven que usted busca, yo la hallé y la recogí una noche que vagaba perdida por las calles de París.

ENRIQUETA Continúe usted, por favor.

ZURDA En vista de que yo no podía mantenerla, cantaba como un ruiseñor para ganar su pan.

ENRIQUETA Y luego... ¿qué más?

ZURDA Después... ¡Ah! señorita... la pobre niña no estaba acostumbrada a tan ruda fatiga, y después de tres meses de llanto y desesperación...

ENRIQUETA Acabe usted...

ZURDA Ha dos días... que el pobre ruiseñor no canta.

ENRIQUETA ¡Ha muerto!...

ZURDA (¡Lo que es yo no lo he dicho!)

ENRIQUETA ¡Muerta!... ¡Muerta... mi... mi... Luisa... mi hermana... ella! ¡Ah!... (Cae desvanecida sobre la paja.)

ZURDA ¡Desmayada!... Yo no he dicho más que la mitad... Ella es la que se ha figurado el resto. ¿Qué haré? Si habla y nos denuncia... Si Jaime estuviese en casa... Si le llamase... Pero y si ésta vuelve en sí... ¡Bah! De todos modos no verá a la otra. Cierro con llave. (Cierra el desván y quita la llave.) Una dentro y la otra fuera... Nada hay que temer. Voy por Jaime. (Sale. Apenas ha salido

empujan con suavidad la puerta del desván. Luego con más fuerza hasta que salta la cerradura hecha pedazos. Se abre la puerta y sale Luisa.)

ESCENA VI

ENRIQUETA y LUISA

LUISA

No oigo a nadie. Pedro ha dicho verdad estaba rota la cerraja. Voy a seguir su consejo, huiré de aquí, suplicaré al primer transeunte, que me conduzca por caridad al hospital de San Luis, a casa del bondadoso doctor... ¿Dónde está la puerta? (Pasa junto a Enriqueta desmayada y llega a la puerta.) ¡Ah! (Busca la llave.) ¡Cerrada! ¡Está cerrada!... ¡Oh! Ahora recuerdo me dijo Pedro que había una llave entre la paja... (Se acerca, busca y encuentra la llave.) ¡Sí... Sí... aquí está!... huyamos, huyamos pronto... (Vuelve hacia la puerta y tropieza con Enriqueta desmayada, se detiene asustada, se agacha y tiende la mano.) Una mujer... en el suelo... (Encuentra la mano de Enriqueta.) ¡Su mano está fría! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Habrán cometido un crimen! Sin duda, y luego han huído! (Se arrodilla, toca la cabeza de Enriqueta y le pone la mano en el corazón.) ¡Está muerta! ¡Dios mío! No... no... todavía late su corazón... ¡No está más que desmayada! ¡Señora!... ¡señora!... Hable usted. No me oye... ¿Qué haré? No puedo abandonarla de esta suerte. (Aparecen la Zurda y Jaime que durante este acto lleva delantal de zurrador.)

ESCENA VII

Las mismas, LA ZURDA, JAIME, luego PEDRO

ZURDA

¡Juntas!

JAIME

Es preciso separarlas al momento.

ZURDA

(A Luisa.) ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has salido del desván?

LUISA

(Temblando.) Yo... señora... yo...

JAIME

(Bajo.) Despachemos, la otra vuelve en sí.

ZURDA ¡A tu encierro!... ¡Al momento!... (A Luisa.)

LUISA ¿Y esta mujer que está aquí desmayada?

PEDRO (Se presenta.) ¿Una mujer?

ZURDA (Empujándola hacia la escalera.) Esas no son cuentas tuyas... ¡andandito! (La conduce a la escalera.) Vaya, adentro. (La hace subir y abre la puerta para que entre Luisa. En el momento en que ésta va a desaparecer, Enriqueta que ha vuelto en sí, abre los ojos, la ve y da un grito.)

ENRIQUETA ¡Ah! (Jaime la tapa la boca con la mano, ella procura rechazarle, Luisa se detiene.)

LUISA ¡Ese grito!

ENRIQUETA (Forcejeando con Jaime.) ¡Luisa!... ¡Luisa!

LUISA (Rechazando a La Zurda.) ¡Enriqueta!... (Baja la escalera y encuentra a Enriqueta que a pesar de Jaime se ha dirigido a ella y la abraza ¡Ah! ¡M: Enriqueta! Eres tú. (Enriqueta la cubre de besos sin poder hablar.) ¡Hermana mía! ¡Hermana mía!

PEDRO (Con alegría.) ¡Su hermana! ¡Ya no estará sola en el mundo!

ENRIQUETA (Mirándolos.) ¡Son ustedes unos miserables!... ¡Pobre Luisa mía!... En qué estado te encuentras... Sí; unos miserables a quien haré castigar. Vámonos, Luisa. (Cogiendo a Luisa).

JAIME (Furioso y cerrándoles el paso.) ¡Eh! De aquí no se sale.

ENRIQUETA ¡Cómo! ¿Pretende usted detenernos?

JAIME ¡Pues ya lo creo que pretendo!

ZURDA ¿No se propone usted delatarnos?

JAIME Es mía, y nadie la arrancará de mi lado.

ENRIQUETA Gritaré... pediré socorro...

JAIME (Fuera de sí.) Inténtelo usted; pero le advierto que está en mi casa y que somos de una familia... que mata... (Enriqueta retrocede un paso.)

PEDRO ¡Detenerlas a la fuerza!

JAIME Nadie la sacará de aquí. (Cogiendo a Luisa.) ¡Es mía!... La quiero.

LUISA (Dando un grito.) ¡Dios de misericordia!

PEDRO (Lanzándose contra Jaime, arranca a Luisa de sus brazos.) ¡Nunca... nunca! ¡Esta es ya dema-

siada infamia! (Las dos hermanas, vuelven a abrazarse.)

JAIME ¿Y te atreves... tú... a levantar la voz?...

PEDRO ¡Y bien, sí; me atrevo!

JAIME ¡Contra mí!

PEDRO Y contra todo aquel que la maltrate. Bas-
tante he temblado ya ante tu presencia.

JAIME ¡Pedro!

PEDRO ¡Ya no me causas miedo! ¡Ah! te veía
grande y robusto, y te creía valiente y de-
cidido; pero has cometido la bajeza de
amenazar a dos mujeres, y veo claramente
que no eres más que un vil cobarde! ¡Atré-
vete con ellas, atrévete conmigo! Vale más
mi valor, que toda tu fuerza.

LUISA Bien, Pedro.

PEDRO Señorita. Cuente usted conmigo.

JAIME (Dirigiéndose a Pedro.) Pues sea; ya que tú lo
quieres, nos entenderemos los dos.

PEDRO (Mirándole frío y fijamente.) Quiero que las dejes
marchar.

JAIME ¡De veras!... (Riéndose.)

PEDRO Quiero impedir a toda costa que cometas
el crimen que meditas; que estoy leyendo
en tus ojos.

-ZURDA ¡Pedro! (Temiendo por su hijo.)

JAIME ¿Y qué harás si yo me opongo a que sal-
gan?

PEDRO ¿Qué haré? Somos de una familia que ma-
ta; tú acabas de decirlo. Pues bien, acérca-
te si te atreves, a cualquiera de las dos. Se-
ñoritas, el paso está libre, salgan ustedes.

JAIME (Van a salir.) ¿Cómo? ¿Y te atreverías, co-
barde?

PEDRO ¿Conoces el secreto de mi alma y preguntas
si me atreveré? Salgan ustedes...

JAIME ¡Ay de ellas si dan un solo paso!... (Las dos
jóvenes se detienen cerca de la puerta.)

PEDRO Nada tienen ustedes que temer...

LUISA Adiós, Pedro. Dios premiará tan buena ac-
ción.

ENRIQUETA ¡Huyamos! (La Zurda habrá ido a cerrar la puer-

ta y quiere impedirles el paso, pero Pedro la quita de un empujón y salen Luisa y Enriqueta.

JAIME ¡Y se van! ¡Huyen!

PEDRO (Pedro cierra el paso tras de la puerta.) No pasarás: ¡yo te lo prohibo!

JAIME Pasaré cuando quiera.

PEDRO (Sujetando la puerta de espaldas al público.) ¿Cómo?

JAIME (Hiriéndole por la espalda.) Así.

ZURDA Jaime... Pedro... Miserables... (Horrorizada y mesándose los cabellos con desesperación salvaje.)

JAIME Paso... paso, digo...

PEDRO No... no... y mil veces no...

JAIME ¡Pues concluyamos! (Jaime se precipita de nuevo sobre Pedro ciego de ira; éste que al sentirse herido ha sacado también un cuchillo, se lo presenta al pecho a Jaime y éste se hiere cayendo de espaldas.)

JAIME ¡Ah!... ¡Muerto soy!

ZURDA ¡Jaime!... ¡Jaime mío!... ¡Pedro! ¡Pedro!... (Yendo del uno al otro como una fiera herida de muerte.)

PEDRO (Tambaleándose y cayendo poco a poco.) Yo... muero pero ella... se ha... salvado? (Muere.)

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



ACTO OCTAVO

LAGRIMAS BENDITAS

Salón en casa del conde de Liniers

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, EDUARDO, UN LACAYO

- LACAYO El caballero Eduardo de Vaudrey.
- CONDE (Al lacayo.) Haz que pregunten a la señora Condesa, si quiere recibir a su sobrino.
- EDUARDO Agradezco, señor Conde, que haya usted adivinado mi pensamiento. Al entrar en esta casa no tenía más que un deseo; volver a ver a una persona que amo, como amaba a mi madre, abrazarla y partir.
- CONDE Igual deseo experimenta esa desgraciada desde hace tres días, pasados entre horribles sufrimientos.
- EDUARDO Me asustáis, señor. ¿Qué tiene, pues, la Condesa?
- CONDE Desde el instante en que la encontré en casa de la persona a la cual sacrificáis todos vuestros deberes y las más altas consideraciones, se declaró en su extraña enfermedad una nueva crisis, crisis terrible en la que dominaba la fiebre y el delirio. Palabras incoherentes brotan de sus labios, tan

extrañas, tan dolorosas, que hacen estallar en mí á la vez transportes de profunda piedad o accesos de violenta cólera, en términos, que presa de la más horrible duda, busco en su vida pasada una falta que redimir, o una desgracia que deplorar.

EDUARDO ¿Y podríais hablar de castigo cuando la estáis viendo morir?

CONDE Si no hubiéseis arrancado la fatal página de ese libro... (Señala el del acto tercero.)

EDUARDO Me reprocharíais hoy una acción culpable.

CONDE Mía hubiera sido la falta, yo habría cargado con su peso.

EDUARDO Y yo, cómplice de ella, habría participado de la vergüenza...

CONDE (Viendo salir a la Condesa.) La Condesa. Silencio.

ESCENA II

Dichos y CONDESA

CONDESA (Con paso lento.) ¡Eduardo! (Le tiende los brazos en los que él se precipita. Eduardo, después de un momento, la ayuda a sentar en un sillón.)

EDUARDO ¡Animo, señora!

CONDESA ¡Animo! ¡Ah! ¡si aún vivo!

CONDE Señora...

CONDESA Os agradezco, Conde, el que me la hayáis devuelto.

EDUARDO ¡Habéis sufrido mucho!

CONDESA Mucho... ¿Y tú también, mi pobre Eduardo?

EDUARDO No os ocuparéis de mí.

CONDESA No creas que te he olvidado. Cumplí mi promesa. (Eduardo hace un movimiento.) ¡Oh! puedo hablar delante del Conde. Me encontré en su casa.

EDUARDO ¡En casa de la pobre Enriqueta! ¿Y no os enterneció su acerbo dolor? (Al Conde.)

CONDE Dolores más agudos han herido profundamente mi alma, abatido mi espíritu y turbado mi razón. Cierto, condesa, vos esta-

báis allí cuando ordené el arresto de aquella joven, y agitada, temblosa, casi loca, sin conciencia de lo que decíais quisistéis precipitaros fuera de la habitación. ¿No es verdad, señora?

CONDESA

¡Sí, es verdad!

CONDE

Vuestros ojos estaban humedecidos por las lágrimas, vuestras palabras se ahogaban entre sollozos, y sin embargo, no era por aquella joven por quien llorábais. ¿No es verdad, señora?

CONDESA

¡Es verdad!

CONDE

¿Entonces, por quién eran vuestras lágrimas? Hablad. (Con mirada extraviada se levanta de pronto.)

CONDESA

¿Por quién?... (Eduardo le coge la mano, vuelve la cabeza disimuladamente indicando al Conde. Ella vuelve a sentarse y después de una pausa exclama.) ¡Ah! ¡mi pobre Eduardo! Cuán feliz sería si muriera.

CONDE

(Con sentimiento y dignidad.) Perdonadme, señora, he obrado mal interrogándoos. (La Condesa mira a Eduardo y mueve tristemente la cabeza.)

LACAYO

El señor Doctor.

CONDE

Que pase, que pase al momento.

ESCENA III

Los mismos y EL DOCTOR

DOCTOR

¿Cómo es eso? ¿Levantada sin permiso?

CONDESA

¡Qué importa, Doctor!

DOCTOR

Mucho, en tanto no ceda esa fiebre tenaz. Veamos. (Tomándola el pulso y sacudiendo tristemente la cabeza mirando al Conde.) Más frecuente todavía.

CONDESA

Doctor... me parece... que el aire libre... me haría... mucho bien.

DOCTOR

¡El aire libre!

CONDESA

Sí; quisiera salir.

DOCTOR

Salir.

CONDESA Quisiera emprender de nuevo mis acostumbradas correrías... subir a las guardillas... ver a mis enfermos... socorrer a los que el hambre y la miseria obligan a mendigar por las calles.

DOCTOR Señora Condesa: eso es imposible, puede usted mandar limosnas a esos desgraciados.

CONDESA No... no es eso, yo quiero verlos. Usted me repite siempre que tengo un peso aquí que me ahoga. (Con amarga sonrisa.) Que son lágrimas que no pueden salir... pues bien, la vista de esos desgraciados me hace llorar, y ya ve usted...

DOCTOR No es necesario que vaya usted en su busca; yo tengo seres infortunados que recomendar a usted, y sin ir muy lejos, hace tres días, en el patio de la Salpêtrière... (Rodean al Doctor, Eduardo y el Conde que se habían apartado prudentemente.)

CONDESA ¿De la Salpêtrière?...

DOCTOR Unas cuantas mujeres, iban a ser deportadas a Guyena. Entre esas pobres desterradas había una, cuya desesperación desgarraba el alma. La infeliz dejaba en París, abandonada a la bondad de Dios, a una pobre hermana, casi una niña, de quien en otro tiempo era el único apoyo y que hoy mendiga cantando por plazas y calles.

CONDESA ¡Oh! ¡Dios mío!

EDUARDO (Con emoción.) ¿De quién está hablando?

DOCTOR Y lo que hace todavía más cruel su situación, es que aquella pobre mendiga está ciega.

CONDESA (Levantándose.) ¡Ciega!...

DOCTOR Sí, señora. ¡Y hay seres tan infames que no han vacilado en especular con su infortunio! Ha podido escapar de entre sus garras gracias a un doble crimen; y se ha refugiado en mi casa.

CONDESA ¿Y usted no la habrá rechazado?...

DOCTOR Acaso se ahuyenta al pobre pajarillo que

en una helada mañana de invierno aletea cerca de nuestra ventana? Se le acoge, se le alienta, se le reanima y se le salva. A esto he venido, señora.

CONDESA Acabe usted.

DOCTOR Señor Conde, usted, sin quererlo, ha contribuido a esta desgracia; por lo tanto no puede usted negarse a repararla.

CONDE ¡Yo! ¿Doctor?

DOCTOR Estoy seguro de que lo hará usted, y que la señora Condesa le secundará generosamente porque ya estoy viendo en sus ojos la ternura. ¿Qué no será, pues, cuando mi protegida caiga suplicante a sus pies? Consiente usted, señor Conde?

CONDE ¡Sea! Puede usted traerla cuando guste.

DOCTOR Pues al momento.

TODOS ¿Cómo?

DOCTOR Señor Conde, a prevención me la he traído conmigo. (Por de pronto la ciegucecita.)

CONDESA (Fuera de sí.) Ella... aquí... junto a él... En la casa de mi esposo.

DOCTOR (Abriendo la mampara del foro.) Venga usted, hija mía, venga usted. (Sale un momento y vuelve guiando a la ciega.)

ESCENA IV

Dichos y LUISA

EDUARDO (¡Cielos! ¡es la hermana de Enriqueta!) (A la Condesa.)

CONDESA (Apoyándose en su brazo.) (Es mi hija, Eduardo, es mi hija!)

DOCTOR Animo, hija mía, de usted depende ahora obtener el perdón de su pobre hermana.

LUISA (¡Yo tiemblo!)

DOCTOR Vamos, señora Condesa; dirija usted alguna palabra a esta pobre niña para que se anime.

CONDESA Que... que yo... yo...

- DOCTOR ¿Acaso no conmueve a usted su infortunio?
- CONDESA ¡Su infortunio!... ¡Oh! sí.
- DOCTOR Háblela usted, pues.
- CONDESA (Conmovida.) Tranquilícese usted, hija mía.
- LUISA ¡Ah! Yo conozco esa voz.
- CONDESA Se halla usted rodeada de personas que la estiman.
- LUISA Señora, usted ya se ha apiadado de mí en otra ocasión.
- CONDESA (A Eduardo.) ¡Me reconoce!
- LUISA Sí; un día al salir de la iglesia, me dió usted una moneda de oro, diciéndome: ruegue usted por mí. Señora: ¿quién es usted?
- CONDESA Soy... la Condesa de Liniers.
- LUISA Tiéndame usted de nuevo su mano protectora. (Le tiende la mano.) ¡Condúzcame usted al señor Conde, a fin de que le pida humildemente me conceda el perdón de mi Enriqueta, de mi hermana! (Después de haberse acercado Luisa, la Condesa la toma de la mano, se detiene un instante indecisa, luego serenándose se dirige al Conde arrodillándose junto con Luisa y dice.)
- CONDESA ¡De rodillas, hija mía, de rodillas!
- LUISA ¡Señor Conde, tenga usted piedad de nosotras!
- CONDESA ¡Piedad!
- LUISA ¡Mi hermana es inocente, concédeme usted su perdón y bendiciremos en usted a nuestra Providencia!
- CONDE (Firmando un papel.) ¡El perdón de su hermana!
- EDUARDO ¿Qué hará?
- CONDE Tome usted... tome usted... ahí va mi firma en blanco. Extienda usted el perdón con el nombre de su protegida.
- DOCTOR (¡Pobre Mariana! ¡te has salvado!) Gracias, señor Conde. (Toma el papel, mientras Eduardo ayuda a levantar a la Condesa.)
- LUISA ¡Oh, señor! ¡Permítame usted que bese sus manos!
- CONDE Yo mismo haré expedir esta orden. ¡Saldrá mañana... esta noche!

DOCTOR Como el viaje serás ólo hasta la antecámara, yo mismo seré el portador.

CONDE No comprendo...

DOCTOR Señor Conde, también me he tomado la libertad de traer a la agraciada. Vedla, señor... (Se dirige a la puerta del foro y hace señas a Enriqueta para que entre.)

ESCENA ULTIMA

Los mismos y ENRIQUETA

ENRIQUETA Si la llamo a usted, me dijo, es que he obtenido su perdón.

LUISA Enriqueta, da las gracias a nuestros bienhechores.

ENRIQUETA (Viendo a Eduardo.) ¡Cielos! ¡Eduardo!

CONDE (Con violencia.) ¡Qué veo?... Era esa joven... era... esa la...

EDUARDO (Avanzando hacia Enriqueta.) La que amo, la que amaré toda mi vida, ¡oh sí! Lo juro, señor Conde.

CONDE También a mi vez yo juro...

ENRIQUETA Deténgase usted, señor Conde, y dígnese escucharme. (Dirigiéndose a Eduardo.) Eduardo, entre los dos, existe una formidable barrera. Olvídeme usted, ya que mi deber ahora, es vivir para ella... para ella solamente. (Abraza a Luisa.) Agradezco a usted, señor Conde, que me haya devuelto esta mitad de mi vida; a su generosa acción, sacrificaré gustosa la otra mitad. Las órdenes del señor Conde serán respetadas; Luisa y yo partiremos para siempre.

CONDESA ¡Partir!

ENRIQUETA No volverán ustedes a vernos. Nunca turbaremos su tranquilidad.

EDUARDO ¡Enriqueta!

CONDESA ¡Para... siempre!

CONDE Sea: con esta condición no revocaré la gra-

cia que acabo de concederos. ¡Vaya usted, señorita!

FARIQUETA, LUISA. (Yéndose.) Adiós...

CONDESA (Con desesperación.) No... es imposible... no quiero... que se vaya... no... (Llevándose las manos a a garganta.) ¡Ah!... me ahogo... aire... yo... muero... (Cae desvanecida.)

CONDE (Socorriéndola.) ¡Condesa: Diana!

EDUARDO (Idem.) ¡Gran Dios!

DOCTOR ¡Silencio! (Examina a la Condesa, le pone la mano sobre el corazón. Pausa larga. Silencio sepulcral.)

CONDE ¡Doctor!... (En el colmo de la ansiedad y en voz baja).

DOCTOR Está como herida de un rayo... y nada puedo hacer.

CONDE ¡Ah! ¡Dios mío! ¿qué teme usted?

DOCTOR (Al Conde y a Eduardo.) Todo, si esta situación se prolonga, si no halla una tregua ese secreto dolor que la destroza el alma. (Vuelve junto a la Condesa.)

CONDE (A Eduardo.) Vos sois quien apresura su muerte.

EDUARDO ¡Yo! ¡Conde!

CONDE Vos que me arrebatásteis el secreto que la asesina.

EDUARDO (Temblando lleva la mano a su pecho y saca de bolsillo de su levita un papel que desdobra lentamente y que pone delante los ojos del Conde.) Hé aquí; pues, la página que yo arranqué; leedla, señor.

CONDE (Se apodera de ella.) ¡Ah!

EDUARDO Leedla, señor Conde, pero recordad el pasado, recordad sus lágrimas, sus súplicas el día de los esponsales... y la obstinación de todos en torcer su voluntad de consagrarse al claustro.

CONDE (Lee y dice después de leer.) ¡Ah! ¡Deshonrado! ¡Engañado!

EDUARDO Por ella no: por los que lograron su silencio, amenazando la vida de su tierna hija.

CONDE ¡Su hija!

EDUARDO (Con abatimiento.) De la que ha estado separa-

- da quince años, y que Dios mismo devuelve a su lado. (Señalando a Luisa.)
- CONDE ¡Esa joven! ¡Esa mendiga! ¡Ah! (Se deja caer en el sillón y oculta el rostro entre sus manos. Entre tanto, la Condesa ha vuelto en sí, se levanta lentamente, mira a su alrededor y ve a las jóvenes que han permanecido junto a la puerta.)
- CONDESA ¡Ah! (Luego vuelve los ojos hacia su esposo y éste la mira.) ¿Señor Conde, habéis consentido en que marchen?
- CONDE ¡Yo! (Vacilando.)
- DOCTOR Decid que no, si queréis que viva.
- EDUARDO ¡Señor Conde! (Suplicante.)
- CONDE No, no he consentido, señora. He comprendido que una separación eterna causaría en alguno... un eterno dolor. (Señalando a Eduardo.)
- CONDESA Oh... sí... sí...
- CONDE Sé, Diana, el profundo cariño que tenéis a vuestro sobrino, y ante vuestra desesperación, he impuesto silencio a los sentimientos de mi justo orgullo de familia y... Dios me lo tenga en cuenta, estas jóvenes... no partirán.
- CONDESA ¡No partirán!
- ENRIQUETA ¡Ah, señor!
- CONDE Consiento, señorita en su enlace, con el caballero Eduardo de Vaudrey.
- ENRIQUETA ¡Eduardo! ¡Señor Conde! (Deja a Luisa para demostrar su gratitud al Conde.)
- EDUARDO ¡Oh, gracias! (Estrechando la mano a su tío.)
- CONDE ¡Pobre niña! Otra vez vas a quedar sin amparo. (Tomando la mano a Luisa y dirigiéndose a la Condesa.) Si usted quisiera, señora... (Haciendo un esfuerzo.) Podría usted adoptarla.
- CONDESA (Con alegría.) ¡Yo!...
- CONDE ¡Sería... nuestra hija!
- CONDESA (De rodillas besando las manos del Conde y en voz baja.) ¡Ah!... Señor... señor... ¡Vos lo sabéis todo!
- CONDE (Rompiendo la página.) Todo; pero lo he olvidado ya.

DOCTOR ¡Muy bien, señor Conde!
CONDE Abrazadla, pues, señora, y llamadla hija.
CONDESA (La Condesa la abraza.) ¡Hija de mi corazón!
 (Rompe a sollozar; el Doctor acude.)
CONDE Y EDUARDO. Doctor, Doctor... este llanto...
DOCTOR ¡Lágrimas benditas! ¡Llanto de salvación!
LUISA ¡Ah! señora; si yo pudiese ver a usted.
DOCTOR La veréis, hija mía, yo os lo prometo.
CONDE ¡Ah! cree usted posible... Doctor...
DOCTOR Lo creo, seguro, señor Conde, porque Dios
 guiará mi mano como os ha guiado el co-
 razón.

FIN DEL DRAMA

760.33
1
El vergonzoso en Palacio

Esta refundición es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VERGONZOSO EN PALACIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

TIRSO DE MOLINA

REFUNDIDO POR

LUIS SUÑER CASADEMUNT



11 - 79

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

DOÑA MAGDALENA

DOÑA SERAFINA

EL DUQUE DE AVERO

DON DUARTE, Conde de Estremoz

DON ANTONIO

RUY LORENZO

VASCO, lacayo

FIGÜEREDO, mayordomo

LAURO, padre de

MIRENO

TARSO

LARISO

DENIO

DORISTO, alcalde

Pastores, cazadores, nobles, monteros y amazonas

La escena de los actos 2.º y 3.º, en Avero, villa de Portugal y el
1.º en las cercanías de ella. Año 1400.



ACTO PRIMERO

Bosque frondoso. A la izquierda, en segundo término, una cristalina fuente rodeada de piedras y musgo. A la derecha, en primer término, unos arbustos, tras los cuales pueden ocultarse una o dos personas. Esparcidas por la escena, piedras y algunos troncos de árbol que pueden servir de rústicos asientos. Rocas al foro.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE AVERO, y EL CONDE DE ESTREMOZ, de casa

DUQUE De industria a esta espesura retirado
vengo de mis monteros, que siguiendo
un jabalí ligero, nos han dado
el lugar que pedís; aunque no entiendo
conque intención, confuso y alterado,
cuando en mis bosques festejar pretendo
vuestra venida, conde don Duarte,
dejáis la caza para hablarme aparte.
ONDE Basta dedisimular; sacá el acero,

(Desnudando el acero.)

que, ya olvidado, os comparaba a Numa;
que el que desnudo véis, duque de Avero,
os dará la respuesta en breve suma.
De lengua al agraviado caballero
ha de servir la espada, no la pluma
que muda dice a voces vuestra mengua.

DUQUE (Echando mano a la espada.)

Lengua es la espada, pues parece lengua;

y pues con ella estáis, y así os provoca
a dar quejas de mí, puesto que en vano,
refrenando las lenguas de la boca,
hablen solas las lenguas de la mano,
si la ocasión que os doy, (que será poca),
para ese enojo poco cortesano.

a que primero la digáis no os mueve;
pues mi valor ningún agravio os debe.

CONDE Tomad este papel, es vuestro; (Se lo dá.)
que el criado

que sobornastes para darme muerte,
es en lealtad de bronce, y no ha bastado
vuestro interés contra su muro fuerte.
Por escrito mandastes que en mi Estado
me quitase la vida, y desta suerte
no os espantéis que diga, y lo presuma,
que en vez de espada, ejercitáis la pluma.
¡Yo mandaros matar!

DUQUE

CONDE

Aqueste sello

¿no es vuestro? (Mostrándole el de la carta.)

DUQUE

Sí.

CONDE

¿Podréis negar tampoco

aquesa firma? Ved si me querello
con justa causa.

DUQUE

CONDE

¿Estoy despierto, o loco?

Leed ese papel; que con leello,
veréis cuan justamente me provocho
a tomar la venganza por mis manos.

DUQUE

¿Qué enredo es este, cielos soberanos? (Lee.)

«Para satisfacción de algunos agravios
que con la muerte del conde de Estremoz se
pueden remediar, no hallo otro medio me
jor que la confianza que en vos tengo puesta
y para que salga verdadera, me importa
pues sois su camarero, seáis también el eje
cutor de mi venganza: cumplidla, y venid
a mi Estado; que en él estaréis seguro,
con el premio que merece el peligro a qu
os ponéis por mi causa. Sirváos esta cart
de creencia, y dádsela a quien os la llev
advirtiéndolo que importa la brevedad
el secreto. De mi villa de Averro, a doce d

Marzo de mil cuatrocientos años. El Duque.»

CONDE

No sé que injuria os haya jamás hecho la casa de Estremoz, de quien soy Conde, para degenerar del noble pecho,

DUQUE

que a vuestra antigua sangre corresponde. Si no es que algún traidor ha contrahecho mi firma y sello, falso, en quien se esconde algún secreto enojo, conque intenté con vuestra muerte, mi perpetua afrenta.

¡Vive el Cielo, que sabe mi inocencia, y conoce el autor de este delito,

que jamás en ausencia o en presencia, por obra, por palabra o por escrito, procuré vuestro daño! a la experiencia, si queréis aguardalla, me remito:

que con su ayuda, en esta misma tarde, tengo de descubrir su autor cobarde.

Confieso la razón que habéis tenido;

y hasta dejaros, Conde, satisfecho,

que suspendáis el justo enojo os pido,

y soseguéis el alterado pecho.

ESCENA II

Dichos y FIGUEREDO. Saliendo precipitadamente

FIGUEREDO Gracias a Dios, señor, que hallarte puedo.

DUQUE

¿Qué alboroto es aqueste, Figueredo?

FIGUEREDO

Una traición habemos descubierto, que por tu secretario aleve, urdida, al conde de Estremoz hubiera muerto, si llegara la noche.

CONDE

¿A mí?

FIGUEREDO

La vida

me debéis, Conde.

CONDE

(Ya la causa advierto

de su enojo y venganza mal cumplida.

Engañé la hermosura de Leonela

- su hermana, y alcanzada, despreciéla.)
DUQUE ; Gracias al cielo, que por la justicia
del inocente vuelve! ¿Y de qué suerte
se supo la traición de su malicia?
- FIGUEREDO Llamó en secreto a un joven pobre y fuerte,
y como puede tanto la codicia,
prometióle, si al Conde daba muerte,
enriquecerle; y para asegurarle,
dijo, señor, que hacías tu matarle.
Pudo el vil interés manchar su fama:
aquesta noche prometió en efecto
cumplirlo; mas amaba; y es quien ama,
pródigo de su hacienda y su secreto,
y torpe confidencia hizo a su dama
de aquello mismo que callar discreto
fuérale mejor, y como estrecho
de las mujeres, por sabida herencia,
para ser guardador, siempre es su pecho,
de boca en boca repitióse el hecho,
y resultado fué de la imprudencia
que cuando el sol doraba el medio día,
ya todo Avero la traición sabía.
Prendió al parlero mozo, la justicia,
y Ruy Lorenzo, huyó con un criado,
cómplice en las traiciones y malicia
que el delincuente mozo ha confesado,
y desto vengo a darte yo noticia.
- DUQUE ¿Véis, Conde, como el cielo ha averiguado
todo el caso, y mi honra satisfizo?
Ruy Lorenzo mi firma contrahizo.
Dichoso al sincerarme en vos he sido
cesando para mí, vuestra cautela,
y sabéis ya la verdad.
- CONDE Perdón os pido,
ya que la suerte así me la revela.
- DUQUE Disculpado estáis, Conde.
- CONDE (Aquesto ha urdido
la mujeril venganza de Leonela;
pero importa que el Duque esté ignorante
de la ocasión que tuvo, aunque bastante.)
- DUQUE Pésame que el autor de aqueste exceso
huyese; pero vamos; que buscallo

haré de suerte, que al que muerto o preso
le trajere, prometo de entregalle
la hacienda que dejó.

FIGUEREDO

Si ofreces eso
no habrá quien no le siga.

DUQUE

Verá dalle
todo este reino un ejemplar castigo.

CONDE

La vida os debo; pagaréla, amigo. (Vanse.)

ESCENA III

MIRENO y TARSO por la izquierda

MIRENO

¿Es este el Duque?

(Señalando al Duque que ha desaparecido.)

TARSO

El de Averó,
que en lucida compañía
hoy viene de cacería.
Sigámosle.

MIRENO

No, no quiero.

TARSO

Extraño tu obstinación,
cuando tienes confesado
que a la nobleza inclinado
te sientes el corazón.

MIRENO

Me atrae sí, la nobleza,
y siento en mí, aspiraciones,
pero escudos y blasones
humillan más mi pobreza.
Mucho ha que me tiene triste
mi altiva imaginación,
cuya soberbia ambición
no sé en qué estriba o consiste.
Considero algunos ratos,
que los cielos, que pudieron
hacerme noble, y me hicieron
un pastor, fueron ingratos;
y que pues con tal bajeza
me acobardo y avergüenzo,
puedo poco, pues no venzo
mi misma naturaleza.

Tanto el pensamiento cava
en esto, que ha habido vez,
que afrentando la vejez
de Lauro, mi padre, estaba
por dudar si soy su hijo,
o si me hurtó a algún señor;
aunque de su mucho amor,
mi necio engaño colijo.
Es locura.

TARSO

MIRENO

Estando a solas,
le he preguntado, si acaso
el mundo, que a cada paso
honras anega en sus olas,
le sublimó a un alto asiento,
y derribó del lugar
que intenta otra vez cobrar
mi atrevido pensamiento;
porque el ser advenedizo
aquí, anima mi opinión,
y su mucha discreción
dice claro, que es postizo
su grosero oficio y traje,
por más que en él se reporte;
pues más es para la Corte,
que los montes su lenguaje.

TARSO

MIRENO

¿Y qué es lo que ha contestado
tu padre a tales razones?
Con prolijas digresiones
mil sucesos me ha contado,
que todos paran en ser,
contra mis intentos vanos,
progenitores villanos
los que me dieron el sér.
Esto, que tiende a humillarme,
con tal violencia me altera,
que desta vida grosera
me ha forzado a desterrarme,
y que a buscar me demande
lo que mi estrella destina,
que a cosas grandes me inclina,
y algún bien me guarda grande;
que si tan pobre nací,

como el hado me crió,
cuanto más me hiciera yo,
más vendré a deberme a mí.

Ya decidido a marchar,
para mis males o bienes,
con ello la ocasión tienes
Tarso, para demostrar
tu amistad; sígueme luego.

TARSO

Para mí, bástame el verte,
Mireno, de aquesa suerte;
ni te aconsejo ni ruego;
discreto eres; estodiado
has con el cura: yo quiero
seguirte, aunque considero
de Lauro el grave cuidado.

MIRENO

Tarso, si dichoso soy,
yo espero en Dios el trocar
en contento su pesar.

TARSO

¿Cuándo has de irte?

MIRENO

Luego.

TARSO

¿Hoy?

MIRENO

Al punto.

TARSO

¿Y con qué dinero?

MIRENO

De dos bueyes que vendí,
lo que basta llevo aquí.

Vamos derechos a Ávero,
y compraréte una espada
y un sombrero.

TARSO

¡Plague a Dios,
que no volvamos los dos
como perro con pedrada!

MIRENO

Vamos ya.

TARSO

Aguarda, tente,
pues que no traje conmigo
bebida de más abrigo,
sus cristales esta fuente
me presta, para apagar
mi hidrópica sed que abrasa;
que nadie a este licor tasa
le pone, para cobrar.

(Se acerca a la fuente y bebe. Mireno queda distraído
en primer término.)

ESCENA IV

Dichos, RUY LORENZO y VASCO por detrás de las rocas

VASCO Que va a ser de nosotros, considera
si aquí permanecemos solo una hora,
cuando nos buscan cual galgos a la liebre
y los pastores de estas cercanías
o las postas nos hayan dado alcance.

(Al ver a Tarso y Mireno.)

¡Perdidos somos!

(Señalando a Mireno y Tarso.) ¿No ves?

Ruy : Son dos villanos
sin armas defensivas ni ofensivas.
poco mal han de hacernos.

VASCO | Plegue al cielo!

TARSO (Después de haber bebido y acercándose a Mireno.)

Vámonos, pues, antes que venga Lauro, tu padre, y nuestro intento frague.

(Al marcharse se encuentran con Ruy Lorenzo y Vasco.)

VASCO Dios os guarde.

RUY ¿A dónde bueno, amigos?

MIRENO Oh, señores !

a la villa, a comprar algunas cosas que necesarias son. ¿Está allí el Duque? Allá quedaba.

RUY Allá quedaba.
MIRENO Déle vida el cielo.

Y vosotros, ¿do bueno? que esta senda se aparta del camino real, y guía a unos caseríos que se encuentran en aquella sierra. Si la noche al cerrar, por esos montes os sorprendiera acaso, estad seguros que a mil peligros exponéis la vida, pues llegan hasta aquí lobos hambrientos y su pasto seréis.

VASCO Oiste?

Ruy Tus palabras
declaran tu bondad, pastor amigo.
Por vengar la deshonra de mi hermana,

—

intenté dar muerte a un poderoso
que con falaces promesas consiguióla,
robándola traidor su bien más caro.

VASCO

Hácesme tú reir, si Leonola
guardar mejor supiera de su viña
las uvas, ¿quién entrara
en el cercado, di?

MIRENO

Con la falacia.

VASCO

¿No se pudiera hacer toda un ovillo
como hace el erizo, y a puñados,
aruños, coces, gritos y bocados,
dejar burlado a quien su honor maltrata?
Escápase una gata como el puño
de un gato zurdo y otro cariromo,
con solo decir ¡miau! y echar un fu fo.
¿Y quieren esas daifas persuadirnos
que no pueden guardar sus pertenencias
de peligros nocturnos? Yo aseguro
si como echa a galeras la justicia
los forzados, echara las forzadas,
que hubieran menos, y éstas más honradas.

RUY

El Duque, que es amigo del infame,
en quien vengar yo quise la deshonra,
manda gente que me siga y prenda
y errante voy por estos despoblados.

MIRENO

Lástima me dáis; ¡y vive el cielo!
que si como la suerte avara me hizo
un pastor pobre, más alto yo me viera
por mi cuenta tomara vuestro agravio.
Mas ya que no es así, yo os aconsejo
el que los dos troquéis esos vestidos
por aquestos groseros; (indicando los suyos.)

y encubiertos

os libraréis mejor, hasta que el cielo
a daros su favor, señor, comience,
porque la industria los trabajos vence.

RUY

¡Oh, noble pecho que entre paños bastos,
descubres el valor mayor que he visto!
Páguete el cielo, pues que yo no puedo,
ese favor.

MIRENO

La diligencia importa:

entremos en lo espeso, y trocaremos
el traje.

RUY

Vamos. ¡Venturoso he sido!

(Vanse los dos.)

TARSO

¿Y habéis también de darme por mi sayo
esas henchidas bragas, con más cosas
que un menudo de vaca?

(Señalando su traje.)

VASCO

Aunque me pese.

TARSO

Pues dos liciones me daréis primero,
porque con ellas pueda hallar el tino,
entradas y salidas desa Troya;
que pardiez, que aunque el cura sabe tanto,
que canta un *parce mihi* por do quiere,
no me supo vestir el día del Corpus
para hacer de David.

VASCO

Vamos; que presto
os la sabréis poner.

TARSO

Como hay maestros
que enseñan a leer a los muchachos,
¿no pudieran poner en cada villa
maestros con salarios, y con pagas,
que nos dieran lección de calzar bragas?

(Vanse.)

ESCENA V

DON ANTONIO en traje de camino y FIGUEREDO por último
término izquierda

FIGUEREDO

¿Cómo, vos aquí?

ANTONIO

De paso.

Más, no me nombréis, no quiero
me vea el Duque, que acaso
me retuviera en Avero,
y hacia Galicia mi paso
dirijo, donde está el Rey
y me llama a su presencia;
mas la rara coincidencia,
que gobierna como ley

ciertas veces la existencia,
hízome saber que aquí,
daba el Duque una batida
por esos montes, y vi
con ello, ocasión cumplida
para que lograra así
convencerme yo el primero,
de si es tanta la hermosura
de las hijas del dè Averó:
pues hay alguien que murmura
si miente el vulgo ligero.

FIGUEREDO Bien de ello os daré ocasión
pues las podréis contemplar
oculto en este lugar.

ANTONIO Solo con tal condición
me avengo, primo, a aguardar.

FIGUEREDO Bien hay que estimar y ver
en ellas, y a poder ser
el quedaros...

ANTONIO Que yo goce
su presencia sin que roce
con ellas pueda tener.
Pues si mi presencia advierte
el Duque, de mi recelo
faltar al Rey, de esta suerte,
sí me detengo, y apelo
a tu silencio.

FIGUEREDO Y advierte,
que si es que luego recela
tu paso, lo ha de sentir;
que conocer y cumplir
con el conde de Penela
fuera su gusto.

ANTONIO Mas ir
con el Rey es lo primero.

FIGUEREDO Jamás llegó caballero
que por inviolables leyes
no le hospede.

ANTONIO Así lo infiero;
que es nieto, en fin, de los Reyes
de Portugal, el de Averó.
Pero, decidme en verdad;

¿tan notable es la beldad
que en sus dos hijas sublima
el mundo?

FIGUEREDO ¿Es curiosidad,
o el alma acaso os lastima
el amor?

ANTONIO Mal sus centellas
me pueden causar querellas
si de su vista no gozo.
Curiosidades de mozo,
me traen a Avero a vellas.

FIGUEREDO ¿Cómo tengo de querer
lo que no he llegado a ver?
Las hijas del Duque son
dignas de que su alabanza
celebre nuestra nación.
La mayor, a quien Berganza
y su Duque, con razón,
pienso que intenta entregar
al conde de Vasconcelos
su heredero, puede dar
otra vez a Clicie celos,
si el sol la sale a mirar,
pues de doña Serafina,
hermana suya, es divina
la hermosura.

ANTONIO Y de las dos,
¿a cuál juzgáis, primo, vos,
por más bella?

FIGUEREDO Más se inclina
mi afición a la mayor,
aunque mi opinión refuta
en parte, el vulgo hablador;
mas en gustos no hay disputa,
y más en cosas de amor.
En dos bandos se reparte
Avero, y por cualquier parte
hay bien que alegar.

ANTONIO ¿Aquí
hay algún título?

FIGUEREDO Sí,
Don Francisco y don Duarte.

ANTONIO ¿Y qué hacen?

FIGUEREDO Más de un curioso
dicen que pretende ser
cada cual de la una esposo.

ANTONIO Primo, yo las he de ver
esta tarde; que es forzoso
irme luego.

FIGUEREDO Yo os pondré.
donde su hermosura os dé,
podrá ser, más de una pena.

ANTONIO ¿Serafina o Magdalena?

FIGUEREDO Bellas son las dos, no sé.
Vámonos, primo, que así,
os daré luego ocasión
tal como ya os prometí,
para que a satisfacción
las veáis oculto aquí.

(Vánse los dos por la derecha.)

ESCENA VI

DORISTO, LARISCO, DENIO y pastores por la izquierda, último
término

DORISTO Ya los vestidos y señas
del amo y criado sé.
Callad; que yo os los pondré,
Larisco, cuam digan dueñas.

LARISCO ¿Qué quiso matar al Conde?
¡Verá el bellaco!

DORISTO Por Dios,
que si los cojo a los dos,
y el diablo no los esconde,
que he de llevarlos a Avero
con cepo y grillos.

DENIO ¡Verá!
¿Qué bestia los llevará
en el cepo?

DORISTO Regidero,
no os metáis en eso vos;

- que no empuño yo de balde
el palillo. ¿No so alcalde?
Pues yo os juro a nom de Dios,
que han de her lo que publico;
y que los ha de llevar
con el cepo, hasta el lugar
de Averó, vueso borrico.
- LARISCO Busquémoslos; que después,
quillotraremos el modo
con que han de ir.
- DORISTO El monte todo
está cercado; por pies
no se irán.
- DENIO Amo y lacayo
han de estar aquí escondidos.
- LARISTO Las señas de los vestidos,
sombreros capas y sayo
del mozo, en la chola llevo.
- DORISTO Si los prendemos, por paga,
diré al Duque que mos haga
par del olmo un rollo nuevo.
- LARISCO Hombre sois de gran meollo,
si rollo en el puebro hacéis.
- DORISTO El será tal, que os honréis
que os digan: «Váyase al rollo.»
(Vanse por último término derecha.)

ESCENA VII

RUY LORENZO de pastor y MIRENO de galán, por la izquierda,
primer término

- RUY De tal manera te sienta
el cortesano vestido,
que me hubiera persuadido
a que eres hombre de cuenta,
a no haber visto primero
que ocultaba la belleza
de los miembros, la bajeza
de aqueste traje grosero.

Cuando se viste el villano
las galas del traje noble,
parece imagen de roble,
que ni mueve pie ni mano.
Mas no en ti, que a lo que infiero,
noble ha de ser tu pasado;
que el respeto te he cobrado
que al mismo duque de Averó.
¡Hágate el cielo como él!

MIRENO

Y a ti con sosiego y paz
te vuelva, sin el disfraz,
a tu Estado; y fuera dél,
con paciencia vencerás
de la fortuna el ultraje.
Ve en busca con este traje
de mi padre, y hallarás
nuevo amparo: en él te fía,
y dile que me destierra
mi inclinación a la guerra;
que espero en Dios, que algún día,
buena vejez le he de dar.

RUY

Adiós, gallardo mancebo;
la espada sola me llevo,
para poder evitar,
si me conocen, mi ofensa.

MIRENO

Haces bien; anda con Dios,
que hasta la villa los dos,
aunque vamos sin defensa,
no tenemos que temer;
y allá espadas compraremos.

ESCENA VIII

Dichos y VASCO de pastor

VASCO

Vámonos de aquí. ¿Qué hacemos?
Que ya me quisiera ver
cien leguas deste lugar.

MIRENO

¿Y Tarso?

VASCO

Allá desenreda
las calzas, que agora queda
comenzándose a atacar,
muy enojado con-migo
porque me llevo la espada,
sin la cual no valgo nada.
Dadme vuestra mano.

MIRENO

RUY

Amigo,
adiós.

(Se la da.)

VASCO

RUY

No está malo el sayo.
Jamás borraré el olvido
este favor.

(Por el sayo.)

(Se abrazan.)

VASCO

Embutido
va en un pastor un lacayo.

(Vánse Ruy Lorenzo y Vasco.)

ESCENA IX

MIRENO

Del castizo caballo descuidado
el hambre y apetito satisface
la verde yerba, que en el campo nace,
el freno duro del arzón colgado;
Más luego que el jaez de oro esmaltado
le pone el dueño, cuando fiesta hace,
argenta espuma, céspedes deshace,
con el pretal sonoro alborozado.
Del mismo modo entra la encina y roble,
criado con el rústico lenguaje,
y vistiendo sayal tosco he vivido;
más despertó mi pensamiento noble.
como al caballo, el cortesano traje;
que aumenta la soberbia el buen vestido.

ESCENA X

MIRENO y TARSO de lacayo

TARSO Mírame. De encantamiento
obra es digna de un Merlin,
porque en estos astrolabios, (Por el traje.)
aun no hallarán los más sabios
ningún principio ni fin.
Pero ya que enlacayado
estoy, y tú caballero,
¿qué hemos de hacer?

MIRENO Ir a Avero;
que este traje ha levantado
mi pensamiento de modo,
que a nuevos intentos vuelo.

TARSO Tú querrás subir al cielo,
y daremos en el lodo.
Mas pues, eres ya otro hombre,
por si acaso, adonde fueres
caballero hacerte quieres,
¿no es bien que mudes el nombre?
Que el de Mireno no es bueno
para nombre de señor.

MIRENO Dices bien; no soy pastor,
ni he de llamarme Mireno.
Don Dionís de Portugal,
es nombre ilustre y de fama;
Don Dionís, desde hoy me llama.

TARSO No le has escogido mal;
que los Reyes que ha tenido
de ese nombre esta nación,
eterna veneración
ganaron a su apellido.
Extremado es el ensayo;
pero ya que así te ensalzas,
dame un nombre que a estas calzas
les venga bien, de lacayo;
que ya el de Tarso me quito.

MIRENO Escógele tú.

TARSO

Yo escojo,
si no lo tienes a enojo...
¿No será bueno?...

MIRENO

¿Cuál?

TARSO

Brito.

¿Qué te parece?

MIRENO

Extremado.

TARSO

¡Gentiles cascos por Dios!
Sin ser obispos, los dos
nos habemos confirmado.

ESCENA XI

Dichos y DORISTO, LARISO, DENIO y pastores con armas y sogas
por último término

DORISTO

¡Valgáos el diuinio, amén!
¿Qué no les hemos de hallar?

LARISO

Si no es que saben volar,
Imposible es que no estén
entre estas matas y peñas.

DENIO

Busquémoslos por lo raso.

LARISSA

¿No son estos? (Viendo a Mireno y Tarso.)

DORISTO

Habrad paso.

LARISO

Par Dios, conforme las señas.
Que son los propios.

DORISTO

Atadle
los brazos; pues véis que están
sin armas.

(Los pastores cogiendo por detrás a Mireno y Tarso les atan, luego todos les amenazan.)

DENIO

Rendíos, galán.

LARISO

Tené al Rey.

DENIO

Tené al alcalde.

MIRENO

¿Qué es esto?

TARSO

¿Estáis en vosotros?

¿Por qué nos prendéis?

DORISTO

Por gatos
¡Aho! ¿no véis que mojigatos

hablan? Dabéis her quillotros
para dar la muerte al Conde.
Y ¿pescudaisnos porque
os prendemos?

DENIO

¡ Bueno, a fé!

TARSO

¿ Qué conde, o que muerte? ¿ Adónde
mos habéis visto otra vez?

DORISTO

Allá os lo dirá el verdugo.
cuando os cuelgue cual besugo
de las agallas y nuez.

MIRENO

A tener aquí mi espada,
ya os fueráis arrepentidos.

TARSO

El trueque de los vestidos
nos ha dado esta gatada.
¡ Ah, mi señor don Dionís!
¿ Es aquesta la ganancia
de la guerra? ¿ Qué ignorancia
te engañó?

DORISTO

¿ Qué barbullís?

¡ Callad! y sin dilación
será lo mejor infiero
ya que aquí el duque de Averro
está cazando. Razón
le demos, que cuanto antes
sus órdenes van cumplidas,
y disponga de las vidas
cualquiera de esos bergantes.

MIRENO

Mejor, que cuando nos vea
caerán estos en su engaño
sin que nos mande hacer daño.

DORISTO

Rollo tendrá nuestra aldea.
Por estos alrededores
sin duda le encontraremos.

TARSO

(Quiera Dios que no paguemos
los justos por pecadores.)

(Vanse todos llevándose presos a Mireno y Tarso.)

ESCENA XII

Aparecen DON ANTONIO y FIGUEREDO, luego el CONDE y el DUQUE, y finalmente MAGDALENA y SERAFINA, seguidas de Nobles y Monteros.

FIGUEREDO Vienen, y tras de este arbusto oculto, podrá mejor cuanto quiera a su sabor, satisfacerse tu gusto.
(Indicándole unos arbustos de segundo término de-
recha.)

ANTONIO No sé el alma a cual se inclina
ni sé lo que hacer ordena,
bella es doña Magdalena
y más doña Serafina.
Verélas, pues, desde aquí
sirviéndome de tal arte.
(Se oculta tras el árbol y queda cerca de él, Figue-
redo, en el mismo instante que aparecen el Duque y
el Conde.)

DUQUE Digo, conde don Duarte,
que todo se cumple así.
CONDE Pues el Rey nuestro señor,
favorece la privanza
del hijo del de Berganza,
y a vuestra hija mayor
os pide para su esposa;
escriba vuestra Excelencia,
que con su gusto y licencia,
doña Serafina hermosa
lo será mía.

DUQUE Está bien.

CONDE Pienso que su Majestad
me mira con voluntad,
y de este modo también:
yo mismo le escribiré.

DUQUE No lo sepa Serafina,
hasta ver si determina
el Rey, que la mano os dé.
Mis hijas llegan aquí.

(Viéndolas aparecer. El Conde se adelanta para hablar a Serafina. Una y otra vestirán traje de ama-
zona.)

CONDE (Acercándose a Serafina que se sienta en una piedra.)
Pues me da el Duque lugar,
mi serafín, quiero hablar,
si hay atrevimiento en mí
para que vuele tan alto
que a serafines me iguale.

ANTONIO (A Figueredo que está cerca de él.)
Primo, a ver el alma sale
por los ojos, el asalto
que amor le da poco a poco:
ganaréme si me pierdo.

FIGUEREDO Vos entrásteis, primo, cuerdo,
y pienso que saldréis loco.

DUQUE (A doña Magdalena.)
El rey te honra y te estima;
cuán bien te está considera.

MAGDALENA Mi voluntad es de cera;
Vuecelencia en ella imprima
el sello que más le cuadre;
porque en mí sólo ha de haber
callar con obedecer.

DUQUE ¡Mil veces dichoso padre
que oye tal!

CONDE (A doña Serafina.) Las dichas mías,
como han subido al extremo
de su bien, que caigan temo.

SERAFINA Conde, esas filosofías
ni las entiendo, ni son
de mi gusto.

(Con desvío.)

CONDE Un serafín
bien puede alcanzar el fin
y el alma de una razón.

No digáis que no entendéis,
serafín, lo que alcanzáis.

SERAFINA ¡Jesús! ¡qué dello me habláis. (Con desvío.)

CONDE Si soy hombre, ¿qué queréis?
Por palabras los intentos
quiere que expliquemos Dios;
que a ser serafín cual vos,

con solos los pensamientos
nos hablaríamos.

SERAFINA ¿Qué amor
habla tanto?

CONDE ¿No ha de hablar?

CONDE
SERAFINA

No, que hay poco que fiar
de un niño y más hablador.

CONDE En todo os hizo perfecta
el cielo.

SERAFINA La adulación

no es para mi corazón,
Conde, la línea más recta.

ANTONIO ¡Qué agudamente responde!

Ya han esmaltado los cielos
el oro de amor con celos:
mucho me ofende este Conde.

FIGUEREDO ¡Pobre de vuestra esperanza,
si tal corsario la asalta!

DUQUE Un secretario me falta
de quien hacer confianza:
y aun que esta plaza pretenden
muchos por diversos modos
de favores; entre todos,
pocos este oficio entienden.

Trabajo me ha de costar
en tal tiempo estar sin él.

MAGDALENA A ser el pasado fiel,
era ingenio singular.

DUQUE Sí; más puso en contingencia
mi vida y reputación.

ESCENA XIII

Dichos, DORISTO, LARISO, DENIO y Pastores llevando presos a
MIRENO y TARSO

DORISTO Ande apriesa el bellacón.

LARISO Aquí está el Duque.

TARSO
me dé Herodes!

DENIO ¡Aho! Llegá.
pues sois alcalde, y habradle.

DORISTO Buen viejo, yo so el alcalde.
Y vos, el Duque.

LARISO [Verá!
Llegaos cerca.

DORISTO Y sopimos
yo, el herrero y su mujer,
que mandábades prender
estos bellacos, y fuimos
Bras Llorente x Gil Bregado.

TARSO Aquese yo lo seré;
pues por mi mal me embragué.

Después de haber llamado
a Consejo el regidero,
Pero Minguez... ¡Llegá acá.
que no sois bestia, y habrá,
decid lo demás!

(A Lariso.)

LARISO No quiero:
decidlo vos.

DORISTO No estodié
sino hasta aquí: en conerusión,
estos los ladrones son,
que por sólo heros mercé,
prendimos yo y Gil Mingollo:
haga lo que el puebro pide
su Duquencia, y no se olvide
lo que le dije del rollo.

DUQUE ¡ Hay mayor simplicidad !
Ni he entendido a lo que vienen,
ni porque delito tienen
así estos hombres. Soltad
los presos ; y decid vos,
que insulto habéis cometido,
para que os hayan traído
de aquesta suerte a los dos.

MIRENO (De rodillas.) Si lo es el favorecer,
gran señor, a un desdichado,
perseguido y acosado
de tus gentes y poder,
y juzgas por temerario,
haber trocado el vestido

- DUQUE por darle vida, yo he sido.
¿Tú libraste al secretario?
Pero sí, que aqueese traje
era suyo. Di, traidor,
¿porqué le diste favor?
- MIRENO Vuexcelencia no me ultraje,
ni ese título me dé;
que no estoy acostumbrado
a verme así despreciado.
- DUQUE ¿Quién eres?
- MIRENO No soy, seré;
que solo por pretender
ser más de lo que hay en mí,
menosprecié lo que fui,
por lo que tengo de ser.
- DUQUE No te entiendo.
- MAGDALENA (¡Extraña audacia
de hombre! El poco temor
que muestra, dice el valor
que encubre. De su desgracia
me pesa.)
- DUQUE Di, ¿conocías
al traidor que ayuda diste?
Mas pues por él te pusiste
en tal riego, bien sabías
quién era.
- MIRENO Supe que quiso
dar muerte a quien deshonoró
su hermana, y después te dió
de su honrado intento aviso;
y enviándole a prender,
le libré de ti espantado
por ver que el que está agraviado
persigas, debiendo ser
favorecido de ti,
por ayudar al que ha puesto
en riesgo su honor.
- CONDE (¿Qué es esto?
- DUQUE ¿Ya anda derramada así
la injuria que hice a Leonela?)
¿Sabéis vos quién la afrentó?

MIRENO Supiéralo, señor, yo;
 que a sabello...

DUQUE Fué cautela
 del traidor para engañarte:
 Tú sabes adonde está,
 y así forzoso será,
 si es que pretendes librarte,
 decillo.

MIRENO ¡ Bueno sería,
 cuando donde está supiera,
 que un hombre como yo hiciera
 por temor, tal villanía!

DUQUE ¿ Villanía es descubrir
 un traidor? Llévadle preso;
 que si no ha perdido el seso
 y menosprecia el vivir,
 él dirá donde se esconde.

MAGDALENA (Ya deseo de libralle;
 que no merece su talle
 tal agravio.)

DUQUE Intento, Conde,
 vengaros.

CONDE El lo dirá.

TARSO (¡ Muy gentil ganancia espero!)

DUQUE Vamos, que responder quiero
 al Rey.

TARSO (¡ Medrado se va
 con la mudanza de estado,
 y nombre de don Dionís!)

DUQUE Viviréis, si lo decís.

MIRENO (La fortuna ha comenzado
 a ayudarme: ánimo ten,
 porque en ella es natural,
 cuando comienza por mal,
 venir a acabar en bien.)

TARSO Bragas, si una vez os dejo,
 nunca más transformación. (Llévanlos.)

DUQUE Meted una petición (A los labradores.)
 vosotros en mi consejo,
 de lo que queréis; que allí
 se os pagará este servicio.

DORISTO Vos, que tenéis buen juicio,
la peticionad.

LARISO Sea así.

DORISTO Señor, por este cuidado,
haga un rollo en mi lugar,
tal, que se puede ahorcar
en él cualquier hombre honrado.

(Vânse los pastores, el Duque y el Conde.)

MAGDALENA Mucho, doña Serafina,
me pesa ver llegar preso
aquel hombre.

SERAFINA Yo confieso,
que a rogar por él me inclina
su buen talle.

MAGDALENA ¿Eso desea
tu afición? ¿Ya es bueno el talle?
Pues no tienes de libralle,
aunque lo intentes.

SERAFINA No sea. (Vanse.)

FIGUEREDO (Saliendo de su escondrijo.)

¿Habeiros de ir esta tarde?

ANTONIO ¡Ay, primo! ¿como podré,
si me perdí, si cegué?
¿Si amor, valiente, cobarde,
todo el tesoro me gana,
del alma y la voluntad?
Sólo por ver su beldad,
no he de irme hasta mañana.

FIGUEREDO ¡Bueno estáis! ¿Qué amáis, en fin?

ANTONIO No sé si en esta partida
de mi contento y mi vida
Serafina será fin.



ACTO SEGUNDO

Salón en el palacio del Duque. Puerta al foro, que da a una antecámara, y laterales a derecha e izquierda. Muebles propios y lujosos. En segundo término izquierda una mesa con recado de escribir y junto a ella un sillón.

ESCENA I

MAGDALENA y el DUQUE apareciendo por el foro

DUQUE Por tu mediación, al preso
 he puesto ya en libertad,
 que así de tu voluntad
 seguí el noble impulso.

MAGDALENA De eso
 más, desde hoy, deudora
 vuestra hija os vendrá a ser,
 pues mi piedad de mujer
 al hacerme intercesora
 por el preso, se estrellara
 ante vuestra resistencia,
 si inclinado a la clemencia
 vuestro corazón no hallara.

DUQUE Cedí a tu ruego, hija mía,
 y castigarle intentaba,
 al ver como se obstinaba
 en callar lo que sabía.

MAGDALENA Es que al decir lo sabido,
 cometía una vileza;

y prueba eso, la nobleza
de un villano bien nacido,
por lo que interesé doble
en ello, mi corazón,
que en su humilde condición,
hallaste de duro roble
su enérgica voluntad,
cuando ante ti, prefería
antes que una villanía,
el perder su libertad.

DUQUE

MAGDALENA

¿Estás satisfecha?

Sí,

cumpliendo como debía.

DUQUE

Dios te bendiga, hija mía,
que tal bondad puso en ti.

(Magdalena besa la mano a su padre y éste se va por el foro.)

ESCENA II

MAGDALENA

¿Qué novedades son estas,
altanero pensamiento?
¿Qué torres sin fundamento
tenéis en el aire puestas?
¿Cómo andáis tan descompuestas,
imaginaciones locas?
Siendo las causas tan pocas,
¿queréis exponer mis menguas
al juicio de las lenguas,
y a la opinión de las bocas?
Ayer guardaban los cielos
el mar de vuestra esperanza,
con la tranquila bonanza,
que agora inquietan desvelos.
Al conde de Vasconcelos,
o a mi padre di en su nombre
el sí; más porque me asombre,

sin que mi honor lo resista,
se entró el alma, a escala vista,
por la misma vista un hombre.
Vióle en ella; y fuera exceso,
digno de culpar mi error,
a no saber que el amor
es niño ciego y sin seso.
¿A un hombre extranjero y preso,
a mi pesar, corazón,
habéis de dar posesión?
¿Amar al Conde no es justo?
Mas ¡ay! que atropella el gusto
las leyes de la razón.
Mas, pues a mi instancia está
por mi padre libre y suelto,
mi pensamiento resuelto
bien remediarse podrá.
Forastero es; si se va,
con pequeña resistencia
podrá sanar la paciencia
el mal de mis desconciertos;
pues son médicos expertos
de amor, el tiempo y la ausencia.
Pero, ¿con qué rigor trazo
el remedio de mi vida?
Si puede sanar la herida,
crueldad es cortar el brazo.
Démosle a amor algún plazo,
pues su vista me provoca,
que aunque es la enfermedad loca,
ninguno al enfermo quita
el agua, que no permita
siquiera enjuagar la boca.
¡Llamarle yo! ¡Ah! Teneos,
desenfrenados deseos,
si no os queréis despeñar:
¿Así váis a publicar
vuestra afrenta? La vergüenza
mi loco apetito venza;
que si es locura admitirlo
dentro del alma, el decirlo.
es locura o desvergüenza.

ESCENA III

MAGDALENA y FIGUEREDO

FIGUEREDO Señora.

MAGDALENA ¿Qué ocurre? presto.

FIGUEREDO El mancebo que hasta agora estuvo preso, señora, y que en libertad fué puesto pretende hablarte.

MAGDALENA (¿Qué es esto?)

Valerse el amor procura de la ocasión y ventura que ha de ponerse en efecto! Mas hace como discreto; que amor todo es coyuntura.)
¿Sabes qué quiere?

FIGUEREDO Pretende del favor que ha recibido por ti, ser agradecido.

MAGDALENA (Aspides en rosas vende.)

FIGUEREDO ¿Entrará?

MAGDALENA (Si preso prende, si maltratado, maltrata, si atadas las manos, atadas de mi gusto resuelto.
¿Qué ha de hacer presente y suelto, quien ausente y preso mata?)
Dile que vuelva a la tarde; que agora ocupada estoy.
Más oye; no vuelva.

(Figueredo hace como que se va.)

FIGUEREDO (Vuelve.) Voy.

MAGDALENA Escucha: di que se aguarde. Más váyase; que es ya tarde.

FIGUEREDO ¿Háse de volver?

MAGDALENA ¿No digo

que sí? Ve.

(El n.º smo juego.)

FIGUEREDO Tu gusto sigo.

MAGDALENA Pero torna; no se queje.
FIGUEREDO ¿Pues qué diré?... (Volviendo.)
MAGDALENA (Que me deje,
y que me lleve consigo.)
Anda, di que entre...
FIGUEREDO Voy, pues. (Vase.)

ESCENA IV

MAGDALENA

Que aunque venga a mi presencia,
vencerá la resistencia
hoy del valor portugués.
El desear, y ver, es
en la honrada y la no tal,
apetito natural;
y si diferencia se halla,
es en que la honrada calla,
y la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
cubrir mi desasosiego;
si puede encubrirse el fuego,
sin manifestalle el humo.
Más bien podré, si consumo
el tiempo en palabras vanas;
pero las llamas tiranas
del amor, es cosa cierta,
que en cerrándoles la puerta,
se salen por las ventanas.

ESCENA V

MAGDALENA y MIRENO por el foro

MIRENO Aunque es en mi atrevimiento
el venir a la presencia,
señora de Vuexcelencia

mi poco merecimiento;
ser agradecido trato
al recibido favor;
porque el pecado mayor
es el que hace a un hombre ingrato.
Por haber favorecido
de un desdichado la vida,
que al noble es deuda debida
me vi preso y perseguido;
pero en la misma moneda
me pagó el cielo sin duda,
pues libre con vuestra ayuda
mi vida, señora, queda.
¿Libre dije? mal he hablado;
que el noble quando recibe,
cautivo y esclavo vive,
que es lo mismo que obligado;
y ¡ojalá mi vida fuera
tal, que si esclava quedara,
alguna parte pagara
desta merced; que ella hiciera
excesos! pero entre tantas
que mi humildad envilecen,
y como esclavas ofrecen
sus cuellos a vuestras plantas;
a pagar con ello vengo
la mucha deuda en que estoy;
pues no os debo más, si os doy
gran señora, cuanto tengo. (Arrodillándose.)
Levantad del suelo.

MAGDALENA

MIRENO

Así

estoy, gran señora, bien.

MAGDALENA

Haced lo que os digo. (¿Quién
me ciega el alma? ¡Ay de mí!)
¿Sois portugués?

MIRENO

Imagino

que sí.

MAGDALENA

¿Qué lo imagináis?
¿Desa suerte, incierto estáis
De quién sois?

MIRENO

Mi padre vino
al lugar en donde habita,

y es de alguna hacienda dueño,
trayéndome muy pequeño;
pero su acento acredita
de sobra, su natural
portugués.

MAGDALENA

¿Sois noble?

MIRENO

Creo

que sí, según lo que veo,
por ser harto proverbial
la nobleza que hay en mí.

MAGDALENA

¿Y darán las obras vuestras
de vuestra nobleza muestras,
decidme?

MIRENO

Creo que sí:

nunca de darlas dejé.

MAGDALENA

Creo, contestáis al punto:
cuando yo aquí no os pregunto
artículos de la fé.

MIRENO

Por la que debe guardar
a la merced recibida
de Vuxcelencia mi vida,
bien los podéis preguntar;
que mi fe su gusto es.

MAGDALENA

¿Qué agradecido venís!
¿Cómo os llamáis?

Don Dionís.

MAGDALENA

Ya os tengo por portugués,
y por hombre principal;
que en este reino no hay hombre
humilde de vuestro nombre,
porqué es apellido real:
y solo el imaginaros
por noble y honrado, ha sido
causa que haya intercedido
con mi padre a libertaros.

MIRENO

Deudor os soy de la vida.

MAGDALENA

Pues bien: ya que libre estáis,
¿qué es lo que determináis
hacer de vuestra partida?
¿Dónde pensáis ir?

MIRENO

Intento

ir, señora, donde pueda

alcanzar fama que exceda
a mi altivo pensamiento:
solo aquesto me destierra
de mi patria.

MAGDALENA ¿En qué lugar
pensáis que podéis hallar
esa ventura?

MIRENO En la guerra;
que el esfuerzo hace capaz
para el valor que procuro.

MAGDALENA ¿Y no será más seguro,
que le adquiráis en la paz?

MIRENO ¿De qué modo?

MAGDALENA Bien podéis
granjealle, si os dáis traza:
que mi padre os dé la plaza
de secretario, que véis
que está vaca agora, a falta
de quien la pueda suplir.

MIRENO No nació para servir
mi inclinación, que es más alta.

MAGDALENA Pues cuando volar presuma,
las plumas le han de ayudar.

MIRENO ¿Cómo he de poder volar
con solamente una pluma?

MAGDALENA Con las alas del favor:
que el vuelo de una privanza,
mil imposibles alcanza.

MIRENO Del privar nace el temor,
como muestra la experiencia;
y tener temor no es justo.

MAGDALENA Don Dionís, este es mi gusto.

MIRENO ¿Gusto es de vuestra Excelencia
que sirva al Duque? Pues alto:
cúmplase, señora así;
que ya de un vuelo subí
al primer móvil más alto.
Pues si en esto gusto os doy,
ya no hay subir más arriba:
como el Duque me reciba,
secretario suyo soy.
Vos, señora, lo ordenad.

MAGDALENA Deseo vuestro provecho,
y ahí lo que véis he hecho;
ya que os di la libertad
pesárame que en la guerra
la malográrais: yo haré
como esta plaza se os dé,
porque estéis en nuestra tierra.

MIRENO Mil años el cielo os guarde.

MAGDALENA Como a vos. (Honor, huir;
que revienta por salir
por la boca amor cobarde.)

(Vase.)

ESCENA VI

MIRENO

Pensamiento, ¿en qué entendéis?
vos que a las nubes subís,
decidme, ¿qué colegís
de lo que aquí visto habéis?
Declaráos, bien podéis:
decidme, ¿tanto favor,
nace de sólo el valor
que a quien os honra ennoblece?
¿O erraré si me parece
que ha entrado a la parte amor?
¡Jesús! ¡qué gran disparate!
Temerario atrevimiento
es el vuestro pensamiento;
ni se imagine ni trate:
mi humildad el vuelo abate
que sube el deseo vario;
mas, ¿por qué soy temerario,
si imaginar me prometo
que me ama en lo secreto
quien me hace su secretario?
¿No estoy puesto en libertad
por ella? Y ya sin enojos,
¿por el balcón de sus ojos
no he visto su voluntad?

Amor me tiene.—Callad,
lengua loca; que es error
imaginar que el favor
que de su nobleza nace,
y generosa me hace,
está fundado en amor.
Mas el desear saber
mi nombre, patria y nobleza,
¿no es amor? Esa es bajeza.
Pues, alma, ¿qué puede ser?
curiosidad de mujer.
Sí; más, ¿dijera alma advierte,
sin reinar amor injusto)
a ser eso, de esa suerte.
«Don Dionís, este es mi gusto?»
Este argumento, ¿no es fuerte?
Mucho, pero mi bajeza
no se puede persuadir
que vuele y llegue a subir
al cielo de tal belleza.
¿Pero cuando hubo flaqueza
en mi pecho? Esperar quiero;
que siempre el tiempo ligero
hace lo dudoso cierto;
pues mal vivirá encubierto
el tiempo, amor y el dinero.

ESCENA VII

MIRENO y TARSO

TARSO

Ya que como a Daniel
del lago, nos han sacado
de la cárcel, donde he estado
con menos paciencia que él,
¿Quién hizo el milagro?

MIRENO

El Duque,
o mejor dicho, su hija.

TARSO

Vámonos antes no elija
otro castigo, o bazuque

el tiempo otra malandanza;
porque la verdad, no espero
nada bueno aquí en Avero.

MIRENO Mayor es, pues, mi confianza,
Brito amigo.

TARSO No soy Brito,
sino Tarso.

MIRENO Mejor, necio,
porque yo no menosprecio
el galardón infinito
que me ofrecen.

TARSO Temerario
es aguardar por quien soy.

MIRENO Qué sabes tú, si ya soy
a estas horas, secretario
del Duque tal vez.

TARSO ¿Y cómo?

MIRENO La que nos dió libertad,
desta liberalidad.
es la autora.

TARSO Mejor tomo
tus cosas; ya estás en zancos.

MIRENO Pues aun no lo sabes bien.

TARSO Darte quiero el parabién;
y pues son los amos francos,
si algún favor me ha de hacer
y mi descanso permites,
lo primero, es que me quites
estas calzas.

MIRENO No ha de haber
cosa que pueda negarte
como llegue a secretario.

TARSO Sí, porque de visionario
algo ya llegó a alcanzarte.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA VIII

DON ANTONIO y FIGUEREDO, por el foro.

ANTONIO Primo, a quedarme aquí mi amor me obliga, aguarde el Rey o no; que mi Rey llamo sólo a mi gusto, que el pesar mitiga que me ha de consumir, si ausente amo. Pájaro soy; sin ver de amor la liga, curiosamente me asenté en el ramo de la hermosura, donde preso quedo: volar pretendo; pero más me enredo. El conde de Estremoz sirve y merece a doña Serafina: yo he sabido que el Duque sus intentos favorece, y hacerla esposa suya ha prometido: quien no parece, dicen que perece; si no parezco, pues, y ya ni olvido ni ausencia, han de poder darme reposo, ¿qué he de esperar ausente y receloso? Si mi adorado serafín supiera quién soy, y con decírselo, aguardara recíprocos amores, con que hiciera mi dicha cierta y mi esperanza clara; más alegre y seguro me partiera, si la fe de mi vida le confiara.

FIGUEREDO No debe fiar nunca el que es prudente, de sol de Enero y de mujer ausente.

ANTONIO No me conoce y mi tormento ignora, y en ti confío, para que un instante le des grata ocasión, al pecho amante para decilla lo mucho que la adora. Que aguarde el Rey, que en mí no es lo im-
[portante]

llegar a él, cuando impaciente espero mi dicha hallar, quedándome en Avero.

FIGUEREDO Don Antonio, bien sabes cuanto estimo te gusto, más si tengo empeño en que te ausentes, y tu amor reprimo se debe sólo al temor de que tu sueño

no te traicione y tu presencia, primo,
no se delate en pueblo tan pequeño
como el que nos hallamos.

ANTONIO

Yo procuro
vivir de tal peligro bien seguro.
Nunca me ha visto el Duque, aunque me ha
[escrito;

yo sé que busca un secretario experto,
porque al pasado desterró un delito.

FIGUEREDO Con risa el medio que has buscado advierto.

ANTONIO ¿No te parece, si en palacio habito
con este cargo, podré encubierto
entablar mi esperanza, como acuda
el tiempo, la ocasión, y más tu ayuda?

FIGUEREDO No es esta traza la correspondiente,
primo, a tu calidad.

ANTONIO Cualquiera estado
es noble con amor: no esté yo ausente;
que con cualquier oficio estaré honrado.

FIGUEREDO Búsquese el modo, pues.

ANTONIO El más urgente
está ya concluído.

FIGUEREDO ¿Cómo?

ANTONIO He dado
un memorial al Duque, en que le pido
me dé esta plaza.

FIGUEREDO Diligente has sido;
más, sin saberlo yo, culparte quiero.

ANTONIO Del cuidadoso el venturoso nace;
háse encargado dél el camarero.
de quien dicen que el Duque caudal hace.

FIGUEREDO Mucho priva con él

ANTONIO Mi dicha espero,
si el cielo a mis deseos satisface,
y el camarero en la memoria tiene
esta promesa.

FIGUEREDO Primo, el Duque viene.

(Don Antonio se retira a la derecha.)

ESCENA IX

Dichos. Aparece el DUQUE por el foro seguido de algún acompañamiento.

FIGUEREDO Señor, el cielo os guarde.

DUQUE Figueredo
pláceme hallarte.

FIGUEREDO Y mucha ha sido
la fortuna, señor, que en ello tengo.
De un deudo mío, sin duda os entregaron
atento memorial, en el que expresa
la voluntad, señor, de mereceros
el alto honor de vuestra confianza.

DUQUE Es verdad, mas para secretario,
persona debe ser en quien concurren
calidad, discreción, presencia y pluma.

FIGUEREDO La calidad no sé; desotras partes
le puede asegurar a Vuexcelencia,
que no hay en Portugal, quien con justicia
mejor pueda ocupar aquesa plaza:
la letra, el memorial que Vuexcelencia
tiene suyo, podrá satisfacelle.

DUQUE Me satisfizo y le abonas, quiero velle.

FIGUEREDO Voyle pues a llamar.

(Viendo a don Antonio le hace adelantar.)

Pero delante
 está de Vuexcelencia. Llegá, hidalgo;
 que el Duque, mi señor, pretende veros.
 ANTONIO Déme los pies Vuestra Excelencia.

(Arrodillándose.)

DUQUE De dónde sois?

ANTONIO Señor, nací en Lisboa.

DUQUE ¿A quién habéis servido?

ANTONIO Héme criado
con don Antonio de Barcelos, Conde
de Penela, y os traigo cartas suyas,
en que mis pretensiones favorece.

DUQUE Quiero yo mucho al conde don Antonio,
aunque nunca le he visto, ¿Por qué causa
no me las habéis dado?

ANTONIO No acostumbro
pretender por favor, lo que puedo
por mi persona, y quise que me viese
primero Vuexcelencia.

DUQUE Figueroa,
su talle y buen estilo me ha agradado.
Mi secretario sois; cumplan las obras
lo mucho que promete esa presencia.

ANTONIO Remítome, señor, a la experiencia.

DUQUE ¿Dónde están mis dos hijas? quiero verlas.
Ídsele a prevenir.

FIGUEROA En el jardín agora
estaban las dos juntas, aunque entiendo
que mi señora doña Magdalena
quedaba algo indispuesta.

DUQUE Y adivino
la causa del pesar que así la embarga,
pues como darla nuevo estado intento,
la mudanza de vida siempre causa
tristeza en la mujer honrada y noble;
y no me maravilla esté afligida,
quien teme un cautiverio de por vida.
Retiraos que estar solo deseo. (A don Antonio.)

ANTONIO Y vos, tomad posesión de vuestro empleo.
Señor, yo vuestros pies humilde beso.

(Vanse todos y don Antonio dice bajo a Figueroa.)

FIGUEROA Venturosos han sido los principios.
Si tienes por ventura ser criado
de quien eres igual, ventura tienes.

ANTONIO Ya por lo menòs estaré presente,
y contendré los celos de algún modo
que el conde de Estremoz me causa en todo.

ESCENA X

EL DUQUE, luego MAGDALENA

DUQUE

Solo necesito estar
y la duda el pecho asalta
¿se le podrá de tal falta
al de Estremoz acusar?
¿Será de tal traición
culpable, el que así pretende
una hija mía, y ofende
manchando con el borrón
infamante a una doncella
de su deshonor? Es preciso
que sepa de tal aviso
si es cierta o no la querella.
Que a serlo, juro a mi nombre
no ha de ser, aunque le aflija,
cómplice nunca mi hija
de la traición de este hombre.

(Aparece Magdalena por la izquierda.)

MAGDALENA

Padre y señor.

DUQUE

Hija ven,
junto a mí, el cielo te envía
pues que llamarte debía
para hablarte, óyeme bien.
No estés, hija, desafortunada;
si darme contento es gusto
que has de verme a mí sin gusto
si disgustada he de verte.
Esposo te dan los cielos
para poderte alegrar,
sin merecer tu pesar,
el conde de Vasconcelos.
A su padre el de Berganza,
pues que te escribió, responde;
escribe también al Conde,
y no vea yo mudanza
en tu rostro ni pesar,

si de mi vejez los días
con esas melancolías
no pretendes acortar.

MAGDALENA Yo, señor, procuraré
no tenerlas, por no darte
peña, si es un triste, parte
en si dé que no lo esté.

DUQUE Si te diviertes, bien puedes.

MAGDALENA Yo procuraré servirte;
y agora quiero pedirte,
entre las muchas mercedes
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE A condición que se olvide
aquesta tristeza, pide.

MAGDALENA (Honra el amor os despeña.)

El preso que te pedí
librases, y ya lo ha sido,
de todo punto ha querido
favorecerse de mí:

con sólo esto, gran señor,
parece que me ha obligado;
y así, a mi cargo he tomado,
con su aumento, tu favor.

Es hombre de buena traza,
y tiene extremada pluma.

DUQUE Dime lo que quiere, en suma.

MAGDALENA Quisiera obtener la plaza
de secretario.

DUQUE Bien poco

há que dársela pudiera;
qué no ha un cuarto de hora entera
que está ocupada.

MAGDALENA (Amor loco,
¡muy bien despachado estáis!
vos perderéis por cobarde,
pues acudistéis tan tarde
que con alas no voláis.)

DUQUE Por orden del camarero,
a un mancebo he recibido,
que de Lisboa ha venido
con aqueste intento a Avero;
y según lo que en él vi,

MAGDALENA muestra ingenio y suficiencia.
Si gusta vuestra Excelencia,
ya que mi palabra di,
y él está con esperanza
que le he de favorecer;
pues me manda responder
al Conde y al de Berganza,
sabiendo escribir tan mal,
quisiera que se quedara
en palacio y me enseñara;
porque en mujer principal,
falta es grande, no saber
escribir cuando recibe
alguna carta, o si escribe,
que no se pueda leer.
Dándome algunas liciones,
más clara la letra haré.

DUQUE Alto, pues; lección te dé,
con que enmiendes tus borrones;
que, en fin, con ese ejercicio
la pena divertirás,
pues la tienes por que estás
ociosa; que el ocio es vicio.
El tu secretario sea.

MAGDALENA Las manos quiero besarte.

ESCENA XI

Dichos y FIGUEREDO

FIGUEREDO Señor, el Conde don Duarte
dice que veros desea
y pide permiso.

DUQUE (Así
tendré ocasión apropiada
y dejaré averiguada
la verdad.) Quédate aquí,
hija mía, que he de hablar
reservadamente al Conde,
y llevo para ello, donde

debe el permiso aguardar.
Espera del Rey un pliego,
y con certeza lo tiene,
y a decir tal vez ya viene
que fué atendido en su ruego.

Vamos.

(Vanse el Duque y Figueredo.)

ESCENA XII

MAGDALENA

MAGDALENA Llanian al amor
 enfermedad y locura;
 pues siempre el que ama procura,
 como enfermo, lo peor.
 Ya tenéis en casa, honor,
 quien la batalla os ofrece,
 y poco hará, me parece,
 cuando del almo os despoje;
 que quien el peligro escoge,
 no es mucho que en él tropiece.
 Los encendidos carbones
 tragó Porcia, y murió luego;
 ¿qué haré yo, tragando el fuego,
 por callar, de mis pasiones?
 Diréle, no por razones,
 sino por señas visibles
 los tormentos invisibles
 que padezco por no hablar;
 porque mujer y callar
 son cosas incompatibles.

ESCENA XIII

Dicha y MIRENO, por la derecha

MIRENO

Rendido, atento y sumiso
a despedirme, señora,

MAGDALENA a vuestros pies, vengo agora,
pues ya marcharme es preciso.
Mi maestro habéis de ser
desde hoy.

MIRENO ¿Qué ha visto en mí,
vuestra Excelencia, que así
me procura engrandecer?
Dará lición el maestro
al discípulo desde hoy.

MAGDALENA (¡Qué claras señales doy
del ciego amor que le muestro!)

MIRENO (Vergüenza, ¿por qué impedís
la ocasión que el cielo os dá?
¿A qué detenerme ya?)

MAGDALENA Como tengo don Dionís,
tanto amor...

MIRENO (Ya se declara.)
¿Vos amáis? (¡Valedme cielos!)

MAGDALENA Al conde de Vasconcelos.

MIRENO ¡Oh!

MAGDALENA Y por eso me gustara
el tener yo buena letra,
para saberle escribir,
y por palabras decir
lo que el corazón penetra;
que el poco uso que en amar
tengo, pide que me adiestre
esta experiencia, y me muestre
como podré declarar
lo que tanto al alma importa,
y el amor mismo se encarga;
que soy en quererle larga
y en significarlo corta.
En todo os tengo por diestro;
y así, me habéis de enseñar
a escribir, y a declarar
al Conde mi amor, maestro.

(Pónese a escribir, mirando a hurtadillas a Mireno que
no sabe lo que le pasa.)

MIRENO (¿Luego no fué en mi favor.
Pensamiento lisonjero,
sinó que he de ser tercero

del Conde? ¿Véis, loco amor,
cuán sin fundamento y fruto
torres habéis levantado
de quimeras, que ya han dado
en el suelo? Como el bruto
en esta ocasión he sido,
en que la estatua iba puesta
haciéndola el pueblo fiesta,
que loco y desvanecido
creyó que la reverencia,
no a la imagen que traía,
sino a él sólo se hacía;
y con brutal impaciencia
arrojalla de sí quiso.
Hasta que se apaciguó
cón el castigo, y cayó
confuso en su necio aviso.
¿Así el favor corresponde,
con que me he desvanecido?
Basta; que yo el bruto he sido,
y la estatua es sólo el Conde.
Bien puedo desentonarle,
que no es la fiesta por mí.)

MAGDALENA

(Quise deslumbrarle así;
que fué mucho declararme.)
Mañana comenzaréis,
maestro, a darme lición.

MIRENO

Servirte es mi inclinación.

MAGDALENA

Triste estáis.

MIRENO

¿Yo?

MAGDALENA

¿Qué tenéis?

MIRENO

Ninguna cosa.

MAGDALENA

(Un favor
me manda amor, que le dé.)

(Tropieza y da la mano a Mireno que la retiene
entre las suyas.)

¡Válgame Dios! Tropecé...

(¿Qué siempre tropieza amor!)

El chapín se me torció.

MIRENO

(¿Cielos! ¿hay ventura igual?)

¿Hízose acaso algún mal

Vuesexcelencia?

MAGDALENA

Creo que no.

MIRENO

(¡Que la mano le tomé!)

MAGDALENA

Sabed que al que es cortesano,
le dan al darle la mano,
para muchas cosas pie.

(Vase.)

MIRENO

«¡Le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie!»...
De aquí, ¿qué colijiré?
Decid, pensamiento vano:
en aquesto, ¿pierdo o gano?
¿Qué confusión, que recelos
son áquestos? Decid, cielos,
¿esto no es amor? Mas no,
que llevo la estatua yo
del Conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma es darme
la que su mano me ha dado?
Si sólo el Conde es amado,
¿qué es lo que espero? ¿Qué sé?
Pie o mano, decid, ¿por qué
dáis materia a mis desvelos?
Confusión, amor, recelos,
¿soy amado? Pero no,
que llevo la estatua yo
del Conde de Vasconcelos.
El pie que me dió será
pie para darle lición,
en que escriba la pasión
que el Conde a su amor le dá.
Vergüenza, sufrí y callá;
bajad ya, atrevidos vuelos,
vuestra ambición, si a los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estatua yo
del conde de Vasconcelos.



ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

MIRENO y TARSO

TARSO

¿Más muestras quieres que dé,
que decirte: «Al cortesano
le dan, al dalle la mano,
para muchas cosas pié?»
¿Puede decillo más claro
una mujer principal?
¿Qué aguardabas, pese a tal,
amante corto y avaro,
(que ya te daré este nombre),
pues no te osas atrever?
¿Esperas que la mujer
haga el oficio del hombre?
¿En qué especie de animales
no es la hembra festejada,
perseguida y paseada
con amorosas señales?
A sollicitalla empieza;
que lo demás, es querer
el orden sabio romper
que puso naturaleza.
Habla; no pierdas por mudo
tal mujer y tal estado.
Un laberinto intrincado

MIRENO

es, Tarso, el que temo y dudo:
no puedo determinarme,
que me prefieren los cielos
al conde de Vasconcelos:
pues llegando a compararme
con él, sé que es gran señor,
mozo, discreto, heredero
de Berganza; y desespero,
viéndome humilde pastor,
rama vil, de un tronco pobre,
y que tan noble mujer,
no es posible quiera hacer
más favor que el oro, al cobre.
Pero tal es la afición
con que me honra y favorece,
y las mercedes que ofrece,
su afable conversación,
el suspenderse, el mirar,
los enigmas y rodeos
con que explica sus deseos ,
el fingir en tropezar,
(si es que fué fingido), el darme
la mano, con la razón
que me tiene en confusión,
se juntan para animarme;
y entre esperanza y temor,
como ya, Brito, me abraso,
llego a hablalla, tengo el paso;
tira el miedo, impele amor,
y cuando más me provoca
y hablalla el alma comienza,
enojada la vergüenza
llega, y tápame la boca.

TARSO

¿Vergüenza? ¿Tal dice un hombre?
¡Vive Dios, que estoy corrido
con razón de haberte oído
tal necedad! No te asombre
que así llame a tu temor,
por no llamarle locura.
¡Miren aquí que criatura
a que doncella Teodor,
para que con este espacio

diga que vergüenza tiene!
 No sé yo para que viene
 el vergonzoso a palacio.
 Amor vergonzoso y mudo
 medrará poco, señor,
 que a tener vergüenza amor,
 no le pintarán desnudo.
 No hayas miedo que se ofenda
 cuando digas tus antojos:
 vendados tiene los ojos;
 pero la boca sin venda,
 Habla, o yo se lo diré;
 porque si callas, es llano
 que quien te dió pié en la mano,
 tiene de dejarte a pié.

MIRENO

Ya, Brito, conozco y veo
 que amor es mudo, no es cuerdo;
 ¿pero si por hablar, pierdo
 lo que callando poseo,
 y agora con mi privanza
 e imaginar que me tiene
 amor, vive y se entretiene
 mi incierta y loca esperanza,
 y declarando mi amor,
 tengo de ver en mi daño
 el castigo y desengaño,
 que espero de su rigor?
 ¿No es mucho más acertado,
 aunque la lengua esté muda,
 gozar un amor en duda
 que un desdén averiguado?
 Mi vergüenza esto señala,
 esto intenta mi secreto.

TARSO

Dijo una vez un discreto,
 que en tres cosas era mala
 la vergüenza y el temor.

MIRENO

¿Y eran?

TARSO

Escucha despacio:
 en el púlpito, en palacio,
 y en decir uno su amor.
 En palacio estás, los cielos
 te abren camino anchuroso;

MIRENO no pierdas por vergonzoso.
Si al conde de Vasconcelos
ama, ¿cómo puede ser?

TARSO No lo creas.

MIRENO Si lo veo,
y ella lo dice.

TARSO Es rodeo
y traza para saber.
Desenvuelve el corazón:
háblala, señor, despacio.
MIRENO Tiemblo, Brito.

TARSO Esto es forzoso.
Bien dicen que al vergonzoso
le trujo el diablo a palacio.

(Vanse por el foro.)

ESCENA II

SERAFINA y DON ANTONIO por la izquierda

SERAFINA No sé, Conde, si dé a mi padre aviso
de vuestro atrevimiento y de su agravio;
que agravio ha sido suyo, el atreveros
a entrar en su servicio dese modo,
para engañarme a mí y a él afrentalle.
Otros medios hallárades mejores,
pues noble sois, con que obligar al Duque,
sin fingiros así su secretario;
pues no sé yo, si no es tenerme en poco,
que liviandad hallásteis en mi pecho
para atreveros a lo que habéis hecho.

ANTONIO Yo vine de camino a ver mi primo,
y quiso amor que os viese.

SERAFINA Conde, basta.

Yo estoy muy agraviada justamente
de vuestro atrevimiento. ¿Vos creístes,
que en tan poco mi fama y honra tengo,
que describiendoos, como lo habéis hecho,
había de rendirme a vuestro gusto?
Imaginarme a mí mujer tan fácil,

ha sido injuria que a mi honor se ha hecho. Mi padre ha dado al de Estremoz palabra que he de ser su mujer, y aunque mi padre no la diera, ni yo le obedeciera, por castigar aqueese desatino me casara con él. Salid de Avero al punto, don Antonio, o daré aviso de aquesto a don Duarte; y si lo entiende, peligraréis, pues corren por su cuenta mis agravios.

ANTONIO ¿Qué así me desconoces?

SERAFINA Idos, Conde, de aquí, que daré voces.

ANTONIO Déjame disculpar de los agravios
que me imputas; que el juez más riguroso,
antes de sentenciar, escucha al reo.

SERAFINA Conde, ¡viven los cielos! que si un hora
estáis más en la villa, que esta noche
me caso con el Conde, por vengarme.
Yo os aborrezco, Conde; yo no os quiero.
¿Qué me queréis? Aquí la mayor pena,
que me puede afligir, es vuestra vista.
Si a vuestro amor mi amor no corresponde,
Conde, ¿qué me queréis? Dejadme, Conde.

ANTONIO ¿Así me despreciáis? ¿Tenéis en poco amor que a tanto, por vos, vea obligado, ni nada representa el sacrificio que de mi estirpe y nombre, caso omiso haciendo cerca vos, por sólo veros empleo que me humilla, a vuestro padre solicité, cual veis?

SERAFINA Fuera más noble
llegaros hasta él, sin engañarme,
que quien finge y su prosapia oculta,
al pretender ganar así a una dama,
torcida senda fué, la que escogiste
y así fuérais mejor que de tal suerte,
con vuestra pretensión a mí os llegarais,
de mi padre obteniendo, como es justo,
la venia que mi mano os otorgara

(Haciendo como que se va)

ANTONIO Pero escuchadme, oid.

SERAFINA Vana quimera.

que os dije más de lo que yo quisiera.

(Vase por la izquierda.)

ANTONIO ¡ Aspid, que entre las rosas
desa belleza escondes tu veneno,
mis quejas amorosas
Desprecias deste modo, y ves que peno
sin remediar mis males,
en tormentos de penas infernales !
Pues que del paraíso
de tu vista , destierras mi ventura,
hágate amor Narciso,
y de tu misma imagen y hermosura
de suerte te enamores,
que como lloro, sin remedio llores.

(Vase por la derecha.)

ESCENA III

RUY LORENZO y LAURO, por el foro.

LAURO Llegamos por fin a Avero
y llegar a la presencia
del Duque, mi amor de padre,
para preguntarle, intenta,
la suerte que reservada
le está a mi hijo. Que fuera
notorio abandono en mí,
y crueldad manifiesta,
no acudir en su socorro,
cuando de manera cierta
sé que está preso, sin que
la causa de ello yo sepa.

RUY ¡ Cuántos recuerdos de mis
felices tiempos, me llevan
estas paredes !

LAURO No son
menos, creed, los que apenan
mi corazón, porque si
mi abolengo tú supieras,
al verme en pastor trocado,

víctima de suerte adversa,
tus desgracias juzgarías
al ver las mías pequeñas.

RUY Algo tengo ya advertido
que en vos sublima y eleva.

LAURO Bien presumiste; que soy
descendiente en línea recta
de Reyes, y es mi sobrino
el que en Portugal hoy reina.

RUY ¡ Vos el duque de Coimbra!
Que a vuestros pies yo me vea,
y sellen desde hoy mis labios (Se arrodilla.)
en mentar torpes, mis quejas.

LAURO Alza del suelo y escucha
si acaso tienes paciencia,
para saber los vaivenes
de la fortuna y su rueda.
Murió el Rey de Portugal,
mi hermano, en la primavera
de su juventud lozana,
más la muerte ¡ ay ! ¿ qué no seca?
Dejó un niño de seis años
que ya hombre y Rey intenta
acabar mi vida, cuando
a mí y su madre, en tutela
el Gobierno de sus reinos
nos dejó. Desavenencias
surgidas, me decidieron
a abandonar la Regencia,
dejando a la Reina viuda
al goce de ella completa
hasta que murió, y su hijo,
libre recogió la herencia.
Dió por mi desgracia oídos
a la adulación, que cierra
de la verdad, en palacio
completamente las puertas.
A mi sobrino, un traidor
que de su privanza escelsa
gozaba, le dió a entender
que quería yo en sus tierras
alzarme, y aconsejaron.

que al momento me prendiera,
dándome muerte escondida
dentro de una fortaleza.
Supe una noche propicia
tan espantosa sentencia,
y ayudándome el temor,
las sábanas hechas vendas,
me descolgué por los muros
y en aquella noche mesma,
di aviso que me siguiera
a mi esposa, la Condesa.
Supo el Rey mi fuga, y manda
que al son de roncás trompetas
me publiquen por traidor,
dando licencia a cualquiera
para quitarme la vida,
poniendo mortales penas
a quien sabiendo de mí
no me lleve a su presencia,
Ocultéme, y en pastor
trocado, viví entre breñas,
sin que nadie sospechara
de mi sangre la realeza,
ni aun mi hijo, que ha vivido
cual no le correspondiera
ignorando de su padre,
nombre, títulos y herencia.

RUY
LAURO

¿Y si os reconoce el Duque?
Fíome de su nobleza;
que hay en ella que fiar,
cuando en vuestra causa mesma,
por más que órdenes dadas
hay, que al hallaros, os prendan,
para que en lo sucedido,
a vuestra hermana Leonela
con el conde de Estremoz,
le hagáis exacta reseña,
aquí os llamó, sin que nada
desagradable os suceda.

RUY

Es cierto, y si no me engaño
es hora ya de la Audiencia:
dejad que le hable primero,

LAURO y acaso deciros pueda
la suerte de vuestro hijo.
Y quiera Dios que no sea
triste, cual la de su padre,
y cual la mía funesta (Vanse por el foro.)

ESCENA IV

MAGDALENA, en compañía de una dama apareciendo por la izquierda.

MAGDALENA A don Dionís ve a avisar
que venga a darme lición.
(Vase la dama por el foro.)

Que será en esta ocasión
como en todas, de callar.
Ciego Dios, ¿qué os avergüenza
la cortedad de un temor?
¿De cuando acá, niño amor,
sois hombre y tenéis vergüenza?
¿Es posible que vivís
en don Dionís, y que os llama
su dios? Sí: pues si me ama,
¿cómo calla don Dionís?
Decláreme sus enojos,
pues callar un hombre es mengua;
dígame una vez su lengua
lo que me dicen sus ojos.
Si teme mi calidad,
su bajo y humilde estado,
bastante ocasión le ha dado
mi atrevida libertad.
Ya le han dicho que le adoro
mis ojos, aunque fué en vano,
la lengua, al dalle la mano,
a costa de mi decoro;
ya abrió el camino que pudo
mi vergüenza: ciego infante,
ya que me habéis dado amante,
¿por qué me le entregáis mudo?
Mas no me espanta lo sea,
pues tanto amor me humilló,
que aun diciéndoselo yo,

podrá ser que no lo crea.
De suerte me trata amor,
que mi pena no consiente
mas silencio; abiertamente
le declararé mi amor
contra el común orden y uso;
más tiene de ser de modo,
que diciéndoselo todo,
le he de dejar más confuso.
(Siéntase en una silla cerca la mesa y finge que
duerme.)

ESCENA V

MAGDALENA y MIRENO

MIRENO ¿Qué me manda Vuesxcelencia?
 ¿Es hora de dar lición?
 (Ya comienza el corazón
 a temblar en su presencia.
 Pues que calla, no me ha visto:
 sentada sobre la silla,
 con la mano en la mejilla
 está.)

MAGDALENA (En vano me resisto:
 yo quiero dar a entenderme,
 como que dormida estoy.)

MIRENO Don Dionís, señora, soy—
 no me responde. ¿Si duerme?
 Durmiendo está. Atrevimiento,
 ahora es tiempo; llegad
 a contemplar la beldad
 que ofusca mi entendimiento.
 Cerrados tiene los ojos,
 llegar puedo sin temor;
 que si son flechas de amor,
 no me podrán dar enojos.
 ¿Hizo el autor soberano
 de nuestra naturaleza
 más acabada belleza?
 Besarle quiero una mano.
 ¿Llegaré? Sí; pero no, (Vacilando.)

que es la reliquia divina,
y mi humilde boca indina
de tocarla. Pero yo
soy hombre ¡y tiemblo! ¿Qué es esto?
Animo. ¿No duerme? Sí.

(Llega y se retira.)

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí!
Que el peligro es manifiesto,
y moriré si recuerda,
hallándome deste modo:
para no perderlo todo,
bien es que este poco pierda.
El temor al amor vence.
afuera quiero esperar.

(Se retira y vuelve. A hurtadillas le observa Magdalena.)

MAGDALENA (¿Qué no se atrevió a llegar!
¡Mal haya tanta vergüenza!)

MIRENO No parezco bien aquí
solo, pues durmiendo está.
Yo me voy.

MAGDALENA (¿Qué al fin se va?)

(Fingiendole que habla dormida.)

Don Dionís...

MIRENO ¿Llamóme? Sí.

¡Qué presto que despertó!
Miren, ¡qué bueno quedara
si mi intento ejecutara!

(Avercándose.)

¿Está despierta? Más no,
que en sueños pienso que acierta
mi esperanza entretenida;
y quien me llama dormida,
no me quiere mal despierta.
¿Si acaso soñando está
en mí? ¡Ay cielos! ¿quién supiera
lo que dice?

MAGDALENA (Fingiendole soñar.) No os vais fuera;
llegáos, don Dionís, acá

MIRENO Llegar me manda en su sueño,
¡Qué venturosa ocasión!
Obedecella es razón;
pues aunque duerme, es mi dueño.

Amor, acabad de hablar;
no seáis corto.

MAGDALENA

Don Dionís,
ya que a enseñarme venís
a un tiempo a escribir y amar
al conde de Vasconcelos...

MIRENO

¡Ay cielos! ¿qué es lo que véis?

(Con desaliento.)

MAGDALENA

Quisiera ver si sabéis
que es amor, y que son celos:
porque será cosa grave,
que ignorante por vos quede,
pues que ninguno otro puede
enseñar lo que no sabe.
Decidme, ¿tenéis amor?
¿De qué ôs ponéis colorado?
¿Qué vergüenza os ha turbado?
Responded: dejá el temor;
si esto es verdad, ¿para qué
os avergonzáis así?
¿Queréis bien? Señora, sí.—
Gracias a Dios que os saqué
una palabra siquiera!

MIRENO

¿Hay sueño más amoroso?
¡Oh, mil veces venturoso,
quien te escucha y considera!
Aunque tengo por más cierto,
que yo solamente soy
el que soñándolo estoy;
que no debo estar despierto.

MAGDALENA

¿Habéis dicho a vuestra dama
vuestro amor?—No me he atrevido.—
¿Luego nunca lo ha sabido?—
Decidme como se llama
seré vuestra medianera:
decidme a mí a quién amáis.—
No me atrevo.—¿Qué dudáis?
¿Soy mala para tercera?—
No, pero temo, ¡ay de mí!—
¿Y si yo su nombre os doy?
¿Diréis si es ella, si soy
yo acaso?—Señora, sí.

Pues a que habléis os exhorto
que en juegos de amor, no es cargo
tan grande un cinco de largo,
como es un cinco de corto.

Días ha que os preferí
al conde de Vasconcelos.

MIRENO ¡Qué escucho, piadosos cielos!

(Da un grito Mireno, y hace que despierte Magdalena.)

MAGDALENA ¡Ay Jesús! ¿Quién está aquí?
¿Quién os trajo a mi presencia,
Don Dionís?

MIRENO Señora mía...

MAGDALENA ¿Qué hacéis aquí?

MIRENO Yo venía
a dar a vuestra Excelencia
lición; halléla durmiendo,
y mientras que despertaba,
aquí, señora, aguardaba.

MAGDALENA Dormíme, en fin, y no entiendo
como pudo sucederme;
que es gran novedad en mí.
quedarme dormida así.

(Levantándose.)

MIRENO Si sueña, siempre que duerme
vuestra Excelencia, del modo
que agora, ¡dichoso yo!

MAGDALENA (¡Gracias al cielo que habló
este mudo!)

MIRENO (Tiemblo todo.)

MAGDALENA ¿Sabéis vos lo que he soñado?

MIRENO Poco es menester saber
para eso.

MAGDALENA ¿Debéis ser
otro José?

MIRENO Su traslado
en la cortedad he sido,
pero no en adivinar.

MAGDALENA Acabad de declarar
como el sueño habéis sabido.

MIRENO Durmiendo Vuestra Excelencia,
por palabras le ha explicado.

MAGDALENA ¡Válame Dios!

MIRENO Y he sacado

- en mi favor la sentencia,
que falta ser confirmada,
para hacer mi dicha cierta,
por Vuexcelenia despierta.
- MAGDALENA Yo no me acuerdo de nada.
Decídmelo; podrá ser
que me acuerde de algo agora.
- MIRENO No me atrevo, gran señora.
- MAGDALENA Muy malo debe de ser,
pues no me lo osáis decir.
- MIRENO No tiene cosa peor
que haber sido en mi favor.
- MAGDALENA Mucho lo deseo oír:
acabad ya, por mi vida. (Con impaciencia.)
- MIRENO Tan grande es en mí el contento,
que anima mi atrevimiento.
Vuestra Excelencia dormida.. (Deteniéndose.)
—Tengo vergüenza.
- MAGDALENA Acabad;
que estáis, don Dionís, pesado.
- MIRENO Abiertamente ha mostrado
que me tiene voluntad.
- MAGDALENA ¿Yo? ¿Cómo?
- MIRENO Alumbró mis celos,
y en sueños me ha prometido...
- MAGDALENA ¿Sí?
- MIRENO Que he de ser preferido
al conde de Vasconcelos.
Mire si en esta ocasión
son los favores pequeños.
- MAGDALENA Don Dionís, no creáis en sueños.
Que los sueños, sueños son.
(Va a retirarse por la izquierda y aparece Serafina.)

ESCENA VI

Dichos y SERAFINA

- SERAFINA Vengo veros dar lición;
que la carta que ayer vi
para el Conde, en que leí

del sobrescrito el renglón,
me contentó. Ya escribí
muy claro.

MAGDALENA Y aún no lo entiende,
con ser tan claro, y se ofende
mi maestro, don Dionís;
y mis trazas de escribana
tengo, ¿verdad?

MIRENO Sí, señora.

MAGDALENA Escribí, no ha un cuarto de hora.
medio dormida, una plana
tan clara, que la entendiera
aun quien no sabe leer.
¿No me doy bien a entender,
Don Dionís?

MIRENO Muy bien.

MAGDALENA Pudiera
serviros, según fué buena,
de materia para hablar
en su loor.

MIRENO Con callar
la alabo; sólo condena
mi gusto, el postrer renglón,
por más que la pluma excuso,
porque estaba muy confuso.

MAGDALENA Diréislo por el borrón
que eché a la postre.

MIRENO ¿Pues no?

MAGDALENA Pues adrede le eché allí.

MIRENO Solo el borrón colejí,
porque lo demás borró.

MAGDALENA Bien le pudiste quitar;
que un borrón no es mucha mengua.

MIRENO ¿Cómo?

MAGDALENA (Aparte a Mireno.)

El borrón con la lengua
se quita, y no con callar.
Ahora cortadme una pluma.

MIRENO (Hacie. dolo.)

MAGDALENA La corto, señora mía,
Quien al verle, creería
que corte tan corto en suma,

- que de vergüenza no sabe
hacer cosa de provecho.
SERAFINA Nuestro padre satisfecho
está de él.
- MAGDALENA Es cosa grave
el dalle avisos por puntos,
sin que aproveche. Acabad.
- SERAFINA Magdalena, reportad.
- MIRENO ¿Han de ser cortos los puntos?
- MAGDALENA ¡Qué amigo sois de lo corto!
Largos los pido; cortadlos
de aqueste modo, o dejaldos.
- MIRENO Ya, gran señora, los corto.
- SERAFINA Es tu exigencia extremada
con él.
- MAGDALENA Hombre vergonzoso
y corto, es siempre enfadoso.
- MIRENO Ya está la pluma cortada. (Dándosela.)
- MAGDALENA Mostrad. ¡Y qué mala! ¡Ay Dios!
(Pruébala y arrójala.)
- SERAFINA ¿Y porque la echáis al suelo?
- MAGDALENA ¡Siempre me la dáis con pelo!
Líbreme el cielo de vos,—
Quitalde con el cuchillo.
No sé de vos que presuma,
siempre con pelo la pluma.
(Y la lengua con frenillo.)

ESCENA VII

Dichos y DON ANTONIO por el foro, al verle aparecer Magdalena se
pone a escribir

- ANTONIO Dadme albricias, Serafina;
de ver vuestro padre vengo
y por esposa ya os tengo,
pues mi razón imagina
que cesado el fingimiento,
con que mi nombre ocultaba,
con él igualmente acaba

vuestro enojo.

SERAFINA

Si consiento,
falto en mi palabra al Conde,
como ya os lo habrá advertido
mi padre.

ANTONIO

No, tal marido
sabed que no os corresponde.
Que es de su nombre deudor
a la bella Leonela,
que con perfidia y cautela
arreatóle su honor,
y reconociendo al punto
su deber, marchará hoy
a desposarse y yo soy
el que gana en este asunto,
porque vuestro padre accede
a mi amorosa porfía,
y podré llamaros mía
si alcanzar el perdón puede
de vos, el pasado agravio
con que mi engaño arrostré.

SERAFINA

Hace rato os perdoné
aunque lo callara el labio,
ya que a vos, al de Estremoz
os prefería, mi anhelo.

ANTONIO

Hoy me traslada hasta el cielo,
Serafina, vuestra voz.

Y para que así dos cielos
se junten, debo innovaros
que presto vais a casaros
Magdalena. Vasconcelos,
está solo una jornada
de vuestra villa.

(A Magdalena.)

MAGDALENA

(¡ Ay de mí !)

ANTONIO

Mañana llegará aquí,
y trae tan limitada
dicen del Rey, la licencia,
que no hará más que casarse
mañana, y luego tornarse,
nuevamente a la presencia
del Rey. La ocasión llegó
deseada.

MAGDALENA (Saldrá vana.)
MIRENO (¡ Ay cielo !)
MAGDALENA (Mi bien suspira.)
(Observando a Mireno.)
SERAFINA Deja de escribir, y mira
que te has de casar mañana.
(Vanse Serafina y don Antonio.)
MAGDALENA (Entregando a Mireno lo que escribió.)
Don Dionís, yo os ruego, cuando
haya salido, leáis
este billete, y hagáis
luego lo que en él os mando.
MIRENO ¿ Si ya la ocasión perdí
que he de hacer? ¡ hay suerte dura !
MAGDALENA Amor todo es conyuntura.
(Vase precipitadamente por la derecha.)

ESCENA VIII

MIRENO solo, después de haber leído

MIRENO ¡ Justos cielos que leí !
(Leyendo.) « No da el tiempo más espacio ;
esta noche en el jardín,
tendrán los temores fin
del vergonzoso en palacio. »
¡ Cielos ! ¿ qué escucho ? ¿ Qué veo ?
¿ Esta noche ? ¡ Hay más ventura !
¿ Si lo sueño ? ¿ Si es locura ?
No es posible, no lo creo.
« Esta noche en el jardín. . . »
¡ Vive Dios, que está aquí escrito,
mi bien ! A buscar a Brito
voy. ¿ Hay más dichoso fin ?
Presto en tu florido espacio
dará envidia entre mis celos,
al conde de Vasconcelos,
el vergonzoso en Palacio.

(Váse corriendo por la derecha.)

ESCENA IX

El DUQUE, LAURO y FIGUEREDO por el foro

DUQUE Llegáos, Duque, venid,
cesaron vuestros quebrantos
con el perdón concedido
por el Rey, y que firmado
está, desde que el traidor,
que en vos hizo tanto daño,
confesó antes de morir
su calumnia.

LAURO Sea loado,
el cielo, que al fin permite,
vea mis postreros años,
sin una sombra que empañe
mi honor.

DUQUE Y también mandado
por el Rey está, que os tornen
vuestros bienes confiscados
y los títulos y honores
todos, que os arrebataron
injustamente.

LAURO Dichoso
bendiciría mi hado,
si a tantos favores, que,
eran por mí inesperados,
tuviera el dulce consuelo
del hijo mío, a mi lado,
el cual desaparecido,
no ha dejado el menor rastro:
sabiendo que le prendieron,
solo por haber trocado
su rústico traje, con
otro, que no le era tanto.

DUQUE ¿Qué decís? ¿Mas no es posible!

LAURO ¿Sabéis vos acaso?

DUQUE Acaso...

Id, Figueredo, al instante,

y de mi parte recado,
pasadles a mis dos hijas
que vengan, y al secretario
y maestro de mi hija
Don Dionís. (Es extraño; (Vase Figueredo.)
mas pronto salir de dudas
con su presencia aquí aguardo.)

ESCENA X

Dichos, MAGDALENA, SERAFINA y DON ANTONIO

MAGDALENA Llamabáis padre y señor.
DUQUE Que beséis, hijas, las manos
al gran duque de Coimbra,
vuestro tío.
MAGDALENA (Yo tan grato
momento aprovecharé.)
SERAFINA Y MAGDALENA Señor. (Besándole la mano.)
LAURO Levantad, mil años
felices gocéis las dos
los esposos destinados.
MAGDALENA Si es que de mi vida estima
la felicidad en algo,
no bendiga Vuxcelencia
mi enlace ya proyectado,
que el conde de Vasconcelos,
si es que su nombre he de honrarlo,
no puede ser ya mi esposo.
DUQUE ¿Qué dices?
MAGDALENA Aunque el recato
de la mujeril vergüenza
cerrarme intentó los labios,
digo, señor, que ya estoy
casada.
DUQUE ¿Cómo? ¿Qué aguardo?
¿Estás sin sésos? ¡Atrevida!
MAGDALENA El cielo y amor me han dado
esposo humilde, aunque pobre,
discreto, mozo y gallardo.

DUQUE ¿Qué dices, loca? ¿Pretendes
que te mate?

MAGDALENA El secretario
que me diste por maestro,
es mi esposo.

DUQUE Cierra el labio.
¡Ay desdichada! ¿Qué escucho?
¡Vil! ¿por un hombre tan bajo,
al conde de Vasconcelos
desprecias?

MAGDALENA Ya le ha igualado
a mi calidad amor,
que sabe humillar los altos,
y ensalzar a los humildes.

DUQUE ¡Daréte la muerte!

(Dirigiéndose a ella amenazador.)

ESCENA XI

Dichos y MIRENO apareciendo de repente

MIRENO ¡Paso!

LAURO ¡No será mientras yo exista!

MIRENO ¡Mireno!

LAURO ¡Padre! (Echándose en sus brazos.)

TODOS ¡Hijo amado!

LAURO ¡Su padre!

LAURO Su padre, sí
que al estrecharle en mis brazos,
le digo hijo, ya no eres
tu Mireno, ni yo Lauro,
¡sino el duque de Coimbra
pues el Rey, ya está informado
de mi inocencia!

MIRENO ¡Qué escucho!

LAURO ¿Nobleza? ¡Amor! ¿Bienes tantos?

DUQUE Yo os pido de Magdalena
para mi hijo la mano.
Ya pues que el de Vasconcelos
perdió la ocasión por tarde,

disculpado estoy con él. (A Mireno.)
¿Muy bien habéis enseñado
a escribir a Magdalena!
¿Eredes vos el callado,
el cortés, el vergonzoso?
¿Pero quién lo fué en Palacio?

ESCENA XII

Dichos y TARSO

TARSO

¿Duque Mireno? ¿Qué escuché?
Don Dionís, esos zapatos
te beso, y pido en albricias
de la esposa y del ducado,
que me quites esas calzas,
y el día de jueves santo,
mandes ponerlas a un judas
que bien merece este trato.

MAGDALENA

(Adeiantándose al público.)

Diz que maestro es amor,
que al enamorado adiestra,
pero a veces, es maestra
la mujer, mucho mejor.
Tirso, que en la obra demuestra
ser de ello conocedor
a la fábula le presta
sus galanuras de autor.
Público, pues te da espacio
quien por su merecimiento
su nombre, la fama al viento
proclamó, no estés reacio,
y aplaude por un momento
al que te dió su talento
El vergonzoso en Palacio.

FIN DE LA COMEDIA

74-79
1

La Fuerza de la Conciencia

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

D. JOAQUÍN GARCÍA PARREÑO

Representado con extraordinario éxito en el
«Gran Teatro del Liceo» y en el de «Romea», de Barcelona, y estrenado la
noche del 20 de Noviembre de 1871

•

11. — 82



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARÍA	Doña Virginia Pérez.
ADELA	» Balbina Pí.
ELENA	» Rosalía Soler.
VERÓNICA	» Catalina Mirambell.
DON ANTONIO.	Don Joaquín García Parreño.
CARLOS.	» Hermenegildo Goula.
EL PRESIDENTE	» Carlos Girval.
ALBERTO.	» Baldomero Llavería.
CONDE.	» Rómulo Cuello.
JULIÁN.	» Juan Perelló.
ISIDORO	» Melchor Borralleras.
GUILLERMO	» Gervasio Roca.
EL FISCAL	» Luis Santigosa.
EL RELATOR	» Baudilio Puig.
EL ALCAIDE	» Juan Pí.
UN UJIER	» Juan Carulla.
UN JURADO	» Marcelino Santigosa.
UN CRIADO.	» Juan Perez.

Gendarmes, Caballeros, Señoras y Pueblo.



ACTO PRIMERO

Estudio del abogado Forest.—Muebles elegantes, librería, sofá, divanes, etc.

ESCENA PRIMERA

ISIDORO y ADELA

Isidoro, escribiendo: al empezar el diálogo deja la escritura y se levanta

- ADELA (Entrando.) ¿Estorbo?
- ISIDORO ¡Ah! ¿es la señorita? Adelante: hoy está cerrado el despacho para los clientes, hay vacaciones (Con intención.) y creo que debéis conocer la causa que motiva esta determinación.
- ADELA ¿Cómo está en casa el señor Isidoro, y no ha hecho uso del permiso que le ha concedido mi padre?
- ISIDORO Vuestro padre, señorita, me ha confiado el encargo de poner en limpio un contrato de matrimonio.
- ADELA ¿Un contrato de matrimonio?
- ISIDORO Sí, señorita, no es un secreto, y podéis leerlo si gustáis.
- ADELA (Lo toma y a poco lo deja sobre el velador.) ¡Oh, se trata de intereses!
- ISIDORO Un contrato de matrimonio no puede es-

- tar redactado con frases sentimentales como los romances amorosos, porque se trata en él de cosas interesantísimas, que deben asegurar el porvenir, la dote... el.
- ADELA Pero su lectura destruye la poesía de dos corazones que se idolatran.
- ISIDORO Al contrario; el contrato está hecho expresamente por si acaso algún día la poesía desapareciese. Si el amor se va, queda siempre el contrato; si la belleza se eclipsa, queda la dote; si acaba la hipoteca especial del corazón, queda en toda su fuerza la hipoteca subsidiaria, que es la que se establece, para el caso en que no baste la principal.
- ADELA ¿Y creéis que Alberto sería capaz de faltar a sus juramentos?
- ISIDORO Dios quiera que no, señorita. Pero en ese caso el señor Alberto fuera la excepción de la regla... el fénix de los maridos... ¿Quién entra?
- CRIADO (Dentro.) Os digo que ha salido, que hoy no recibe.

ESCENA II

Dichos, CRIADO y JULIAN

- JULIÁN Pues bien, le esperaré.
- CRIADO Si digo que no está en casa.
- ISIDORO ¿Por quién preguntáis?
- JULIÁN Por el señor abogado Forest.
- CRIADO Le he repetido cien veces que ha salido.
- JULIÁN Pero si yo necesito verle...
- ADELA Bien, déjalo, Isidoro... (A Julián.) ¿Podré saber cuál es vuestra pretensión?
- JULIÁN Ver al señor abogado, pues me interesa en gran manera hablar con él. Creí que estaba en casa, y por eso... insistía...
- ADELA Lo siento mucho, pero efectivamente, mi padre ha salido.

- JULIÁN ¿A qué hora podré verle?
- ISIDORO Amigo mío, hoy es un día solemne para la familia, y el señor abogado ha dado orden de que no se reciba a ningún cliente.
- JULIÁN Sin embargo, mi petición no admite demora. Me es indispensable hablar hoy mismo a don Antonio.
- ISIDORO Don Antonio recibe diariamente y a cualquiera hora... pero hoy es un día excepcional... porque lo ha destinado a firmar el contrato de boda de la señorita Adela, su hija única.
- JULIÁN ¡Ah! ¿La señorita se casa? me alegro mucho y la deseo mil felicidades. Pero yo creo que mientras se piensa en la ventura de la familia, no será justo perjudicar a un desgraciado. Así, pues, señorita, en nombre de esa futura felicidad, yo me recomiendo a vuestro buen corazón, para que obsequéis de vuestro bondadoso padre que me conceda siquiera diez minutos de audiencia; va en ello la suerte o la desgracia de un hombre de bien, de un amigo generoso.
- ADELA Podéis volver dentro de una hora, hablaré a mi padre y no dudo que os atenderá.
- JULIÁN Gracias, señorita; dentro de una hora, estaré de vuelta. El cielo recompensará vuestro interés. (Saluda y vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA III

ISIDORO y ADELA

- ISIDORO Tal vez don Antonio se niegue a recibirle.
- ADELA No es posible: se trata de hacer bien, y para esto mi padre siempre se halla dispuesto.
- ISIDORO ¿De qué le aprovecha el bien que hace? El contacto con tantos desgraciados, y la continua alternativa de cárceles, tribunales, de-

litos y condenas, le tiene siempre tétrico y pensativo.

ADELA Esto es debido al carácter de mi padre.

ISIDORO No, señorita Adela. Yo he conocido a vuestro padre en su juventud y afirmo que no existía persona de carácter más vivo y alegre. El daba vida a todas las reuniones, era el ídolo de las fiestas, el más jovial de los jóvenes de su tiempo.

ADELA ¿Sí? Tengo curiosidad de saber... ¿Conocéis a papá desde hace mucho tiempo?

ISIDORO Yo trabajaba en casa del célebre abogado Magnan, de quien vuestro padre era el discípulo predilecto. En aquella época, don Antonio aparentaba tener un carácter frívolo, ligero, superficial; pero los tiempos entonces obligaban a que el patriota tuviese que buscar los medios de ocultar hasta su propio talento, para no dar qué sospechar a los espías de aquel tiránico gobierno... Y mientras la mayoría le tenía por un aturrido, por un calavera, entregado a devaneos, a los placeres y al juego...

ADELA ¿Qué hacía?

ISIDORO Era nada menos que el jefe o presidente de una sociedad secreta, base de todos los planes revolucionarios, lo cual no se descubrió hasta que derribado aquel odioso gobierno estuvo libre de todo peligro... Os recomiendo que me guardéis el secreto, porque si don Antonio supiese que os lo he contado, sería capaz de... No quiere que se sepa todo el bien y todos los sacrificios que ha hecho por su país.

ADELA ¿Y cómo habéis sabido todo eso?

ISIDORO Porque yo también pertenecía a aquella sociedad secreta.

ADELA ¿Qué se hacía en aquella sociedad?

ISIDORO Se exigían juramentos sagrados; los afiliados se sujetaban a pruebas terribles... hablo ya de veinte años atrás, aun no habíais nacido.

- ADELA Proseguid, excitáis mi curiosidad.
- ISIDORO Ahora ya puedo hablar, porque aquellas sociedades no existen... En dicha época los ciudadanos tenían una sola idea, librar al país de la tiranía, del yugo de sus opresores; todos estaban juramentados, y el que se atrevía a denunciar a alguno de los nuestros, o a revelar los secretos de la sociedad...
- ADELA ¿Qué?
- ISIDORO Se convocaba el tribunal. Una vez reunidos los jueces y probado el delito, se extraía de una urna el nombre de aquel que debía encargarse de dar muerte al culpable y se cumplía el mandato con tal puntualidad, que podía asegurarse que en la época fijada, el traidor dejaría de existir.
- ADELA ¿Qué cosa tan horrible! Si la suerte os hubiese designado algún día para matar a alguno, ¿qué habiéráis hecho?
- ISIDORO ¡Tiemblo al recordarlo!... Gracias al cielo, no...

ESCENA IV

Dichos y MARIA con esquelas de convite

- MARÍA (Que ha oído las últimas palabras.) ¿Qué estabáis contando a Adela?
- ISIDORO Le hablaba del carácter del señor don Antonio, cuando era joven, antes de salir para el destierro.
- ADELA Y me explicaba la historia de las sociedades secretas... Contad a mamá lo que se hacía en aquellas sociedades. (A Isidoro.)
- MARÍA (Turbada.) Le contábais... (¡ Ah!)...
- ADELA ¡Te has inmutado!... ¿Qué tienes, mamá?
- MARÍA Señor Isidoro, os prohibo, de hoy en adelante, esta clase de conversaciones con mi hija, que a nada conducen y que siempre dejan siniestras impresiones en el alma.

ISIDORO Perdonad, señora... No ha sido mi ánimo...
MARÍA Basta, pues.
ADELA No le riñáis por haber satisfecho mi curiosidad; la culpa ha sido mía. ¡Pobre Isidoro!
MARÍA (Abrazándola.) No puedo negarte cosa alguna, especialmente hoy; hija mía, está perdonado...
ADELA ¿Habéis oído? mi madre os perdona.
MARÍA Y si queréis, podéis quedaros con nosotros y asistir a la reunión de esta noche.
ISIDORO Gracias, señora. (Con alegría.)
MARÍA Aquí están las esquelas del convite, servíos disponer que lleguen a su destino.
ISIDORO Al momento... Don Antonio. (Al verlo aparecer saluda y vase.)

ESCENA V

DON ANTONIO, MARIA y ADELA

ANTONIO Por fin, ya estoy de vuelta...
MARÍA ¡Buenos días, Antonio mío!
ANTONIO Querida María... (Abrazándola y esforzándose en aparentar alegría.)
ADELA ¡Y de mí te olvidas!
ANTONIO ¿Acaso no lo mereces?
ADELA ¿Por qué? ¡Papá mío!
ANTONIO No nos has olvidado el día que fijando tu mirada en un extraño, te dispusiste a dejar a tus padres, tu casa... tu...
ADELA ¡Padre mío!... (Casi llorosa.)
ANTONIO ¡Ah! Ha sido una chanza, mi buena y querida Adela... Ven a mis brazos. (Abrazándola.)
¿Olvidarte?... ¡jamás! ¡Vivir lejos de ti!
¡Oh, no! No podría. Mira, casi todas las semanas tengo que ir a Bolonia a defender las causas que se me han confiado: pues bien, por no dejarte, tú y tu esposo me acompañaréis, vendréis a oírme, y vuestra

vista, me dará mayor elocuencia para defender a mis pobres encausados.

ADELA ¿Pobres?

ANTONIO Sí, hija mía; los mayores criminales no son aquellos que se sientan en el banco del acusado, ni los que tienen sus manos manchadas de sangre... ¡Los más abyectos son los que asesinan a las familias, los que hacen traición a la amistad, los que calunian y difaman el nombre de un hombre honrado atrincherándose en el campo de una bastarda legalidad!... ¿Qué decía? ¿De qué estaba hablando? ¿A dónde me transportaba?... Perdóname, hija mía.

MARÍA (Interviniendo al ver su estado.) Estábamos haciendo proyectos para el porvenir... ¡Ah! Tengo que decirte que el señor Conde, el padre de Alberto, me ha prometido venir a pasar algunos meses en nuestra compañía después de la boda.

ADELA Cierto, padre mío... Pero, ¿en qué estás pensando?

ANTONIO En nada. Sí, pensaba en tu contrato... que debe ultimarse. (Tomándolo del escritorio.) Aquí está: Adela, déjame solo con tu madre. Debe firmarse hoy mismo y aún deben ponerse de acuerdo sobre algunos artículos que faltan en él.

ADELA No podré dejarte mientras no te vea alegre.

ANTONIO ¿Acaso no lo estoy? (Abrazándola y esforzándose por reír.)

ADELA Así quiero verte. Corro al balcón a esperar la llegada de Alberto. ¿Me lo permites, mamá?

MARÍA Sí, hija mía, ve... (Vase Adela. Antonio apoya la cabeza en el velador.)

ESCENA VI

MARIA y DON ANTONIO

- MARÍA Antonio, ¿vuelves de nuevo a tu melancolía?
- ANTONIO Oyeme, María. Estoy debatiendo en mi mente un caso de conciencia.
- MARÍA Sé cuanto quieres decirme.
- ANTONIO Hace muchos años que no hemos hablado de ese horrible y penoso asunto. Sin embargo, es indispensable recordarlo, como en el día en que yo pedí tu mano al noble Barón, tu padre.
- MARÍA Y bien; ¿qué respondió a tu noble y franca confesión?
- ANTONIO Me perdonó. Pero no se encuentran en toda la tierra dos hombres tan justos y desprecupados como él.
- MARÍA Te perdonó, y tu conciencia debe estar tranquila.
- ANTONIO Un triste presentimiento me dice que ha de venir un día en que la luz rasgará el velo que encubre aquellos tenebrosos hechos.
- MARÍA Han transcurrido veinte años... ¿Quién podrá recordarlos?
- ANTONIO El tiempo todo lo borra, menos el rastro de la sangre... Parece que una mano terrible y vengadora resucita las pruebas, pone en evidencia los indicios de un delito, por más que lo creamos impenetrable a las humanas investigaciones.
- MARÍA Tú olvidas que era un traidor, un fanático, el que sacrificaba la santa causa a la cual habías consagrado tu brazo y tu corazón; centenares de familias habían sido víctimas de sus infames delaciones; aquel hombre fué condenado a muerte por la sociedad a la cual habíais jurado obedecer ciegamente... Tú, fuiste sólo el instrumento, no el autor.

ANTONIO ¡ Ah! ·Cómo tu amor procura disculparme! Si yo hubiese muerto a aquel hombre hallándome dominado por la excitación o en el acto de denunciar a mis pobres compañeros, mi conciencia encontraría una excusa para disminuir la culpabilidad... Pero... yo calculé mi delito... ¡lo prometí día por día... busqué el momento propicio para cometerlo impunemente y lo consumé con la más estoica frialdad!... (María llora.) ¡ En nombre de Dios, escúchame! Hace muchos años que llevo este peso sobre mi conciencia, sin poder obtener una expansión... Oyeme, María.

MARÍA Sí, sí; te escucho con resignación. (Dominándose.)

ANTONIO ¡Tengo muy presente aquella fatal noche! Las calles estaban desiertas, él regresaba a su casa; caminaba junto al largo paredón contiguo a la iglesia... ¡Gran Dios! ¿Dónde reconcentré yo aquella fuerza de voluntad para cumplir el mandato, para cometer el delito, para ahogar los gritos hasta asegurarme de que mi víctima era ya un cadáver?... No lo sé, no... ¡María! ¿Qué haces?... ¿Lloras?... ¡Te aflijo!... ¡Torturo tu alma!... ¡Ah! ¡Desgraciado!

MARÍA ¡Prosigue, prosigue, si quieres también acabar conmigo!

ANTONIO No, María; pasarán muchos años antes que vuelva a evocar ese penoso recuerdo. Ahora bien; decida tu buen juicio, María, si nosotros podemos, en conciencia entregar la mano de nuestra Adela al hijo de una familia tan noble y tan considerada en el país.

MARÍA ¿Querrías hacer responsable a tu inocente hija?

ANTONIO ¡No lo permita Dios! Por un cúmulo de circunstancias, a pesar nuestro, puede esclarecerse aquel hecho... y entonces la familia del Conde, Alberto mismo, podría echarnos

- MARÍA en cara, con justicia, el haberle ocultado...
¡Pues bien; revela a todo el mundo ese terrible secreto, y por un mal justificado escrúpulo de conciencia, sacrifica la felicidad de tu hija!
- ANTONIO Perdóname, María... los años... los disgustos han debilitado mi espíritu. Tú lo reanimas. Sí, Dios me habrá perdonado, puesto que me permitió volver a mi patria y me concedió la dicha de tener a mi lado tan dulce y cariñosa compañera, como lenitivo a mis remordimientos. Sí, has vencido... Desde este instante desaparece la tristeza de mi semblante como de mi corazón... Quiero que bajo felices auspicios, se inaugure el día en el cual se debe asegurar el porvenir de nuestra adorada Adela.
- MARÍA Sí, Antonio mío, aleja el dolor y brille hoy en esta casa la santa alegría. ¿Oyes?... Un carruaje ha parado a la puerta de esta casa.

ESCENA VII

Dichos, ADELA, ISIDORO, el CONDE y ALBERTO

- ADELA (Atravesando la escena.) Ya han llegado.
- ISIDORO (Anunciando.) El señor Conde y su hijo suben la escalera.
- ANTONIO ¿Está todo dispuesto, Isidoro?
- ISIDORO Se han cumplido las órdenes que me ha dado la señora.
- ADELA ¿No sales a recibirlos? (A su padre.)
- ANTONIO Vamos... Ya es tarde... (Porque se acaban de presentar.)
- ALBERTO (Saliendo.) Señores; tengo el gusto de presentar a mi señor padre... Señora... (Saludando.) Señorita...
- MARÍA (Saliendo al encuentro.) Estoy orgullosa y confundida por el honor que el señor Conde se ha servido dispensarnos... Mi esposo... mi hija... (Presentándolos.)

CONDE He tenido el placer de ver a este caballero en una circunstancia que me sería difícil olvidar.

ANTONIO ¿Si no me equivoco defendiendo un pleito en contra del señor Conde?

CONDE Debo añadir, que con vuestra elocuencia lográsteis convencerme de que me había completamente equivocado.

ANTONIO Esta espontánea declaración hace honor a la imparcialidad y a la justicia de vuestro carácter.

CONDE Señorita Adela... (Saludándola.)

MARÍA Adela, besa la mano al señor Conde.

CONDE Conocía el nombre de esta señorita... le oigo repetir con frecuencia... ¿No es así, Alberto? Tal vez habré sido algo odiado por esta señorita cuando supo que yo había opuesto obstáculos a la realización de su felicidad; sin embargo, tales obstáculos no han hecho más que allanar el camino para llegar a un feliz resultado. (María, al ver la turbación de su esposo, toma la palabra.)

MARÍA Perdonad, señor Conde, si la conmoción y el respeto impiden a mi hija poder contestar a tan galantes expresiones... Suplico os dignéis tomar asiento.

ANTONIO Creo inútil decir al señor Conde que ha tomado ya posesión de su casa.

CONDE Acepto la oferta, con la cual me creo muy honrado... (Toma asiento que le ofrecen.) Ruego a esta señorita que se siente a mi lado... deseando que más tarde esto sea en ella una costumbre; y quiero que se convenza de que no soy aquel padre feroz, que sin duda se había figurado.

ANTONIO Aseguro al señor Conde que en esta casa siempre se ha hablado con el mayor respeto de su persona.

CONDE (Con cierta jovialidad.) No quiero tomarme el trabajo de contradecir al señor abogado. Me hicistéis perder tres mil escudos... así, pues, no quiero discutir. Ahora bien, se

trata de la felicidad de estos dos jóvenes... y si como creo, ellos ya se han puesto perfectamente de acuerdo, los viejos acabaremos por entendernos. Bastará un apretón de manos.

MARÍA

Nosotras, las señoras, sabemos valorar con más justicia ciertos rasgos de delicadeza que parten del corazón.

CONDE

Yo no soy ciertamente uno de aquellos nobles de antigua raza, que creen que corre por sus venas sangre azul, como si la sangre fuese un objeto de lujo. No, señora... Yo no admito más que una sola nobleza, la de las grandes acciones... Señor abogado, (Levantándose.) venga esa mano. Yo estrecho con orgullo, con satisfacción entre las mías, la de un hombre modesto; pero honrado... la mano de un hombre que con su talento y sus virtudes honra al país en que ha nacido.

ANTONIO

CONDE

(Confuso y retirando la mano.) Señor Conde...

Conozco vuestro desinterés y los nobles servicios que prestáis a la humanidad. Sé que, al ejercer vuestra honrosa profesión, nunca la habéis denigrado aceptando una demanda injusta o desleal; y mientras otros traficantes del foro, en vez de defender la causa de la justicia y del derecho, doblan hasta la misma injusticia obscureciendo la antorcha de la verdad, sin más objeto que el sórdido y mezquino interés; vos, fiel intérprete del derecho y de la justicia, sois el hombre digno, íntegro y desinteresado, cuyo único móvil ha sido siempre sacrificarlo todo al sagrado deber que dicta la más estricta conciencia. Estos son vuestros títulos, este es vuestro blasón, señor abogado, y esto es cuanto debe llevar, con orgullo, vuestra hija en dote a mi hijo Alberto.

ANTONIO

No más, señor Conde...

MARÍA Vuestras palabras confunden a mi esposo, y... (¡Antonio, por Dios!)

ANTONIO (Haciendo un esfuerzo.) Señor Conde, tal vez podréis engañaros acerca de mi persona, mas no vuestro hijo acerca del carácter de mi Adela... Ella sabrá corresponder dignamente a vuestra bondad y cariño, prodigándoos aquellos cuidados afectuosos que me han hecho ser un padre afortunado, mientras mi esposa y yo nos consolaremos, sabiendo que es feliz en el seno de la nueva y digna familia que la ha honrado.

ESCENA VIII

Dichos e ISIDORO

ISIDORO El hombre que vino esta mañana pretende hablaros.

ANTONIO No estoy en casa para nadie.

ADELA Querido papá, había olvidado decirte que me atreví a ofrecerle en tu nombre que le recibirías.

ANTONIO En ese caso no puedo negarme. Señor Conde, dejo a mi hija y a mi esposa el cuidado de haceros menos molesta mi breve ausencia.

CONDE Podéis atender a vuestros deberes con toda tranquilidad.

MARÍA Venid, señor Conde; Adela tocará el piano, ínterin vuelva mi esposo.

CONDE La oiré con mucho gusto.

MARÍA No olvides, Antonio, que te esperamos impacientes. (Vanse los tres. El Conde toma el brazo a Adela, Alberto a María.)

ANTONIO Isidoro, di a ese hombre que pase y déjanos solos.

ESCENA IX

JULIAN y DON ANTONIO

- JULIÁN Señor abogado... (Saludando.)
ANTONIO ¿Qué se os ofrece?
JULIÁN ¿No me reconoce el señor don Antonio?
ANTONIO Vuestra fisonomía no me es enteramente desconocida.
JULIÁN Ya lo creo, puesto que la véis muchas veces cerca de los desgraciados a quienes defendéis.
ANTONIO ¡Ah, sí! me parece... (Tratando de recordarle.)
JULIÁN Soy Julián... el segundo de la Cárcel.
ANTONIO ¿Y qué es lo que quiere de mí, Julián?
JULIÁN Todos los hombres tenemos nuestras debilidades, señor abogado, y yo soy uno de aquellos que no pueden olvidar jamás los beneficios y especialmente los que se han hecho a mi familia.
ANTONIO Tales sentimientos os honran.
JULIÁN Pues bien; es el caso que un hombre, a quien todo lo debe la mía, se encuentra bajo el peso de una terrible acusación
ANTONIO ¿Quién es ese desgraciado?
JULIÁN No lo podréis imaginar. Es... vuestro amigo don Carlos Ventur.
ANTONIO (Con gran excitación.) ¿Ventur has dicho? ¿Ha vuelto de América?
JULIÁN Desgraciadamente.
ANTONIO Pero, ¿por qué no ha venido él mismo?
JULIÁN Por una razón muy poderosa; porque está preso.
ANTONIO (Aterrado prosigue el interrogatorio con excitación.) ¿Preso? ¡Dios mío! ¿Por qué causa?
JULIÁN Víctima de una gravísima acusación.
ANTONIO ¿Cuál?
JULIÁN Nada menos que la de homicidio voluntario y premeditado.
ANTONIO En la persona... ¿de quién?

JULIÁN De su tío, del cual debía heredar un cuantioso patrimonio.

ANTONIO ¿De su tío?...

JULIÁN Sí, un hombre muy malo que tenía fama de ser espía del gobierno; un delator.

ANTONIO ¿El abogado Ventur?

JULIÁN El mismo.

ANTONIO ¡El! (Se deja caer en una silla.)

JULIÁN ¿No recordáis que aquel miserable espía fué encontrado una noche asesinado en medio de la calle con un puñal clavado en el corazón, hecho que dió lugar a mil comentarios? Pues bien; le acusan de aquella muerte. Pero hay testigos, indicios como veréis, que pueden probar que no fué él el homicida.

ANTONIO Y no lo es. (Con seguridad.)

JULIÁN ¡Ah! ¡Vos también lo aseguráis!

ANTONIO Sí, lo aseguro... porque me lo dice el corazón... porque... Carlos fué siempre un joven de elevadas ideas, de sentimientos nobles y generosos... de un carácter desinteresado e incapaz de...

JULIÁN ¡No se ha engañado mi amigo, al querer confiaros su defensa!

ANTONIO ¡Yo... su defensor!

JULIÁN ¿Quién podrá protegerle mejor que sus amigos? Yo, aquí donde me véis, señor abogado, apenas tuve noticia de su prisión, puse en juego muchas influencias para conseguir la plaza de segundo en las cárceles, y la he obtenido.

ANTONIO ¿Por él?...

JULIÁN Sí, señor; me he propuesto salvarle a toda costa. Primeramente por los medios legales, y por eso me he dirigido a vos, confiando en que demostraríais su inocencia y le salvaríais, y en caso contrario...

ANTONIO ¿Qué pensáis hacer?

JULIÁN Ese es un secreto...

ANTONIO (Alterado.) Decidme: verdaderamente, ¿el motivo que os ha conducido aquí ha sido

- sólo el proponerme que me encargase de su defensa?
- JULIÁN Sí, señor, pero... ¿Pero por qué me miráis con ese aire de desconfianza? ¿Dudaréis acaso de mí? Me he dirigido a vos porque sois querido y respetado de todo el mundo, porque sois un hombre de talento, justo, leal, honrado...
- ANTONIO Habéis hecho perfectamente... porque yo solo... puedo defenderle... yo solo... puedo salvarle y le salvaré.
- JULIÁN ¡Le salvaréis!
- ANTONIO Sí, porqué... (En este momento se oye el piano dentro y esto le recuerda a la esposa y a la hija; entonces se conmueve y giran en su mente todas las consecuencias de su indiscreción y cambia al ver a Julián que le mira con atención y extrañeza.) ¿Habéis traído algún documento?
- JULIÁN Aquí están todos. (Entregándole un legajo)
- ANTONIO Tendré necesidad de quedarme con estos papeles para examinarlos detenidamente.
- JULIÁN No hay dificultad, aquí los dejo.
- ANTONIO Si queréis esperaros...
- JULIÁN No, otros asuntos que también interesan al señor don Carlos, me llaman fuera de aquí. Si me lo permitís, dentro de una hora volveré a recibir vuestra contestación.
- ANTONIO Como mejor os acomode.
- JULIÁN (¡Todos lo dicen! ¡No hay otro más honrado!) (Váse.)

ESCENA X

DON ANTONIO solo

- ANTONIO (Conmovido revisa los papeles con la mano trémula; se oye el piano dentro durante toda la escena. Declaraciones de testigos... Requisitorias... (Al desdoblarse el papel se inmuta.) ¡El plano de la calle donde fué asesinado!... ¿Deberé yo internarme en las vísceras de este delito?...

Ante tal lectura, siento algo aquí que desorganiza mi mente... y una involuntaria sonrisa brota de mis labios convulsos... ¿Es así... Dios mío, como se pierde la razón?... ¡No, calma, Antonio, calma! Piensa en ti... (Oyendo el piano.) Allí me están esperando... es preciso que vaya a reunirme con ellos... y diré... ¿Qué les diré?... Mi cerebro se enloquece... ¡Ah! ¡Cuánto sufro! (Deja caer la cabeza que apoya con sus manos, presa de un profundo abatimiento.)

ESCENA XI

MARIA y DON ANTONIO

- MARÍA Antonio, ¿qué haces aquí solo?
- ANTONIO (Procurando tranquilizarse.) Meditaba las circunstancias de una causa singular que acaban de traerme.
- MARÍA Deja los negocios, al menos por hoy, y vente con nosotros.
- ANTONIO Sí, dices bien... voy... (Trémulo y sin moverse.)
- MARÍA ¿Qué te detiene?
- ANTONIO María... tengo necesidad de hablarte.
- MARÍA ¿Pero que dirán el señor Conde y su hijo de nuestra tardanza?
- ANTONIO ¿No está con ellos nuestra hija?
- MARÍA Sí.
- ANTONIO Ella hará entre tanto los honores de la casa. María, escúchame, tengo que hablarte de asuntos muy graves.
- MARÍA ¡Me asustas!... ¡Antonio!
- ANTONIO Es preciso mucha calma.
- MARÍA ¿Alguna nueva desgracia?
- ANTONIO No... Hasta cierto punto... Hay... la amenaza de un peligro lejano que yo sabré conjurar; no temas.
- MARÍA ¿Peligro de qué? ¡Dios mío!
- ANTONIO Los temores que hace tiempo abrigaba, se han realizado.

- MARÍA ¿Qué dices?... ¿una desgracia de fortuna?...
¿Te ha escrito mi padre?... ¿acaso está en-
fermo?
- ANTONIO Nada de eso.
- MARÍA ¿Pues de qué se trata? (Alarmada.)
- ANTONIO ¡No te alarmes, por caridad!
- MARÍA ¡Cómo quieres que me tranquilice, si es-
toy acostumbrada a los pesares, a las vi-
cisitudes!...
- ANTONIO Más pronto o más tarde, lo hubieras debido
saber.
- MARÍA ¡Ah! Comprendo... ¿Aquel hombre...
- ANTONIO ¿Quién?
- MARÍA El que ha venido hace poco... ¿Algún en-
viado del gobierno? ¿Algún nuevo crimen?
(Sin casi poder hablar)
- ANTONIO ¿No ves?... Ya estás temblando.
- MARÍA Habla, en nombre de Dios; ¿no compren-
des que yo preveo una desgracia mayor de
la que realmente puede amenazarnos?
- ANTONIO Aquel hombre... es... el enviado de un ami-
go, de un compañero de Universidad, que
se halla en la cárcel y solicita que yo sea
su defensor.
- MARÍA ¿Y no es más que esto?
- ANTONIO ¿Pero sabes tú de qué delito se le acusa?
- MARÍA ¿Qué importa?
- ANTONIO Importa terriblementé, María, porque ese
amigo está acusado de *mi mismo* delito.
- MARÍA ¡Infeliz! ¿También él ha tenido que cum-
plir un mandato de muerte?
- ANTONIO No me has comprendido.
- MARÍA ¿Por qué?
- ANTONIO No se trata de un delito igual al mío... si-
no... del delito mismo que yo cometí...
- MARÍA ¡Ah! (Dando un grito.)
- ANTONIO Calla. (Tapándole la boca e indicándole que hay gente
en la habitación contigua y que pueden oírle.)
- MARÍA ¿Y este hombre reclama de ti su defensa?
¡Providencia divina!... ¿Y qué le has con-
testado?

ANTONIO He pedido tiempo para examinar estos documentos.

MARÍA ¿Los has leído?

ANTONIO Rápidamente... pero hay pruebas terribles.

MARÍA ¿Qué piensas hacer?

ANTONIO ¿Tú me lo preguntas?

MARÍA ¿Y el hombre que a ti se ha dirigido, sabe que eres tú el autor del hecho que a él se le imputa?

ANTONIO No.

MARÍA Respiro; en ese caso te salvarás.

ANTONIO ¿Cómo?

MARÍA No nos queda otra resolución sino abandonar esta ciudad, y partir para Inglaterra mañana si es preciso.

ANTONIO Obraría como un malvado contumaz a los ojos de la sociedad, y, sobre todo, sería una vil, un infame, abandonando al inocente.

MARÍA (Convulsa.) ¿Pues... qué quieres hacer, Antonio?

ANTONIO Valerme de los medios que me prestan la experiencia y el estudio. Aceptar la defensa de este hombre. Perorar con tanta fuerza de argumentos, que obligue al jurado a proclamarle inocente y juro conseguirle. Estoy seguro de que la causa de la inocencia, la voz de la amistad, guiarán mi corazón... y le salvaré. Sí, le salvaré.

MARÍA ¿Y si no le salvas?... Yo te conozco, Antonio... ¡serás capaz!... Antonio... (Tem' ando al pensar que él es capaz de delatarse.)

ANTONIO (Que lo comprende.) Nada temas, no; siempre tendré presente, ante mis ojos, a mi esposa y a mi hija... Había olvidado que nos esperan... Ahora bien; María, ante esta difícil situación, debes ser razonable y previsora... Comprende en este momento la imperiosa necesidad... de...

MARÍA ¡Cuál!

ANTONIO ¡María! El señor Conde es un noble caballero... sería un proceder inicuo el nuestro,

- si permitiéramos que se efectuase hoy este matrimonio, cuando mañana tal vez...
- MARÍA ¿Cuál es tu designio? (Ala mada.)
- ANTONIO (Después de una pausa.) ¡Tú tienes talento... tú tienes corazón... tú me comprendes, María! Por lo tanto, confío a tu delicadeza el completar mi pensamiento...
- MARÍA (En la mayor agitación.) ¿Es posible que estés, tal vez, resuelto a sacrificar hija, nombre y familia?... ¿Es posible, Antonio?
- ANTONIO ¡María! (Vacilando.)
- MARÍA (Con resolución.) ¡Niégalo, si puedes!... ¡Niega que es ese tu pensamiento, y que si no basta tu elocuencia, si no bastan tus esfuerzos para salvar al amigo, estás resuelto a acusarte tú mismo!
- ANTONIO Más bajo... (Señalando al gabinete donde está el Conde.)
- MARÍA ¿Tú no quieres que se firme este contrato?... ¿por qué?... ¿por qué temes que el noble Conde contraiga un lazo de familia con la de un hombre que tiene casi la certeza de que recaiga sobre él una pena infamante? Bien: sea... Yo renuncio, si tú quieres, a la felicidad de nuestra hija... pero júrame partir de aquí conmigo y con ella, júramelo.
- ANTONIO ¡María! ¿No podremos recurrir cuando queramos al medio que me propones? Antes de expatriarme y de infamarme, deja que me valga de las armas que Dios me ha concedido para defenderme.
- MARÍA ¡Te conozco, Antonio!... La convicción, la generosidad de tu alma, vencerán en ti la prudencia y te harás traición!
- ANTONIO ¡Oh, no!... ¡porque se trata de ti, de mi hija, de cuanto más amo en el mundo!

ESCENA XII

Dichos, CONDE, ALBERTO, ADELA, y a poco ISIDORO

- ADELA Madre mía... papá... ¿no venís? ¿Nos habéis olvidado?
- ANTONIO Tienes razón, hija mía; ¡os hemos hecho esperar! señor Conde... os pido mi perdones.
- CONDE Estáis dispensado...
- ADELA (¿Qué tienes, mamá? ¿Estás pálida!)
- CONDE ¿Acaso se sentiría indispuesta?
- MARÍA No, señor Conde. (Disimulando.)
- ANTONIO Sí; se halla conmovida por el relato de un caso terrible que yo le hacía.
- ADELA Tal vez aquel hombre que ha venido es el que... si es así, ya estoy arrepentida de haber sido yo la causa de que le hayas recibido.
- ANTONIO No... porque con esto podrán evitarse fatales consecuencias. (Extrañeza en todos.)
- ISIDORO (Anunciando.) El señor Notario está en la Sala.
- ANTONIO Decidle que hoy no se necesitan sus servicios, que puede retirarse. (Vase Isidoro.)
- ALBERTO Caballero... ¿Qué habéis dicho! (Con asombro.)
- ADELA ¿Padre mío! (Echándose en los brazos de su padre.)
- ¿Por qué?
- ANTONIO ¿No lo extrañéis, querido Alberto... no hay que estremecerse, hija mía! El amor de dos jóvenes amantes, y buenos como vosotros lo sois, debe prepararse a sufrir grandes pruebas... y ha llegado el momento.
- CONDE No os comprendo...
- ANTONIO Por una causa independiente de mi voluntad, señor Conde, y con todo el dolor de mi alma, me veo obligado a deciros que el matrimonio de nuestros hijos debe suspenderse.
- ALBERTO ¿Por qué causa? (Gran sensación.)
- ANTONIO No me la preguntéis, Alberto; básteos solo

- en que os diga que ésta proviene de un sentimiento de delicadeza que me obliga...
- CONDE Os comprendo, caballero... Tal vez un azar de fortuna no os permite asegurar a vuestra hija la dote establecida...
- ALBERTO Si esta es la dificultad, hablad... Yo no vacilaría un instante... nunca el interés...
- ANTONIO ¡Ah! ¡Tenéis un noble corazón!
- ALBERTO Estoy seguro de que así piensa también mi padre
- CONDE Positivamente.
- ANTONIO Vuestra generosidad me conmueve...
- MARÍA Mi esposo tiene razón... Muchas veces en medio de la más tranquila alegría, cae de repente una imprevista desventura, ante la cual es preciso inclinarse porque arrastra en pos de sí el luto y el dolor.
- CONDE ¿Acaso la muerte de algún pariente de?...
- ADELA (Llorando.) ¡Madre mía!... (Echándose en brazos de su madre.)
- MARÍA Aquí, sobre mi corazón, hija de mi alma. ¡Señores, por piedad! No me preguntéis más.
- ANTONIO Señor Conde, oidme... Dentro de un mes... en esta misma casa... mi familia esté vestida de luto, o lo esté de fiesta, os espera... Si entonces, todavía, volvéis a honrar mi casa y a pedirme la mano de mi hija... será vuestra.
- ALBERTO Esperaré con impaciencia.
- CONDE Yo respeto, caballero, cualquiera que sea el motivo que os obliga a diferir este matrimonio.

ESCENA XIII

Dichos e ISIDORO

- ISIDORO Otra vez el hombre de antes...
- ANTONIO Que espere, voy al momento... Señores, un deber sagrado, hijo de mi profesión, me obliga a marchar al momento.
- MARÍA Difiere la partida hasta mañana.
- ANTONIO Me es imposible... (Bajo a María.) (María, déjame salir de este infierno.) (Alto.) Ea, ánimo Adelina. Por piedad... no llores... Vaya, dame un beso... Señores, vuestra mano; señor Conde... María, mi buena y virtuosa compañera, valor. (Abrazándola.) Hija mía, otro abrazo... Tranquilízate. No hay que extrañar, señor Conde... el verme tan conmovido... comprendo que parece ridículo cuando se trata de una separación tan corta... pero cuando se ama como nosotros nos amamos, ¡el separarse es siempre doloroso!... ¡Soy tan padrazo, que!... hasta a mí... también... ¿véis?... (Señalando las lágrimas que corren por su mejilla.) Ea, basta... (Toma los papeles y sombrero.) Adiós, Adelina... (María, valor.) Señores... (Sale en medio de una terrible lucha.) (María rompe en llanto contra el seno de su madre, y el Conde y su hijo quedan inmóviles sin poderse dar cuenta de lo que pasa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala de recibimiento en la Cárcel, que comunica con la prisiones; puerta al foro y en su izquierda se ve la reja de la entrada; a la derecha dos puertas, a la izquierda, otra en primer término, y ventana con reja en segundo. Mesa con tapete de bayeta verde. Sillón de vaqueta, recado de escribir. Libro de entradas Farol grande colgado.

ESCENA PRIMERA

EL ALCAIDE y JULIAN, llamando al foro

- ALCAIDE (Suena la campana.) Allá voy.
JULIÁN Buenos días, (Saludándole militarmente.) mi primero...
ALCAIDE ¿Cómo tan temprano?
JULIÁN Vengo de parte de su excelencia el señor presidente del Jurado?
ALCAIDE ¿Ya ha llegado?
JULIÁN Ayer por la tarde.
ALCAIDE ¿Le has hablado?
JULIÁN Sí, señor.
ALCAIDE ¿Qué clase de persona es?
JULIÁN Simpático, de trato afable, de...
ALCAIDE ¿Joven?
JULIÁN Un hombre de mi edad.
ALCAIDE ¡Así se confían hoy puestos de tan alta importancia!
JULIÁN Y a mí me extraña que hoy se conserve en los suyos a ciertas personas...

- ALCAIDE ¿Qué queréis decir con eso?
- JULIÁN Que yo, por ejemplo, si fuese Ministro, hubiera ya puesto en la calle a un prójimo que en otros tiempos se hizo célebre por el mal trato que daba a los presos políticos.
- ALCAIDE ¿Y si ese hombre cumplía con su deber?
- JULIÁN Eso ya se averiguaría; pero dejemos este asunto. Vengo a deciros que su excelencia viene a visitar la cárcel.
- ALCAIDE ¿A visitarla?
- JULIÁN ¡Parece que la noticia no os ha hecho mucha gracia!
- ALCAIDE ¿A mí? Me es indiferente.
- JULIÁN Y parece que su excelencia os conoce.
- ALCAIDE No recuerdo haberle visto.
- JULIÁN Me ha preguntado por vos y por vuestro látigo.
- ALCAIDE ¿Por el látigo? (Alarmado.)
- JULIÁN En confianza: su excelencia el señor Presidente, tuvo en los pasados tiempos de absolutismo, la mala suerte de ser vuestro inquilino por espacio de cuatro o cinco años.
- ALCAIDE ¿Cómo! ¿Estuvo aquí preso?
- JULIÁN Se llama Norberto Saul. Ved si este nombre se halla inscrito en el libro de registro.
- ALCAIDE (Algo turbado.) ¡Saul, Presidente del tribunal!
- JULIÁN ¡Demonio!
- JULIÁN ¿Qué tenéis? ¿Conocerá acaso su excelencia el sabor de vuestro látigo?
- ALCAIDE ¿Acaso te lo ha dicho?
- JULIÁN No, es una suposición mía. ¿Sabéis lo que tenía que deciros? que esté todo dispuesto para la visita; ese era mi cometido. Conque salud, y ojo. A más ver, señor Alcaide.
- (Vase.)
- ALCAIDE (Caviloso.) ¡Norberto Saul! (Tomando el gran libro de registro.) Saul, Norberto; edad, veinticuatro años, natural de Jurlí; de profesión, abogado; reo del delito de conspirador contra el Estado. *Trato: pan y agua; castigo: cadena corta al pie; mucho rigor.* Estas eran las instrucciones; mucho rigor... que,

según nuestro reglamento, quiere decir no tener compasión del preso, abatirle; algún castigo de cuando en cuando... Yo no creo que su excelencia quiera vengarse de todos los malos tratamientos que le hice pasar... me lo mandaban... por de pronto esconderé el látigo, no sea que recuerde... al verlo... ¿Quién va? (Oyendo llamar al foro de la izquierda.)

ESCENA II

ALCAIDE, EL PRESIDENTE DEL JURADO, el FISCAL y JULIAN

JULIÁN (Dentro.) Su excelencia el señor Presidente del Jurado y el señor Fiscal.

ALCAIDE Estoy á las órdenes de sus excelencias... (Vuelve a cerrar.)

PRESID. Os aseguro, señor Fiscal, que al poner el pie en este recinto mi alma se conmueve porque en esta casa he pasado los cinco años más bellos de mi juventud.

FISCAL Raras alternativas de la fortuna; aquí donde llevásteis la cadena... hoy...

PRESID. ¡Y qué cadena! De la longitud de mi brazo, sujeta a una argolla enclavada en la pared. Así estuve cinco años.—A propósito, señor Alcaide, debéis acordaros de mí.

ALCAIDE Excelentísimo señor... no es fácil... he visto a tantos... desgraciados... que... no es fácil, repito... poder recordar... además, los calabozos están tan oscuros... que...

PRESID. ¿Conqué no me reconocéis? Sin embargo, todos los días, cada tres horas, me hacíais una visita, y cuando por casualidad me encontrabáis dormido, vuestro látigo se encargaba de despertarme, y presentándome la linterna ante los ojos, me gritábais: ¡Canalla! ¡Dormilón! ¡Arriba!

FISCAL ¡Es posible!

PRESID. Y mucho más... Por eso sus pobres víctimas le pusieron por antítesis el apodo de

maestro Misericordia. Sin embargo, no dudo que los nuevos reglamentos habrán modificado su conducta.

ALCAIDE Excelentísimo señor, juro que yo sólo hacía lo que me dictaba el deber, ajustando mis actos a la más rígida obediencia.

PRESID. Basta; todo lo olvido, y espero que vuestra nueva conducta me hará borrar los recuerdos de la pasada. El reo no se acuerda de nada, pero el magistrado tiene el deber de informarse de cómo os portáis. Si vuestra conducta es digna, creed que la aplaudiré; pero no si merece censura.

ESCENA III

Dichos y DON ANTONIO

ANTONIO (Llamando en la reja del foro de la izquierda y preguntando.) ¿Su excelencia el señor presidente del Jurado?

PRESID. ¿Qué se ofrece?

ANTONIO Venía a suplicar a vuecencia que... (Fijándose.)

PRESID. No creo engañarme... esta fisonomía... la voz...

ANTONIO Señor presidente...

PRESID. ¡Vos, caballero!... ¡Tú eres Forest!

ANTONIO ¿Norberto Saul?...

PRESID. El mismo.

ANTONIO Amigo mío... (Abrazándole.) ¿Tú aquí?

PRESID. He llegado hace poco.

ANTONIO ¿Para defender alguna causa?

PRESID. Para juzgarla.

ANTONIO ¡Juez!...

PRESID. Presidente del Jurado.

ANTONIO ¿Tú?

PRESID. Justamente. No debe extrañarte. Nosotros estudiamos leyes en la misma Universidad, y es natural que habiendo seguido igual carrera, un día nos encontráramos en el mis-

mo Tribunal. Dispensadme, señor Fiscal, pero al ver de nuevo a un amigo de la infancia, el alma se cree transportada a aquellos felices tiempos de alegría, de esperanza y de entusiasmo... ¿Tú permaneciste mucho tiempo en Inglaterra?

ANTONIO

Sí.

PRESID.

Yo fui menos afortunado... Tú pudiste substraerte a las persecuciones de nuestros opresores... mientras que yo caí en su poder. Sin embargo, aunque en diversa situación, entrambos cumplimos con nuestro deber, y hoy recogemos el premio.

ANTONIO

Premio doloroso para mí, porque nos encontramos en este triste lugar... y yo me veo obligado a remover un fatal acontecimiento... Precisamente buscaba, a propósito de esto, al Presidente del Jurado.

PRESID.

Habla, amigo mío, ¿qué solicitas?

ANTONIO

Venía a pedir al Presidente una autorización para conferenciar con un preso cuya causa ha de fallar hoy este Tribunal, y de cuya defensa estoy encargado.

PRESID.

Esto es sólo una formalidad... Siendo tú, su abogado...

ANTONIO

¿Cuál será tu sorpresa cuando sepas el nombre de mi defendido!

PRESID.

¿Por qué?

ANTONIO

Sí, Norberto; se trata del mejor, del más generoso, del más querido de nuestros antiguos amigos; de Carlos Ventur.

PRESID.

¡Ventur! ¡Parece increíble! Será leve su culpa.

FISCAL

Al contrario... Es una causa gravísima. Se trata de un homicidio voluntario, premeditado.

ANTONIO

¿Era posible imaginar siquiera, querido Norberto, cuando cogidas nuestras manos en aquellas felices horas de nuestra juventud, nos hacíamos firmes protestas de eterna amistad, que un día nos hallaríamos en un mismo tribunal, representando el uno

la parte de reo, la de abogado el otro, y el tercero la de juez! Esta es la verdad, porque tú deberás pronunciar su sentencia.

PRESID. Yo cumpliré mi deber. Dale un abrazo en nombre mío... infúndele valor... infúndeselo tú mismo. No te reconozco, Antonio. ¡Tú de carácter tan alegre, hoy tan abatido! ¡Debes haber sufrido mucho!

ANTONIO ¡Oh! ¡Mucho! (Estrechándose las manos.)

PRESID. Adiós, mi buen amigo. Un deber importante me obliga a dejarte. (Al Fiscal.) Soy vuestro. (A Antonio.) ¿Me has comprendido? Anímale. (Vase con el Fiscal y el Alcaide.)

ESCENA IV

JULIAN y DON ANTONIO

JULIÁN Señor abogado, según parece, el señor Presidente manifiesta excelentes disposiciones en favor de don Carlos.

ANTONIO Sin embargo... le conozco; es tan afectuoso para con sus amigos, como severo en el cumplimiento de sus deberes.

JULIÁN Pero él se convencerá de que don Carlos es inocente... cuando oiga las pruebas en la vista de la causa.

ANTONIO ¿Las pruebas dices? ¿Tienes tú esas pruebas? (Con gran interés.)

JULIÁN Yo no las tengo; pero me consta que están en poder de otra persona que se interesa vivamente por su suerte, y que se presentarán.

ANTONIO ¿Y esa persona?...

JULIÁN Es la misma que procuró que me diesen la plaza que hace ocho meses desempeño en esta cárcel; la persona, en fin, que me aconsejó que os confiase la defensa de don Carlos.

ANTONIO (Turbado.) ¿El nombre de esa persona?

- JULIÁN Si queréis, podéis verla al instante, y no dudo que quedaréis sorprendido.
- ANTONIO ¿Luego es persona a la cual conozco?
- JULIÁN No sé... nada puedo decir...
- ANTONIO ¿Y dices que él puede probar?
- JULIÁN No es él... es ella... Se trata de una mujer.
- ANTONIO ¿De una mujer? ¿La hermana? ¿La madre de don Carlos?
- JULIÁN Me ha exigido el secreto... Mientras el Alcaide está ocupado allí dentro, la haré entrar.
- ANTONIO ¿Está aquí?
- JULIÁN Me espera en la sala de recibo; le había prometido tener una entrevista con el preso, pero puesto que la casualidad me favorece, veré si puedo hacer que antes hable con vos.
- ANTONIO Hazla entrar.
- JULIÁN No puedo prometerlo. Es solo una idea que me ha ocurrido... pero veré si la convengo... Si es verdad que ella posee el secreto para poder salvar a mi protector... Debo añadir que ha prometido... revelarlo en último extremo. ¿A quién mejor que vos, su defensor, puede revelar ese secreto mientras llega la ocasión de declararlo al Jurado, si es necesario?
- ANTONIO (¡Oh! Si la Providencia me proporcionase el medio de salvar a don Carlos sin perderme!) ¿Aún estás aquí? Vete y vuelve al instante. Estoy impaciente. (Vase Julián.)

ESCENA V

DON ANTONIO solo

- ANTONIO ¡Una mujer! ¡Ah, sí! Ellas son siempre nuestra providencia. Desde que he puesto el pie en esta lúgubre morada, se ha debilitado mi valor, se ha enfriado mi entusiasmo... Hace poco, animado por el impulso

de mi corazón, estaba dispuesto a cumplir la idea del más noble sacrificio... a salvar al amigo, a delatarme yo mismo al tribunal, si fuese preciso, delatarme, porque me era preferible la expiación determinada que me impone la sociedad, a aquella lenta e indefinida a que tras tantos años me tiene sujeto mi conciencia. Pero en este sitio, donde debe empeñarse la terrible lucha, un mezquino instinto de conservación me hace retroceder paso a paso, y hasta se agita en mi mente la idea de eludir la vigilancia de las leyes... No... seamos justos, no es un instinto mezquino, ni el temor lo que me hace vacilar... Yo me pregunto: ¿tienes el derecho de sacrificar a tu esposa, de destruir el porvenir de tu hija? Mi espíritu duda y teme ante estos objetos, pedazos de mi corazón, ante mi adorada familia... Páreceme verlas a mi lado, abrazadas a mis rodillas, arrasados los ojos de lágrimas... páreceme oírlas exclamar con voz ahogada por los sollozos: ¡Piedad de mí, esposo mío!... ¡Padre mío! (Tocándose la frente y saliendo de su estupor.) ¡Oh! ¡Qué digo!... ¡Mi mente desvaría!... ¡Antonio! ¿Dónde está tu fortaleza?

ESCENA VI

DON ANTONIO y JULIAN; ELENA, cubierta con un velo

JULIÁN	Señor abogado...
ANTONIO	¿Quién? ¿Ha consentido?
JULIÁN	Sí, señor... la he persuadido.
ANTONIO	¿Dónde está?
JULIÁN	Entrad, señora... nada temáis. Entre tanto yo vigilaré para que nadie venga a sorprenderos. (Vase.)
ANTONIO	¿A quién tengo el honor de hablar?
ELENA	¡Dios es el que me ha inspirado venir hoy

- a tu lado, Antonio... hermano mío! (Descubriéndose.)
- ANTONIO ¡Elena!... ¿Tú aquí? ¿Por qué no me has escrito?... ¿Por qué no me has avisado?
- ELENA Porque estaba indecisa sobre si debía o no presentarme ante ti. Mi viaje es un misterio para todos, incluso para mi esposo.
- ANTONIO ¿Dónde se encuentra?
- ELENA Desempeñando una honrosa comisión lejos de este país.
- ANTONIO El gobierno le colma de distinciones y de honores... Acaba de ser nombrado senador, ¿es verdad?
- ELENA ¡Demasiado cierto! (Con dolor.)
- ANTONIO ¡Parece que esto te molesta!
- ELENA ¡Sí, hermano mío!
- ANTONIO ¿Acaso no te ama... y te sacrifica a su ambición?
- ELENA No. ¡Nadie más digno que él! Merece ser amado y estimado.
- ANTONIO ¡Entonces!...
- ELENA Todo lo sabrás.
- ANTONIO Pero... el placer y la sorpresa que me ha causado tu presencia, ha hecho que no me fijase en otras circunstancias. ¿Qué haces aquí? ¿Qué significan las palabras de Julián?
- ELENA ¿No lo sospechas?
- ANTONIO ¿Te interesas por la suerte de Carlos?... Haces bien; te interesas por un amigo de nuestra juventud... Sin embargo, me parece algo inconsiderado el paso que acabas de dar... El misterio de este viaje... Esa visita secreta en una cárcel...
- ELENA ¡Tú no comprendes mi horrible situación; cuán grande haya sido la incertidumbre, las dudas que han atormentado mi alma!...
- ANTONIO Habla, Elena; quiero saberlo todo.
- ELENA Hermano mío, es fácil que el tiempo haya borrado de tu memoria el pasado.
- ANTONIO No, por desgracia.

ELENA Pues bien, debes recordar que un tiempo Carlos Ventur... era...

ANTONIO ¡Ah!... ¡Sí!

ELENA Era nuestro inseparable amigo, y que sin tener en cuenta la diferencia de nuestras fortunas, nuestros jóvenes corazones se amaron: recordarás también los obstáculos que nuestro padre opuso a aquella proyectada unión.

ANTONIO ¿Acaso le amas todavía?

ELENA Antonio, déjame proseguir. Yo tenía diecisiete años cuando Carlos, perseguido por sus ideas políticas, tuvo que abandonar nuestro país. Mi familia se tranquilizó con su ausencia, y tú mismo fuiste testigo de la manera como los sucesos favorecieron los proyectos de mi padre.

ANTONIO Sí, su voluntad fué para mí tan sagrada como su memoria.

ELENA La oposición hecha a nuestro amor lo acrecentó cada día más. A pesar de la distancia que nos separaba, seguía nuestra correspondencia: y no obstante de hallarse proscrito y pesando sobre su cabeza una sentencia de muerte, Carlos osó volver a nuestro país, exponiendo su libertad... su vida... para verme, para hablarme...

ANTONIO (¿Qué van a revelarme tus labios?)

ELENA La noche del primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos, en la que se cometió el terrible asesinato del abogado Ventur, la fatalidad quiso que Carlos hubiese venido ocultamente a verme.

ANTONIO ¿Y qué?... (¡Gran Dios!) (Trémulo.)

ELENA ¿Qué tienes, hermano mío?

ANTONIO Nada... te escucho... (Fingiendo tranquilidad.)

ELENA A la caída de la tarde debía esperar a Carlos en la puerta que daba al camino del atajo que conduce al parque: de este modo lograba burlar la vigilancia de mi familia.

ANTONIO Prosigue...

ELENA Mi padre se hallaba algún tanto indispu-
to. Esto me permitió conversar algunas ho-
ras con Carlos. Durante nuestra entrevis-
ta, me contó sus persecuciones, sus azares,
sus desgracias, los inútiles esfuerzos que ha-
bía hecho cerca de su tío... sus atrevidos
pensamientos sobre el porvenir de su pa-
tria. Volaban así las horas, cuando de re-
pente, a través del atajo, oímos pasos ace-
lerados. Carlos, temeroso de comprometer-
me a tus ojos y a los de toda mi familia,
me empujó hacia el interior del parque,
saliendo precipitadamente: tú debes acor-
darte de aquella noche... porque aquellos
pasos que habían interrumpido nuestro co-
loquio, eran los tuyos.

ANTONIO Sí, fuí yo... Pero... dime... y... ¿qué fué
de Carlos?

ELENA Carlos pudo escapar milagrosamente, gra-
cias al cielo. Al salir, por poco tropieza con
unos agentes, quienes se apoderaron de su
capa, que en la precipitación se le cayó en
el camino.

ANTONIO ¡Ah!... La capa... (Reflexionando.)

ELENA Tú estabas pálido como un cadáver cuando
entraron los agentes buscando a un supues-
to asesino, cuyas huellas habían perdido a
la entrada de la arboleda. Tú dejaste regis-
trar la casa, y nada encontraron.

ANTONIO Es verdad. Pero, ¿a qué viene este relato?

ELENA Porque acusan a Carlos de aquel homici-
dio; pero si el delito se cometió a las nueve
de la noche, ¿cómo podía haberle cometi-
do él, que en aquella hora estaba a mi lado?

ANTONIO (Con alegría.) ¡Ah! ¡Sí! Tienes razón. ¡Car-
los se ha salvado! Tú puedes atestiguar su
inocencia...

ELENA ¿Qué yo puedo, dices?... ¿Olvidas que des-
de aquel día Carlos ha desaparecido para
mí? ¿Qué para cumplir la voluntad de mi
padre tuve que dar mi mano a un hombre
ilustre?... ¿No recuerdas que existen dos

seres queridos que son el orgullo y la dicha de nuestra familia... que llevo el nombre de un esposo digno, honrado, modelo de virtudes, que se halla rodeado de honores, de títulos, de grandezas?

ANTONIO

¡Es cierto, hermana mía! (Confundido.)

ELENA

¿Qué sería de mí si Carlos invocase en prueba de su inocencia mi testimonio? ¿Qué sería del nombre de mi esposo, del cual yo no me hecho indigna? ¡Te lo juro por la memoria de nuestra santa madre! Pero, ¿cómo probarlo ante el mundo?

ANTONIO

(Ensimismado.) ¡La capa!... Ellos no me vieron...)

ELENA

¡Tú no me escuchas, Antonio!

ANTONIO

Sí... decías...

ELENA

Carlos aceptará una pena infamante, pero callará mi nombre... ¡Ah, sí! le conozco; pero, ¿podré yo permitir que recaigan sobre él los funestos indicios que tan gravemente le acusan, cuando yo, con una sola palabra puedo salvarle?

ANTONIO

No... tú no, pero yo... le salvaré.

ELENA

¡Tú, hermano mío!... ¡Oh, sí! porque él es inocente y las pruebas deben demostrarlo de una manera indudable, ¿no es cierto?

ANTONIO

(La capa... yo volvía... él no fué visto... ¡Sólo la fatalidad!)

ELENA

Tú conoces el medio de salvarle, ¿no es verdad?

ANTONIO

Sí. Tú no perderás el aprecio de tu esposo... tú no tendrás por qué sonrojarte ante tus hijos... ante el mundo... no; eso sería injusto... porque tú has sido una buena esposa, una buena madre... ¡No, hermana mía! ¡Te lo juro!

ELENA

¡Oh, sí! Dios ha sido quien me ha inspirado la idea de confiarte este secreto, de acudir a tu experiencia, a tu saber.

ANTONIO

Elena... sólo una cosa debes prometerme.

ELENA

¿Qué exiges de mí?

ANTONIO

Que partas de aquí sin verle.

ELENA Sepa al menos...
ANTONIO ¿El sacrificio al cual estás pronta?... Sí, lo sabrá.
ELENA Yo me quedaré al lado de tu familia hasta que esté decidida su suerte.
ANTONIO ¿Lo quieres?
ELENA El deber me lo manda, y ante la condena de un inocente ninguna consideración me detendría.
ANTONIO ¿Ni el recuerdo de tus hijos?
ELENA ¡De mis hijos! ¡No lo sé!... ¡Pero tú me has prometido salvarlo!
JULIÁN (Entrando.) Pronto, señora... oigo pasos, alguien se acerca.
ANTONIO Vete, Elena... hoy mismo nos volveremos a ver.
ELENA Te espero. (Vase.)
ANTONIO Sal... que no te vean aquí. ¡Adiós! (Se va por el foro acompañada de Julián.)

ESCENA VII

DON ANTONIO y CARLOS, acompañado del Alcaide que se va por el foro

CARLOS ¡Antonio!
ANTONIO ¡Carlos! (Abrazándose.)
CARLOS ¿Has aceptado? Estaba seguro. Te has acordado de mí. Veo que los lazos de nuestra amistad son indisolubles a pesar del tiempo. Otro abrazo; estás conmovido, ¿no es verdad? Todos me compadecen; todos tiemblan por mí, y yo, ya lo ves, estoy tranquilo; quiero ver hasta dónde puede llegar ese juego de la fortuna. No es posible que yo, inocente, pueda ser condenado. ¿Estás triste y pensativo, Antonio? Háblame con franqueza, ¿te inspira poca confianza mi causa? ¿Acaso me creerás culpable e indigno de tu amistad, de tu cariño? Estamos solos, te hablo con el corazón en la mano, y

te digo que soy inocente... Sí, Antonio, ¡lo soy! ¡Dios mío! ¿qué tienes?

ANTONIO Yo he aceptado tu defensa y te salvaré.

CARLOS Pero será preciso que yo te ponga al corriente de los antecedentes de mi causa.

ANTONIO Te escucho.

CARLOS ¿Conociste a mi tío, el abogado Ventur?

ANTONIO Sí.

CARLOS Era un hombre fanático en política, feroz por instinto, capaz de todo por servir a su infame partido, hasta el extremo de que dos horas antes de su muerte había ido en persona a denunciarme a la prefectura de policía. ¡Así le hubiese muerto!

ANTONIO ¡No, Carlos! No sabes lo que dices. Tú ignoras lo que es empuñar un acero y clavarlo en el pecho de un hombre inerme; tú no hieres al hombre indigno, destruyes la obra más bella de Dios. Privas a aquella preciosa existencia del pensamiento, de la vida; y tu ira, tu obcecación, desaparece al ver brotar la sangre; se hiela tu corazón al oír el grito de agonía, que después siempre, sin cesar, resuena a tus oídos enloqueciendo tu cerebro; desaparecen todos los goces, el sueño huye de tus párpados, y el remordimiento envenena tu existencia, hasta que la palidez, la demacración de tu semblante, te acusan ante el mundo, y entonces...

CARLOS ¡Antonio!

ANTONIO ¿Qué he dicho? no sé. Tú me decías que eres inocente, lo sé; se lee en tu frente tranquila y serena. (Pausa.)

CARLOS Antonio, tus palabras me parecen extrañas.

ANTONIO ¿Por qué? (Sonriendo.)

CARLOS ¡Cuán majadero soy! Olvidaba que tú eres mi abogado, y... que has querido darme una prueba de tu elocuencia... ¡Pero me miras de una manera!... La verdad, Antonio, ¿tiembles por mí? ¿Las circunstancias de mi proceso son graves? ¡Ah! ¡Sería

cruel perder el honor y la vida, cuando se vuelve del campo de batalla cubierto de gloriosas heridas, de honrosas distinciones; cuando brilla un nuevo y feliz porvenir para nuestra patria! ¡Sería cruel verse expulsado de la sociedad como un vil culpable cuando el corazón está puro e inocente, lo juro ante Dios!

ANTONIO Lo sé; pero, ¿quieres decirme dónde te hallabas aquella fatal noche?

CARLOS Lo he callado a mis jueces... y ni aun a ti mismo puedo revelarlo.

ANTONIO ¿Por qué razón?

CARLOS Porque antes que contestar a tal pregunta estoy dispuesto a arrostrarlo todo.

ANTONIO Se trata de una mujer, ¿no es verdad? (Con mucha intención.)

CARLOS ¿Qué dices? (Turbado.)

ANTONIO No lo niegues.

CARLOS Sí; de una mujer que me ha olvidado; pero cuyo recuerdo conservo en mi memoria y en mi corazón.

ANTONIO ¿La amas todavía?

CARLOS Ya no la amo; pero antes que ocasionarla una afrenta o que producir una sospecha ante el mundo contra ella, prefiero, te lo repito, prefiero perder... la vida...

ANTONIO Ella es, en verdad, digna de tu respeto; tú no te engañas, porque ella misma ha venido a acusarse, dispuesta a sacrificar su decoro de mujer, su dignidad de esposa y de madre, antes que abandonarte a una condena injusta e infamante.

CARLOS ¿Se ha acordado de mí? ¡Será posible!

ANTONIO Sí.

CARLOS ¿Y tú me perdonas, Antonio? ¡Oh! Tú sabes que al corazón no pueden imponérsele leyes.

ANTONIO (Tendiéndole la mano que Carlos estrecha.) Basta, amigo mío.

CARLOS Le dirás que yo renuncio a su sacrificio, que no lo quiero. Pero, ¿en qué piensas?

¿Acaso no aprobarías mi proposito y preferirías que tu noble hermana se presentase ante el tribunal, y que en presencia de todos tuviese que confesar llena de rubor?... Tú no lo querrás, Antonio, ; no lo querrás!
(Con vehemencia.)

ANTONIO No. Si mis argumentos, si mi elocuencia no consiguen salvarte, entonces me queda un recurso.

CARLOS ¿Cuál?

ANTONIO Carlos... yo conozco el verdadero matador de tu tío.

CARLOS ¿Tú? (Con gran sorpresa.)

ANTONIO Sí; y puesto que todos, a cual más nobles, sois un modelo de virtud y de abnegación, yo no quiero ser menos digno que vosotros.
(Con decisión.)

CARLOS ¿Tú le conoces?

ANTONIO ¡Oh! ¡Sí!

CARLOS ¿Y por qué no le descubres?

ANTONIO Porque no es un criminal, porque no fué el interés el que lanzó a aquel desgraciado a cometer el delito, sino el mandato de una sociedad secreta quien se lo impuso, mandato que él, en su exaltación, creyó criminalmente que era un deber. El haber creído esto, fué causa de que manchase sus manos en sangre. No le denuncio, porque ese infeliz, ese desgraciado, ese sér, que en la obscuridad, a la luz, en medio del silencio, en el estrépito del bullicio, siente la voz de su conciencia que sin cesar le acusa; ; ese hombre es esposo! ese hombre tiene una mujer que le adora; ese hombre tiene una hija que es un ángel de pureza, y si pronunciase el nombre del criminal, llevaría para siempre a su tranquilo y feliz hogar el dolor y la desolación, convirtiendo en luto eterno la felicidad de esa hija que ama, y que es amada... (Antonio prorrumpe en sollozos.)

CARLOS ; Antonio! ; Dios mío! ¿Tú lloras?

- ANTONIO ¿Nada te dice mi palidez, mi voz convulsa... nada te dice el corazón?
- CARLOS ¿Qué?
- ANTONIO Que ese hombre, ese desgraciado, el matador... de tu tío... el reo... soy yo... (Horrorizado de sí mismo.)
- CARLOS (Tapándole la boca.) ¡Ah! ¡Silencio!... Alguien podría oírte... calla... (Al oído.) ¿Tú, Antonio?
- ANTONIO Sí... aquella noche... cuando tú dejabas a Elena, obligado por la llegada de una persona... yo era el que perseguido por los agentes entraba furtivamente en el parque... después... que...
- CARLOS ¿Qué?
- ANTONIO Volvía de haberle dado muerte.
- CARLOS (Pausa y muy bajo.) Y bien, Antonio, ¿qué piensas hacer?
- ANTONIO Lo que me dicta el deber: salvarte, si me es posible... revelar la verdad si es necesario.
- CARLOS ¡Tú no lo harás, Antonio! (Entra el carcelero.)
- ANTONIO No estamos solos. (Cambiano.) Animo, amigo mío; confianza... no hay que abatirse... valor!... y adiós.
- CARLOS ¿A dónde vas?
- ANTONIO A preparar tu defensa.
- CARLOS ¡Dios te inspire!
- ANTONIO (Abrazándole.) Sí; no me abandonará. (Bajo.) ¿Lo ves? ya no lloro, no lloro Carlos. Después de haberte abierto mi corazón, la calma ha venido a reanimarle.
- CARLOS (Antonio, (Abrazándole.) piensa en tu familia.)
- ANTONIO Carlos, pienso en mi deber. Adiós. (Se abrazan nuevamente: el Carcelero abre la cancela, por la cual sale don Antonio. Cae el telón.)



ACTO TERCERO

Sala del Jurado. En el centro, el estrado de la presidencia, colocado a una regular elevación; en el testero, encima del sitio del Presidente, un letrero en que se lee: *La ley es igual para todos*. Al fondo, dos galerías practicables, llenas de espectadores.—A los dos lados del Presidente, dos Jueces; a la derecha, una mesa donde está el Fiscal; en seguida los bancos de los individuos del Jurado, que deben ser catorce; cada uno de ellos tiene delante de sí recado de escribir. A la izquierda del Presidente, en la sala y en primer término, el abogado defensor con su mesa delante: al pie del Presidente está sentado el Relator, sobre cuya mesa estarán la capa y el puñal, cuerpos del delito. A derecha e izquierda, en cuarta caja, una puerta; por la de la izquierda es por donde entran los testigos. Todos los funcionarios usarán toga.—El Fiscal del Jurado llevará una faja encarnada a la cintura. El Ujier una capa encarnada. En el lado derecho de la sala, una banqueta para los testigos.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, a la izquierda del Presidente, sentado en el banquillo de los acusados; en la puerta de la izquierda dos gendarmes. FOREST, Abogado defensor, en su puesto. EL PRESIDENTE, EL FISCAL, etcétera. En la galería pública, entre la muchedumbre, ISIDORO, MARIA y ADELA; al otro lado el CONDE, ALBERTO, etc. La vista de la causa está empezada y el RELATOR, de pie, se supone que acaba de leer. Se sienta poco después de levantado el telón. Pausa.

PRESID. ¿Qué tenéis que responder a los cargos que resultan contra vos, de la lectura que acabáis de escuchar?

CARLOS Repito lo que dije en mi primera declaración.

PRESID. ¿Dónde estuviste y en qué os ocupásteis el día que se cometió el delito?

CARLOS De regreso de mi expatriación estaba oculto, como he dicho, porque se me perseguía como a conspirador.

PRESID. ¿Perteneceíais a alguna sociedad secreta?

CARLOS Pertenecí a la de los defensores de la patria, y últimamente a la de los *Carbonarios*.

PRESID. ¿Estos últimos tenían en su reglamento algún artículo por el cual era condenado a muerte cualquiera que hiciese traición a la sociedad, o denunciase a alguno de sus miembros?

CARLOS Sí, señor.

PRESID. Y aquel a quien la suerte designaba, ¿era el encargado de la ejecución?

CARLOS Sí, señor.

PRESID. ¿Vos habíais prestado ese juramento?

CARLOS Sí, señor Presidente.

PRESID. ¿Conocéis este puñal? (Un Ujier lo presenta a don Carlos.)

CARLOS Poseía uno igual. Es el mismo que usaban los *Carbonarios*.

PRESID. ¿Este puñal es el vuestro?

CARLOS No, porque el mío lo entregué a un compañero en mil ochocientos cuarenta y ocho. Después las sociedades secretas cesaron el día que toda la nación tuvo una sola idea. Entonces, deponiendo el puñal que se usaba a la sombra del misterio, se empuñó la espada victoriosa a la luz del sol.

PRESID. ¿Negáis que este puñal fuese el vuestro?

CARLOS Lo niego.

PRESID. Vuestro tío fué asesinado con esta arma; en su hoja se encuentran las marcas de una sociedad secreta a la cual confesáis haber pertenecido. ¿Podréis recordar lo que hicis-

teis el día primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos?

CARLOS Unos días antes, guiado por dos pastores, había repasado la frontera. Ayudado después por varios amigos, pude permanecer algún tiempo oculto y a salvo de las pesquisas de la policía, hasta que una tarde me decidí a presentarme en casa de mi tío, el abogado Ventur.

PRESID. ¿Por qué motivo fuisteis a casa de vuestro tío?

CARLOS Me obligaba a ello una deuda de honor contraída en mi destierro. En vano supliqué a mi tío que procurase dejar en salvo el buen nombre del único pariente que le quedaba.

PRESID. ¿Accedió vuestro tío a la demanda?

CARLOS Su respuesta fué, que los hombres de mis ideas no necesitábamos para nada el honor, que nunca habíamos conocido. Cegué de ira al oír tan infame contestación.

PRESID. Se dice que le amenazásteis.

CARLOS No tengo presente las palabras que salieron de mis labios trémulos y convulsos por la afrenta que había recibido: sólo recuerdo que salí de allí desesperado.

PRESID. ¿A dónde os dirigisteis?

CARLOS No puedo decirlo.

PRESID. ¿Por qué motivo?

CARLOS Permitidme, señor Presidente, que no conteste a esta pregunta.

PRESID. Pensad que vuestro silencio en este punto agrava vuestra situación. Aquí existe un documento importante y terrible, registrado en los expedientes de la antigua policía. Señor Relator, servíos leerlo.

RELATOR (Leyendo.) «Inspección de Policía. Primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos. Monseñor: esta tarde he tenido una entrevista con el abogado José Ventur, el cual ha puesto en mi conocimiento que hoy se le había presentado en su casa, fugitivo,

el conocido conspirador Carlos Ventur, el cual, después de varios insultos dirigidos a su persona y al gobierno, había amenazado la vida del citado abogado don José, por suponerle agente secreto de esta Inspección, y por los servicios que viene prestando en favor de la santa causa y del gobierno constituido. A su excelencia el Ministro de policía.—El Director general.»

CARLOS
PRESID.

Este escrito me honra, señor Presidente. Para vuestro descargo, decid al menos en dónde pasásteis la noche.

CARLOS

Me sería muy fácil contestar : «No me acuerdo; estuve con un amigo que ha partido... dormí en la casa en que me tenían oculto...» pero antes que mentir, prefiero callar.

PRESID.

Otro documento pudiera desmentiros.

CARLOS

¿Cuál?

PRESID.

Oid el parte de los agentes de policía.

RELATOR

(Leyendo.) «Rávena dos de Octubre. En la noche del primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos nos encontrábamos de servicio en la calle de San Víctor, cuando de repente llegó a nuestros oídos un agudo y doloroso grito. Corrimos hacia el punto de donde había salido: un hombre asinado estaba tendido en medio de la calle; otro hombre se deslizaba por el extremo de ella: sin levantar el cadáver echamos a correr detrás del presunto matador, mas advertido sin duda de que era perseguido, aceleró sus pasos, ganó la puerta de San Víctor y se internó en el campo. A los pocos momentos apareció el Guardabosques que estaba en aquel sendero, y le preguntamos si había visto o reconocido a un hombre que debía haber pasado por aquel sitio precipitadamente. «Sólo he visto pasar hace poco al señor Carlos Ventur,» contestó el Guardabosques: seguimos la pista, mas en la espesa arboleda perdimos las huellas del presunto reo. Pero al atravesar el atajo

que conduce al parque de la casa del abogado Forest encontramos una capa, que probablemente el fugitivo había dejado caer, la cual ponemos con este escrito a disposición del tribunal. Juramos decir verdad. Domingo Gali. Federico Var.»

PRESID. ¿Reconocéis esta capa? (Presentándola el Ujier al acusado.)

CARLOS Es la mía. (Reconociéndola.)

PRESID. ¿Cómo se hallaba en aquel sitio?

CARLOS Yo estaba allí esperando a... un amigo de mi juventud... estaba descansado, cuando la súbita aparición de los dos agentes me obligó a emprender la fuga.

PRESID. ¿Así, pues, confesáis haber sido sorprendido a aquella hora cerca del parque de Forest?

CARLOS Sí, señor Presidente.

PRESID. ¿Y por qué no lo dijisteis en vuestra primera declaración?

CARLOS (Con impaciencia.) Porque quiero que se me declare reo, que se me condene, antes de añadir una sola palabra en mi defensa.

PRESID. El Jurado no puede atenerse a vuestras palabras para declaraos reo, sino a la ley y a lo que resulte de la instrucción. ¿Persistís en no contestar?

CARLOS Sí, señor Presidente.

PRESID. En ese caso se va a proceder a la audición de los testigos. (Leyendo.) Verónica March. (El Ujier se dirige a buscar a la testigo.)

ESCENA II

Dichos, VERONICA, vieja septuagenaria

PRESID. ¿Juráis sobre los Santos Evangelios decir verdad en cuanto fuéreis preguntada? (El Presidente, puesto de pie, presenta el libro de los Evangelios; ella extiende la mano al jurar; en seguida aquél le indica la banqueta donde debe sentarse.)

VERÓNICA. Sí, juro.

PRESID. ¿Vuestro nombre?

VERÓNICA. Verónica March.

PRESID. ¿Vuestra edad?

VERÓNICA. Setenta años.

PRESID. ¿Vuestra profesión?

VERÓNICA. Ama de llaves.

PRESID. ¿Conocéis a aquel hombre?

VERÓNICA. Es el sobrino del santo señor mi amo, a quien Dios tenga en su gloria. (Santiguándose.)

PRESID. ¿Os liga a él algún vínculo de parentesco, de intereses, o de alguna otra clase?

VERÓNICA. Con aquel condenado, con aquella alma perdida, con aquel ateo...

PRESID. Testigo: solo os pregunto si tenéis algún vínculo de parentesco con el acusado.

VERÓNICA. (Hace una señal negativa.)

PRESID. Es preciso contestar con la palabra, no con movimientos.

VERÓNICA. No, señor Presidente.

PRESID. ¿En qué ocasión habéis conocido al acusado?

VERÓNICA. Lo he visto nacer; yo misma le enseñé las primeras oraciones; el buen señor, mi amo, le quería mucho. Tomó a su cargo el darle educación, haciendo que ingresara en el colegio de los reverendos padres Jesuitas, de donde el señor don Carlos se escapó en compañía de cuatro amigos, que serían tan buenos como él... ¡Canalla!

PRESID. Testigo, al hecho.

VERÓNICA. Desde aquel día concluyó toda buena inteligencia entre el tío y el sobrino.

PRESID. ¿Qué queréis decir con esto?

VERÓNICA. Quiero decir que es fácil comprender cómo andaría el señorito; abandonado, sin la protección de su tío, el señor don Carlos tuvo que huir de nuestro país con otros amigotes suyos, acusados de conspiradores, de liberales... toda gente perdida... que tiene pacto con el diablo...

PRESID. ¿No sabéis, buena mujer, que los magistra-

dos ante los cuales estáis, se honran con el nombre de liberales?

VERÓNICA Yo... sólo... digo, lo que decía mi buen amo.

PRESID. ¿Cuál era vuestra ocupación en casa del abogado Ventur?

VERÓNICA Era... era... su... ama de llaves.

PRESID. ¿Os acordáis de lo que ocurrió el día primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos?

VERÓNICA ¡Que sí me acuerdo! ¡Si me acuerdo! No ha podido borrarse de mi memoria aquel día terrible. Acababa el buen señor, mi amo, de comer y estaba pasando el rosario, cuando se apareció en la habitación el señor don Carlos, inquieto y receloso.

PRESID. ¿Recordáis el traje que vestía?

VERÓNICA Recuerdo que llevaba una capa... color... café... con embozos de terciopelo encarnado.

PRESID. ¿Como esta? (El Ujier la presenta.)

VERÓNICA Es la misma. (Reconociéndola.)

PRESID. ¿Recordáis lo que aconteció en la entrevista que tuvo con su tío?

VERÓNICA ¡Ay!... ¡Ya lo creo! ¡Primeramente don Carlos, pidió a mi señor doscientos escudos. Mi amo no quiso dárselos. El, suplicó, rogó; pero el señor abogado, que no daba su dinero a gente perdida... ¡a los enemigos de Dios!... a los francmasones, le negó terminantemente la cantidad que pedía, e hizo muy bien.

PRESID. ¿Qué hizo el acusado?

VERÓNICA Suplicó con más porfía; pero su tío insistió en la negativa. Entonces don Carlos se puso furioso; le llenó de improperios... salían de sus labios palabras terribles, que me horrorizaron, hasta el extremo de tener que taparme los oídos.

PRESID. ¿Qué más oísteis?

VERÓNICA El señor abogado le decía: «Sal de mi casa inmediatamente o te delato;» entonces don

Carlos se fué hacia la puerta, y allí, con el semblante desencajado, dirigiéndose a su tío, le dijo estas palabras: «No está lejos el día en que me daréis cuenta de vuestro villano proceder, viejo infame, cobarde espía,» y lanzándole una mirada aterradora, desapareció como un condenado.

PRESID. ¿Y después?

VERÓNICA Al poco rato, mi señor, trémulo, se puso a escribir. Tomó luego su sombrero y salió, para... no volver más; ¡pobre amo mío! El fué quien lo asesinó... ¡Mi bueno! ¡mi pobre señor! (Llorando.)

PRESID. ¿Qué pruebas tenéis para lanzar esa acusación?

VERÓNICA Lo digo porque... lo imagino así... porque todos lo dicen, porque no puede haber sido otro que él, un perdido, un... canalla... un...

PRESID. (Con mucha severidad.) Testigo; debo recordaros que aquí no habéis venido a acusar, sino a declarar como testigo; y que no es, por cierto, prueba de gran caridad cristiana condenar a un hombre sin datos positivos y lanzar epítetos al que está en el banquillo de los acusados.

VERÓNICA Señor Presidente, yo...

PRESID. Basta.

ANTONIO Protesto contra el testimonio de esta mujer, interesada en agravar la situación del acusado, puesto que ella ha heredado la fortuna que de derecho correspondía a mi defendido.

PRESID. ¿Es verdad lo que dice el señor abogado defensor? ¿Habéis heredado la fortuna del señor Ventur?

VERÓNICA Sí, excelentísimo señor; mi buen amo, que en gloria esté, me quería mucho, mucho; y me había dejado todo cuanto poseía antes de su muerte.

ANTONIO Suplico al señor Presidente se sirva preguntar a la testigo, en favor del acusado, si don

Carlos ignoraba las disposiciones testamentarias de su tío.

PRESID. Decid. ¿El señor don Carlos, conocía las disposiciones testamentarias de su tío antes de su muerte?

VERÓNICA De esto provenía el odio de don Carlos contra mi señor, porque sabía que le había desheredado.

PRESID. Vuestras declaraciones son por lo tanto parciales, y así, pues, los señores Jurados las tendrán en la consideración que se merecen. Retiráos. (Vase Verónica. Leyendo.) Guillermo Betullo. (El Ujier va por el nombrado.)

ESCENA III

Dichos y GUILLERMO BETULLO, conducido por el Ujier

PRESID. ¿Juráis sobre los santos Evangelios decir verdad en cuanto fuéreis preguntado?

GUILLERMO Sí, juro... ¡Ya lo creo! (A una indicación del Presidente se sienta en la banqueta.)

PRESID. ¿Vuestro nombre?

GUILLERMO Guillermo Betullo... guardabosques, para servir a vuestreza.

PRESID. ¿Conocéis a aquel hombre que está allí sentado?

GUILLERMO ¡Ya lo creo! Cáspita. ¡El señor Ventur!... señor Carlos. (Se dirige a darle la mano; el Ujier le indica que vaya a ocupar su asiento.)

PRESID. ¿Tenéis presente lo ocurrido en la noche del primero de Octubre de mil ochocientos cuarenta y dos?

GUILLERMO (Se queda mirándole y sonriendo.) Creo que el señor Presidente se está chanceando.

PRESID. Aquí no se chancea nunca, buen hombre.

GUILLERMO ¡Pero si me estáis hablando de hace veinte años!...

PRESID. Aquí consta por escrito vuestra primera declaración.

GUILLERMO Se me preguntó por los agentes hace vein-

te años, una noche, a eso de las diez, creo, si había visto pasar a un hombre por el camino; yo contesté que lo recordaba confusamente.

PRESID. ¿Recordáis quién era aquel hombre?

GUILLERMO Me pareció... que era el señor Carlos Ventur, quien según se decía, hacía el amor en aquella época a cierta señorita joven... hermosa...

PRESID. ¿Qué hacía el amor decís?...

CARLOS ¡Lo niego absolutamente! (Levantándose con rapidez.)

PRESID. Acusado, no se os interroga. Proseguid, buen hombre. ¿Por qué no dijisteis esa circunstancia en vuestras primeras declaraciones?

GUILLERMO ¡No veo la relación que pueden tener los amores de un joven, con los asuntos del tribunal!

PRESID. ¿Recordáis el nombre de la persona con la cual tenía relaciones amorosas?

CARLOS ¡Señor Presidente! Os suplico por lo más sagrado, que no hagáis más preguntas acerca de los secretos de mi vida privada, evitando así que en este sitio se pueda pronunciar algún nombre, para mí sagrado e inviolable.

PRESID. El deber me obliga proseguir las investigaciones. En este recinto sagrado están escritas estas palabras: «La ley es igual para todos», así para los nobles como para los plebeyos, para las mujeres del pueblo, como para las señoras de la aristocracia... Buen hombre, decid el nombre de esa mujer.

GUILLERMO (Mira a Carlos y comprendiendo las señas que aquél le hace para que calle, dice.) Veinte años son... muchos días, señor Presidente, y mi memoria...

PRESID. Procurad recoger vuestras ideas... pensad.

GUILLERMO (Pensando y mirando a todos, y comprendiendo las señas de Carlos que le impone silencio.) Absolutamente...

no puedo recordar... Mi memoria se ha debilitado como mis piernas, que ya para nada sirven... y nada... No... me acuerdo...
(Carlos le da las gracias por señas.)

PRESID. ¿Quién habitaba en aquellas cercanías?

GUILLERMO No... no... recuerdo... (Mirando siempre a Carlos.)

PRESID. ¿Recordáis solamente que el hombre que aquella noche huía de los agentes era Carlos Ventur?

GUILLERMO ¿Es indispensable decir la verdad? Poco me importa que me lleven preso, si se debe decir... la diré...

PRESID. (Con interés.) Hablad.

GUILLERMO Los agentes, al encontrarme, me preguntaron si yo había visto pasar a un hombre por aquel sitio: yo, sin sospechar, contesté sencillamente que don Carlos; mas suponiendo después, ya repuesto de mi sorpresa, que querrían hacerle algún daño, les indiqué un camino enteramente opuesto al que en realidad había tomado. Esta es la verdad, señor magistrado. Y ahora... si queréis que me lleven preso porque mentí... aquí estoy que me lleven. (Acercándose al banco del Fiscal.)

PRESID. Tranquilizáos, buen hombre; no se lleva a nadie preso por decir la verdad, sí por ocultarla. Veo que sois un hombre franco y por lo tanto no vacilaréis en decirme el nombre de aquella enamorada señora...

GUILLERMO En conciencia... no lo sé... no me acuerdo... (Siempre mirando a don Carlos.)

PRESID. Vos podríais contribuir, os lo aseguro, a esclarecer algunos puntos muy importantes del proceso, a favor de la suerte del acusado.

CARLOS (Haciendo señas de que calle y Guillermo vuelto hacia él.)

PRESID. Volveos. No es a aquel lado a donde debéis dirigiros... sino aquí.

GUILLERMO Finalmente... yo no sé más... lo que he dicho, dicho está... y no sé más... ni me acuerdo de más, y... no sé más...

PRESID. Retiráos.

GUILLERMO Bueno... pero no diré más... porque... porque no sé más. (Vase mirando a todos y como naturalmente se dirige a dar la mano a don Carlos; pero el Ujier le indica que salga, y lo hace saludando entonces al Tribunal.)

ESCENA IV

Dichos, menos GUILLERMO

PRESID. Acusado, ¿tenéis algo que alegar?

CARLOS Confirmo lo dicho por el testigo de haberme encontrado con él en el sitio donde los agentes me persiguían.

PRESID. ¿Por qué negáis el delito y afirmáis las circunstancias agravantes?

CARLOS Porque la verdad es una sola, señor Presidente.

PRESID. Tiene la palabra el señor Fiscal.

FISCAL (Poniéndose de pie.) Importante es, señores Jurados, la causa que estáis llamados a conocer. Os halláis con un proceso instruido hace veinte años por un Tribunal parcial y despótico; proceso abierto hoy nuevamente, y sobre el que ha de dar su fallo, no la arbitrariedad, sino la imparcialidad y la justicia de la ley. Vosotros, señores Jurados, sois los llamados a decidir interrogando a vuestra conciencia. Tenemos un acusado que niega haber sido él el que cometió el delito, y que confirma, sin embargo, todas las circunstancias que le hacen aparecer como el verdadero delincuente. Los precedentes del acusado son, a la verdad, honrosísimos, y hay que hacer, por lo tanto, distinción entre las causas que pudieron motivar el crimen. Debe averiguarse, por todos los medios legales, si se cometió por el interés de una esperada herencia, o bien por mandato recibido de una sociedad secreta. La primera hipótesis, según el cri-

terio fiscal, es inadmisibile, tanto por ser contraria al carácter y antecedentes del acusado, como por no resultar de los hechos. La segunda, empero, tiene la corroboración de los hechos. Aquí está el puñal con las marcas o cifras simbólicas de la «Sociedad secreta,» a la cual confiesa que pertenecía el acusado Carlos: deponen en contra del mismo las circunstancias que acompañaron al crimen, la índole y el carácter del mismo acusado, y confirman igualmente la segunda hipótesis, su regreso misterioso a su ciudad nativa, y el no haber querido revelar el lugar en donde se encontraba a la hora en que se perpetró el delito. Ante tales datos, ¿quién podrá dudar que fuese Carlos Ventur el perseguido en la calle de San Víctor, el desaparecido en el campo contiguo; el mismo que, perseguido por los agentes, fué visto por Guillermo el guardabosque, y el que, al huir, dejó en poder de aquéllos una capa, que ha reconocido ser la suya? Circunstancias todas probadas y que indican al acusado como perpetrador del delito. Señores Jurados, vosotros estáis llamados a pronunciar el *veredicto* en este proceso, en el cual, a pesar de la negativa del acusado, resultan *probados hechos* que no dejan duda de que el delito ha sido cometido por Carlos Ventur. Por lo tanto, pedimos que pronunciéis un *veredicto* de culpabilidad contra el acusado. He dicho.

PRESID.

Tiene la palabra el señor abogado defensor. (Movimiento de atención.)

ANTONIO

(Con voz trémula, pero paulatinamente se tranquiliza y reponc.) Señores: no es esta la vez primera que en cumplimiento de los deberes de mi noble profesión me presento ante los Tribunales, con el humanitario objeto de defender la inocencia oprimida, de abogar por los fueros de la justicia y de ayudar con mis escasas luces a los magistrados de la

nación , en la árdua tarea de encontrar las huellas de un crimen, desenmascarando a los verdaderos delincuentes y evitando el que puedan aparecer como tales hombres honrados, que por fatales circunstancias que han podido engañar a la justicia humana, se han visto arrastrados al banquillo de los acusados: sin embargo, hoy más que en otras ocasiones, me encuentro turbado; no porque deje de ser justa la defensa que voy a tener el honor de pronunciar, sino al contrario, por tener evidencia moral de su inocencia. Y mi turbación crecería de punto a no haber llegado el día glorioso y benéfico para la sociedad humana, en el que el progreso y las libres instituciones han dicho a los ciudadanos: «Os hacemos jueces de la sociedad;» porque hay, en verdad, casos y acontecimientos en los que no es dado al hombre juzgar con la conciencia, con la ley estricta, sino con el sentimiento íntimo del alma y casi diré con la inspiración, con esa preciosa aureola con que Dios quiso adornar a la más privilegiada de las criaturas. He aquí, señores Jurados, uno de estos casos. Fijad vuestra vista en el hombre que se halla sentado en ese banquillo en virtud de una acusación terrible, y notad cómo brilla en su rostro la inocencia. Miradle con fijeza y decidme si no se levanta del interior de vuestro pecho una voz que os dice con acento mudo, pero elocuente: «Este hombre se encuentra ante nosotros por una fatal equivocación.» Con frente serena, con la tranquilidad que es resultado de una conciencia sin mancha, espera vuestra decisión. ¿Hay alguno de vosotros que al interrogar a su corazón, éste le conteste: «Aquel hombre está manchado de sangre; aquel hombre es un asesino?» No; no, señores Jurados, no lo es, y ved lo que me propongo demostraros. Aun que-

riendo adoptar las conclusiones del Ministerio público, esto es, que el acusado fuese reo de asesinato político (que sobre la segunda hipótesis no cabe duda, después de oídas las revelaciones hechas por el ama de llaves), aun en el caso, digo, de aceptar las conclusiones del Ministerio Fiscal, yo podría aducir, en descargo de mi defendido, las razones de otros tiempos y de otras circunstancias; podría hablar de la triste fatalidad a que se ve arrastrado el hombre que ha jurado sacrificar por su patria no sólo la vida, sino hasta su propio honor. Decidme, señores, ¡cuánta compasión no os inspiraría el joven entusiasta y valeroso que soñando peligros, inspirándose en su patriotismo, y ganoso de librar al país del yugo de sus opresores, armase su brazo creyéndose obligado a cumplir un terrible juramento, y en medio de las tinieblas levantara un puñal contra un anciano indefenso, y hundiese el hierro homicida en su pecho, cerrando los ojos para no ver brotar la sangre, que después se le presentaba en todas partes; para no ver a la víctima arrodillada, trémula, que en ademán de suprema angustia extendía las manos suplicantes pidiendo perdón... misericordia al matador!... (Estas últimas frases debe pronunciarlas con voz febril, como si estuviese viendo el acto del delito.)

PRESID.

¿De dónde, señor Abogado, deducís esa circunstancia que no resulta del proceso?

ANTONIO

(Reponiéndose.) Lo decía yo... era una hipótesis, porque el cadáver... fué encontrado cerca de la puerta de la iglesia de San Víctor. (Movimiento en todos los actores; el Fiscal escribe, el Abogado se limpia el sudor.) El hombre que yo os describía sería digno de compasión, y hallaría seguramente piedad en sus Jueces... Pero Carlos Ventur no la necesita, porque no es reo, como me propongo probar. Había un artículo en los estatutos de

la sociedad de los Carbonarios, que excluía de la ejecución de los decretos de muerte a todos aquellos de sus miembros que se hallasen ligados por vínculos de sangre con las víctimas designadas. Aquí están los estatutos, y podéis examinarlos con los autos del proceso. (Entrega un librito al Ujier, que éste coloca sobre la mesa de la presidencia.) Todo el mundo sabía que don Carlos Ventur era sobrino carnal de la víctima, luego no pudo ser designado por la sociedad secreta para inmolarla, en virtud del artículo citado. Ahora bien, señores: ¿cuáles son las pruebas que se aducen contra mi defendido? Carlos amenazó de muerte a su tío pocas horas antes que el delito se perpetrase... Decidme: ¿si aquella muerte hubiese sido por él premeditada, hubiera anticipado la amenaza? Me parece que la prudencia debía haberle aconsejado permanecer oculto para esperar con seguridad el momento oportuno. Si Carlos Ventur hubiese sido el autor del delito, ¿habría ido a casa de su víctima pocas horas antes de cometerlo? ¿Hubiera sostenido con su tío un altercado, del cual se enteró la testigo que aquí ha declarado? Más diré: ¿le habría amenazado de muerte si hubiese recibido ya el mandato de asesinarle, mandato que no pudo recibir según los estatutos de la sociedad secreta? No cabe tal imprudencia en ningún hombre, y estos hechos, en vez de ser agravantes, son un descargo para mi defendido. Se pretende por los agentes haber descubierto las huellas de don Carlos, pero esto no prueba que hubiese cometido el delito. La casualidad lo había conducido a aquel sitio... El proscrito, procuraba evadirse de las pesquisas de sus perseguidores. Encontraron una capa... mas esto, ¿qué prueba? ¿La encontraron manchada de sangre? No. ¿La encontraron al lado del cadáver? Tampoco.

¡Se quiere que el acusado prefije el lugar, el punto donde se hallaba a la hora que se perpetró el delito! Señores: él no quiere contestar a esto inventando, no quiere decirlo, porque mientras su amante imaginación se adormecía, tal vez, feliz y transportada, con los fantásticos ensueños de la esperanza, -- olvidaba su capa sobre la alfombra de un verde prado, la fatalidad la recogía, pretendiendo extenderla sobre las horribles gradas de un patíbulo. Aquella capa no cubría un delito, no; aquella capa olvidada, significaba un amor noble y puro. ¡Oh! Si yo pudiese conduciros delante del hombre que ha cometido el delito, veríais su frente arrugada, no por los años, sino por el remordimiento; veríais dilatarse sus pupilas a impulso del horror, porque ve sangre en todas partes y en sus crispadas manos la indeleble mancha del delito; delito que recuerda sin cesar... y que obliga a sus convulsos labios por una fuerza superior a gritar: *¡Yo soy el asesino!* (Movimiento general. Forest parece casi un demente. Al grito de BASTA, dado por Carlos, se queda estático y se repone paulatinamente.)

CARLOS

(Interrumpiéndole con fuerza y dirigiéndose al Presidente.) Basta, cualquiera palabra más en mi defensa sería un ultraje para mí. Apelo a la conciencia del Jurado para decidir de mi suerte. Señor Presidente, pido la conclusión de la vista. (Movimiento general, suspensión. Carlos fija su vista en Antonio, éste en los de su familia y queda inmóvil.)

PRESID.

Queda cerrado el proceso. Oídas las razones expuestas por el Ministerio público y las del Abogado defensor, se presentan naturalmente estas dos preguntas: *Primera.* ¿El acusado Carlos Ventur, es reo del asesinato del abogado Ventur, su tío, por haber recibido el susodicho Carlos el mandato de una

sociedad secreta a la cual pertenecía? *Segunda.* ¿El acusado Carlos Ventur, es reo del asesinato del abogado Ventur, su tío, por espíritu de interés y por motivos de privada venganza? (Hace señal para que se retire el acusado, y entrega el papel al Ujier, el cual lo da al Jurado que tiene a su derecha.) La ley no pide cuenta a los Jurados de los medios por los cuales han logrado su íntimo convencimiento. Esta les determina sólo el cumplimiento de un deber en el cual se encierra toda la gravedad de su cometido. La ley les dice: Tened solamente al votar, la íntima convicción de la culpabilidad o de la inocencia del acusado. El Jurado va a deliberar. (El Presidente toca la campanilla y él y los Jurados se retiran. Las galerías se despejan.)

ESCENA V

DON ANTONIO, el CONDE, ALBERTO, MARIA y ADELA

- CONDE Señor abogado, vuestra mano.
ANTONIO (Turbado y distraído.) ¿Estabáis aquí, señor Conde? Alberto...
ALBERTO Hemos venido a admiraros. ¡Cuánta elocuencia!
CONDE Vuestro defendido se ha salvado.
ANTONIO ¡Dios lo quiera!
ADELA ¡Ah, padre mío! ¡Me has hecho llorar!
ANTONIO ¡Adela, hija mía! (La besa y dice bajo a María.)
 (¡ Imprudente! ¿qué has hecho?)
MARÍA (Le lleva aparte, mientras el Conde habla con Adela y le dice bajo.) Sí, he venido aquí y he traído conmigo a nuestra hija, para ver si tendrás bastante valor para darnos la muerte a las dos con tu imprudencia. ¡ Sólo la noble generosidad del amigo ha podido suspender la fatal confesión que estuvo a punto de brotar de tus labios! ¡ Antonio! (Suplicante.)
ANTONIO (¡ Calla!)

- MARÍA ¡ Antonio mío !... Te hablo de tu hija... Soy yo, tu María, quien te habla... y tú no me escuchas...
- ANTONIO Se salvará, ¿no es verdad, María? Me lo dice el corazón... Todos estaban conmovidos. ¿Qué opináis, señor Conde?
- CONDE ¡ El triunfo será completo ! No tengo duda.
- ANTONIO La campanilla... no... (Escuchando.) ¿Cuál será el veredicto del Jurado?
- ALBERTO ¡ Don Antonio ! Esa agitación...
- MARÍA Alberto, señor Conde, procurad sacarle de este sitio.
- CONDE Mi buen amigo, tranquilizáos.
- ADELA Padre mío, ¿qué tienes?
- ANTONIO ¡ Yo !... Nada... estoy contento... me siento feliz al verme entre vosotros... ¡ Arden mis sienes ! Idos, retiráos. El Jurado vuelve... Yo voy a ocupar mi sitio... ¡ Oh ! ¡ La victoria es cierta !
- MARÍA ¡ Antonio, por la última vez, piensa en tu hija ! Causarías su muerte. (Al irse con el Conde, Alberto y Adela.)
- ANTONIO ¡ Ah, no ! porque es inocente y no pueden condenarle.

ESCENA VI

Todos los personajes de la escena primera

- UJIER Los señores del Tribunal. (El Magistrado y Jurados ocupan su puesto. El jefe de los Jurados se adelanta y lee en alta voz.)
- JURADO El acusado Carlos Ventur, ¿es autor de la muerte dada al abogado don José Ventur, su tío, por haber aquél recibido el mandato de una secta? No; por mayoría.
- TODOS ¡ Ah ! (Menos Antonio, que sigue con avidez las palabras del Jurado.)
- JURADO El acusado Carlos Ventur, ¿es reo de la muerte dada al abogado don José Ventur,

- su tío, por espíritu de interés o motivo de privada venganza? Sí; por mayoría.
- ANTONIO ¿Qué habéis dicho? ¡El reo, él!... ¡Ah! no. (Entra don Carlos.) No, mi noble amigo... Tú no eres reo... no es ese tu puesto... Ven... Oídme todos... Carlos Ventur... este sin igual amigo, este valiente y leal soldado, no es reo. Yo falté al no presentaros al verdadero culpable, porque el que mató al abogado Ventur, no fué Carlos, no. Quien le mató...
- MARÍA ¡Antonio! (Grito en la galería de la izquierda.)
- ANTONIO Fuí yo. (Fuera de sí. Rumores. El Presidente agita la campanilla.)
- CARLOS Señores... Ha mentido.
- ANTONIO He dicho la verdad... Yo soy, lo juro. (Se precipitan en torno suyo, María, Adela, el Conde, Alberto e Isidoro. Gran lucha.)

ESCENA VII

- MARÍA ¡Antonio! ...¡Antonio!... (Abrazada a él.)
- ANTONIO ¿Qué queréis de mí?... ¡Dejadme!
- ADELA ¡Padre de mi alma! (Agarrándose a sus rodillas.)
- MARÍA ¡Antonio! ¡Antonio mío! ¿Qué dices? (Llorando desesperadamente.)
- ANTONIO ¡Yo aquí no soy más que un culpable! Dejadme. (Desasiéndose de todos, arroja la toga y se coloca en el banco de los acusados, con arrogante actitud.) Este es mi sitio: señores Jurados cumplid con la ley... Juzgad al reo.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

ADELA e ISIDORO

ISIDORO

Y bien. ¿Cómo está la señora?

ADELA

Acabo de dejarla en este momento. Desde hace tres días, que recibimos la grata nueva de que se había obtenido el indulto, no puede dominarse... no sabe lo que le pasa... Figuráos que quería partir para Génova esta misma noche para ir a recibirle.

ISIDORO

¡Pobre señora! ¡Cuán digna es de compasión!... Sin embargo, yo comprendo esos extremos, porque el día que se supo en esta casa que el señor don Antonio había alcanzado el indulto, yo lloraba, cantaba, reía, sollozaba... en fin, parecía que me había vuelto loco...

ESCENA II

Dichos y ALBERTO

ALBERTO

¿Hay permiso?

ADELA

(Con sorpresa.) ¿Sois vos, Alberto... señor Alberto?

- ISIDORO ¡Si lo digo yo! ¡Todas las alegrías han de venir juntas!
- ALBERTO Es verdad, hoy todo dolor ha concluído: basta de lágrimas.
- ADELA ¡Hartas hemos vertido! Pero... ¿y tanto tiempo sin veros?...
- ALBERTO He querido tener la satisfacción de ser el primero en felicitaros, y antes hubiese venido a no haber creído egoísmo por mi parte el venir a hablar de nuestro amor, mientras vuestro padre padecía encerrado en una cárcel... y vuestra madre se hallaba gravemente enferma.
- ADELA ¡Ah, sí! No podíais manifestarme de una manera más digna vuestro afecto, que ocupándoos con tanto interés como el que habéis demostrado en conseguir la libertad de mi padre.
- ALBERTO El mérito no ha sido mío... personas más influyentes... amigos de vuestro padre, y del mío, firmaron una solicitud, que yo me encargué de presentar, pidiendo el indulto, y éste ha sido concedido.
- ISIDORO Señorita, una carta que había olvidado...
- ADELA ¿Para mí?
- ISIDORO Sí, señorita; y viene de Génova.
- ADELA ¡Dios mío!... ¡Cómo late mi corazón!
- ALBERTO Tranquilizáos y leed.
- ADELA Es de mi tía Elena, conozco la letra. (Trémula.)
- ALBERTO ¿Por qué estáis agitada?
- ADELA Porque la letra debía ser de mi padre, de quien esperábamos carta; mi tía ha marchado a esperarle a Génova por no haber podido hacerlo nosotras a causa de la convalecencia de mi madre, pero...
- ALBERTO ¡Tal vez haya en ella algunas líneas de vuestro padre!
- ADELA Tenéis razón. (Abre la carta y lee.) «Querida sobrina:» ¿lo véis? me hallo poseída de una indescribible emoción: «He visto a tu pa-

dre; le he abrazado. ¡Está ya en libertad!»
¡Oh! ¡Qué feliz ha sido! ¡Padre mío!

ALBERTO

Proseguid.

ADELA

«En el poco tiempo que permanecí en vuestra compañía, tuve ocasión de poder avalorar el temple de tu ánimo, y de convencerme de que sabrás encontrar el medio menos violento para preparar a tu madre...

ISIDORO

¿Para el momento de la llegada?... Tiene razón; la señora aun está convaleciente... y... podría...

ADELA

(Leyendo.) «Tu pobre padre... (Con ansia.) durante los ocho meses de su prisión, ha sufrido mucho...»

ISIDORO

¡Pobre señor!

ADELA

«Y a consecuencia de tantos padecimientos, hoy se encuentra en un estado de atonía, de la cual nada ha podido hasta ahora sacarlo.» ¡Ah! ¡El corazón no me engañaba! No está tranquilo, no. ¡Pobre padre mío! (Llorando.) ¡Padre de mi alma!

ALBERTO

Adela, calmaos. Tal vez no será muy grave... (Tomando la carta.) Oid lo que sigue: «Esta es una crisis momentánea, según los facultativos, que puede curarse; por lo tanto esta noticia no debe alarmarte, querida sobrina.»

ADELA

¿Eso dice?

ALBERTO

Sí, leed... «Pero de todos modos, es muy prudente preparar gradualmente a tu madre. El amor, el cariño de su familia, la vista de su casa, podrán dar el resultado que yo y sus amigos nos proponemos y estudiamos, y que hasta ahora no hemos obtenido. Valor, Adela; es la última prueba. Tu padre saldrá el día diecisiete, acompañado de su inseparable amigo Carlos Ventur...» ¡Dios mío! Estamos a diecinueve, esta carta se ha retrasado, y tal vez hoy mismo...

ADELA

¿De qué modo pondremos en conocimiento

de mi pobre madre esta nueva desventura?
¿Cómo podré yo misma sobrellevarla?
ALBERTO Abrigo la esperanza de que al volver vuestro padre al seno de su familia, recobrará la razón, y si no os reconoce de pronto, las caricias de su esposa, los besos de su hija, los cuidados de sus amigos, le harán recordar el pasado... Nada temáis. (Prudencia, vuestra madre.)

ESCENA III

Dichos y MARIA

MARÍA (Con alegría.) ¿Aquí el señor Alberto?
ALBERTO Estaba impaciente por veros, señora; hace mucho tiempo que esperaba con ansia este día.
MARÍA A pesar de mi grave enfermedad... hoy, gracias al cielo me encuentro bastante restablecida. Isidoro, ¿han traído el correo?
ISIDORO No sé... Tal vez la señorita sepa...
ADELA Es temprano todavía...
MARÍA Decidme, Alberto, ¿no extrañáis que mi esposo no escriba ahora, que debe estar ya en libertad?
ALBERTO Tranquilizáos, señora. Puedo aseguraros que el señor Forest ha llegado felizmente a Génova.
MARÍA ¡Ah! ¿Os ha escrito? (Con ansiedad febril.) ¿Sabéis de él?... ¡Oh! ¡Hablad! Contádmelo todo.
ADELA Alberto ha recibido una carta de un amigo suyo...
MARÍA ¿Dónde está esa carta? ¡Enseñádmela, os lo ruego!
ALBERTO No la traigo conmigo. Pero, ¿dudáis de mi palabra?
MARÍA Os creo, porque no tenéis ningún interés en engañarme, pero os veo turbados, confusos... ¿qué significa esto?

ALBERTO Vuestra misma conmoción es la que os alarma.

MARÍA ¡Yo conmovida!... Sí... lo estoy; pero por un placer tan grande, que me infunde vigor, espíritu y fortaleza... Se pueden perdonar estos transportes a una pobre mujer que está hace ocho meses sufriendo una lenta y mortal angustia, y que hoy es la más afortunada de las esposas, habiendo cesado de improviso todas las desgracias que pesaban sobre mi familia. (Se sienta en el sofá.) Sentáos a mi lado, mis queridos hijos. Quisiera hablaros de vuestro porvenir, de vuestra felicidad... pero, ¿qué queréis? Mi alma está concentrada en un solo pensamiento, en mi esposo, en el deseo de volverle a ver, y compensarle con mi cariño todos sus sufrimientos.

ALBERTO Todos estamos dispuestos a ayudaros, señora.

MARÍA Llamadme vuestra madre.

ALBERTO (Con ternura.) ¡Sí, madre mía!

MARÍA ¿Y el señor Conde, vuestro padre?

ALBERTO También ha llegado.

MARÍA Es verdad; me había anunciado su regreso. Os preparo una grata sorpresa, hijos míos. Hace diez meses que vuestro matrimonio fué suspendido por un fatal contratiempo: pero el día en que mi esposo esté de vuelta en esta casa...

ADELA ¿Qué?

MARÍA Aquel mismo día se cumplirán vuestros deseos... ¿Qué es eso? ¿no estáis contentos? No he tenido bastante firmeza para guardar el secreto: pero no lo extrañéis, mi alma necesitaba expansión. ¡Pobre Antonio! (Llorando.)

ALBERTO Calmáos, señora...

MARÍA No puedo dominar mi ansiedad... creo que un poco de aire, un poco de movimiento, de distracción, me harían bien en estos mo-

- mentos. Isidoro, mandad que dispongan el carruaje.
- ADELA ¿A dónde queréis ir?
- MARÍA Al camino por donde deberá llegar tal vez mañana mi pobre esposo.
- ALBERTO (Dudando.) ¿Hacia la estación del Norte?... (Ganemos tiempo.)
- MARÍA Entretanto, Adela mía, vete a poner el sombrero, el abrigo... Tráeme el mío... El día convida a dar un paseo. (Vase Adela.) Compadecedme, Alberto... pero si mis fuerzas me hubiesen ayudado, nada me hubiera detenido y hubiera marchado a Génova a recibirle... ¿En qué pensáis, Alberto?
- ALBERTO Estaba pensando en lo que me habéis dicho... madre mía... y apoyado en el dulce título que me habéis concedido, me atrevería a pedir os una gracia.
- MARÍA Hablad.
- ALBERTO Ese estado febril que os agita, aterra a nuestra pobre Adelina. ¿Qué sería de ella, de vuestro esposo, si a su regreso recayéseis y no pudiérais prestarle los tiernos cuidados que exige al presente su estado?
- MARÍA Su estado... ¿Cuál es? (Con ansiedad.)
- ALBERTO Debéis suponer que tras largos padecimientos... después del aislamiento en que ha vivido, el espíritu pierde su energía... las facultades intelectuales también sufren... y...
- MARÍA ¿Luego vos me creéis tan débil?... ¿Pensáis que no podré resistir?... No me conocéis, Alberto... ¡Oh! ¡Cuánto tarda!
- ADELA (Saliendo del gabinete.) Aquí tenéis el abrigo y el sombrero.
- ALBERTO Permitid. (Poniéndole el abrigo.)
- MARÍA ¿Quién diría que hace diez días creí morir?
- ISIDORO (En la puerta.) El carruaje está dispuesto.
- MARÍA Vamos.
- ALBERTO (Bajo a Isidoro.) Si ocurre algo, estaré en el paseo de los Alamos. (A María.) Dignaos apoyaros en mi brazo. (Salen los tres.)
- ISIDORO Nunca hay en el mundo una dicha comple-

ta... (A la ventana.) ¡Hola! ¡Cómo sube la señora sola en el carruaje!... sin embargo... ¿Quién diría que son madre e hija?... ¡Parecen dos hermanas!... Y yo, pobre viejo, me sentí hace poco rejuvenecido lo menos de quince años, y al oír esa fatal noticia me han caído encima una docena.

ESCENA IV

CONDE e ISIDORO

- CONDE ¿Se puede entrar?...
ISIDORO Adelante, señor Conde. ¿En qué puedo servir a vuestra señoría?
- CONDE ¿Está aquí mi hijo?
ISIDORO Ha ido a acompañar a las señoras que acababan de salir por la puerta del parque a dar un paseo.
- CONDE ¿La señora está ya completamente restablecida?
ISIDORO *Lo estaba; pero...*
CONDE ¿Cómo se entiende... *lo estaba*?
ISIDORO Temo, señor Conde, que la señora recaiga más gravemente.
- CONDE ¿Qué motivo?
ISIDORO La señora sabe ya que el señor abogado ha obtenido el indulto; pero hoy se nos anuncia que nuestro pobre señor ha perdido la razón.
- CONDE No es posible.
ISIDORO Así lo han escrito.
CONDE Sería una desgracia doblemente funesta.
 ¿Lo sabe la señora?
ISIDORO ¿Quién se atreverá a decírselo?
CONDE Sin embargo, es preciso, ante todo, asegurarse de la verdad.

ESCENA V

Dichos y CARLOS

- CARLOS Silencio... silencio, soy yo... No hay que hacer ruido. Servíos decirme, ante todo, ¿dónde está la señora de Forest?
- ISIDORO ¿Quién es este caballero?
- CARLOS Señor Conde, tengo el honor de saludaros.
- CONDE ¡Cómo! ¿Aquí vos, señor don Carlos?
- CARLOS ¿La 'señora de Forest? (A Isidoro.)
- ISIDORO Ha salido.
- CARLOS Tanto mejor. ¿No hay alguien en la casa que pertenezca a la familia?
- ISIDORO Sólo yo, el Mayordomo...
- CARLOS Me basta.
- CONDE ¿Os serviréis explicarme?...
- CARLOS ¿No os lo dice mi presencia en esta casa?
- CONDE No comprendo...
- CARLOS Desde el día de mi libertad no he abandonado ni un solo instante a mi amigo Antonio.
- CONDE ¿Es decir, que?...
- CARLOS Acaba de llegar.
- ISIDORO ¿Está aquí?...
- CARLOS Silencio.
- CONDE Decid. ¿Es positiva su nueva desgracia?
- CARLOS Demasiado cierta... Sólo nos resta una prueba, y yo quiero intentarla. Tal vez se salve en ella mi desventurado amigo.
- CONDE ¿Cuál es?
- CARLOS Pero es indispensable que todos me ayuden, y vos también. (A Isidoro.)
- ISIDORO Estoy dispuesto a todo, podéis mandar.
- CARLOS Es preciso obedecerme ciegamente. Tengo mi plan. El pobre Forest tiene necesidad de sensaciones graduadas, pero fuertes, y una de las que, a mi entender, debe darnos el mejor resultado, ha de ser la repentina presentación de su esposa y de su hija.
- CONDE ¿De qué género es esa perturbación mental?

CARLOS Un estado de atonía en sus facultades intelectuales, del cual nada basta a sacarle. Durante la travesía que hemos hecho, el viento nos fué contrario, y a la caída de la tarde estalló una fuerte tempestad... El trueno retumbaba sobre nuestra cabeza... las olas agitadas rugían bajo nuestros pies. De repente, Antonio, que estaba con la cabeza apoyada en sus manos, se levanta como saliendo de un letargo; su rostro se inunda de alegría, sus ojos de inteligencia; miró en torno suyo, y lanzando un grito de entusiasmo, exclamó: «¡Libre! ¡Estoy libre! ¡Voy a verlas, a abrazarlas!» Lleno de júbilo corro a estrecharle contra mi corazón, mas de pronto su mirada languidece, deja caer su cabeza, y vuelve a quedar sumergido en su anterior abatimiento... Dentro de un instante le veréis. (Se dirige a la ventana y hace una señal con el pañuelo.)

CONDE ¿Qué hacéis?

CARLOS Hago una seña a mi criado para indicarle que el momento es oportuno. ¿Es esta la sala donde él se hallaba con más frecuencia?

ISIDORO Aquí era donde acostumbraba estar reunido con su familia. Su estudio estaba allí.

CONDE El día en que debía efectuarse el matrimonio de mi Alberto con su única hija, fué en esta misma sala donde recibió la fatal nueva de vuestro desgraciado proceso.

CARLOS ¿El matrimonio de su hija!... Decidme, señor Conde, ¿dónde está vuestro hijo?

CONDE Ha salido a acompañar a las señoras.

CARLOS ¿Persistís aún en la idea de llevar adelante esa unión?

CONDE Ahora más que nunca... Estoy seguro de hacer con ella la felicidad de mi hijo.

CARLOS (Pascando.) Está bien... ¡Oh, qué idea! Dadme vuestra mano, señor Conde; ¿puedo esperar que os uniréis a mí para salvar al más generoso de los hombres?

CONDE Lo deseo con todo mi corazón.

- ISIDORO Un carruaje ha parado a la puerta... ¡Es él!... ¡Es mi señor! ¡Dios mío! (Va a la ventana.)
- CARLOS Quieto, no hay que correr... Vos, Isidoro, iréis a recibirle sin manifestar sorpresa alguna, como si nada hubiese acontecido, y haréis y diréis todo aquello que acostumbrabáis decir y hacer habitualmente cuando estaba aquí, y nada más. ¿Me habéis entendido?
- ISIDORO ¡Cómo podré resistir!...
- CARLOS Es la primera prueba.
- ISIDORO ¡Cómo me late el corazón!

ESCENA VI

Dichos, DON ANTONIO, acompañado de JULIAN, se presenta en el foro

- CARLOS (Al Conde.) ¡Vedle!
- CONDE ¡Infeliz! (Don Antonio, a la vista de su casa, se sorprende y queda inmóvil.)
- CARLOS Hé aquí un instante que puede ser decisivo. (Don Antonio mira en torno suyo, quiere recordar y examinar diversos objetos de la sala.)
- CONDE (Empujando a Isidoro.) Id, Isidoro.
- ISIDORO (Trémulo.) ¿Manda algo el señor?
- ANTONIO ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? (Mirándole con fijeza.)
- ISIDORO ¿No reconocéis a vuestro fiel Isidoro?
- ANTONIO ¿Qué quiere de mí este viejo?
- CARLOS Antonio... fíjate... ¿No recuerdas haberle visto otra vez?... Y bien... (Don Antonio lo examina.)
- ISIDORO Estoy esperando vuestras órdenes, señor abogado.
- CARLOS Durante tu ausencia han venido muchos clientes... ¿No es verdad, Isidoro?
- ISIDORO Todos preguntaban por vos, señor.
- ANTONIO ¿Preguntaban por mí?
- CONDE Y no sólo vuestros clientes, sino vuestros

amigos... Yo soy el padre de Alberto... de aquel que habíais aceptado por yerno... del prometido esposo de vuestra hija...

ANTONIO

(Enterneciéndose.) ¡Mi hija!... ¡Qué será de ella... pobre Adelina... estaba prometida... es verdad... pero su esposo la ha abandonado!

CONDE

Eso no es cierto...

ANTONIO

La culpa fué mía... yo sólo he sido la causa de su infelicidad... ¡Y no poderla socorrer! ¡Y no saber dónde está!... (Se vuelve, ve un retrato en la pared, lo mira y lanza un grito de alegría.) ¡Es ella! (Lo descuelga y lo besa.) ¡El retrato de mi hija! (Lo oculta con rapidez, luego se vuelve al Conde y Carlos.) ¿Qué buscáis? ¡Yo no he visto... no he tocado nada! (Se retira a un extremo de la escena, mirando cautelosamente y besando muchas veces el retrato.)

CARLOS

(Después de un momento de silencio.) Y bien, mi buen amigo, ¿te sientes mejor?

ANTONIO

Sí...

CARLOS

Había prometido acompañarte hasta tu casa... y lo he cumplido: ya estás en ella.

ISIDORO

Es verdad... mirad el piano en que toca la señorita Adela, aquel es vuestro estudio... Este vuestro sillón predilecto. (No me escuchas.)

CARLOS

Ha sufrido mucho durante el viaje. Tiene necesidad de algún reposo... Isidoro, conducidle a su alcoba.

ISIDORO

¿El señor quiere ir a descansar?

CARLOS

Sí, amigo mío, un poco de descanso te hará bien.

ANTONIO

(Se levanta lentamente y se deja conducir: al mirar el cuarto y los muebles, se sorprende, se para como si quisiera reconocer todo lo que le rodea, y soltando una sonora, exclama.) ¡Cómo cuando sueño!

ISIDORO

Vamos, señor.

ANTONIO

Siempre soñando... (Escena muda, como si la cadena le molestase para andar; después de una larga pausa vanse.)

- CARLOS ¡ Ah, señor Conde!... ¿ No es un espectáculo que parte el corazón?
- CONDE ¡ Cuando pienso en la impresión que recibirá su familia al verle de nuevo y en este estado! Es indispensable impedir...
- CARLOS Será tarde... Un carruaje acaba de parar en la puerta.
- CONDE Son ellas. (Mirando por el balcón.) Don Carlos, ¡ qué sucederá en este encuentro!
- CARLOS Puesto que la ciencia nada puede, dejemos que obre la naturaleza y los afectos de la esposa y de la hija... Todo lo espero de ellas.

ESCENA VII

Dichos, MARIA, ADELA y ALBERTO

- MARÍA ¡ Ya no puedo más!... Este estado de incertidumbre no se puede prolongar... ¿ Quiénes son?... ¿ Qué quieren estos señores? (A quienes en el primer momento desconoce.)
- ALBERTO ¿ No reconocéis a mi padre?
- MARÍA ¡ Oh! perdonad, señor Conde... ¡ No sé lo que me pasa!
- CONDE Señora, me tomo la libertad de presentaros a una persona...
- CARLOS (Con sentimiento.) Que desgraciadamente reconoceréis a primera vista.
- MARÍA No me engaño... es el señor...
- CARLOS Sí, soy aquel Carlos Ventur, que bien a pesar suyo ha sido la causa de tantas amarguras.
- MARÍA Yo os estimo, caballero, os aprecio, porque habéis sido un verdadero amigo de mi esposo.
- CARLOS Y lo seré mientras viva.
- MARÍA ¡ Ah! Recuerdo que me habían asegurado que estábais en su compañía... Decidme... ¿ dónde está Antonio?... ¿ Qué hace?... ¿ Qué espera?... ¿ Por qué no escribe?... ¿ Qué noticias podéis darme?

- CARLOS Vuestro esposo está bueno... y en camino ya.
- MARÍA ¿Y por qué habéis venido solo, y no con él?
- CARLOS Porque quería asegurarme de que el estado de vuestra salud podría permitiros recibir una tal emoción, que...
- MARÍA ¡Todos tiemblan por mí... y no piensan que cada hora que estoy separada de él, es una hora de continua y terrible agonía!
- CARLOS Veo, señora, que nadie tiene el valor suficiente para deciros el estado verdadero en que se halla vuestro esposo...
- MARÍA ¿Qué?... ¿Acaso alguna nueva desgracia?
- CARLOS (Calla y hace señal a los circunstantes para que se retiren.)
- MARÍA Creo que el señor tiene necesidad de hablar a solas conmigo... Ve, Adela, dentro de poco iré a buscarte; entre tanto harás compañía al señor Conde... ¿Me permitís?
- CONDE Podéis disponer con entera libertad, señora. (Bajo a Carlos.) ¡Prudencia!
- CARLOS (Al Conde, *id.*) Dejadme hacer. (Vanse Adela, el Conde, Alberto y Julián.)

ESCENA VIII

MARIA y CARLOS

- CARLOS Ahora que estamos solos, ya puedo hablar.
- MARÍA ¡Oh! Basta de preámbulos. Al hecho... Estoy preparada a todo... Sospecho cuanto queréis decirme. No osáis revelarme que mi esposo...
- CARLOS Vos, señora, suponéis un mal mayor del que realmente existe... La prisión... el aislamiento... los padecimientos... en fin, han contribuído a que vuestro esposo haya caído en un estado de atonía moral a consecuencia del cual a nadie conoce, de nada se acuerda.
- MARÍA (Respirando.) ¡Ah! ¡Antonio de mi alma!

CARLOS

Señora... Tranquilizáos.

MARÍA

¿Me aseguráis que esta es la verdad de su estado?... (Con ansiedad.) Pero... ¿Vive Antonio?

CARLOS

Lo juro.

MARÍA

¡Gracias, Dios mío! Mi amor... mi voz... sabrán encontrar el camino para hacerle reconocer... (Con exaltación.) ¡Sí... vuelva a mi lado, aun cuando haya perdido totalmente la razón! ¡Venga, sí, aun cuando al vernos, su ofuscada mente no reconozca a su esposa, ni su hija; aun cuando las rechace de su lado! Los pasados sufrimientos y esta terrible desgracia que acaba de sobrevenirnos, no harán más que acrecentar, que redoblar, mi cariño hacia él, no harán más que centuplicar mis fuerzas... Ahora comprenderéis, señor don Carlos, que podéis hablarle con entera libertad.

CARLOS

Yo, señora, temía, lo confieso, encontrar en vos la debilidad propia de vuestro sexo; pero hallándoos llena de tanta resolución y firmeza, os digo: acudid a las inspiraciones de vuestro corazón y le salvaréis, estoy seguro.

MARÍA

Así será. ¿Dónde se halla?

CARLOS

Señora...

MARÍA

Inútilmente intentaréis detenerme... Estoy resuelta a partir en el instante, a ir a buscarle a donde quiera que se encuentre.

CARLOS

No es necesario.

MARÍA

¡Cómo!... ¿Acaso ha llegado ya?

CARLOS

Debe haber llegado... y dentro de pocos instantes...

MARÍA

Dentro de pocos instantes... ¿qué?

CARLOS

Estará aquí.

MARÍA

¡Oh, por piedad, don Carlos! Salgamos a su encuentro; llevadme a su presencia.

CARLOS

Vuestra mano tiembla... No tenéis la fuerza indispensable para la lucha moral que debéis emprender, y...

MARÍA La tendré... ¿Qué es esto? (Al ir a coger el sombrero ve el abrigo de su esposo.)
CARLOS ¡Señora!... es...
MARÍA Isidoro... ¡Ah! él me lo dirá todo. (Isidoro se presenta en la pueeta del gabinete.)

ESCENA IX

Dichos e ISIDORO

MARÍA Isidoro... ¿Dónde está mi marido?
ISIDORO (A don Carlos.) ¡Ah! ¿Ya se lo habéis dicho?
MARÍA ¡Dios mío! ¡Está aquí!...
ISIDORO (Poniéndose delante de la puerta.) No...
MARÍA ¡Tú mientes!
ISIDORO Os aseguro que...
MARÍA ¡Todos mentís!... (A Isidoro.) ¿Tú le has visto?
CARLOS Sí... pero vos no le podéis ver hasta mañana.
MARÍA No... yo le veré ahora mismo... porque el corazón me dice que él... está... allí... ¡Antonio!... ¡Antonio!... (Llamándole.)

ESCENA X

Dichos y DON ANTONIO, que aparece en la puerta

MARÍA Antonio mío... soy yo... (Arrojándose a su cuello.)
ANTONIO (Se para, la mira, y en la incertidumbre, dice fríamente.)
¿Quién es esta mujer?... ¿Por qué llora?...
¿Qué quiere de mí?...
MARÍA ¡No me reconoce!... ¡Antonio! ¡Mírame... soy tu María!...
ANTONIO ¡Mi pobre María! ¡Ah! ¡Ja! (La mira nuevamente, después asoma a sus labios una sonrisa convulsiva y va a sentarse en el sillón.)
CARLOS ¡Señora, por piedad!
MARÍA ¿Qué? ¿Queréis acaso que me dé por vencida? ¡Oh, no!... El me reconocerá a toda

costa; no desespero, no... y si no bastase mi voz ni la presencia de mi hija... nos reconocerá por las lágrimas, por la ternura que por él sentimos... ¡Oh, sí! Traedme a mi hija...

CARLOS Dejémosla sola... Tal vez todo lo consiga el cariño, el amor de tan buena esposa. (Vase con Isidoro.)

ESCENA XI

DON ANTONIO y MARIA

MARÍA ¡Dios mío! Dame fuerzas... (Con calma.) Antonio... Antonio... ¿De esta manera recibes a tu esposa?... ¡Si tú supieses cuánto he sufrido por ti!... ¿Por qué fijas tu vista en otra parte? Vuélvete hacia mí... mírame...

ANTONIO Calla... era ella la que me habló hace poco... Yo la he visto... estaba allí... se ha aparecido ante mis ojos como una visión divina... yo no he gritado... no... He permanecido sin respirar siquiera... por temor de que aquella dulce visión desapareciese... Esta es la hora de los sueños... ¿No ves? Me hallo en mi propia casa... He visto al viejo Isidoro... He visto a mi María... ¡Solamente no me ha sido posible todavía ver a mi querida hija, a mi Adela! (Llorando.)

MARÍA ¿Luego recuerdas que esta es tu casa?... (Con calma.) La mujer que has visto poco há, era tu mujer... ¿Tú la has reconocido?

ANTONIO Sí... y no quisiera, por todas las felicidades de este mundo, que me despertasen en este momento... y encontrarme solo, al otro lado del mar, agobiado por aquellos largos días de oprobio y de dolor...

MARÍA No pienses en eso, Antonio.

ANTONIO Pero ella estaba allí... allí mi María... y de allí espero que vuelva.

MARÍA Ella está aquí... cerca de ti... a tu lado... y tú la rechazas...

ANTONIO ¿Dónde está? (Se levanta y busca.)

MARÍA Aquí a tus pies... (Arrodillada delante de él.)

ANTONIO (Viéndola.) ¡Ah!... Quieta... no te muevas... no te alejes... (Tocándole la cabeza, cogiéndola el rostro, fijándose con alegría.) ¿Eres tú?... ¡Oh!... ¡Qué pálida estás!... Has sufrido mucho, ¿no es verdad?

MARÍA ¡Oh! ¡Mucho!

ANTONIO No llores... no... mira... estoy rehabilitado... acércate... ¿Me perdonas todo el mal que te he hecho?... Así lo quería la justicia de los hombres; ellos me han condenado, pero Dios me habrá perdonado.

MARÍA ¡Esposo mío! (Llorando.)

ANTONIO No llores... estoy rehabilitado, te lo he dicho; permite que estampe un beso en tu frente... No, no... porque si se toca a los fantasmas, desaparecen... estate ahí... no te muevas... Me da tanto placer el verte, contemplarte...

MARÍA ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Si yo soy tu María... si estás en tu casa, no sueñas, no deliras!...

ANTONIO ¿Conqué es verdad lo que tú afirmas?... ¿Esta es mi casa?... Haz, pues, que yo vuelva a ver un sér querido, al que invoco, que busco cerca de ti... ¡Haz que le vea!...

MARÍA ¿Nuestra hija?

ANTONIO Sí... nuestra hija, mi Adelina. (María va a dirigirse a buscarla.) ¡Ah! No te retires... no... no... Detente, no huyas.

MARÍA No, no huyo... voy... (Entra a buscarla.)

ANTONIO ¡Ah! Desapareció. (Grito, y cae desesperado en el sillón de la izquierda.) Todo mentira, todo sueño...

ESCENA ULTIMA

Todos los personajes de este acto cuarto por la parte izquierda

- MARÍA ¡ Ven... arrodíllate a los pies de tu padre!
- ANTONIO ¡ Fantasmas engañadoras!... (Fuera de sí.)
¡ Solo!... ¡ Otra vez solo!... (Llorando. Sin ver a su hija arrodillada a sus pies.)
- ADELA ¡ Madre mía! (Viendo a su padre en aquel estado.)
- ANTONIO ¡ Oh, desesperación! (Deja caer la cabeza entre las manos apoyadas en el velador.)
- CARLOS No hay que perder un solo momento... La crisis se aproxima... valor, señora.
- ALBERTO Sí, madre mía, valor y confiemos en Dios.
- ISIDORO ¡ Pobre amo mío!
- ANTONIO Me habían prometido que volvería a ver a mi hija... a mi adorada Adelina... ¡ A ella que tanto me amaba!... ¡ Oh! Si yo la hubiera se dicho... angel mío... hazle oír a tu pobre padre aquellas dulces armonías con las cuales tú algún tiempo adormecías sus pesares! Ella me hubiera complacido. (Carlos conduce a Adela al piano, ésta empieza a tocar diferentes piezas, pasando a otras, pues ve que no producen efecto en su padre, hasta que toca el aria del primer acto, que es la de tenor del acto tercero de la «Marta.» Antonia cada vez que Adela comienza una pieza, quiere recordarle pero no puede y da muestra de dolor, hasta que toca la citada aria que recuerda al momento, y entonces empieza a buscar de dónde sale la melodía, hasta que ve a su hija: a medida que va recordando, llora, ríe, acompaña el canto... es una lucha continua.) ¡ Ah! ¡ Esa música! Es la misma... mi hija que me ha oído... mi música... ¡ Ah! ¡ Con qué placer la escucho!... No... no... es eso... (Llorando. Así... así... ¡ Ah! (Llevando el compás.)... ¡ Yo no la veo!... así... ¡ Ah!... ¡ cuánto placer experimenta mi corazón y no la veo... y no me ha visto! (Levántase y la ve.) Adelina... ella... Adelina... aquí... aquí... (Extendiendo sus brazos.) a tu padre... a tu padre...

- ADELA (Corriendo a su padre.) ¡Padre mío! ¡Padre mío!
(Gran pausa como si volviera de un sueño.)
- MARÍA ¿Nos reconoces al fin? Sí, Antonio, esta es tu Adelina, nuestra hija... y yo tu María. Ya somos felices al verte de nuevo entre nosotros.
- ANTONIO ¡Mi hija!... ¡Sí, tú eres mi hija!... mi Adelina: habla, dime que esto no es un sueño!... Habla, dímelo.
- ADELA No, padre mío, es la realidad, sí, soy tu hija, vuelve en ti.
- ANTONIO ¡Ah! ¡Sí... mi hija... esta es mi casa! ¡María! ¡María de mi alma! ¡Ah! Sí, esta es mi familia... (Grito del alma abrazando a María y Adela.) ¡Todo cuanto amo!
- CARLOS Ingrato... ¿Y tus buenos amigos? ¿Así los olvidas? (Lo mira fijamente, le tiende la mano y se echa en los brazos de Carlos que le recibe con los suyos abiertos.)
- ANTONIO ¡Ah... nunca!... ¡Alberto!... ¡ah!... señor Conde... no... (Coge las manos de Adela y Alberto, y al ir a unir las, mira al Conde, duda, y enseñándole la muñeca le indica que sí a pesar de haber estado preso, el Conde no ha mudado de opinión, los casará. El Conde comprende, y se adelanta tendiéndole la mano. Antonio la coge, la estrecha con efusión, y entonces une las de los dos jóvenes.)
- CONDE Con toda mi alma.
- ANTONIO ¡Oh! señor Conde, gracias, gracias... ¡Hijos míos, sed felices!
- CARLOS Se ha salvado.
- MARÍA Bendito seáis. (A Carlos.)
- ANTONIO ¡Bendito sea Dios!

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	Cristo contra Mahoma
La Ola gigante	Juventud de Príncipe
El señor Conde de Luxemburgo	Juan José
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	La sociedad ideal.
El Sol de la Humanidad	La cizaña
Zazá	Entre ruinas
Mujeres Vienesas	La vida es sueño
Hamlet	Sabotage
Giordano Bruno	Pasa la ronda
El Nido Ajeno.	Magda
El Rey	El Papá del Regimiento
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV	El Alcalde de Zalamea
Los Miserables	Los dos pilletes
La ladrona de niños	D. Juan de Serrallonga
Los dioses de la mentira	El Rey Lear
La Fuerza de la Conciencia.	Espectros
	Las Cigarras Hormigas
	El Registro de la Policía
	El vergonzoso en Palacio

Seguirá la obra

AURORA

Drama en tres actos y en prosa, de

DON JOAQUIN DICENTA

720.35

1

AURORA

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AURORA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado por la compañía de don Emilio Thuillier
en el «Teatro de Cataluña» la noche
del 12 de Junio de 1902



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

AURORA

MATILDE

DOÑA REMEDIOS

PETRA

MANUEL

ENRIQUE

DON AMBROSIO

DON HOMOBONO

EL DOCTOR RAMÍREZ

UN CRIADO



ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado a Manuel en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios.

Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno por libros primorosamente encuadernados; el otro, que estará aforrado en rojo por dentro, ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos.

A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa-ministro de nogal, y un sillón de cuero de Córdoba con respaldo de talla. Encima de la mesa todos los utensilios «de ritual»: gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetro, lámpara eléctrica, etc., etc.

En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, a los de la puerta del fondo.

En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas.

El mueblaje de la habitación será, exceptuando un «puff» de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero.

Encima del «puff», habrá un busto de Hipócrates, y en los ángulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal.

Del techo y perpendicular al «puff», penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos.

La escena comienza al mediar la mañana.

Al levantarse el telón aparecen en escena REMEDIOS, sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el DOCTOR RAMÍREZ, que estará sentado al lado de Remedios y MATILDE en pie, figurando examinar el mueblaje y decorado de la habitación.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS y EL DOCTOR RAMÍREZ

MATI. ¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho!
(Dirigiéndose donde están Remedios y Ramírez.)

REME. ¡Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramírez, de este querido amigo de mi juventud, ¡de esta ilustre panacea de mi vejez! (Con tono jocoso.)

DOCTOR. ¡Y qué juventud la suya, Remedios!... ¡Cuidado si era usted hermosa y tentadora y codiciable y!...

REME. No tanto... (Con coquetería.)

DOCTOR. Lo es usted aun: ¡pero entonces!... Muchas veces entré a visitarla como médico y salí de su habitación en clase de enfermo. ¡Qué recuerdos! ¿eh?... ¡Ay, amiga de mi alma!...

REME. ¡Ay, doctor! (Con resignación picaresca.) No evoque usted cosas pasadas, pecadillos de vanidad y coquetería; mundanos delirios que abominé *por siempre jamás*, al convenirme de que sólo en Dios, reside la *suprema ventura*. (Con hipocresía.)

DOCTOR. Sí, señora, sí. (Con sorna.) Ha cambiado usted mucho de tres o cuatro años a esta parte. Entre Dios y el reuma nos la tienen a usted secuestrada.

MATI. Indudablemente. Y eso que, si mamá quisiera, aún podría darme padrastro.

DOCTOR. Si hace falta uno, aquí estoy yo.

REME. (Con satisfacción.) ¡Este Ramírez!... (Con afectada seriedad.) Vaya, vaya, ocupémonos en el despacho de mi sobrino. ¿Verdad que resulta precioso?

MATI. Admirable.

DOCTOR. ¡Cuánto dinero va a meter tu presunto marido en estos cajones! (Golpeando los de la mesa del despacho. A Matilde.)

- MATI. (Con mal disimulada ansiedad.) ¿Cree usted que sí?
- REME. De seguro.
- DOCTOR No te quepa duda. Aparte de su ciencia, posee la más infalible condición para ganar dinero a esportones.
- MATI. ¿Cuál?
- DOCTOR (Con sarcasmo.) No necesitarlo.
- MATI. Eso...
- DOCTOR (Interrumpiendo.) Me parece que con dos millones de pesetas que os entregará don Homobono el día de la boda, no os moriréis de hambre.
- REME. Sin embargo, Manuel, usted lo sabe, quiere trabajar en su profesión; y hace perfectamente. Por mucho dinero que haya, nunca está de más.
- MATI. Di otra cosa: que está siempre de menos.
- DOCTOR No obstante, con la renta de escs millo-
nes, y lo que Manuel gane, podrás diver-
tirme a tu antojo. Van a llamaros la pareja
feliz.
- MATI. ¡La pareja feliz! (Como preocupada.)
- REME. ¡A ver!... Lo mismo decía tu pobre tío, el
general difunto. (Señalando el retrato de la de-
recha.) Por eso encargó en el testamento, a
su mandatario y herederos, que os entre-
gasen a ti y a Manuel, si os casábais, esos
cuatrocientos mil duros. Pensaba en todo
aquel caudillo.
- DOCTOR Sí, señora; en todo. Gracias a él podemos
decir que los norteamericanos sólo poseen
la mitad de nuestras colonias.
- MATI. ¿Por qué?
- DOCTOR Porque la otra mitad se la trajo él a Espa-
ña. Era un patriota.
- REME. (Semi-ofendida.) ¡Ramírez!
- MATI. Hizo perfectamente.
- DOCTOR Sobre todo para la comunidad de monjas
que administra don Homobono.
- REME. Las monjas...
- DOCTOR (A Matilde.) Excepción hecha de la suma que

recibiréis cuando os casen, han heredado todos los ahorros de aquel aprovechado y católico capitán.

MATI.

Pero...

DOCTOR

El general era muy precavido y se precavíó también para el viaje eterno, girando un millón de duros al Paraíso. Así no le habrán puesto dificultades.

REME.

Fué un santo.

DOCTOR

Y Manuel y tú seréis dichosos, muy dichosos.

REME.

Eso espero.

DOCTOR

¡Vaya!... Ricos, jóvenes, Manuel con talento, con hermosura tú, ¿qué más necesitáis?... Para tus comodidades este hotel; para sus ganancias este despacho. Visitas de cortesía y visitas de enfermo no faltarán. Con el dinero que dejen las segundas, podéis sufragar el gasto que hagan las primeras.

REME.

No obstante...

MATI.

Por mucho que sepa Manuel, mientras se acredita...

DOCTOR

Dale ya por acreditado. Un coche a la puerta, una casa magnífica, un despacho como este... y veinte mil duros de renta, acreditan a un médico antes que todas las curas y todos los diplomas del orbe.

REME.

¡Qué tontería! (Riendo.)

DOCTOR

Es el evangelio. Los enfermos y las alendradas se parecen mucho. Hay que cazarlos con espejuelo.

REME.

¡Ah, pícaro!

DOCTOR

(A Matilde.) ¡De modo que dentro de un par de meses, esposa de tu primo!... del viaje-ro que hoy esperamos.

MATI.

Sí, señor.

DOCTOR

¡Desventurado Enrique! (Con lástima cómica.)

MATI.

¡Enrique! (Confusa.)

REME.

(Al Doctor.) ¿Pero usted cree que Matilde ha tomado eso en serio? Ni Enrique tampoco. Galanterías, tontunas de jovenes. Ni él ni

ésta recuerdan ya semejante cosa... (Breve pausa. Como recordando.) Y las horas pasan y esa maldita... (Con hipócrita arrepentimiento.) ¿He dicho maldita?... ¡Jesús, Dios me perdone!... La costurera entretenida por allá dentro y sin venir a terminar el arreglo de estas colgaduras. (Toca un timbre que habrá sobre la mesa del despacho.)

DOCTOR (Bajo a Matilde.) De modo que ¿a Enrique carpetazo? (Con ironía.)

MATI. (Con sequedad.) Ya oyó usted a mamá. (Entra Petra por la puerta lateral derecha.)

ESCENA II

Dichos y PETRA. En seguida AURORA

PET. ¿Señora?

REME. ¿Y la costurera?

PET. Aquí viene. (Entra Aurora por la puerta lateral derecha llevando entre las manos un lío de flecos encarnados. Vestirá traje obscuro de lana y delantal blanco.)

REME. (A Aurora.) Hija, ¿usted cree que se la paga para no trabajar? (Con dureza.)

AURO. (Con humildad.) Señora, trabajando estaba. Había que unir los flecos y uniéndoles estuve hasta ahora.

REME. Bien, bien. De todos modos, y para una cosa tan sencilla, es mucho tardar. No hubiera tardado tanto yo.

PET. (A Aurora.) ¡Ella!... El otro día tardó hora y media en pegar la manga de una blusa... y la pegó al revés.)

REME. (A Petra.) ¿Qué haces ahí de conversación con Aurora? ¿Terminaste ya tu tarea?

PET. No, señora.

REME. ¿Qué aguardas entonces? (A Ramírez que hojea un libro.) Como usted es de casa, me permito reñir a esta gente.

DOCTOR Por mí no hay que reprimirse: desahóguese usted...

- REME. Son insufribles. (Petra, que se dirige al fondo, llega cerca de Matilde.).
- MATI. (Bajo a Petra.) ¿Ha venido Enrique?
- PET. (Bajo a Matilde.) No.
- MATI. (Idem a Petra.) En cuanto llegue avísame sin que nadie se entere (Petra hace un ademán afirmativo y sale por el fondo.)

ESCENA III

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, DOCTOR RAMÍREZ;
al final MARIANO

- REME. (Al doctor.) Lo repito: son insufribles.
- DOCTOR. (Con sorna.) ¡Paciencial... Dios aconseja tener mucha.
- REME. Se conoce que Dios, no necesita lidiar con criadas y con costureras. (A Aurora.) ¡Qué haces ahí mano sobre mano?
- AURO. Esperando que me manden ustedes.
- REME. Deja eso en una silla, (los flecos) entra en aquel cuarto. (El de la izquierda) Y haz un dobladillo por abajo a la cortina del balcón. (A Matilde.) Arrastra mucho. (A Aurora.) Cuando termines, vuelves aquí y acabas de arreglar los flecos.
- AURO. Está bien, señora. (Sale Aurora por la izquierda a tiempo que entra Mariano por el fondo.).
- MARIANO. (Desde el fondo) Don Homobono y el señor.
- DOCTOR. ¡Cómo! ¿Ya había salido de casa su hermano de usted? (A Remedios.)
- REME. Sí.
- MATI. ¡Vamos, son puntuales!
- REME. Tienen ustedes tiempo sobrado para ir a la estación en busca de Manuel (Entran por el fondo don Ambrosio y don Homobono. Mariano que sostiene las colgaduras se inclina ante ellos y sale.)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, EL DOCTOR
RAMÍREZ y DON AMBROSIO

- AMBRO. (A Remedios.) ¡Hola, hermanal (A Matilde y al doctor.) Felices.
- HOMO. (Acercándose a Remedios.) ¡Mi señora doña Remedios! (A Matilde dándole un golpecito cariñoso en la cara.) ¿Y tú, Matildita? Muchos recuerdos me han dado las madres para ti. (A Remedios.) Y para usted.
- REME. ¡Siempre tan cariñosas.
- HOMO. (Por Matilde.) Y con esta no hay que decir. ¡Claro! (A Remedios.) Son sus maestras, quienes con el auxilio de usted, la educaron, (A Matilde) las que han hecho de ti lo que eres: una mujer instruída, hacendosa, modesta y buena católica, que es lo principal. No hay otras como ellas. Son...
- REME. (Interrumpiendo.) Unos ángeles, señora, unos ángeles...
- AMBRO. Indiscutiblemente.
- HOMO. Y ¿cómo les va con mi recomendada?
- REME. ¿Con Auíra?
- HOMO. Sí.
- MATIL. No se porta mal.
- HOMO. La Junta de señoras a quienes sirvo de agente en sus obras de caridad, tiene gran interés por ella: es muy dócil, y puede prestar en casa de usted excelentes servicios, (sobre todo a mí.)
- REME. En los dos días que lleva de costurera en casa, no tenemos queja.
- DOCTOR. (A Ambrosio.) Y tú ¿cómo tan madrugador, hombre?
- AMBRO. Por culpa de un pleito que me trae a mal traer. Tengo que fallarlo cuanto antes y estoy preocupado, ¡muy preocupado!
- MATIL. ¡Pobre tío!
- HOMO. (A don Ambrosio.) Asunto intrincado ¿eh?

- DOCTOR. ¿Difícil?
- AM RO. Difícil por sí, no; pero el ministro tira de un lado; la marquesa de Altorá, esa influyente y hermosísima dama, de otro, y no sé a qué carta quedarme.
- DOCTOR. ¡Vaya!... (Con ironía.)
- AMBRO. Te digo que es una gran contrariedad. De una parte el ministro... esa mujer de otra... ¡Qué ministro más exigente, y qué mujer tan guapa!
- DOCTOR. De suerte que te hallas entre la política y la hermosura. ¡Infeliz Ambrosio! Son esos, dos escollos terribles ante los cuales naufraga con gran frecuencia la justicia.
- HOMO. ¡La justicia es siempre la justicia!
- DOCTOR. Naturalmente. Y una mujer guapa, una mujer guapa; y un ministro, un ministro.
- REME. De todas maneras, indisponerse con los ministros es mala cosa. Acuérdate de los traslados que sufriste a causa de aquel personaje.
- AMBRO. ¡Vaya si me acuerdo!
- DOCTOR. Mira, Ambrosio, a tu edad, y en lo compatible con la justicia, debes optar por el ministro. Como magistrado aun puedes ascender; como hombre ya perteneces a las clases pasivas.
- HOMO. ¡Qué Ramírez estel
- AMBRO. Dejémonos de bromas.
- MATI. (Impaciente.) De lo que deben dejarse es de charlar tanto, para que no se pase la hora y se encuentre solo Manuel en la estación.
- AMBRO. No te apures mujer. Tanto como tú, deseamos nosotros verle. Todos le hemos conocido pequeño y, cual más, cual menos, educado.
- HOMO. La estación no está lejos.
- MATI. Sí, pero...
- DOCTOR. ¿Tienes mucha prisa en ver a Manuel?
- REME. Naturalmente.
- MATI. Yo...
- HOMO. No te avergüences. La honestidad y la re-

ligión no están peleadas con el cariño. Dios no es egoísta. Con tal de que se le admire por sí y se le respete en las personas de sus ministros, disculpa las pasiones humanas; sobre todo cuando estas pasiones, son honradas como la tuya. (Golpeando cariñosamente la mejilla de Matilde.) Tener novio y quererle, no es un pecado. ¡Qué cutis más suave tiene esta chiquila!

DOCTOR ¡Qué ha de ser pecado! Y más tratándose de un novio como tu primo, quien, a más de su corazón, trae la fortuna en su bolsillo; es decir, en el bolsillo de don Homobono.

HOMO. Fortuna que yo os entregaré con muchísimo gusto el día de la boda, cumpliendo los deseos de ese ilustre varón, gloria de la patria y ejemplo de cristianas virtudes. Sí, señorita, tendrán ustedes, escs miles de duros. Deseando estoy dárselos.

REME. ¡Oh, don Homobono!... (Con gratitud.)

HOMO. ¡Señora, por Dios! Se trata del cumplimiento de un deber. El testamento es terminante: «Como no tengo herederos forzosos, lego todos mis bienes a la comunidad, etcétera, encargando y rogando a mi mandatario y herederos, que si mis sobrinos Matilde y Manuel llegan a contraer matrimonio entre sí, les entreguen el día de su boda...»

MATI. (Impaciente.) Vayan ustedes a la estación que se hace tardel ¡Y Enrique sin venir!

DOCTOR (A todos.) Sí, vamos. (A Matilde.) Vamos en seguida. Te lo traeremos al galope de mis dos caballos; un galope tranquilo. Los caballos de los médicos no tienen costumbre de galopar. Van casi siempre al paso: como los de las funerarias.

AMBRO. Este hombre se burla de todo: hasta de su oficio.

DOCTOR No ves que lo trato con confianza.

HOMO. (A Remedios.) A propósito de Manuel: me

han dicho que es hombre a la moderna, de ideas... de esas ideas revolucionarias, opuestas a los mandatos de la Iglesia y la sana moral.

REME. (Precipitadamente). ¡No lo crea usted! Manuel sólo se ocupa de su carrera y de sus libros.

AMBRO. Y de Matilde, por quien cada día muestra afecto mayor.

HOMO. Me habrán engañado; y me alegro. Sería lástima que parte de un caudal amasado por hombre tan piadoso como el difunto, cayera en manos de un impío.

REME. Le han engañado a usted; Manuel, en las cartas que dirige a Matilde, habla algunas veces de cosas que ni ésta ni yo comprendemos; pero se refiere a sus estudios, a sus proyectos. De la religión y de la Iglesia, nunca dijo palabra.

HOMO. Más vale así.

MATI. (A don Homobono). No piense usted en ello, y vayan a buscarle.

AMBRO. ¡Andando!

HOMO. ¡Hasta después! (Salen por el fondo don Homobono, el doctor Ramírez y don Ambrosio.)

MATI. ¡Ay! ¡Gracias a Dios!

ESCENA V

REMEDIOS, MATILDE, al final AURORA y PETRA

MATI. ¡Qué aprensivo es el hombre! ¡Bastante le importará que Manuel sea o no sea religioso!

REME. ¡Matilde!...

MATI. No es eso lo que le importa a él. Lo que le importa es soltar el dinero, la herencia para disfrutar de la cual he de casarme con mi primo.

REME. ¡Qué cosas dices! Pensar así de don Homobono...

MATI. Como gustes.

REME. Por supuesto, lleva razón. Ignoro si Manuel cree en Dios o no cree, pues sus cartas son muy extravagantes.

MATI. Sí. (Distraída).

REME. Fué un disparate dejarle marchar al extranjero. ¿A qué fué?... A tomar una indigestión de sabiduría: ¡cómo si para ser un buen médico hiciese tanta falta viajar! Lo que hace falta, son visitas. ¡Sabe Dios cómo se habrá vuelto en estos cinco años! En fin, lo importante es que os caséis y que os entreguen el dinero.

MATI. Como que sin dinero ni se puede vivir, ni gozar, ni tener éxitos en el mundo.

REME. Y que nuestra bolsa anda poco abundante. Sostenemos un tren superior a nuestros recursos; todo son ahogos...

MATI. No temas. Antes se hará la boda que llegues al fondo de tu caja.

REME. Y cuanto antes serás feliz; porque tú quieres a Manuel.

MATI. (Con displicencia). Sí.

REME. ¡Indudablemente! Aquello de Enrique...

MATI. ¡Enrique!

REME. No es que yo presuma... Ya sé que eres juiciosa y que por un capricho de niña no ibas a matar tu porvenir. Enrique es pobre; nosotros sólo contamos con un modestísimo pasar...

MATI. ¡Mamá, yol...

REME. Por ti no habrá obstáculos, lo sé. Como no los ponga tu primo.

MATI. (Sorprendida). ¡Manuel! (Con orgullo.) ¡Poner obstáculos Manuel! (Pasando por delante de un espejo y mirándose.) ¿Valgo yo tan poco?... Manuel está enamorado de mí: todas sus cartas lo demuestran. Antes de marcharse me adoraba... ¿No seguirá adorándome cuando me vuelva a ver? ¿He perdido tanto?

REME. ¿Tú perder, hija mía?

MATI. ¡Entonces!... Anda, mamá, vamos a arreglarnos un poco. (Entra Aurora por la izquierda.)

ESCENA VI

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, luego PETRA

AURO. (A Remedios). Ya está eso, señora.
REME. Pues empieza con las cortinas. (Toca el timbre que está encima de la mesa-despacho.) Y daros prisa para que esté concluido antes que venga el señorito. (Entra Petra por el fondo.)
PET. ¿Llamaban ustedes?
REME. Ayuda a ésta. (Por Aurora.) (Salen Remedios y Matilde por la derecha.)
PET. (¡A ésta!... ¡A ésta!) ¡Como si no tuviese una nombre!... Pero ¿qué es lo que se habrán *figurao* de nosotras *esas*?

ESCENA VII

AURORA y PETRA

AURO. No te enfades: así está hecho el mundo. Cada uno nace en él *pa* una cosa: ellas *pa* ser felices: nosotras *pa* pasar trabajos.
PET. ¡*Pa* ser felices!... Así como así, ¡lo merecen!... Sobre todo *ésta*: la niña y la mamá!
AURO. (Trabajando). ¡Mujer! (En son de protesta.)
PET. Deja la labor, chica. Si no está dentro de media hora, estará dentro de una. No te atosigues; lo mismo han de agradecértelo y de pagártelo.
AURO. (Suspendiendo su labor). ¡Ay! (Suspirando.)
PET. ¿Por qué suspiras? ¿Estás de hocico con tu novio?
AURO. (Con tristeza). ¡Mi novio!
PET. O lo que sea. Algo hay que tener. *Miá* que si después de pasarse una *encerrá* en casa quince días, trajinando como una mula, y

aguantando *pelmas*, tuviese una que salir sola a paseo, y divertirse sola, *aviá* estaba una!

AURO. (Con amargura y como hablando consigo misma.)
¡Sola!

PET. Y este es otro cantar. En *toas* las casas *aonde* entras a servir te dicen las señoras: «Le participo a usted que a mí no me gustan los novios ni los trapicheos.» ¡*Miá* que no gustarles!... Serán los de las otras, porque los suyos *camaraita* si les gustan!... y por ristras como los ajos.

AURO. ¡Ay! (Suspirando.)

PET. ¿Otro, ay?... ¿Te duele algo, muchacha?

AURO. El corazón me duele.

PET. ¿De qué?

AURO. De pensar que nacimos muy desdichadas.

PET. (Sorprendida). ¡*Desdichás!*

AURO. Sí.

PET. ¡Bah!... No me tengo por *desdichá* yo. Cierto que sufro los malos humores y las impertinencias de mis amos; pero también me divierto con sus llos y me aprovecho de ellos; y tontera de éste, gatuperio del otro, y propina de aquél, no lo paso mal. Si con eso tienes bastante...

AURO. Con eso y con otra porción de cosas. ¡Poco me divierto yo en las casas *aonde* sirvo, *manque* no haya señoritos jóvenes!

AURO. ¡Divertirte!

PET. ¡La mar! Los señores se burlan y se ríen de nosotros siempre. ¡Buenos *primos* están! nosotros sí que podemos burlarnos y reirnos de ellos.

AURO. ¿Nosotros?

PET. Sí, mujer; ¿qué saben ellos de sus *criaos*? lo que sus *criaos* les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? Pues *toó*; sus secretos y sus trampas y sus *inominias* y sus *ruindaes*. Calcula quién puede reirse mejor. Si los *criaos* escribiéramos como

esos de los libros ¡cuántas novelas haríamos con la verdad!...

AURO. ¡Petra!

PET. Yo no me quejo.

AURO. Y yo sé que es menester conformarse con la suerte que le toca a una; y me conformo y me doy por contenta cuando encuentro donde ganarlo, como ahora que, gracias a don Homobono, he *entrao* aquí a coser.

PET. ¡Entonces!

AURO. Pero hay momentos en que tomaría carrera y me rompería la cabeza contra las paredes.

PET. ¿Y eso?

AURO. Ha sido muy perra mi vida. (Con desesperación.) ¡Muy perra!... Créelo.

PET. Como la mía: como la de *toas* las *probes*.

AURO. No; más, Petra, más.

PET. ¿Más?... Ya te comprendo, ea. Tú has recibido un desengaño gordo en los siete años que hace que no nos vemos.

AURO. ¡Dios mío!

PET. No *jipes*, no te recomas por dentro. Desahógate, mujer. Digo si te doy confianza para ello.

AURO. ¿No has de dármele? Juntas nos criamos: en el mismo barrio nacimos.

PET. Y de la misma hambre hemos partido la ración. Malos tiempos eran aquellos.

AURO. ¿Te acuerdas?

PET. ¡Si me acuerdo pregunta!

AURO. Descalzas, vestidas de andrajos; solas en medio de la calle desde pequeñas. Solas y sin calor de nadie; ni aun el de nuestros padres, ni el del sol. Nuestros padres en la obra o en la fábrica; el sol sin acercarse nunca a nosotros porque la calle era tan estrecha que no lo dejaba pasar, y nosotras... Nosotras a la merced de Dios, haciendo juguetes con la basura del arroyo.

PET. Y *asín* *toa* la semana.

AURO. Menos el sábado que era peor aun, porque

el sábado nuestros padres se emborrachaban y se gastaban el jornal juntos y volvían a casa con el mismo mal humor, y el mismo mal vino, y a la misma hora.

PET. (Interrumpiendo.) Y a la misma hora, en punto, les atizaban a nuestras madres la misma tanda de cachetes. Tu padre y el mío se parecían una *atrocida*. Pa mí que eran dos gemelos de *incónito*. Los domingos era mejor.

AURO. Si se había *trabajao* durante la semana. Si no, eran un día de hambre más.

PET. Es nuestro sino: trabajar o andar con el apetito a *morrás*. Diez años teníamos cuando entramos tú y yo en la *frábrica*.

AURO. (Con odio.) ¡La fábrica! ¡Maldita sea! ¡Cuánto la odio!... En ella quedaron los dos únicos regalos buenos que Dios me hizo; mi niñez y mi honra.

PET. ¡Ay! (Con tristeza y escepticismo.)

AURO. La primera vez que entré en la fábrica lo hice volviendo la cabeza *pa* mirar a la calle, donde quedaban otras niñas, disfrutando del aire, del sol, mientras yo iba a sufrir el humo de los fósforos y la humedad negra del taller; otras niñas que jugaban a la luz mientras yo trabajaba a la sombra!... Cuando salí por última vez de la fábrica, lo hice bajando la cabeza y cerrando los ojos, *pa* no ver a las otras mozas, a las que de niñas me contemplaban con orgullo porque eran más felices que yo y de jóvenes podían mirarme con desprecio porque eran más *honrás*. ¡Ay Dios mío!... ¡Dios mío!... (Sollozando.)

PET. Vamos, mujer, vamos.

AURO. ¡Y aquel hombre! ¡Aquel hombre!... (Con rencor, con desesperación.) ¡Bien se aprovechó de mi ignorancia!... ¡Era el amo, el amo!, el que desde pequeña mandaba en mi voluntad y en mi cuerpo! Tan acostumbrada

estaba a obedecerle, que hasta, *pa* deshonrarme le obedecí.

PET. ¡El tío canalla!

AURO.

Muy canalla. ¡Mucho! Yo había cumplido entonces catorce años. ¡Qué sabía yo!... ¿Eres niña? ¿Aun no te has *enterao* de nada, ni de lo que es vivir y gozar tan siquiera? Pues duro, a la fábrica, a ganarte el pan, a sacarte un salario, porque es preciso, porque el salario de los padres no basta para *tóo*; a obedecer al amo, que es quien dispone de tu jornal y de tu comida; quien puede echarte de la fábrica a puntapiés y hacer que revientes de hambre en medio del arroyo. El amo es tu Dios: dispone de ti, manda en ti... Esta idea es la que le meten a una en los sesos, y una, claro, a cumplir con el amo, a sudar *pa* él, a trabajar *pa* él, a hacerse tiras la carne y polvo los huesos por él. ¡Qué remedio! Es la obligación. Y si el sudor te ahoga, y el fósforo te asfixia, y el trabajo te mata, y tu carne se rompe a cachos, y tus huesos se parten a *crujíos*, ¡no importa! Aguántate que *pa* eso te pagan. Y si no basta eso, si el amo necesita tu carne *pa* su diversión como la necesita *pa* su enriquecimiento, a dársela también: ¡por algo mantiene a tus hermanos y a tus padres, y a ti! por algo te da una peseta de jornal ¡*tóos* los días!... Ahí tienes lo que aprendí yo; lo que me enseñaban mis compañeras. ¡Ahí lo tienes! Y como me enseñaban esto, y me decían esto, y no sabía, ni veía otra cosa que esto, ¿qué iba a hacer yo, Petra? Lo que hice; lo que él quiso. ¡Qué afortunadas son las obreras feas! ¡A esas no las piden más que trabajo! (Rompe en sollozos.)

PET.

¡Vaya, vaya no te acongojes! Lo que no *tié* remedio a la espalda.

AURO.

Después lo de siempre; como una es un

- PET. estorbo *pa* el amo, a la calle: a la calle fui. Y claro, tus padres te pusieron de vuelta y media y te echaron las cosas en cara cuanto te quedaste sin jornal. Eso es lo que sucede.
- AURO. Al poco tiempo, ya lo sabes, mi padre se cayó del andamio y se estrelló contra las piedras, mi madre murió cinco meses después y nosotros, los hijos, los hermanos, echamos cada uno por su *lao*, a buscárnoslas, a no volver quizá a vernos en el mundo, como los pájaros pequeños, cuando un tiro mata a los grandes. ¡Sola me quedé yo! ¡Sola!... ¿Por qué no me morí el mismo día que mi madre! ¡Me hubiese *ahorao* tantos sufrimientos y tantas vergüenzas!
- PET. ¡Chica! (Tratando de consolarla.)
- AURO. Un día me encontré sin trabajo y caí enferma y me llevaron al hospital... ¡En el hospital conocí a Manuel! (Con pasión.)
- PET. ¡A Manuel! (Con asombro cómico.)
- AURO. Sí, a Manuel. ¿Por qué me miras así como si desearas alguna cosa?
- PET. Pues *pa* que me presentes a Manuel, porque no tengo el honor de tratarle.
- AURO. Estaba en mi sala de practicante. Casi un chiquillo; veintiún años. ¡Se condujo tan bien conmigo, me tuvo tantas atenciones mientras duró mi enfermedad!... Era tan cariñoso, tan simpático...
- PET. Que te enamoraste de él y él de ti.
- AURO. Sí, Petra. Le quise como no había querido nunca, como no querré más. Manuel me resultaba un hombre distinto de los otros. Me parecía un Dios; y eso fué, en aquel año de felicidades, mi Dios... ¡Le debo tanto! Me enseñó a leer, a escribir, más que eso todavía, a ser buena: a lo que no me había *enseñado* nadie.
- PET. Eso...
- AURO. Y ¿sabes tú, Petra? A medida que iba

aprendiendo lo que él me enseñaba, a medida que iba siendo otra criatura, le quería más, y sentía más vergüenza, y más odio contra el *pasao*, y más asco de mí.

PET. ¿Por qué?

AURO. Porque ese *pasao* nos separaba; porque él no podía querer, con querer duradero, a una *desdicháa* como yo; porque él necesitaba otra mujer que le diese lo que yo no podía darle. Esa es la mujer que él merecía, la que merece, la que tendrá.

PET. Pero Aurora...

AURO. ¿Comprendes ahora mi desesperación? Yo hubiera querido ser esa otra mujer y llegar a Manuel como llegará la otra, sin llevar en la carne las caricias de ningún hombre y en la conciencia, el recuerdo de ninguna infamia... ¡Ah! ¿por qué no le conocí antes? ¿Por qué no vino a mi encuentro aquel día maldito? ¿Por qué no estuvo en la puerta de la fábrica cuando yo llegué a ella y me cogió por un brazo y me llevó con él?... ¿Quién más dichosa entonces?... No fué así: vino tarde: recogió en mí, lo que había *sobrao* a los otros... No: yo no era *pa* él: por eso admití *resigná* el momento de la separación.

PET. ¿Os separásteis?

AURO. ¿Qué íbamos a hacer? Era preciso. Ni él podía sacrificarse por una mujer como yo, ni yo permitir que lo hiciera. Nos separamos. Al poco tiempo él marchó fuera de Madrid, yo continué trabajando y sufriendo. Era justo; no le merecía. Que Dios le pague el bien que me ha hecho.

PET. ¿A ti? ¡Bien a ti!

AURO. ¿No te dije que me enseñó a ser buena?

PET. ¡Si no estás loca te falta el canto de una perra chica! Pues por eso, porque te has vuelto buena no debió dejarte. Más vale la que aprende a ser mala y se vuelve buena que la que aprendiendo a ser buena

se hace mala. Por supuesto esas tienen más suerte.

AURO. ¡Quién sabe!

PET. Cualquiera. Pregúntaselo a la señorita Matilde. Ahí está la moza preparándose a recibir al que viene a casarse con ella y entendiéndose con Enrique.

AURO. No murmures. Eso no puede ser, Petra.

PET. ¡Que no! Como viniste anteayer, no has tenido ocasión de fijarte.

AURO. Vaya, vaya, déjame concluir la tarea. (Aurora se arrodilla delante del balcón que está frente a la mesa y empieza a coser la colgadura, colocándose en forma que la mesa la oculte por completo a los ojos de los que entren por la puerta de la derecha y a los de los que entren por el fondo. Entra Matilde por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

AURORA, PETRA, MATILDE. Al final ENRIQUE

MATI. (A Petra.) ¿Aun no vino Enrique?

PET. No, señorita.

MATI. ¡Parece mentira que tarde tanto! (Con impaciencia.) ¡Y hoy... hoy! (Entra Enrique por el fondo.)

PET. (A Matilde.) Aquí está don Enrique.

MATI. (Dirigiéndose hacia Enrique, que también se dirige a ella.) ¡Por fin!... (Sale Petra por la puerta de la derecha. Enrique y Matilde se encuentran en el centro de la escena. Enrique rodea con un brazo la cintura de Matilde, acción que es vista por Aurora.)

ESCENA IX

MATILDE, ENRIQUE, AURORA, oculta por la mesa y sin ser vista de Matilde y Enrique

ENRI. He tardado mucho, ¿verdad?

MATI. En ascuas me tenías.

AURO. (Haciendo un ademán de sorpresa grande al ver el abrazo de Matilde y Enrique.) (¡Eh!) (Enrique coge entre sus manos una de las de Matilde y conduce a ésta al «puff», donde toman asiento los dos, volviendo la espalda a Aurora.)

MATI. (A Enrique.) Temía que vinieses tarde. No vernos, no hablarnos antes de llegar él. (Aurora seguirá toda la escena con atención creciente, interrumpiendo su labor para manifestar con sus gestos la impresión de vergüenza y asco que el diálogo entablado entre Matilde y Enrique le produce. Es esta una escena durante la cual la actriz habrá de suplir la palabra con la expresión de su fisonomía, con objeto de evitar apartes siempre convencionales y casi siempre ilógicos. Escena durante la cual deben reflejarse en el rostro de aquella obrera envilecida por la miseria y por el abandono, pero honrada de condición y leal de carácter, múltiples sentimientos, entre los cuales predominarán dos: el de irse encontrando superior poco a poco a los dos miserables que tiene enfrente, y el del asombro y la repugnancia que maldades, de las que ella no es capaz, le producen. Al talento y a la discreción de la actriz encargada del papel de Aurora queda confiada esta escena que ella sola debe crear y transmitir al público.)

ENRI. Vernos sí; porque verte consutuye la felicidad mía; pero hablarnos... ¿De qué y a qué? Cuanto podíamos hablar lo hemos hablado anoche.

MATI. Es que yo...

ENRI. Lo inevitable no se discute.

MATI. Enrique...

ENRI. Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, de mi sér entero, que no halla, que no podrá hallar en el mundo criatura como ésta cuya sangre arde junto a mí, te diría: No te cases, renuncia a Manuel, seamos el uno del otro para siempre, sin obstáculos, sin mortificaciones de ninguna clase; gozemos a la luz del día lo que en el misterio gozamos hoy.

MATI. ¿Eso dirías? (Con pasión.)

ENRI. Con toda mi alma. ¿Pero y luego?

MATI. ¡Luego! (Con tristeza.)

ENRI. ¿Lo ves? Tú misma contestas con ese luego. Tú también comprendes como yo, que la boda con Manuel es inevitable.

MATI. ¡Ay! (Suspirando.)

ENRI. (Cogiendo las manos de Matilde y oprimiéndolas entre las suyas.) Deshecha tu boda con Manuel, adiós fortuna; adiós caudales y señoríos de riqueza y de lujo. Adiós porvenir tuyo; adiós porvenir mío también.

MATI. ¡Cómo!

ENRI. Yo soy pobre. Tú necesitas riquezas para ser dichosa; ya las necesito para imponerme a las gentes, para dominarlas. Ni tú ni yo podemos renunciar a nuestras ambiciones; seríamos muy desgraciados. En cambio, si tú te casas con Manuel, si yo logro encontrar la fortuna que busco... la que hallaré...

MATI. Enrique...

ENRI. La hallaré, sí.

MATI. ¿Y yo?

ENRI. ¡Para mí no existe, no existirá nunca más que una mujer en el mundo! (Atrayendo a Matilde hacia sí.)

AURO. ¡Qué infames! (Se levanta indignada y sin poderse contener, produciendo un ruido que hace volver la cabeza a Matilde y Enrique.)

ENRI. ¡Gente! (Sorprendido.)

MATI. ¡Aurora! (Reparando en Aurora, que ha quedado en pie junto a la mesa.) ¿Estabas ahí? (Con intranquilidad.)

AURO. No, acabo de entrar en este momento. (Entra Remedios por la derecha.)

ESCENA X

AURORA, REMEDIOS, MATILDE y ENRIQUE

REME. (Procurando disimular su contrariedad: a Enrique.)
¿Usted por aquí?

ENRI. ¿Cómo iba a faltar sabiendo que llegaba hoy a esta casa mi antiguo compañero de estudios? Deseando estoy saludarle.

REME. (A Aurora.) ¿Acabaste?

AURO. Sí.

REME. Vete con Petra al comedor y ayúdala a poner la mesa. Ya no deben tardar. (Sale Aurora por la derecha.) Un almuerzo de familia. (Con intención.) Si quiere usted quedarse...

ENRI. De ningún modo; me están aguardando en el ministerio a la una en punto. Así es que en cuanto salude a Manuel... (Entra Petra precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XI

MATILDE, REMEDIOS, PETRA, ENRIQUE. Al final, MARIA-NO y MANUEL

PET. ¡Señora! ¡Señorita!... Ya llegó el viajero. Acaba de apearse del coche. ¡Qué guapo!

MATI. (Bajo a Enrique.) ¿De modo que es preciso?

ENRI. (Bajo a Matilde.) Preciso.

REME. (A Matilde.) Niña, ¿qué haces ahí como un poste?... Vamos a buscar a Manuel, a salir a su encuentro. (A Petra.) Tú, avisa a Aurora y preparad el lavabo, el baño... todo lo que haga falta.

PET. (Asomándose a la puerta derecha.) ¡Aurora! (Llamando.)

REME. (A Matilde.) Anda, niña, anda. (Entra Aurora por la derecha.)

AURO. (A Petra.) ¿Qué? (Petra habla bajo con Aurora como

trasmitiéndole el recado de doña Remedios. Aurora y Petra se dirigen hacia la izquierda, Remedios y Matilde hacia el fondo. En este momento se abre la puerta de cristales que habrá en el segundo fondo y entra por ella Manuel. Detrás de éste, Mariano, que llevará en las manos una maleta y un portamantas y entrará por la puerta de la izquierda con ellos. Aurora y Petra quedan a la izquierda contemplando a Manuel, que sin reparar en ellas se dirige al sitio donde están Remedios y Matilde. La actitud de Aurora al ver a Manuel será de asombro, de dolor y alegría a un tiempo.)

ESCENA XII

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, PETRA, ENRIQUE, MANUEL. Al final el DOCTOR RAMÍREZ, DON HOMOBONO y DON AMBROSIO.

AURO. (Viendo a Manuel.) ¡Qué! (Vacilante y apoyándose en la mesa de despacho)

MAN. (Dirigiéndose a Matilde y Remedios.) ¡Tía! ¡Matilde! (Cogiendo entre sus manos las de Matilde y mirándola cara a cara.) ¡Así! ¡Que pueda mirarte de cerca! ¡Estás hermosísima!

MATI. Manuel...

AURO. (¡Manuel! ¡Y es a este, ¡a mi Manuel! al que esos miserables quieren engañar!) (Con desesperación.)

PET. (Bajo a Aurora.) ¿Qué tienes? *Pareces una muerta...* se te saltan las lágrimas...

AURO. ¡Yo!... ¡Qué tengo yo!... ¡Nada! Vamos a cumplir nuestra obligación. (Sale por la puerta de la izquierda seguida de Petra.)

MAN. (Reparando en Enrique.) ¡Caballero!... ¡Calla, si es Enrique!... ¡Perdóname, chico! (Abrazándole. Entran por el fondo el Doctor Ramírez, don Ambrosio y don Homobono, a tiempo que aparece por la izquierda Mariano y se retira por la derecha.)

AMBRO. Manuel anda más deprisa que nosotros. (A Remedios.)

- MAN. (A Enrique.) ¿Conque bien?
- ENRI. Admirablemente. Y ya—sólo me detuve para ello—ya que te he dado la bienvenida, me despido de ti.
- MAN. ¡Tan pronto?
- ENRI. Asuntos urgentísimos. Nos veremos después. Matilde... Remedios... Señores... (Enrique saluda y sale por el fondo.)
- DOCTOR (Bajo a don Homobono.) Como en los cambios de ministerio. Enrique ha dado posesión al ministro entrante.
- HOMO. No se burle usted de él. La resignación es una gran virtud. (Con irónica sencillez.)

ESCENA XIII

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, EL DOCTOR RAMÍREZ
DON HOMOBONO Y DON AMBROSIO

- AMBRO. (A Matilde.) Ya le tienes aquí.
- MAN. Sí, Matilde, aquí estoy: aquí tienes al sabio, como me llamabas irónicamente en tus cartas: a este hombre que ha querido estudiar mucho y quiere valer mucho para hacerse digno de tu belleza, de tu bondad y de tu cariño.
- MATI. Gracias.
- REME. ¡Manuel! (Con satisfacción y cariño.)
- AMBRO. ¡Bravo, chico, bravo!
- HOMO. ¡Picarón! Cinco añitos por esos mundos de Dios, es decir, del diablo, porque Inglaterra y Alemania son protestantes; y Francia peor todavía, porque es republicana. ¡Lástima que esos pueblos estén por sus costumbres y por sus creencias fuera de nuestra santa religión y lástima que los jóvenes vayan a ellas con achaque de aprender ciencia!
- MAN. ¡Qué remedio, don Homobono! En la España católica la enseñan pocos, y a esos

pocos o no les hacen caso o les dejan morir de hambre en un rincón.

HOMO. ¿Eh? (Con mal gesto.)

MAN. Además, poco importa que sean católicos o protestantes los pueblos donde la ciencia vive y se dignifica y adelanta.

HOMO. ¿Cómo?

MAN. La ciencia se cuida poco de religiones. Sólo tiene una. La verdad. Como sólo tiene dos enemigos irreconciliables: el fanatismo y la intolerancia.

HOMO. ¡Esol...

DOCTOR (A Ambrosio.) (El muchacho se explica.)

AMBRO. (Al doctor.) Demasiado.

REME. (A Manuel.) Pero, hijo...

MAN. Sí, señora, sí. La ciencia, el arte, todas las grandes manifestaciones intelectuales, necesitan aire, expansión... Para ellas no puede, no debe haber otras barreras que las naturales, las que el juicio ataca y el trabajo destruye; no las que se crean al amparo de cobardes egoísmos y de tradiciones ridículas. Por eso, en los países de donde vengo yo, la ciencia y el arte producen, conquistan y se engrandecen a beneficio de la humanidad; por eso, en el nuestro agonizan y andan con paso de tortuga. No; nuestro atraso no es culpa propia; lo es de esas intolerancias; de esos fanatismos, que, prometiéndonos dichas en el cielo, nos embrutece en la tierra y acabarían por destruirnos, por matarnos, si se les dejase: pero no haya cuidado, no les dejaremos; hay muchos como yo, muchos dispuestos a combatir sin tregua, para que el suelo donde hemos nacido, no se transforme en una momia geográfica.

(Con entusiasmo y sin reparar en el asombro y mal gesto de todos.)

HOMO. (Levantándose.) ¡Esto es inaguantable! (Se dirige hacia al fondo.)

MATI. ¿Dónde va usted?

HOM. Al jardín, a respirar el aire un poco: esta atmósfera me ahoga. (Bajo cuando llega junto a Remedios.) ¿No se lo decía yo a usted? de la cáscara amarga. (Yendo al fondo.) No serás tú quien te lleves los millones del general. (Por Manuel. Sale por el fondo.)

ESCENA XIV

Dichos, menos DON HOMOBONO

MAN. Pero, ¿por qué se va?
DOCTOR ¡Qué sé yo!
AMBRO. Sin duda por no discutir tus ideas
REME. Don Homobono es muy religioso.
MATI. Tal vez se haya ofendido.
MAN. (Sorprendido.) ¡Ofenderse! ¿Conqué motivo?
Sea religioso don Homobono cuanto le venga en gusto; nada más respetable que la conciencia de los demás; cada cual puede creer que aquello que le plazca, tener la religión que le plazca.
DOCTOR Conformes.
MAN. Lo que no es posible es que, con pretexto de religión, se trate de esclavizar la ciencia, de poner mordazas al entendimiento, de inmovilizar las sociedades. Eso he dicho yo; no otra cosa.
AMBRO Sí; pero te expresas con tal vehemencia que...
MAN. Con la vehemencia de una convicción firme.
REME. No obstante...
MAN. Si don Homobono no se hubiera marchado, si me hubiese dejado concluir, estaría conforme conmigo.
MATI. ¿Contigo?
MAN. ¡Claro! El, servidor humilde, amante fervoroso de Cristo, ha de estar conforme con quien, como yo, procura por la verdad y por el bien y por la justicia.

- AMBRO. Eso lo respetamos todos.
MATI. Naturalmente.
REME. Indudablemente.
DOCTOR Indiscutiblemente.
MAN. ¡Pues entonces!... Sí; la verdad, el bien, la justicia. La verdad; la inteligencia de cada uno esforzándose en descubrir verdades, pequeñas, relativas, si ustedes quieren, pero que una a una, cada una de por sí, vayan formando como escalones múltiples por los cuales se llegue a la verdad absoluta, suprema. El bien, no el bien particular, el común, el que, siendo igual para todas las criaturas, acabará por hacerlas felices; eso quiero yo; y quiero también el triunfo de la justicia, de la justicia justa, entendámonos, de la que está escrita en las conciencias más que en los libros, de la no puede dispensarse a capricho de jueces venales, ganados por la influencia o por el oro o por la belleza; la justicia cuyos fundamentos...
- AMBRO. Voy en busca de don Homobono. (Con mal humor.)
- MAN. ¡Tíol
- AMBRO. El hombre está solo, aburriéndose en el jardín.
- MAN. ¿He molestado a usted también? (Con sinceridad.)
- AMBRO. De ninguna manera (Procurando reprimirse) Con ira. ¡Estamos frescos con el mozo! (Sale por el fondo.)

ESCENA XV

MATILDE. REMEDIOS. MANUEL. EL DOCTOR RAMÍREZ

- MATI. (A Manuel.) ¡Eal Déjate de discursos y dime lo que te parece el despacho.
- MAN. (Mirando el despacho distraidamente.) Muy bien. (Se acerca al armario de aparatos quirúrgicos y lo

- abre.) Los instrumentos son de primer orden.
- DOCTOR No falta requisito. Ya ves: armario biblioteca, comodidades...
- REME. La mesa es de nogal: a la última moda.
- MATI. La sillería de cuero de Córdoba. Mira. (Enseñando el despacho a Manuel.) Calefacción por gas... Lámpara eléctrica de seis brazos.
- MAN. (Distraído.) Bien, bien... ¿Y el laboratorio? (A todos.)
- REME. (Sorprendida.) ¿El laboratorio?
- MATI. El...
- MAN. El laboratorio. ¿De qué se sorprenden ustedes? Mi cuarto de trabajo, de estudio. El gabinete donde pasaré horas y horas, la vida entera, si es preciso, para arrancarle a la ciencia una palabra más, aunque sea una sílaba.
- DOCTOR (Contrariado.) El laboratorio...
- MAN. Naturalmente. Me es imprescindible. Amo mi profesión ; tengo propósito de dedicarle todo mi esfuerzo cerebral. No; no pienso hacer de ella, sola y exclusivamente, oficio lucrativo, eso es lo de menos. No crean ustedes que voy a ser como ciertos médicos que, con cuatro fórmulas y cuatro far-sas y un coche propio y un despacho magnífico, procuran su medro personal y embaucan tontos y alucinan imbéciles y conquistan necios. No, mis aspiraciones son más altas, más serias.
- DOCTOR (Me parece que ha llegado el momento de ir a reunirme con don Homobono y con don Ambrosio.) (Alto a Remedios.) ¿Y ese almuerzo, Remedios?
- REME. Ya debían haber avisado.
- DOCTOR En tal caso voy por los prófugos. (Se dirige al fondo y sale por él.)
- REME. Y yo a meter prisa a los criados. (Se dirige a la derecha.)
- MAN. ¿Y mi laboratorio?
- REME. (Con mal humor.) Ese lo pones tú a tu gusto.

(Aparte.) Ni un elogio por el despacho. (Mirando el retrato del general.) ¡Valiente yerno me has regalado, general! (Sale por la derecha.)

ESCENA XVI

MATILDE, MANUEL. Al final AURORA

MAN. (Dirigiéndose a Matilde.) Sí, Matilde. Mis proyectos son grandes. Sólo con grandes proyectos y con grandes esperanzas de realizarlos me hubiese atrevido a pretender la posesión tuya.

MATI. ¡Manuel!

MAN. Sí; te amo, te amaba antes de separarnos. Con la ausencia ha crecido este amor.

MATI. ¡Manuel, por Dios, yo no merezco!...

MAN. (Estrechando cariñosamente las manos de Matilde.) ¡Qué no mereces!... Todo. De ahí que me haya esforzado en valer mucho; y valgo mucho; disculpa mi inmodestia, pero contigo quiero ser inmodesto. ¿Permites que lo sea? (Con dulzura y cariño.)

MATI. ¡No lo he de permitir!

MAN. Pues oye. Tengo ideas grandes, muy grandes. Ya te las diré una por una. La ciencia será mi acicate; tú mi aliado.

MATI. ¡Yo!...

MAN. ¡Qué deliciosa nuestra vida futura! Lejos del mundo, apartados de sus estúpidas vanidades y de sus fútiles placeres: el uno para el otro y los dos para una felicidad sola. ¡Venturoso hogar el que nosotros cimentemos en el apartamiento, en el trabajo y en la honradez!

MATI. (Que ha seguido con creciente contrariedad las frases de Manuel.) Sí... sí... (Procurando dominarse; toca el timbre.)

MAN. (Sorprendido.) ¿Qué haces?

MATI. ¿No lo ves?

MAN. ¿Llamas?

- MATI.** Te has olvidado de que aquellos señores nos aguardan para almorzar. Tendrás que arreglarte. (Manuel hace un gesto de desagrado y se vuelve de espaldas a la puerta de la derecha por donde entra Aurora.) (A Aurora.) Mira si está todo dispuesto en el cuarto del señorito. Hasta luego, Manuel. (Aurora pasa hacia la izquierda en forma que queda detrás de Manuel cuando éste se vuelve.)
- MAN.** Pero...
- MATI.** Adiós...
- MAN.** ¡Ella también me deja!... ¡Todos me dejan!... ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? (Se vuelve hacia donde está Aurora, que le contempla con amor y tristeza.)
- AURO.** (Bajo.) ¡Pobre Manuel!
- MAN.** (Fijándose en Aurora.) ¡Cómo!... ¿Será posible?... ¿Qué posible, seguro!... Es Aurora. (Dirigiéndose a ella.) Aurora, ¿eres tú?
- AURO.** (Con tristeza.) Yo soy, señorito Manuel. (Sale por la izquierda.)
- MAN.** ¡Aurora! (En actitud de meditación y de recuerdo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación central de la parte baja del hotel indicado en el acto primero.

Al fondo una galería de cristales que comunica con el jardín, algunos de cuyos árboles se verán tras de la vidriera. Una puerta grande de dos hojas que habrá en el fondo, comunica con esta galería.

A la derecha dos puertas, que suponen unir con el salón las habitaciones donde residen Remedios, don Ambrosio y Matilde. A la izquierda otras dos puertas; la del primer término comunica con el despacho y dormitorio de Manuel; la del segundo, con el cuarto donde se supondrá que este ha establecido su laboratorio.

A la derecha, en primer término, un diván bajo, de respaldo ancho y corto. Entre las dos puertas de la izquierda, una chimenea; entre las dos de la derecha, un mueble escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir.

En las paredes cuadros de paisaje; fotografías, reproducciones de dibujos de *sport*: caza, equitación, pesca, juego de volante, pelota, etcétera. En los rincones, mesitas maqueadas portátiles.

El resto del mueblaje lo constituirán sillas de diversas formas, butaquitas y mecedoras.

Al levantarse el telón, aparecen en escena sentados sobre el diván, REMEDIOS y AMBROSIO.

ESCENA PRIMERA

REMEDIOS AMBROSIO

REME. Te aseguro que si no fuese porque estamos entre la espada y la pared, no sería Manuel el que se casase con Matilde. Cada día me es más antipático el hombre.

AMBRO. Insoportable; de todo punto insoportable.

REME. No abre la boca, que no lo haga para mor-

- tificar a alguno de nosotros o a alguna de las cosas que merecen nuestro respeto.
- AMBRO. Dilo; porque no es otra su ocupación desde hace una semana. El día de su llegada aquí, durante el almuerzo, me faltó poco para tirarle un plato a la cabeza.
- REME. ¡Y a mí!
- AMBRO. Estos jóvenes de hoy creen que el mundo puede volverse del revés con la misma facilidad que los calcetines.
- REME. Algunas veces me parece que Manuel está loco.
- AMBRO. ¡Loco! No caerá esa ganga. A los locos se les encierra.
- REME. ¡Pobre Matilde!
- AMBRO. No hay duda que se va a divertir.
- REME. Afortunadamente, Matilde no se deja dominar así como así. En ésta, como en otra porción de cosas, saca mi carácter.
- AMBRO. Creo que te forjas ilusiones. El tal Manolito tiene mucho genio. No se dejará imponer fácilmente.
- REME. ¡Bah!... Peor genio gastaban otros, y sus mujeres les han vuelto mansos.
- AMBRO. Verdad. Pero convengamos en que Manuel es imposible.
- REME. Atroz. Pero sólo tenemos un remedio. Hay que apencar con él, o quedarse por puertas. Y menos mal que hace unos días, desde el siguiente a su llegada, anda muy ocupado con la instalación del laboratorio, y apenas si lo vemos a más horas que a las de comer y almorzar.
- AMBRO. Con ellas tiene bastante para ponernos de mal humor a todos. ¡Dichosos los que no viven en la casa!... Esos con dejar de venir, están del otro lado. Ya lo hacen.
- REME. Ambrosio...
- AMBRO. Por de pronto, Enrique no ha vuelto.
- REME. Enrique tiene sus motivos. La situación suya es muy difícil.
- AMBRO. Convengo en que a Enrique le asisten mo-

tivos especiales para alejarse de nosotros.
¿Y a los demás? Ramírez...

REME. En el laboratorio está con Manuel.

AMBRO. Don Homobono...

REME. Por don Homobono llevas razón. Desde que Manuel le soltó aquella rociada, muestra una actitud que... Vaya, hablando con toda claridad, me parece que a don Homobono le vendría de perlas que, por las inconveniencias de Manuel, se frustrase la boda.

AMBRO. ¿A qué cuento?

REME. ¡Pareces tonto, hombre! Si la boda se deshace, ¿quién se queda con el dinero?

AMBRO. ¡Mujer!... No seas mal pensada. Don Homobono es sujeto excelente; incapaz de caer en tales propósitos. Además, nos quiere mucho y le conviene estar bien con nosotros. Hoy mismo ha de traerme una nota referente a un pleito de sus administradas, pleito en cuya tramitación intervengo yo.

REME. Sin embargo de eso, no hay que fiarse mucho. (Aparece en el fondo don Homobono.)

ESCENA II

Dichos y DON HOMOBONO

HOMO. (Desde el fondo). ¿Estorbo?

REME. ¡Estorbar usted, queridísimo amigo!... ¡Al contrario! Echándole estábamos de menos y temerosos de que estuviese usted ofendido.

HOMO. (Con sencillo asombro). ¡Yo!..

AMBRO. Las imprudencias de Manuel.

HOMO. (Con ingenua expresión). ¡Ofenderme yo, señora mía! Nunca me ofendo. Jamás guardo rencor a nadie. Mis creencias y mis sentimientos, educados en esas creencias, lo impiden.

- REME. (A Ambrosio.) ¡Es un santo!
- HOMO. No, señora; nunca me ofendo con mis prójimos. Menos había de ofenderme con Manuel.
- AMBRO. Ya se lo decía yo a Remedios.
- HOMO. No es culpa suya. Tiénela el pícaro tiempo en que vivimos. Deplorable resulta que las diabólicas ideas del siglo hayan penetrado en la conciencia de ese joven, nacido en el seno de una familia tan irreprochable como la de ustedes. Malo sería que se aprovechase, en servicio del mal, una inteligencia que todos queríamos ver empleada en servicio de Dios.
- AMBRO. Sí. Sería gran pena.
- HOMO. Pero no hay que apurarse tanto. Aun no se halla Manuel absolutamente perdido.
- REME. Igual pienso yo.
- HOMO. Ustedes con sus consejos, Matilde con la persuasiva influencia del cariño, yo propio, que algún valimiento he de tener con él, procuraremos arrancarle de la mala senda devolviéndole al buen camino, al que no debí abandonar nunca. Volverá, es de suponer que volverá, y... ¡arrepentidos quiere el cielo!
- REME. El Señor le oiga a usted.
- HOMO. ¿Y qué tal, qué tal se conduce Manolito desde que no le veo?
- AMBRO. Haga usted cuenta que lo mismo.
- REME. (Con impaciencia.) ¡Ambrosio!
- AMBRO. ¿Por qué no decirlo, si es cierto? Peor que cuando llegó aquí; tronando contra lo existente; jurando y perjurando que es necesario renovarlo, cambiarlo, rehacerlo todo. ¡El delirio!
- REME. Cosas de muchachos.
- HOMO. Sí, sí; pero por lo visto el mal tiene raíces hondas. La mayor parte de los amigos, de los compañeros, de los maestros e ídolos de Manuel, son unos ateos, unos revolu-

cionarios rabiosos. ¡Calculen ustedes dónde irá con semejantes compañías!

AMBRO. Al infierno... Y no hablemos nada de Matilde.

REME. (Queriendo interrumpirle). Matilde...

AMBRO. Ese inventor de microbios nuevos y de sociedades novísimas, quiere convertirla en su esclava, hacerla vivir lejos del mundo, moliéndole ingredientes, sin duda, mientras él la muele a ella a fastidios, a disgustos y a aburrimientos.

REME. Pero, hermano mío...

AMBRO. (Con impaciencia y con enojo). No; Matilde no puede amar a un tipo de esas condiciones. Será una víctima con él.

HOMO. Ahí tiene usted una cosa más grave que todo lo anterior.

REME. ¿Eh?

HOMO. Aparte de que un sujeto, minado por tan perniciosas ideas, puede inculcarlas en la conciencia de Matilde, haciendo a ésta perder, por terrenas felicidades, la felicidad celestial, si ella no le ama y, por no amarle, se hace infeliz, la boda significaría un peligro para ella y acaso un crimen para quienes le aconsejen y la permitan.

REME. ¡Cómo! (Con creciente disgusto).

HOMO. La paridad de sentimientos precisa para la ventura doméstica; sin cariño verdadero, profundo, no hay dicha posible en los matrimonios, y un mal matrimonio sólo puede acarrear desventuras. Sí Matilde no quiere a Manuel, si no ha de ser dichosa...

REME. ¿Qué?

HOMO. No debe casarse.

REME. ¡Eso! ¡Y que las monjas carguen con todo!

(En un inevitable arranque de despecho.)

HOMO. (Levantándose). ¡Remedios!

AMBRO. (¡Caracoles! Me parece que mi hermana tiene razón.)

REME. (Dominándose). Sí, señor, que se lo llevarán todo, antes que fuese infeliz mi Matilde.

Mejor estaría ese dinero en manos de aquellas queridísimas madres que en las de un hombre y una mujer unidos ante Dios, sin sentir un afecto verdad. Ahí tiene usted lo que yo pienso. No me guían en este asunto intereses bastardos.

HOMO. (¡Te veo!)

REME. Sólo que, y esta es mi desesperación, Matilde está enamorada de Manuel, ¡muy enamorada! ¿Cómo me opongo yo a lo que ella considera su dicha?

HOMO. Eso de ningún modo. (Breve pausa. A Ambrosio,) Y dígame usted, don Ambrosio, ¿cómo anda el pleito de las madres? ¿Tenemos esperanzas?

AMBRO. Seguridades, no esperanzas, amigo mío; muchos pasos ha habido que dar, pero al fin...

HOMO. La razón y la justicia están de su parte. Por eso pleiteamos. Sentimos gran respeto hacia la justicis y sus intérpretes, para demandarle fallos opuestos a su noble misión.

AMBRO. Ya lo sé. Pues están ustedes de enhorabuena. Digo ustedes, porque como usted lleva un tanto por ciento en los negocios de aquella casa...

HOMO. Eso es lo de menos; no trabajo por lucro; trabajo por servir a Dios en las personas de sus hijas más predilectas.

REME. ¡Quién lo duda!

AMBRO. ¿Y qué, me trae usted la nota? Conviene llevarla esta tarde.

HOMO. No la he hecho.

AMBRO. Hágala usted aquí. En aquel escritorio. (El situado entre las dos puertas.) Hay papel y tintero.

REME. (A Ambrosio). Nosotros iremos a dar una vuelta por el jardín, con objeto de no distraerle a usted. (Aparte a Ambrosio.) Necesito hablarte.

HOMO. Si no me distraen.

REME. Nada, nada. Ahí le dejamos a usted solito. Le esperamos en el jardín. (Sale por el foro con don Ambrosio.)

HOMO. (Dirigiéndose hacia el escritorio). Anda, que no serás tú (por Remedios) quien pueda conmigo. (Cuando don Homobono llega al escritorio, entra Aurora por la primera puerta derecha.)

ESCENA III

DON HOMOBONO y AURORA

HOMO. (Reparando en Aurora). Felices, Aurora.

AURO. (Con tristeza). Felices serán para usted, don Homobono.

HOMO. (Como fijándose en la tristeza de Aurora). ¿Qué te pasa, mujer? Estás pálida; tienes encendidos los ojos, así como si hubieses llorado mucho.

AURO. (Con angustia). Mucho he llorado, sí, señor.

HOMO. (Como sorprendido). ¿Por qué?

AURO. ¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¡Usted que me ha hecho entrar en esta casa! ¿Por qué me trajo a ella?

HOMO. No te entiendo.

AURO. ¡Que no me entienda!... He sufrido tanto en esta vida, he derramado tantas lágrimas y me he impuesto tantas penitencias por culpas que otros me obligaron a cometer, que me creía que *tóo* lo malo había *acabao*, que no iba a sufrir dolores nuevos, que los antiguos eran bastantes *pa* colmar la medida. (Con desesperada ironía.)

HOMO. Pero...

AURO. ¡Eso creía yo! ¡Seré imbécil! ¡Como si el que nace *pa* padecer tuviera descansol! ¡Como si cuando las penas le agarran a una por el cuello dejasen de apretar! ¡Como si el dolor cuando dice «*allá voy*», se cansase de dar puñaladas! Obró usted ma-

- lamente con traerme aquí. ¡Muy malamente! (Con angustia y dolor.)
- HOMO. ¿Yo? (Como si no comprendiese.) No te comprendo, mujer, explícate.
- AURO. ¿No está Manuel en esta casa? ¿Qué más explicaciones quiere usted?
- HOMO. (Como si aun no entendiese.) Manuel...
- AURO. (Con desesperación y energía.) Sí, Manuel; mi Manuel; el que fué mi Manuel, y mi alegría, y mi cariño y mi *tóo*. ¡Ese! (Con pasión.)
- HOMO. Aurora...
- AURO. (Interrumpiéndole.) ¡Ese! Pero ¿a qué decirle a usted nada y contarle nada, si usted lo sabe tan bien como yo?
- HOMO. Cree que ignoraba...
- AURO. ¡Qué iba a ignorar, si usted y las señoras que me protegen, primero de hacer cosa por mí, quisieron enterarse de *tóo*, y me rebañaron el corazón y la memoria *pa* sacarme el *pasao* entero!... Mucho les debo a ustedes, muchos bienes me han hecho, pero, trayéndome a esta casa, me han producido un mal mayor que *tóos* esos bienes juntos.
- HOMO. De modo que Manuel... el sobrino de doña Remedios, el novio de Matilde es... ¡Calla!... Tienes razón. (Con hipócrita sencillez.) Perdona, hija, perdona. Me había olvidado de ese incidente. Ahora caigo en que le nombraste y... No extrañes mi olvido; doy tan poca importancia a las miserias de los hombres... Lo siento, de veras que lo siento... Y qué, ¿le viste?... ¿Has hablado con él?
- AURO. Sí.
- HOMO. Y él...
- AURO. El es tan bueno, no, más bueno que nunca.
- HOMO. Mostraría disgusto al verte.
- AURO. (Sorprendida.) ¡Disgusto! (Con sencilla y noble expresión.) Al contrario, alegría. Con su bon-

dad de siempre me tendió la mano, ofreciéndome, lo que puede ofrecerme, lo que yo no me hubiera atrevido a pedirle, su protección y su amistad.

HOMO. ¿Y tú?... Supongo que no habrá cruzado por tu imaginación el propósito de renovar antiguas quimeras.

AURO. (Con dignidad.) ¿Por quién me toma usted? ¿Qué ha *pensao* usted del querer mío? No; ¡yo sé que Manuel no *pué* ser *pa* mí! Si lo supe, si renuncié a mi *felicidad* cuando estaba a su *lao*, cuando aun tenía el calor de sus caricias en mi sangre, ¿cómo no iba a hacerlo ahora cuando ya le juzgaba perdido *pa* siempre?

HOMO. Entonces, habiéndote conducido así, debes estar tranquila.

AURO. (Con amargura.) ¡Tranquila!

HOMO. Como debes continuar sacrificándote y borrar de tu alma la imagen de Manuel.

AURO. (Con energía.) Sacrificarme, sí. ¿Borrar su imagen, arrojar de mis entrañas su querer? Eso, no señor; ¡nunca!

HOMO. ¿Nunca?

AURO. Nunca; ya está dicho. Ni lo haré, ni hay quien me lo pueda exigir.

HOMO. Dios lo exige.

AURO. ¿Dios? (Con energía.) No es verdad. ¡Que va a pedir Dios eso! Dios ha *formao* mi corazón. Ha permitido que Manuel sea mi dueño, no sé si después o a la misma parte que Dios. Pues si Dios ha hecho eso, si ha permitido eso, podrá exigir que me sacrifique; ya lo hago. ¡Pedirme que le olvide, que le eche de mi alma! Dios sabe que eso no es posible. ¿Cómo lo va a pedir?

HOMO. No olvidándole sufrirás más.

AURO. ¿Y qué me importa?

HOMO. Pero...

AURO. ¿Usted cree que mi padecer de ahora, es por mí? No. Entonces me conformaría como antes.

- HOMO. ¿Y hoy? (Mostrando en su rostro la satisfacción que le produce la actitud en que va Aurora a colocarse.)
- AURO. Antes sufría por mí sola. Hoy sufro por lo que van a hacerle sufrir.
- HOMO. ¿A Manuel?
- AURO. (Con apasionada desesperación.) ¡Quieren engañarle, deshonrarle!
- HOMO. (Como sorprendido.) ¿Qué dices?
- AURO. La *verdad*. Esa Matilde, *esa señorita*, ¡esa infame!... Sí, señor, no me mire usted, ¡esa infame! no quiere a mi Manuel, quiere a otro; a otro de quien ha sido ya, de quien sigue siendo, de quien seguirá siendo después de casada. De Manuel no appetite más que la herencia; y con tal de lograrla no le importa perder a un hombre en este mundo y perder la gloria en el otro.
- HOMO. Pero ¿qué hablas, muchacha? Eso no es posible.
- AURO. ¡Qué no es posible! Lo he oído yo. Se lo he oído a ella y a Enrique.
- HOMO. ¡Matilde! ¡Enrique!... Sí... Algo me habían dicho, pero no le he prestado crédito.
- AURO. Créalo usted. ¡Se lo juro por estas cruces!
- HOMO. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué horror!
- AURO. Y el hombre por quien daría yo la gloria, va a ser *desdichao* sabiéndolo yo... ¡Y yo lo voy a consentir!... Consintiéndolo sería tan mala como los otros. No, Manuel; no lograrán lo que se proponen, no lo lograrán. ¡Te digo que no lo lograrán!
- HOMO. ¿Qué intentas?
- AURO. ¡Evitar esa infamia! Hablar con Matilde, con Manuel si es preciso. ¿Debo hacer otra cosa? ¿No es esto lo justo? ¿No es lo *honrao*?
- HOMO. Tú...
- AUR. Yo, sí. Aconséjeme usted. Usted se trata con personas más sabias y más santas que yo. Usted vive más cerca de Dios que esta pobre mujer. ¿Verdad que debo oponerme

a que Manuel sea *desgraciao*? Vamos; usted que es religioso, usted que sabe tanto de cosas de conciencia, contésteme. ¿Cuál es mi obligación?

HOMO. Yo...

AURO. Usted, sí. Pero ¡qué digo! ¡contestarme! ¡ayudarme!

HOMO. ¡Ayudarte!... Tanto como ayudarte... Claro que siendo como lo pintas tú... Pero la culpa, si existiera, tú eres quien la sabe, tú quien lo has visto; yo no sé nada, no he visto nada, no puedo mezclarme, por consiguiente, en nada. Eso es cosa tuya. Este género de cuestiones no admiten consejo; se resuelve por iniciativa particular. Haz lo que juzgues más conveniente; y para ti el pecado, si es que hay pecado, y la gloria si hay gloria.

AURO. Corriente. *Pa* mí sola. ¡Si no me acobar-do!... ¿Cómo he de acobardarme?... ¡Se trata de él!...

HOMO. Sobre todo nada de escándalo. Ni para evitar un mal debe recurrirse al escándalo.

AURO. ¡Ni *pa* evitar un mal! ¿Qué mayor escándalo que el mal mismo?

HOMO. Silencio. Ahí viene Matilde. (Se dirige al escritorio. Entra Matilde por la primera puerta derecha.)

ESCENA IV

Dichos, MATILDE

MATI. ¡Don Homobono! (Manifestando gran cariño.)

HOMO. (Lo mismo.) ¡Hola, Matildita! (Cogiendo afectuosamente entre las suyas la mano de Matilde.)

AURO. (¿Y este hombre puede tratarla con cariño?)

MATI. (A Homobono.) ¿Cómo tan solo?

HOMO. Terminando una nota que debo entregar

a tu tío. (Escribe.) Ea... ya está. Hasta después. Volveré a despedirme.

MATI. ¡Siempre tan amable!

HOMO. (Por Aurora.) (Decididamente fué una gran idea traerla aquí.) (Vase fondo.)

AURO. (Ahora nosotras dos.) (Matilde se dirige hacia la izquierda. Aurora se interpone.)

ESCENA V

AURORA y MATILDE

AURO. ¿Dónde va usted, señorita Matilde? (Con sarcasmo.)

MATI. (Sorprendida) ¿Yc? (Con altanería.) ¿Qué te importa y quién te autoriza a preguntarme?

AURO. Cuando lo pregunto me importará. (Con firmeza.)

MATI. (Sorprendida por el tono de Aurora.) ¡Eh!

AURO. ¿Quién me autoriza a preguntarle? Un poco de paciencia. Ya lo sabrá usted.

MATI. (Con enojo.) ¿Qué tono es ese? (Con desprecio.) Esta muchacha se ha vuelto loca. (Andando hacia la izquierda. Con imperio.) ¡Déjame pasar!

AURO. (Con enérgica calma.) Aguárdese usted, señorita. Le interesa a usted nuestra conversación tanto no, más que a mí.

MATI. Pero...

AURO. Tenga usted un poco de calma; nos conviene. Aunque sea usted... todo lo que es, y yo lo que soy, es necesario que la que vale más de nosotras se resigne a tener una conversación con la que vale menos.

MATI. (Cada vez más sorprendida.) ¿Qué dices?

AURO. ¡Iba usted a las habitaciones de Manuel?

MATI. ¿De Manuel? (Con irritación y sorpresa.) ¡Así, Manuel a secas!...

AURO. (Sin hacerle caso.) Iba usted a las habitaciones de su prometido, del hombre que está enamorado de usted.

MATI. ¡Aurora! (Con enojo.)

AURO. Si, a verle iba: a meterle por los ojos *toa* su hermosura, porque usted es guapa, eso sí; a decirle cosas de querer; a seguir engatusándole *pa* la boda. Pues pare el paso, no entre; no pierda el tiempo; no piense en la boda con Manuel, porque la boda no se hará.

MATI. ¿No? (Con sorpresa irónica.)

AURO. No.

MATI. ¿Y por qué motivo? Me has puesto en curiosidad de saberlo. (Con sarcasmo.)

AURO. (Con ironía.) ¡Por qué motivo! (Con energía y decisión.) Porque no quiero yo; porque usted va a renunciar a ella; porque yo, consintiéndola, sería criminal, y usted no renunciándola sería infame.

MATI. (Con sorpresa é ira.) ¡Infame! ¿Pero has dicho infame? (Con indignación)

AURO. Sí, infame; más infame de lo que es usted ya.

MATI. (Con rabia.) ¡Cómo! ¡A mí! ¡Insultarme a mí, tú! ¡A tu ama! (Se dirige hacia el timbre que habrá sobre el escritorio de la izquierda.)

AURO. (Interponiéndose.) ¿Dónde va usted?

MATI. A llamar; a que te cojan por uu brazo y te echen a la calle, ¡insolente! (Amenazándola.)

AURO. (Con sarcasmo.) ¿Llamar? No se atreverá usted.

MATI. ¿Qué no? (Deteniéndose.)

AURO. Ande usted, llame; que vengan todos, todos. Manuel el primero. Yo repetiré delante de todos que es usted una infame, y que engaña miserablemente a quien va a tomar por marido porque es usted la amante de Enrique.

(Procúrese que Matilde, que se ha detenido un momento, vuelva hacer intención de llamar poco antes de decir Aurora «es usted la amante de Enrique». Al oír esta frase Matilde, quedará con la mano suspendida en el aire.)

MATI. (Con espanto.) ¡Oh!

AURO. (Con sarcasmo.) Ande usted, llame. No me

opongo. Atrévase. (Gozando con el espanto de Matilde.) Ya ve usted cómo no se atreve.

MATI. (Con frase entrecortada.) Tú... que tú dirás...

AURO. La verdad. Que usted es amante de Enrique.

MATI. (Con angustia.) ¡Falso!... ¡Eso es una calumnia!

AURO. ¡Calumnia! Lo he visto, lo he oído yo.

MATI. (Con asombro.) ¡Tú!

AURO. (Señalando la primera puerta de la izquierda.) Allí, en aquel cuarto, allí os convinistéis *pa* perderle.

MATI. ¡Tú viste!... (Con terror.)

AURO. ¡Todo! No dije antes que ¡¡Todo!! Pero ¿ustedes no contaban con Dios?

MATI. Oye.

AURO. (Interrumpiéndole.) Dios protege siempre al *honrao* contra el malo. *Pa* eso hizo los ángeles. Sólo que algunas veces los ángeles están muy distantes, no tienen lugar de acudir; y Dios se vale de cualquiera; de una *desdichà*, de una *perdià*, de una pobre mujer del pueblo. Eso ha hecho ahora.

MATI. ¿Y tú?... (Con ansiedad.)

AURO. Yo impediré la traición de ustedes. *Pa* eso estoy aquí.

MATI. (Desesperada.) ¡No! ¡Tú no harás eso! ¡callarás! (Como queriendo persuadir a Aurora.) ¡Soy rica, seré más rica todavía cuando me case con Manuel!...

AURO. ¿Quiere usted comprarme? (Con ironía.) Yo no soy de los que se venden. (Con altivez.) No. Ni vendo el querer como usted, ni la conciencia como su amante.

MATI. ¡Qué desesperación! (Con angustia, con ira a Aurora.) Pero ¿a ti qué te importa? ¿Qué interés tienes por ese hombre?

AURO. El mayor de todos. Quererle y quererle con toda mi alma.

MATI. (Sorprendida.) ¡Tú!... ¿Tú amas a Manuel?

AURO. (Con arrogancia.) Yo, sí, yo.

- MATI. ¿Hablas de veras? ¿Una mujer de tu condición se ha atrevido a poner los ojos en él?...
- AURO. ¿Qué te extraña? ¿No los has puesto tú?
- MATI. (Con ira.) ¿Me tuteas?
- AURO. ¿No me tuteas a mí tú?
- MATI. (Con rabia.) ¡Esto es demasiado!
- AURO. (Con sarcasmo.) ¡*Demasiado!*... Muy poco *pa* lo que vas a oír.
- MATI. ¡Aurora!
- AURO. Sí, le quiero; le quise; puse en él estos ojos; sólo que yo le quiero sin esperar que él pueda quererme; y tú finges quererle, con la esperanza de ser rica; yo puse los ojos en él *pa* adorarle, tú *pa* deshonrarle; yo *pa* hacerle con mi cariño un paraíso, tú *pa* hacerle con tus maldades un infierno. ¡Calcula si hay diferencia entre nosotras dos!
- MATI. ¡Basta!
- AURO. No. Es preciso que renuncies a esa boda.
- MATI. ¿Porque lo pides tú?
- AURO. Porque Manuel no puede ser tuyo. ¡Si no *puede* ser mío porque he *perdido* la honra del cuerpo ¿cómo va a ser *pa* ti, que perdiste la honra del cuerpo y la del alma?
- MATI. ¿Renunciar a Manuel? ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca!
- AURO. Mira que si te empeñas, si no me haces caso, Manuel lo sabrá todo. (Con tono de amenaza.)
- MATI. ¿Y piensas que Manuel va a escucharte? ¿Qué sin más ni más, dará crédito a los cuentos de su antigua querida?
- AURO. (Sorprendida.) ¿Eh?
- MATI. No; Manuel se negará a creerte. Pedirá pruebas.
- AURO. ¿Pruebas?...
- MATI. Tú no podrás dárselas, porque no las tienes. Y Manuel no fiará en ti, fiará en mí, porque me ama y a ti te desprecia. ¿Comprendes? (Con rencor y audacia.)

AURO. (Confundida.) ¡Oh!
MATI. ¿Comprendes?... Pues si comprendes, ten cuidado, desiste de una lucha en la que llevas la peor parte.
AURO. ¡Desistir!... ¡Aceptar en silencio la desventura de Manuel!... (Con pasión y energía.)
MATI. ¡Nunca! Veremos quien vence de las dos.
MATI. ¡Lo veremos, Aurora!
AURO. Lo veremos, Matilde. (Aurora y Matilde se contemplan un instante en actitud de reto; luego sale Aurora por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VI

MATILDE, al final don HOMOBONO, AMBROSIO y REMEDIOS

MATI. ¡Lo veremos! (Con tono de duda.) ¡Ay! La actitud de esa mujer me da miedo. Puede causarnos mucho daño. (Con inquietud ansiosa.) Hay que resolver algo, inventar algo... (Con desesperación.) ¿Quién puede ayudarme?... (Con alegría.) ¡Enrique; sí... Enrique!... Es preciso avisarle. (Se sienta frente al escritorio y escribe precipitadamente. Después mete la carta en un sobre que deja en blanco.) ¡Ya está! (Se dirige hacia la primera puerta derecha.) Ahora... (En este momento aparecen don Homobono, don Ambrosio y Remedios en el fondo. Don Homobono un poco antes para ver la acción de Matilde cuando oculta la carta.)
AMBRO. (Dentro.) ¡Excelente día de primavera!
MATI. (Al oírles y ver a Homobono.) ¡Qué contrariedad! (Oculta precipitadamente la carta en el bolsillo del vestido.)
HOMO. (Reparando en la acción de Matilde.) (Cartita tenemos. Aurora ha roto las hostilidades. (Restregándose las manos con satisfacción.)

ESCENA VII

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, DON AMBROSIO,
al final MANUEL y RAMÍREZ

MATI. (Dirigiéndose al grupo formado por los tres personajes, que quedará en el fondo. Con aparente jovialidad.)
Pronto se dió la vuelta.

HOMO. (Con amabilidad extremada) ¡Qué remedio, hija mía! Los aires de Abril son muy fríos para los viejos. (A Remedios.) Hablo de mí y de don Ambrosio.

AMBRO. Además, tenemos que salir.

REME. Y nosotras arreglarnos para el paseo. Ya mandé enganchar. (Entran por la primera puerta de la izquierda el doctor Ramírez y Manuel sin reparar en el grupo formado por Matilde, doña Remedios y don Ambrosio, que queda en el fondo. Manuel vestirá una blusa blanca de dril, las mangas de la blusa estarán dobladas por encima de las muñecas. Manuel tendrá también las manos llenas de carbón y mostrará en toda su persona el desaliño propio a un hombre entregado al trabajo.)

MAN. (A Ramírez.) ¿Qué le parece mi laboratorio?

DOCTOR ¡Admirable!

MATI. (A Remedios.) Es Manuel.

REME. ¡Qué facha!

AMBRO. No le falta más que una tea para resultar por fuera lo que por dentro; un descamisado. (Manuel se vuelve y ve a Matilde, Remedios, don Ambrosio y don Homobono.)

MAN. ¡Pues si está aquí toda la familia. (Acercándose hacia ellos, al mismo tiempo que los otros se dirigen donde está Manuel.)

ESCENA VIII

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, DON HOMOBONO,
DON AMBROSIO, DOCTOR RAMÍREZ

MATI. Ya era hora de que nos viésemos desde el almuerzo.

MAN. ¡El pícaro trabajo! Mira si te querré que llamo pícaro, porque me separa de ti, a mi amigo mejor. (Reparando en el traje de Matilde, mirándola con amor.) ¡Qué elegantona! Hechicera estás. Un poco pálida, pero hechicera. ¡Ven aquí! (Cogiendo cariñosamente a Matilde por las mangas del vestido.)

MATI. (Con impaciencia.) ¡Quita! (Rechazándole.) ¿No ves que tienes sucias las manos y vas a mancharme el vestido?

MAN. ¿Qué importa si manchándotelo me proporciono y te proporciono, creo que te lo proporciono, un momento de felicidad? Vestidos hay muchos; los momentos de felicidad por muchos que sean, parecen pocos. Un vestido sucio se renueva, un momento de felicidad que se pierde perdido queda para siempre. (Con melancólica ternura.)

MATI. (Procurando dominar su inquietud.) Manuel ..

REME. (Riendo.) Qué poético estás.

MAN. (Jovialmente) Pues ¿qué se figura usted? ¿qué por dedicarme a la ciencia no dejo espacio libre en mi pensamiento a la poesía? .. ¡Error!... La poesía y la ciencia son hermanas, mi querida suegra en proyecto. Un hombre de ciencia es un poeta que busca la verdad; un poeta, un hombre de ciencia que la presiente; en el fondo iguales: dos gemelos que vuelan alto, porque la naturaleza ha tenido el buen gusto de ponerles alas en la frente.

HOMO. Contento y satisfecho estás.

MAN. ¡Contentísimo!... Ramírez, dígaless usted si tengo motivo para estarlo.

DOCTOR Como chico en feria anda por su laboratorio. ¿No han entrado ustedes en él?

MATI. Yo sí.

AMBB. Nosotros todavía no.

MAN. ¡Un antro, don Homobono; un antro de aquellos que nos describen los cronistas de la edad media! Hornillos, retortas, alambiques, bicharracos metidos en alcohol...

Faltan los signos cabalísticos y sobra la instalación de luz eléctrica para que parezca el asilo de un brujo.

DOCTOR. Como a ti te faltan cuatro adarmes de neurosis para estar loco rematado y un gorro puntiagudo para resultar un alquimista.

AMBRO. Cualquier cosa parecerá éste.

HOMO. Un alquimista. Es decir uno de aquellos heréticos buscadores de la piedra filosofal a quienes la iglesia tostaba a fuego lento sin curarse de conjuros y adivinaciones.

MAN. (En son de broma.) ¡Vaya que si viviéramos en en aquellos tiempos no me escapaba yo tampoco! ¿Verdad, mi querido don Homobono?

HOMO. Tú...

MAN. Y que no saldría de esta habitación sin ser condenado. ¡Digo! A la derecha mi tío Ambrosio, el brazo civil; a la izquierda don Homobono, el brazo eclesiástico. ¡Estupendos chicharrones harían ustedes con mi cuerpo. Afortunadamente aquello acabó.

HOMO. ¡Desgraciadamente!

MATI. ¡No empecemos!

MAN. Descuida. Hoy no tengo gana de discusiones. Repito que estoy muy contento. Tú queriéndome mucho y mi laboratorio marchando; porque marcha ya. Hasta trabajé en él un poco. Gusto de ver funcionar los aparatos exclusivamente. Así estoy de tizne.

AMBRO. ¿Conqué se ha trabajado?

MAN. (A Ramírez.) ¡Y cómo resistía el condenado animalejo! (A Matilde.) Un microbio, una fierecilla microscópica que, juntamente con millones y millones de compañeros suyos, cultiva la nobilísima tarea de asesinar al género humano.

DOCTOR. ¡Sí que resistía el tunante!

HOMO. (Con ironía.) Los malos gérmenes resisten mucho.

MAN. (En el mismo tono.) Mucho, don Homobono,

tiene usted razón. Los malos gérmenes son muy difíciles de combatir, lo mismo en el cuerpo humano, que en el social.

HOMO. No hay forma de acabar con ellos.

MAN. Si la hay. Cuesta, costará un trabajo enorme conseguirlo, pero al fin y a la postre, podremos con ellos.

AMBRO. (Burlándose.) ¿Ustedes?

MAN. Nosotros, sí, señor; mis compañeros y yo desde nuestro sitio; los demás hombres de energía y de fe, desde el suyo.

HOMO. Ilusiones de la juventud.

MAN. Realidades de la experiencia. Aquel microbio, aquel homicida imperceptible, era muy rebelde para morir. Salamandra diminuta, muy diminuta, vivía en medio de una atmósfera abrasada como en el mejor de los mundos posibles; echaba yo combustible al hornillo, aumentaba poderosamente los grados de calor, y mi adversario, terco que terco, sin darse por vencido, burlándose de mí con los retorcimientos de cuerpecillo negruzco, desafiándome con sus sacudidas nerviosas, insultándome con su terrible vitalidad; sólo que yo era más terco que él todavía; y aumentaba el calor un grado, y otro, y otro... y por fin, el microbio se contrajo desesperadamente, estiróse después y quedó tiesecillo, inmóvil: había muerto; yo pude más que él. ¿Sabe, usted, por qué don Homobono? Porque, en aquel instante, yo representaba la salud, es decir, el bien, y él representaba la peste, es decir, el mal. En estas luchas el triunfo definitivo corresponde al bien. (Durante estas frases de Manuel todos se miran haciendo unos gestos de disgusto, y otros de no entender. Matilde manifestará una gran impaciencia y el doctor Ramírez sonreirá escépticamente, contemplando a unos y a otros.)

DOCTOR ¡Bravo, chico! Con esas facultades oratorias bien aprovechadas, te veo ministro antes de cuatro meses.

- MAN. ¡También usted se burla! Bueno que lo hagan otros; (A Matilde.) otros, sabes, no hablo de ti. ¡Pero usted, un hombre de ciencia!...
- DOCTOR La práctica de la vida me ha enseñado otra ciencia más ventajosa.
- MAN. ¿Cuál?
- DOCTOR Saber vivir: la más importante de todas. ¿No es cierto, amigos míos?
- HOMO. Al menos es muy necesaria. De todas suertes (A Manuel.) te felicito. Vales mucho, eres un enemigo terrible para tus adversarios.
- MAN. Y tengo confianza en el éxito. Juro a usted que si por algo aprecio y deseo la fortuna que nos ha dejado el general, es porque con ella, puesta al servicio de mis aspiraciones, facilitaré obstáculos.
- HOMO. (Por eso no te la daremos.)
- AMBRO. (Mirando el reloj. A don Homobono.) ¿Qué? ¿vamos a ultimar el asunto?
- HOMO. A sus órdenes.
- DOCTOR Yo salgo con ustedes. A más ver, Manolito. (Despidiéndose, don Homobono, don Ambrosio y Ramírez, salen por el fondo.)
- REME. Y nosotras a colocarnos los sombreros y a dar un paseíto por ahí, antes que se haga tarde. (Remedios se dirige a la primera puerta de la derecha y sale por ella. Matilde va a seguirla.)
- MATI. (Con impaciencia.) ¡Cree! que no acababan! (Matilde llega a la primera puerta derecha y Manuel la detiene cariñosamente por el brazo.)
- MAN. (Deteniendo a Matilde.) No, Matilde; ¡tú no te vayas! Espera un poco. (Con tono amante)
- MATI. ¡Qué martirio!
- (Durante toda la escena que sigue, Matilde demostrará la impaciencia y nerviosidad propias a la situación de temor y de intranquilidad en que se halla.)

ESCENA IX

MATILDE y MANUEL

MAN. (Conduciendo a Matilde a una de las butacas, haciéndola sentar y sentándose él a su lado.) Así quiero tenerte; a mi lado. Sola conmigo. Lejos de esos que se burlan de mí. (Coge entre sus manos una de Matilde. Esta la retira.) ¿Por qué huyes?... Ven. (La coge de la mano.) ¿Te disgusta que estemos juntos? ¿Qué hablemos con plena libertad?

MATI. ¡Qué ideal! Soy muy dichosa cuando me hallo cerca de ti. Sólo... que mamá aguarda. Como la tengo que acompañar...

MAN. (Con mal humor.) ¡El paseo!

MATI. Sabes que mamá no lo pierde. Además, si no estamos reunidos, tú tienes la culpa.

MAN. (Sorprendido.) ¿Yo, Matilde?

MATI. Claro. ¡Si te hubieras arreglado y hubieras venido con nosotras!...

MAN. (Contrariado.) Tienes razón.

MATI. Por si esto no bastase para disgustarme, esta noche vas a esa conferencia. (Levantándose.)

MAN. No me dejes aún; espérate. (Haciéndola sentar de nuevo.) Mi ausencia de esta noche es inevitable. Por lo que respecta al paseo, estás en lo firme. ¡Dispensa!... Tería un deseo tan grande de ver terminada la instalación del laboratorio...

MATI. Que me has dejado a mí.

MAN. ¡Dejarte! Jamás has estado más dentro de mi alma que allí. Es mi cuarto de estudio, el sitio donde trabajaré al lado tuyo, ¡vida mía! el arranque de nuestra existencia futura. Será una simpleza, pero al ver terminada la instalación del laboratorio, no he tenido más que un deseo: entrar contigo en él. ¿Sabes para qué? Para ofrecértelo, para que lo visitáramos el uno del

brazo del otro; para que nos prometiésemos amor sin límites y completa felicidad entre aquellas cuatro paredes, que son el altar de mi entendimiento, como tú eres el altar de mi corazón. Figúrate que con tal propósito había pensado que suprimieras esta tarde el paseo.

MATIL.

¡Qué niño eres, Manuel! ¿Piensas que mamá lo consentiría? Aun no estamos casados para que nos dejen en casa solos. Además; cualquier hora, cualquier instante, son buenos para prometerse cariño. (Tratando de levantarse.)

MAN.

(Deteniéndola.) No es eso. ¡No es eso! Yo hubiera deseado que estuviéramos allí juntos, solos, para explicarte delante de aquellos aparatos, de aquellos libros, de mis armas de combatiente, mis proyectos, mis ambiciones, mis afanes, mis recelos y mis esperanzas. Hubiese querido enseñarte algo que no conoces bien; el hombre que hay dentro de mí, el luchador intelectual, el que aspira a lograr triunfos y más triunfos, para arrojarlos a tus pies y decirte: «Otros hombres te ofrecerían galas, adornos, esplendores mundanos, miserias cubiertas de oropel, satisfacciones y dichas de talco; yo no; yo aquí, en este humildísimo recinto que fortalecerá el trabajo y que embellecerá el amor, te ofrezco algo más grande, más perenne, más duradero; un afecto sin trabas, una inteligencia sin cobardías y una ambición noble, que no quiere detenerse hasta ganar un nombre de que puedas mostrarte orgullosa. Llega dentro de mí, compenétrate con las ideas como te has compenetrado con los sentimientos, y marchemos unidos a la conquista de la ventura y de la fama.» Eso te hubiese dicho yo. (Reparando en Matilde que durante todo el parlamento de Manuel se ha mostrado

- impaciente y distraída.) Pero, ¿qué te pasa? (Con sorpresa. Con amargura.) ¡No me oyes?
- MATI. (Procurando contenerse.) Sí, Manuel... Te oigo. . . Te he oído con verdadero gusto.
- MAN. (Sorprendido y triste.) ¿Así me contestas? ¿Es que no me entiendes, Matilde? (Con amargo recelo.)
- MATI. Manuel... perdóname. No me hagas caso. No sé lo que me digo... Estoy todo el día tan contrariada, tan nerviosa...
- MAN. (Con interés.) Cierto. Tus manos arden.
- MATI. No, no es nada; nervios; nada más que nervios. El aire del paseo me pondrá bien. (Entra Petra por la primera puerta de la derecha con un sombrero y unos guantes en la mano.)

ESCENA X

Dichos y PETRA

- PET. Señorita: la señora que aquí tiene usted el sombrero y los guantes.
- MATI. ¿Ves? (A Manuel.) Ya nos mete prisa mamá.
- PET. En seguida sale.
- MATI. (Llegando frente a la chimenea, encima de la cual habrá un espejo.) Pon aquí esas cosas. (A Petra, bajo.) No te vayas. (Comienza a ponerse el sombrero delante del espejo.)
- MAN. (A Matilde.) Si te encuentras mal, no debes salir.
- MATI. No te preocupes. De veras, no es cosa de cuidado. (Termina de ponerse el sombrero. Entra doña Remedios por la primera puerta derecha con sombrero puesto.)

ESCENA XI

MATILDE, PETRA, Doña REMEDIOS, MANUEL y luego MARIANO

- REME. (A Matilde.) ¿Estás lista?
- MATI. A tu disposición.

REME. (A Manuel.) ¿Conqué tú no vienes?
MAN. No, señora. Tendría que vestirme y se les haría a ustedes tarde. (Entra Mariano por el fondo.)
MARIANO. El coche. (Se retira por donde entró.)
REME. Vamos.
PET. (¿Qué me querrá esta niña?) (Viendo que Matilde se separa de la chimenea haciéndole señas de que espere allí)

ESCENA XII

MATILDE, REMEDIOS, PETRA y MANUEL

MATI. (A Manuel.) Hasta luego. (Sin coger los guantes que estarán sobre la chimenea.)
MAN. Adiós.
REME. Adiós, sobrino.
MAN. Tome usted el brazo. Las acompañaré hasta el carruaje.
REME. Muchas gracias. Ve tú delante, niña. (Matilde pasa delante de Manuel y Remedios, y se dirige con ellos al fondo. Cuando todos llegan a éste, Matilde hace como si recordara alguna cosa.)
MATI. ¡Ay, qué cabeza!... ¡Pues no se me olvidaban los guantes! Sigán ustedes; en seguida voy. (Salen por el fondo Remedios y Manuel.)

ESCENA XIII

MATILDE y PETRA

Matilde observa un instante hacia el fondo para cerciorarse de que Manuel y Remedios no la ven y sigue su camino. Luego se dirige donde está Petra, y al llegar junto a ella saca precipitadamente la carta que ocultó en el bolsillo.

MATI. (A Petra enseñándole la carta.) Sin que nadie se entere. ¡Entiendes! Esta carta al señorito Enrique. ¡Al casino, a escape!

- PET. Descuide *usté*.
MATI, No olvides que es urgente. (Coge los guantes que están sobre la chimenea y sale por el fondo.)
PET. Y ahora a decirle cuatro palabritas dulces al otro. ¡Viva el desahogo y ande el líol...
(Entra Aurora por la segunda puerta derecha.)

ESCENA XIV

AURORA y PETRA

Petra, que se dirige precipitadamente hacia la segunda puerta derecha, tropieza con Aurora

- AURO. (A Petra). ¿Dónde vas tan *aprisa*?
PET. (Enseñándole la carta). A quitarle trabajo al cartero del interior.
AURO. (Con indiferencia). Una carta.
PET. De la señorita Matilde *pa* su novio.
AURO. ¿*Pa* Manuel?
PET. No seas estúpida. Manuel es el novio oficial; la carta va *pa* el otro, *pa* el novio *efectivo*, mujer.
AURO. (Aurora con ansiedad). ¿*Pa* Enrique? ¡Trae! Necesito ver esa carta.
PET. Esta carta...
AURO. Sí; ¡tráela! ¿No comprendes que leyendo, sabiendo lo que dice esa carta puedo salvar a Manuel, probarle que le engañan? ¿No sabes que Manuel, ese Manuel a quien Enrique y Matilde quieren deshonar, es mi Manuel?
PET. ¿El tuyo?
AURO. El mío. ¡El que no será de ella! Porque tú, mi amiga de siempre, mi hermana casi, no vas a permitir que le hagan daño, y que yo muera de desesperación. ¡Trae esa carta! ¡Tráela, Petra! ¿Quieres que te la pida con los brazos en cruz? (Suplicante.)
PET. No hace falta tanto, mujer. Tratándose de ti, y de hacer un bien a tu hombre, ¿voy

a dudar yo? Además, ¿qué miramientos merece una moza como Matilde? ¡Poco antipáticas me son la hija y la madre! ¿Qué *pué* ocurrir? ¿Que se enteren y me pongan en la del rey? Regaño más y garbanzo menos, lo mismo tendré en otra casa. Toma.
(Entrega la carta a Aurora.)

AURO. (Cogiendo la carta con ansiedad y mirando el sobre). El sobre no tiene dirección; está en blanco.

PET. ¡Pensarás que la niña es tonta! El sobre en blanco y la letra de *drento desfigurá*, y sin firma ninguna. He *llevao* muchas de esa casta. Así, aunque la carta se pierda o la cojan, no se sabe *pa* quién, ni de quién es. Estas señoritas gastan más conchas que los galápagos.

AURO. (Abriendo la carta y leyendo alto, mientras Petra la escucha.) «Esta noche, a las diez, donde siempre; en el jardín, junto al kiosco. El sale. Mientras los otros están dentro de casa, iré yo allí. Dejaré abierta la puerta excusada. No tienes más que empujar, como siempre. Urge que nos veamos.» Tiene razón; no lleva firma.

PET. ¿Qué le ocurre a Matilde para tantas precipitaciones?

AURO. Ya lo sabrás luego. Ahora es ocasión de otra cosa. Ahora... (Se dirige al escritorio, coge un sobre, mete en él la carta de Matilde y cierra el sobre.) Esto es; otro sobre. (Dando la carta a Petra.) Ten la carta y llévala en seguida.

PET. Corriente. (Sale Petra por la segunda puerta derecha.)

AURO. (Con actitud de triunfo). ¿No pedías pruebas, Matilde? Ya las tengo. ¡Ah, él! (Entra Manuel por el fondo en actitud meditabunda y triste y llega hasta el primer término sin reparar en Aurora, que habra quedado junto a la segunda puerta derecha.)

ESCENA XV

AURORA y MANUEL

- MAN. (¡Matilde!) (Con amargura.) ¡Tampoco Matilde! (Con desesperación.) Y si ella no me comprende, ¿qué va a ser de nuestro porvenir? ¿Qué va a ser de mi dicha? ¡Porque mi dicha es ella! (Con pasión. Se deja caer en una de las butacas y oculta el rostro entre las manos, mientras Aurora le contempla con tristeza y amor.)
- AURO. (Acercándose a Manuel). Señorito Manuel...
- MAN. (Levanta la cabeza y ve a Aurora). Aurora, acércate. ¿Por qué me llamas señorito Manuel?
- AURO. Yo...
- MAN. No; tú no debes llamarme así. Llámame Manuel como siempre, como antes.
- AURO. ¡Como antes!
- MAN. Lo mismo. Puede haber concluido entre nosotros, por obra del tiempo y de las circunstancias, de hechos que ni tú ni yo conseguiríamos volver atrás, la pasión, el lazo carnal que nos unía; pero restan la confianza y el afecto. Si no somos dos amantes, somos dos amigos fieles, dos hermanos. Los hermanos ni se llaman señorito, ni se hablan de usted. Háblémonos de tú.
- AURO. ¡Manuell!...
- MAN. ¡Pobre Aurora! ¡Pobre de mí acaso!...
- AURO. ¿De ti? ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?
- MAN. Lo más horrible que le puede ocurrir a un hombre lleno de fe, de esperanza y de ilusiones; ver rota su fe, heridas sus ilusiones y sus esperanzas a punto de desvanecerse... ¡No ser comprendido! ¡No ser comprendido ni por aquellos que uno lleva dentro del corazón!... ¡Qué tortura más grande!...
- AURO. Manuel...

MAN. ¡Y ella... Tampoco ella!... No; ¡si no debe ser verdad! Si sólo al imaginar que ella no me comprende, me hace pedazos el cráneo.

AURO. ¡Ella!

MAN. ¡Perdona!... Acaso te ofenden mis palabras.

AURO. ¡Ofenderme! ¿Por qué? Lo nuestro concluyó hace ya muchos años!

MAN. ¡No ser comprendido!... ¡No ser comprendido! Tantos días preparándome para la lucha, tantos años de constante y ruda labor! ¡Tantas horas de vigilia, de esfuerzos, para intentar el asalto del porvenir! Y cuando vengo aquí, seguro del triunfo, ¿qué encuentro? ¿Amor? Amor, sí, el amor corriente, el vulgar, el que se traduce en sonrisas, en suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes; ese; no el amor verdadero, el grande, el que resulta, más que aproximación, compenetración, justaposición de dos seres; el que cree siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta! Ahí tienes lo que buscaba yo, lo que temo no hallar... y si no lo encuentro, ¿qué tristeza más espantosa para mi alma!..

(Con desesperación y ocultando el rostro entre sus manos.)

AURO. (Con cariño). ¡Vamos, Manuel! Tú no debes acobardarte. Un hombre que vale lo que tú, sale adelante con lo que desea, aunque esté solo, aunque no le acompañe nadie.

MAN. ¡Solo! ¡No... Repito que es imposible! Me obceco, soy injusto con ella.

AURO. ¡Ella!

MAN. ¡También lo dudas tú! ¡También crees que no me comprendes!

AURO. ¡Si fuera eso sólo!

MAN. ¡Qué dices!

AURO. La verdad. No puedo, no debo mentir. Tratándose de otro no lo haría; tratándose

de ti ¿cómo voy a hacerlo?... ¡No, no es posible que esos miserables escarnezca a un hombre tan *honrado* como tú!

MAN. ¡Eh!

AURO. Matilde no te comprende; pero esto es poco. Matilde no te quiere; es poco aún: ¡Matilde te engaña!

MAN. ¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Qué dijiste, Aurora?

AURO. Te engaña.

MAN. ¡Oh!

AURO. Te engaña, porque no apetece más que el dinero, te engaña porque tiene un amante. (Manuel, al oír estas frases, se dirige a Aurora en actitud amenazadora.)

MAN. ¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... ¡La calumnias!...

AURO. ¡Yo!...

MAN. ¡Tú, sí, tú!... Lo que has dicho es falso. Una calumnia, lo repito.

AURO. ¡Manuel!

MAN. Sí, la calumnias. Ya veo clara tu intención. Aun piensas en mí; aun quieres ganarme para ti.

AURO. ¡Manuel! ¡Manuel!

MAN. Lo quieres. Y como Matilde te estorba, ¡retendes deshacerte de ella y recoges todo el cieno que amasaste en el arroyo cuando moza, para arrojarlo sobre ella y salpicarme a mí en el alma!

AURO. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú supones?... ¡Qué horror, virgen santa, qué horror! ¡Trato de salvarle y me insulta; procuro por su *felicidad* y me da en cara con mi vergonzoso *pasado*! ¡Yo no merezco eso, Manuel! ¡No, no lo merezco!

MAN. ¡Di que mientes, mujer! ¡Dilo pronto; dilo y te perdono! ¡Acaba de decirlo!

AURO. ¡No miento! Te engaña. Tiene un amante: ¡Enrique!

MAN. ¡Oh!

AURO. Sé que te hago daño, mucho daño. Arrancar un querer del pecho es muy doloroso.

Pero la herida que te hago yo, puede curarse; curará. La que ellos van a causarte es de muerte.

MAN. ¡Enrique! ¡Matilde!... No; ¡si no te creo!
¡Si la adoro cómo voy a oreerte! ¿Quieres que te crea? Dame una prueba; una que no admita vacilaciones; que no permita dudas... ¿Tienes esa prueba?... No; no la tienes. ¿Verdad que no la tienes?

AURO. La tengo.

MAN. ¡Venga!

AURO. He *hablao* con Matilde *pa* exigirle que no se casara contigo. Ella, temiendo lo que pueda intentar yo, ha escrito a Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están *citaos* en el jardín. «Donde siempre, junto al kiosko.» Ve al jardín, óyelos; y luego de oírles, si te he mentido, mátame.

MAN. ¡Conque ellos!... ¡Iré!

AURO. He cumplido mi obligación. Ahora, adiós Manuel. ¡Adiós *pá* en jamás de la vida!

MAN. ¡No! No te irás.

AURO. ¡Manuel!

MAN. ¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho verdad, me has salvado, me libras de una muerte, mil veces peor que la de mi cuerpo, la de mi alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AURO. ¡Ay!

MAN. Pues bien; si es para el premio, para el premio; si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa o para otra tienes que esperar. ¡Espera, Aurora! ¡Espera!...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El teatro representa el jardín del hotel. Al fondo la fachada trastera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo a ella tres o cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales, así como por los de las ventanas, se verán luces encendidas.

A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puertecita practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación.

A la izquierda, en segundo término, un kiosko chino al que dará acceso una pendiente enfrontada con el público. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etcétera, etc.

La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo a salir cuando se marque.

Al levantarse el telón aparecen en primer término, a la derecha, sentados en sillas rústicas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios y Doctor Ramírez.

En segundo término, a la izquierda, habrá una mesa, portátil también, pero más grande que las anteriores.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, REMEDIOS, DOCTOR y DON AMBROSIO

EME. No puede ser más agradable la temperatura.

CTOR Se conoce que Mayo está impaciente por llegar y le mete a Abril de contrabando sus deliciosas noches.

ATI. Pues bendito sea el contrabandista, que nos permite tomar el café en el jardín.

CTOR Y la luna que nos deja ver tu hermosísima cara.

ATI. ¡Qué galante!

- DOCTOR Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de esa; digo solo, porque Ambrosio se fija poco en ellas cuando se miran las caras de la familia, por supuesto.
- AMBRO. ¡Hombre!
- DOCTOR Por lo que hace a Manuel, como se va de conferencia...
- AMBRO. Y que no la pierde por nada.
- REME. ¡Cuando no la pierde por su novia!...
- DOCTOR ¡Tonto, más que tonto! Dejar una mujer tan bonita por un programa químico. Cual quier día, a su edad, ¡qué digo a su edad a la que tengo hoy, dejo yo una muchacha guapa por una disertación científica. No hay mejor reactivo que unos ojos como éstos. (Señalando los de Matilde.)
- MATI. Gracias a que Manuel está vistiéndose en su cuarto. Si no, duelo seguro. (En tono jovial.)
- DOCTOR (Lo mismo.) ¡Ya lo creo que nos batiríamos ¡A receta limpia!
- AMBRO. Es el arma que los médicos manejaís mejor. (Con el mismo tono.)
- DOCTOR (Riendo.) Como vosotros el garrote. Cuestión de costumbre.
- AMBRO. Y a propósito de Manuel. Ha estado hecho un santo durante la comida. ¡Cómo que no ha hablado apenas, que es su sistema único para no mortificar a nadie!
- REME. ¡Calla! Pues es verdad que ha estado muy serio.
- MATI. Muy preocupado, nervioso... impaciente ¿Qué le ocurrirá?
- DOCTOR La conferencia, hija, la conferencia. Los sabios jóvenes toman esas cosas muy en serio.
- REME. Don Homobono se retrasa. ¿Si no irá venir?
- AMBRO. ¡En seguida falta don Homobono a su partido de tresillo!
- DOCTOR Antes faltará a misa.

REME. Cierta que hoy hemos comido más temprano.
MATI. Manuel tiene que salir a las nueve.

ESCENA II

Dichos, DON HOMOBONO y MARIANO

HOMO. Tomando la fresca, ¿eh?
REME. Sí, pero la tomaremos con alguna cosita más como de costumbre. ¡Mariano!
MARIANO. Señora.
REME. Que le ayude a usted Petra a traer el café y los licores. (Vase Mariano por el fondo.)
HOMO. ¡Buen programa! Usted me dará una tacita de café y yo luego le daré a usted codillo.
REME. ¡O lo otro!
HOMO. ¡Quíá!
DOCTOR. ¡Darle codillo a don Homobono! Resulta casi imposible. Es muy segurito.
HOMO. Sí, señor; sí, señor. (Entran Petra y Mariano por el fondo con dos bandejas, servicio de café, botellas de licores, copas y vasos.)

ESCENA III

MATILDE, REMEDIOS, DON HOMOBONO, RAMÍREZ,
AMBROSIO, PETRA y MARIANO

MATI. Ya está aquí el café. (Petra pone en la mesa de la izquierda el servicio, ayudada por Mariano.)
AMBRO. Sólo falta tomarlo.
MATI. Y que yo se lo sirva a ustedes. (Matilde se dirige a la mesa de la izquierda, donde estará Petra. Mariano se ocupará en poner copas y vasos de agua en la mesita.)
DOCTOR. Miel sobre hojuelas.
MATI. ¿La misma cantidad de azúcar? (A todos.)
HOMO. ¡Por supuesto!

- MATI.** (Mientras sirve el café ayudada por Petra. A Petra.)
¿Conque le viste a él? (Bajo.)
- PET.** (Lo mismo.) **Sí, señora.**
(Matilde se dirige a la derecha con dos tazas de café en la mano; una que pone delante de su madre y otra delante de don Homobono.)
- HOMO.** **Muchas gracias, hija.**
(Matilde vuelve a la mesa de la izquierda.)
- MATI.** (Mientras sirve otras dos tazas, bajo a Petra.) **¿En persona?**
- PET.** (Bajo.) **En persona.**
(Matilde vuelve a la derecha con dos tazas de café que coloca frente al Doctor y don Ambrosio.)
- MATI.** **Estas para ustedes.**
- DOCTOR** **¡Lástima que te lleves las manos!**
- MATI.** (Volviendo a la mesa de la izquierda y bajo a Petra.)
¿Y te dijo?
- PET.** **Ya lo sabe usted. Contéstale a tu señorita que se hará como manda.**
- MATI.** (¿Qué despacio va el tiempo.) (Sirviéndose el café.)
- HOMO.** (Apurando un sorbo de café.) **¡Excelente!**
- DOCTOR** (Haciendo lo mismo.) **¡Magnífico!**
(Mariano habrá ido sirviendo los licores durante este diálogo. Aparece Manuel en la puerta del foro. Vestirá levita y llevará un abrigo de entretiem po al brazo y un sombrero de copa en la mano.)
- MATI.** **¡Ahora el mío!** (Al ver a Manuel.) **Es decir, el tuyo y el mío.** (Sirviendo otra taza y dirigiéndose a Manuel con las dos tazas en la mano.)
- MAN.** **Gracias. Buenas noches, don Homobóno.**
(Manuel, después de saludar a don Homobono, se sienta frente a una mesita desocupada donde pone las dos tazas Matilde, sentándose luego al lado de Manuel.)
- REME.** (A Petra y Mariano.) **Pueden ustedes retirarse.**
(Salen Petra y Mariano por el fondo.)

ESCENA IV

MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, DON HOMOBONO,
DOCTOR y AMBROSIO

- REME.** (A Manuel.) ¿De modo que esta noche nos dejas?
- MAN.** ¡Qué remedio! (La actitud de Manuel durante la escena será de preocupación y ensimismamiento.)
- DOCTOR** ¿Conque Avendaño, el famoso químico, va a explicaros su descubrimiento?
- MAN.** Sí.
- HOMO.** ¡Gran noche te espera!
- AMBRO.** ¡Un descubrimiento nada menos! (Con burlona ironía.)
- MAN.** Un descubrimiento, sí señor; un descubrimiento que va a enseñarnos otra nueva verdad. ¡La verdad! (Como respondiendo a sus angustias interiores.) ¡Cuántas luchas, cuántos dolores supone casi siempre encontrarla!
- DOCTOR.** Avendaño ha trabajado mucho.
- AMBRO.** Para inventar un nuevo explosivo.
- HOMO.** Otro medio de destrucción.
- REME.** Que los enemigos de la sociedad aprovecharán seguramente contra ella.
- MATI.** ¡Pues es delicioso el descubrimiento!
- MAN.** No hay que apurarse. Todos esos explosivos son fuerzas; fuerzas salvajes al principio, por eso se emplean en servicio del mal. Ya domaremos, ya civilizaremos esas fuerzas para que se empleen en servicio del bien. Lo importante es que existan y que las vayamos conociendo. (Volviendo a su actitud de antes.) ¡Ay! (Inclina la cabeza sobre el pecho.)
- MATI.** (Extrañada de la actitud de Manuel.) ¿Qué tienes? Estás así como triste, como preocupado... ¡Tan alegre como te dejé cuando nos fuimos de paseo!
- MAN.** Acaso por eso, porque estaba entonces

muy alegre, estoy como estoy. A grandes excitaciones, depresiones grandes. (Hace una pausa y apura la taza de café. Levantándose.) Vaya, llegó el momento de dejarles.

MATI. ¿Tan pronto?

MAN. Tengo mucho interés en lo que voy a escuchar esta noche.

REME. ¿Te vas?

MAN. Si.

REME. Espérate. Que enganchen el carruaje.

MAN. ¡De ninguna manera! Está cerca. Voy mejor a pie.

REME. Como gustes.

MATI. (Al doctor.) ¿Usted no viene?

DOCTOR. No; prefiero el tresillo. Ya me enterarán mañana los periódicos. La oratoria de Avendaño es poco entretenida. Figúrense ustedes, es tartamudo..

MAN. (Despidiéndose.) En tal caso, adiós.

MATI. ¿A qué hora vuelves?

MAN. A los doce próximamente.

MATI. (Aparte a Manuel.) No vayas a entretenerte, y y vengas después que estos se hayan ido y cuando estemos acostadas nosotras.

MAN. (Con intención.) Descuida, Matilde. Llegaré a tiempo. (Sale Manuel por el fondo.)

ESCENA V

MATILDE, REMEDIOS, DOCTOR, DON HOMOBONO
AMBROSIO, luego PETRA y MARIANO

AMBRO. (A don Homobono.) ¡Un nuevo explosivo!
DOCTOR. ¿Y formidable! Como no se equivoque Avendaño, con una pequeñísima cantidad, metida en un tubo de acero, se puede hacer saltar esta casa.

AMBRO. ¡Caracoles! (En este momento se debilita la luz de la luna.)

HOMO. El café se ha acabado, y esas condenadas nubecillas se empeñan en taparnos la luna.

REME. Hable usted sin rodeos y diga que está rablando por jugar su tresillo. Vamos cuando quieran ustedes. (A Mariano, que durante la escena anterior habrá quedado en pie en el último término.) Ven con Petra y llevaros esto. (Sale Mariano por el fondo. Levantándose dice a don Homobono.) ¡Darme codillo! Yo si que voy a uárselo a usted.

HOMO. ¡Puede! (Con ironía.) (Salen Petra y Mariano, quienes durante el diálogo irán recogiendo tazas y vasos, no dejando encima de la mesa grande más que las cafeteras. En otras bandejas se llevarán los vasos y las tazas. También entrarán las mesitas portátiles en el hotel.) (Ofreciendo el brazo a Remedios.) ¡Andando?

REME. (Cogiéndose del brazo de don Homobono.) ¡Andando! (Se dirigen al fondo.)

DOCTOR
MATI. (A Matilde ofreciéndole el brazo también.) ¿Y tú? (Cogiéndose al brazo del doctor.) Ya les veré jugar un ratito, y luego me meteré en mi cuarto a escribir unas cartas. Estoy muy atrasada en mi correspondencia con las compañeras de colegio. (Salen por el fondo Matilde, Remedios, el doctor, don Homobono y don Ambrosio.)

PET. (Entrando. A Mariano.) Tú coges esas dos mesitas que quedan y adentro con ellas, mientras yo acabo de limpiar esto. (La mesa grande. Mariano coge las mesitas y entra en el hotel. La luz de la luna brillará a intervalos, ocultándose, volviendo a aparecer, etc.)

ESCENA VI

PETRA. En seguida AURORA

PET. (Limpiando la mesa.) ¡Ajajá! Ya está limpia la mesa. (Cogiendo el servicio de café que ha quedado encima de ésta.) Ahora, a la cocina a bostezar, hasta que a esa gente le entren las ganas de acostarse. Les entrarán tarde; ¡claro! Como ellos no madrugan... (Petra se dirige ha-

cia el hotel con la bandeja en la mano. En este momento sale del hotel Aurora con la mantilla echada sobre los hombros y se dirige hacia el kiosco, tropezando con Petra en el camino.)

AURO. (¡Por fin va a convencerse de que no le engaña! Por fin voy a salvarte, Manuel.) (Sigue su camino y se encuentra con Petra,)

PET. (Sorprendida.) ¡Aurora!

AURO. (Contrariada.) ¡Tú!

PET. Acabo de limpiar la mesa y llevo dentro este servicio. Tú camino de casa, ¿verdad?

AURO. (Con turbación,) Ya lo ves.

PET. ¡Quién pudiera imitarte! ¡Una noche entera *pa* una sola! Tú puedes disfrutarla; yo... Malo sería que pudiese. *Pa* nosotros, *pa* los criados, las noches libres *sinifican desacomó y desacomó, sinifica* hambre.

AURO. (Impaciente.) Anda, vete dentro. (Tratando de explicar su prisa porque se vaya Petra.) Puedes hacer falta... Acaso te llamen... Además, yo tengo mucha prisa. Voy de compras...

PET. Mujer, no seas *súpita*. Que llamen hasta que se les caiga la campanilla. ¡A mí qué me importa! Y tú no te atosigues. Los comercios no se cierran hasta las diez.

AURO. (Como respondiendo a su pensamiento.) ¡Las diez!

PET. Dime, ¿le contaste a Manuel?...

AURO. (Llena de confusión y con impaciencia.) No, todavía no.

PET. Mal hecho. Yo se lo hubiese *contao en se-guía, pa* que los hubiese *cogto* esta noche y les hubiese *dao*: a él dos *trompás* y a ella, dos *patás* donde yo me sé.

AURO. Ya tendrán su castigo. Adiós. (Haciendo ademán de irse.)

PET. Adiós, chica, adiós. Ni que tuvieses azogue en el cuerpo. Que descanses y hasta mañana.

AURO. Hasta mañana, Petra. (Petra se dirige hacia el hotel, y Aurora pasa por delante del kiosco; y se encamina a la puerta izquierda del muro del hotel, donde se detiene sin ser vista de Petra, esperando.)

ESCENA VII

AURORA, al final MANUEL

AURO. ¡Creí que no se iba! (Se dirige hacia la derecha.) ya estará esperando Manuel. (Como con temor y recelo.) ¿Por qué dudo? ¿Por qué tengo miedo de hacer lo que hago? (Breve pausa.) Con decisión.) ¿Miedo yo? ¡Lo que hago es un bien! ¡Es su bien! Adelante entonces. (Aurora se dirige a la puertecilla de la derecha, no sin mirar antes si alguien la ve. Cuando llega a la puerta, se detiene, escucha un momento inclinada hacia ella y luego descorre el cerrojo con mucha precaución. La puerta se abre y aparece en ella Manuel. La luz de la luna habrá desaparecido completamente.)

MAN. (A Aurora.) ¿Eres tú? (Bajo.)

AURO. (En el mismo tono.) Yo, Manuel. (Manuel vuelve a correr el cerrojo con las mismas precauciones que empleó Aurora para descorrerlo, y se dirige hacia Aurora, que habrá retrocedido unos pasos.)

ESCENA VIII

AURORA y MANUEL

MAN. (Vuelto de espaldas a la puerta y sin separarse de ella aun.) ¡La verdad! ¡Toda la verdad! Eso necesito, aunque la verdad me asesine. (Manuel coge a Aurora por la mano y se dirige con ella despacio hacia la izquierda del kiosko. Mirando el kiosko y sus alrededores.) Aquí. ¿No es eso? Aquí es donde van a reunirse, a entenderse. Aquí. ¡Donde siempre!... ¡Donde siempre!... Donde... Siempre... Dos palabras ¿eh? Dos palabras vulgares. Pues estas dos palabras, las escribe una mujer sobre un pedacillo de papel blanco. Escribe una... otra luego; se juntan las dos, y matan la

ventura de un hombre.. (Con amarga desesperación.)

AURO. ¡Manuél!

MAN. (Sigue sin oírla.) *Donde siempre.* Es decir, en el sitio escogido por ellos, para satisfacer sus pasiones; para hacer escarnio de mi credulidad, para venderla inicuaamente. ¡Y esto una hora, un momento después acaso, de haberme ella jurado amor con una sonrisa, y él amistad con un cariñoso apretón de manos!

AURO. Oye...

MAN. Ya oigo; ya te oigo. Figúrate si oiré bien que estoy repitiendo uno por uno los gritos que lanza mi dolor.

AURO. ¡Dios mío! ¿Por qué me has obligado a hacerle sufrir?...

MAN. ¡Sufrirl... No te arrepientas. Si lo que dijiste es verdad, bien has hecho diciéndolo. Era tu deber. ¿Pero es verdad? ¿No me has mentido?... Mira, si me hubieses mentido, si me dijeras «he mentido», no sólo te perdonaría, ¡perdonarte es poco!; caería a tus pies, me abrazaría a tus rodillas para darte gracias, para gritarte que todo el daño que me habías causado, valía con creces la felicidad que me proporcionabas. ¡He mentido! ¡He mentido! ¡Si tú pudieras decirme esto!

AURO. ¡Qué más quisiera yo, sino podértelo decir! (Con ternura y grandeza.)

MAN. (Con desesperación.) ¡No lo dice!... ¡No lo dice, porque no lo puede decir! ¡Por qué no ha mentido! ¡No! ¡Tú no mientes! ¡Los que mienten son ellos! ¡Es ella! ¡Ella! Dios grande, naturaleza todopoderosa, ¿por qué sois tan crueles? ¿por qué permitís que el mal se disfrace con un cuerpo hermoso, que la iniquidad se oculte tras un rostro lleno de inocencia y la traición se escude en el brillo apasionado de unos ojos serenos? ¡Ella! ¡Matilde! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(Se deja caer con desesperación en un sofá de mim-
bres que habrá junto al kiosko.)

AURO. (Acercándose a él y luego de contemplarle con an-
gustia un momento.) Si yo te dije, si yo te con-
té la verdad fué...

MAN. (Interrumpiéndola.) ¡No te sinceres! ¡No oyes
que hiciste bien? Tampoco te preocupes
por mi tormento.

AURO. ¡Que no!

MAN. Era necesario sufrirlo antes o sufrirlo des-
pués. (Brevisima pausa.) Como el enfermo, en
el momento de la amputación, grito y me
desespero; pero la acepto, porque es precisa,
porque es inevitable. El miembro gangre-
nado tiene que arrancarse de la carne
viva, para que no la contamine y destruya.
La carne viva tiembla al verse delante del
cuchillo; los nervios se insurreccionan y
palpitan medrosamente. Brilla el cuchillo
junto a la carne, desgarrando arterias y
músculos... El enfermo abre los ojos; ve el
miembro podrido, separado del tronco, y
llora, porque es algo suyo, que le abando-
na para siempre; llora, pero después son-
ríe y da las gracias al cirujano, porque
acaba de salvarle la vida. ¡Gracias, Aurora,
muchas gracias! (Con dolor y ternura.)

AURO. No hice lo que hice *pa* que tú me dieses
las gracias. Me salió de aquí dentro. (Seña-
lando el corazón.) Ni tan siquiera lo pensé.
Bueno o malo de aquí dentro salió.

MAN. Bueno fué. (Suenan a lo lejos diez campanadas.
Manuel y Aurora las oyen en silencio, como si por lo
bajo fueran contándolas una a una.)

AURO. ¡Las diez!

MAN. La hora. (Con alegría dolorosa.) ¡Van a cesar
las dudas! Por triste, por horrible que sea
la verdad, el espíritu se ensancha cuando
va a encontrarse cara a cara con ella. (La
luna, que como se dijo antes se ha ocultado al co-
mienzo de esta escena, aparece en el instante en que se

abre la puerta del hotel, y se muestra en ella Matilde que antes de abandonarla permanece un instante inmóvil.)

ESCENA IX

AURORA, MATILDE y MANUEL

AURO. (Viendo desde el sitio que ocupan Manuel y ella, que no estará alumbrado por la luz de la luna, la figura de Matilde.) ¡Ella!

MAN. ¡Ella, sí! (A Aurora.) ¡Silencio! (Cogiéndola de la mano y conduciéndola hasta el kiosko.) Tú, ahí dentro. Necesito estar solo con ella. (Aurora, empujada por Manuel, entra en el kiosko. Matilde descende por la escalera poco a poco y Manuel se oculta tras el tronco de un árbol. Matilde mira recelosamente a todas partes, y luego se dirige con resolución hacia la puertecilla de la derecha. Manuel la sigue con precaución y lentitud. En el momento en que Matilde va a descorrer el cerrojo, Manuel, que ha llegado junto a ella, detiene su mano. Matilde se vuelve sorprendida y aterrada. La luna habrá desaparecido en el momento en que Matilde ha llegado al pie de la escalera.)

MATI. (Con terror.) ¡Manuel! (Reconociéndole)

MAN. ¡Qué puntual has sido, mujer! (Con sarcasmo doloroso.)

ESCENA X

MATILDE y MANUEL

MATI. (Tratando de huir.) ¡Manuel!

MAN. (Sujetándola fuertemente por la muñeca.) ¡No te impacientes! No tengas tanta prisa en abrir. Aun no habrá venido. (Descorre el cerrojo, entreabre la puerta y hace acercarse a ella a Matilde.) ¿Ves? Nadie todavía. Está tranquila, ya vendrá. (Abre de par en par la puerta.) Cuando

venga, franca tiene la entrada. ¡Que entre!
(Conduce a Matilde al primer término centro.) Y
mientras llega él, hablemos nosotros.

MATI. ¡Oh! (Con desesperación.)

MAN. ¿Cómo has podido ser tan infame conmigo?

MATI. ¡Manuell! (Aterrada.)

MAN. No tiembles. ¿Imaginas que voy a matarte? (Con ironía dolorosa.) No. Se mata a otras mujeres, cuyos extravíos o cuyos crímenes pueden redimirse con sangre. Se mata a las que la pasión empuja, y el vértigo de esa misma pasión enloquece: a las que deshonoran a un hombre por criminal, pero por arrebatado impulso. A ti, llevada al engaño por el egoísmo y por la codicia, matarte sería hacerte mucho honor. Eres tan ruín, que ni siquiera tienes derecho a que te maten.

MATI. ¡Déjame, Manuel, déjame! (Procurando alejarse.)

MAN. (Impidiéndoselo.) ¡Dejarte! ¿No oyes que necesitamos hablar? Hablar yo, tú y él; los tres. Los burladores y el burlado. Pues, ¿qué suponías? ¿Que mi dolor y vuestra vileza iban a pasar en silencio? ¡No, mujer, no! Responde. ¿Por qué has sido tan infame conmigo? Si no me querías ¿por qué no detuviste en mis labios la primera palabra de amor, y en mi pecho el primer latido de esperanza? Si amabas a otro, ¿por qué fingiste amarme? Si eras de otro, ¿por qué me jurabas ser mía? Si sigues, si pensabas seguir siendo de otro, ¿cómo has tenido valor para hacerme promesa de esposa? Si esto era cierto, ¿cómo ibas a tener la cínica audacia de arrodillarte al pie de un altar y ofrecermelo ante Dios, en la casa, en el templo, en el santuario de ese Dios que veneras, vamos, que dices que veneras, un cuerpo impuro y una conciencia vil?

MATI. ¡Calla, calla!

MAN. No; si quiero seguir preguntándote, para que me contestes, para que halles dentro de ti, algo que te disculpe a tus propios ojos, algo que no te haga parecer tan infame, algo que convierta el amor que tuve en lástima, y no en asco, que es lo que ahora me inspiras.

MATI. ¡Manuel!

MAN. ¡No lo hallas! ¿Ves como no lo hallas? ¿Ves como ni lástima puedo tenerte? ¡Y sólo para satisfacer vuestra codicia miserable de unos montones de oro, sólo por eso, íbais a destruir la existencia de un hombre de bien! ¡Parece mentira que en vientres de mujer, haya sitio para engendrar monstruos así!

MATI. ¡Basta!

MAN. Cuando pienso vuestro delito, me entran ganas de aplastarte contra la tierra. (Con ira.)

MATI. ¡Perdón!

MAN. ¡Qué hubiera sido de mí sin Aurora!

MATI. ¡Ella! ¡Conque fué ella; esa criatura del arroyo!... (Con ira.)

MAN. No la insultes. ¿No ves que tú no puedes insultar a nadie?

MATI. ¡Oh! (Con rabia.)

MAN. Tú, tendrías que arrodillarte, que humillarte delante de ella, delante de cualquier ser honrado, como te humillas ¡cómo vas a humillarte delante de mí! (Sacudiendo enérgicamente a Matilde y haciéndola caer a sus pies. Aurora, que ha aparecido en la puerta del kiosko pocos momentos antes, se dirige a Manuel y aparta con sus manos aquella con que Manuel sujeta a Matilde, en el suelo.)

AURO. (Suplicando.) ¡No, Manuel, no la maltrates; compadécete! (En este momento aparece, en la puertecilla que Manuel dejó abierta, Enrique, que al ver el grupo formado por Manuel y Matilde se dirige hacia éste con actitud amenazadora.)

ENRI. ¡Cómo, Matilde! ¡Y él la ultraja! (Matilde, a quien ya habrá soltado Manuel, al oír la voz de En-

rique, vuelve la cabeza, se levanta precipitadamente y se dirige hacia éste.)

MATI. ¡Ampárame, Enrique! (Queda al lado de Enrique.)

ESCENA XI

AURORA, MATILDE, MANUEL y ENRIQUE

ENRI. ¡Ampárote! Sí; no tengas miedo. Contra este hombre, contra todos, te amparo yo. (Se adelanta hacia Manuel con arrogancia y decisión.)

MAN. (Con sarcasmo.) Vamos, tienes una condición noble: el valor. No esperaba yo tanto.

MATI. (A Enrique, por Aurora.) Esa mujer le ha dicho.

MAN. ¡Todo!

ENRI. ¿Eh?

MAN. Más claro. Que estoy al cabo de vuestro inicuo proceder; que he venido aquí para sorprenderos; que acabo de llamar a esta mujer, infame, y que ahora te lo llamo a ti. (Con energía.)

ENRI. ¡A mí!

MAN. Es el dictado que mereces. Por eso te lo doy. (Manuel y Enrique avanzan un poco uno hacia otro. Aurora trata de detener a Manuel, Matilde a Enrique.)

MATI. ¡Enrique!

AURO. ¡Manuel!

ENRI. Y me darás también una reparación, sosteniendo ante la boca de una pistola o ante la punta de una espada, el insulto.

MAN. ¡Yo! ¡Batirme yo contigo! ¡Ja, ja, ja! (Con risa despreciativa y cruel.) ¡Qué necio eres, Enrique!

ENRI. ¡Cómo!

MAN. ¡Batirme yo, el ultrajado, la víctima de vuestras ruindades; ponerme delante de ti, del villano, del criminal, empuñando un arma cualquiera, para que tú, tan diestro en esgrima como en crímenes, selles

mis labios con la muerte, y hagas de mi cadáver una losa para cubrir vuestro repugnante secreto!... ¿Eso es lo que pides? ¡No lo tendrás!

ENRI. ¿No?

MAN. No; se baten los iguales; los que en el combate arriesgan lo mismo. Nosotros no somos iguales. ¡Cómo vamos a serlo! Se baten caballero contra caballero, ¿verdad? Pues yo no puedo batirme contigo. Tú no eres un caballero; ¡eres un canalla! ENRI. ¡Oh! ¡Pues reparación has de darmel! No quieres de un modo, será de otro. (Avanza hacia Manuel en actitud amenazadora.)

MAT. (Queriendo detenerle.) No, Enrique, no.

ENRI. ¡Suelta! (Desasiéndose de ella.)

AURO. ¡No, esto no es posible!

ENRI. No quieres dármela como se usa entre los hombres de nuestra clase, me la tomaré de otra forma. (Avanzando.) Cuerpo a cuerpo, arrancando con estas manos la lengua que me insulta.

MAN. ¡Prueba!

AURO. No. ¡Socorro! ¡Socorro! (Dirigiéndose hacia la puerta del hotel. Enrique levanta la mano para abofetear a Manuel; éste le sujeta con fuerza el brazo, le coge por el otro y lo empuja hasta dejarlo caer contra el banco que hay inmediato al kiosko.)

MAN. (Luchando.) ¡No puedes! ¡No podrás! La Naturaleza me ha hecho más fuerte que a ti, miserable. (Lo deja caer encima del banco. En este momento aparecen en el fondo Remedios, Homobono, Ambrosio y Ramírez. Ramírez, al ver la escena, se dirige precipitadamente hacia Enrique, en el momento que éste se levanta.)

ENRI. (Alzándose del banco en actitud descompuesta a Manuel.) ¡Tu vida!

DOCTOR Enrique, silencio. No provoque usted el escándalo. Venga usted. (Saca por la fuerza Enrique, que se resiste, por la puertecilla del jardín.) (Matilde se deja caer en una silla y oculta el rostro

entre las manos. En este momento llegan, al primer término Remedios, Homobono y Ambrosio.)

HOMO. (Frotándose las manos con satisfacción.) ¡Triunfé!

ESCENA ÚLTIMA

AURORA, MATILDE, REMEDIOS, MANUEL, ENRIQUE,
HOMOBONO, DOCTOR y AMBROSIO

REME. (Deteniéndose al lado de Matilde.) ¡Hija mía! ¿Qué es esto?

AMBRO. ¿Qué ha ocurrido aquí?

MAN. Pregúnteselo usted a Matilde que oculta el rostro. Pregúnteselo al hombre que acaba de salir, a su cómplice. ¿Qué conteste ella! ¿No contesta? ¿Cuánto valor para el crimen! ¿Cuánta cobardía para confesarlo.

AURO. ¡Basta por Dios! ¡calla!

MAN. ¡Callar cuando están aquí todos los que, en una forma o en otra, pretendían mi sacrificio y mi envilecimiento! ¡Callar! ¡No! Hablar alto, muy alto, para lanzarles al rostro su torpeza y mi indignación.

AMBRO. ¡Estás ultrajando a tu familia!

MAN. ¡Mi familia! ¡Vosotros mi familia! No, vosotros no podéis ser mi familia; no lo sois.

AMBRO. ¡Manuell...

MAN. ¿Qué importa que llevemos la misma sangre, si no llevamos la misma alma? Entre vosotros he nacido, verdad. ¿Y eso, qué? se nace donde la suerte quiere, de la familia que la suerte dispone; pero esa cuna y esa familia, son obra del azar. No hay obligación de respetarlos cuando no son acreedores al respeto. No, no podéis ser mi familia; no lo sois, lo repito. ¿Cómo han de serlo los que pretendían matar mi inteligencia con sus burlas; esclavizar mis ideas a sus egoismos, martirizar mi espíritu con todo género de humillaciones y man-

char mi nombre con la más horrible de las afrentas! Eso queríais vosotros de mí; eso es lo que hubiérais conseguido, si esta mujer, (Aurora.) esta criatura no hubiese llegado a tiempo de salvarme. (A Aurora.) No bajes la cabeza, que la bajen ellos; tú debes levantarla muy alta. Levántala. Míralos cara a cara. ¡Así!... ¿Ves cómo son ellos los que bajan los ojos?

AMBRO.

¡Ella!

MAN.

(A Aurora.) ¡Y yo te abandoné por estúpidos convencionalismos sociales! Y yo te dejé sola, sola como antes, y con un desengaño más en el corazón. ¡Yo te abandoné, mujer generosa y leal!

AMBRO.

¡Manuel!

MAN.

¡Abandonarte! ¿Por qué causa? ¿Qué culpa tienes tú de que la ignorancia y la miseria, y el abandono y el ejemplo, te cercasen, y te empujaron como a todos los tuyos? La culpa es de los que os abandonan, y os empujan, y os hacen caer. Yo debí tenderte la mano, ayudarte, regenerarte. ¡Y no lo hice, y te dejé cobardemente, despreciando todo lo bueno que hay en ti, para ir en busca de esta gente! Te dejé por ellos. Tú pagas mi abandono salvándome. ¡Perdóname!

AMBRO.

¡Basta! Sal inmediatamente de aquí.

MAN.

Sí, saldré. Voy a salir inmediatamente; con ella.

AMBRO.

¡Con ella!

MAN.

¡Con ella! Porque con ella puedo dirigirme hacia el porvenir; porque en ella aun hay sentimientos de dignidad, de justicia, de amor; sentimientos acaso pervertidos, descuidados acaso. No importa, yo los despertaré. En ella, aun hay vida, y donde hay vida puede haber salud. En vosotros, no: vosotros no podéis acompañarme; los muertos no andan; y vosotros, sois muertos sin enterrar.

AURO.

Manuel...

MAN.

Quedáos ahí solos; podríais ahí solos con vuestras pequeñeces y vuestros crímenes. (A Aurora.) Ven tú. (Cogiéndola por la mano y acercándola a él.) En ti hay sangre joven, sentimientos puros, conciencia virgen; en mí hay inteligencia, y hay voluntad. ¡Ven, Aurora! (Atrayéndola hacia sí.) Más cerca, más cerca aun. Siempre juntos. De nosotros puede brotar algo fecundo. Deja a esos. (Se dirige hacia la derecha sosteniendo a Aurora con un brazo mientras los demás permanecen inmóviles y sin atreverse a mirarlos.) Vamos a hacer humanidad nueva.

TELON

FIN DE LA OBRA



No. 56.

1

EVA

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

3.

EVA

LA HIJA DE LA FÁBRICA
(DAS MADELL FABRICK)

OPERETA EN TRES ACTOS

ADAPTACIÓN Y ARREGLO DE

CANTABLES E

GONZALO JOVER J. ZALDÍVAR

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANZ LEHAR

Estrenada en el «Teatro de Novedades», de Barcelona, la noche
del 12 de Febrero de 1912



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

*Al distinguido escritor
Miguel Nieto, como deuda
de gratitud.*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

NOVEDADES

NUEVO

Eva	Srta. Angelina Villar.	Srta. Aracil.
Magda	» Pilar Martí.	» Arellano.
Camarera	» Amparo Martí.	» N. N.
Octavio Flaubert	Sr. Ortiz de Zárate.	Sr. Rojo.
Dagobert	» Barreto.	» Santpere.
Voisin	» López.	» Oya.
Prunelles	» García.	» Zanón.
Larouse	» Bergés.	» Mir.
Duque Jorge	» Font.	» Cónsul.
Matías	» Cayetano.	» Sanz.
Schichi	» Arribas.	» Willy.
Ferri	» Botí.	» Torres.
Tedy	» Mestres.	» Maella.
Fredy	» Botí.	» Ros.
Chauffeur	» Martí.	» N. N.

**Siete señoras, obreros, cocottes, jóvenes de París,
criados, etc.**

**Actos 1.º y 2.º en una provincia del mediodía de Francia.
Acto 3.º en París**

Derecha e izquierda del espectador.

Para los materiales de «El Sr. Conde de Luxemburgo», «Mujeres Vienesas» y la presente, dirigirse a Angel Guix, Barbará, 2, 2.º



ACTO PRIMERO

Despacho-gerencia de una fábrica de vidrio en un departamento del mediodía de Francia. Al levantarse el telón, Prunelles y el coro de obreros están en escena. A la izquierda una mesa con regalos, cajas de cartón, sombrereras, etc. Puertas laterales y al fondo. Por ésta se perciben las máquinas de la fábrica. La acción comienza al mediodía.

Música

(Al levantarse el telón suena la campana de la fábrica, salida de los obreros al mediodía.)

CORO Hoy todo júbilo y dicha ha de ser.

T. Y D. Vamos a ver.

UNO ¡Ah? Venga el regalo ya.

OTROS Tráigalo acá.

TIPL. Debe haber telas
y faldas preciosas.

OTROS No faltarán
de seguro otras cosas.

TIPL. Así pienso yo.

BAJO Como siempre Larous se encargó.

LAROU. (Apareciendo en la entrada.) (A unos.)

Hay que formar
calle de honor,
que va a llegar. (A otros.)

(Vase rápidamente por la izquierda. Agitación e impaciencia general. Los obreros forman calle. Prunelles poniendo orden en las filas.)

PRUN. Eso es. Así. Quietos. El efecto será admirable.

Hablado

(Expectación en los obreros. Al presentarse Eva todos prorrumpen en vivas, agitando los pañuelos. Larousse aparece con Eva, muchacha de veinte años, cabello rubio dorado, carácter especial, que a veces parece diabólico. Coqueta por naturaleza. Lleva el peinado recogido. Traje sencillo y limpio, delantal blanco, ningún adorno. Su conjunto atrae. Uno de los obreros dirige como si manejase la batuta.)

CORO

Que viva, que viva Eva, que es
linda y pura como Abril.
Hoy todos le deseamos
un venturoso porvenir.

ESCENA II

Dichos, EVA y LAROUSSE por el foro

LAROU.
MATÍAS

¡Bravo! Estoy satisfecho de todos.
Nuestra Eva, la hija de la fábrica, cumple hoy los veinte años. Hay que celebrar dignamente tal acontecimiento.

EVA

Gracias. Vuestro cariño es infinito hacia mí. Sois espléndidos. No obstante vuestra pobreza, hay aquí regalos magníficos.

VOISIN

Nada es caro a escote.

SCHI.

La buena voluntad triunfa de la miseria.

PRUN.

Todo te lo mereces.

FERRI

Esta tarde a la hora de comenzar el trabajo, cumplen los veinte años justos de tu hallazgo.

LAROU

Lo recuerdo... Al sonar la campana nos dirigíamos presurosos a la fábrica, cuando yo, que iba delante percibí un bulto. Nos acercamos curiosos y unos gemidos entonces llegaron a nuestros oídos. Me apoderé rápidamente del bulto, lo descubrí, y era una recién nacida abandonada... Eras

tú. Movidó a compasión quise prohibarte, pero todos los compañeros sentían el mismo deseo generoso y acordamos la adopción general. De todos eres la hija.

VOISIN Criada con biberón.

MATÍAS Eres hoy nuestro orgullo y nuestro encanto.

LAROU. Nuestro amor. Yo soy viejo y puedo decirlo sin que suenen a malicia mis palabras.

FERRI Pero, ¿quién sería la madre que la abandonó?

PRUN. Alguna pécora... Divorciada de seguro.

LAROU. Silencio. No ofendamos la memoria de aquella mujer. Quién sabe el misterio de su abandono. Nada se supo nunca de ella. Nadie la ha conocido.

EVA Sin embargo yo la he visto.

LAROU. ¿Tú?

TODOS Cuenta. Cuenta. (Rodeándola curiosos).

EVA La he visto. Se llama Eva como yo.

VOISIN Puede ser... porque todas las hembras sois hijas de Eva.

LAROU. Calla, nieto de Adán. ¿Pero cuándo hasido eso?

EVA Anoche.

VOISIN ¿Y cómo ha sido?

EVA En un sueño. Escuchad.

Música

(Recitado y Canción.)

EVA ¡Fué el ensueño hermoso! ¡Divino sueño!
Me parece aún ver la imagen reflejada en el espejo engalanado con ricos tapices de terciopelo color de rosa. ¿Era yo? ¿Era mi madre? Recuerdo...

Canto

(Como soñando.)

Los vivos reflejos
las sedas esmaltan...
en claros espejos
con esplendor
los mil tornasoles
brillantes resaltan
forjando cuadro
fascinador.
Son sus ojos oscuros
en campo de nieve
y sus dientes cual perlas
en lindo coral.
¡Cabellò sedoso
de oro en relieve
orlando su rostro... angelical!
¡Belleza radiante de amor!
Cual soberana con resplandor
de Majestad...
Con todo el brillo deslumbrador
de la beldad.
Cuadro adorado
idolatrada visión;
de mis ensueños
dorada bella ilusión.
¡Aquella es mi madre!... así debió ser.
Y frente al espejo
mi rostro al ver
contemplo a mi madre.
Debió ser así,
su alma bendita yo siento en mí.
Mas breve instante de dicha fué
mi dulce ensueño fascinador.
¡Cuando a la vida real desperté
mi bello encanto trocóse en dolor!
Galas de rosa, fugaz vivir
nacen y a poco han de sucumbir.

Cual primavera que rauda se va
fuese mi bien también.
Mas su recuerdo en mi ser vivirá.
Felicidad, ven, ven...

Hablado

LAROU. Eso es una quimera. Olvídate del sueño.
FERRI ¿Pero no remojamos el cumpleaños?
MATÍAS Tenemos tiempo.
VOISIN Dichosos vosotros.
SCHI. ¿Y tú?
PRUN. Ni él, ni yo, podemos abandonar el escritorio sin presentar la correspondencia a la firma del nuevo amo.

EVA ¿Vino ya?
PRUN. Anoche.
FERRI ¿Y qué hizo cuando llegó?
VOISIN Acostarse.
MATÍAS ¿Y qué ha hecho toda la mañana?
PRUN. Dormir.
MATÍAS Bonita ocupación.
VOISIN Es un señorito parisién que no entiende de más vidrios que los de las copas de champagne.

MATÍAS Dicen que el señorito Octavio es un calavera que lleva en la capital una vida desastrosa.

EVA ¡Desgraciado!
VOISIN Todos los sports le atraen... Todas las fiestas le seducen... Todas las cocottes le enamoran.

LAROU. Silencio. Es el amo.
EVA Cuanto le compadezco.
VOISIN Porque eres excesivamente generosa.
LAROU. Más que tú, charlatán. ¡Ea! Largo de aquí... Me parece que oigo rebullirse a la gente por allá dentro... Debe de haberse levantado el amo. Vámonos, Eva.

EVA Pero...
MATÍAS Antes de entrar esta tarde al trabajo he-

mos de brindar juntos por tu prosperidad futura.

FERRI : Dices bien.

TODOS : Sí, sí.

LAROU. : Está el ágape prevenido en mi casa. En marcha, compañeros.

ESCENA III

PRUNELLES, VOISIN y OCTAVIO

PRUN. : A nosotros corresponde aguantar el primer choque... Ya está aquí.

VOISIN : ¿El choque?

PRUN. : El nuevo amo.

VOISIN : Valor.

OCTAV. : Señores... (Saliendo.)

P. V. : Señor.

OCTAV. : ¿Puede saberse por dónde anda esta tropa de obreros? Me levanto ahora... y no encuentro a nadie en la fábrica.

PRUN. : Están celebrando el cumpleaños de Eva.

OCTAV. : ¿De Eva pecadora?

PRUN. : No, señor. Eva inocente.

VOISIN : Inocente y hermosa. Es la hija de la fábrica.

OCTAV. : Sé algo de esa historia... Una chicuela abandonada.

PRUN. : Y hoy una mujer divina. Hace veinte años ya. Por esta fecha, todos los años se concede un descanso de algunas horas a los obreros...

OCTAV. : ¿Y así se elabora el vidrio?

VOISIN : No, señor. Así no se elabora. Siempre se rompe con la alegría y la fiesta algún casco... Y eso se gana.

OCTAV. : No, hombre, eso se pierde... Una botella menos.

VOISIN : Permita el señor... Es una botella más a elaborar.

OCTAV. : ¿Usted es el mayordomo?

PRUN. : El mayordomo es el viejo Larouse... un ex-

celente compañero. Hace más de veinte y cinco años que pertenece a la fábrica. Nosotros somos los encargados del escritorio... Por eso estamos aquí... para poner a la firma de usted la correspondencia pendiente.

VOISIN Correo de varios días... Además hay cuentas... facturas...

OCTAV. ¿Conqué ustedes son los únicos que no participan de la fiesta... que no tributan homenaje a esa Eva... llovida del cielo?

VOISIN Debió venir de allí porque es hermosa y buena como un ángel.

OCTAV. La veré.

PRUN. Señor, urge despachar la correspondencia.

OCTAV. Aguárdad... Quiero brindar antes con mis obreros por la bella festejada. Acompañadme a levantar la copa en su honor.

PRUN. Tanto honor.

VOISIN Aquí hay vaso.

PRUN. Aquí hay botella.

OCTAV. ¿Fumáis? (Ofrece cigarros. Prunelles y Voisin toman los cigarros.)

PRUN. Buena marca. (Examinándolo.)

OCTAV. ¡A la felicidad de la hija de la fábrica! (Bebe.)

P. Y V. ¡A su felicidad!

OCTAV. Ahora cuando gustéis...

PRUN. Vamos por el correo.

VOISIN Es simpático el nuevo dueño. (Vase.)

ESCENA IV

OCTAVIO

OCTAV. Pues señor, bien... Esto parece un sueño. Estaba en París, donde de orgía en jarana daba ya fondo a mi fortuna, cuando me encuentro de repente heredero de un tío millonario y casi desconocido. El único pero de la dichosa herencia es que su ri-

queza esencial consiste en esta fábrica de vidrio que hay que cuidar y dirigir... ¡Yo fabricantel ¡Ja, ja, ja!

Música

Dentro del número.

ESCENA V

Dicho, VOISIN y PRUNELLES

OCTAV. Qué suerte tengo. Eso es todo.
Ella el camino ha de trazar.
Seguir es fuerza nuestro sino
y sus designios acatar.
¿Yo de repente en jefe y dueño?
¿Yo la fábrica dirigir?
¡Oh, Dios! No vuelvo de mi asombro
y siento impulsos de reir.

(Voisin entra y deja sobre la mesa un montón de cartas comerciales.)

VOISIN Ya puede leerlas
y revisarlas
y si conforme está
firmarlas.

(Se inclina con afectación, mira a Octavio sonriendo irónicamente al marcharse.)

OCTAV. (Solo. Toma algunas cartas, se cala el monóculo y lee.
Demuestra asombro y vuelve a dejar desdeñosamente los papeles.)

Si alguno hubiera dicho ayer:
Octavio vas a trabajar;
le hubiera contestado yo:
guárdese usted de bromear.
Trabajo implica sujeción,
no quiero ser un maniquí.
Ni orden ni puntualidad
nadie hallará jamás en mí.

PRUN. (Entra con papeles que deja también sobre la mesa.)

Ya puede leerlas
y revisarlas
y si conforme está
firmarlas.

(Octavio pasa un momento la vista por los papeles.
Prunelles hace medio mutis.)

OCTAV. (Llamándole.)

Aguarde. ¿Ha estado usted en París?

PRUN. Estuve siendo empleado.

OCTAV. La gran ciudad. Cuna del placer.

PRUN. Siempre fué de mi agrado.

OCTAV. ¿Y conoció a la Lavalier?

PRUN. La conocí... Soberbia mujer. (Rápido.)

OCTAV. ¡Oh, sí, piramidal!
la reina del cuplé.

PRUN. La artista sin rival.

OCTAV. Usted ya se ve que es de mi opinión
y sabe el mérito apreciar. (Alegre.)

La Lavalier roba el corazón
de los que escuchan su cantar.

Recuerdo muy bien
la alegre canción.

en que ella consigue
vítores y ovación.

El placer, tin tilín,
tilín, tilín,

y el cristal, tin tilín,
tilín, tilín, tilán,

son dos cosas delicadas
y de fragil calidad.

De placer, tin, tilín, etc.
morirán, tin, tilín, etc.

Es el placer sutil...

PRUN. Sutil.

OCTAV. Lo mismo que el cristal.

PRUN. Si tal.

OCTAV. Que al choque brusco
suélese quebrar.

No abuses del licor
que es néctar ideal
y huries seductoras
forjará.

Pues si hay placer encantador
en el feliz soñar...
podría suceder
que tu mujer real
en tanto sueñas tú
tin tilín, tilán.

(Alzando los brazos alternativamente.)

La mujer tin... etc.
y el cristal... etc.
son sensibles al ambiente
que las suele rodear.
El calor tin, tilín, etc.
pasional, tin, etc.
muchas veces las empaña
sin poderlo remediar.
Es el placer sutil
lo mismo que el cristal, etc.

(Octavio toma una copa vacía del escritorio y la levanta, ejecutando movimientos de baile. Al mismo tiempo golpea la copa con un cuchillo de cortar papel. Prunelles le imita.)

LOS DOS

¡Tin, tin, tilín! (Al terminar.)

ESCENA VI

OCTAVIO y PRUNELLES

Hablado

- OCTAV. ¿Conqué ha estado usted en París?
PRUN. Y me vine huyendo. Cierta historia... en la que andaba mezclado el dios Cupido.
OCTAV. Merece usted mi confianza. Se encargará usted de mi representación en la fábrica.
PRUN. ¿Y qué hará usted?
OCTAV. Divertirme.
PRUN. Es un poco difícil aquí... Estas gentes de provincias son excesivamente morigeradas. Todo les asusta y escandaliza.
OCTAV. No me importa su opinión sino mi gusto.
PRUN. Está usted en su derecho.

ESCENA VII

Dichos y DAGOBERTO

- DAG. ¡Octavio! (Llegando por la izquierda.)
OCTA. ¿Quién es?... ¡Ah! ¿Tú por aquí, Dagoberto? Pasa, lindo don Juan.
DAG. Chico, aquí me tienes, o por mi mejor decir, aquí nos tienes a Magda y a mí, la linda divorciada...
OCTAV. Llegáis a tiempo. Bienvenidos. Porque os confieso, que ya empezaba a aburrirme.
DAG. Esta mañana en París, en el Círculo, me dijeron que te habías venido a tomar posesión de tu herencia y pensé en seguida venir a verte... Comuniqué a Magda la idea del viaje, aceptó palrotando de alegría, tomamos un auto de alquiler... y aquí nos tienes.
OCTAV. ¿Y Magda?
DAG. Espera en el auto tu venia.
OCTAV. ¿De cuándo acá tan política? (Riendo.)
DAG. Fué en previsión de no encontrarte. Somos contigo al momento. (Vase por donde vino.)

ESCENA VIII

OCTAVIO y PRUNELLES

- PRUN. Señor, es ella... la protagonista de mi historia.
OCTAV. ¿Cómo?
PRUN. Sí. Mi esposa de quien hace algún tiempo me divorcié... Busca consuelo en su soledad.
OCTAV. ¡Bah! Esa es la vida... Pues oiga; Dagoberto tiene propósito de casarse con ella... Si llega a efectuarse esa boda puede usted ser... el tercero en discordia.

PRUN. Tendría gracia.
OCTAV. Bueno, recoja usted esos papeles... y vamos un instante a los talleres... quiero ver como trabajan mis obreros. (Vanse por el fondo.)

ESCENA IX

MAGDA y DAGOBERTO, por la izquierda

DAG. Ya estamos lejos del mundanal París.
MAGDA ¿Y Octavio?
DAG. Aquí se hallaba hace un momento... Chica, cómo se ha alegrado de nuestra llegada. Me ha confesado que ya empezaba a aburrirse.
MAGDA Y aun no hace veinticuatro horas que dejé París.
DAG. Pronto empezará su vida de locuras.
MAGDA El no sabe que en estos pueblos es preciso ante todo cubrir las apariencias.
DAG. ¡Magda! (Intenta abrazarla.)
MAGDA Quieto. Aquí es preciso reportarse. No estamos en París.
DAG. ¡Te quiero tanto!
MAGDA ¡Tonto!
DAG. No. Tanto.
MAGDA Nadie te impide enamorarme, pero ha de ser al estilo provinciano.
DAG. Debe de ser aburrido.
MAGDA Ay, Dagoberto... Aquí es preciso temer al escándalo.

Música

DAG. No hay que temer
estamos bien aquí
La casa es de un amigo de verdad.
MAGDA Pobre de mí. Es la primera vez
que siento los impulsos
de febril curiosidad.
DAG. (Poético.)

Es mi ilusión
el amoroso nido del dulce hogar.
Poética mansión donde has de ver...

MAGDA

DAG.

¿Qué puedo ver?
Verás reproducido
el templo del placer.

MAGDA

Ardiente anhelo me impulsó
pues lo nuevo me llama,
usted también me fascinó
con su terrible fama.

Pues siempre el hombre es criminal.

DAG.

No todos.

Yo te ruego...

te ruego no hables en plural.

MAGDA

A su intención me entrego.

DAG.

Pues ven acá

MAGDA

Al punto voy. (Acercándose a él.)

DAG.

Yo franco ser prefiero.

MAGDA

A su disposición estoy
si usted es caballero.

DAG.

De mí no dudes, por merced

¡oh niña encantadora!

MAGDA

Deseo que me diga usted
en lo que piensa ahora.

DAG.

A tí mis pensamientos van
cual van al mar los ríos.

Tu ardiente amor es hoy mi afán
tus duelos son los míos.

Magda, vida mía,

tu eres, niña hermosa, mi ilusión,
tus labios besaría

para libar la miel del puro amor.

Tenerte anhelo junto a mí,
vivo sólo para ti.

Dame tu querer

y será feliz tu Dagoberto.

MAGDA

¿Di, porque me llamas

vida, niña hermosa y tu ilusión?

(Los dos repiten la frase juntos.)

¡Chiflado estás! (Romántica.)

DAG.

¡Chiflado estoy!

MAGDA

¡Oh, sacrosanto idilio!

DAG. ¡Mas no merezco aquel final
del príncipe Basilio!
MAGDA Yo soy tu Angela Didier
y tú serás mi Conde.
DAG. Si el Luxemburgo debo ser
triunfar me corresponde.
MAGDA Tus dudas se desterrarán
mis claras pruebas viendo,
y ahora premiaré tu afán
tus frases repitiendo.
Magda, vida mía,
tu eres, niña hermosa, mi ilusión... etc.

Baile

Creo que mejor será
que le digas a papá.
Quiero a Magda hermosa
hágala mi esposa. (Los dos bis.)

Hablado

MAGDA Ya lo sabes... Y ahora pensemos en Oc-
tavio.
DAG. Aguarda, monina... Voy a despedir y a pa-
gar al chauffeur. (Suspira ruidosamente y vase por
la izquierda.)

ESCENA X

MAGDA, en seguida PRUNELLES

(Magda al verse sola va hacia el primer término dere-
cha donde se sienta frente al público.)
PRUN. (Entrando por el fondo.) ¡Oh! Hela allí... (Se
acerca en silencio hasta Magda poniéndose tras ella.)
¡Magda!
MAGDA (Vuelve la cabeza al oír la voz de Prunelles.) ¡Pru-

nelles! ¡Tú aquí! Felices los ojos. Cuanto tiempo sin vernos.

PRUN. Es cierto. ¿Cómo te va en tu nuevo estado de divorciada?

MAGDA Bien. Soy libre como el aire. Nadie se opone a mis caprichos.

PRUN. ¿Nadie? ¿Y ese que te acompaña?

MAGDA ¿Ese? Es un aspirante a mi blanca mano... Quiere casarse conmigo. Veremos si se dobla a mis caprichos.

PRUN. ¿Sabes que estás linda? (Que la contempla despacio.)

MAGDA ¿Sí?

PRUN. ¡Encantadora! Tus mejillas están incitantes... Esas mejillas que tanto he besado otras veces... (Le da un beso por sorpresa.)

MAGDA (Protestando cariñosa.) ¡Eh!... Quietecito, señor ladrón de besos... Formalidad, si no regañaremos.

ESCENA XI

Dichos. DAGOBERTO por la izquierda. Al verle llegar se aparta Prunelles de Magda

DAG. Aquí estoy, monina... ¿Eh? ¿Quién es? (Reparando en Prunelles.)

MAGDA (Señalando a Prunelles.) Tengo el honor de presentarte a mi esposo... *in partibus*... Es decir, mi ex-esposo. (A Prunelles por Dagoberto.) ¡Mi futuro! (Los dos hombres se dan la mano.)

DAG. Caballero... Su divorcio ha sido el principio de mi felicidad... Gracias, caballero. (Suspira ruidosamente.)

PRUN. Lo celebro.

DAG. ¿Y Octavio?

PRUN. Allá dentro lo he dejado con mi compañero, el otro secretario, examinando unos planos de nueva maquinaria.

DAG. Pues vamos en su busca. Ya tengo gran curiosidad por conocer esto. ¿Viene usted,

caballero? (Ofrece el brazo a Magda que ésta acepta. Al volverse la pareja hacia el fondo. Prunelles a un descuido de Magda la pellizca en un brazo.)

MAGDA

¡Ay! (Dando un grito.)

DAG.

¿Qué te pasa?

MAGDA

(Disculpándose.) Nada... No es nada... Un dolor que he sentido en el dedo gordo del pie.

DAG.

¿Gordo? Protesto... Tú que tienes los pies tan pequeñitos. (Suspira ruidosamente.) Vamos, monina. Los tres vanse por el fondo.)

ESCENA XII

OCTAVIO y VOISIN por la derecha, después EVA por la izquierda

OCTAV.

Muy interesantes esos planos...

VOISIN

Su tío de usted cifraba en ellos grandes esperanzas... Quería dar mayor impulso a la fábrica.

OCTAV.

¿Quién es esa joven? (Señalando a Eva que entra por la izquierda.)

VOISIN

Eva.

OCTAV.

¡Ah! ¿La hija de la fábrica? Hermosa niña... Voisin, llévase los planos al escritorio y siga despachando la correspondencia. (Saluda Voisin y vase por la derecha.)

OCTAV.

¡Eva!

EVA

¿Qué? (Que se dirigía a la mesa de la izquierda donde hay varias cajas y regalos. Volviéndose.)

OCTAV.

Perdón, niña hermosa... Soy el nuevo amo... No se asuste usted... Es usted demasiado linda... Comprendo que tanto la quieran mis obreros.

EVA

Señor... (Retrocediendo conforme avanza hacia ella Octavio.)

OCTAV.

Todos esos regalos pregonan su cariño...

EVA

Señor, usted perdone... Venía por ellos... por mis regalos.

OCTAV.

¡Oh, niña hechicera! Yo le ayudaré a ponerlos en sus manos... Son tantos, ¿me

permite usted?... (Octavio toma una larga caja de cartón y se la pone a Eva en sus brazos extendidos. Después, sobre la caja, coloca otras y regalos, a cuyo peso se ve a Eva que pierde el equilibrio amenazando la estabilidad de los objetos. Al ir a colocar un nuevo regalo, Octavio intenta abrazarla; ella se aparta esquivando el abrazo y todas las cajas y objetos caen al suelo. Es usted muy atrevido. (Vase corriendo por la izquierda.)

EVA

OCTAV.

¡Oh, linda muñequita de marfil.

ESCENA XIII

OCTAVIO y MAGDA, por el fondo

MAGDA

¡Octavio!

OCTAV.

(Dándole la mano.) Hola, Magda simpática... Estoy encantado de volverte a ver...

MAGDA

Allá dejo a Dagoberto curioseando tu fábrica... ¡Oh, esto debe de ser aburridísimo!

OCTAV.

Pues mira... yo creo que no debe ser tan aburrido. (Mira hacia donde se fué Eva.)

MAGDA

¿Hay aquí bailes, teatros, un cine siquiera?

OCTAV.

Creo que no.

MAGDA

Pues entonces ¿qué hace la gente de noche?

OCTAV.

Duerme.

MAGDA

¡Lirón!

OCTAV.

No. Si yo no podría aunque quisiese... Precisamente esta noche me ha ocurrido eso... Para mí es la hora en que por costumbre inveterada comienzo a vivir.

MAGDA

Naturalmente.

OCTAV.

He probado otras veces... Es inútil... En lugar de dormir, sueño. Los duendecillos de Montmartre turban con muecas picarescas mi tranquilidad. Sueño con París... con su barrio Latino, que por algo está en la izquierda de la capital... al lado del corazón... porque es el centro del amor y del placer.

Música

I.

- OCTAV. A media noche aquí
ninguno vela ya;
me acuesto como todos
con el fin de descansar.
De pronto yo no sé
que vértigo me da...
- MAGDA ¡Dios mío, qué terror!
No he visto cosa igual.
¿Quién diantre ni con qué intención
te pueden molestar?
Por fuerza debe ser
algún amigo audaz
que en broma quiere
tu tranquilo sueño perturbar.
- OCTAV. No hay tal y el caso
te lo voy a descifrar.
- (A un tiempo.)
- MAGDA El caso es raro de verdad.
OCTAV. Los duendes de Montmartre
me suelen despertar;
me calzan y me visten,
me empiezan a empujar.
He de salir de casa
cual galgo corredor...
y así a la fuerza tengo
que ser trasnochador.

II.

- MAGDA A media noche aquí
velando el diablo está.
Se ríe y algo dice
que no puedo yo explicar.
Oculto en un rincón
preludia sin compás
su rara melodía
sobrenatural.

- OCTAV. Entonces Lucifer
cual genio musical
empuña el arco y el violín
y empieza a ejecutar.
Oímos con placer
su música infernal
y a todos nos seduce
su manera de tocar.
- MAGDA El planta en tus narices, pues,
el frac y el clac.
- LOS DOS Los duendes de Montmartre... etc.
(Baile y evolución. Vase Magda.)

ESCENA XIV

OCTAVIO, PRUNELLES y VOISIN. Luego OBREROS

Hablado

- PRUN Va a dar la una.
- OCTAV. ¿Y qué?
- VOISIN Que se reanuda a esa hora el trabajo de la
fábrica.
- PRUN. Ya entran en ella los obreros.
- OCTAV. ¿Y Eva?
- VOISIN Mírela usted. Allá viene con Larouse, el
mayordomo. (Comienzan a entrar los obreros.)
- PRUN. Siempre puntual y exacto. (Un reloj da una
campanada.)
- VOISIN Y ella siempre hermosa.
- EVA La una.
- LAROU. Pues, hála. Cada uno a su puesto.

ESCENA XV

EVA, OCTAVIO, LAROUSE, PRUNELLES, VOISIN, SCHICHI,
MATIAS, FERRI, OBREROS y OBRERAS

Música

Final 1.º

PRUN. ¡Altol Deteneos un instante.
No entréis aún a trabajar.
Aquí tenéis el nuevo amo
a quien os debo presentar.
Es el señor de Flober.

(Indicando a Octavio, los obreros se quitan las gorras.)
Presento a usted el personal.

(A Octavio.)

LAROU. Muy bienvenido sea usted.

(Avanza resueltamente y da la mano a Octavio.)

PRUN. (Vaya el discurso de ritual.)

OCTAV. Os doy las gracias.
Podéis contar
en adelante
con mi amistad.

(Saluda con la mano. Pausa embarazosa. No sabe
qué decir.)

Es el trabajo dicha y bien...
y emblema de la paz...
Produce gran satisfacción
y buenos frutos da.
Soy lego en este asunto
mas con buena voluntad
por vosotros ser conseguiré
un director cabal.

(Rumores de aprobación.)

PRUN. (Bajo a Octavio.)

Muy bien, señor Flober.
Así se hará usted popular.

OCTAV. Que celebremos creo juntos
tal solemnidad
por mi feliz presentación
opino muchachos,
que hoy debéis holgar.

Hablado

- PRUN. ¡Merece un hurra entusiasta el nuevo amo!
OBR 1.º ¡Allá va!
OBRS. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaaa!
OCTAV. Tome usted mil francos. (A Larouse. Le da dos billetes.) Si no bastan, pida más.
CORO ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaaa!
(Obreros y obreras vanse. Dentro continúan las risas y algazara del grupo, perdiéndose poco a poco. Larouse y Eva van a salir los últimos.)

Canto

- OCTAV. Usted de esta niña
es el padre adoptivo.
De Eva según me acaban de informar.
LAROU. Sí, lo soy; y por mi cuenta
no dejaré de serlo jamás.
OCTAV. Según dijeronme
es chica excepcional,
y en posición y clase
debe mejorar.
LAROU. Mejor que aquí en ninguna parte
se encontrará.
OCTAV. No es esa mi opinión.
LAROU. Las apariencias pueden engañarnos,
sólo son un antifaz.
Vestida Eva de señora...
¿a la obrera en ella reconocerán?
OCTAV. En eso yo entiendo más que usted.
LAROU. Gracias. Eva. Vámonos ya.
OCTAV. Aguarde usted.
Deseo una entrevista
con Eva celebrar.
LAROU. (Hablado.) Muy bien. Con su permiso voy allá.
(Vase. Eva permanece durante la escena anterior silenciosa y con la vista en el suelo. De pronto cambia de actitud y levanta la mirada. Resuelta.)

EVA ¿Qué quiere de mí
 huérfana obrera?
 ¿Turbar se propone
 mi paz venidera?

OCTAV. ¡Por Dios! Ningún motivo
la induce a tal desconfianza.

EVA Pues algo debe pretender quien en mi busca se lanza. Si fuera ésta su intención... forjó... loca esperanza.

OCTAV. Usted hoy mi interés despertó.
La simpatía me impulsó,
la verdad.

EVA ¿Sólo... la simpatía?

OCTAV.
Me explicaré con claridad.
Su talle gentil
su altivo mirar
parecen no ser
de una obrera vulgar.
Más bien es su porte
de dama de corte
y en ella debiera brillar.
Lucir ricos trajes
y sedas y encajes
y espléndido hotel habitar.

EVA (Ironía amarga.)
Las apariencias pueden engañarnos.
Sólo son un antifaz.
Vestida Eva de señora

OCTAV. (Animándose.) ¿a la obrera en ella reconocerán?

OCTAV. (Animándose.)
 ¿Nunca tendió la ansiosa mirada
 sobre el azul inmenso mar?
 ¿No vió usted en risueños horizontes
 la luz del sol... al despuntar?
 Usted también cual sol amanece
 y ha de brillar con gran fulgor...
 cual soberana en los salones
 entre las galas y fastuoso esplendor.

Breve es la vida,
grato el placer...
edad que pasa...
no ha de volver.

EVA (Como extasiada.)

Cual soberana con resplandor...

(En tanto Octavio se acerca a Eva por su espalda hasta que ésta siente su aliento; él se apodera de su mano. Ella trata de apartarse.)

OCTAV. No sé que siento cerca de usted...

De mí no se aparte
por merced.

A su lado así, siempre así
no habrá dicha mayor para mí.

EVA Suélteme usted, no quiero, no;
hay un abismo entre los dos.

Yo no sería feliz.

No. No me pierda por Dios.

OCTAV. ¿Sabes lo que es amar
y una ilusión lograr?

Hablando

EVA Déjeme señor Flober. (Enérgica.)

OCTAV. (Comprendiendo su abuso.) Yo no sé porque se enfada. Me propongo mejorar su situación destinándola a trabajos menos rudos... Usted será mecanógrafa... Y escribirá en mi despacho.

EVA Yo no sé escribir a máquina.

OCTAV. Vaya una dificultad. Aprenda. (Riendo.)

EVA ¿De aquí a mañana? (Apartándose.)

OCTAV. ¿Es qué me tiene usted miedo? (Octavio avanza mirándola fijamente. Ella retrocede hasta quedar materialmente pegada la espalda a la pared.)

EVA ¿Miedo? No.

OCTAV. ¿Por qué se aparta? (Más cerca. Ella alarga los brazos y le detiene, temblando, casi sin voz.)

EVA No, no le temo...

OCTAV. ¿Y ahora? (Acariciándola pasando la mano por su cabellera.)

- EVA Ahora sí. (Apartándose bruscamente. Vase corriendo.)
- OCTAV. Eva, aguarda. (Ansioso y suplicante. Se pasa la mano por la frente, golpea el suelo con el pie y luego enciende un cigarro.) Bueno. Por algo se empieza. Es preciosa la muchacha.
- PRUN. ¡Un hurra a nuestro amo! (Dentro.)
- OBRERS. ¡Hurra!
- OCTAV. Es verdad, no recordaba mi posición... saludemos a mis obreros... Mil gracias. (Saluda desde la ventana.)
- OBRERS. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurraaa!
- OCTAV. ¡Qué gente tan entusiasta! (Ríe y suelta una bocanada de humo. Siéntase delante de la mesa-escritorio y se dispone a escribir.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón elegantísimo y fastuoso, decorado con sumo arte. A la izquierda dos puertas, por donde se escapa el deslumbrante foco de la iluminación de los salones inmediatos donde se celebra la fiesta. Al fondo ancha puerta que da a un lujoso recibimiento, que deja ver por otra puerta un jardín iluminado por farolillos venecianos. A la derecha, primer término, ancho ventanal de vidrieras por las que se filtra la luz de la luna. Entre el ventanal y la puerta del fondo un gran jarrón artístico con plantas tropicales, y más allá, una monumental estatua de Venus. Ilumina la escena una soberbia araña centro de luz eléctrica, cuyo conmutador está cerca del ventanal. Una chaise-longue a la izquierda, primer término; mesa Luis XV a la derecha, y repartidos por la escena con el mayor gusto, sillas, sillones, mesitas japonesas, etc.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, salen por el fondo algunas damas y caballeros, de rigurosa etiqueta; ellas con caprichosos y modernistas trajes; al son de la orquesta ejecutan artísticos trenzados y giros; después llega MAGDA perseguida por DAGOBERTO, PRUNELLES, TEDY, FREDY, y Coro de Caballeros.

Música

BAILE DE DAMAS Y CABALLEROS

MAGDA (Saliendo. Todos intentan besarla, Dagoberto lo impide.)

Dagoberto, por compasión
protéjame usted.

DAG. Caballeros por favor
basta... No abuséis.

Esta niña es nueva aquí
respetad su timidez.
Inocente palomita
la amilana tal tropel. (A Magda.)
Pobre niña te cercó
la legión de Lucifer.

CABA.

El beso en nuestra ciudad
es pura cortesía,
y el intentarlo rechazar
sensible tontería.

Cuando una niña angelical
produce en mí embeleso...
lo más corriente y natural
será pedirle un beso.

MAGDA

En vista de lo que escuché (Riendo.)
acepto vuestra explicación
más por besada me daré...
cóformense con la intención.

DAG.

Parece ya formal mujer.

CORO

Parece el mundo conocer.

OTROS

Bien supo responder.

MAGDA

Respeto vuestro parecer...

Debo yo acatar
sus opiniones
que al fin y al cabo son
suposiciones

Aunque formal mujer
me acaban de llamar,
se pueden equivocar.

(Baile. Todos repiten y vanse por el fondo bailando
hacia atrás; dos caballeros levantan en alto a Magda
y se la llevan.)

ESCENA II

OCTAVIO, DAMAS y CABALLEROS, MAGDA, DAGOBERTO y
PRUNELLES

Hablado

OCTAV.

¡Viva la alegría!... ¡Divina noche de pla-
cer!... ¡Inolvidables momentos de amor!...

- MAGDA** Apenas nacidos, olvidados.
- OCTAV.** ¡Oh, París... París!...
- MAGDA** No pienses en él. La locura sea el oetro que nos presida.
- OCTAV.** Yo adoro y admiro la gran ciudad. Alejado de ella contra mi deseo, os he invitado a recordármela.
- TED.** Y aquí estamos puntuales a tu llamamiento.
- FRED.** Remembrando en esta noche tantas otras encantadoras.
- DAG.** Derrochemos el placer y la alegría.
- OCTAV.** Magda preside la fiesta.
- TED.** Es nuestra reina. ¡Coronémosla! (Por dentro se oyen las voces de los invitados.)
- OCTAV.** ¡No oís, palomitas mías, los gritos de mis invitados? Ellos os llaman entusiastas... Sin vosotras, la luz de la locura y del placer se extingue... ¡Id allá, vírgenes del amor!
- MAGDA** ¡Ríamos!... ¡Lancemos al viento el cristal sonoro de nuestras risas!... (Todos riendo en unión de algunos caballeros, desaparecen por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III

OCTAVIO, DAGOBERTO, PRUNELLES, TEDY, FREDY,
JORGE, GUSTAVO y VOISIN

- OCTAV.** Charlemos, queridos amigos... charlemos del amor y de París. (Cada caballero toma una silla y se sientan en fila, algo oblicua al proscenio, en primer término. Ante ellos toma asiento Octavio también.) Sentáos y recordemos a París, la ciudad de la luz, el templo deslumbrante del amor...
- DAG.** ¡Oh, tú, vive mil años, anfitrión sublime!
- OCTAV.** Pensemos en la ciudad del placer, y en sus mujeres hermosas y gráciles... en las delicias de una noche de locuras... Charlemos, queridos míos, de París...

Música

I.

- OCTAV. Todo el que andando rompe un par
 de botas en París,
 se considera parisién
 aun siendo de Pekin.
 En cuanto abusa del champañ
 un Fausto cree ser
 y sueña estar en posesión
 de cuantas niñas ve.
- TODOS Y qué graciosas
 y qué vivarachas
 allí en París son
 todas las muchachas.
- OCTAV. ¡Sacerdotisas del Dios amor!
- TODOS Aroma exhalan embriagador.
- OCTAV. Sus trajes cuestan
 un millar de francos.
- TODOS Y quien los paga
 pasa mil atrancos.
- OCTAV. Oh, qué muchachas
 las de París!...
- TODOS Las que nos ponen en un tris.
- OCTAV. ¡Oh, ambiente parisino!
 ¡Oh, suelo parisién!
 Hoy parisilizado
 se encuentra hasta el Magzen.
 Tus vicios nos atraen,
 nos llegan a imantar,
 y en su recinto hermoso
 más grato es el pecar. (Todos repiten.)

II.

- OCTAV. Siempre es el árbitro en París
 el neto vividor.
 Tiene en un puño a la mujer,
 su renta es el amor.

(Saca el reloj y con el dedo indica una dirección determinada.)

Basta de bromas y de hablar.
Las diez... «Café Tortoní»...
Allí el amor se cura bien
sin hilos a lo Marconi.

MAG. Y SIETE SRAS. (Que poco a poco se acercan atraídas por la curiosidad.)

Estrecha cinta
traba nuestra suerte...
después un lazo
líganos más fuerte;
y del hechizo culpable fué
el buen Tortoní con su café.
OCTAV. Ha de libarse la fragante rosa
un breve instante
cual la mariposa.
¡Oh, qué muchachas las de París!
Todos Al mismo diablo lo pervertís.

(Repiten todos evolucionando y vanse llevando cada caballero su silla.)

ESCENA IV

CAMARERA y un **CRIADO**, por el fondo

Hablado

CAM. ¿Dónde está el amo?

RIA. En los salones.

CAM. Pues dile que estoy aquí. (Vase el Criado.)

¡Oh, como se divierten esos señoritos de París!.. ¡Y que hermosas son ellas y que bien vestidas!... ¡Ay, quién fuera señorita!

ESCENA V

Dicha, OCTAVIO y CRIADO, por la izquierda. Este atraviesa escena y vase por el fondo

OCTAV. ¿Eres tú? ¿Qué noticias traes?

CAM. Excelentes. Aunque con mucha dificultad conseguí lo que me proponía.

OCTAV. ¿Vendrá Eva?

CAM. Adornada con las galas que los obreros le regalaron el día de su cumpleaños. Ella no quería. Es tan inocente... pero con habilidad excitó su deseo por conocer la fiesta... Eva es curiosa.

OCTAV. ¡Al fin mujer!

CAM. ¡Señor! (Protestando con respeto.) ¡Ella es hermosa! Hay que confesarlo. Y la prueba es que el señor se ha enamorado de ella.

OCTAV. ¿Yo?

CAM. Lo niega usted en vano. Se le conoce en la impaciencia con que la espera. Procura usted que de todo este juego peligroso no se enteren los obreros.

OCTAV. ¿Qué me importa?

CAM. Mucho. La adoran... La idolatran... Y darían por ella su vida.

OCTAV. ¿Tú piensas?...

CAM. No pienso nada, sé que el señor la respetará. En caso contrario no le ayudaría.

OCTAV. Te lo prometo. Puedes, estar tranquila. Soy hombre de conciencia.

CAM. Lo estoy. Y ¡ay de usted si intentase jugarla una mala partida!

OCTAV. ¡Chica!

CAM. No conoce usted aun a sus obreros. Son gente ruda y tenaz a la que nada arredrará hasta tomar venganza de la ofensa.

OCTAV. Soy el amo.

CAM. Pero no puede mandar en sus afectos. En fin, eso es cosa de usted. Yo cumplo con advertirle .

- OCTAV. ¿Pero y ella? ¿Eva?
CAM. Está decidida a venir... Cree que nadie la verá... Pero como es tan tímida, vacila... Voy a darle un empujoncito más... Con- vendría que no estuviese aquí nadie cuan- do viniera, si no, no entrará.
- OCTAV. Es cosa mía. Tú hazla llegar hasta esta puerta.
- CAM. Voy... ¿pero de veras no ha de ocurrirle nada malo?
- OCTAV. Nada, te lo juro.
- CAM. Así sea... Aguarde usted. Es cuestión de unos momentos. (Vase por el fondo.)

ESCENA VI

OCTAVIO después PRUNELLES

- OCTAV. ¡Oh! Va a venir... La voy a tener a mi lado en esta noche de placer... No sé si la amo o la deseo... ¿Es amor o capricho? (Ante la estatua.) Madre Venus, diosa del amor, am- para a tu hijo... Haz porque logre la deli- ciosa conquista de esta niña gentil y be- lla... (Volviéndose al oír llegar a Prunelles.) Pase, pase, querido amigo... Estoy alegre... satis- fecho... Pero, ¿qué cara es esa?
- PRUN. (Entrando por la segunda derecha.) El diablo que me lleve... Magda me aprisiona incitante entre sus caprichos pueriles y locos.
- OCTAV. ¡Oh, el amo., el amor travieso!
- PRUN. No sé. Ahora que la veo próxima a ser de otro, me incita la nueva posesión de lo que fué mío... mío.
- OCTAV. ¡Con qué fruición repite usted esa palabral!
- PRUN. Llámeme usted chiflado... loco... lo que quiera. Es verdad. ¡Oh! ¡Qué hermosa es la es la fruta prohibida!
- OCTAV. Le dejo a usted, loco romántico... Voy un instante a los salones... ¡Oh, rapazuelo amor, qué bien asestas tus tiros!

ESCENA VII

PRUNELLES, en seguida MAGDA

- PRUN. Ese imbécil de Dagoberto se va a acordar de mí... No faltaba más... ¡Ah! ¡Ellal!
- MAGDA ¿Qué haces tan solo? ¿Penitencia? ¿Te atree la vida monástica?
- PRUN. (Yendo a ella.) ¡Oh, linda y gentil ex-esposa mía!... Sí, hago penitencia... por el pecado cometido de nuestra separación.
- MAGDA ¿Sí?
- PRUN. Te confieso que estoy arrepentido. Ya sabes que un punto de contrición salva un alma.
- MAGDA Poético estás.
- PRUN. Y aun más lo estaría si esos ojos se miraran en los míos... si esa boca se posara en la mía... si esos brazos...
- MAGDA Quita, quita... ¿Te olvidas de Dagoberto?
- PRUN. Maldito sea él.
- MAGDA ¿Te molesta oír su nombre? (Ríe.)
- PRUN. Teniéndote a mi lado, sí... ¡Cuánto daría por un nuevo beso de esa boca tan roja!
- MAGDA Pues ya sabes el sabor que tienen.
- PRUN. Es cierto. Y por eso lo ansío cuanto más me falta... ¡Ven... ven reina mía!
- MAGDA (Esquivándolo cariñosa.) ¡Pícarol... ¿Continúas enamorado?
- PRUN. Ven... ven... (Se dan un beso a tiempo que entra Dagoberto por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos y DAGOBERTO

- DAG. (Suspira al oír el beso. Magda y Prunelles se separan y Dagoberto avanza fúnebre y amenazador hasta Prunelles, quedando ambos con las caras casi unidas, desafiándose altivos con la mirada; después Dagoberto,

saca un guante, lo extiende retador muy despacio a Prunelles y cuando éste va a cogerlo, aquél lo retira y se vuelve a Magda, que oculta avergonzada la cara entre las manos.) ¡Infiel!... ¡Ingrata! ¡Ay! (Suspirando.) Sólo la muerte me resta después de esta escena... Adiós... Pronto seré solamente cadáver... (Yéndose hacia el fondo.)

PRUN. (Irónico.) Ya iremos a levantar ese cadáver.

MAGDA ¡Dagoberto!

DAG. ¿Aun me llamas, traidora? (Volviéndose.)

MAGDA ¡Ji, ji, ji! (Jimiendo).

DAG. ¡No, no me conmoverán tus lágrimas!

MAGDA Comprende... que él ha sido mi esposo.

DAG. Pero yo era tu futuro.

PRUN. Y yo su pasado.

MAGDA Y a un esposo... es decir, a un ex esposo... no se le pueden negar ciertas cosas...

DAG. ¡Pues me gusta!

MAGDA Mientras no esté unida al futuro para siempre.

PRUN. Hombre, hay que ponerse a un término medio... Y mientras usted no tenga reconocido del todo sus derechos...

MAGDA Además, ya conoces mis afectos hacia ti.

DAG. ¿De veras, monina?

PRUN. Eh, ¿qué es eso? No cante usted todavía victoria.

DAG. Eso le tiene a usted sir. cuidado.

PRUN. Caballero, no puedo consentir...

MAGDA Basta de disputas... Ambos conocéis mi corazón... Por lo tanto, todo es cuestión de turno. La equidad ante todo.

Música

MAGDA (Al público).

Estos dos amigos son
los que me aman con pasión,
y en esta competencia
no muestro preferencia,

aunque es preciso conservar
a cada cual en su lugar.
Pues consta en el proceso
la fecha del ingreso.

PRUN. Yo en primer lugar.

DAG. Y en segundo yo.

MAGDA Sabe cada cual
cuando ingresó.

DAG. Soy el porvenir.

PRUN. El pasado yo.

MAGDA Y el presente
no se presentó.

PRUN. Tengo yo la antigüedad.

DAG. Que eclipsó mi novedad.

MAGDA Tendré que imponer la separación,
pues veo que vais a reñir,
hoy no puede haber artera agresión,
con calma debéis discutir.

según nueva ley moderna social
la fuerza no tiene razón,

si el hombre es el rey
que en trono ideal
olvida la ley del Talión.

Para el tiempo y la verdad
no existió dificultad.

No sois ningún lerdo...

poneos, pues, de acuerdo.

Del uno el otro vaya en pos
y así alternar podéis los dos.

Que amor, aunque partido,
ser debe agradecido.

DAG. Yo conforme estoy.

PRUN. Yo lo estoy también.

MAGDA Pues entonces
basta de desdén.

PRUN. No hay que resistir.

DAG. Hay que transigir.

MAGDA Despejado queda el porvenir.

DAG. Es un triunfo colosal.

PRUN. La moderna ley social.

LOS DOS No habrá que imponer
la separación,

pues no hay ocasión
de reñir.

MAGDA

Ya no puede haber
artera agresión,
del trance supisteis salir.

LOS DOS

Según nuestra ley
moderna social...

MAGDA

La fuerza no tiene razón.

LOS TRES

Si el hombre es el rey
que en trono ideal
olvida la ley del Talión.

(Baile. Mutis, bailando, al segundo salón izquierda.)

ESCENA IX

OCTAVIO, después EVA

Hablado

OCTAV.

(Saliendo por la primera izquierda). Nadie... Esta es la ocasión... Veamos si llega la divina Eva... (Llega al ventanal y mira.) Hermosa noche... noche de ensueños... La luna parece alumbrar con la antorcha de su luz de plata el himeneo de las almas jóvenes... (Pausa.) ¡Ah! Ella viene... Sí... ¡Al fin!... Cómo se estremece mi corazón... ¿Es miedo? ¿Qué pasa en mí? ¡Bah! ¡Qué importa todo! Ella viene, y pronto estará a mi lado...

Música

Recitado en la orquesta.

(En este momento téngase a la vista las indicaciones del cantable. Es importantísimo. Oyese el piano dentro. Octavio, rápidamente apaga las luces, de modo que la escena queda iluminada únicamente por la rojiza claridad que entra por las puertas de la izquierda y la de la luna por el ancho ventanal. Eva llega an

siosa y con precaución como arrastrada por fuerza irresistible. Queda un instante como fascinada por la elegancia del decorado y esplendidez de la sala. Escucha la música interior, y va hasta la primera puerta izquierda, donde se para.)

EVA ¡Qué música más agradable!... Cuánta luz, qué brillantez. Todos ríen, todos bailan. Qué hermosas ¡on ellas... ¡Oh, Dios mío!... ¿A qué he venido aquí?... ¿Qué siento hacia ese hombre?

(Continúa mirando al interior de la sala contigua sin poder retirar la vista, y como encantada. Octavio, sin ser visto por Eva avanza hasta ella; ésta, al volverse, se encuentra frente a él y, asustada, hace un movimiento hacia atrás.)

Canto

OCTAV. ¿Por qué se asusta? Soy yo.

(Toma su mano,)

EVA (Alejándose del portier. Sobrecogida.)
Perdón... señor Flober...
no comprendo... la verdad...
sin darme cuenta aquí llegué.
Atraída por la luz...
por la música tal vez.

Hablado

Y me avergüenzo... me avergüenzo por usted.

OCTAV. ¡Eva! (Quiere atraerla.)

EVA (Resistiendo débilmente.) No. Si alguien viniera...

OCTAV. (Yendo rápido al portier.) Nadie viene, ¿a qué temer?

EVA ¡Qué elegantes las señoras! Si me vieran con usted, se burlarían de mí.

OCTAV. Nunca, porque puede ser aquí la reina de todas.

EVA ¿Yo la reina?

OCTAV. Ya se ve, y eclipsarlas.

EVA ¿Yo? ¿De veras? (Irónica, pero crédula.)

OCTAV. ¿Quién la puede a usted vencer en belleza

y donosura? Eva. Eva, escúchame... Tus encantos me fascinan. No me puedo contener. ¿Quieres hacerme dichoso?

EVA

¿Cómo?

OCTAV.

Yo te lo diré...

(Eva de pie indecisa sin poder resistir las miradas de Octavio y luchando con su propio sentimiento amoroso.)

Canto

OCTAV.

Fuera yo feliz al oír
una sola palabra de amor
que en tus labios es elixir
que podrá mitigar mi dolor.
Hoy tu mirada se aparta de mí
y sin luz me pretendes dejar
como el sol que en su ocaso
se quiere ocultar.
Deja tu ingrato y esquivo temor
que rendida te ansío mirar
escuchando el arrullo
del canto de amor.
En el fondo de su caliz de azahar
resguarda sus perfumes la flor,
mas una voz la suele despertar
tan suave como el canto del ruiseñor.
Su caliz ya la flor ha de abrir
y cautiva sus aromas esparcir.

EVA

¿Será tal vez
engañadora vision
fantástica dorada ilusión
que como bruma se ha de disipar?
Si amor será también
sublime ficción

LOS DOS

no { intento su secreto indagar
intentes
pues me podría herir
fatal y triste decepción

OCTAV.

Tu caliz linda flor has de abrir
y amor nos ha de unir...

Hablado

- EVA Es imposible que yo permanezca aquí más tiempo. ¡Ay, si Larouse se enterase!...
- OCTAV. ¿Y si yo alejase al viejo? ¿Volverías, sí, verdad?
- EVA ¿Y los invitados?
- OCTAV. De esos, yo me encargo. ¿Volverás?
- EVA Correría a ¡un gran riesgo... Es muy tarde y a estas horas, Larouse vuelve a casa... temo...
- OCTAV. A mi lado nada temas. ¡Eva! (Toma su mano y ambos se contemplan fijamente.)
- EVA (Bajito.) ¡Octavio!
- OCTAV. (Bajito.) ¡Oh! ¡Mi embeleso!
- (Octavio se apodera de sus dos manos para despedirse de ella, atrayéndola dulcemente hacia sí. Eva reclina su cabeza en el pecho de Octavio y sus bocas se unen rápidamente, después del brevísimos beso. Eva huye desapareciendo por donde vino.)

ESCENA X

OCTAVIO, después DAGOBERTO

- OCTAV. ¡Oh, qué hermosa! (Desde el fondo, ve desaparecer a Eva, luego se acerca al conmutador y da luz, iluminándose la escena.)
- DAG. (En la puerta segunda de la izquierda con una botella de champagne en la mano.) Octavio... ven y admirarás a las damas... Están en el momento psicológico de la caída de la manzana.
- OCTAV. Vete al infierno.
- DAG. ¡Oh!... Tu fiesta va a quedar grabada en nuestros corazones con el divino cincel de los recuerdos de amor...
- OCTAV. Déjame en paz...
- DAG. Entra a beber el champagne... que su espuma embriagadora te salpique... (Vase Dagoberto.)
- OCTAV. Voy... voy... ¡Ah, qué veo! (Al ver entrar a la Camarera.)

ESCENA XI

OCTAVIO y CAMARERA

- OCTAV. Habla, ¿qué ocurre? ¿Eva?...
- CAM. Yo creo que se ha vuelto loca.
- OCTAV. ¿Qué dices?
- CAM. Que se está poniendo encima todas sus galas y adornos para volver.
- OCTAV. ¿Volverá?
- CAM. Es seguro... ¡Si usted le ha hechizado!... No hace más que suspirar repitiendo su nombre.
- OCTAV. ¡Mi nombre! Corre... ayúdala a arreglarse... Que venga pronto. Me consume la ansiedad.
- CAM. Pero venir así... Se va a enterar todo el mundo. Los obreros...
- OCTAV. Basta. Vete.
- CAM. Voy. (Vase.)

Música

- OCTAV. Hoy por primera vez
gentil mujer me brinda amor formal.
Octavio, alégrate, que amado vas a ser
cual puede serlo un colegial.
¿Y yo en la red cal?
Podría ser que sí.
Y es que la crisis de la pasión
la sufren todos sin excepción.
¡Eva! ¡Eva!
tú la primera vas a ser
que a tus plantas
enamorado me has de ver.
(A la estatua.)
Madre sin madre,
Eva de un Dios,
de tus consejos...
madre sin madre,
Eva de un Dios,
vengo yo en pos!

II.

Hoy la Eva humana consiguió de mí
leal declaración.

Octavio se rindió, no pudo resistir
la sugestiva tentación.

¿Qué opinas tú de mí?

¿Porque te callas, di?

¿Es que a tus hijas sin excepción
prestarlas quieres tu protección?

Eva, Eva. Si Adán

fué fiel a su mujer

se comprende,

no había más para escoger.

Cuanto me inspires practicaré.

Yo te prometo

que muy discreto,

grave y formal siempre seré.

En la plegaria que te he dirigido

harto se vé

que pequé de atrevido.

Archi-abuelita,

Eva de un Dios.

¿Nada respondes?

¡Ah! Señora... adiós.

(Hablado. Mutis por el fondo.)

ESCENA XII

MAGDA y DAGOBERTO, por la segunda izquierda

Hablado

MAGDA Que no me sigas. Que me dejes en paz.
Que regreses a París a todo escape. Yo re-
conquistaré a mi marido.

DAG. No, eso no. Vaya una cartita oportuna la
de papá. Pero esta no es la última pala-
bra... Yo haré...

- MAGDA Tú harás lo que debes. Ser un hijo sumiso y obediente.
- DAG. Comprendo que esta carta mata mis ilusiones... No es una carta... es un filtro envenenado.
- MAGDA Para qué me fie de promesas... un papá ridículo que prohíbe a su hijo amar. ¡Siempre será un viejo verde, concurrente a los *cabarets* nocturnos!...
- DAG. Perdóname. Yo no soy el culpable.
- MAGDA ¡Imbécil!
- DAG. Llevas razón.
- MAGDA Ea, acabemos. Es necesario que obedezcas al autor de tus días... Afortunadamente aun me queda mi esposo.

Música

- MAGDA Ante todo sé buen hijo respetando a tu papá.
Piensa en que te dió la vida lo que nadie te dará.
El por ti se sacrifica sólo en pro de tu salud,
para que no se malogre tu dorada juventud.
- DAG. ¿Es decir, que entre nosotros todo, todo concluyó?
Yo a perderte voy de vista por decir papá que no.
¿No me guardas tu querer?
No puede ser.
- MAGDA ¿Nunca, nunca me amarás?
- DAG. ¡Jamás! ¡jamás!
- MAGDA ¡Ay, ay, ay! chiquitín remonín. Vete ya.
- LOS DOS o ¡ay! de ti si te ve tu papá.
No te importe mirarte en un tris.
(Chasquido de lengua silbando.)
Tú no irás a París
pobre chis... garabís. (Baile.)

DAG. Si papá buscarme quiere
otra nueva proporción,
yo me rompo la cabeza
o me parto el corazón.
Si en el otro mundo hubiera
estafetas, sin cesar
yo te escribiré postales
a las que contestarás.

MAGDA Yo me encerraré en un claustro
con mi desesperación,
y tu imagen recordando
moriré de inanición.
Yo me marchó a Singapur.

DAG. ¡Abur, abur!

MAGDA Y tú márchate a Bombay.

DAG. ¡Ay, ay, ay, ay!

LOS DOS ¡Ay, ay, ay, ay! chiquitín
remonín... etc. (Mutis bailando.)

ESCENA XIII

OCTAVIO, después EVA y CAMARERA

Hablado

OCTAV. ¡Oh, qué impaciente estoy!... ¿Volverá?...
¡Qué hermosa es Eva!... Siento a mi pesar
que el deseo me esclaviza a ella... ¡Qué
grande será la conquista de sus encantos!
(Se abre la puerta del foro y aparece Eva y la Camarera. Esta cierra la puerta después de entrar Eva y desaparece.)

EVA Aquí estoy como ofrecí.

OCTAV. Más hermosa cuanto más complaciente...
¡Eva, te amo!

EVA ¿De veras? ¡Ah! su acento es sincero al
decirlo... Pero... ¿No me encontrará ridí-
cula vestida así, esa sociedad elegante que
usted frecuenta?

OCTAV. Serás su mejor adorno.

EVA Esas mujeres...

- OCTAV. Ninguna vale lo que tú.
EVA También quiero creerlo.
OCTAV. Tú sola puedes hacer la felicidad de un hombre... si le amases.
EVA No sé ocultar los secretos de mi corazón...
Octavio... Me encuentro tan dichosa a tu lado.

Música

- OCTAV. (Recreándose en contemplarla.)
Eva, encantadora estás.
Niña pareces hoy.
EVA ¡Cierto? (Satisfecha).
OCTAV. Tal perfección no vi jamás.
(Toma violentamente su mano y la cubre de besos.)

Hablado

- EVA (Picaresca.) Nadie me besó la mano hasta ahora con tanta vehemencia. Como se conoce la costumbre que tiene usted de besar la mano a todas...
OCTAV. Eva, tu presencia borra todos mis recuerdos. Ya sólo pienso en ti, en tu persona pura como el lirio y hermosa como la luz. ¡Cómo te amo!
EVA Tal vez se avergüence usted de mí ante esa sociedad. Soy tan humilde.
OCTAV. No. Estaré orgulloso de ti.
EVA (Con ansiedad indicándole la segunda puerta izquierda.) ¿Quiere que entremos ahí?
OCTAV. Mis brazos te llevarán a esa sociedad en la que tu hermosura resplandecerá como el sol.
EVA Dudo y tiemblo.
OCTAV. (Entusiasmado va a dirigirse con Eva del brazo al contiguo aposento. De pronto se para y la mira). Pero si te intereso, Eva mía, preferirás como yo que estemos aquí juntos y solos. El amor prefiere la soledad.

Canto

EVA

Que me pasa no sé,
mas creo soñar...
pues viéndome aquí
mi duda es tenaz.

OCTAV.

¿No es el sueño hermoso?

EVA

Tan bello es
que no debiera terminar.
¿Con quién podría compararme?
¡Ahl Con la Cenicienta en el Salón Real.

OCTAV.

Con la del cuento.

Ya se ve.

Mas algo falta...

EVA

¿Qué falta?

OCTAV.

En los palacios al entrar
joyas lucirse deben.
La Cenicienta su beldad
con ricas galas adornó.

EVA

Lo sé.

(Gozosa).

OCTAV.

Y tú la has de imitar.
Acuda el hechicero aquí.

(Conduce a Eva ante el jarrón.)

EVA

¿Vendrá?

OCTAV.

Lo invocaré.

Tal vez

su protección tendrás.

(Octavio, en el tono peculiar de referir cuentos, canta.
A la vez da algunos pasos, llegando junto al jarrón
donde está un estuche, de él saca un magnífico collar
de perlas.)

Arbolillo, agítate
y engalana mi beldad.
Sedas finas, lluvia de oro,
ricas joyas me darás.

(Eva vuélvese algo asustada. Durante las últimas palabras de la invocación, Octavio, detrás de Eva, coloca suavemente el collar en su garganta. Después pone en sus manos un espejito dorado que también está en el jarrón. Ella se contempla, admirada, y retrocede, sin apartar la vista del espejo.)

Mira, mi Cenicienta, para ti,
el cuento se tornó realidad aquí.

La joya realza tu belleza.

Entrar puede al salón su Alteza.

Mira, mi Cenicienta, qué primor,
el cuento podemos proseguir mejor.

¡Soberbias perlas son que el hijo del Rey
te ofrece en prenda de amor!

EVA

(Como en éxtasis.)

Un breve instante de dicha fué

mi dulce ensueño fascinador.

Cuando a la vida real desperté
mi bello encanto trocóse en dolor.

Galas de rosa, fugaz vivir,
nacen y a poco han de sucumbir.

Cual primavera que rauda se va,
fuese mi bien también.

Mas su recuerdo en mi sér clamará:

Felicidad... ven... ven...

(Octavio hinca una rodilla en tierra. Eva se inclina
lentamente hacia él, y tomando con ambas manos su
cabeza le besa en la frente, como inconsciente.)

¡Octavio... tuyo es mi amor!

(Octavio se levanta y rodea con el brazo su cintura.)

OCTAV.

¡Oh, dulce criatura ideal!

Me encanta tu infantil candor.

(Eva sigue en su idea empleando el tono peculiar de
referir cuentos.)

EVA

Podemos seguir

y el cuento acabar

de encanto tan singular.

OCTAV.

No es cuento, no.

Es la verdad más bella de la vida.

El soplo divino de la pasión,

amor feliz que nos convida.

(Dan algunos rítmicos pasos por la escena, enlazados.
Ambos se contemplan de hito en hito con arroba-
miento.)

«No... tu mirada no apartes de mí
que sin luz me podrías dejar,
como el sol que en su ocaso
se quiere ocultar.»

ESCENA XV

LAROUSE, luego OCTAVIO

LAROU. ¡Oh, cómo le bailáis el aire, seres estúpidos! ¡Grey rastrera! (Se oye la música dentro.) ¡Vive el cielo!... La alegría se desborda en en estos salones... ¡Ah, cómo bailan! Divertíos, divertíos, que acaso pronto tembléis. ¡El amo! (Al ver a Octavio que sale seguido del criado. Este vase por el fondo.)

OCTAV. Buenas noches, Larouse. ¿Qué desea usted? ¿Qué pasa? ¿Viene a recibir mis órdenes?

LAROU. No, señor. Perdóne usted si le distraigo un momento de su alegría... si vengo a importunarle en la fiesta...

OCTAV. Bien, bien. ¿Qué quiere usted?

LAROU. (Muy humilde.) Señor amo, ya conoce usted el cariño de todos los obreros hacia Eva.

OCTAV. ¡Ah, ya! ¿Y viene usted?...

LAROU. Vengo por ella... por Eva, por mi Eva, por nuestra Eva.

OCTAV. ¡Eh!...

LAROU. Sí, por Eva que está aquí.

OCTAV. No está...

LAROU. Señor Octavio, es inútil que niegue lo que mis ojos vieron. Eva está aquí alucinada por usted, atraída por sus palabras... palabras que no me atrevo o no quiero calificar... Hace ya algunos días que estamos viendo sus manejos y hemos callado.

OCTAV. ¡Señor Larouse!...

LAROU. Pero la paciencia tiene sus límites... y ya no podemos sufrir más... ¿Decía usted qué quería? Pues quiero a Eva... a la hija de la fábrica, que entró aquí hace poco.

OCTAV. (Iracundo.) Basta. No sé como he tenido paciencia para oírle. Eva está aquí, es cierto, por su deseo, por su gusto. Nadie ha forzado su voluntad. Allá dentro ríe, y se di-

- vierte, halagada por todos... Nadie ha pensado en causarle mal alguno...
- LAROU. No, no, señor amo. Eva camina a su perdición, a su deshonra, y nosotros, sea como sea, no lo consentiremos.
- OCTAV. ¿Amenazas? Señor Larouse, soy libre y no acostumbro a dar cuenta a nadie de mis actos. Además, estoy en mi casa, y recibo en ella a quien me place...
- LAROU. Ya, ya...
- OCTAV. Acabemos. Esta escena me es ya enojosa. Salga usted de aquí... Márchese.
- LAROU. Señor...
- OCTAV. Soy el amo. No lo olvide usted.
- LAROU. ¿Me arroja, ¿ues?
- OCTAV. Sí.
- LAROU. Bueno, me voy... (Atraviesa en silencio la escena y al llegar a la puerta del fondo se vuelve y extiende el brazo amenazador.) ¡Señor Octavio, por la salud de Eva se acordará usted de mí. (Vase cerrando la puerta violentamente.)
- OCTAV. Maldito viejo. Ha venido a turbar mi alegría... ¡Amenazas a mí!... ¡Bah, bah! Olvidémonos de todo... Reine esta noche aquí la alegría... Pedro... Pedro... (Llamando. Sale el criado.) Dile a Prunelles que venga. (Vase el criado y en seguida aparece Prunelles por el fondo.) Prunelles, que entren todos los invitados... que vengan... Quiero que esta noche nos atronemos al eco de las carcajadas... Que estallen la música y los cantos, y las risas... (Prunelles comienza a sacar una a una las damas al son de la música. Octavio va recibéndolas en sus brazos.)

ESCENA ÚLTIMA

OCTAVIO, PRUNELLES y algunas damas

(que bailan en caprichosos giros durante unos momentos).

Después DAGOBERTO, MAGDA, TEDY, FREDY, VOISIN,
Cory de Caballeros y Señoras, más tarde LAROUSE y Obreros

Música

(Baile de Octavio, Prunelles y damas.)

DAG. (Saliendo con una botella de champagne y copa.)

Silencio, caballeros,
y mi brindis escuchad.

Todos A ver, a ver
es menester callar.

El brindis en cuestión
será piramidal.

Las musas nos amparen
como en verso sea su cantar.

DAG. En todas las fiestas así
es el brindis lo principal.

Todos Y al buen bebedor
precisa animar
con el corriente
tra, la, la, la! (Broma.)

DAG. Amigos, hoy nos hallamos
en pleno paraíso terrenal.
Una Eva la manzana dió.
Bien todos comprenderán.

Una Eva, bella concepción ideal,

A quien obsequió
su tierno galán,
entre frases de amor
con un collar...

que cayó
de región celestial.

¡Ah! recibid leal parabien
y a la par mi gentil bendición patriarcal.
Impetrando la paz...

¡Y... récipe... A... mén! (Bufo.)

¡Ah, ah, ah, ah!

(Bendice a todos grotescamente.)

TODOS

¡Bravo, bravo! ¡Viva Dagoberto! ¡Viva

¡Viva Eva! ¡Viva! (Gritando.) [Octavio!

DAG.

Venga, venga aquí el champagne,
creyentes fieles,
a brindar.

TODOS

Champagne. (Bis.)

(Un criado vuelve a llenar las copas, Octavio apura la copa de un solo sorbo.)

OCTAV.

Hoy nos anima la juventud. ¡Hurra!
las copas hay que apurar.

También se agotará el placer.
gozad las venturas que raudas se van.

(Octavio levanta la copa sosteniéndola con las puntas de los dedos a la mayor altura posible.)

Mi copa testigo
de felicidad
os juro que nadie
podrá profanar.

(Vacía de un trago la copa, abre la ventana y la tira. Eva sigue los movimientos de Octavio con curiosidad febril.)

MAGDA

(Saltando sobre la mesa con la copa en la mano.)

«A media noche aquí
velando el diablo está...
Se ríe y algo dice
que no puedo yo explicar.»

TODOS

Plin, plirin... etc.

MAGDA

Oculto en un rincón...
preludia sin compás... etc.

EVA

(Vacía de un trago su copa también, excitadísima, atrayendo a Octavio.)

Ven, mi amor...
ven mi afán.

Sólo Octavio
mi dueño serás.

«Mi copa testigo
de felicidad
os juro que nadie
podrá profanar.» (Tira lejos la copa.)

TODOS

Los duendes de Montmartre
me suelen despertar... etc.

(Octavio descompuesto en el apogeo de la orgia,
dirigiéndose a la estatua de Eva.)

OCTAV.

Tu... bastante has disfrutado del pedestal.

(Coloca a un lado a la estatua.)

Otra Eva debe substituirte. Ven, ideal...

(Tomando a Eva con ambas manos la coloca en el
sitio de la estatua. Todos forman un semicírculo
a su alrededor alzando las copas.)

TODOS

Es el placer sutil

lo mismo que el cristal... etc.

(Gran orgia. Oyése por dentro gritos y silbidos;
gran barullo de muchedumbre. Los de escena demues-
tran todos terror y sobresalto. Eva baja un escalón
del pedestal y mira a Octavio con ansiedad.)

Hablado

LARO J.

(Dentro.) ¡Abrid, abrid.

GENTE

(Dentro.) Abrid pronto. (Pausa escénica, todos ca-
llan.)

CRIADO.

(Entra agitado.) Los obreros echan la puerta
abajo.

OCTAV.

(Con dureza.) ¿Está bien cerrada? (Oyése golpes
dentro.)

CRIADO

¿Qué importa? Son muchos.

OCTAV.

(Se asoma a la ventana, aumentan las voces y gritos.)
Se acordarán de mí. (A los invitados.) Pron-
to?... Todos..., despejad.

EVA

Yo... a tu lado.

OCTAV.

No, mi vida. Márchate, lo quiero. (Vanse to-
dos. Fredy y Tedy llévanse a Eva. Oyése por den-
tro destrozar la puerta. El tumulto crece. Octavio
queda solo en escena, de pie, vuelto hacia la puerta do
entrada, una mano en el bolsillo del pantalón, con-
traídos los labios. Entran obreros de todas edades,
después Larouse que se impone a los demás asaltantes.
Los obreros permanecen quietos mirando con cierta
curiosidad el deslumbrante cuadro que ofrece la sala.

Octavio se cruza de brazos, Larouse avanza con paso firme y se detiene ante Octavio.)

LAROU. Hay doscientos compañeros ahí fuera que esperan la señal para prender fuego a la fábrica y no dejar piedra sobre piedra... Eva es nuestra y venimos por ella... Y ¡ay del que se oponga! Es nuestra hija adoptiva.

OBRS. Nuestra.

OCTAV. ¡Atrás!

LAROU. La queremos demasiado para abandonarla en sus brazos.

OCTAV. Aquí soy el amo... Estoy en mi casa. ¡Fuera!

LAROU. No, no... Nosotros somos amos de nuestra voluntad.

OBRS. ¡Eva! ¡Eva!

LAROU. ¡Compañeros... adelante!

(Con ademán imperioso ordena a los obreros que le sigan; avanzan todos. Octavio quiere cerrarles el paso, algunos sujetan a Octavio apartándole.)

EVA (Aparece de pronto dando un grito de angustia e interponiéndose entre los obreros y Octavio.) ¡Mi Octavio! ¡Atrás! (A los obreros que sujetan a Octavio. Eva protegiéndole.)

LAROU. ¿Ella le defiende? (Inmóvil.)

EVA Sí. (Varios intentan avanzar hacia los dos.)

OCTAV. Ay del que se atreva a mí... o contra ella... Eva es mi futura esposa... mi prometida.

LAROU. ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

OCTAV. Que es mi prometida.

LAROU. ¿Pero, eso es cierto? (Confuso.)

OCTAV. ¿No es bastante mi palabra?

LAROU. Siendo así, no hay más que hablar. En nombre de todos... digo... que hemos procedido con ligereza. Pero nuestro cariño por Eva, nos disculpa... La amamos tanto. Señor, perdónenos...

OCTAV. Bien. Acabemos. Acepto la explicación. Ya os podéis retirar.

(Los obreros se retiran cabizbajos. Larouse el último, al mutis vuelve la cabeza mirando a Octavio y Eva; éstos cruzan una mirada, siempre inmóviles.)

Canto

OCTAV. (Cariñoso.)
Mi vida, pasó la tempestad.
¿Te gusta mi pronta solución?
EVA. ¡Octavio!
OCTAV. Leve mentira que ha sido eficaz.
Ya ves de repente las iras calmó.
Mas del suceso no hay que hablar,
pues libres los dos nos vemos.
A la fábrica diremos «adiós»,
volaremos juntos al divino París
del placer en pos...
¡A París!
Tu talle gentil,
tu altivo mirar... etc.

(Eva queda escuchando perpleja al principio como si no comprendiera. Un vivo ademán indica que cae en la cuenta de su verdadera situación.)

Hablado

EVA (Dueña de sí misma.) ¿Conque... juntos a París?
¡Has mentido! Quieres solamente mi perdición... ¡Aparta... aparta! (Apartándose rápidamente de Octavio.) Seguiré sola el camino...
¡Aparta. Déjame!
(Se quita el collar de perlas y lo arroja al suelo, dirigiéndose a la puerta del fondo y desapareciendo.)
OCTAV. ¡Eva! (Suplicante.) ¿Qué he hecho? ¡Mi acción ha sido una iniquidad, una infamia!
(Va hasta el primer término derecha, recoge el collar del suelo y cae sollozando sobre la mesa; algunas parejas de invitados atraviesan la escena cautelosos envueltos en sus correspondientes abrigos, desapareciendo por el fondo.)

TELÓN PAUSADO



ACTO TERCERO

En París. Jardincito de un hotel-palacio modernista. El palacio mismo en el fondo sobre una terraza de la que se baja en escena por amplia escalinata de tres peldaños. Mesitas de te en el jardín, macizos de flores, muebles adecuados. Sobre la terraza en el fondo de la misma, tres habitaciones cuyos interiores cubren tres ricas cortinas de seda roja y que corresponden a las tres arcadas que separan el jardín de la terraza. La habitación del centro es la mayor. es un tocador de señora en cuyo fondo hay un magnífico espejo de cuerpo entero y al lado un tocadorcito con espejo de mano. Está toda tapizada de rojo. Las dos habitaciones laterales son dos saloncitos tapizados de azul. Las tres aparecen con las cortinas puestas corridas. De día. La tarde. Va oscureciendo poco a poco. Detrás de la cortina de seda del *boudoir* del centro, otra de encaje transparente. En los tres interiores, luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

MAGDA, luego EVA

(Magda sale del saloncito de la derecha dejando descorrida la cortina. Trae una carta en la mano. Al pasar ante la cortina del saloncito del cuarto de Eva, dice: «Eva» como si llamase. La voz de Eva contesta dentro: «Voy.» Magda baja a la escena por la escalinata del centro de la terraza. La voz de Eva se oye en el gabinete de la izquierda. Visten traje elegante de calle, sombrero y sombrilla.)

MAGDA

¡Eva!

EVA

¡Voy!

MAGDA

Carta de Dagoberto. Su padre continúa inflexible... Será preciso que ceda. Yo no estoy dispuesta a continuar así. Es hora

de pensar en ser una señora respetable... y para eso hace falta un marido. ¿Quién se atreve de esta forma a faltarla a una al respeto? Estoy establecida. Tengo mi casa. Esta linda casa donde por las tardes, dos veces a la semana, acuden mis íntimos a tomar el te.. y a estirar un poco de la oreja de Jorge. Pero eso no es bastante... Codiciable es la primavera de la vida... gozosa en el verano... lánguida en el otoño... Llegá el invierno y hay que reconocer que la libertad tiene sus límites y que un marido es, contra el frío de la maledicencia, la prenda de abrigo más codiciable. Dagoberto será mi esposo bis o me iré a buscar a Prunelles a la fábrica de Octavio y revivirá el idilio.

EVA (Saliendo del budoir y llegando hasta Magda.) Ya estoy vestida. Haremos honor a tus invitados.

MAGDA Pronto llegarán.

EVA Oh, no sabes lo que te agradezco tu hospitalidad, que me brindaste allá a la fábrica tan desinteresadamente, ofrecimiento, que como ves, he aceptado después de mi fuga de aquellos lugares, de dulce y triste memoria.

MAGDA Tú harás suerte en París. Eres joven y guapa... Además, aquí, tendrás buenos modelos en las parisienses.

EVA Dices bien. Embriaguémonos de alegría. París es la ciudad de la luz... Oh, divinas parisienses, ya os conozco, y os tomaré como maestras.

Música

EVA Por su elegancia y fina gracia son las parisienses una institución.
Y al ver la pompa
del estético elemento

- hasta el apetito holgazán
muestra ardimiento.
- MAGDA Fastuosa y extra chic es su *tualet*...
sus ojos astros son tras el *vualet*
sus labios de mohines
bella fundición...
que vuelven en sonrisas
al decir, «Pardon».
- EVA Aquí es ridícula bobada
por sólo un hombre ser amada
y enamorarse de uno sólo es harto triste
porque en el mundo ya la fe no existe.
- LAS DOS Desdén inspira la discreta
no triunfa más que la coqueta.
Yo cual novela prohibida quiero ser
así con fruición me han de leer.
Siempre la obscuridad
despierta inmensa curiosidad.
Y en el misterio encantador
las dulces intrigas
se traman mejor.
Es fuerza suspirar
y al sexo fuerte debilitar
hay que tratarlo a puntapiés
(Ademán.)
para infiltrarle más interés.

II

- La parisiense sale a pasear
y como alondra cruza el *bulevar*.
Aquello no es andar
y el que la mira... peca;
es deslizarse cual monísima muñeca.
- EVA Ya sabes que la miran con amor
lo mismo que el *camelot* que el gran señor,
que la persiguen
practicando eterna ley
igual que los satélites al astro rey.
(Repiten el estribillo. Baile.)

ESCENA II

Dichas y PRUNELLES

PRUN. Acá estamos todos. Saludo a las dos más exuberantes bellezas de París.

LAS DOS ¡Prunelles!

PRUN. En cuerpo y alma. Sentía ya la nostalgia de París... y de mi ex-esposa la coqueta parisién, emblema del más puro flirt.

MAGDA ¡Qué sorpresa!

EVA ¿Has abandonado la fábrica?

PRUN. Aquello era inaguantable desde que me convencieron a guantadas de que no debía responder por el amo, cuando llamaban al amo con ánimo de repartir leña. Buena la hiciste, Eva, y buenos nos dejaste. Temí que tu fuga fuese mi sentencia y abandoné la fábrica viniendo a decir al amo: o me protege usted, o me pierdo... andando por París. Por fortuna he encontrado al amo de buen humor y me ha dicho: «Quédate. Te proporcionaré la dirección de los grandes almacenes *Le Printemps*, o te colocaré en un banco.» Ya véis que fortuna. En un banco. ¿Puedo sentarme?

MAGDA Como gustes, Prunelles.

PRUN. ¿Cumplirá sus ofrecimientos?

EVA Puedes dormir tranquilo fiado en su promesa. ¿No ves que bien cumple las que me hizo?

PRUN. Cierto... A ti te ofreció su mano y se nos escapó con las dos en los bolsillos... ¿Pero sabes, Eva, que estás desconocida?

EVA ¿Qué tal me encuentras?

PRUN. ¡Encantadora!

EVA ¿Lo crees?

MAGDA Vas a ser admiradísimo a por los amigos que acuden esta tarde a tomar el the en mi casa. Especialmente el duque Jorge va a quedar deslumbrado.

EVA

¿El Duque?

MAGDA

Un inglés distinguidísimo... Joven, millonario... alegre... derrochador...

PRUN.

Ab, sí. Magnífico partido.

MAGDA

Ya está en París. Animo y a triunfar.

EVA

¿Acaso sé yo a qué he venido a París? Me ahogaba en la fábrica desde que Octavio la había abandonado. Como faltó a su palabra, creía en todos notar desconfianza y reproche. Huí y me vine a París donde sólo a ti conocía y en cuya casa busqué refugio. Sé que allá me querían, pero mi alma ya no estaba allí. Vine a París en busca de Octavio. ¿Qué extraño que el cuerpo viniese tras el alma? Pero una vez aquí todo me espanta y todo me seduce. Estas mujeres no son las cursis y las pazuatas de mi provincia. Las tengo miedo por audaces y las tengo envidia por elegantes y divertidas. No sé qué haré. Depende de él todo. Si me quisiese yo alumbraría su hogar con la llama de mi amor. Si no, haré lo que tantas otras.

MAGDA

¿Irte con el diablo en coche?

EVA

Sí... Lanzarme al torbellino del placer alegre y fácil... No abandonar París. Este París seductor de tanta Eva sin paraíso. Cuánto envidio a estas mujeres.

PRUN.

¿Y has visto a Octavio?

EVA

No. Le temo y le deseo.

PRUN.

Pues pronto lo tendrás aquí.

EVA

¿Qué dices?

MAGDA

¿Crees que vendrá?

PRUN.

Sí. Me ha citado en tu casa. Antes de dejarlo, oí que pedía el auto para las cinco. No tardará en llegar.

MAGDA

Ya conoce mis reuniones. Sabe que vienen personas muy distinguidas. (A Prunelles.) Tendré sumo gusto en presentártelas. Sobre todo al Duque.

PRUN.

Oye. ¿Y Dagoberto? ¿Vendrá también?

MAGDA

Sí.

PRUN. ¿Y tus amores?
MAGDA. Aguardamos aún el consentimiento de su papá.
PRUN. ¿Aun estás vacante?
MAGDA. Si tu quisieras. (Cariñosa.)
PRUN. (Displícite.) Esas cosas del amor hay que pensarlas despacio. Ya conoces mis teorías sobre la fruta prohibida. Mira; por ahora, prefiero ser... el *otro*. La fruta a nuestro alcance... nos hastía.
MAGDA. Eres un pícaro. Ya hablaremos.
PRUN. Sí; ya hablaremos.
MAGDA. Bueno. Aquí os quedáis. Voy a ver cómo anda la servidumbre. Los invitados vendrán pronto. (Vase por la escalinata derecha.)

ESCENA III

EVA, PRUNELLES, luego voz de OCTAVIO

EVA. ¿Viste a Octavio?
PRUN. Como te veo a ti.
EVA. ¿Te habló de mí por casualidad?
PRUN. Ni por casualidad te nombró siquiera.
EVA. ¡Ah!
PRUN. Pero yo te nombré. Le dije lo de tu fuga.
EVA. ¿Y qué?
PRUN. Suspiró muy hondo.
EVA. ¿Creés que me ama?
PRUN. ¿Por qué no ha de amarte? Sólo creo que le va bien la ropa de paisano.
EVA. ¿Y qué?
PRUN. Que no quiere casaca.
EVA. Entonces no me quiere.
PRUN. Sí, mujer. Pero considera las diferencias que os separan. El es mucho. Tú nadie.
EVA. Soy Eva.
PRUN. Una muchacha viva... nerviosa... sensible... amante... Pero nada más... Para eso sí... para amante creo que te preferirá a todas las demás mujeres.

EVA No lo seré nunca.
PRUN. Pues marido, ni soñarlo.
EVA Lo veremos... Me lo ofreció...
OCTAV. Sé el camino. (Dentro.)
EVA ¡El! No... Ahora no. Chist. De lo que hemos hablado, ni una palabra.
PRUN. Por mí... créeme un pozo...fondo.
(Eva sube corriendo la escalinata y entra en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA IV

PRUNELLES y OCTAVIO

PRUN. Muy bienvenido, señor Octavio.
OCTAV. ¿Se cansaba usted de esperarme?
PRUN. No.
OCTAV. Estando solo...
PRUN. ¡Chist! Estaba con ella.
OCTAV. ¡Eva!
PRUN. Está allí.
OCTAV. ¡Eva! Hermoso sueño irrealizable. Un amor dulce y tranquilo... Un hogar alegre dignificado por el trabajo. Una mujer toda nuestra en cuerpo y alma.
PRUN. Eva.
OCTAV. Allí hubiera podido ser eso. Aquí, ¿quién sabe? El aire sensual de París corrompe la inocencia. Eva era inocente. ¿No será ya cortesana?
PRUN. No, señor. Y en todo caso, ¿quién sería el culpable?
OCTAV. Yo; no lo niego. Pero esos males no los cura quien los causa. Además, yo vivo en la realidad. Amo el amor más amado cuanto más inconstante. ¿Y mi honor de calavera? Cómo se reirían de mí si me vieses casado. Todas mis víctimas se sentirían verdugos. Lanzarla... Eso sí... Daría por ella mi oro y mi sangre en vértigo de locura pasional que haría su vida continuo

placer, sin pena que no consolase, sin capricho que nos satisfaciese... Orgías, fiestas... coches, galas, joyas, trajes, todo. Y sobre eso, amor sin fin, delirante y ciego, abrasador e insaciable.

ESCENA V

Dichos, MAGDA, DUQUE, FREDY, TEDY, Coro general de Invitados

- MAGDA Adelante, señores.
OCTAV. Salud a la Gran Bretaña, Duque.
DUQUE Amigo Octavio, ¡hurra por París! Estoy encantado.
MAGDA ¿De esta casa?
DUQUE Sí. Por ser suya.
MAGDA Y por vivir en ella mi amiga Eva.
DUQUE No lo niego, mujer encantadora. Me inflama de pasión.
OCTAV. Con franqueza, Duque... de esta amable Francia... de este parisinismo, ¿qué es lo que más le agrada?
DUQUE Las mujeres.
MAGDA Tiene usted buen gusto.
OCTAV. El de todo el mundo... La mujer será siempre el bello ideal del hombre. Y este París abunda en felices promesas. Es la moderna Capua.
DUQUE De acuerdo.
MAGDA El thé. (Lo sirve)
PRUN. ¿Dónde estará mi sitio?
MAGDA Prunelles, toma una taza. (Ofreciéndosela.)
PRUN. Ya lo creo... contigo... hasta la tetera.
DUQUE ¿Y mi amiga Eva?
PRUN. Buena tetera. (Que examinaba la que Magda tiene en la mano.)
DUQUE ¿Eh?
PRUN. De plata.

ESCENA VI

Dichos, EVA (traje elegante de soirée.)

- EVA Señores...
- OCTAV. ¡Eva!
- DUQUE Por fin luce el sol, señorita. Hay en ese rostro adorable, dos soles. Dos soles que abrasan el corazón.
- PRUN. El thé se enfía.
- DUQUE ¿Eh?
- MAGDA Voy a presentarte a mis amigos, Eva... El duque Jorge.... Tedy, Fredy...
- DUQUE Su admirador fervoroso. (Besando la mano de Eva.)
- TED. Ya nos conocíamos.
- FRED. En un famoso baile allá en la fábrica.
- PRUN. De donde salieron ustedes vivos por milagro.
- DUQUE ¿Quién es este caballero? (A Octavio.)
- OCTAV. ¡Silencio! (A Prunelles.)
- DUQUE Esas flores que usted luce, envidian su belleza y su frescura. Su hermosura sin rival ha cautivado mi alma, Eva.
- EVA. No en balde tiene Inglaterra fama de galante.
- DUQUE Sería dichoso, Eva, si me aceptase usted por esclavo.
- PRUN. El hombre es libre.
- DUQUE Libre de elegir sus cadenas. Yo acepto las de usted, Eva, si quiere arruinarme.
- OCTAV. ¡Duque!
- DUQUE Los ingleses no malgastamos el tiempo. Hable con sinceridad, Eva. Si quiere usted honrarme con su presencia... doy esta noche una fiesta en mi palacio. Avenida de la Opera, 35. Habrá un auto esperándola ante la verja de este hotel.
- MAGDA Acepta.
- EVA (¿Y él?)
- MAGDA (Por él.)

- EVA (¿Se llama a eso lanzarse?)
MAGDA (!Sí.)
EVA Pues acepto.
PRUN. ¡Eva!
EVA Sí, ha de ser... ¿Por qué dilatarlo? Yo vivo en la realidad, amo al amor más amado cuanto más inconstante. Me lanzo. Pero pido en cambio todo el oro y toda la sangre del hombre que me pretenda. Un vértigo de locura que haga mi vida continuo placer, sin pena que no consuele, ni capricho que no satisfaga. Orgías, fiestas, coches, galas, joyas, trajes. Todo... Y sobre esto amor sin fin, delirante y ciego, abrasador e insaciable.
- DUQUE Eso ofrezco.
PRUN. (Nos oyó.)
OCTAV. (Es una venganza hija del despecho.)
EVA Esta es mi mano.
DUQUE Qué beso, jurando ser amante rendido, tierno y consecuente... Por diez millones de francos.
- OCTAV. (Oh, rabia. Qué despecho.) ¿No se juega hoy? Señores, próspera la tarde para Cupido... pero no olvidemos el ecartée. Señor Duque, le reto a una partida. Cuidado esta tarde con mi juego, porque voy a preparar las cartas.
- DUQUE Acepto. Eva, lo dicho. ¿Esta noche?
EVA Esta noche. (Vanse el Duque y Octavio por la escalinata.) (¿Se fué?)
MAGDA (Volverá.) Al salón, señores. Y Dagoberto sin venir. ¿Se lo habrá prohibido su padre?
¿El brazo, Prunelles?
PRUN. Con mil amores. (Dándosele, vanse con algunos invitados.)

ESCENA VII

EVA, TEDY, FREDY y Coro

TED. El Duque ha vencido a Octavio.
FRED. Diez millones de francos tienen una fuerza...
EVA Pronto no tendrá esos millones.
TED. ¡Eva!
EVA ¿Me vendería yo en menos? Quiero gozar la vida de París como París merece ser gozado... Adelante, señores... Abrase el Paraíso... ¡Ya hay una Eva más!

Música

EVA Cuidado niña
ven acá
que llega el torbellino ya.
TODOS ¡Hui... hui... (Imitando las ráfagas de viento.)
EVA Alegre deja su mansión
silbando cantos el ciclón
No hay quién le pueda contener
en pos del ruido y del placer.
CORO Hui... hui...
EVA Invoca el nombre de Luzbel,
agita sus cabellos ya,
destroza el traje y el corcel
del diablo te conducirá.
CORO ¡Hui... hui!
EVA Sus alas presta a la legión
de insectos fieros el ciclón,
y avanza y zumba y chilla
y al mundo maravilla...
Su ardiente soplo da vigor
y arbustos mil agosta en flor.
Invita a lanzar su ronco laud
y artero deshoja la juventud.
Yo exclamo; ya he roto
mis lazos de unión
y sola seguí mi camino.

Viví sobre alfombras de rico salón...
y en medio del torbellino.
Relego al olvido mi dicha y dolor
lloré y a la par ref...
Conozco a los hombres y ha sido su amor
lo que el huracán para mí.

(Plegaria infantil.)

Cielo, quiero recuerdos desterrar.
Haz que deje de sufrir.
Cielo. no me permitas contemplar
mi brumoso porvenir.
Ven, ven, risueña reflexión;
ven, ven, tu calmas mi aflicción.
Ven y anida constante en mí,
socorre a mi triste corazón.

(Todos repiten.)

Hablado

EVA. Ahora a esperar los sucesos.
TED. Duquesita en ciernes... Muchas felicidades. (Vase Eva por la escalinata izquierda.)

ESCENA VIII

Dichos, menos Eva. Luego MAGDA

TED. ¡Qué lástima de muchacha!
FRED. Di mejor: ¡Qué lástima no ser el amante
de corazón de tan linda muchacha!
TED. No sabe Octavio lo que ha perdido.
FRED. Pero ella sí, lo que ha ganado. Diez millones.
MAGDA Señores, que se hace tarde. ¿No se juega hoy?
TED. Tiempo de ver las cartas... Hay que estar
pronto listo para la fiesta de esta noche.
FRED. El Duque se mostrará digno de su nombre, de su título y de su fama. (Vanse. Magda baja a la escena.)
MAGDA Gracias a Dios que llega mi vez. ¡Dagoberto!...

ESCENA IX

MAGDA y DAGOBERTO

DAG. Aquí estoy. ¡Gran noticia! Ha cedido papá.

MAGDA ¿De veras?

DAG. Haz tu gusto, me ha dicho. ¡Magda idolatrada!

MAGDA ¡Dagoberto querido!

Música

LOS DOS ¡Ay! ¿por qué me llamas vida,
niña hermosa y tu ilusión?
Mis labios besaría por libar
la miel del puro amor.
Yo creo que mejor será
que le digas a papá:
quiero a Magda hermosa
hágala mi esposa. (Mutis bailando.)

ESCENA X

OCTAVIO, EVA, CORO interno

Hablado

OCTAV. Es la hora de marcharnos. El Duque esperará impaciente su conquista. ¡Eva!

EVA ¿Qué? (Baja por la escalinata.)

OCTAV. Te felicito por el triunfo.

EVA Mil gracias.

OCTAV. ¡Qué hermosa está! ¡Y es para otro! ¡Para otro!

CORO DENTRO Buenas noches.

OCTAV. ¿Por qué ha hecho usted eso, Eva?

EVA ¿El qué?

OCTAV. Lo que ha hecho. Venderse.

EVA Verá usted... Mi porvenir...

OCTAV. Estaba en la fábrica.

EVA ¡Burlón!

OCTAV. Es su cuna. Su nido.

EVA

¡Bah! Soy hija de Eva como todas. ¿No merezco más que la mísera existencia de la obrera? ¿No fué usted siempre de mi opinión, Octavio? Usted me hizo soñar las quimeras que hoy me arrastran quizás a mi perdición. De mi caída es usted el único responsable.

Música

EVA

Su talle gentil... su altivo mirar... etc.

(Octavio silencioso.)

Muy bien me acuerdo
de su opinión.

Estas sus palabras mismas son...

Usted también cual sol amanece
y ha de brillar con gran fulgor... etc.

Muy bien me acuerdo de su lección.
estas sus palabras son.

OCTAV.

No puedo negarlo.

EVA

(Su mirada brilla encantada por el recuerdo de la canción.)

¿Y hoy debo volver a obscura tarea
después que los riesgos del mundo corrí?

¿Después de pasar mi loca odisea?

¿Después que ilusiones y dicha perdí?

Yo siento en mí correr
la sangre de mi madre.

(Ademán de amenaza contra Octavio.)

¿Quién, quién sino usted
me indujo al mal?

¿Quién, quién sino usted
me indicó el camino

que al fin me condujo más fatal?

Fué para usted una aventura
no más, señor Flober.

Mas para mí fué la muerte,
perdí la alegría, perdí el placer
de ensueños que nunca veré volver.

¡Adiós, primavera, dorada ilusión,
pavesas de mi naciente pasión.

(Se cubre el rostro con las manos, deja caer los brazos lentamente y mira a Octavio, extendiendo la mano hacia él como para despedirse. Octavio la toma queriendo atraerla, ella retira la mano.)

Hablado

EVA Octavio, olvídeme usted también, cual yo le he olvidado. (Quiere marcharse.)

OCTAV. Pero... esta... noche...

EVA (Irguiéndose triunfante.) Me espera el Duque

(Sube la escalinata desapareciendo por la izquierda)

Octavio mira a Eva sin comprender, luego se sienta.

OCTAV. ¡Valiente chasco! Y yo la indiqué el cami-

no; que siga por él no es raro... (Su mirada

fija en el suelo. La luz de la luna le ilumina. Entra

una doncella en el salón, apaga las luces eléctricas

de manera que sólo quede una luz a la derecha y otra

a la izquierda. Luego descorre la cortina del bou-

doir viéndose el fino transparente de encaje. El bou-

doir está iluminado. La doncella entra en él, y busca

algo en el tocador. Por la derecha del jardín aparece el

chauffeur de Octavio, se dirige a él quitándose la gorra.)

CHAFF. Señor, los demás señores han partido. El auto está en la puerta, y espero sus órdenes.

OCTAV. Muy bien. Ya voy. (Maquinalmente.)

(Vase el chauffeur. Dentro voces y carcajadas. En el

boudoir aparece Eva de pie ante el gran espejo. La

doncella coloca en su cabellera una aguja de brillan-

tes y arregla su toilette. Luego pone sobre sus hom-

bros un espléndido abrigo de noche. Eva se contempla

ante el gran espejo y en otro de mano. Octavio

contempla a ésta admirado de su belleza.)

Canto

OCTAV. «Mira, mi Cenicienta, que primor,
el cuento podemos seguir mejor.

Soberbias las perlas son que el hijo.
del rey te ofrece en prueba de amor!

CORO

(Dentro.) Y que graciosas
y que vivarachas
aquí en París son
todas las muchachas
Sacerdotisas del Dios amor...
aroma exhalan embriaga...

(Se interrumpe la frase, la doncella corre la cortina. Eva entra en el salón que ahora está alumbrado eléctricamente, Octavio en la sombra. La doncella vuelve al boudoir y desaparece. Eva créese sola mientras que Octavio no la pierde de vista.)

EVA (Canta para sí.) «Aquella es mi madre...
así debió ser...
y frente al espejo
mi rostro al ver
contemplo a mi madre.
Debió ser así...
su alma bendita yo siento en mí.»

(Apaga la luz y baja la escalinata. El jardín está alumbrado por la luna.)

OCTAV. ¡Eva! (Cayendo a sus pies.)

EVA ¡Octavio! ¿Aun aquí?

¿Cómo? ¿A mis pies? ¡Qué contraste!

OCTAV. ¿No me amas ya? ¿Me olvidaste?

¿No te apiadarás de mí?

EVA Todo cayó en el olvido. (Con doble intención.)

OCTAV. ¿Y el Duque? (Levantándose.)

EVA Con mi desdén,
en el olvido también.

(Enamorada se abandona a él.)

OCTAV. Pues nuestro amor ha vencido. (La besa.)

Canto

LOS DOS Felicidad, ven... ven... etc.

TELÓN

FIN DE LA OPERETA

NOTA.—Por indisposición de la tiple Rosario Aracil, se encargo del papel de «Eva». Pilar Blasco.
Los autores se complacen al darle las gracias.

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	Juan José
La Ola gigante	La sociedad ideal.
El señor Conde de Luxemburgo	La cizaña
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	Entre ruinas
El Sol de la Humanidad	La vida es sueño
Zazá	Sabotage
Mujeres Vienésas	Pasa la ronda
Hamlet	Magda
Giordano Bruno	El Papá del Regimiento
El Nido Ajeno.	El Alcalde de Zalamea
El Rey	Los dos pilletes
Prisionero de Estado o La Cortede Luis XIV	D. Juan de Serrallonga
Los Miserables	El Rey Lear
La ladrona de niños	Espectros
Los dioses de la mentira	Las Cigarras Hormigas
Cristo contra Mahoma	El Registro de la Policía
Juventud de Príncipe	El vergonzoso en Palacio
	La Fuerza de la Conciencia.
	Aurora
	Eva

Seguirá la obra

EL BUFON

Tragedia en tres actos y en verso, de JOAQUIN DICENTA (HIJO)

EL BUFON

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BUFÓN

Tragedia en tres actos, en verso

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA (Hijo)

Estrenada en el Teatro Español, de Barcelona
(Año 1913)



pp 1-71

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUCRECIA.	/ D. ^a Carmen Muñoz
LA PRINCESA LEONOR.	» Aurelia Morelli
MARIANELA.	» Leonor Sarbosa
INÉS	} » Concha Solís
CATALINA CALAMA	
DAMA 1. ^a	» N. N.
DAMA 2. ^a	» N. N.
EL BUFÓN	D. Ricardo Calvo
PRÍNCIPE LUCANOR, el Justiciero	» Manuel Gutiérrez
EL REY.	» Casto Javaloyes
EL INQUISIDOR. . . »	» José Calvo
EL JUGLAR	» Antonio Gimbernat
EL CAPITÁN DON ALVARO	» Antonio Soler
EL CONDE FLORENTINO	} » Carmelo Más
EL VIZCONDE ALEJANDRO	
BRAZO DE HIERRO.	» Luis Ruiz
CABALLERO 1. ^o	» José Montorio
CABALLERO 2. ^o	» Antonio López
ENMASCARADO 1. ^o	» Anselmo Gert
ENMASCARADO 2. ^o	» N. N.
ENMASCARADO 3. ^o	» N. N.
UN OFICIAL.	» Enrique Mora
SOLDADO 1. ^o	» Ernesto Pazos
SOLDADO 2. ^o	» Ramón Cuadreny
UN PAJE.	» Carmen Magaña
OTRO.	» N. N.

Damas, caballeros, guerreros, soldados, pajes y amotinados.

La acción en una ciudad imaginaria.

Época: Edad Media.

Derecha e izquierda las del espectador.

NOTA—Pueden doblar papeles: Marianela con Catalina. El Conde Florentino con Brazo de Hierro. El vizconde Alejandro con Un Oficial. Caballeros 1.^o y 2.^o con Enmascarados 1.^o y 2.^o y Soldados 1.^o y 2.^o



ACTO PRIMERO

El teatro representa el salón del trono en el Palacio. Al fondo rompiente cubierta con grandes cortinones rojos bordados en oro.

A la derecha, sobre un estrado, el trono, al que se ascenderá por varios escalones.

A la izquierda, puerta grande de dos hojas cubierta también por roja cortina. Rojos serán la alfombra y los sillones distribuidos por la escena.

Al levantarse el telón aparecen en escena el Conde FLORENTINO, el Vizconde ALEJANDRO y el Capitán D. ALVARO. Los tres irán lujosamente ataviados con espadas al cinto.

ESCENA PRIMERA

Capitán D. ALVARO, Conde FLORENTINO y Vizconde ALEJANDRO

CAP. ¿Cómo es, Conde, que no vais
a presenciar el torneo,
sabiendo que nuestro Príncipe
Lucanor el Justiciero,
es principal paladín
de los que han de mantenerlo?

CONDE Es perdonable mi falta
que yo jamás fui guerrero
y nunca hallé en esas lides
placer ni entretenimiento.
Pero y vos ¿cómo os quedásteis,
Capitán?

CAP. Los que sujetos
estamos por el servicio
militar, al mandamiento
del soberano, no somos
de nuestras acciones dueños.

Si el rey se queda en palacio
fuerza es que con él quedemos.
VIZ. ¿No va don Pedro a la liza?
CAP. No le placen los torneos.

(Irónico.)

Tal vez no hubiera faltado
si fuese de amor el juego.
VIZ. Las acciones del monarca
no son del agrado vuestro.

(Movimiento del Capitán.)

No neguéis...
CONDE ¿A qué ocultarlo?
CAP. Ni lo oculto ni lo niego.

(Con firmeza.)

Preferible a un poeta rey
es para mí un rey guerrero
y que los soldados anden
con las riendas del gobierno
a que nos gobiernen bardos
y juglares y troveros,
o a que las manos de una hembra
traigan a capricho el reino.

VIZ. La princesa Leonor...
CAP. A ella nos vemos sujetos.
Sólo lo que es del agrado
de su alteza, hace don Pedro.

VIZ. A sus antojos se mudan
leyes, misiones y empleos,
y se agravia a los hidalgos
y se ensalza a los plebeyos.

CONDE A mí se me despojó
de mi cargo en el Consejo.

(Con rencor.)

Hoy lo ocupa el Conde Arnolfo
que es de la princesa deudo.
VIZ. A su hermano don Fadrique,
gran Duque de Marta han hecho.
CAP. Se desterró a mi teniente,
y ahora ocupa su puesto
un mancebo, que si tiene
gran fama de mugeriego,
de adulador y buen mozo,

¡no tiene poca de necio!
En poder de la princesa
están soberano y reino.

CONDE

Por ella, sólo por ella
por la manceba...

(Después de mirar a la izquierda, interrumpiéndole.)

CAP.

¡Silencio!

que es la manceba quien viene
del brazo del rey don Pedro!

(Entran por la puerta izquierda la Princesa Leonor
y el Rey, los dos con lujosos trajes de corte.)

ESCENA II

Dichos la Princesa LEONOR y el REY

CONDE

(Adelantándose ceremonioso.)

Dios guarde a nuestro Señor
soberano de nobleza,
y guarde Dios a su alteza
la hermosa doña Leonor.

REY

Dios os guíe y acompañe.

LEON.

Salud, nobles caballeros.

CONDE

Las vidas y los aceros
son vuestros, y no os extrañe
que al llegar a saludaros
inclinemos la cabeza,
porque es tal vuestra belleza
que nos impide miraros,
A tan rendidos honores
muy agradecida os soy.
Yo también gracias os doy.
El cielo os guarde, señores.

LEON.

REY

(Los caballeros saludan y salen por el foro)

ESCENA III

Princesa LEONOR y el REY

- LEON. ¿No vais a la lid, señor?
- REY Juego es que no me interesa grandemente. Id vos, princesa.
- LEON. El príncipe Lucanor va entre los mantenedores a luchar en el torneo; pluguiera a Dios que el trofeo insignia de vencedores, conquistara, y por derecho de hermosura, yo pudiera ser la dama que prendiera la roja banda á su pecho.
- REY A vos irá el vencedor.
- ¿Cómo no hacer homenaje a vuestro limpio linaje y a vuestra beldad, Leonor?
- De no, por fuero legal lo prestaran; vos, alteza, ostentáis en la cabeza una corona real; y aun que dada contra ley, por todos ha de acatarse, y ante ella todos postrarse, puesto que se postra el Rey.
- LEON. El más alto galardón para mí esas frases fueran si a un mismo tiempo salieran del labio y el corazón.
- REY (Sorprendido.)
- ¿Qué es lo que yo no he cumplido para que así habléis, princesa?
- LEON. Algo que habéis prometido y se ha quedado en promesa. Algo que ofrecísteis antes de yo pedirlo
- REY Leonor...
- LEON. Aquella alhaja, señor.

La corona de diamantes.

REY

(Con terror.)

¡La diadema!

LEON.

(Con firmeza.) ¡La diadema!
Su brillo en mi pensamiento
es fuego cruel y lento
que me tortura y me quema.
Ceñirla a mi frente ansío.
Cuando ante mí la pusieron,
cuando mis ojos la vieron
en las manos del judío,
sentí sobre el corazón
una ansiedad dolorosa,
mordió en él la venenosa
serpiente de la ambición.
Callé mi angustia suprema

(Acusadora.)

porque ninguno la viese:
sin que yo la pretendiese
me ofrecísteis la diadema,
y desde entonces suspiro
porque su dueña no soy;
por donde quiera que voy
ante mis ojos la miro.
En la obscuridad fulgura
con la luz de sus diamantes
que son como ojos de amantes
besándose en la negrura.
Cuando entre las vaguedades
del sueño, va mi alma incierta,
creo que empujan la puerta,
llegan a mí claridades
de reflejo soberano,
y contemplo al lado mío
el fantasma del judío
con la diadema en la mano.
Extiendo el brazo, parece
que voy con él a alcanzarla,
y cuando llego a tocarla
la visión desaparece
y todo queda como antes.
Sólo es mayor mi tristeza

- al no ver en mi cabeza
la corona de diamantes.
- REY También atormenta mi alma (Tristemente.)
y me persigue el recuerdo
de la alhaja. También pierdo
pensando en ella la calma.
También en sueños me afano,
por alcanzar la diadema;
también su brillo me quema,
y cuando extendiendo la mano
para hacer las fantasías
realidad con mis caudales
hallo las arcas reales
ante mis ojos vacías.
- LEON. ¡Mentís! (Con fiereza.)
- REY ¡Ciertos son mis dichos!
Sólo la verdad he hablado.
¡Sabed que me han arruinado,
señora, vuestros caprichos!
- (Pausa en la que el Rey muéstrase abatido y la Princesa yérguese rebelde.)
- LEON. ¡Es imposible!
- REY ¡Leonor,
dije verdad, no he mentido!
- LEON. No importa, habéis ofrecido,
y debéis cumplir, señor.
De poseerla no desisto.
- REY Alteza, ¿qué es lo que habláis?
- LEON. (Dirigiéndose al foro con decisión.)
¡Si por mí a todo no osais
podeis olvidar que existo!
- REY ¡Oye, Leonor! (Intentando detenerla.)
- LEON. ¡Aparta! (Rechazándole.)
- REY ¡Anartarme de ti, que eres
mi alma entera!
- LEON. ¡Tú lo quieres!
- (Un paje entra por el foro.)
- PAJE Señora, el Duque de Marta...
- LEON. (Interrumpiendo. Al rey.)
¡Adios por siempre!
- (El Paje se retira.)
- REY ¡No!
- (Deteniéndola.)
- LEON. ¿Qué?
- (Con ansiedad.)

- Ni estoy por conocer una mazmorra
ni por morir, bufón amigo, ahorcado:
que fuera nuestra muerte. La cuchilla
se queda para nobles hijosdalgo.
- BUFÓN. Porque haya diferencia entre unos y otros
hasta en la muerte nos diferenciamos.
Tamaña tontería, se le ocurre
cometer solamente a los humanos.
- JUGL. Lo que hace con nosotros la manceba
no es acción que nosotros merezcamos.
Que yo componga versos porque ría,
que tú hagas porque ría, el mentecato
para que luego a nuestro lado pase
sin dignarse siquiera saludarnos,
y darnos con el pie, como lo haría
si tropezase con el perro o el gato.
- BUFÓN. ¿Qué culpa tiene ella, si nosotros
no fuimos al nacer, nobles hidalgos?
Tú juglar, yo bufón, sólo vinimos
a entretener sus fastidiosos ratos
y cuando no le agraden tus trovares,
ni mi forma de hacer el mentecato,
se entretendrá cruzando nuestro cuerpo
con la fina correa de su látigo.
Así el ave que vuela en los jardines
y el animal que corre en sus vedados,
nacieron para caer bajo sus flechas.
o para divertirla con sus cantos.
No es culpa de ella que esos animales
no posean escudos blasonados.
- JUGL. (Con severidad y convencimiento.)
Es que esos animales pasarían
por sabios consejeros en Palacio.
- BUFÓN. Como algún consejero, bien pudiera
pacer tranquilamente en esos campos.
Mas, ¿qué quieres? equívocos que nadie
ocúpase, juglar, en remediarlos.
- JUGL. Oficio dolcroso has escogido.
- BUFÓN. No es menos doloroso el que has buscado.
- JUGL. No tenemos derecho a condolernos
de insultos y de ultrajes y de agravios.
Si te quejas, o lloras, o suspiras,

esconde quejas, o suspiro, o llanto.
Esclavos de la risa tú y yo somos;
se nos paga, bufón, porque riamos,
y si una vez las lágrimas asoman
y tiemblan al rodar por nuestros párpados,
nos miran y se ríen los curiosos
porque imitamos con justeza el llanto.

BUFÓN

(Tristemente.)

¡Y qué más da! La vida es una rueca
que teje y teje eternamente, hilando
con el hilo febril de la locura
la tela interminable del engaño.
Hilemos nuestra rueca, ya que todos
la vida pasan en su rueca hilando.
Sean lino de la tuya, los acordes
que del laúd arrancas con tu mano;
sean lino de la mía, los donaires
y burlas que divierten a mi amo.
Truéquese el copo en crepitantes hebras,
hilemos la madeja del engaño
ya que por divertirle el Rey nos paga;
¡al huso demos vueltas, y riamos!

(Transición.)

JUGL.
BUFÓN

Se murmura, bufón, que eres muy rico.
Cierto, muy rico soy. ¿A qué negarlo?
Pero tengo una hija, y son para ella
los cuentos de oro que en mis arcas guardo.
¿Y tú, juglar? También tendrás tu bolsa.

JUGL.

También la tengo, pero en mal estado,
que dura poco el oro dentro de ella
y todo lo que encierra me lo gasto.
Si encuentro naipes, con los naipes pierdo;
hasta quedar sin blanca me emborracho,
y si encuentro mujeres, a sus besos
abro mi bolsa y la vacían sus manos.
Me arrepiento después, cuando su fondo
de blancas y amarillas hallo exhausto,
y compongo una trova y otra trova
y a la pálida Luna se las canto.
En mi alma batallan sin reposo
un espíritu bueno y otro malo;

el bueno canta trovas a la Luna,
el malo es un vicioso rematado.
¡Qué quieres! Así somos los juglares:
igual cantamos trovas que pecamos.
Niños grandes que no saben lo que hacen,
locos que por muy locos desataron.
¡Creemos a los hombres semidioses,
y hallamos semidiablos al tocarlos!
A las mujeres las soñamos santas,
y junto a pecadoras despertamos
y es por ser esto así, nuestra alma infierno
donde vamos muriendo a desengaños.

BUFÓN (Que ha estado mirando por la puerta de la izquierda.)

Observa quién se acerca hacia nosotros.

JUGL. ¡El Rey!

BUFÓN Y tras él, viene cabizbajo
el gran Inquisidor. No te parece
que aquí estamos de más. ¿Vamos?

JUGL. ¡Sí, vamos!

(Se dirigen al foro.)

BUFÓN ¿Sabes a quién recuerdo? A la Princesa,
(Riendo.)

JUGL. la cigüeña real del campanario.
Buen título, bufón, a un epígrama
que te iré en el camino recitando.
Escúchalo, así dice: —«En una torre
vi una cigüeña de plumaje blanco
con un pavo real que la adoraba.
Ella vivía desplumando al pavo...»

(Con estas últimas palabras se pierden, hablando, por el foro. A poco de salir, entran en escena el Rey y el Inquisidor por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

El REY y el INQUISIDOR, por la izquierda

INQUI. Decidme, Majestad, a que obedece
el hacerme venir con tal urgencia.

REY Sentáos y hablaremos.

INQUI. (Se sientan.) Mis oídos,
excelso Rey, vuestra palabra esperan.
REY Breve seré, que hay prisa en el empeño.

(Pausa.)

INQUI. El tesoro real, ¿cuánto oro encierra?
Muy poco, Majestad; aquella nave
que hicisteis de regalo a la princesa
vacíos ha dejado los arcones.

REY Pues necesito oro con urgencia.

INQUI. ¿Cuánto?

REY Doscientas mil doblas en oro
precisas son al logro de mi empresa.

INQUI. (Sorprendido.)

¿Pretendéis construir alguna nave?
¿Pensáis en promover alguna guerra?
¿Queréis salvar, señor, a vuestro pueblo
de la ruina y el hambre que le aoecha?
REY En nada de eso pienso.

INQUI. Pues, entonces,
¿qué vale tanto oro?

REY Una diadema.
A la princesa Leonor, un día,
de la joya sin par hice promesa.

INQUI. ¡Delirio fué! (Reconviniéndole.)

REY (Malhumorado.) Para escuchar censuras
no os mandé yo venir a mi presencia.
Ayuda, sólo ayuda necesito.

INQUI. ¿Y sin oro, señor, como ofrecerla?
No hay quién ose luchar con lo imposible,
a la fatalidad no hay quien la venza.
¿Olvidásteis que el pueblo vive ayuno,
que al soldado sus pagas se le adeudan,
que a una voz sola, populacho y nobles
de los ministros y de vos se quejan?

REY (Con rencor.)

¿También olvidáis, vos, que érais plebeyo,
como plebeyos vuestros padres eran
y os hice Inquisidor de mis Estados
contra la ley, el Clero y la nobleza?
No lo olvidé.

INQUI. ¿No?

REY ¡Nunca, prueba de ello

- es que me odia la ciudad entera!
Por complaceros hice lo que nadie
quizás por Rey alguno hacer se atreva;
mas llega lo imposible, y al hallarme
frente a él, señor, declaro mi impotencia.
- REY Si es así, devolvedme vuestro cargo.
Es audaz la ambición no satisfecha,
otros vendrán que por tener el puesto
que vos tenéis, a lo imposible venzan.
- INQUI. (Soberbio.)
La Inquisición me sostendrá en mi puesto.
Su jefe soy, me apoyará la Iglesia.
- REY ¡Ah, plebeyo infeliz! ¡Tú desafías
a quien te alzó!
- INQUI. ¡Señor!
- REY Aunque más fueras,
aunque del templo en el sagrado asilo,
tras retarme a buscar fueras defensa,
en el templo entraría, y con mis manos
ante el Crucificado, a viva fuerza
la púrpura quitara de tu cuerpo
y el báculo arrancara de tu diestra.
¡Quien pudo remontarte a las alturas
tiene poder para arrojarte de ellas!
- INQUI. ¡También la Inquisición es poderosa!
- REY (Con fiereza).
¡Mucho, pero su jefe tenga en cuenta
que el día que del Rey se ponga enfrente,
sus borceguís, sus potros y sus ruedas
a mí me servirán para que quienes
en ellos dieron muerte, en ellos mueran!
¡Ya lo has oído, Inquisidor; ahora
obra como te plazca y te parezca!
- INQUI. (Con resignación).
Son doscientas mil doblas tan gran suma...
¿Cómo encontrarlas?
- REY El que busca encuentra.
Buscad vos. Apresad a ese judío
que es el poseedor de la diadema.
- INQUI. Tendrá oculta la alhaja.
- REY Atormentadle.
- INQUI. Morirá sin hablar por defenderla.

Conozco a los judíos. En el potro
antes el alma que la bolsa dejen.

¿Y qué hacer? (Después de pensar.)

Escuchad: un siervo vuestro
puede servirnos para el caso.

REY Sea.

INQUI. Esconde en sus arcones un tesoro.

Si da la suerte ayuda a nuestra empresa
estará en vuestras arcas, señor, antes
de que del cielo el sol desaparezca.

REY ¿Quién es el hombre?

INQUI. Os lo diré más tarde.

REY Pero... (Con convencimiento,)

INQUI. Podréis pagar esa diadema.

(Fuera se oyen carcajadas.)

REY ¡Risas! ¿Quién así ríe en mi palacio?

INQUI. (Mirando por el foro,)

El Juglar y el Bufón que hasta vos llegan.

REY Id pronto, que la suerte...

INQUI. (Dirigiéndose al fondo). Estad tranquilo.

Vos lo dijisteis; el que busca encuentra.

(Saluda y sale.)

(Aparecen por el foro el Bufón y el Juglar, que ceden
el paso al Inquisidor, cómicamente, penetrando luego
en escena.)

ESCENA VI

EL REY, el BUFÓN y el JUGLAR

REY Juglar, ¿por qué tienes alegre el semblante?

Bufón, ¿a qué mueves tal algarabía?

JUGL. Señor, el oficio.

REY Pues id adelante

con él distrayendo mi melancolía.

JUGL. ¿Perdióse en tu boca el timbre ruidoso
del cascabeleo de la carcajada?

REY ¡Juglar, lo he perdido! ¡No vivo dichoso,
de mis alegrías ya no queda nada!

BUFÓN ¡Conozco la causa de tu abatimiento!

REY ¡Conoces la causa! (Con extrañeza.)

BUFÓN

Como tú en persona.

REY

¿Tú puedes decirme, bufón, lo que siento?
Tu prisión.

BUFÓN

REY

¡Yo preso! ¿Dónde?

BUFÓN

En tu corona.

REY

¡Mientes! La mentira fué siempre tu vicio.
Soy Rey, ¿lo olvidaste? Mando en mis ac-
[ciones.

JUGL.

BUFÓN

} ¡Jal ¡ja!

REY

¿De qué reís ahora?

JUGL.

Reír es oficio

BUFÓN

para tus juglares, para tus bufones.

Escucha y atiende. Verás que no miento.

¿Cuando estás a solas no anda el sobresalto
enturbiando el fondo de tu pensamiento?

¿A veces no aspiras a volar muy alto?

¿Y por qué no vuelas cuando los antojos
de tus fantasías hacia lo alto se echan?

¿Por qué en ti se clavan millares de ojos
que por todas partes te siguen y acechan?

¿Cuándo se hallan libres tus manos reales?

Si muere algún alto señor de nobleza,
aunque estés alegre, tendrás funerales,
vestirás de luto, fingirás tristeza.

Si un manjar cualquiera te produce agrado,
no te hallarás libre de decir: «Lo quiero».

Un Rey no dispone nunca de un guisado,
un Rey es esclavo de su cocinero.

No podrás dormirte si el sueño te aprieta
hasta que te digan: «Debes tener sueño»,
si te duermes antes es contra etiqueta
y de la etiqueta tú no eres el dueño.

Si sienten tus nervios un sexual exceso,
tal vez a cumplirlo no encuentres espacio;
y cuando a tu amante quieras dar un beso
habrán de enterarse todos en Palacio.

Si el pastor esclavo es de su manada,
si lo es el creyente de su religión,
si tus caballeros lo son de la espada,
si lo es de la risa también el bufón,

tú eres más esclavo que éstos y que aqué-
[llos

aunque todos juntos acaten tu ley,
tú tampoco acatas y sufres la de ellos
y esclavo suyo eres porque eres su Rey!
¿Qué es lo que profieres? ¿qué hablas des-
[graciado?

¿Decir tales frases aquí en mi presencia?
¿No ves que esas frases, necio jorobado,
rebasan y apuran toda mi paciencia?

BUFÓN

El jorobado, señor, no me agravia.
Tus antecesores en distintos plazos
por saciar sus furias, por saciar su rabia,
sobre mis costillas dieron cintarazos.
Llevo en la joroba, de todos recuerdo,
todos desahogaron su cólera en ella,
dieron tantos golpes que la cuenta pierdo.
Así estaba escrito. Tal era mi estrella.
Si hoy a tu conciencia mi joroba llama,
a ti has de culparte.

REY

BUFÓN

¡Ja! ¡ja!

¿Ríes? He pensado

algo mitad fábula, mitad epigrama.
Oyelo y que sea término al enfado.

Cierto señor, un perro poseía,
un pobre perro, que jamás mordía.
Cuando le atormentaba el mal humor,
al perro apaleaba aquel señor.

¡Le pegaba iracundo e inhumano
y el perro fiel, lamíale la mano!
Transcurrió el tiempo así día tras día.
Pegaba el amo, el perro no mordía!
Pasó un año, y otro año y otro año
y sucedía hogaño lo de antaño.

Dócil uno, cruel otro, parejos
iban el can y el hombre para viejos.

Mas un día que el amo por azar
o capricho, fué al perro a acariciar,
y a él se acercó con labios sonrientes
el perro al amo le enseñó los dientes.
Echóse el amo atrás, mas ya fué en vano

que en la boca del can dejó la mano!

(Pausa.)

¿Qué tal el cuento, señor?

REY

(Con fiereza.)

¡Vive Dios! que es demasiado
en tu boca para dicho!
y en mi para tolerarlo!

(Se dirige hacia ellos agresivo. En este momento entra
por el foro el Capitán D. Álvaro.)

ESCENA VII

Dichos, el Capitán D. ALVARO

CAP.

Si dais licencia.

REY

(Reprimiéndose.) ¿A qué vienes?

CAP.

A Palacio son llegados
nuevas, señor, del torneo.

REY

¿Qué es lo que sucede? Acaba.
Di quién es el justador
que traerá la roja banda
emblema de la victoria
sobre su pecho cruzada.

BUFÓN

(Aparte al Juglar.)

¡Huyamos de aquí!

JUGL.

(De buena
se libran nuestras espaldas.)

(Salen sin ser vistos, por el foro.)

ESCENA VIII

El REY, CAPITAN y un PAJE

REY

¡Qué!

CAP.

Cuatro mantenedores
rodaron sobre la plaza.

REY

¡Dices!...

CAP.

Que nuestra derrota
sólo un milagro la salva.

Los nobles están ceñudos,
y en el mango de sus dagas
clavan los dedos temblones
de desaliento y de rabia.
Enrojecen de zozobra
los semblantes de las damas.
La gente joven, blasfema,
los viejos, mesan sus barbas,
los vencidos, se retiran
con la vergüenza en la cara,
y aquellos que aun no lucharon
entrar en la lid aguardan
refrenando los caballos
y apretando las espadas.
Dcs hay en pie de los nuestros;
el uno, ya entró en batalla,
el otro, espera en silencio
puesta en la cuja la lanza.
Es Lucanor. A él se fía
la suerte de la jornada.

PAJE

(Entrando.)

Nuevas noticias os traigo
del torneo, señor.

REY

Habla.

PAJE

De embote, desarzonado
dió en tierra el duque de Marta.
Al Príncipe, vuestro deudo,
toca la vez. (Saluda y vase.)

REY

(Con desilusión.) ¡Suerte aciaga!

CAP.

¿Caerá el Príncipe también?

Del Justiciero la espada
es poderosa. Su fi!o
hecho está a ganar batallas
y abrir yelmos y cabezas
el duro corte de su hacha.

REY

¡El vencerá en el torneo!
¡Dios os oiga y Dios lo haga!
que fuera vergüenza grande
para mi reino y mi casa
a manos de aventureros
rendir la vida y la fama,
en lances que son reñidos

para diversión de damas.
CAP. Antes, señor, nos vencieran
en el campo de batalla.
REY Tal dice, quién, como vos,
mi tropa gobierna y manda.
CAP. Porque la mando lo digo.
Conozco vuestras escuadras
y aprendí por experiencia
lo que al soldado le pasa.
Nosotros, los que mandamos,
iremos donde el Rey vaya...
REY Entonces...

CAP. ¡Ay, Majestad!
La tropa no está formada
sólo de jefes. Soldados
son quien componen la masa,
y los soldados protestan
del olvido en que se hallan.
Hambre y frío van con ellos,
juntos su cuerpo atarazan,
y son el frío y el hambre
dos consejeros fantasmas
que llevan a los soldados
al miedo o a la venganza!

(Se abre violentamente el cortinaje del fondo y entra un Paje con muestras de alegría.)

ESCENA IX

Dichos. Un PAJE, por el fondo

PAJE Señor. ¡victoria! ¡victoria!
¡Triunfamos en el torneo!
Vuestro pariente, Su Alteza
Lucanor, el Justiciero,
dueño es del campo, y la banda
trae cruzada sobre el pecho.
REY Bueno, da paso a la Corte.

(Sale el Paje. El Capitán descorre el cortinaje del foro.)

CAP. Acercaos para verlo.
REY Entre nubes de oro y nacar

centellean los aceros;
los rayos del sol se quiebran
chocando contra los petos.

(Se oyen gritos fuera de:)

VOCES

¡Viva el vencedor!

REY

¡Hasta aquí suben los vivas
que da al vencedor el pueblo!

PAJE

(Asomándose por el foro.)

¡La Corte llega!

REY

Que aguarde
mi vuelta. (Al Capitán.)

DAM. y CAP.

Nosotros, presto.

(Desde este instante comienzan a entrar en escena
DAMAS y CABALLEROS, con trajes de Corte,
muy lujosos, y se van colocando en silencio y res-
petuosamente.)

CAP.

Vamos en busca del Príncipe.

REY

Debo yo ser el primero
en tributarle homenaje
a su valor y a su esfuerzo.

CAP.

(A los Cortesanos que han entrado)

Aguardad aquí, señores,

al Príncipe.

(Mientras sale por el foro.)

REY

(El sol se ha puesto
y el Inquisidor no viene.

¿Habrá fallado su intento?)

(Desaparece por el foro. Como se ha dicho, los Cor-
tesanos se han distribuido, entrando varios Sol-
dados y Pajes, situándose en las puertas y en
los lados del trono. Entre los palatinos han entra-
do el Conde Florentino, el Vizconde Alejandro, Da-
mas 1.^a y 2.^a. Caballeros, etcétera, etc.)

ESCENA X

Conde FLORENTINO, Vizconde ALEJANDRO y DAMAS 1.^a y 2.^a
CABALLEROS 1.^o y 2.^o, DAMAS 1.^a y 2.^a, DAMAS y CA-
BALLEROS, SOLDADOS y PAJES formando grupos.

VIZ

De otra cosa no se habla.

CONDE

Ni en otra cosa se piensa.

VIZ. Oid cómo charlan ellos.
CONDE ¡Oid cómo charlan ellas!
CAB. 1.º (En un corro.)
¿Visteis la cara que puso?
DAM. 1.ª ¡Qué osadía! (En otro corro.)
VIZ. ¡Qué imprudencial!
CAB. 1.º (Acercándose al Vizconde.)

¿Qué ha pasado en el torneo?
Me extraña que no lo sepas.
Lucanor, tras su victoria
al juez de campo se acerca
y de él recoge la banda
que su noble esfuerzo premia.
Sabéis que los vencedores
en esta clase de fiestas
dama escogen de su gusto
para ceñir la presea.
Ahora cambió la costumbre,
porque estando la Princesa
entre las damas, por miedo,
o respeto a la ira regia,
a ella el trofeo ganado
los vencedores entregan.
El Justiciero, llevando
la roja banda en la diestra
llegó al centro de la plaza,
dió espaldas a la Princesa,
se acercó donde asentaban
los plebeyos y plebeyas
y delante de una moza
de azulada cabellera,
detuvo el corcel en firme.
Descubierta la cabeza
dejó la silla de un salto,
cayó de hinojos en tierra
y puso la roja banda
en las manos de la bella,
mientras furiosa mordía
un pañuelo la Princesa.
VIZ. ¡Cuánto sufrirá su orgullo!
CAB. 1.º ¡Qué grande será su ofensa!
DAM. 1.ª ¿Qué sucederá?

CAB. 1.º

¡Quién sabe!

PAJE

(Anunciando.)

¡El Rey!

CONDE

¡Señores, prudencia!

(Entran cuatro Pajes y tras ellos el Rey, el Príncipe, Lucanor, la Princesa Leonor, Damas y Caballeros,

ESCENA XI

Dichos, la PRINCESA, CATALINA, el REY, el PRÍNCIPE
LUCANOR JUGAR y GUERREROS

REY

(Después de subir al trono.)

Pleitesia hagamos al gran Lucanor.

PRÍNC.

(Arrodillándose ante el Rey.)

Tanta honra...

REY

Tu acero ganarlo ha sabido.

¡Viva el que en la liza vencedor ha sido?

CORTE

¡Viva nuestro Príncipe! ¡Viva el triunfador!

REY

Recibid mi saludo los nobles cortesanos.

JUGL.

(Después de mirar a los cortesanos que se han inclinado ceremoniosamente. Al Rey.)

Escuchen una cosa tus oídos soberanos.

Todo fiel cortesano como las bestias es.

Mira cómo se doblan sus espaldas erguidas
y mira como tienen las manos extendidas
igual que si quisieran andar a cuatro pies.

REY

(A Lucanor.)

Tú que de mi corona la honra has mante-
con brazo poderoso y leal corazón, [nido
tú que en lance difícil al contrario has ven-
[cido
recibe de mis brazos el justo galardón.

(Lucanor se inclina.)

LEON.

(Bajo al Rey.)

¡Dadle quién ha sido la dichosa plebeya
a quien la roja banda el Príncipe ofreció!

¡Maldita sea, mil veces maldita, por que
[ella

en lides de belleza, mi belleza venció!

REY

(A Lucanor.)

- ¿Quién es saber quisiera la moza que ha
a tu pecho la banda. [cruzado
- PRÍNC. ¿Quién? Esa, no lo sé.
Vi su rostro moreno de belleza dechado.
Homenaje a una diosa de beldad mi acción
[fué.
- REY Oyeme, si tu triunfo causó envidiable
[asombro
quiero yo ante la corte premiar esta jorna-
[la.
De toda mi Justicia, Jefe Mayor te nombro
y para hacer justicia te regalo mi espada.
(Se desciñe de ella y se la entrega.)
- PRÍNC. Gracias, señor.
- REY El premio tu valor ha ganado.
- PRÍNC. Delitos y justicias fielmente pesaré.
Si alguna vez mi espada cayese en el pecado
en la presencia vuestra, señor, la partiré.
(Se retira con las Damas y Caballeros. Entra por el
foro el Capitán Don Alvaro y se dirige a Doña
Leonor.)

ESCENA XII

Dichos, el CAPITÁN, a poco el INQUISIDOR

- CAP. (A Leonor y al Rey.)
Cumplimentando, señora,
vuestra orden de ver quién era
la mujer a quien el Príncipe
honró del pueblo en presencia...
- LEON. (Interrunpiendo.)
¿Sabéis quién es, capitán?
- CAP. Lo sé, señora.
- LEON. ¿Quién era?
- CAP. La hija de vuestro bufón.
- LEON. ¿Cómo se llama?
- CAP. Lucrecia.
(Saluda y se retira.)
- LEON. ¡En su ultraje he de cobrarme

el que me hizo sufrir ella!)

(Entra el Inquisidor por el foro.)

INQUI.

(Aparte al Rey.)

Hecho, señor.

REY

¿Qué decís?

INQUI.

Que se logró vuestra empresa;
que ya tenéis el dinero.

REY

Veis como el que busca encuentra.

INQUI.

Y también he de deciros,
que las intenciones vuestras
conociendo, apresúreme,
y aquí traigo la diadema.

(Le entrega una arquilla.)

REY

Valéis más que cuantos grandes
hasta mi trono se acercan.

(Alto a los cortesanos.)

Oídme, nobles vasallos,
escuchadme vos, Princesa.
Hoy es día de favores
y uno haré a vuestra belleza.
Tomad, Leonor.

(Abre la arquilla y muestra la joya a los presentes
y se la entrega a Leonor que la recoge.)

LEON.

¡Oh! ¡Gracias!

REY

¡Aquí tenéis la diadema!

(En el momento de entregársela se escucha fuera
ruido de voces y de lucha como si alguien quisiera
entrar y se lo impidieran.)

ESCENA XIII

Dichos, el BUFÓN y un PAJE

PAJE

(Dentro.)

¡Atrás, atrás, Bufón!

BUFÓN

(Dentro.)

Paso, dejadme.

¡Mi sér entero se hunde y se desquicia!

(Entran luchando cuerpo a cuerpo el Bufón y el Paje.)

¡Paso, paso a mis penas!

PAJE

¡Ayudadme!

BUFÓN

¡Paso!

PAJE
BUFÓN

¡Atrás!

¡No ha de ser!

(El Paje cae al suelo ante la fuerza del Bufón. Este llega al trono y dice al Rey:)

¡Señor! ¡Justicial!

(Movimiento de expectación y sorpresa)

REY

¡Detenéos! ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?
¿Qué puede motivar tanta insolencia?
¿Cómo, Bufón, tu atrevimiento puede
provocar tal escena en mi presencia?

BUFÓN

Ha poco estando de mi hogar ausente
han llegado hasta él unos ladrones
y penetrando en él arteramente
han dejado sin blanca mis arcones.

INQUI.

(Al Rey).

(El dinero es, señor, con que he pagado
la diadema que habíais ofrecido.

Echad a broma lo que el necio ha hablado
y dad por bufonada lo ocurrido.)

REY

(Fingiendo reirse).

¡Bravo, Bufón! ¡Bien finges la desgracia!

¿Quién tu mentira por verdad no toma?

¡Buena es la farsa, buenal

(Riéndose.)

LEON.

(Riéndose).

¡Tiene gracia!

BUFÓN

¡Te juro, Majestad, que no hablo en bromal

REY

¡Siga la burla!

(A los cortesanos.) ¿Os divertís, señores?

CONDE

¡Majestad, mucho!

¡Embuste más chistoso!

(Todos ríen.)

BUFÓN

¿Qué dicen?

(Sin acertar a comprender.)

CAB. 1.º

¡Qué bien fingè los dolores!

INQUI.

Es el loco real muy ingenioso.

(Los cortesanos ríen con más fuerza. Exasperado.)

BUFÓN

¡No os riáis, no os riáis, que voy sintiendo
toda mi sangre convertirse en ira!

REY

Sigue, Bufón, así, sigue mintiendo,
que nos agrada mucho la mentira!

BUFÓN

¡Mentira! ¡No mentí! Verdad os digo.

INQUI.

¡Prosigue!



ACTO SEGUNDO

El teatro representa el portalón que da entrada a la casa del Bufón. Al fondo puerta grande de dos hojas claveteadas que permanecen abiertas durante todo el acto. A la derecha una ventana practicable. A la izquierda primero y segundo término, dos puertas también practicables.

Entre ellas un arcón viejo. En el primer término izquierda tres ruecas. El resto de la decoración a gusto del director de escena.

Al levantarse el telón aparecen hilando Lucrecia, Marianela e Inés. Las dos primeras son jóvenes; la otra de avanzada edad.

ESCENA PRIMERA

LUCRECIA MARIANELA e INÉS

MARÍ.

(A Lucrecia.)

LUC.

¿Por qué tu labio suspira?
¿Qué bulle en tu pensamiento
en tanto la rueca gira
con pausado movimiento?
Están mis tristezas sueltas
pero mi alma lo ignora
como la rueca da vueltas
una y una y otra hora
hilando copos de lino
que fingen blancos vellones
preguntando su destino
dan vueltas mis ilusiones.
Algo en mi alma dice: ¡Espera!
y yo no sé lo que espero.
Igual soy a una cordera
que ha perdido su cordero.
¿Lo encontrará? ¿Quién lo sabe!

Ella buscándolo avanza...
¡Hasta que su vida acabe
no acabará su esperanza!
Así continúan sueltas
mis tristezas su camino
mientras la rueca da vueltas
hilando copos de lino.
Mi alma me repite: ¡Espera!
y yo no sé lo que espero.
Igual soy a la cordera
que ha perdido su cordero.
MARI.
LUC. Lucrecia, ¿quieres callar?

(A Inés que la mira sonriendo.)

INÉS ¿Por qué hay burla en tu mirada?
Porque es tu hablar el hablar
de una moza enamorada.
LUC. Lo dices como un reproche.

INÉS (Dulcemente.)

Como un reproche halagüeño.
La mozuela que de noche
enseñando pierde el sueño
y se pasa suspirando
todas las horas del día
le dice al mundo callando
que Amor robó su alegría.
LUC. ¿Y qué es el amor, Inés?
INÉS Lo que enseñando te mientes.
¿Qué es amor! El amor es
esa tristeza que sientes.
LUC. ¿Y cuándo me he enamorado?

(Sorprendida.)

INÉS De ello no me di razón.
El amor es un malvado
que hiere siempre a traición.
Caminas por un sendero
satisfecha, alborozada,
sale un ladrón traicionero,
y te da una puñalada!
Tú no lo sientes y vas
prosiguiendo tu camino,
cuenta ninguna te das
de que te hirió un asesino!

De pronto dices así:
«Mis fuerzas perdidas son.
Creo que me duele aquí.»
y echas mano al corazón.

(Acompañando con la acción la palabra.)

MARI.

(A Lucrecia.)

Es tu zozobra—o no veo
ya claro en lances de amor,—
desde que te dió el trofeo
el príncipe Lucanor.

LUC.

(Con ingenuo temor.)

¿Que le amo crees acaso?
¡Mariana, quieres callar!
Inés, Inés, no hagas caso...

MARI.

Ni llegó a tanto mi hablar
ni sé lo que tu alma siente.
Claro que él es el primero...

LUC.

(Interrumpe sin poderse contener.)

¿Verdad que sí? Tan valiente,
tan noble, tan caballero,
que de caballero peca.
¡No hay otro! Yo no imagino...

INÉS

(Interrumpe con ironía.)

¡Mozuela, que de la rueca
se te está cayendo el linol!

LUC.

(Sin prestar atención.)

¿Quién le iguala en bizarría?
¿Quién vence su galanura?
¿Quién al mirar, miraría
con más rendida dulzura?
¿Quién le puede en lealtad?
¿Quién le gana en decisión?
¿Quién con mayor majestad
y con mayor corazón?
No un hombre, un Dios parecía
cuando a mi presencia vino.

INÉS

(Volviendo a interrumpir con ironía.)

¡Mozuela, por vida mía
que sigue cayendo el linol!

LUC.

(Disculpándose.)

Lo he empujado con el brazo.

INÉS

(Riendo.)

El lino cayó en el suelo
y tú en el amante lazo.

LUC.

(Avergonzada.)

Os burláis y yo tan loca...

MARI.

No ha sido tal mi intención...

Necio es que niegue la boca
cuando parla el corazón.

(Cariñosa.)

¡Conque sí! ¡Quién lo dijera!

LUC.

Vuestras burlas no tolero.

INÉS

Parece que la cordera

ha encontrado su cordero.

LUC.

¡No os moféis del ansia mía!

¡No véis que voy a llorar
de vergüenza?

JUGL.

(Apareciendo en la puerta del fondo.)

¡Ave María!

MARI.

Sed bienvenido, juglar.

ESCENA II

Dichas y el JUGLAR

JUGL.

¿De qué hablábais, que veo en vuestros ojos
y en vuestro gesto la emoción pintada?

INÉS

Del torneo de ayer; de la victoria
que al Justiciero dió laurel y fama.

JUGL.

Si no sale él a pelear; os juro
que era lance perdido la jornada;
¡pero entró en liza, y cuatro aventureros
rodaron sin sentido por la plaza!
El más fuerte quedó. ¡Con qué bravura,
con qué fiera e indómita arrogancia
se fué contra él, hundió el hierro en su gola
y llevándole al aire con su lanza,
en alto lo sostuvo y moribundo
le hizo morder la arena ensangrentada!

LUC.

(Que ha seguido las palabras del Juglar con ansiedad creciente.)

¡Y cómo rugió el pueblo de alegría,
y cómo le aplaudieron en la plaza!

¡y cómo hasta mí vino y qué galante
bajó del potro y se arrojó á mis plantas,
alargando galán la diestra mano
donde fué airón triunfal la roja banda!
¡Cómo tembló su labio al saludarme!
¡Cuánta pasión había en su mirada!

INÉS

(Con ironía dolorosa.)

¡De esta vez has tirado todo el lino;
milagro es que la rueca no tiraras!

LUC.

(Llorosa.)

¡No os burléis! ¡no os burléis!

INÉS

¡Pobre cordera!

¡desecha de tu mente esa esperanza.
Es loca tu ilusión. ¡Olvida, olvida!

LUC.

(Llorando.)

¡Es la herida muy honda!

INÉS

(Con pena.)

¡Desdichada!

(En tono de reconvención.)

(No llores más porque el juglar lo observa.)

LUC.

¡Inés, no puedo contener las lágrimas!

INÉS

(Levantándola con dulzura.)

¡Sal conmigo de aquí!

(Mientras se dirigen hacia el primer término izquierda.)

¡Conmigo, a solas,
amor y llanto de tu pecho salgan!

(Se marchan por el sitio indicado.)

ESCENA III

MARIANELA y el JUGLAR

MARI.

(En tono de burla, recogiendo la rueca.)

Si me quisiera ayudar
su cortés galantería...

JUGL.

¿Por que no, señora mía?
disponed de este juglar.

(Mientras la ayuda.)

¿Con qué me habéis de premiar?
Pedid, más no en demasía.

MARI.

JUGL.

Una cosa os pediría.

MARI.

¿Cuál?

JUGL. Vuestra cara besar.
MARI. Pedid, señor libertino,
 otro premio.

JUGL. ¿Cuál, ahora?

MARI. Os daré un vaso de vino.
JUGL. Pues para el caso es igual.
 Vos bebéis antes, señora,
 y así os beso en el cristal.

(Hacen mutis, riéndose, por el primer término izquierda. La escena comienza a oscurecer y a tomar esa luz sombría del crepúsculo de la tarde. A poco entran por el foro el Bufón y Brazo de Hierro.)

ESCENA IV

BUFÓN y BRAZO DE HIERRO

BUFÓN

(Entrando.)

¿Y dices?...

HIERRO

 Que ya es un hecho
que el pueblo se halla cansado,
y que el último soldado
hará valer su derecho.
Que ya esperan en acecho
a que llegue la ocasión
de romper su sumisión
y verla en triunfo trocada
con la justicia en la espada
y el puñal en la razón.

(Pausa.)

El pueblo está decidido,
porque ha llegado a saber
que su horrible padecer
sólo al monarca es debido:
contra él la gente se ha erguido,
protestan de él los soldados
y ayudan todos callados
de la venganza el momento
con un desperezamiento
de músculos atrofiados.

Ahora te toca a ti hablar,
entra en la conspiración,
sé el jefe de ella, bufón,
dinos cuando ha de estallar.

BUFÓN
HIERRO
BUFÓN
HIERRO

¡Calla!
¿Por qué he de callar?
No sigas.

BUFÓN
HIERRO

Dime por qué.
¿Crees que mal te aconseje?
Creo que esperan en vano.
¡Si tú supieras, hermano,
todas las cosas que sé!

BUFÓN

(Con desprecio.)
¿Y qué me importan a mí
esas cosas que te irritan
y al pueblo engañado incitan?

HIERRO

(Con mala intención.)
¿Y si tratasen de ti?

BUFÓN

(Acentuando el desprecio.)
¡Mientes! ¡mientes!

HIERRO

(Con entereza.) No mentí.
ciertas mis palabras son.
¿No fuistes la diversión
y la chacota del Rey
cuando acudiste a su ley
demandando protección?
¡Pues mientras tu candidez
su protección reclamaba
de tus penas se mofaba,
tu ladrón era tu juez!

BUFÓN

(Con asombro.)
¡El!

HIERRO

BUFÓN

Sí.
(Con ira.) ¡Acaba de una vez!
Pronto, que de ansiedad muero.
La verdad entera quiero.
¿Qué decir ha pretendido
tu lengua?

HIERRO

BUFÓN

HIERRO

¡Qué el Rey ha sido
quién te ha robado el dinero!
¿El fué? (Con más asombro.)
Y el Inquisidor.

BUFÓN

(Duda.)

¿Ellos tan ruines acciones?

HIERRO

Ellos fueron tus ladrones.

BUFÓN

(Dejándose caer en una silla con abatimiento.)

¡Pero es posible, Señor!

HIERRO

Les brindaron el favor
de la libertad perdida
a tres presos, cuya vida
estaba ya condenada
si llevaban la jornada
a su gusto conducida.

BUFÓN

¡Ellos! (Abstraído. Luego con fiereza.)

¡Teman mi venganza!

¿No dices que a una voz mía
la multitud se alzaría?

HIERRO

Pon en mí tu confianza.

BUFÓN

Pero mi mente no alcanza
a creer tan mala acción.

HIERRO

¿Dudas?

BUFÓN

No; tienes razón.

¡Lo han hecho, mas no han pensado
lo que es un hombre ultrajado
y herido en el corazón!

HIERRO

¿No te niegas?

BUFÓN

No me niego.

HIERRO

¡De verdad!

BUFÓN

Conmigo cuenta.

HIERRO

¿Llegarás donde se intenta?

BUFÓN

A todo y por todo llego.

(Deteniéndose de pronto.)

Pero escúchame, si luego
por azares de la suerte
nos vence el rey, que es mas fuerte,
¿qué hará tras el vencimiento?
¿Dónde iremos?

HIERRO

(Con naturalidad.)

Al tormento.

BUFÓN

¿Qué hemos de esperar?

HIERRO

La muerte.

BUFÓN

¿Cómo?

HIERRO

Eso no importa nada.
Probemos y Dios dirá.

Yo no temo.

BUFÓN

(Sombrio.)

(Y quedará
mi hija desamparada.
Y se ocuparán en ella
de mi justa rebelión.)

HIERRO

¿Qué estás pensando, Bufón?

BUFÓN

(Sin oírle.)

(Cuando la mire tan bella
querrá el Rey, de la doncella
y su hermosura gozar.)

HIERRO

¿Puedo contigo contar?

BUFÓN

(Indeciso.)

(¡Qué hacer!)

HIERRO

¿Oyes lo que digo?

BUFÓN

(Con ira dolorosa.)

¡Mi desventura maldigo!

¡Calla! ¡déjame pensar!

(Volviendo en su ensimismamiento.)

(El en sus brazos tenerla.

El con sus besos, agravios
dar al carmín de sus labios.

¡Yo condenado a saberla
suya! ¡a sufrir el tormento
de verla en el aposento
del Rey, entrar por la puerta
tantas veces por mí abierta
al real divertimento!)

HIERRO

(Viendo el abatimiento del Bufón.)

¿Aun sientes la cobardía
de viles generaciones
que sirvieron de bufones
como tú a la tiranía?

BUFÓN

(Desesperado.)

¡Déjame con mi agonía!

HIERRO

(Sorprendido.)

¡Dejarte!

BUFÓN

(Con ira.)

¡Dejarme, sí!
Sólo quiero estar aquí.

HIERRO

(Despreciativo.)

Ya me voy. ¡Pobre Bufón!

Se hará la conjuración
sin necesitar de ti.

(Con creciente irónico desprecio.)

¡Sé fiel, sé fiel! desgraciado,
al amo que te ultrajó!
¿Qué importa si te robó?
¿Qué importa si te ha burlado?
¡Sigue a sus plantas postrado,
proclama su omnipotencia
con tu estúpida paciencial

BUFÓN

(Yendo hacia él.)

¡Aguarda! ¡Escúchame!

HIERRO

¡No!

BUFÓN

(Volviendo al proscenio y dejándose caer en la silla.)

¿Es un hombre quien habló
o es la voz de la conciencia?

(Queda en actitud desesperada. A poco sale por el
primer término izquierda el Juglar que después de
contemplar al Bufón con sorpresa se dirige hacia él.)

ESCENA V

El BUFÓN y el JUGLAR izquierda

JUGL.

¿Qué te pasa, Bufón? ¿Por qué en tu gesto
se muestran el dolor y la congoja?

BUFÓN

¡Qué infamial

JUGL.

Calma ten y di el motivo
de la angustia y de la ira que te acosan.

BUFÓN

Escucha. ¿Sabes quién robó mis arcas
dejándolas vacías de mis doblas?

¿Sabes quién? ¿Sabes quién? Si no lo acier-
[tas

inútil es que que esfuerces tu memoria,
inútil es que busques...

JUGL.

(Interrumpiéndole.)

¿Quién ha sido?

BUFÓN

¿Quién? ¡El Inquisidor!

(Con asombro intenso.)

JUGL.

¿El?

BUFÓN

¡En persona
para dárselo al Rey!

JUGL.
BUFÓN

¡Es imposible!
¡Es verdad! ¡Y pensar que con mis locas acciones alegré del Rey la vida, que divertí sus aburridas horas, ¡que llegué por servirle, a los extremos de abastecer a su lujuria en mozas, de llevarlas ¡yo mismo! por la puerta secreta, que conduce hasta su alcoba!

(Después de una pausa.)

Venganza tomaría, pero ¿cómo poner mi tirso frente a : u corona? Me hablaron del apoyo de los gentes... de una conspiración... ¡Empresa loca! El rey nos vencerá... ¡los rebeldes su rebelión pagarán con la horca!

(Deteniéndose con fiereza.)

No es que me asuste de mi propia muerte si se cobrara con mi muerte sola.

¿Pero y si la extendiese hasta mi hija?

¿Y si en ella buscase mi deshonor?

Ella es mi único amor en este mundo, el poder de ese amor mi fuerza doma.

Por él, sólo por él pondré en la mano que me hiere, los besos de mi boca.

¿Eso harás?

JUGL.
BUFÓN

(Con refrenada cólera.)

¿Qué remedio? Entre mis burlas ocultaré la pena que me ahoga y seguiré riendo a carcajadas representando fiel mi farsa loca.

¿Qué sufro! ¡Y qué! ¡la risa está en los labios, la pena irá escondida, honda, muy honda).

(Se pasa las manos por los ojos y se pone en pie sonriendo amargamente.)

¡Se acabó! ¡se acabó! ¡Siga la burla!...

(Suspirando con tristeza.)

¡Cuánto cuesta reir, cuando se llora!

(Entran Lucrecia y Marianela por el foro.)

LUC.
BUFÓN

Padre, te busca un Paje de Palacio.

¡Un Paje! Hazle pasar.

¿Un Paje a esta hora?

(Vuelve a entrar Lucrecia con el Paje.)

ESCENA VI

Dichos. LUCRECIA, MARIANELA y el PAJE

PAJE Bien hallados.
BUFÓN Bien venido
seas a mi casa, Paje.

PAJE En nombre del Rey, a ella
vengo, Bufón, a buscarte.
Orgullo puedes tener
de la honra que te hace.
No puede de ti estar lejos,
no quiere de ti apartarse.

BUFÓN (Con ironía.)

Ya sé el amor que me tiene...
PAJE ¿Quién cual tú para alegrarle?
Aun ríen la bufonada
que en su presencia inventaste,
diciendo que de tus cofres
te robaron los caudales.
BUFÓN ¡Qué bien fingida la cólera!
¡Qué bien la furia imitaste!
Lo hice bien ¿verdad?

PAJE ¡Qué gestos!
qué palabras, y ademanes!
Lo creí cierto...

BUFÓN El oficio
tiene también vanidades.
¿Decías que el Rey me llama?
PAJE ¿Debo de ir pronto?

PAJE Al instante.

(El Bufón coge su capa que al entrar habrá dejado
en una silla o sobre el arca.)

LUC. (Al Bufón).
¿Te vas?

BUFÓN Sí.

LUC. Del Rey el cielo
la augusta persona guarde.
¡Ya que os ama, con las gracias
de vuestro ingenio, pagadle!

BURÓN

Lo haré, pues, que el soberano
me hace honores tan grandes!

(Sale riendo por el foro, seguido del Paje y del Juglar, que al salir hace una cómica reverencia a Marianela. Momentos antes ha aparecido Inés por el primer término izquierda.)

ESCENA VII

LUCRECIA, MARIANELA e INÉS

LUC.

(Después de mirar breves momentos por la ventana de la derecha.)

¡Ya se ocultan a mi vista,

Hacia Palacio se van!

¡Mi buen padre, con la mano
su adiós último me da!

MARI.

(También mirando por la ventana.)

¡Qué galantes cortesías

de lejos me hace el Juglar!

(Vuelven al centro.)

INÉS

Ya es noche. ¿Quieres que cierre?

(Deteniéndose con dulce ademán.)

LUC.

Deja el aire penetrar.

MARI.

(A Lucrecia).

Dime qué trova esta noche
tu labio nos contará.

LUC.

(Con ingenuidad.)

Sé muchas, muchas y bellas.

Pero ninguna igualar

puede a la que he de deciros
ahora.

INÉS

Empieza.

LUC.

Escuchad.

(Pausa grande. La luz de la luna entra por la ventana iluminando la escena. Inés y Marianela escuchan con recogimiento. A la discreción de la actriz queda la emoción que el autor ha intentado dar a la poesía que sigue):

«Tengo en el pecho una herida
que está sangrando, sangrando,

y con la sangre, mi vida,
va el corazón derramando.
Yo la contemplo llorando
con la esperanza perdida.
¡Tengo en el pecho una herida
que está sangrando, sangrando!
Y mi dolor es tan fuerte
que agonizo de dolor,
pero no llega la muerte.
Diz que me ha herido el amor.
¡Mi corazón se deshace,
que amor al herir no yerra
y herida que el amor hace
herida que no se cierra!
¡Ciérrala, Amor, por mi vida,
mira que me va matando!
¡Tengo en el pecho una herida
que está sangrando, sangrando!

(Pausa.)

Gracias, Amor, porque has hecho
lo que tanto te he llorado,
que la herida de mi pecho
con tu poder has cerrado.
Ya no la miro sangrar,
ya de dolor no agonizo,
si Amor me llegó a dañar,
también el daño deshizo,
misericordioso luego.
Ya no le dirijo agravios,
que no ha desoído el ruego
que le dijeron mis labios.
La herida que hubo en mi pecho
con su poder ha cerrado.
¡Gracias, Amor, porque has hecho
lo que tanto te he llorado!

(Pausa.)

Oyeme otra vez llorando,
ábreme otra vez la herida,
deja que siga sangrando
aún que me lleve la vida.
¡Triste yo que me quejaba!
Otra vez tu gracia espero.

ESCENA VIII

LUCRECIA y MARIANELA, luego LUCANOR, por el foro

MARI. ¿Dónde aprendiste canción tan bella?

UC. ¡Si tu supieras cual es su historia,
y por qué causa grabóse ella
en lo más hondo de mi memoria!
¿No has de decirme ningún reproche?

MARI. ¿A qué preguntas tal cosa, hermana?

UC. La canción esta, fué la que anoche
al pie cantaron de mi ventana.

MARI. ¿Cómo, Lucrecia, la has recordado?

UC. Sólo una cosa decirte quiero:

¿Sabes, Mariana, quién la ha trocado?

¡Ha sido el Príncipe!

MARI. (Sorprendida.) ¡El Justiciero!

UC. El en persona, que su voz era
la que subía de entre las sombras,
voz queredora, voz placentera.
¿De qué te admiras? ¿de qué te asombras?
Escucha y luego dame un consejo:

¿Sabes por qué este llanto derramo?

¿por qué suspiro? ¿por qué me quejo?

MARI. ¿Por qué, Lucrecia?

UC. ¡Porque le amo!

MARI. ¡Amarle!

UC. Amarle con alma y vida
y en alma y cuerpo ser suya entera.
De él mi existencia quedó prendida
al contemplarle por vez primera.

MARI. ¿Y no comprendes que eso es locura?

UC. Por ello a solas llanto derramo.

MARI. Su amor ser puede tu desventura.

UC. Lo sé, Mariana, ¡porque le amo!

(Se escuchan fuera sonidos de laúd. Prestando atención.)

MARI. ¡Ella!...

UC. ¡Qué!

MARI. Escucha. ¿No oyes que tañen
de laúd cuerdas?

LUC. Las oigo, hermana.

(Mira por la ventana.)

Mis ojos creo que no me engañan.

Veó una sombra por la ventana.

MARI. ¿Qué caballero será, imprudente,
quién aquí llega de rondador?

¿Sabrá que se halla tu padre ausente?

LUC. Oye la trova del trovador. (Sin oirla.)

(Quedan escuchando silenciosas.)

PRÍNC. (Dentro, entonando los acordes del laud.)

«Yo marchó en busca de un beso
de una boca peregrina,
que de amores estoy preso
en una cárcel divina.

Y si logra mi ansia loca
la dicha de conquistar
beso de tan linda boca,
por mote lo he de tomar.

Y para quitar agravios,
si mi querer darles pudo,
pintaré dos rojos labios
en un cuartel de mi escudo.»

(Cesa el trovar.)

LUC. (¡Su voz, la suya!)

MARI. ¡Bonita trova

la que escuchamos, lindo cantar!

LUC. (¡Alma y sentido su voz me roba!)

MARI. ¡Nunca he oído tan bien trovar!

(Mira por la ventana.)

Desvanecido quedó en la sombra,
fuese lo mismo que su canción.

LUC. ¡Irse tan pronto!

MARI. ¿Y eso te asombra?

Los trovadores pájaros son.

Pílan en lo alto de cualquier rama,
sus verdes hojas hacen temblar,
pero la vida libre les llama
y a otro árbol vuelan con su cantar.

(Pausa.)

Vamos, ya es tarde. Cierro la puerta.
En nuestra alcoba te esperaré.

(Vase por la izquierda primer término.)

LUC. ¿Por qué la calle quedó desierta?
¿Por qué se fué?

(Al ir a cerrar la puerta del fondo se encuentra con Lucanor que la mira con apasionamiento. Ella retrocede sorprendida.)

ESCENA IX

LUCRECIA y el Príncipe LUCANOR, por el fondo

LUC. ¿Vos?

PRÍN. ¡Yol... Perdona que de amores ciego
a tu propia mansión haya llegado,
perdón te pido y por mi amor te ruego
a tus plantas, Lucrecia, arrodillado.

(Lo hace.)

Perdóname, Lucrecia, esta osadía,
puesto de hinojos tu perdón reclamo,
¡Dejeme que te llame ¡vida mía!
deja que te confiese ¡que te amo!

LUC. ¡A mis plantas, señor! Alzad del suelo.

PRÍN. ¡A mis plantas un Príncipe rendido?
A tus plantas, Lucrecia. ¡Qué consuelo
encuentro al oír tus frases en mi oído!

LUC. (Con tristeza.)

Se os disputan tres reinas; poderosa
para vos tiene un trono cada una.

Fuera el amaros imitar la rosa
que quería llegar hasta la luna!

PRÍN. (Con amoroso frenesí.)

¡Atiéndeme!

LUC. ¡Por Díos! (Implorando.)

PRÍN. Sólo un instante,

diosa, más que mujer, para mí eres
porque en ti vió mi corazón amante
lo que no ha visto en las demás mujeres.
Tú eres la libertad que en mí ha borrado
prejuicios de ascendencia y gerarquía
¡Es tu hermosura tal, que ha superado
con su grandeza la grandeza mía!
Eres la libertad. Como a ella te amo

y como a ella te admiro y te venero
y tu amor pido y tu sostén reclamo
porque libertes a mi sér entero!
¿Verdad que me amas?

LUC. (Con fingido temor.) ¡Oh! yo...

PRÍN. Negar no intentes,
que en pugna tu alma y tus palabras pones.

LUC. (Con fingida entereza.)

¡Es que no quiero amaros!

PRÍN. (Con dulzura.) ¡Es que mientes!

Por eso se enrojecen tus facciones,
por eso muerdes en tus labios rojos,
por eso buscas frases, que no hallas,
por eso bajas con pudor los ojos!
Amor me dices, aunque amor me calles.

(Pausa. Con mucho apasionamiento.)

Yo te he visto, mujer, en halagüeños
y amorosos delirios de mi mente...
Era el bello jardín de mis ensueños:
tú te asomabas pálida a una fuente
y en tanto te mirabas, bella ingrata!
suspirando decías tu querella
mientras vertía lágrimas de plata
el incierto llorar de las estrellas.
Tú contabas las ondas una a una,
y al ver correr el agua murmurante
le preguntabas a la blanca luna:
—«¿Sabes acaso dónde está mi amante?»
Ella te respondía:—«Está soñando
ahora mismo contigo». Y se callaba.
Tú a la luna, seguías preguntando
y era yo, mi Lucrecia, el que soñaba.

(Con creciente amor.)

LUC. ¡Es extraño! ¡oh, sombras temerosas!
¡Yo caigo de la duda en el abismo!
¡Señor, mientras soñábais esas cosas
soñaba a solas yo también lo mismo!

PRÍN. ¡Oh! ¿qué dices? ¿Verdad tanta ventura?

(Con ingenua franqueza enamorada.)

LUC. ¡Ya mi boca no puede más callarlo!

PRÍN. ¡Habla, mi bien!

LUC. ¡Sé que mi amor es locura,

PRÍNC. pero os amo, señor, a qué negarlo!
¿Qué dices? ¿Es verdad lo que he escuchado?
¡No sueña aún mi mente enloquecida!
¡Qué me importa morir, si ya he gozado.
de la dicha más grande de mi vida!
(Quedan mirándose al lado de la ventana. En este momento aparecen en la puerta del foro el REY y los ENMASCARADOS 1.º, 2.º y 3.º; los cuatro con antifaces y tizonas. Al aparecer en escena hablan con sigilo entre sí.)

ESCENA X

Dichos, el REY y ENMASCARADOS 1.º, 2.º y 3.º

REY Señores, esta es la puerta
de la mansión. Id con tino.

ENM. 1. Franco está nuestro camino.
Dejaron la casa abierta.
(El enmascarado 1.º avanza delante de los demás. Deteniéndose con asombro.)
¡Teneos por Lucifer!
¡Silencio!

REY ¿De qué te asombras?

ENM. 1. Vi en la obscuridad las sombras
de un hombre y una mujer.

REY (Después de mirar sigilosamente al sitio donde están Lucrecia y el príncipe Lucanor.)
También mi vista lo aprecia.
Pero importancia no tiene.
Si el hombre a nosotros viene
le apuñaláis. A Lucrecia,
sin respeto ni temores
apresáis entre los tres
y a los caballos después.
¡Ahora, adelante, señores!
(Se acercan con sigilo a los amantes. Lucrecia los ve. se pone de pie y lanza un grito. Lucanor da un paso atrás, saca la espada y les hace frente.)

LUC. (Gritando con terror.)
¡Socorro!

PRINC. ¡Maldición! ¡Atrás, bandidos!
ENM. 1. (Bajo al Rey.)

¡El Justiciero!
(¡Mal'ita suerte!)
(A Lucanor.)

PRINC. ¡A Lucrecia entregadnos!
¡Fementidoes!
si dais un paso más, os daré muerte!

REY ¡Idos, Príncipe!

PRINC. ¡Irmel Con mi acero
sentiréis el castigo de la ley.
¿Quién se atreve a retar al Justiciero?
REY ¡Quien lo puede mandar!

(Se quita el antifaz.)
PRINC. ¡Qué veo!
(Sorprendidos.)

LUC. ¡El Rey!
REY ¡Yo soy; ahora marchad!

PRINC. ¡Qué!
REY ¿No me oisteis?

Envainad el acero.

PRINC. ¡No, por Dios!
¡Si para hacer justicia me la disteis,
la haré, don Pedro, aun que sea en vos!

REY (Enfurecido.)
¡Pues que lo quiere, a él todos!
(Los Enmascarados cruzan las espadas con Lucanor y luchan.)

¡Justiciero,
inútiles serán esos alardes!
LUC. ¡Favor! ¡favor!
(Cae desmayada.)

PRINC. ¡Te lo dará mi acero!
ENM. 1. ¡Paso al monarca!

PRINC. ¡Atrás, atrás, cobardes!
(Los Enmascarados retroceden.)

REY ¡Retrocede mi gente ante su espada
y yo aquí quieto!

ENM. 1. (Tirando una estocada.)

PRINC. ¡Por el Rey!
¡Mal tino!

¡Por ella!

(Tirando un golpe y cae un Enmascarado.)

REY ¡Finalice la jornada!

(Saca la espada y hiere a traición a Lucanor que cae.)

¡Perdóname, Señor!

PRINC.

¡Ay! ¡Asesino!

REY

¡Pronto, coged a esa mujer!

(Los Enmascarados lo hacen llevándosela por el foro.)

Sin gritos...

a los caballos!

ENM. 1.

¡Vamos ya, señores!

REY

De prisa. Ella a mi grupa. ¡Id!

PRINC.

¡Malditos!

REY

(Mientras sale a Lucanor.)

¡Lo quisiste!

PRINC.

¡Maldición! ¡Traidores!

ESCENA XI

LUCANOR; al final el BUFÓN

RINC.

(Encontrándose herido.)

Dadme a mi amor, infames, miserables!

¡Lucrecia! ¡Vida mía! ¡Yo te llamo!

¡Los cielos os castiguen implacables!

¡Dadme a mi amor! ¡No visteis que la amo!

(Pausa escuchando silencioso.)

De un potro escucho el galopar ligero...

¡En ese potro marchará mi amada!

(Poniéndose en pie en un momento de furor.)

¡Aun en pie se sostiene el Justiciero!

Aun puede, aun puede manejar su espada.

(Intenta andar y cae otra vez.)

¡El acero se escapa de mi mano!

¡Quiero salvarla... mas no puedo, no!...

Pero aun grita mi voz que el soberano
fué el que en mí la Justicia asesinó!

ESCENA XII

EL BUFÓN y LUCANOR

- BUFÓN (Dentro.) ¡Un muerto!
(Entra y ve a Lucanor herido.)
¡Vos, señor!
- PRINC. ¡Oh! ¡No te aflija!
Toma mi espada y véngate, bufón!
¡Se la llevan!
- BUFÓN ¿A quién?
- PRINC. ¡A ella! ¡a tu hija!
¡El monarca la roba!
- BUFÓN ¡Maldición!
- PRINC. ¡Toma mi espada y al ladrón alcanza!
¡Ve pronto!
- BUFÓN ¿Y vos?
- LUC. ¡Mi agonizar desprecia!
- BUFÓN ¡Juro ante un moribundo mi venganza!
Adiós.
(Vase y dice dentro.)
- PRINC. ¡Ay de ti, Rey!
¡Adios... Lucre... cial
(Muere.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena representa la real estancia en Palacio. Al fondo puerta grande de dos hojas. A la derecha ventanas muy anchas con vidrieras de colores. A la izquierda un oratorio con un Cristo. En primer término de esta lateral, una puerta pequeña que se confunde con la pared. En segundo término, otra grande, cuelgan de ella trofeos de armas y de caza. Esparcidos por la estancia taburetes y almohadones. Al levantarse el telón aparecen en escena los Soldados 1.º y 2.º

ESCENA PRIMERA

SOLDADOS 1.º y 2.º

SOLD. 2 ¡Mucha reserva se tiene!

SOLD. 1 Mucha ; tanto como miedo.

SOLD. 2 ¿Tú que sabes?

SOLD. 1 Graves cosas.

SOLD. 2 ¿A qué callarlas?

SOLD. 1 Me temo
que mis palabras escuchen.

SOLD. 2 Puedes hablar sin recelos.

SOLD. 1 El motín que estalló anoche
y que puso en grave riesgo
al monarca y a los nobles
que a su lado hacen Consejo
hoy continúa en las calles,
sigue alborotado el pueblo;
el número de rebeldes
es mayor y más resuelto
y hoy muchos soldados, muchos,

en lugar de ir contra el pueblo
se pasaron a las turbas.

SOLD. 2

¿Lo crees?

SOLD. 1

Tenlo por cierto.

¿El trono quiere soldados?
que los pague.

SOLD. 2

¿Podrá hacerlo?

SOLD. 1

Aun pagándolos ignoro
si podrán contar con ellos.

SOLD. 2

Eso es traicionar al Rey
eso es cumplir mal, y...

SOLD. 1

Eso

es que las turbas se forman
de padres y hermanos nuestros,
y querer con nuestras armas
desbaratar sus intentos,
significa echar lo propio
y lo amado por los suelos,
quemar el campo de uno
para que no arda el ajeno.
Obediencia al Rey juramos.

SOLD. 2.

¡Pero no a tan alto precio!
En el pueblo yo he nacido
y sigo siendo del pueblo.
En guerras de toda especie
he arriesgado mi pellejo,
y ¿qué saqué? Las heridas
que son adorno en mi cuerpo;
eso yo, que otros soldados
en los combates murieron.
Para los que nos mandaban
fueron ganancias y premios...
¡vive Dios! ¡que ellos conquisten
lo que sólo es para ellos! (Pausa.)

SOLD. 1.

Muchas cosas que he sabido
me explican estos sucesos.

SOLD. 2.

¿Qué sabes?

SOLD. 1.

Sé que a Lucrecia
el Rey la puso en encierro.

SOLD. 2.

¿Eso sabes?

SOLD. 1.

Y sé más;

huyó el Bufón en secreto
y juró tomar venganza.
Hará bueno el juramento.
Sé también dónde se encuentra.
¿Dónde? Di.

OLD. 2.

OLD. 1.

¿Quieres saberlo,
para entregar su cabeza
al Rey y coger el premio?

OLD. 2.

(Disculpándose.)

Yo...

OLD. 1.

Si es esa tu pretensión,
pronto acaso logres verlo
al alcance de tu diestra.

OLD. 2.

OLD. 1.

¿Verle yo? ¿Dónde?

Aquí dentro.

Pero en vez de echarle mano,
si puedes, salva el pellejo.
Ten cuidado con lo que haces.

OLD. 2.

OLD. 1.

OLD. 2.

OLD. 1.

¿Es amenaza?

Es consejo.

¿De modo que hoy?...

Ya está dicho.

¿Sigues sin ser de los nuestros?

¿Sigues sin dejar las filas?

OLD. 2.

¿Qué conseguiré con ello?

Si ha de vencer el monarca.

OLD. 1.

OLD. 2.

OLD. 1.

OLD. 2.

OLD. 1.

OLD. 2.

¡Quién sabe! Nada es eterno.

Los reyes son como robles...

Que el rayo parte por medio.

Dios los envía a la tierra.

Dios no se ocupa de eso.

(Mirando por el foro.)

¡Cuidado que viene gente!

Habrá acabado el Consejo.

El Rey es quien aquí llega.

Volvamos a nuestro puesto.

(Se sitúan al lado de la puerta del foro, por la que
entran el Rey y el Inquisidor. El Rey despide a
los soldados con un ademán y éstos se retiran.)

ESCENA II

El REY y el INQUISIDOR

REY ¿Qué sacásteis en limpio del Consejo?

INQUI. Nada que de remedio servir pueda.

REY ¿Qué hacer?

INQUI. ¡No sé!

REY Yo no lo sé tampoco.

INQUI. Lo inesperado tarda, pero llega.

REY A mis nobles convoco a mi Consejo para salvar la situación extrema, y ya lo habéis oído; a los temores de que la plebe amotinada vemos, tan sólo piensan en poner a salvo sus vidas y caudales.

INQUI. ¡Vil ralea!

REY No les importa que zozobre el tronco; cobardes huyen y de mí se alejan.

¡Egoistas! ¡Ingratos! Yo les juro que si a la plebe mi poder domeña ninguno volverá de mi palacio a cruzar bajo el arco de las puertas.

INQUI. Calma, señor, que para todo hay tiempo. ¿Y la hija del Bufón?

REY Lo sabéis; presa.

INQUI. ¿Presa debe seguir?

REY Nada me importa. Regalo es que al capricho de Su Alteza corresponde.

INQUI. Señor, la gente cree que con su padre huyó. Si a saber llega que padece prisión en un castillo, acrecerán la furia y la protesta.

REY Dije que a Leonor disponer toca. Siga en prisiones mientras ella ordena.

INQUI. Se hará así.

REY Del Bufón ¿nada se sabe?

INQUI. Tenemos pregonada su cabeza y puesta a precio, pero todo en vano. ¡En sitio alguno está, nadie le encuentra

- Yo creo, Majestad, que el asesino
del Justiciero con la plebe cuenta.
- REY Cuento o no, lo importante es que castigo
sufra ese populacho que protesta.
- INQUI. Decid: ¿qué hemos de hacer?
- REY ¡Lo que nos cumple!
¿Quieren la guerra? que la guerra tengan.
Lucharé hasta el final de la jornada.
Solo siendo imposible la defensa
del palacio huiré. Para este trance,
que mis caballos preparados tengan
al final del ignoto subterráneo
a que conduce esta secreta puerta.
(Mostrándole la puertecilla de la izquierda.)
- INQUI. Preferible es, señor, que partáis antes.
Dejad que vuestra gente luche y venza.
Ya tornaréis, cuando peligro no haya
para vuestra persona.
- REY ¡Fuera mengua!
Pelearé hasta el fin. ¡Estoy resuelto!
- INQUI. ¡Os perderá, señor, vuestra soberbia!
A lo menos, haced que de palacio
salga sin más demora la Princesa.
De hombres es hacer frente a los peligros
y no lo es mezclar en ello a hembras.
- REY Razón lleváis. Dad orden de que al punto
la Princesa Leonor hasta aquí venga.
La mitad de los fieles aprestados
para mi fuga, partirán con ella.
Venga pronto Leonor.
- INQUI. Vendrá. ¡Que luego
la suerte nos ayude!
- REY ¡Así sea!
(Vase el Inquisidor por el foro.)

ESCENA III

El REY y el Capitán don ÁLVARO

- REY ¡Capitán! (Llamando.)
(Entra el Capitán por el foro.)

Que los soldados
se aperciban al combate
al largo de las murallas.
En las puertas de Palacio
que se redoble la guardia,
y que infantes y jinetes
con sus mosquetes y lanzas
la ciudad me desalojen
calle a calle y plaza a plaza!
Señor...

CAP.

REY

CAP.

¿Qué?

Que los soldados
no me inspiran confianza,
y acaso si con el pueblo
en las calles se mezclara,
alguno dijera a voces
el descontento que calla.

REY

(Con descontento.)

Si alguno se atreve a tanto
muerto por los demás caiga.
Mirad que...

CAP.

REY

Lo que yo miro
es que mi paciencia acaba.

CAP.

Yo...

REY

¡No tolero más réplicas,
que lo que digo se haga!

CAP.

Señor... (El Rey vase izquierda.)

¡Mala consejera
es la ira en estas jornadas!

(Queda pensativo. A poco entra Leonor por el foro.)

ESCENA IV

El CAPITÁN y la Princesa LEONOR

LEON.

El Rey ordenó hace poco
que a esta cámara viniera.
¿Dónde está?

CAP.

Hace un instante
de aquí mismo salió, alteza.

LEON.

Decidle que aquí le aguardo.

CAP. Será hecho como se ordena.
(Va a salir.)

LEON. Señora...
 Oid un momento.
¿Del motín que sabéis?

CAP. Terca
sigue la plebe luchando.

LEON. ¿Y no cede ante la fuerza?

CAP. Mas es de temer, señora,
que nuestros soldados cedan.

LEON. ¿Cómo?

CAP. En algunos momentos
la plebe ventaja lleva.

 (Se oye murmullo lejano.)
LEON. ¿Qué es ese ruido lejano?

CAP. La multitud que se acerca.

LEON. (Después de una pausa.)

Transmitid al Rey mi ruego
y a la dama que me espera
en la otra estancia, decidla
que aquí la aguardo.

CAP. Alteza...

 (Saludando, vase.)
LEON. (Mirando por las vidrieras de la derecha.)

Plebe que combate... Grupos
que hacia Palacio se acercan.
¿Se atreverán esos viles
a embestir contra estas puertas,
a forzarlas, y en asalto
llegar a la alcoba regia?

(Queda pensativa. A poco entra por el foro Catalina con grandes muestras de terror.)

ESCENA V

La Princesa LEONOR y CATALINA

CAT. ¡Oh, señora! ¡de miedo llego muerta!

LEON. Catalina, ¿qué pasa? ¿qué sucede?

CAT. Los soldados que guardan esa puerta
me han referido...

LEON.

Sigue. ¡Di!

CAT.

No cede

el rebelado pueblo en su actitud
de odio sediento, de rencores locos,
avanza. A la fiera multitud
todo desquite le parece poco.

(El clamoreo se acerca amenazador.)

LEON.

¡Maldición! ¡maldición! ¡Llegó el ocaso
de mi poder, mi gloria, y mi grandeza!
Tropas mandaron a impedir su paso.

CAT.

Piden...

(Deteniéndose con temor.)

LEON.

¿Qué?

CAT.

¡Del monarca la cabeza!

LEON.

(Con soberbia amargura.)

¡He vivido mi vida en una altura
desde la cual un reino dominaba
rendido ante el altar de mi hermosura.
¡Hoy todo se termina! ¡todo acaba!
Vi arrastrarse a mis pies, por sólo un beso
o por sólo una frase, a todo un rey.
¡Como un esclavo le he tenido preso!
con su áurea corona y con su ley.
He dominado al clero, a la Justicia.
Sin ser reina, he ocupado su sitio,
y haciendo un esca'ón cada caricia
subí desde mi lecho, al trono real!
Hoy que en la cumbre del poder me miro
de la cumbre al abismo he de caer.
¡Delirio mío es! ¡No, no deliro!
¡Ha llegado el final de mi poder!
Salvarme, ¿quién hiciéralo? ¿A mi voz
quién llegará? ¿Qué barca con sus remos .
vendrá a auxiliarme en mi naufragio?

CAT.

(Señalando el oratorio.) ¡Dios!

¡No hay imposible para Dios!

(Se arrodilla en el oratorio.)

Recemos.

(Leonor sobre un taburete, con el brazo sobre las rodillas y la barba sobre la mano, queda fijamente contemplando las vidrieras de la derecha con los ojos llorosos. El clamoreo se oye cerca, amenazador y sordo como una tempestad lejana. Procúrese dar a todo el

resto de la escena la situación dramática y el efecto teatral que deba tener.)

(Rezando ante el Crucifijo.)

Por la corona de espinas
que llevas en tu cabeza.

Por tus heridas divinas
por tu grandeza.

Por el dolor de María
que llora por ti de pena,
por el llanto que vertía
Magdalena.

Por los brazos de la cruz
donde estás crucificado.

Por ese rayo de luz
consagrado

que te sirve de corona
iluminando tu frente,
por tu alma que perdona
dulcemente,

por todo cuanto quisieres,
por tu herido corazón.

¡Ten de esas pobres mujeres
compasión!

LEON.

(Con soberbia amargura.)

¡Adiós, locuras divinas!

¡Adiós, orgullo y riqueza!

CAT.

(Rezando.)

¡Por la corona de espinas
que llevas en tu cabeza!

LEON.

¡Ha llegado el triste día
del ultraje y la condena!

CAT.

¡Por el dolor de María
que llora por ti de pena!

LEON.

Adiós, gozados poderes
¡Adiós, vivida grandeza!
Ya ni hombres ni mujeres
pecharán ante mi alteza.

¡Adios, Corte de alegría
y de ostentaciones llena!

CAT.

¡Por el llanto que vertía
¡Magdalena!

LEON.

¡Cambiase en sombra la luz

CAT. que mi vida ha iluminado!
¡Por los brazos de la cruz
donde estás crucificado!

LEON. Veo rodar mi corona
desceñida de mi frente.

CAT. ¡Por tu alma que perdona
dulcemente!
Por todo cuanto quisieres

LEON. ¡Maldición!
Se acabaron mis poderes.

CAT. ¡Compasión!

LEON. ¿Quién me da castigo tanto?
¡Quién!

CAT. ...y del Espíritu Santo (Santiguándose.)
Amén!

(Se levanta del oratorio. Entra por el foro el Rey dando muestras de inquietud. El clamoreo se oye más cercano.)

ESCENA VI

Dichos, el REY; luego el capitán D. ÁLVARO

REY ¡Leonor!

LEON. ¿Qué queréis?

REY Oídme un instante.

LEON. Os escucho. Decid.

REY Es necesario
que sin dar treguas al tiempo, ahora mismo
salgáis secretamente de Palacio.

LEON. ¡Salir, señor!

REY Salir por esa puerta.
(La puertecilla de la derecha.)
Ella la entrada es del subterráneo
que lejos desemboca; donde lo hace,
seis hombres fieles y determinados
os aguardan. Con ellos a un castillo
seguro por lo fuerte y lo lejano
iréis, hasta que el triunfo aquí os devuelva,
o vencido yo llegue a vuestro lado!

LEON. ¿Y vos, señor, qué haréis?
REY Leonor, me quedo.

LEON. ¡Venid conmigo!
REY Yo no puedo. Aguardo.

¡Luchar hasta el fin quiero! Cuando vea
que el momento de huir es necesario,
con todo aquel que acompañarme quiera
donde vos os halléis, iré a buscaros.

LEON. Permitid que aquí siga; permitidlo.
Quiero seguir, señor, a vuestro lado.
¡Huiré cuando huyáis vos!

REY Es imposible.

LEON. Lo ruego a vuestros pies. Mirad mi llanto;
¡miradme a vuestras plantas humillada!

REY No ruegues, Leonor. Es necesario.

LEON. (Con creciente soberbia y amargura.)

Dejadme que aun me crea poderosa;
dejadme continuar en el palacio.

Dejad, dejad que hasta el postrer segundo
apure los destellos de mi ocaso.

Permitid que sentada sobre el trono
aguarde altiva del destino el fallo.

Si podemos vencer ¿a qué mi fuga?

¿Y si nos vencen?

REY ¡Huiremos ambos!

LEON. No llores, Leonor; vé que tus lágrimas
REY me quitan el valor que es necesario.

LEON. ¡Vencer, señor, vencer! ¿Estáis seguro
de que derrotaréis al populacho?

¿de que no arrancarán vuestra corona
de vuestras regias sienes en pedazos?

¡Y si tal ocurriese!...

REY No lo espero;
mas si tal ocurriese, iré a buscaros;
y en tanto que la muerte no nos hiera
viviremos unidos, recordando
nuestro muerto poder.

LEON. (Con terror.) ¡No, no podría
con tanta humillación y dolor tanto!

Si esa desdicha fuera, me veríais
de vergüenza morir a vuestro lado.

(Con amargura.)-

¡Dejad que siga aquí, dejad que apure
hasta romperlo, de mi orgullo el vaso!
¡Si debo de morir, muera en mi sitio,
en el trono sentada, en lo más alto!
¡Preferible es morir de esta manera
que vivir, viendo muerto lo pasado!

REY

(Conmovido)

Os ruego que marchéis sin más demora...
os lo ruego.

LEON.

¡Señor! ¡señor!

REY

(Con fingida autoridad.)

¡Lo mando!

Esta es la vez primera que ha salido,
para vos, un mandato de mis labios;

(Con energía.)

mas el primero es tal, que fuera inútil
—aun en vos,—la intención de contrariarlo.

LEON.

(Altiya y sombría.)

Puesto que así mandáis, os obedezco.
Mas ya que mi poder no ha terminado
os pediré una cosa

REV

Concedida.

LEON.

Una pena es de muerte.

REY

El nombre aguardo.

LEON.

Los plebeyos me arrojan de mi altura.

(Con aereza.)

¡En un plebeyo vengaré el agravio!
Vil plebeya es Lucrecia. Necesito
que apenas que abandone este palacio
abandone a su cuerpo su cabeza.

¿Se hará, señor, decid?

REY

¡Se hará!

(Llamando.)

¡Don Alvarol!

(Entra el Capitán por el foro.)

Cuando salgais de aquí, daréis la orden
al Jefe de Prisiones del Estado
de que en la suya acaben con Lucrecia.

¡Gracias, gracias!

LEON.

REY

Si venzo, aquí os aguardo:

y si me vencen, dejaré este sitio
y buscaré prisión en vuestros brazos.

(Leonor se arroja a sus pies.)

Llevala, Catalina

(Levantándola.)

CAT. (Tratando de consolarla.)

¡Venceremos!

Volveremos a verle.

LEON (Mientras sale, con amargura.)

¡Destronado!

(Vanse por la puertecilla.)

ESCENA VII

EL REY y el CAPITÁN

CAP. Bien hicisteis, bien hicisteis porque así la
[habéis salvado.

Yo temía que sus ruegos os llevasen a ceder.

Bien hicisteis, que para ella solamente a
[vuestro lado

desventuras y peligros y zozobras iba a
[haber.

REY Aguardo ansioso el momento de jugar la
[última suerte.

A las puertas de Palacio se tendrá que
[decidir.

CAP. Nadie llegará a esta estancia mientras yo
no halle la muerte.

REY ¡Hasta el último momento, capitán, no he-
[mos de huir!

Si nosotros los vencemos, teman ellos mi
[venganza,

y si nos vencen, ladino, yo sus iras burlaré.

Cuando el triunfo sea de ellos, cuando no
[quede esperanza,

por esa puerta secreta, seguido de vos,
[saldré.

CAP. Mas Lucrecia...

REY Id al instante. Decid que
[sufra la pena

a que su orden postrimera, Leonor la con-
[denó.

El castigo de su furia sufra el pueblo en su
[condena.

OFIC.

(Entrando. Que ha oído la última palabra).

¡Ya es tarde, señor, ya es tarde! El pueblo
[la libertó.

(El Rey y el Capitán, sorprendidos.)

ESCENA VIII

Dichos y el OFICIAL, foro)

REY ¿Qué dijiste?

CAP. ¿Qué ha pasado?

OFIC. El pueblo de orgullo loco
a esa Lucrecia hace poco
de la prisión ha sacado!

CAP. ¿Y mi gente?

REY ¿Cómo ha sido?

OFIC. Aunque fué dura la lucha,
es la plebe mucha, mucha,
y a vuestra gente ha vencido.

REY ¡Miserables!

CAP. ¡Pesia a mí!

OFIC. Vos, capitán, preparaos,
y vos, Majestad, salváos...
El pueblo viene hacia aquí.

REY ¿Y entrar ha de conseguir?

CAP. ¡Eso es más fácil decirlo
porque yo voy a impedirlo!

(Se dirige al foro, furioso.)

REY ¿Y si no?

CAP Si no... ¡a morir!

(Vase.)

ESCENA IX

El REY y el OFICIAL

REY ¡Cuánto odio a la plebe animal!

OFIC. ¿Tan airada está esa gente?

OFIC. Trae la fuerza de un torrente

desprendido de la cima.

¿Fuerza?...

REY

OFIC.

Muy grande la tiene.

REY

¿Bravura?

OFIC.

Mucha y probada,

que no se arredra ante nada

ni ante nada se detiene.

¿Es insolente?

REY

OFIC.

Es temible.

REY

¿Decidida?

OFIC.

Rencorosa,

más que fuerte, poderosa

y más que brava, temible.

¿A quién odia?

REY

OFIC.

¡A la nobleza!

REY

¿Por qué?

OFIC.

¡Por su tiranía!

REY

¿Qué es lo que su furia ansía?

¿Qué pide?

OFIC.

¡Vuestra cabeza!

(El Rey va a replicar cuando entra don Alvaro agitado.)

ESCENA X

Los mismos y el CAPITÁN

CAP.

¡Horrible desventura!

REY

¿Qué sucede?

¡Todo el mal venga! ¿Qué pasó?

CAP.

¡Señor,

lo que la mente imaginar no puede!

¡La turba asesinó al Inquisidor!

Ahora avanza hacia aquí, rugiendo, fiera,
la turba sanguinaria y maldecida...

¡Pero vengan! ¡Mi gente les espera!

¿Tenéis ya preparada vuestra huída?

REY

Sí.

CAP.

¡Prevenidos se hallan mis soldados!

Las puertas de palacio están cerradas,
y tras ellas hay brazos bien armados

dirigidos por almas bien templadas.
¡La hora se acerca, y hora decisiva
ha de ser. Aun contamos con leales,
y yo os juro, señor, que mientras viva
no ha de pasar la plebe estos umbrales!

(El rumor se agranda.)

REY . . . ¿Oís?... ¿oís?...

CAP. ¡La multitud se acerca!

REY El momento llegó. ¡Valor, Dios mío!

CAP. ¡Aun que sea la plebe dura y terca
con mis soldados en el triunfo fio!

(Se oyen gritos de «¡Muera el Rey! ¡A las armas!». Se ven cruzar por el foro en confusión enorme, soldados y pajes con las espadas y lanzas ensangrentadas.)

¡Adiós, señor, adiós! ¡No han de vencernos!

REV ¡Quiera el cielo que el alma no te engañe!

CAP. ¿Engañarme? muy pronto hemos de vernos.

(Se dirige al foro.)

REY ¡Que te acompañe Dios!

CAP. Dios me acompañe!

(Vase corriendo.)

ESCENA XI

El REY, luego el OFICIAL, por el fondo

(Se dirige hacia la puerta y mira breves momentos. Luego vuelve al centro de la escena y va a la ventana. por la que escucha con la cabeza inclinada. Al oír la lucha y los gritos que dan fuera, hace un gesto de desaliento y se deja caer abatido en un sillón con la cabeza entre las manos. Más tarde dice con amargura:)

REY ¡Fatal momento! ¡Nadie en torno mío!

Por mí luchan, por mí... ¡Mi nombre dicen
con devoción leal, con odio impio;
me llaman su señor, o me maldicen!

¡Quisiera arrepentirme de lo hecho,
porque un volcán de pesadumbre arde
en el fondo rugiente de mi pecho!

Quisiera arrepentirme ¡pero es tarde!

(Vuelve a escuchar. Luego se dirige a la ventana.)

¡Mi corazón palpita enloquecido!
¡Qué violentos sus latidos son!

(Vuelve a caer en el sillón.)

¡Qué cansancio! ¡Qué angustia! ¡Estoy ren-
[dido!

¡Oh, Dios mío, Dios mío... protección!

(Deja caer el rostro entre las manos mesándose los cabellos. En este momento se abre violentamente la puerta del foro y aparece el Oficial sudoroso, lleno de polvo con la espada en la mano, sin casco, y con algunos girones en el traje. Llega hasta el Rey con apresuramiento.)

OFIC.

¡Huid, señor, huid! ¡Somos vencidos!
No deteneros, no, que el tiempo es breve.
Los leales son pocos y rendidos;
los soldados se pasan a la plebe,
que más que de hombres, fórmase de fieras.
Apresaros aquí son sus intentos.
ya comienza a ganar las escaleras
que conducen hacia estos aposentos.
¡Huid, señor, huid sin más demora!
¿Lo haréis?

Lo haré.

REY

OFIC.

¡Vaya con vos la suerte!

(Vuelve a marchar por el foro.)

REY

(Con infinita amargura.)

¡Todo acabó! ¡Llegó la triste hora
más triste y más terrible que la muerte!

(Coge la capa y luego se detiene.)

¿Dejar la lucha? ¿Huir como un cobarde?

(Se pasa la mano por la frente.)

No hay más recurso.

(Llega a la puertecilla secreta y se detiene, diciendo:)

¡Adiós, grandeza mía!

volveré triunfador, y en ese día,

¡ay de vosotros! Vamos ya.

(Abre la puerta y aparece por ella el Bufón que le detiene con un ademán. El Rey retrocede.)

ESCENA ÚLTIMA

EL REY, el BUFÓN; a poco LEONOR muerta y amotinados

REY ¡El Bufón!

BUFÓN ¿No esperabas mi regreso?
A tu Bufón creías un ingrato.

REY ¡Paso al Rey!

BUFÓN (Riendo y deteniéndole.)

¡Loco estás!

REY

BUFÓN

¡Paso!

¡Insensato;

quieres pasar cuando te tengo preso!

REY

(Con orgullo)
¿Qué dices? ¿Preso yo?

BUFÓN

Llegó tu ocaso.

REY

¡Oh, déjame pasar. El tiempo es breve!

BUFÓN

¡Pasar... pasar!

REY

(Escuchando.) ¿Qué gente es esa?

BUFÓN

Plebe

que busca tu persona; ¡no, no hay paso!

REY

¿Cómo entraste hasta aquí?... Mi alma no
[acierta

BUFÓN

Muchas veces me enviaste por mujeres;
para dar alimento a tus placeres
te las entraba yo por esa puerta.

(Se oye golpear la puerta del foro.)

REY

¡Oh, basta; pronto, que la plebe llega!

BUFÓN

Hoy te traigo también una hembra aquí.

¡Llegad... llegad!

(Abre la puerta del foro y entran los amotinados con
Leonor muerta.)

La hembra está ante ti.

(Arrojándole el cadáver de Leonor.)

Ahí la tienes ¡La plebe te la entrega!

REY

(Con terror.)

¡Leonor!... ¡Leonor asesinada!

BUFÓN

Siempre hasta ahora del loco te has reído;
¡a la hora de morir, rasgue tu oído
de tu loco Bufón la carcajada!

(La plebe se arroja sobre el Rey.)

REY
BUFÓN

¡Piedad!...

A la esperanza el alma cierra.

(Los del pueblo cercan al Rey ocultándolo al público.)

¡Con tu frente real el polvo toca!

(Aparece el Rey muerto, al separarse el grupo de la plebe.)

¡Hoy, todos los bufones de la tierra
ríen de ti en la risa de mi boca!

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	Juan José
La Ola gigante	La sociedad ideal.
El señor Conde de Luxemburgo	La cizaña
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	Entre ruinas
El Sol de la Humanidad	La vida es sueño
Zazá	Sabotage
Mujeres Vienesas	Pasa la ronda
Hamlet	Magda
Giordano Bruno	El Papá del Regimiento
El Nido Ajeno.	El Alcalde de Zalamea
El Rey	Los dos pilletes
Prisionero de Estado o La Cortede Luis XIV	D. Juan de Serrallonga
Los Miserables	El Rey Lear
La ladrona de niños	Espectros
Los dioses de la mentira	Las Cigarras Hormigas
Cristo contra Mahoma	El Registro de la Policía
Juventud de Príncipe	El vergonzoso en Palacio
	La Fuerza de la Conciencia.
	Aurora
	Eva
	El Bufón

Seguirá la obra

EL CUCHILLO DE PLATA

Drama en cinco actos y un prólogo

DON EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO Y DON JOSÉ ROCA Y ROCA

Ho-38.

1

El Cuchillo de Plata

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El Cuchillo de Plata

DRAMA EN CINCO ACTOS Y UN PROLOGO

ARREGLADO A NUESTRA ESCENA POR

DON EDUARDO VIDAL Y VALENCIANO

Y

DON JOSE ROCA Y ROCA



Estrenado con éxito extraordinario en el «Teatro Español», de Barcelona,
el día 21 de Septiembre de 1879



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

REPARTO

<u>PERSONAJES</u>	<u>ACTORES</u>
MARTA	Doña Carlota de Mena
MARGARITA	Srta. Dolores Ricart
LUISA	» Francisca Valverde
MARCOS SCHMIT	D. Antonio Tutau
EL DOCTOR GULDEN	» Juan Bertrán
GUILLERMO	» Juan lsern
RENATO	» Miguel Riba
ULRICO	» Lucas Buxeda
JEREMÍAS	» Miguel Pigrau
GILBERG	» Luis Llibre
RICARDO	» Pablo López
LUIS	» Pedro Cufí
FRANZ	» Luis Muns
FRITZ	» Aniceto Ruiz

Estudiantes, jueces, lacayos, pueblo, etc., etc.

La escena pasa en Munich (Alemania). El prólogo en 1790;
los cinco actos restantes quince años después.



PROLOGO

Camino del suplicio

Despacho particular del Juez Marcos Schmit. Puerta al fondo. En el segundo término de la derecha, ventana que da a la plaza. A la izquierda dos puertas. En primer término de la izquierda y adosado a la pared un pupitre que contiene el registro. A la derecha en primer término, mesa escritorio llena de papeles y procesos. Reloj de caja y péndola, sofá, retratos de jueces y dignatarios, de cuerpo entero.

ESCENA PRIMERA

MARCOS y JEREMÍAS

(Marcos sentado junto a la mesa. Jeremías de pie delante de él.)

MAR. ¿Qué pedís?

JER. Justicia.

MAR. Hablad.

JER. Monseñor, vuestro hermano me tomó prestada... una miseria

MAR. ¿Y por una miseria venís a importunarme?

JER. Es que esta miseria es toda mi fortuna.

MAR. Pues decid toda vuestra fortuna... y al grano.

JER. Aquí están los comprobantes. (Mostrando unos papeles que saca de una cartera.) Un pagaré de quinientos florines, otro de mil y el tercero de mil quinientos; en suma, tres mil florines.

- MAR. ¡Tres mil florines!
- JER. Monseñor, ya os he dicho que era toda mi fortuna... El plazo venció hace quince días. Y Dios es testigo de mis palabras: si he venido a molestar vuestra atención, es simplemente porque al pie de esos pagarés hay un nombre que es el vuestro... ¡Ojalá no fuesen los tiempos tan malos!..
- MAR. A ver esos papeles... (Jeremías vacila.) ¿Desconfiáis de mí?
- JER. ¡Monseñor! (Entregándolos con timidez.)
- MAR. (Leyendo pausadamente.) «Pagaré a Jeremías Waldek, negociante...» ¿Cuáles son vuestros negocios?
- JER. Monseñor, comercio un poco en todo... principalmente en diamantes.
- MAR. Veo que en esos pagarés no se consignan intereses; supongo que no prestaréis de balde.
- JER. Bien lo quisiera, señor, pero los tiempos están tan malos...
- MAR. Acabemos.
- JER. Los intereses se descontaron por adelantado.
- MAR. ¡Miserable!... ¿Y a cuánto los descontáis?
- JER. ¿A doce? ¿A quince? ¿A veinticinco?
- MAR. A cinco, señor Juez, a cinco. (A cinco cada mes.) Yo no soy ningún usurero, yo no despellejo al prójimo; soy un hombre honrado. (Marcos llama en el timbre.)

ESCENA II

Los mismos y GILBERG

- MAR. Gilberg: buscad en el registro los antecedentes de Jeremías Waldek.
- JER. ¿Mis antecedentes? Todo Munich me conoce; yo soy un hombre honrado.
- GILB. (Lee.) «Jeremías Waldek que se titula negociante, notoriamente conocido por usurero

y prestamista, principalmente sobre diamantes y piedras preciosas: relacionado con Zacarías de Francfort, lapidario, sujeto a la vigilancia de la policía por las transformaciones y diversas estafas, en las que se le cree interesado.»

JER. ¡Calumnia!... ¡Las pruebas!... Yo soy un hombre honrado...

MAR. Silencio.

JER. Pero señor, si todo eso es falso. Lo juro ante Dios vivo.

MAR. No blasfeméis: si os burláis de la justicia de los hombres, no afrontéis la de Dios.

JER. ¡He aquí lo que tiene hacer bien a ingratos! Los tendéis la mano para sacarles de un apuro, y os muerden. Si alguien me acusa, son los envidiosos de mi pobre fortuna adquirida a fuerza de trabajo y de economía.

MAR. ¿Pero no decíais que los tiempos eran malos?...

JER. Señor, yo soy comerciante. ¿Habéis visto nunca un comerciante que diga que los tiempos sean buenos? ¿Pero yo usurero?... ¿Yo encubridor?... ¿Yo ladrón?... Yo, Jeremías Waldek... ¡Dios omnipotentel... Haber llegado a mi edad para sufrir una humillación semejante... ¡Oh, no, eso no es posible... Prefiero perderlo todo a verme calumniado. Guardad los pagarés, señor Juez, Guardadlos. Yo os prometo no reclamar ni un maravedí...

MAR. (Levantándose.) ¿Por quién me habéis tomado? La infamia que me proponéis justifica sobradamente todas las vuestras. (Dando al judío Waldek tres cartuchos de oro que ha sacado de un cajón.) Tomad vuestros tres mil florines, y en lo sucesivo os prohibo terminantemente que prestéis ni un solo maravedí a la persona que ha firmado esos pagarés. Por lo demás, sed prudente ya que no

sois honrado... y no olvidéis que la justicia os vigila.

JER.

(Saliendo.) ¡Ay, señor!... ¡Lo que le cuesta a un hombre honrado ganarse la vida!

ESCENA III

MARCOS y GILBERG

MAR.

¡Miserable!

GILB.

La advertencia será inútil, señor Juez.

MAR.

Vale más prevenir el crimen que tener que castigarlo. ¿Habéis ido a la cárcel?

GILB.

Sí, monseñor.

MAR.

¿Habéis visto a Butler?

GILB.

Sí, monseñor.

MAR.

¿Confiesa algo?

GILB.

Ni una palabra: tiene el corazón duro, y y no hablará hasta el pie de la horca.

MAR.

¿Habéis permitido la entrada a su mujer y a sus hijos?

GILB.

Sí, monseñor.

MAR.

¿Y qué?

GILB.

Lo de siempre en estos casos. Gritos, lágrimas, sollozos, protestas, abrazos... y nada más.

MAR.

¿Sabe que hoy ha de morir?

GILB.

Sí, a las doce en punto.

MAR.

(Mirando el reloj.) Falta una hora escasa. Dios tenga piedad de él.

ESCENA IV

Dichos y el Doctor GULDEN

DOCTOR

Dispensa si entro sin anunciarme; pero el asunto de que vengo a hablarte es tan grave, es tan urgente, que no puede perderse un minuto.

MAR.

Habla.

- DOCTOR Acabo de ver al reo Butler.
MAR. ¿Y ha confesado?
DOCTOR No, y lo que es más, no confesará.
MAR. ¿Por qué?
DOCTOR Porque Butler es inocente.
MAR. ¡Inocente!...
GILB. (¡Pobre doctor!... ¡Le cree inocente!...)
MAR. ¿Y en qué te fundas?
GILB. ¿En las lágrimas del condenado, señor Doctor? ¡Ah! Bien se conoce que sois muy perito en enfermedades del hospital; pero que conocéis muy poco las artimañas de los calabozos.
- DOCTOR Reconozco en vos, señor Gilberg, un corazón fuerte y ajeno a toda idea de compasión. Vuestra sonrisa revela una serenidad de espíritu que admiro; pero que no os envidio.
- MAR. Dejemos este asunto y volvamos a Butler. ¿Qué pruebas tienes de su inocencia?
- DOCTOR ¿Pruebas? Ninguna; pero tengo una convicción tan íntima...
- MAR. La mía es absoluta... Gilberg, vos asistiréis a la ejecución; traed al doctor Gulden las últimas palabras del condenado, para que se convenza de su error.
- DOCTOR ¿A qué hora es la ejecución?
- GILB. A las doce en punto. (Gilberg se retira. El Doctor le da una mirada de desprecio y exclama.)
- DOCTOR ¡Hombre sin corazón!...

ESCENA V

MARCOS y el Doctor GULDEN

- DOCTOR Oye, Marcos; y si las últimas palabras de Butler no fuesen las que tú esperas, ¿qué pensarías?
- MAR. Que en el hombre puede más el orgullo que el arrepentimiento.
- DOCTOR ¡El orgullo! Todos tenemos nuestra dosis; mas, ¿quién puede decirse infalible?

MAR. La justicia debe serlo.

DOCTOR ¡La justicia! Terrible palabra cortante como el hacha del verdugo. ¿Olvidas que la duda es el principio de la sabiduría?

MAR. Pero recuerda también que la fe es su convencimiento.

DOCTOR La fe, sí, cuando es divina; pero nunca cuando es exclusivamente humana. Oye, Marcos: permite a un amigo de toda la vida te diga lo que siente y lo que piensa. Tú eres el hombre justo por excelencia, el hombre del deber, un modelo de probidad. Pero el cargo que desempeñas hace tantos años, ha acabado por transformar y por absorber tu espíritu; investido del derecho de vida y muerte, ávido de justicia, te olvidas de que eres hombre para ser solamente juez. Marcos, por una sola vez en la vida, vuelve a ser hombre. ¿No te espanta ese derecho absoluto, incontestable de vida y muerte, sobre tus semejantes? No ves la terrible responsabilidad que contraes?

MAR. ¡Tantas veces he pensado en ello! ¡Si vieras cuán pesada es la carga de esa responsabilidad! Bien quisiera yo compartirla con alguien; pero en tanto que la lleve, la llevaré sin debilidad, sin flaqueza, y tus dudas que en último extremo no son más que el reflejo de un corazón bondadoso, no quebrantarán en mí una convicción tan firme como la evidencia.

DOCTOR Como la probabilidad.

MAR. Como la evidencia. Destruye sino los terribles argumentos de los hechos. Estamos a 15 de Octubre: la célebre Mariani da una de sus crapulosas fiestas.—El conde de Asfeld pasa la noche junto al tapete verde. Gana una suma considerable, diez mil florines. A las cinco de la madrugada se retira del palacio.—Empezaba a amanecer.—Al revolver de una esquina se ve

súbitamente sorprendido y cae asesinado de una certera cuchillada.—Un vigilante nocturno acude a sus apagados ayes y ve huir a un hombre en dirección del río. Suenan las cinco. El Conde expira sin poder proferir ni una sola palabra. Los diez mil florines están intactos; no ha sido el robo el móvil del crimen. ¿Cuál ha sido, pues? Un tejedor, llamado Butler, habita una cabaña contigua a una propiedad del Conde y debe un año de alquiler. El tejedor es pobre y pende sobre él un desahucio que amenaza dejar sin pan y a la intemperie a él y a su familia. La víspera del crimen ocurre la siguiente escena. Butler se presenta al Conde, pide un nuevo plazo y el Conde le arroja de su presencia, tratándole cruel y duramente. El tejedor no vuelve a su casa hasta el siguiente día a las seis de la mañana. ¿Dónde ha pasado la noche? Se fué a la taberna a ahogar en vino sus pesares. Así lo declara... ¿Y cómo, cuándo, a qué hora salió de la taberna? Butler no lo recuerda. Tiene sangre en la mano y en los vestidos, una herida en la frente... El cree haberse caído; añade que un transeunte le levantó y fué a lavarle a una fuente inmediata... ¿Quién es este transeunte? No puede dar las señas: la obscuridad de la noche no le permitió enterarse de ello. La noticia del crimen se extiende por Munich, no se habla de otra cosa y el transeunte no se presenta para salvar la vida de este hombre. ¿Sabes por qué? Porque el transeunte no existe. Porque el asesinato del conde de Asfe'd ha sido una venganza de Butler... Y ahora, si después de todo esto te atreves, proclama su inocencia.

DOCTOR

Graves, gravísimas son las presunciones, pero las presunciones nunca serán prue-

bas, pruebas materiales, indubitables, concluyentes.

MAR. Advierte, Gulden, que hay pruebas morales que se imponen al ánimo como verdaderas matemáticas.

DOCTOR Sí, es cierto, hay pruebas morales, y a éstas apelo yo. Yo he visto a Butler; le he visto alentando a su desgraciada esposa loca de dolor; abrazando a sus tiernos hijos, deshechos en lágrimas; yo he visto aquellas facciones, aquellas miradas en los ojos que están impresos treinta años de honradez, de trabajo, de resignación y de paciencia. ¿Cuáles son sus antecedentes? ¿Qué se sabe de su vida? ¿Qué testigo ha declarado contra él? ¿Y con toda una existencia irreprochable habrá incurrido en una venganza tan ciega, en un crimen tan estúpido? Imposible.

MAR. La embriaguez lo explica todo.

DOCTOR Pasada la embriaguez habría confesado el crimen y hubiera dado muestras de arrepentimiento. Desengáñate, Marcos, el semblante de un hombre es un libro abierto. Tu hermano Guillermo, por ejemplo, perdona si te hablo de tu hermano, es un argumento en mi favor. Se reflejan en su semblante todas las malas pasiones: la educación ha podido enfrenarlas, pero en su semblante existen. Contempla el rostro de Butler, mira su cabeza, y dime si aquel hombre pudo ser nunca un asesino.

MAR. Donosa teoría, si no fuese una doctrina execrable y destructora de toda moral.

DOCTOR No, porque ella no excluye la lucha, y por consiguiente el triunfo del espíritu sobre la materia.

MAR. En resumen, ¿qué quieres? El hecho está juzgado y la sentencia firmada. Yo no tengo el derecho de indulto.

DOCTOR Pero puedes conceder un plazo

MAR. ¿Y qué esperas con eso?

- DOCTOR No me atrevo a decírtelo.
MR. ¡Habla!
DOCTOR Pues bien, la mujer de Butler ha visto al desconocido que socorrió a su esposo.
MR. ¿Le ha visto? ¿Dónde?
DOCTOR Aquí. (Después de una pausa, señalándose la frente.)
MR. ¡Ay, pobre Doctor; yo creo que estás loco.
DOCTOR Le ha visto, no con los ojos del cuerpo; pero sí con los del alma.
MR. ¡Desgraciado! ¿Crees también en esas nuevas teorías?...
DOCTOR Sí, creo en ellas; creo en el fluido magnético, en esa fuerza semejante a la del imán, capaz de evocar un mundo sobrenatural...
MR. ¡Tonterías!
DOCTOR ¡Cuánto orgullo! ¿Es decir que porque una cosa sea nueva, hemos de afirmar que es falsa? El dominio de lo desconocido es inmenso. Oye: ¿quién puede decirle a la ciencia: «de aquí no pasarás?»
MR. ¿Sabes, Doctor, que si hubiéramos vivido doscientos años atrás, te hubiera asado vivo?

ESCENA VI

Dichos y MARGARITA

- MRG. Papá. (Con una muñeca en la mano.)
MR. ¿Qué quieres? (Con rudeza.)
MRG. ¡Ah! (Intimidada.)
DOCTOR La has asustado... pobrecita.
MR. Margarita, hija mía... (La acaricia.) En un día como este, hasta me olvido de que soy padre. ¿Qué quieres, hija mía? (Sentándola en sus rodillas.)
MRG. Hay en la puerta una mujer llorando: lleva un niño y una niña. He querido darles mis juguetes y se han puesto a llorar.
MR. ¿Quién es esa mujer?
MRG. Dice la pobrecita que su esposo va a mo-

rir, y que es inocente. ¿No es verdad papá, que si es inocente no deben matarle? (Marcos deja a Margarita en el suelo.) Yo también he llorado, papá, ese pícaro de G. berg trataba de echarlos... ¿No es verdad que es muy malo?

MAR. (Con emoción al Doctor.) ¿Has oído? Yo no puedo ver a esa mujer; pero tú podrás sacarla...

DOCTOR Marcos... ¡Suspende la sentencia!

MAR. No.

DOCTOR Margarita, pide a tu papá para esa mujer sus pobres niños.

MARG. Papá... perdónales. (Arrodillándose.)

MAR. ¡No! (Con mucha entereza.)

DOCTOR Ven, pobre hija mía. Ven. (Se retiran.)

ESCENA VII

MARCOS

MAR. ¿Por qué tiemblo? ¿Vacila mi convicción ante las quimeras de ese médico?... ¡Suspende la sentencia! ¿Para qué? ¿A qué fin prolongar la agonía de este desgraciado?... Los sofismas del Doctor perturban mi espíritu y le atormentan, le hacen vacilar... ¡Inocente!... ¡Este solo pensamiento eriza mis cabellos!... ¡No, no!... Imposible... quimeras... locura!... He hecho todo cuanto podía... He cumplido con mi deber... He apelado a todos los medios racionales... Estoy tranquilo... Lejos de mí, fantasmas engañosos... Quiero ser dueño de mí mismo... quiero serlo... ¡lo soy! (Se sienta a su mesa despacho.)

ESCENA VIII

MARCOS y GULLERMO

- GUIL. Adiós, hermano (Con desenfado y el sombrero puesto.)
- MAR. ¿Eres tú?
- GUIL. Yo soy; pero me parece que llego a mal tiempo.
- MAR. Al contrario, vienes perfectamente; tenía necesidad de hablarte.
- GUIL. Mejor que mejor; pero como que presumo lo que vas a decirme, hazme el favor de escucharme antes, y así te ahorrarás por lo menos un sermón.
- MAR. Habla.
- GUIL. Seré breve: dividiré mi discurso en dos partes. Primera: no tengo un maravedí. Segunda: tú tienes dinero.
- MAR. ¡Y qué has hecho del que te entregué a fin de mes?
- GUIL. Voló.
- MAR. ¿Cómo?
- GUIL. Empecé por pagar mis deudas.
- MAR. ¿Todas?
- GUIL. Todas.
- MAR. ¡Mientes!... Aquí tienes tres pagarés suscritos por ti que ascienden a tres mil florines.
- GUIL. ¿Cómo?... ¿Ese bellaco de Jeremías se ha atrevido?...
- MAR. Había acudido contra ti y tu nombre es el mío: he pagado.
- GUIL. ¿Y le has dado los tres mil florines cuando sólo había recibido mil? A esos bellacos no no se les paga nunca.
- MAR. Tú, ni a esos ni a nadie. Porque tu dinero, o mejor dicho el dinero de los otros, sólo sirve para alimentar tus vicios, arrastrándote con todos los perdidos de la ciudad, frecuentando ciertos lugares indignos de

un caballero y disipándolo en el juego. Niega sino que en casa de la Mariani, la misma noche que fué asesinado el conde de Asfeld, éste te ganó más de mil quinientos florines.

GUIL. Bien, sí, lo confieso, jugué. ¿Qué mal hay en esto? Si así como perdí hubiese ganado, a buen seguro que tu amonestación sería menos dura, toda vez que no tendría que acudir a tu bolsillo.

MAR. Te engañas. (Sacando un libro de memorias de un cajón de la mesa.) Si hubieses ganado habría abierto esta cartera que perteneció al Conde de Asfeld y hubiera puesto delante de tus ojos la siguiente nota escrita de su puño y letra: «Guillermo Schmit; no hay que fiar de él, es un fullero y jugador de ventaja.»

GUIL. ¿Esto escribió el Conde?

MAR. (Presentándole la cartera.) Toma.

GUIL. Pues mira, me alegro: no asistí a sus funerales, y ahora veo que tenía un justo motivo.

MAR. Aquí tienes una causa de vergüenza. Calcula que sucedería si tus acreedores te llevasen a los tribunales. ¿Como andaría el nombre de tu padre?

GUIL. ¿Y qué?... Si haciendo trampas en el juego perdí mil quinientos florines, ¿qué no haría el mismo conde de Asfeld para ganarlos? Desengáñate, hermano: todo es trampa en este mundo. La virtud, el amor, la amistad; hasta la ley, de acuerdo con la naturaleza, trampea en eso de los hijos primogénitos y segundones, dándolo todo a los primeros y nada a los otros.

MAR. Tú no tienes derecho a hablar. Tu madre te dejó una fortuna, y la disipastes en menos de un año. Desengáñate: el hombre que no trabaja, el hombre que no es útil a la sociedad, por rico que sea, siempre será un miserable.

GUIL. ¡Oh, hermano!... Esto es cuestión de temperamentos. A ti te ha dado por vivir en una modestia suma, y yo aspiro a una opulencia extremada. Además de que es muy fácil predicar virtud y modestia, cuando la ley lega íntegras hermosas quintas, dilatadas posesiones, honrosos títulos, bosques inmensos y rentas colosales.

MAR. Y si la ley te hubiese dado participación en esas rentas colosales, ¿que habrías hecho de ellas? Derrocharlas del mismo modo. Yo, por el contrario, he conservado el legado de nuestros mayores; pero no como un privilegio sino como una obligación. Yo he invertido sus productos no en egoísticos placeres, sino en aliviar necesidades... Recorre mis posesiones, pregunta a mis arrendatarios, visita mis castillos, mis granjas, mis cabañas y en todas partes encontrarás quien bendice el nombre de nuestros mayores.

GUIL. ¡Oh, sublime liberalidad! Todos participan de ella, todos, menos tu pobre hermano.

MAR. Eres injusto, y mi mano está siempre dispuesta a detenerte en el mal camino que has emprendido. (Pausa y transición.) Que vivas por más tiempo en Munich es imposible; todas las puertas te están cerradas; las personas de consideración se apartan a tu paso, y la vida de desórdenes a que te has lanzado, ha de tener un término. Es preciso que salgas de la ciudad.

GUIL. ¿Y dónde he de fijar mi residencia? ¿En Berlín, en Viena, en Hamburgo?

MAR. En cualquiera de estas ciudades encontrarías los mismos vicios, las mismas seducciones. Es necesario que te alejes de Alemania y hasta de Europa.

GUIL. Si que me preparas un viaje largo.

MAR. En las colonias inglesas de América acaba de resonar el grito de independencia. Allí hay un sitio para todas las ambiciones, un

lugar para todos los arrepentimientos. En servicio de una noble causa, borra todas las faltas, y el más indigno, con sólo prestarle su concurso, adquiere la más alta dignidad. Yo no veo otro remedio para la salud de tu honra. ¿Tendrás valor para aceptarlo?

GUIL. (Calándose el sombrero.) En resumen: quiere mandarme al otro mundo... poner algo de por medio... No me conformo: yo tengo trazado mi camino.

MAR. ¡Desgraciado!... ¡Por este camino llegarás hasta el crimen!

GUIL. Quién habla de crimen, ni... (Se oyen murmullos.)

MAR. Yo: escucha.

GUIL. ¿Qué significa esto?

MAR. (Abre la ventana.) ¡Es Butler, el desgraciado Butler, el asesino del conde de Asfeld que va camino del suplicio!

GUIL. (Aterrorizado.) ¡El asesino!... ¡Y se le ajusticia!...

MAR. (Cogiéndole de un brazo y conduciéndole hasta la ventana.) Mírale, fíjate bien. ¡Si tú hubieras cometido su crimen, lo juro ante Dios, yo te condenaría como he condenado a Butler!

GUIL. (Queriendo apartar la cabeza.) ¡Déjame!

MAR. ¡No, mírale, mírale; graba sus facciones en tu memoria, al mismo tiempo que mi juramento.

GUIL. ¡No... no...!

MAR. ¡Descúbrete; abajo este sombrero; el que pasa es un cadáver! (Guillermo se descubre y echa una mirada por la ventana.)

GUIL. ¡Ah! (Retrocede con horror, vacila, se apoya en una butaca; el ruido del tambor y el rumor de la muchedumbre se alejan gradualmente.—Pausa.)

MAR. Guillermo: yo no creo que puedas acusarme de tus faltas. Te señalaré una módica pensión, con ella podrás librarte de la miseria...

GIL. ¡No, no quiero nada; partiré!
AB. ¿Partirás?
GIL. Sí; me has hablado de este nuevo mundo, de esta guerra. Pues bien, estoy contento, obedezco, me iré.
AB. Está bien. Confío en tu palabra. (Abre uno de los cajones de la mesa, y saca un bolsillo que entrega a Guillermo.) Toma: con esto tienes bastante para llegar a Nueva-York.... Allí te dirigirás a nuestro cónsul y él te dará instrucciones. Adiós. Se bueno y que él te guíe.
GIL. (Conmovido). Adiós.

ESCENA IX

MARCOS y el DOCTOR GULDEN

AB. (Con dolor). ¡Guillermo! ¡Pobre Guillermo! ¡Quién había de decirme cuando acariciaba tus rubios cabellos, cuando concentraba en mi corazón un amor hacia ti, más que de hermano, de padre, que habías de alejarte de mi lado, para salvar tu honra que es la mía!... ¡Guillermo!... ¡Pobre Guillermo!

DOCTOR. ¿Qué le pasa a tu hermano? Le he visto salir conmovido y tembloroso.

AB. (Señalando la ventana). Se asomó a la ventana y ha visto pasar...

DOCTOR. No le creía capaz de una emoción semejante.

AB. Su corazón se ha conmovido. En un momento renuncia a su pasado y parte para América.

DOCTOR. ¿El?

AB. Sí, Doctor, sí: creo que aun puede salvarse, emprender una nueva senda, ser hombre de bien.

DOCTOR. Todo es posible. (Se sienta delante de la chimenea, aviva el fuego y se pasea por la sala. El rumor de la muchedumbre acrece. Marcos va a cerrar la ventana.)

MAR. ¿Oyes a la muchedumbre?
DOCTOR (Con calma). Sí.
MAR. (Pausa). Y bien, tú has visto a aquella
graciada... ¿Dónde está? .
DOCTOR (Con indiferencia). Se volverá loca... s
marchado sin querer aceptar mis o
mientos.
MAR. ¿Y sus hijos?
DOCTOR ¡El niño no entiende lo que pasa... e
pequeño! ¡Llora porque ve llorar a su
drel La niña, ya lo sabe todo: no
pero su mirada me ha hecho daño.
MAR. ¿No comprendes ahora que aplazar la
tencia equivalga a prolongar el suplicio
todos esos infelices? (El Doctor no co
Pausa.) Tengo el corazón en tortura.
DOCTOR ¿Por qué? ¿No has seguido los impulsos
tu conciencia? Después de todo, mis c
quizás no son más que quimeras..
dalas.
MAR. Tú verás, tú verás como antes de
confiesa su crimen.

ESCENA X

Los mismos y FRITZ

FRITZ (Desde la puerta.) ¿Se puede?
MAR. ¡Fritz!... ¿Ya de vuelta? No te esperas
pronto.
FRITZ Acabé mis quehaceres. ¡Señor Doctor
dándole.)
DOCTOR Buenos días, Fritz.
MAR. Nada te apresuraba...
FRITZ Tenía necesidad de estar en Munich
del primero de noviembre.
MAR. ¿Y eso?
FRITZ Una buena acción, señor, y que por
vos... Pero ¿qué veo? Os encuentro pálidos
¿Os sentís enfermo?
MAR. No... (Va a sentarse a la mesa escritorio.)

RTZ (Al Doctor). ¿Qué ocurre?

CTOR Una ejecución capital.

RTZ ¿Hoy?

CTOR A las doce.

RA. (Desde la mesa). ¿Me decías?...

RTZ En verdad deseaba hablaros. (Sacando algunos papeles de sus bolsillos.) Pero antes permitidme que os dé cuenta de mi viaje.

RA. ¿Y has ido a todas partes?

RTZ He recorrido, señor, todas vuestras posesiones, encontrando por do quiera gritos de alborozo y una magnífica acogida. Todos estaban empeñados en agasajar a ese pobre viejo, no obstante que iba a cobrarles los arrendamientos: todos hablan de vos como si fuérais su providencia y vuestro nombre es bendecido en todas partes. Aquí traigo las cuentas en regla. ¡Pobres gentes! Mi señor, si todos los que tienen en sus manos la suerte de los pobres fuesen como vos... Pero hay corazones duros... Por ejemplo, el conde de Asfeld.

RA. ¿El conde de Asfeld?

RTZ El señor sabe cuán rico es.

RA. ¿Pues qué? ¿Ignoras que ha sido asesinado?

RTZ (Asombrado). ¿Asesinado? ¿Cuándo?

RA. Dos horas después de tu marcha.

RTZ Y quizás el que van a ajusticiar es su asesino...

CTOR (Friamente). Sí.

(Pausa.)

RTZ Dejo para mañana lo que iba a deciros, supuesto que el embargo...

RA. ¿Qué embargo?

RTZ Me explicaré. Salí, como sabéis, a eso de las tres de la mañana... Quería llegar al castillo de la Selva verde antes de la tarde, y era menester dar al jamelgo un poco de descanso. Llegué a las últimas casas del arrabal y noté que el pobre caballo había perdido una herradura: cojeaba. Llamar al herrador a una hora tan intempestiva no lo

juzgué oportuno. Até el caballo al tronco de un árbol, y me vine aquí a buscar herramientas... Porque habéis de entender, señor Doctor, que para herrar un caballo me pinto solo...

MAR. (Con ansiedad, levantándose.) Sigue, sigue...
FRITZ El mozo de la cuadra roncaba como bendito y no me oyó. Volví al arrabato junto a la fuente tropiezo con un pobre hombre, tendido en el suelo, con una herida en la frente... (Al ver la agitación de Marcos.) Pero señor, ¿qué os pasa?

MAR. (Con gran impaciencia.) Sigue.
FRITZ Ayudé a levantarle, le lavé la herida dándole gracias, me contó que debía un año de alquiler al conde de Asfeld y que le amenazaba con echarle a la calle... entonces sin hacer uso de vuestro nombre yo le prometí...

MAR. ¿Pero esto es verdad?
FRITZ Daban las cinco en la Catedral.

MAR. (Con gran consternación.) ¡Esto no es posible!
DOCTOR (Con gran ansiedad.) ¡Su nombre!... ¡Pronto!...

FRITZ (Pensando.) Aguardad; se llama... se llama...
MAR. ¡Vivó!...

DOCTOR ¡Habla!...

FRITZ Butler. (Marcos, después de un momento de silencio, va para salir de la estancia. Al llegar al dintel de la puerta, el reloj de la torre da las doce. Gran consternación de Marcos.)

DOCTOR (Con solemnidad.) ¡Que Dios le haya perdonado!

MAR. ¡Era inocente! ¡Ah! (Con mirada extraviada. De repente da un grito terrible y cae desplomado. Gulden corre en su auxilio. Fritz queda aterrado. La campana sigue dando las doce hasta que cae el telón.)

TELÓN

FIN DEL PROLOGO



ACTO PRIMERO

El desafío

ESCENA PRIMERA

ULRICO de ASFELD, RICARDO, LUIS y LUISA

(Los estudiantes están sentados bebiendo cerveza y fumando sendas pipas. Pedro en el mostrador. Luisa yendo de una a otra mesa.)

RIC. Pues sí, señores: el magnetismo es una gran cosa, y cada día son mayores los resultados que proporciona a la medicina...

LR. Basta de magnetismo... ¡Eh! Luisa. Trae cerveza. (Ricardo permanece absorto y pensativo.)

ARIOS (En otra mesa.) ¡Muchacha!

LR. Convengamos en que la vida sin cerveza, sin tabaco y sin esos cachitos de cielo sería insoportable. (Acariciando a Luisa.)

UISA Eh, señores, las manos quietas.

UIS Vaya, chica, no seas esquivia.

UISA (Con el jarro en la mano.) A ver si tendré de bautizar a alguien.

LR. (A Ricardo.) Señores, mirad con que profunda veneración contempla Ricardo ese chopp. Cualquiera diría que trata de magnetizarlo.

RIC. No hablemos más de magnetismo ¡si queréis.
LUIS ¡Hola! ahí llega Renato.

ESCENA II

Dichos y RENATO

REN. Adiós, amigos.
LUIS Adiós, Renato.
REN. ¿Sabéis la novedad?
ULR. ¿Qué ocurre?
REN. Un decreto que prohíbe los duelos, bajo pena al estudiante...
TODOS ¿Pena?
REN. De ser expulsados de la Universidad. (Murmullos entre los estudiantes.)
RIC. ¡Cómo! ¡Se nos prohíbe el desafío!
REN. Ya veo que eso alterará tus costumbres, querido Ricardo; pero si el decreto se ha dado, tuya es la culpa.
RIC. ¿Mía?
REN. ¿Quién, sino tú, se batió con Federico porque se mofaba de los fenómenos magnéticos?
RIC. No permito que nadie me toque el magnetismo. Es mi fe, es mi culto, es mi vida.
¿Convenís conmigo en que el doctor Gulden es un sabio?
TODOS Sí.
RIC. ¿Es un imbécil? ¿Es un charlatán?
TODOS No.
RIC. Pues el doctor Gulden opina como yo, y esto basta.
REN. Querrás decir que tú opinas como el doctor Gulden.
TODOS ¡Ja, ja, ja! (Todos riendo.)
RIC. ¿Queréis una prueba? Una palabra y os dejo a todos dormidos.
ULR. ¡Ja, ja, ja! Tienes razón. Con que nos expliqués el sistema, vamos a dormirnos como unos lirones.

RIC. Pero decid, ¿qué será la vida del estudiante suprimido el desafío?

LUIS ¿Por qué no te gradúas, y podrás batirte cuando te de la gana?

RIC. ¿Dejar de ser estudiante? Jamás.

LUISA (Desde el mostrador.) Bravo, señor Ricardo.

ULR. Esta es tu opinión y la respeto: en cuanto a mí, mañana mismo mando al diablo el decreto y la Universidad.

TODOS ¿Mañana?

ULR. Sí, señores; tras quince años de menor edad, entro, por fin, en el completo goce de todos los bienes de mi pobre padre, el conde de Asfeld. Mañana tendré tierras y castillos. En una palabra, seré completamente feliz, porque poseo una fortuna y un corazón animoso para derrocharla...

LUIS Ya sé quien te ayudará, Cecilia.

ULR. ¡Cecilia! La mujer más espléndida que haya existido. Juzga sino. Ayer, durante el baile que daba en su casa, le robaron un collar de diamantes que vale lo menos diez mil florines. ¿Pensáis que se desesperó por eso? Al contrario: esta noche repite la fiesta.

RIC. ¿Y cuándo me presentas?

ULR. Esta noche.

RIC. Señores, la invitación es para todos.

LUIS Pues iremos.

TODOS Sí, sí.

ULR. Y tú, Renato, ¿serás de los nuestros?

REN. (Con frialdad.) Yo, no. Apenas bebo, bailo poco, juego menos, y ya véis que haría un pobre papel en los salones de esa señora.

ULR. Renato prefiere el amor tranquilo y sosegado de su prima Margarita.

REN. De la señorita Margarita Schmit, caballero. (Con retintín.)

ULR. ¡Lo decís en un tono!...

REN. En el tono que merece vuestra impertinencia.

ULR. ¡Caballero!

LUIS Alto, señores; la situación aquí no es la misma. Renato no tiene iguales razones que tú para mandar la Universidad al diablo, y debo recordar que existe el decreto contra el desafío.

ULR. (Riendo.) Convengo en ello.

RIC. ¡Vaya un decreto estúpido! (Luis y Renato se levantan y se pasean por la escena. Los demás estudiantes forman grupo con Ulrico. Jeremías entra en escena y se dirige al mostrador.)

ESCENA III

Los mismos y JEREMÍAS

JER. Buenos días, hermosa Luisita.

LUISA Hola, sóis vos maese Jere...

JER. ¡Chit!... ¿Ha venido alguien a buscarme?

LUISA Nadie.

JER. Haced que me sirvan un chopp. (Se sienta a la primera mesa del proscenio izquierda, dando la espalda a los otros personajes.)

LUISA Un chopp a maese Jeremías. (Jeremías se mueve convulsivamente. Ulrico, al oírle nombrar, se dirige a él.)

ULR. ¡Jeremías!

JER. (No veo que necesidad tenía de llamar la atención sobre mí.)

ULR. ¡Adiós, Shylock! ¿Qué mal viento te trae por aquí, misericordioso hijo de Jacob?

JER. El señor Conde... siempre de broma...

ULR. ¿Intentas comprar alguna otra casa, Judas Iscariote?...

JER. ¡Casas! ¡Alabado sea Dios!... Una miserable choza...

ULR. Sí, la casa del ahorcado, ¿no es verdad? ¡Bonito gatuperio has hecho con eso!...

JER. ¿Yo, un gatuperio, señor Conde? Vuestros tutores la han puesto en venta y yo la he comprado.

ULR. ¿Y qué tal, no han venido todavía a tus manos los diamantes de Cecilia?

- JER. ¿Los diamantes?... No comprendo...
- ULR. ¿Cómo? ¿Tú no sabes que ayer le robaron los diamantes a Cecilia? ¿Tú no sabes eso? Cuéntaselo a tu abuela... perro judío.
- JER. Señor Conde, yo soy un hombre honrado, me gano la vida a duras penas y no me ocupo ni de diamantes, ni de mujeres... Esto queda para vos que sois el gallito de Munich.
- ULR. ¿Qué quieres decir?
- JER. ¿Os figuráis que no se os vió en la fiesta del Parque, constituido en caballero de la hermosa Cecilia? ¿Os figuráis que no se sabe vuestro empeño para que se le consintiera el paso por una puerta que está vedada a ciertas señoras?...
- ULR. Cállate, lengua viperina.
- JER. Por fortuna no estaba Renato en la fiesta y pudisteis substituir fácilmente vuestra perdida pareja...
- ULR. ¡Cállate, escorpión!...
- JER. Con la señorita Margarita Schmit. (Ya tomé la revancha.)
- REN. (A Ulrico.) ¿Es cierto lo que dice ese hombre, señor Conde?
- ULR. ¿Hay algún mal en que haya yo bailado con vuestra prima?
- REN. Creo que no la honraría mucho el brazo que poco antes sostenía a una aventurera, y os ruego que en lo sucesivo seais más cumplido caballero.
- ULR. Señor Renato, para dar semejantes lecciones, deberíais olvidar que existe un decreto que prohíbe el desafío.
- REN. Señor Conde de Asfeld, está olvidado.
- ULR. Cuando vos queráis.
- RIC. Perfectamente. (A Ulrico.) Yo soy tu testigo.
- LUIS (A Renato.) Y yo el tuyo.

ESCENA IV

Dichos y GILBERG

- GILB. (Que ha entrado momentos antes.) ¡Quieto ahí! (A Luisa que ha subido al foro poco antes.)
- ULR. Saigamos.
- GILB. Señores, al primero que salga de aquí para ir a batirse, tendré necesidad de arrestarle.
- REN. Inspector Gilberg, limitaos a vuestras atribuciones.
- GILB. Mucho me admira que vos que debíais ser el primero en respetar la ley...
- REN. Suspended la lección, que no estoy dispuesto a tolerarla.
- GILB. De vos depende, siguiéndome inmediatamente a casa de vuestro tío, de buen grado o a la fuerza.
- REN. ¡A la fuerza! Señor Gilberg: os aconsejo que no lo intentéis siquiera, porque no respondo de mí. No me obliguéis a recordaros quién sois vos y quién soy yo.
- GILB. (¿Quién es él? Me serviré de su consejo.)
- ULR. Por Dios, señores, nada de escándalo. Aplacemos la partida para mejor ocasión. (Dando la mano a Renato.) (Aquí dentro de una hora).
- REN. (Bajo.) (Dentro de una hora).
- ULR. Vamos, señores, eso no ha sido nada. (Se van.)
- GILB. No os perderé de vista. ¡Quién eres tú y quién soy yo! ¡Ya lo veremos!

ESCENA V

GILBERG, JEREMIAS y LUISA

(Luisa va retirando los chopps de las mesas. Gilberg reconoce toda la escena con aire investigador. Jeremías bebe a pequeños sorbos su chopp de cerveza, talareando una canción.)

- GILB. (Fijándose en Jeremías y dándole un golpecito en la espalda.) Buen humor corre, maese Jeremías.
- JER. ¡Oh!... señor de Gilberg... Ya lo veis, un hombre honrado que vive modestamente de su trabajo, no tiene motivo para estar triste... Y sobre todo cuando se bebe...
- GILB. ¿Y es sólo por beber que habéis venido aquí?
- JER. ¿Y por qué queréis que haya venido?
- GILB. Yo qué sé... Maese Pedro.
- LUISA No está en casa, señor.
- GILB. ¿Vuestro registro de pasajeros?
- LUISA Lo tengo arriba... Si queréis que vaya por él.
- GUIL. No, yo iré con vos (A Luisa.) (¿Ha hablado alguien con ese hombre?)
- LUISA Nadie.
- GUIL. Anda delante...

ESCENA VI

JEREMÍAS, a poco GUILLERMO y después LUISA

- JER. ¡Los diamantes de la célebre Cecilia!... Gilberg, en campaña... Este billete que he recibido sin firma... ¿Qué significa todo eso? (Saca un papel del bolsillo y lee cautelosamente.) «Estimado Jeremías: a las once en punto se os aguarda en la taberna de la Cigüeña: traed diez mil florines, si queréis hacer un gran negocio —Un antiguo conocido.» —¿Quién será? (Se guarda la carta.) La hora ha pasado. En cuanto a los diez mil florines, francamente, se necesita ser muy necio para andar por esos mundos con una cantidad tan respetable. (Viendo entrar a Guillermo que mira con recelo por todas partes.) ¡Ah!
- GUIL. (Viendo a Jeremías.) ¡Ahí está mi hombre!
- JER. Hagámonos el sueco...
- GUIL. (Acercándosele.) Adiós mi querido, mi simpático, mi generoso Jeremías...

- JER. (Levantándose y con desconfianza.) ¡Caballero!...
- GUIL. ¿No me conoce? A bien que tras de quince años de viajes, de aventuras, de combates y emociones de toda especie, se debe cambiar un poco... Vaya veo que me será fácil guardar el incógnito, cuando ni el mismo judío me ha conocido... Ya sin temor puedo asegurar que naufragué en la catástrofe de la fragata Neptuno.
- JER. ¡Señor Guillermo!...
- GUIL. ¡Chit! Puesto que Guillermo ha muerto, te prohibo que le resucites. Yo no soy, ni quiero ser hasta nueva orden otro que el caballero Kaulbach. (Transición.) (Sale Luisa.) ¿Qué estás bebiendo ahí? Tira este veneno. Muchacha: tráenos una botella de Rhin. No sé como puedes con la cerveza. Yo desde que me di un atracón de agua de mar, no transijo con lo amargo.
- JER. ¿Con que os escapásteis del naufragio?
- GUIL. Ya lo ves. (Tomando asiento a su lado.)
- JER. ¿Y cómo no desmentir?...
- GUIL. ¿Por qué? Hay momentos en que a uno le viene como de perilla eso de cambiar de nombre. Ya sabes el cordial afecto que mi hermano me profesaba... Presumo que seguirá adusto y severo.
- JER. Señor; quien tuvo retuvo...
- LUISA (Sirviendo una botella.) Ahí está el vino.
- GUIL. Gracias, hermosa muchacha. (Escanciando.) ¡A tu salud, Jeremías!
- JER. A la vuestra, señor Guillermo.
- GUIL. Señor Kaulbach.
- JER. ¿Y cómo os ha ido con los ingleses?
- GUIL. Ni bien ni mal; son una canalla que a poco que uno se descuide o le dejan sin camisa o le cuelgan como un racimo de uvas. Dos años hace que les perdí de vista, y Dios haga que no vuelva a encontrarme de manos a boca con semejantes salvajes. ¡Uf! ¡qué pillería!
- JER! ¡Cómo! ¿Ha dos años que regresásteis de

- América y hasta hoy no llegáis a Munich?
- GUIL. Amigo mío, esto depende del rodeo que uno trae para llegar a un punto... Por lo demás, no te metas en honduras y vamos al grano. En los dos años que he vivido entre la gente civilizada llevo consumidas todas mis economías. Por fortuna guardé un fondo de reserva y este es el negocio que vengo a proponerte...
- JER. (Con satisfacción.) ¡Ah... ah!
- GUIL. Nada, se trata de una parte del botín que me tocó en el asalto del fuerte... del fuerte Cecilia. (Sacando una caja de tabaco.) Consiste en unos diamantes...
- JER. (Levantándose.) ¡Chit!
- GUIL. ¿Qué ocurre?
- JER. Que hay en la casa en este preciso momento un cierto pájaro llamado Gilberg, de quien vos os acordáis seguramente.
- GUIL. Demasiado.
- JER. Sé que anda buscando con gran empeño al ladrón que ayer se apoderó de los diamantes de una cierta... ¡Y toma! ¡Qué coincidencia más rara! Precisamente de una señora que lleva el nombre de vuestro fuerte... Cecilia.
- GUIL. (Está visto que no puede hacerse chistes ni aun lejos de los ingleses.)
- JER. ¿No es verdad que es coincidencia?
- GUIL. (Abriendo la tabaquera.) ¿Quieres un polvo?
- JER. ¡Dios omnipotente! (Con sorpresa viendo los diamantes.)
- GUIL. ¿Qué te parece el tabaco?
- JER. No es mala la parte que os tocó en el asalto del fuerte Cecilia.
- GUIL. ¿Cuánto vale?
- JER. (Cerrando bruscamente la tabaquera.) Aguardad, Mientras Guillermo guarda la caja en el bolsillo, Jere-
mías recorre la escena escudriñando todos los rincones y especialmente la puerta por donde salió Gilberg) ¡Na-
die! Me había engañado. (Vuelve a sentarse.)

- GUIL. Anda al diablo. (Vuelve a sacar la tabaquera.) Y bien, eso, ¿cuánto vale?
- JER. (Calculando y mordiéndose las uñas.) Me parece que tres... (Guillermo abre la caja.) Quiero decir, cuatro... (Guillermo cierra la caja.) No... aguardad... cinco... cinco mil florines.
- GUIL. (Levantándose.) ¡Cinco mil florines! Perro judío. Esto vale diez mil florines.
- JER. En casa de Cecilia... digo, en el fuerte Cecilia... Pero aquí...
- GUIL. ¡Pirata! (Guillermo se pasea y Jeremías le sigue, hablándole con voz baja y reconcentrada.) ¿Traes el dinero?
- JER. ¡Dios de Israel! ¿Os figuráis que un pobre viejo como yo sale de casa con cuatro mil florines?...
- GUIL. ¡Cinco!
- JER. Digo... con cinco mil florines.
- GUIL. ¿No te había dicho que los trajeses?
- JER. Pero, ¿qué inconveniente hay en que nos lleguemos a mi casa?
- GUIL. ¿Quieres que me exponga a que me vean?
- JER. Veo que tenéis tanto miedo a los ingleses de Munich como a los de América. Tomad. (Dándole un papel.) Aquí tenéis una letra sobre Francfort que os responde de todo. Esta noche podéis pasar a canjearla.
- GUIL. Es que esta noche quiero estar lejos de Munich.
- JER. ¿Y os iréis sin abrazar a vuestro hermano, ni a Margarita, ni a vuestro sobrino?
- GUIL. ¿Qué sobrino?
- JER. El hijo de vuestra hermana.
- GUIL. ¡Si mi hermana murió en Viena sin hijos!
- JER. Vos podéis saberlo mejor que yo; mas yo os aseguro que vuestro hermano lo presenta públicamente como a tal.
- GUIL. ¿Y el nombre de este sobrino llovido del cielo?
- JER. Renato.
- GUIL. ¡Qué misterio será éste! ¡Si yo pudiera averiguarlo!

- JER. ¡Magnífico! Un secreto de familia en vuestras manos es una mina.
- GUIL. (Cogiéndole por la nariz.) ¡Sí, eh?
- JER. ¡Señor Guillermo!
- GUIL. Kaulbach.
- JER. Señor Kaulbach.
- GUIL. No. Es inútil. Mi resolución está tomada. Ayer todo era posible. Hoy es demasiado tarde. Con qué, quedamos convenidos. ¿Cinco mil florines?
- JER. A toca teja. (Ofreciéndole la tabaquera.) ¿Queréis los diamantes? ¡Digo, la tabaquera?
- GUIL. ¿Qué diablos quieres que haga de ellos. Mejor están en tus manos que en las mías.
- JER. ¿Me los confiáis?
- GUIL. Ya sabes que fío en ti, truhán,
- JER. (Guardándose la caja.) Yo soy un hombre honrado... (Aparece Gilberg y sigilosamente se dirige a Jeremías y Guillermo, observándoles sin que le vean.)
- GUIL. ¿Vives todavía en la plaza del Mercado Viejo?
- JER. Como siempre.
- GUIL. Prepara, pues, el dinero, y hasta la noche.
- JER. Hasta la noche.

ESCENA VII

Los mismos, LUISA y GILBERG

(Luisa, al entrar en escena viendo a Gilberg puesto de pie detras de Jeremías y Guillermo, dice:)

Caballero, ¿no queréis sentaros?

(Con mal humor.) No.

(Levantándose bruscamente.) ¡Dios me valga!

(Con sorpresa.) ¡Ah!

(Serenándose.) Sentáos, señor Gilberg. Vos no estorbáis nunca... Tengo el gusto de presentaros al caballero Kaulbach que me ofrece un negocio de cinco mil florines.

¿Y qué me importan a mí vuestros negocios?

- JER. ¡Dios sea loado!... ¡Yo lo decía!...
- GUIL. (Levantándose.) Hasta luego, muchacha, cóbrate esto y el resto para ti.
- LUISA Gracias.
- GUIL. (Saludando a Gilberg.) Caballero...
- GILB. Dispensadme. No tengo el honor de conocerlos; pero cuanto más examino vuestras facciones, más y más me convenzo y juraría, si no hubiese muerto, que sois Guillermo Schmit.
- JER. (¡Uyy!...)
- GUIL. (Procurando sonreír.) ¿Ves como te decía que era imposible que Gilberg no me conociese? Si lo que a él se le escapa...
- GILB. Pero, ¿es que no os habéis muerto?
- GUIL. Lo mismo que vos.
- GILB. ¡Y quince años que os lloramos!
- GUIL. Esto prueba vuestro buen corazón.
- GILB. ¿Y cuándo habéis llegado?
- GUIL. Esta mañana. (Este encuentro me obligará a ver a mi hermano.) A la vista, señor Gilberg, y gracias por vuestros buenos recuerdos.
- GILB. (Saludando.) Caballero...
- GUIL. (Al marcharse.) Lo dicho, Jeremías.
- JER. Lo dicho. — Señor Gilberg... (Saludando) (¡Cuántos contratiempos encuentra un hombre honrado para ganarse tranquilamente la vida!...)

ESCENA VIII

GILBERG

- GILB. El caballero Kaulbach... Cinco mil florines... Querido Gilberg... Y por otra parte este robo de diamantes... Aquí hay gato encerrado... Si es verdad que él no ha llegado hasta esta mañana... Pero el hermano del juez Schmit... ¿Y, a mí qué? Mi deber es descubrir al ladrón, luego el Jue

que cumpla con el suyo y en paz... ¡Pobre Juez Schmit ya no es el hombre de otro tiempo. Antes hacia la justicia por sí mismo. Hoy, lleno de escrúpulos y remordimientos imaginarios, no cesa de llorar al que llama el honrado criminal Butler. ¡Pobre viejo! Ampara a su hijo, le educa como si fuese suyo, le da su apellido, y el hijo del ahorcado cuando llega a hombre, me insulta, me amenaza y me echa en cara quién es él. Ya haré yo que lo sepas, para que amaines tanto orgullo.

ESCENA IX

GILBERG y ULRICO de ASFELD

- ULR. (Todavía este hombre.)
GILB. (¡Ulrico de Asfeld!... Magnífica ocasión para complacer al señorito Renato.) Dispensadme, señor Conde, yo no quiero negaros que he comprendido perfectamente la comedia que estáis representando. Vos vais a batiros... no me digáis que no; pero me permitiréis una palabra, y ella sola hará el duelo imposible.
- ULR. ¿Imposible?...
GILB. No os exijo más que una condición.
ULR. Hablad.
GILB. Y es que no digáis a nadie que yo he descubierto este secreto.
- ULR. Os lo prometo.
GILB. Renato no es quien vos os figuráis.
ULR. Aun cuando fuese el diablo, me batiría con él.
- GILB. Si fuese el diablo... no digo que no. Pero de seguro que no os batiréis con el hijo del asesino de vuestro padre.
- ULR. ¡El hijo de Butler!...
GILB. Sí. ¿Dudáis de mi palabra? Apelo al testimonio del juez Marcos Schmit.

ULR. Pero, ¿es posible?
GILB. ¡Señor Conde!... (Al llegar a la puerta) Aquí llegan. (A Ulrico.) No olvidéis que tengo vuestra palabra de honor...
ULR. Os la reitero .. ¡El hijo del asesino de mi padre!...

ESCENA X

ULRICO, RICARDO, LUIS y ESTUDIANTES; a poco RENATO

RIC. Aquí traigo las armas. (Muestra las dos espadas debajo de la ropa.)
ULR. Son inútiles, no me bato.
RIC. ¿Cómo? (Murmillos de sorpresa entre los estudiantes.)
ULR. Señores, yo os suplico que no anticipéis juicios; pero vosotros haríais lo mismo, si os llamáseis Asfeld y vuestro rival se llamase Renato Butler.
RIC. ¡Qué!... ¿Es posible?
ULR. Acabo de saber que es el hijo del asesino de mi padre.
RIC. ¿Quién te lo ha dicho?
ULR. He prometido guardar el secreto... Pero hay una persona que puede comprobarlo.
RIC. ¿Quién es?
ULR. El juez mayor de Munich. ¿Creéis ahora si debo batirme con ese hombre?
TODOS No... no...
ULR. Si Luis quiere encargarse...
LUIS (Viendo entrar a Renato.) Es tarde ya. Aquí está.
REN. Señores, no me he hecho esperar. Es la hora y estoy pronto. (Todos callan.) Caballero Asfeld, estoy a vuestras órdenes. (Nuevo silencio.) ¡Nadie me responde! Luis, ¿qué significa esto?
RIC. Esto significa que un duelo entre vos y Ulrico es imposible.
REN. ¿Por qué? Comprenderéis que esta afirmación no me satisface. ¡Explicaciones!

- RIC. Si las queréis, pedidselas al señor juez Marcos Schmit.
- REN. ¡Marcos Schmit! Aplazar un solo minuto una explicación, comprenderéis que es un suplicio para un hombre honrado. ¿Qué he hecho yo? ¿De qué se me acusa? ¿Qué falta he cometido para merecer vuestro desprecio?
- RIC. Hay faltas que se purgan sin haberlas cometido.
- REN. ¿Qué faltas son esas? Hablad, lo exijo. (Encarándose a Ulrico.) Caballero... ¿Tenéis miedo de batiros? Pues yo encontraré la manera de obligaros.
- ULR. ¿Cómo?
- REN. (Dándole una bofetada.) Así. (Confusión. Los estudiantes se interponen.)
- ULR. ¡Miserable!... Si queréis matarme es necesario que lo hagáis de una cuchillada, como vuestro padre mató al mío. Porque, sabedlo de una vez: vos no os llamáis Renato Schmit, sino Renato Butler.
- REN. ¡Butler! (Aterrado.) ¿Yo, Butler?... ¿Yo el hijo de un asesino?... Luis... Caballeros... No, esto no puede ser, no puede ser... Decid que no es verdad, que yo he comprendido mal...
- ULR. Si el juez Marcos Schmit no confirma mis palabras, volved y os daré la reparación que tanto deseáis.
- REN. (Con amargura.) ¡Oh, Dios mío!... ¡Desgraciado de mí! (Se va, cubriéndose el rostro. Los demás personajes forman grupo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Los dos hermanos

La misma decoración que en el Prólogo

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y FRANTZ, ocupados en disponer varios ramos de flores en la chimenea y consola

MARG. Esto es, Frantz: flores por todas partes. ¿No observas que la habitación va tomando otro aspecto?

FRANTZ Completamente.

MARG. Ya gozo con la sorpresa que va a experimentar mi papá.

FRANTZ Os advertiré cuando llegue.

MARG. Gracias. (Frantz se retira.)

ESCENA II

MARGARITA; a poco el DOCTOR GULDEN

MARG. ¡Ah! ¡si yo pudiese desarrugar su frente! ¡Si yo pudiese volver la sonrisa a sus labios!... Cuando le veo tan triste y tan severo, hasta dudo de que me quiera. (Reco-
giendo una margarita que está en el suelo.) Esta flor me dará la respuesta. (Dirigiéndose a la

flor.) Te advierto que no se trata de un amante; por lo tanto, que no me mientas, ¿estamos? (Va deshojando a cada pregunta la margarita.) Me ama... un poquito, un poco, mucho, muchísimo, más que todo; un poquito, un poco, mucho, muchísimo, más que todo; un poquito, un poco, mucho...

DOCTOR (Entrando y sorprendiéndola.) Más que a su vida.

MARG. ¡Ah!

DOCTOR ¿Quién es él?

MARG. Mi padre, caballero.

DOCTOR ¿De veras?

MARG. ¡Incrédulo!...

DOCTOR Cuando se ven dos margaritas la una consultando a la otra...

MARG. ¿Y por quién queréis que la pregunte?...

DOCTOR Qué sé yo... A veces algún primito...

MARG. ¡Oh! en cuanto a ese...

DOCTOR Quieres decir que le tienes seguro...

MARG. No diré tanto, Doctor, no diré tanto...

DOCTOR ¡No sabes, niña, que yo leo en tu corazón!

MARG. ¿Sí?... Pues entonces leed bajo... que nadie os oiga.

DOCTOR ¡Ah, picarilla!... Puesto que tú lo quieres... Pero estoy algo enfadado contigo.

MARG. ¿Conmigo?

DOCTOR Sí, coquetilla, sí. Te figuras que no noté en la fiesta del Parque, tus miradas, tus sonrisas, el interés y el agrado con que escuchabas...

MARG. Al Conde de Asfeld...

DOCTOR ¡Quién sabe!...

MARG. ¿Y por eso quería reñirme el Doctor Gulden?... Pobre Doctor, ¿es así como lees en mi corazón?... ¿Pues no visteis que estuve riéndome del Conde toda la noche?...

DOCTOR Pues cuidadito con eso; un joven cándido o petulante podría tomar por veras tus burlas, y sin querer, proporcionar un disgusto a tu primo Renato.

MARG. ¡Dios mío!... No digáis nada a mi padre.

DOCTOR ¿Por qué? El pobre te ama con toda su alma.

MARG. ¿De veras?

DOCTOR Te lo aseguro. Su seriedad no es ni indiferencia, ni olvido; tiene grandes pesares, Margarita, y su tristeza creo que nadie podrá curarla.

MARG. Pues bien, yo lo intentaré... y estoy segura que seré mejor médico que vos. Ya veréis: desde hoy empiezo la curación.

DOCTOR (Mirando.) ¿Con esas flores?...

ESCENA III

Dichos y FRANTZ, a poco MARCOS

FRAN. Señorita, su papá.

MARG. ¡Ah!... (Al Doctor.) Escóndame usted. (Se esconde detrás de la butaca haciendo que el Doctor la oculte. Frantz queda en el fondo. Marcos ha envejecido notablemente.)

MAR. Adiós, Doctor. (Mirando a su alrededor.) ¿Qué miro? ¿Flores en mi casa? ¿Qué significa eso?

FRAN. Señor...

MAR. Alguna tontuna de mi hija. Quitá todo eso.

MARG. (Saliendo de su escondite.) ¿Por qué?

MAR. Yo te lo agradezco, hija mía; pero las flores no se hermanan más que con la alegría y la juventud, y una y otra han muerto para mí.

MARG. ¡Dejadlas!

MAR. (A Frantz.) Haced lo que os he dicho. (Frantz se lleva los jarrones.)

MARG. (En voz baja al Doctor.) ¿Veis, Doctor, cómo no me ama?

DOCTOR ¿Por qué? ¿Porque no quiere flores?

MARG. (Con dolor.) Ni flores ni a mí.

ESCENA IV

MARCOS y el DOCTOR

- MAR. ¡Pobre criatura! ¡Cuánto la quiero!
- DOCTOR Y por eso se haría el refrán: «Quien bien te quiere te hará llorar.»
- MAR. Su alegría me hace feliz, y yo no puedo serlo.
- DOCTOR ¡Ah, Marcos! Si eres implacable para ti, no tienes el derecho de serlo para tu hija.
- MAR. Por secar una de sus lágrimas daría mi vida; pero nunca mi conciencia...
- DOCTOR No es ningún crimen el error, y tú has reparado el tuyo. Tú has acogido al hijo de aquel desgraciado, le has dado tu nombre...
- MAR. Pero no he podido lavar la infamia que mancha el suyo. Esto, esto es lo que me tortura. De la imposibilidad de devolverle la vida resulta la imposibilidad de devolverle la honra... ¡Si a lo menos viviera Fritz! Pero ya lo sabes, mi honrado mayor-domo murió, y nadie puede confirmar sus declaraciones. ¿Cómo intentar, pues, una rehabilitación que sólo podría fundarse en la certera moral?... ¿Y las pruebas?... ¿Dónde encontrar a la desgraciada esposa de Butler?... ¿Dónde hallar a su pobre hija? ¿Como descubrir al verdadero asesino, sin indicios, sin más que el silencio de la muerte?... Dios me es testigo... Entre estos dos fantasmas, es decir, el inocente que clama venganza y el culpable que merece castigo, yo he pasado quince años de angustias, de remordimientos, de noches sin sueño... ¿Y quieres aún que tenga una sonrisa para mi hija?...
- DOCTOR No, lo que quiero es que el bienhechor de Renato absuelva al juez de Butler. ¡Qué diablos!... ¿Dónde iríamos a parar los mé-

dicos si hubiésemos de vestir luto por todos los enfermos que se nos mueren? Viviríamos condenados a vestir de negro toda la vida.

MAR. Amo a Renato como a un hijo; pero no he podido devolverle su padre. Considera, Doctor, la terrible situación en que me encuentro. Renato se cree hijo de mi hermana; pero el nombre que he dado al niño legalmente no puedo dárselo a! hombre. Renato va a entrar en su mayor edad. ¿Le diré que es hijo de padres desconocidos? ¿qué aquéllos le han abandonado? ¡Oh, nunca, eso sería un crimen! ¿Le diré que es el hijo de Butler? Entonces me maldecirá, me pedirá cuenta de su madre, de su hermana lanzadas a la miseria, a la muerte quizás... quizás al crimen... Doctor... el espíritu me abandona, las fuerzas me faltan y el deber me mata.

DOCTOR. ¿Y a qué viene ese dolor inútil? Observa que el suicidio moral también es un crimen.

MAR. ¿Y el padre verdadero, el desgraciado Butler, a quien le estoy robando las lágrimas y las oraciones de su desgraciado hijo?

DOCTOR. Vamos, está visto, no hay como la conciencia de un hombre recto para encontrar crímenes hasta en las buenas acciones. ¿No quieres que Renato tenga un padre completo? Pues hereda sus derechos como has heredado sus deberes.

MAR. Es verdad... le adoptaré.

DOCTOR. ¿Le adoptarás?...

MAR. Es el único medio de pagar mi deuda.

DOCTOR. Pero con esta adopción haces de Renato el hermano de Margarita.

MAR. ¿Y bien?

DOCTOR. ¿Y tú crees esto justo?

MAR. ¿Por qué no?

DOCTOR. Porque es imposible. Porque para el caso entre Margarita y Renato existe una valla insuperable.

MAR. ¿Qué quieres decir?
DOCTOR ¡Jesús, qué ciego! Quiero decir que Margarita y Renato se aman.

MAR. ¿Se aman? No importa; Renato es un hombre honrado y será el esposo de Margarita.

DOCTOR ¿Es posible? ¿Bajaría tu orgullo hasta este extremo?

MAR. No, no bajaré mi orgullo; levantaré hasta aquí mi arrepentimiento.

DOCTOR Alto, alto. Yo pensé que estabas ciego, y ahora veo que estás loco. ¿No sabes que Butler a los ojos del mundo todavía no es más que un asesino? ¿Estás seguro de que tu hija le quiera aceptar por esposo si conoce el secreto de su vida?

MAR. ¡Es verdad!... ¿Ves como te decía que mi situación es terrible? Y lo es más, Doctor, porque no tiene remedio, no lo tiene.

DOCTOR ¿No tiene remedio? ¿Y lo dices a un médico? Cuando digo que estás loco. (Permanece pensativo.) ¿Y por qué no? (Hablando consigo mismo.) ¿Qué soy en el mundo? un hombre inútil, un solterón sin familia, y sin más allá que el olvido tras de la muerte... Mi nombre no es tan insignificante—mcdestia aparte—que no valga el de otro padre cualquiera... ¡Qué demonio!... Pecho al agua... ¿Marcos, que te parece! Mirame bien. No tengo yo facha para ser dentro de un año un perfecto abuelo?

MAR. ¿Qué quieres decir?

DOCTOR Quiero decir, viejo gruñón, que Renato me ama, que yo amo a Renato, que el pobre no tiene nombre, que a mí me sobra el mío, y que se le doy, y que de hoy más será mi hijo... y colorín colorado, he aquí el cuento acabado...

MAR. (Arrojándose a sus brazos.) ¡Gulden!... ¡Hermano mío!... ¡Corazón de oro! Abrázame.

DOCTOR ¡Con toda mi alma!... Viejo gruñón.

ESCENA V

Los mismos y GILBERG

GILB. Señor Juez... la señora Cecilia.
MAR. Está bien... Salgo a recibirla.
DOCTOR ¿De qué se trata?
MAR. De un robo de diamantes cometido ayer en casa de esa señora.
DOCTOR Entonces, te dejo. (En voz baja) y voy a devolver a tu pobre Margarita una parte de la alegría que tú le has robado... Hasta luego.

ESCENA VI

MARCOS y GILBERG

MAR. Que pase esa señora.
GILB. Perdonad, señor Juez. Antes tengo que daros una noticia, para vos imprevista sin duda.
MAR. Hablad.
GILB. Vuestro hermano vive.
MAR. ¿Guillermo vive?
GILB. Sí, señor, Ha poco me lo han presentado bajo el nombre del caballero Kaulbach.
MAR. ¿Está en Munich?
GILB. Desde ayer.
MAR. ¿Y no le he visto? ¿Dónde le habéis encontrado?
GILB. En la taberna de maese Pedro, en compañía de Jeremías
MAR. ¡Ah! ¡Antes ha pensado en el judío que en el hermano!
GILB. Parece que traen entre manos un negocio de cinco mil florines, que esperan terminar esta noche.
MAR. ¿Y no le habéis preguntado por qué nos ha dejado quince años sin noticias?

- ILB. Sólo hemos cruzado unas pocas palabras..
AR. ¿Y por qué se hace llamar caballero Kaulbach?
ILB. Para probar si soy fisonomista... A lo menos así me lo ha dicho. (Pausa corta.)
AR. Haced que pase esa señora. (Gilberg se va.)
¡Dios mío, vive... y con todo, mi corazón no se alegra.

ESCENA VII

MARCOS y GILBERG introduciendo a MARTA

- AR. Adelante, señora. (Marta entra ricamente vestida, mira con atención al Juez y le saluda con distinción.)
MARTA ¿Me habéis hecho llamar, señor Juez?
AR. Sí, señorita. He recibido vuestra denuncia referente al robo de diamantes cometido ayer en vuestra casa y deseo interrogaros sobre el particular. Tomad asiento. (Marta se sienta.) ¿Podéis comunicarme algunos pormenores sobre el robo?
MARTA No, señor.
AR. ¿Ninguna sospecha? Ningún indicio...
MARTA Ninguno.
AR. ¿Qué valor tenían los diamantes?
MARTA De diez a doce mil florines.
AR. ¿No podéis precisar su coste?
MARTA Era un regalo.
AR. ¿Regalo de príncipe! ¿El robo se cometió?...
MARTA En mi tocador.
AR. ¿A qué hora?
MARTA Entre once y doce de la noche
AR. ¿Se llevó a cabo con fractura?
MARTA No, señor. Tenía las alhajas sobre el lavabo...
AR. ¿Tenéis confianza en el servicio?
MARTA Hace tan poco tiempo que entraron en casa, que no he tenido ocasión de apreciarles.
ILB. Me permitiré observar al señor Juez, que

- el tocador de la señora está contiguo al salón, y que la puerta estaba abierta.
- MAR. ¿De suerte que sin llamar la atención podíase pasarse de una a otra pieza?
- GILB. Sí, señor
- MAR. ¿Teníais muchas visitas?
- MARTA Algunos amigos.
- MAR. ¿Podéis responder de todos?
- MARTA No, señor.
- MAR. ¿Sospecháis de alguno?
- MARTA Ya os he dicho que no.
- MAR. Os he mandado pedir la lista de vuestros invitados.
- MARTA Ahí la tenéis. (Entregando un papel que saca de su bolsillo.)
- MAR. (Leyendo.) El Barón de la Encina... Lord Burton...
- MARTA Un inglés.
- MAR. ¿Un inglés?... El conde de Asfeld... El caballero Kaulbach. (A Gilberg.) ¿No decíais?
- GILB. Lo que él me ha dicho, ni más ni menos.
- MAR. ¿Conocéis al caballero Kaulbach?
- MARTA Me lo presentaron hará unos dos años en Berlín
- MAR. ¿Venía de América?
- MARTA Sí, señor; pero nuestras relaciones nunca han sido íntimas, y sólo venía a mi casa cuando se jugaba.
- MAR. ¿Sabéis si es rico?
- MARTA Lord Burton, cuyo nombre acabáis de leer en esta lista, me contaba ayer que el caballero Kaulbach había prestado grandesservicios a los ingleses.
- MAR. (Asombrado.) ¿A los ingleses?
- MARTA Así lo decía Lord Burton con cierta risa irónica; pero no quiso nunca detallar qué clase de servicios eran éstos.
- MAR. Sabéis desde cuánto está el caballero Kaulbach en Munich?
- MARTA Desde ayer. (Levantándose después de una pausa.)
- MAR. ¿Puede retirarme?
- MAR. Falta una pequeña formalidad. Vuestra fir

ma. (Dando la lista a Gilberg.) Esta lista para vos, Gilberg.

GILB. Pensad, señor Juez, que si he de buscar al culpable, lo prenderé donde se encuentre. Sin duda.

MAR. (Con intención.) ¿Sin excepción?

MAR. Sin excepción.

GILB. (A Marta.) ¿Recibís esta noche, señorita?

MARTA Sí.

GILB. Pues entonces os pido permiso para entrar y salir de vuestra casa.

MARTA ¿Pero si os conocen?...

GILB. Vivid tranquila... No me conocerán.

MARTA (A Marcos.) ¿Dónde debo firmar, caballero?

MAR. Aquí... al pie... (Señalando. Marta pasa detrás de la mesa y toma la pluma que le ofrece el Juez. Firma y deja la pluma. El Juez mira.) Dispensad: falta vuestro apellido.

MARTA (Sorprendida.) Caballero.

MAR. Es indispensable.

MARTA (Retirándose unos pasos.) Si es así... Retiro la denuncia.

MAR. Es tarde, señorita. La justicia media en el asunto...

MARTA Pero si yo no reclamo nada...

MAR. Es que ya no sois vos; es la sociedad: la justicia ha de buscar al ladrón, y vos debéis facilitarle los medios.

MARTA (Sorprendida.) Pero, caballero, yo no sé...

MAR. ¿Teméis comprometer el nombre de vuestro padre?

MARTA No, señor Juez: no. Pero temo que mi apellido despertaría en alguien un verdadero horror.

MAR. Señorita: vuestras palabras encierran una gravedad tal, que en mi calidad de juez, exijo una explicación. Yo puedo aseguraros que la justicia sabrá respetar vuestro secreto...

MARTA Pues lo exigís, sea. (Hace señal de que Gilberg se halla presente.)

MAR. Firmad solamente. (Marta va a firmar. En este

momento se oye ruido; se abre la puerta del fondo y aparece Frantz impidiendo el paso a Guillermo.)
¿Qué es eso?

ESCENA VIII

Los mismos, GUILLERMO y FRANTZ

- GUIL. Os digo que puedo entrar. (Colándose dentro.)
¡Marcos!
- MARTA El caballero Kaulbach...
- MAR. ¡El!
- GUIL. (¡Cecilia aquí!) (El juez hace que Frantz se retire. Este al salir cierra la puerta.) ¿Vos aquí, señorita? (A Marta.)
- MARTA Sí... El robo de los diamantes...
- GUIL. ¿Qué diamantes?
- MARTA ¿Ignoráis que anoche, durante la reunión, me han sido robadas mis mejores alhajas?
- GUIL. ¿Es posible? (Marcos se coloca entre Guillermo y Marta.)
- MAR. (A Guillermo.) Un momento. (Habla a Marta en grupo aparte.)
- GUIL. (Llegué a tiempo; Gilberg no le ha dicho nada.)
- GILB. (A Guillermo.) ¿No me dijistéis que habíais llegado esta mañana?
- GUIL. Esta mañana o anoche, lo mismo da.
- MAR. (Abriendo la puerta de la izquierda.) Entrad, señorita. Allí encontraréis recado de escribir y podréis entregar la nota a Gilberg.
- MARTA Está bien. (Saluda.)
- GUIL. (A Marta.) ¿Con qué esta noche tenemos baile? Allá nos veremos.
- MARTA Cuando vos queráis. (Marchándose.) ¡Mi firma! ¡Qué vergüenza!

ESCENA IX

MARCOS y GUILLERMO

- MAR. (Después de una pausa corta.) (¡No, no puede ser! Imposible que haya descendido a tal extremo.)

GUIL. Decididamente, hermano mío, veo que no me conoces.

MAR. Me parece que eres Guillermo, mi hermano, al que creí muerto.

GUIL. ¿Y por eso me recibes así?

MAR. Mejor te recibiría si no te llamaras el caballero Kaulbach.

GUIL. En cierta ocasión me dijiste que el nombre de Guillermo comprometía al tuyo, y me he hecho uno nuevo... Por lo demás nada temas, que no vengo a pedirte dinero.

MAR. Mejor quisiera cien veces que llegaras a mi puerta pobre, derrotado, haraposo como el hijo pródigo; pero purificado por el sufrimiento, y entonces te abriría mis brazos.

GUIL. ¿Y esta es mi falta? Mal cuando pedía y peor cuando no pido. Tal es el mundo. Todo tiene su pro y su contra.

MAR. El mismo hombre con los mismos pecados.

GUIL. Por algo se dice: genio y figura hasta la sepultura.

MAR. Dios te asista.

GUIL. Amen. Y vamos al grano. Quince años hace que no llevaba eso en el bolsillo, mira... (Enseñándole el papel.) una letra de cinco mil florines.

MAR. ¿Es el precio de tus servicios a Inglaterra?

GUIL. ¡Ah, ah! veo que tu policía puede servir de modelo a todos los países. Pues bien, sí. Yo he servido a los ingleses; la conciencia ante todo.

MAR. ¿Y me dirás qué servicios son esos que has prestado a los ingleses, que así te permiten derrochar en Europa, llevando una vida de crápula y desorden?

GUIL. No sé en qué te fundas.

MAR. Tus escándalos en Berlín han llegado hasta mi noticia.

GUIL. ¿Pues qué he hecho yo en Berlín?

- MAR. Engalanarte con un nombre prestado; pasar la vida junto al tapete verde en los salones de Cecilia, como antes la pasaste en los salones de la Mariani; y finalmente, cuando llegas a nuestra ciudad, en vez de entrar en la casa paterna, pasas el primer día entre un usurero y una mujer que nadie conoce, porque la conocen demasiado.
- GUIL. Es verdad. Pero ¿qué te extraña si ya sabes que no poseo tus virtudes? Yo no soy padre de familia, yo no brillo por la austeridad de mis costumbres, yo no recojo sobornos desconocidos...
- MAR. ¿Qué quieres decir?
- GUIL. Simplemente, que si hay pasiones que se ostentan a la luz del día, hay otras que se encubren con el secreto de la honradez.
- MAR. ¡Miserable! Este joven que tú supones hijo mío, es el hijo del hombre que viste marchar al suplicio, hace quince años, desde esa ventana.
- GUIL. ¡Butler!
- MAR. Sí, Butler, a quién condené injustamente.
- GUIL. ¿Butler era inocente?
- MAR. Sí.
- GUIL. Pero... ¿Y el asesino?
- MAR. No he podido descubrirle; pero Dios mediante yo le descubriré.

ESCENA X

DOCTOR y los mismos

- DOCTOR Dispensa.
- MAR. No, no hay de qué. Mi hermano no tiene nada que decirme.
- DOCTOR ¿Tu hermano?
- GUIL. No, Doctor Gulden, el caballero Kaulbach. Guillermo recibe hoy en su casa una acogida tal, que de una vez para siempre se decide a renunciar a su apellido. (Dirigiéndose

se a su hermano.) El nombre de Kaulbach, de hoy en adelante pone el vuestro al abrigo de toda humillación. Yo os lo garantizo, porque esta misma noche saldré de esta ciudad y nunca más oiréis hablar de mí.

MAR. Como tú quieras.

GUIL. Adiós. (Se va.)

ESCENA XI

MARCOS, el DOCTOR y GILBERG

DOCTOR ¿No lo dábamos por muerto?

MAR. Mejor hubiera sido. No me hables nunca más de este miserable; y quiera Dios que hasta su recuerdo se borre de mi memoria. (Pausa.) ¿Y Margarita?

DOCTOR Muriendo de impaciencia para abrazarte, y feliz con la suerte que le preparamos.

MAR. ¡Pobre hija mía! (Va hacia la puerta y por ella entra Gilberg con un pliego cerrado en la mano.)

GILB. Señor juez: la declaración firmada por la señorita Cecilia.

MAR. (Tomando el pliego.) ¿En pliego cerrado?

GILB. No quiere darse a conocer más que de VOS. (Marcos abre el pliego.)

DOCTOR ¿Qué es eso?

MAR. (Enterándose del pliego.) Esa señorita que se niega a revelar su apellido... Pero, ¿qué veo?...

DOCTOR ¿Qué te pasa?

MAR. Gilbert, ¿dónde está esa mujer?

GILB. Allí, señor.

MAR. Está bien, déjanos.

GILB. Pero...

MAR. Retírate. (Gilberg se marcha paseando una mirada escrutadora por la escena.)

ESCENA XII

MARCOS, el DOCTOR y luego MARGARITA

- DOCTOR Me explicarás...
- MAR. (Entregándole el papel.) Toma, lee.
- DOCTOR (Leyendo.) ¡Marta Butler. (Después de una pequeña pausa.) ¡Ella... Cecilia!
- MAR. Sí, Cecilia es la hermana de Renato. Un nuevo abismo, Gulden, un nuevo abismo que se abre a nuestros pies.
- DOCTOR ¿Qué hacemos.
- MAR. Alejarla, sí, alejarla a toda costa; separarla para siempre de Renato... Ven... (Al momento de salir entra Margarita.)
- DOCTOR Calla... ¡Margarita!
- MARG. Papá, Renato llega. Acabo de verle desde la ventana. ¿Qué tienes?
- MAR. (Risueño.) Nada, hija mía, nada. Espéralo; dile tu misma...
- MARG. Yo sola... (Marcos da una mirada al Doctor.)
- DOCTOR ¿Quieres que lo arregle?...
- MAR. (En voz baja.) Sí, anda... Ofrécele la mitad de mi fortuna si es necesario, pero que parta, que parta hoy mismo; hazla salir por el jardín.
- DOCTOR Descuida. (Sale.)

ESCENA XIII

MARCOS, MARGARITA, luego RENATO y el DOCTOR

- MARG. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? Estás preocupado.
- MAR. Nada, nada, hija mía. (¿Qué vale mi vida? ¿Qué importan mis riquezas? Todo para que ella sea feliz.) (Abraza a Margarita.)
- MARG. Aquí está Renato. (Renato entra en escena.)
- MAR. Entra, te esperábamos. (Renato da algunos pasos y vacila. Margarita sale a su encuentro y le tiende la mano.)
- MARG. ¿Qué tienes? ¿sufres? ¿Qué te ha pasado?
- REN. (Retirando su mano.) Nada, señorita.

- MARG. (Sorprendida.) ¿Señorita?...
- REN. Deseo hablar a vuestro padre.
- MARG. ¿Qué tienes, Renato? ¿Estás enfadado conmigo?
- REN. ¿Enfadado con vos?
- MAR. Habla.
- REN. Nunca, delante de ella.
- MARG. Yo te aguardaba, para decirte con todo mi corazón, lo que jamás me había atrevido. Yo que quería decirte: Renato, te amo, te amo y mi padre lo permite.
- REN. ¿Vuestro padre?... ¿Vos permitís?...
- MAR. Sí.
- REN. (Con efusión.) ¡Dios del cielo! Entonces ellos mienten.
- MAR. ¿Quién?
- REN. No puedo decirlo delante de vos, señorita... Dejadnos un momento... Un momento, os lo suplico... De ello depende mi vida...
- MARG. (Apartándose.) ¡Dios mío!
- DOCTOR (Entra en escena y dice bajo a Marcos.) Todo está arreglado... Mañana Cecilia saldrá de Munich.
- MARG. ¡Doctor!...
- DOCTOR ¿Lloras?... ¿Qué sucede?
- MAR. Déjanos un momento. Renato necesita hablarme a solas. (Se van el Doctor y Margarita.)

ESCENA XIV

MARCOS y RENATO

- REN. Escuchadme, señor, y dispensad si el sentimiento, el dolor, la ira, no me permiten coordinar las ideas...
- MAR. ¡Renato!...
- REN. Sé todo lo que os debo. Sé cuanto habéis hecho por mí... que habéis sido mi bienhechor, mi amigo, mi padre... que ha llegado a tanto vuestra generosidad, que me ofrecéis la mano de vuestra hija... ¡Oh, Dios mío! ¡Esto no es posible!... ¿Cómo he

podido dudar un solo momento?... Pero la infamia que cae sobre mí, me obliga a hablar, señor; me obliga a deciros lo que quizá debería callar, para no ofenderos... Pero no, hablaré, hablaré.—Señor, sabedlo al fin... Yo tengo un duelo, perdonadme: habían injuriado a Margarita y debía batirme... Pero en el momento que iba a cruzar el rostro del infame que se negaba a darme cumplida satisfacción... ¡Oh, Dios mío! ¡Es imposible!

MAR. ¡Acabad!

REN. Pues bien... Me ha dicho mi adversario que no podía batirse conmigo... porque yo soy el hijo del asesino Butler.

MAR. ¡Ah!

REN. ¿Calláis? Decidme que han mentido. Hablad, padre mío... Hablad, señor Juez.

MAR. Pues... han dicho la verdad.

REN. (Cayendo en una silla y ocultando su rostro.) ¡Ah!

MAR. (Se arrodilla ante Renato.) Perdóname, Renato.

REN. (Con sorpresa.) ¿Perdonaros a vos?

MAR. Tu padre era inocente.

REN. (Levantándose como movido por un resorte.) ¡Inocente!... (Pausa larga.) ¡Dios justo! ¡Mi padre era inocente y murió de muerte tan infame! (Llorando.)

MAR. ¡Perdóname!

REN. Y bien: perdió la vida. ¿Y el honor? ¿Qué habéis hecho del honor de mi padre? ¿Por qué no habéis rehabilitado su nombre que es el mío?

MAR. (Levantándose.) En vano se ha buscado al verdadero asesino... A él, he consagrado toda mi vida...

REN. ¿Y no le habéis encontrado? Pues bien, yo le encontraré.

ESCENA XV

Los mismos, CECILIA y después el DOCTOR

REN. Pero mi padre no era solo en el mundo.

Mi padre tenía esposa, una hija... ¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi hermana?

CECI. ¡Renato!

MAR. ¡Dios mío!

CECI. ¡Nuestra madre murió!

REN. Nuestra madre... Luego tú... (Abrazándola.)

¡Marta! ¡Hermana mía!

CECI. No te acerques, Renato... Me creí hija de un asesino... y como la infamia engendra la infamia... Yo no soy Marta... Soy Cecilia.

REN. Y bien... Marta o Cecilia... tú serás siempre la hermana de mi corazón. (Se abrazan.)

CECI. ¡Renato! (A Marcos.) Quise saber, caballero, porque me ofrecíais una fortuna; y por cierto que ella no vale la dicha inmensa de saber que mi padre murió inocente... Sí... Yo soy Marta Butler... Marta Butler, y este nombre que yo me avergonzaba de pronunciar hoy veo con dolor que soy indigna de llevarlo... ¡Perdona, padre mío! ¡perdona! (Oculta el rostro entre sus manos. Entra el Doctor en escena y se para para escuchar.)

REN. Ven, pobre hermana mía. Ven a ocultar nuestra infamia, hasta el día en que a la clara luz del sol podamos lavarla con la honra inmaculada de nuestro padre.

CECI. ¡Hermano mío!

MAR. ¡Renato!

REN. ¡Perdonad, señor, si soy ingrato... Pero entre los dos se levanta imponente desde ahora la sombra de mi padre... que me pide justicia... justicia... Vamos, hermana mía! Adiós... adiós. (Salen de la escena. Apenas han pasado los umbrales de la puerta, Marcos cae anonadado en un sillón.)

DOCTOR (Doblando las manos exclama.) ¡Pobre Marcos!



ACTO TERCERO

La casa del Ahorcado

Interior de una cabaña. Puerta al fondo y ventana cerrada por dos ventanillos, que da salida al campo. A la derecha de la puerta, en el primer término, un reloj de madera, un torno y un sillón. Hacia el fondo otra puerta. Chimenea; en el anaquel de la chimenea varios utensilios de cocina. Mesa y escabeles. En el fondo, entre la puerta y la ventana, un armario con vajilla rústica.

ESCENA PRIMERA

RENATO, MARTA y JEREMIAS

(Al levantarse el telón está el teatro completamente a oscuras. Abre Jeremías la puerta del fondo y aparece seguido de Marta y de Renato que se quedan en el dintel. Jeremías va a abrir los postigos de la ventana. Se ilumina la escena.)

JER.

Pasad... Adelante... (Después de abrir los postigos.) No hagáis caso ni de la humedad ni de las telarañas... Ha tanto tiempo que está cerrada... Pero es un edificio magnífico, muy bien situado.

MARTA

JER.

¿Y el precio?

Dispensad, señora: no compres caballo sin mirarle la dentadura, dice el adagio; a mí me gusta hacer las cosas en debida forma: después de esta sala sigue un gabinete...

MARTA (Interrumpiendo.) Ya lo sé... Conozco la casa.
JER. ¡Ah! Pues si conocéis la casa del Ahorcado...
REN. Menos palabras. ¿Cuánto queréis por ella?
MARTA El precio, aprisa.
JER. Pues bien, por la casa, con los muebles y ser vos la compradora, me daréis quinientos florines.
MARTA Me la quedo.
JER. ¡Bruto de mí! Podía sacarle mil.
MARTA (Escribiendo sobre la cartera y arrancando la hoja.) Aquí tenéis un vale contra mi banquero.
JER. ¿Cuándo formularemos la escritura?
MARTA Más tarde nos veremos.
JER. ¡Buen negocio! He aquí un día aprovechado. (Marchándose.)

ESCENA II

MARTA y RENATO

MARTA Perdona, Renato mío, es el último dinero que Marta recibe de Cecilia.
REN. ¿Tengo yo derecho para reprocharte? ¡Qué importa una pena más a quien tantas ha sufrido! ¡Cuánto se avergonzará de haberme amado!
MARTA ¿Quién?
REN. Una joven a quien había dado mi vida, mi alma toda.
MARTA ¿La hija del juez?
REN. Sí. En el momento en que su padre me la daba por esposa, una implacable fatalidad nos ha separado para siempre... ¿Y tú, qué fué de tu vida?
MARTA Escucha, Renato. Nuestra pobre madre murió loca.
REN. ¡Pobre madre mía!
MARTA Quise trabajar para ganarme el sustento; pero al nombre maldecido que llevaba se me cerraban todas las puertas y los más crueles dictérios caían sobre mí. ¡Tú no

sabes, hermano mío, lo terrible, lo cruel que es oírte llamar por todas partes la hija del asesino! Estaba sola, completamente sola, joven, sin recursos, sin amparo, escarnecida por la sociedad, al borde de un abismo... ¡qué mucho si caí! Pero hoy, que vuelvo a recobrar mi nombre, el nombre de mi padre inocente, Marta Butler, la hija del honrado trabajador, arroja a la sociedad la cortesana Cecilia purificada por el sufrimiento. ¿No te dicen nada, hermano mío, todos esos objetos que nos rodean?

REN.

Nada.

MARTA

¡Oh! yo los reconozco como si los hubiese dejado ayer. Mira, el sillón donde nuestra madre se sentaba a hilar: allí el torno: el banco donde nuestro padre sentándonos sobre sus rodillas nos contaba la historia del cazador negro y la fantasma blanca; ¿no te acuerdas, Renato?

REN.

No.

MARTA

Mira, allí el reloj de madera que tanto nos gustaba, del que al dar las doce salía el cuco... Míralo, quieto, inmóvil, parado.

REN.

¡Ah! Sí... el reloj... lo reconozco.

MARTA

¡Oh, estancia bendita! Tú que nos viste dichosos y que hoy nos miras volver infelices y desesperados, acógenos, recíbenos otra vez. Son tus hijos los que vuelven y te bendicen. ¡Oh, Dios mío, si pudiese llorar!... Señor, haz que las lágrimas vuelvan a mis ojos como entró el arrepentimiento en mi corazón. ¡Mira, Renato, hermano! ¡Allí está el lecho de nuestra madre: en su cabecera el crucifijo donde nos enseñaba a rezar! Vuelve a mi memoria, oración santa que aprendí de sus dulces labios... ¡Oh, sí, sí... ya la recuerdo! Ángel de la guarda, dulce compañía... Madre de mi alma!... Perdón, perdón. (Entra en el aposento contigo.)

ESCENA III

RENATO, a poco MARGARITA

REN. ¡Pobre hermana mía!... Todavía podrás ser feliz, si Dios te ampara. Yo no: para mí la felicidad ha muerto ya.

MARG. (Presentándose.) ¿Por qué?

REN. ¿Vos aquí?

MARG. ¿No es esta la casa de vuestro padre?

REN. Sí.

MARG. Díjome el corazón que en ella estaríais, y mi corazón no me engañó.

REN. ¿Qué venís a buscar?

MARG. Un ingrato que ha podido dudar del corazón de Margarita; que ha dejado la casa en que su amor nació; que ha trocado las dichas de la esperanza en duelo y lágrimas...

REN. ¿Margarita, podía hacer otra cosa? Ya no soy el niño desconocido que vuestro padre recogió en la calle... Soy el hijo de Butler, y este nombre es un nombre infame... ¿No veis que no me es permitido amaros?

MARG. Yo no pregunto si me es permitido... yo os amo como siempre.

REN. Margarita: este amor es imposible.

MARG. ¡Imposible!... Renato, ¿qué queréis vos, qué quiere mi padre, qué quiero yo misma? Rehabilitar el nombre de vuestro padre, devolverle la honra... Pues bien, volved a nuestra casa, y si nuestros esfuerzos reunidos no llegan a lograr el descubrimiento del verdadero culpable, a lo menos nos cabrá el consuelo de llorar y consolarnos mutuamente.

REN. ¡Pobre Margarita!...

MARG. Renato: vuelve a esa casa donde ha pasado tu infancia, donde ha florecido tu juventud, donde ha brotado el casto amor que me profesas: vuelve a ese lugar ahora de-

sierto: ven a devolverle la vida, ya que no la dicha. (Marta entra en escena y se pone a escuchar.)
REN. No puede ser... ya no estoy solo...
MARG. ¿Cómo?
REN. ¡Qué! ¿No os ha dicho vuestro padre que tengo una hermana?
MARG. Y bien, ella lo será mía.
REN. No, no puede ser, partid: un abismo nos separa.
MARG. ¡Un abismo!
REN. Partid, os lo ruego. Hoy me habéis dado la mayor alegría que he tenido en este mundo. Pero dejadme, olvidadme...

ESCENA IV

Dichos y MARTA

MARTA Te engañas, Renato. El obstáculo que se opone a tu felicidad, tu hermana sabrá salvarlo.
MARG. ¿Cómo?
MARTA Es mi secreto... Señorita. Dios nada niega a sus ángeles... Rogad por los hijos de Butler y esperad.
REN. Pero, ¿qué significa?...
MARTA Esto significa, hermano mío, que el corazón me dice que Dios está con nosotros.

ESCENA V

Los mismos, el DOCTOR y FRANTZ

(Frantz trae un cesto con provisiones. Empieza a anochecer.)
DOCTOR Dejad esto allá.
MARG. ¡El Doctor!
DOCTOR ¡Margarita! Demontre... ¿Tú aquí? Bien se ve que dentro de esta cabecita llevas toda la energía de carácter de tu padre... Y quién te ha dicho...

MARG. Lo he adivinado.
DOCTOR ¡Hice bien en seguirla!... Está visto que las mujeres son más fuertes que nosotros.
MARG. (En voz baja.) Consoladle, Doctor; decidle...
DOCTOR (A media voz.) Sí, sí... Por eso he venido... Empieza a anochecer. Frantz te acompañará. (Frantz enciende dos bujías.)
MARG. Adiós, Renato. (A Marta.) Adiós, señorita. (Le tiende la mano y Marta hace como que no ve.)
MARTA (¡Su mano!... Hoy por hoy no soy digna de tocarla.)
MARG. Aceptad de mi amistad todo lo que Margarita Schmit puede ofrecer a Marta Butler.
MARTA ¡Ah! Señorita... Sois un ángel... Adiós.
MARG Adiós. (Se va con Frantz.)

ESCENA VI

EL DOCTOR, RENATO y MARTA

REN. Gracias, Doctor, por la amistad que nos demostráis en este momento; pero nuestra dolencia no tiene cura.
DOCTOR ¡Otra que bien baila! ¿De cuándo acá te metes en cuestiones de medicina? Al enfermo le toca obedecer, al médico mandar y punto en boca.
REN. En tanto que no encuentre al asesino del conde de Asfeld, que equivale a encontrar la perdida honra de mi padre, infamada desde hace quince años, es imposible que otra idea me preocupe.
MARTA Yo a este objeto consagraré hasta el último suspiro de mi vida.
DOCTOR Está bien... He aquí una palabra que por sí sola me dice todo lo que vos valéis. (Dándole la mano.) Chocad, señorita; es la de un buen amigo. Vos y yo... ¡qué diablol... meteremos en vereda a esa buena pieza. No exijo más, sino que sigáis estrictamente mi plan de curación... Y como que lo que

puede hacerse hoy no debe guardarse para mañana... vamos a cenar.

REN. ¿Cenar?

DOCTOR Cenar, si señor; cenar; no creo que queráis acostaros en ayunas... Por lo menos es un sistema que no ha entrado nunca en mis costumbres... Y como que yo me cuento por convidado...

MARTA Qué bueno sois, Doctor.

DOCTOR ¡Yol! ¡Qué he de ser bueno! Lo que yo soy un egoistón de cuatro suelas, que por no cenar solo, se convida sin más ni más. (Va por preparar la mesa.)

MARTA Dejad, yo le prepararé. (Marta pone la mesa en tanto que Renato y el Doctor hablan animadamente.)

REN. (Acercándose al Doctor.) Una palabra Doctor... Aquel secreto cuya revelación me ha herido como el rayo, vos lo sabréis sin duda.

DOCTOR Sí.

REN. ¿Alguien más lo conoce?

DOCTOR Gilberg.

REN. ¡Ah! pues él es quien lo ha revelado. Yo le amenacé: se ha vengado mortalmente, haciéndome blanco de los insultos de mis amigos.

DOCTOR Dejad a Gilberg tranquilo, y toda vez que la mesa está puesta, cenemos. (Se sientan a la mesa. El Doctor se sienta en el centro. Se ponen a comer. Llaman.)

MARTA Llaman.

REN. (Levantándose.) Será Jeremías.

DOCTOR ¿Jeremías? ¿A qué viene ese pícaro?

REN. Le hemos comprado la casa.

DOCTOR ¿Y cuánto habéis dado por ella?

MARTA Quinientos florines.

DOCTOR ¡Ladrón!

REN. (Abre la puerta y dice a Jeremías.) Entrad.

ESCENA VII

Los mismos y JEREMÍAS

- JER. Aquí os traigo la escritura del traspaso de la casita.
- REN. (Tomando el papel. Después de examinado.) Está bien..
- JER. ¡Hola! (Se acerca para observar y exclama.) ¡El doctor Gulden!...
- DOCTOR (No dejando de comer.) ¡Gustáis de acompañarnos?
- JER. Mil gracias, que aproveche. (A Marta.) Tengo una buena noticia para vos. El banquero me ha dicho que la liquidación testamentario del conde Gotardo asciende de siete a ocho mil florines, y como que os nombra a vos única heredera...
- MARTA (Levantándose.) ¡Basta!
- REN. Marchaos.
- JER. No me esperaba este recibimiento. Yo soy un hombre de bien.
- MARTA Doctor... ¡Ay de mí!
- DOCTOR (Que ha corrido a socorrer a Marta.) Pobre niña... Sus manos están heladas.
- JER. Todavía hay leña en la leñera; voy por ella. (Toma una bujía y sale.)
- MARTA No, si no es nada.
- DOCTOR No importa: el calor del fuego os reanimará. Nada, nada, sentarse. (Le obliga a tomar asiento junto a la chimenea.)
- MARTA ¡Ah, Doctor! ¿Cómo podré pagaros?...
- DOCTOR Cenando con nosotros.
- MARTA No, yo os lo ruego, cenad sin mí.
- DOCTOR ¿Por qué?
- MARTA Sufro.
- DOCTOR Vaya. Renato... A la mesa. (Escancia vino. Bebe y brinda.) Bebo al Dios de la justicia y de la bondad que nunca abandona a los que ponen en él su confianza.
- JER. (Entrando con un haz de leña.) Ya veréis que

- pronto arde. (Pone una rodilla al suelo, y al disponerse a echar la leña al fuego cae un cuchillo de plata.) ¿Qué es eso? ¡Calla! Un cuchillo.
- DOCTOR (Sirviendo a Renato.) ¿Un cuchillo?
- JER. Y de plata.
- DOCTOR ¿Cómo diablos estaba allí?
- JER. Lo habrán echado desde la calle.
- DOCTOR Es singular...
- JER. En todo caso debe de hacer mucho tiempo, porque ha más de catorce años que yo cubrí la leña con una capa de paja... De seguro que estará lleno de orín.
- DOCTOR Imposible: el oro y la plata no se oxidan.
- JER. Mirad...
- DOCTOR (Examina el cuchillo, escarba con la uña y dice.) Pero esto no es orín... No me engaño, no; esto es sangre.
- REN. ¡Sangre!
- JER. (Levantándose.) Sangre.
- DOCTOR (Continúa escarbando.) ¡Calla! Aquí descubro una cifra... A ver, a ver... A. M.
- JER. (Mirando por encima de la espalda del Doctor.) La Mariani. ¿Os acordáis que hermosa era?— ¡Cáspita si era guapa! Pues por encargo de ella adquirí la docena de cuchillos... Tal vez aquel pillete de Butler. (Marta se levanta. Renato va a incorporarse. El Doctor conteniéndoles.)
- DOCTOR (A Renato.) ¡Silencio! ¿Vos suponéis que Butler frecuentaba la casa de la Mariani?
- JER. Yo que sé... Lo que si recuerdo que el Conde de Asfeld pasóse allí jugando toda la noche... Quizás Butler le vió...
- DOCTOR ¡Oh, no! Recuerdo perfectamente que del proceso se desprendía que la última vez que Butler habló al Conde, fué en la puerta de su palacio.
- JER. Entonces no me explico...
- DOCTOR Cualquiera al pasar puede haber tirado ese cuchillo...
- JER. También sería casualidad, haber venido a caer en la casa del propio Butler...
- DOCTOR A estas casualidades, venerable Jeremías,

se las llama Providencia... Pero no encendéis ese fuego.

JER. Es verdad: ese demonio de cuchillo...
(Enciende el fuego.)

REN. ¿Créis que mi padre?...

DOCTOR No, en manera alguna... Pero sí creo que este cuchillo ha servido para un crimen, y que el asesino pasó la noche con el Conde de Asfeld en el salón de juego. La cuestión estriba en saber quiénes estaban allá aquella noche.

MARTA Decid, señor Jeremías, ¿esta Mariani tenía casa de juego?

JER. La banca más fuerte de la ciudad.

MARTA ¿Y quién la frecuentaba?

JER. Lo mejor de la nobleza.

MARTA ¿No recordáis los nombres?

JER. ¡Qué os diré yo, hija mía, si allá iba todo el mundo! El Conde de Asfeld... precisamente aquella noche había ganado una fortuna.

DOCTOR (A Marta.) (Sonsacadle... Hacedle hablar.

MARTA ¿Y a quien la ganó?

JER. ¡Qué sé yo!... A todos... Si se llevó hasta el tapete. Pero quien más perdió fué Guillermo Schmit, el hermano del Juez...

DOCTOR Sí... sí... recuerdo. (Por él tal vez podremos saber)... (Mirando siempre el cuchillo. Jeremías se acerca al Doctor.)

JER. (Por el cuchillo.) Igual... idéntico... Si la señorita no tiene necesidad de él.

DOCTOR No, no, no... Lo necesitamos. Pero vos tendréis que hacer... y estamos abusando de vuestra amabilidad... Buenas noches, maese Jeremías.

JER. (Marchándose.) ¡Tomal... Me despide y se queda con un cuchillo que no es suyo... Y luego dirán de los judíos.

ESCENA VIII

Dichos menos JEREMÍAS

- MARTA ¿Y bien?
DOCTOR Y bien, esto no es más que un primer indicio... Yo recuerdo que la herida que mató al Conde era apenas perceptible, causada, sino por un cuchillo como este, por un arma muy semejante.
- REN. Luego el asesino debía estar en la casa de juego.
- DOCTOR Casi seguro.
- REN. Pero ese cuchillo... Entonces el asesino lo habrá escondido en nuestra casa.
- DOCTOR Este cuchillo, lo repito: compromete, pero no acusa... ¿Quién no os dice que al pasar el asesino, lo arrojase y viniese a caer precisamente aquí? (Se oyen golpes a la puerta.)
- MARTA Llaman.
- GUIL. (Desde dentro.) Jeremías... Jeremías...
- DOCTOR Yo conozco esta voz.
- GUIL. ¡Abre!... Soy yo, Kaulbach.
- DOCTOR ¡Demontre! (Deja el cuchillo sobre la mesa.)
- MARTA ¡El caballero Kaulbach!
- DOCTOR ¿Le conocéis?
- MARTA Sí.
- DOCTOR Pues a él es a quien quería interrogar: él frecuentabá la casa de la Mariani.
- GUIL. (Desde dentro.) Ea, abre: ¿quieres que hunda la puerta?
- DOCTOR (Obligando a Renato y a Marta a entrar en una estancia contigua.) Entrad ahí: es necesario que no os vea. (Va a abrir la puerta.) Vaya, entrad... No lleváis poca prisa que digamos.

ESCENA IX

El DOCTOR y GUILLERMO

- GUIL. ¡Calla! El Doctor.
- DOCTOR Para serviros... caballero Kaulbach, puesto

que así os gusta que os llamen. (Cierra la puerta.)

GUIL. Ciertamente, querido Doctor, no esperaba encontraros aquí... Buscaba a Jeremías.

DOCTOR. Va a venir.

GUIL. ¡Demontre de judío!... Me da una cita a su casa, me dicen que está aquí, corro y tampoco le encuentro... Yo creo que el tudiante se está burlando de mí.

DOCTOR. Si queréis esperarle os agradeceré la compañía.

GUIL. Con mucho gusto.—¿Y vos, qué hacéis en esta casucha?

DOCTOR. Voy a comprarla.

GUIL. ¿Y para qué?

DOCTOR. Para hacer una bodega.

GUIL. ¡Hola... hola! ¡Sois cosechero!

DOCTOR. Aquí tenéis el vino... Vais a probarlo...

GUIL. Con mucho gusto... Pero veo que tenéis dispuesto un banquete.

DOCTOR. Pensé cenar con un amigo y no ha venido.

(Se sientan a la mesa. El Doctor llena los vasos.)

GUIL. ¡A vuestra salud!

DOCTOR. A la vuestra. (Mientras Guillermo bebe, el Doctor le observa atentamente.) ¡Qué cabeza tan singular! Tiene mucho del tigre y algo de la zorra.) ¿Qué tal os parece?

GUIL. Un gran remedio contra la impaciencia.

DOCTOR. En compañía de este vino ya puede esperrarse a Jeremías.

GUIL. Dispensad: para mí hay dos Jeremías, uno que pide dinero y otro que lo da. Al que lo pide yo le mando al demonio; pero al que lo da...

DOCTOR. ¿Os tiene que dar dinero?...

GUIL. Cinco mil florines. (Sacando una letra.) Mirad, una letra sobre Francfort.

DOCTOR. ¡Cinco mil florines! Bonita suma. Me hablan dicho que esta noche partíais.

GUIL. No, lo he dejado para mañana... No seré yo quien viaje de noche con una suma tan considerable...

- DOCTOR Bien hecho, corre tanto pillo...
- GUIL. Además, he prometido asistir esta noche al baile de Cecilia y...
- DOCTOR Ah, ah...
- GUIL. Doctor... Allí se juega por todo lo alto... A mí el juego me seduce... Es otro de mis crímenes, como dice Marcos.
- DOCTOR Genialidades.
- GUIL. Ayer perdí el dinero... y es preciso buscar el desquite.
- DOCTOR Luego anoche estuvistéis en casa de Cecilia.
- GUIL. Por supuesto.
- DOCTOR Se habrá trasladado allí la antigua partida de la Mariani... Vos los conocíais a todos.
- GUIL. ¡Ya lo creo! Aquello sí que era una partida. ¡Cuánto dinero he perdido en aquella casa! (El Doctor juega maquinalmente con el cuchillo.)
- DOCTOR ¿Vos asististeis la noche en que el Conde de Asfeld ganó aquella considerable suma?
- GUIL. Demasiado. ¿Por qué?
- DOCTOR Es simple curiosidad... ¿Y quién la perdió?
- GUIL. Gerolstein... Bauding... y yo.
- DOCTOR ¡Ah!...
- GUIL. (Con encono.) Una extraña partida. Cuantas cartas jugaba, tantas perdía... Dobles... triples... el Conde ganaba siempre... la suerte desesperada... mil florines... ¡Diez mil!... Los estoy mirando como ahora... (Se fija en el cuchillo que el Doctor tiene en la mano y queda absorto de estupor.)
- DOCTOR ¿Qué tenéis?... ¿Qué os pasa?...
- GUIL. ¿A mí?... Nada... Nada. (El cuchillo.) (Levantándose.)
- DOCTOR (Esta palidez)... (Fijándose en el cuchillo que tiene en la mano, y como si se le revelara un misterio desconocido.) ¡Ah!
- GUIL. ¡El cuchillo!
- DOCTOR (Como rechazando una idea.) (No, no, no es posible, yo estoy loco.)

- GUIL. (Balbuceando.) El recuerdo de esta maldita partida, a pesar mío me desconcierta y me... Hablemos de otra cosa. Esta casa está cerca del río...
- DOCTOR ¿No la conocéis?
- GUIL. No.
- DOCTOR Es la casa de Butler.
- GUIL. Butler... El ahorcado.. (Entonces es aquí donde yo tiré... ¿Y qué importa? (Procurando reír.) Ja... ja... ja... La casa del ahorcado...
- DOCTOR Sí... del ahorcado.
- GUIL. Pero ese tunante de Jeremías veo que no viene. ¿Estáis seguro de que ha de volver?
- DOCTOR ¡No me atrevo a afirmarlo!... Como es tan original... Yo de vos miraría si está en su casa.
- GUIL. Tenéis razón, Doctor... Me alegro mucho de haber probado vuestro vino... Vaya, adiós.
- DOCTOR No... hasta luego.

ESCENA X

DOCTOR y a poco RENATO y MARTA

- DOCTOR Dios del cielo... ¿Será verdad?... El propio hermano de Marcos... No, yo he visto mal... El recuerdo de aquella partida de juego es lo que le perturbaba... Pero no... no... El miraba el cuchillo... No nos precipitemos... Antes de dar un golpe tan terrible, es menester mirar de no darlo en vago... (Guarda el cuchillo en el bolsillo.) Es preciso que vuelva a hablarle... ¿Pero, dónde?... En casa de Cecilia... Sí... Dios me inspirará.
- REN. (Apareciendo en la puerta.) ¿Se ha marchado?
- DOCTOR Sí. (Renato sale con Marta.)
- REN. ¿Qué habéis averiguado?

- DOCTOR Nada; pero estoy sobre la pista.
MARTA ¿Qué? ¿Descubriréis el asesino?
DOCTOR Tal vez, si vos me ayudáis.
MARTA Hablad... ¿qué debo hacer?
DOCTOR Revestiros de valor, hija mía, secar vuestras lágrimas, abrir de nuevo vuestra casa, y presentaros al baile radiante, alegre, cubierta de flores: olvidar por un momento que sois Marta, para ser un día más Cecilia.
- MARTA ¡Oh, Señor! Lo que me pedís es un sacrificio enorme, superior a mis fuerzas...
- DOCTOR Ya lo sé; pero os lo suplico en nombre de vuestro padre.
- MARTA ¿Cuál es vuestro proyecto?
DOCTOR Vamos, un esfuerzo supremo.
MARTA Disponed de mí. (Se preparan para partir. El Doctor nota que Guillermo se ha dejado olvidada la letra sobre la mesa.)
- DOCTOR Esta letra... Es preciso estar muy preocupado para olvidar una suma semejante... Allí se la devolverá.
- REN. (A Marta.) ¿Estás lista?
MARTA ¿Qué? ¿Tú me acompañas? No, hermano mío, no: quédate.
- REN. ¿Quedarme, cuando la impaciencia me devora? Marta o Cecilia, Cecilia o Marta, tu hermano no te abandona... no. Y si nadie vacila ni teme mancharse las manos para sacar un diamante que ha caído en el fondo de un lodazal, piensa si puedo vacilar yo un solo momento para sacar incólume de aquel charco de disipación y de vicio, la honra inmaculada de mi pobre padre.
- MARTA ¡Hermano mío!... Doctor, estoy pronta.
DOCTOR Pues vamos y que Dios nos guíe. (Se marchan.)

TELÓN



ACTO CUARTO

Los diamantes

Salón rico; dos puertas en el fondo formando chaflán: a través de ellas se ven dos salones ricamente iluminados: entre las mismas un espacioso lienzo de pared imitando como toda la sala una tapicería. Arrimado al lienzo de pared un prolongado diván. En los primeros términos de la derecha y la izquierda, dos consolas, y en ellas lámparas que dan mucha luz.

ESCENA PRIMERA

ULRICO, RICARDO, LUIS, varios convidados, y al poco rato GILBERG vestido de lacayo.

(Al levantarse el telón varios convidados se pasean por los salones interiores, en los cuales se oyen vagamente los acordes de una orquesta tocando un wals, de motivos alemanes. Ulrico, Ricardo y Luis descienden a la escena.)

LUIS ¡Magnífica fiesta! No falta nada... Buena orquesta... elegantes mujeres... torrentes de luz... montones de oro en el tapete verde... En fin, nada.

RIC. Sí, falta algo.

LUIS Es verdad, Cecilia. ¿Está elegante?

ULR Lo ignoro, porque todavía no ha dignado presentarse.

GIL. (Saliendo con una bandeja llena de vasos, dice): Señores...

LUIS El ponch llega a buen tiempo.

- RIC. Pues, señor, toda vez que no comemos, bebamos.
- GIL. (Escudriñando la escena.) No ha venido todavía.
- ULR. (Por Gilberg.) Calla, que tipo es ese? (Tomando un vaso de ponch). ¿Vos sois nuevo en la casa?
- GIL. Sí, señor.
- ULR. ¿Se ha averiguado algo respecto de los diamantes de la señora?
- GIL. No, señor.
- ULR. Apostaría diez contra uno que a la corta o a la larga esos diamantes irán a parar a manos de ese ladrón de Jeremías.
- LUIS ¡Infame! El fué la causa de la desgraciada querella entre tú y Renato.
- ULR. ¿Por qué desgraciada? ¿Estarías orgulloso de haber servido de testigo al hijo de un asesino?
- LUIS Si yo supiera quien ha sido el bellaco que ha revelado este secreto, (Deja el vaso en la bandeja de Gilberg.) tendría que habérselas conmigo. (Gilberg se retira por el fondo izquierdo.)
- RIC. Esto sí que es fácil... ¿Quieres saberlo?
- LUIS ¿Cómo?
- RIC. (Con mucha ingenuidad). Siéntate... voy a magnetizarte.
- ULR. ¡Todavía!... (Riendo a carcajadas. Luis ríe también.)
- RIC. Reid cuanto os dé la gana; pero sentaos... dejadme hacer la prueba.
- ULR. Deja: no vale la pena ni de fastidiarnos, ni de cansarte... (Risas.)
- RIC. ¡Qué estúpidos! (Se retiran por el fondo derecha, permaneciendo en los salones contiguos.)

ESCENA II

GUILLERMO, GILBERG, RICARDO, ULRICO y LUIS en uno de los salones contiguos

- GUIL. En fin... rueda la bola... Ya tengo mis cinco mil florines en el bolsillo. Jeremías

no quería pagarme so pretexto de que no traía la letra... He tenido que jurarle que la quemé... Y a fé mía, que no sé lo que he hecho de ella... Me parece que al salir de aquella maldita casa la traía en la mano. ¡Eh! ¡Qué importa! Veamos si a lo menos me ha dado lo que me corresponde. (Saca dos cartuchos de monedas de oro y empieza a contar. Gilberg aparece con una bandeja llena de vasos de ponch. Al ver a Guillermo dice):

GILB. ¡Ah!... Aquí está mi hombre. (Ofreciéndole el ponch.) ¡Caballero!...

GUIL. Gracias. (Sin volverse.)

GILB. Parece que se ha dado un buen golpe. (Viendo las monedas.)

GUIL. (Volviéndose rápido.) ¿Qué?

GILB. Decía que teníais mucho dinero... Cuatro mil florines por lo menos.

GUIL. Cinco mil.

GILB. Buena entrada de juego. (Gilberg se retira. Guillermo vuelve a meterse el dinero en el bolsillo.)

GUIL. Me gusta la franqueza de ese tunante. (Se acerca a uno de las puertas y dice.) La cabecera no ha empezado todavía. (Entra en uno de los salones contiguos a la escena.)

ESCENA III

ULRICO, RICARDO, LUIS e invitados. GUILLERMO se pasea desde el salón contiguo a la escena

RIC. Pues yo os aseguro que he obtenido resultados maravillosos.

ULR. ¿Por ti mismo?

RIC. Por mí mismo.

ULR. Es decir que tú te has dormido a ti.

RIC. Hombre no seas guasón: un chiste no es un argumento.

ULR. Pues, vaya, para convencerme de la verdad del magnetismo y de los efectos del fluido, es preciso que yo vea una experiencia.

- RIC. Cuando quieras.
ULR. Ahora mismo.
RIC. Pues ahora mismo.
ULR. Cecilia no ha venido todavía: haz que se presente contra su voluntad... y creo.
RIC. ¿No más que eso?... ¿Dónde para su habitación?
ULR. (Señalando la primera puerta de la izquierda.) Por ese lado.
RIC. ¿Sabes si está?
ULR. Debe estar.
RIC. Pues basta. (Ricardo empieza a hacer algunos pasos magnéticos en dirección de la puerta).
LUIS Silencio, señores.
ULR. (En voz baja a Guillermo que se presenta en escena). Despacio... caballero Kaulbach... No vayáis a romper las corrientes del fluido magnético.
GUIL. ¡Ah! ¿Con qué, sois partidario de la ciencia de Mesmer? ¿De qué se trata?
ULR. (A media voz.) De obligar a Cecilia a presentarse cuanto antes.
GUIL. Buena idea...
LUIS Calla. Se oyen pasos.
GUIL. ¡Animos!
ULR. Se abre la puerta... ¡Si será ella! (Se abre la puerta y aparece el Doctor Gulden.)

ESCENA IV

Dichos y el DOCTOR

- ULR. El Doctor Gulden. ¡Ja, ja, ja! (Todos lanzan una carcajada.)
GUI. ¡Diablo!... ¡Siempre este hombre! (Sin que el Doctor se aperciba, vuelve la espalda y se dirige a uno de los salones del fondo.) ¡Qué efecto tan extraordinario!
RIC. ¡Maldito Doctor!...
DOCTOR Señores, ¿qué significa?...
ULR. Figuraos, Doctor, que nuestro amigo se

comprometió a llamar a Cecilia por medio del magnetismo, y que al abrirse la puerta, cuando todos esperábamos a ella, os presentáis vos. ¿No es esto milagroso?

DOCTOR Ricardo se apasiona demasiado, y el entusiasmo muchas veces transforma la ciencia en charlatanismo. Las experiencias, hasta aquí sólo han demostrado un hecho constante, irrefutable: la existencia del sueño magnético con su exaltación y su lucidez... Fuera de aquí, todo lo demás se desconoce.

LR. Bastante y aun demasiado es esto.—Ya que salís de la estancia de Cecilia, ¿puede saberse que la ocurre?

DOCTOR Se sentía algo indispuesta y me ha enviado a buscar: no será nada; dentro de breves instantes estará aquí.

LR. (Acercándose a Ricardo.) Vaya, Ricardo, esto no ha sido nada... consuélate... Yo en tu puesto, ¿sabes a quién pediría cuentas del fracaso?

RIC. ¡Al diablo!

LR. No, se las pediría al caballero Kaulbach.

DOCTOR ¡Cómo! ¿Está aquí el caballero Kaulbach?

LR. Allí le tenéis sentado junto el tapete verde... y al parecer con fondos...

DOCTOR ¡(Cómo!... ¿Ha cobrado la letra?...) (Se acerca a la puerta para ver a Guillermo.)

LUIS Señores... ¡Cecilia!

ESCENA V

Los mismos y MARTA. Luego GILBERG

MARTA Marta lleva un riquísimo traje de baile
Buenas noches, señores; excusad mi tardanza... Una indisposición pasajera... pero gracias a los buenos servicios del Doctor, tengo el gusto de estar entre vosotros... Útrico, he recibido vuestro billete... y era inútil la excusa...

- ULR. Gracias. (Los concurrentes saludan.)
MARTA Vuestros amigos son siempre los míos.
ULR. ¿Y qué sabéis de vuestras joyas?
MARTA Mis diamantes, señores... ¿qué queréis son diez mil florines menos... No vale pena.
- DOCTOR (Examinando a Marta.) ¡Pobre hija mía! La fiebre os devora.
- MARTA ¡Qué importa! Si esto es nada...
ULR. Señorita: vuestra salud nos es muy cara.
RIC. (Y tan cara...)
MARTA Cavilosasidades del Doctor.
ULR. ¿Habéis despreciado mi ramo?
MARTA Perdonad, Conde: se quedó olvidado en mi *etagé*.
- ULR. ¿Me permitís que vaya por él?
MARTA (Con viveza.) Sí... No: yo os lo ruego...
ULR. ¿Por qué?
MARTA Recuerdo ahora que el Doctor ha encontrado su perfume demasiado penetrante lo ha hecho retirar.
- GILB. Vuestro ramo, señorita.
MARTA (Tomando el ramo y mirando a Gilbert.) ¡Ah!
ULR. (A Marta.) Parece que las órdenes del Doctor no se han cumplido.
- MARTA (Secamente.) Así parece.
ULR. (¿Se burla de mí?) (Habla con sus amigos.)
MARTA (A Gilbert.) ¿Quién sois vos? Yo no os conozco. ¡Ah! ¿Cómo habéis entrado en mi gabinete?
- GILB. Por la escalerilla secreta. ¿Estáis seguros del joven que allí se oculta?
- MARTA Segurísima.
- GILB. Basta.
- LUIS Señores... El juego empieza de nuevo.
VARIOS Pues vamos allá...
ULR. ¿Y vos no queréis tentar la suerte?
MARTA Mi suerte anda perdida... pero con todos os acompañaré al salón. (Ulrico le ofrece la mano. Marta pasa al salón seguida de todos los convidados. El Doctor la acompaña hasta la puerta, cede el ramo y se queda solo con Gilbert.)

ESCENA VI

GILBERG y el DOCTOR

GILB. Gilberg, vamos a cuentas. El doctor Gulden en esta casa... El, un hombre serio, de buena conducta... Primera extrañeza. Allá, en el fondo del tocador, Renato, Cecilia responde de él; y él está tranquilo después del escándalo de esta mañana. Segunda extrañeza. Fijémonos en los diamantes, que en ellos está mi honra, y por lo demás que rueda la bola.

DOCTOR (Por sí, después de mirar por la puerta.) Tiene delante un montón de oro. ¡Qué extraño! La letra está en mi poder. Ah, sí: y esta letra (Mostrándola.) tiene que esclarecer el asunto. Me lo dice el corazón. ¿Estaré alucinado como ese botarate de Ricardo?... Mas no: allí donde acaba la ciencia, hay que recurrir al empirismo. Yo no busco una prueba sino un medio de encontrarla. ¿Dónde practicaré el experimento? ¿Aquí, a solas, o allá, entre el tumulto del juego? Comencemos por devolverle el papel. (Al dirigirse a la puerta apercibe a Gilberg.) ¡Ah! un criado... Amigo mío, decid...

GILB. Caballero.

DOCTOR ¿Conocéis al caballero Kaulbach?

GILB. Sí, Doctor.

DOCTOR Pues me haréis el obsequio de decirle que necesito hablarle inmediatamente acerca de cierta letra de cambio...

GILB. (Con agitación.) ¿Qué letra?

DOCTOR (Reconociéndole.) ¡Ah, ah! Bravo, hombre. Estáis desconocido. ¿Qué buscáis con este disfraz?

GILB. El ladrón de los diamantes. ¿Y vos?

DOCTOR Algo más... Pero volvamos a esta letra.

GILB. Es la que Guillermo Schmit, digo, el caballero Kaulbach, debía cobrar esta noche de Jeremías?

- DOCTOR La misma.
GILB. ¿Cinco mil florines?
DOCTOR Sí.
GILB. Pues ya la ha cobrado.
DOCTOR ¿Como puede ser si yo la tengo aquí?
GILB. ¿Me permitís?
DOCTOR (El Doctor le da la letra.) ¿Por qué no?
GILB. (Lee.) «Páguese a la vista, la cantidad de...»
Es extraño... (Se acerca a la lámpara y la mira atentamente al trasluz.) ¡Ah! ¡Bien pensaba yo! Mirad, Doctor, la fecha enmendada. Esta letra había sido pagada ya.
DOCTOR Pues, ¿qué significa?
GILB. Significa que sirvió solo de pretexto para asegurar la venta de los diamantes, fijada en cinco mil florines.
DOCTOR Luego, según vos, Guillermo es el ladrón.
GILB. El mismo.
DOCTOR ¡Desgraciado! ¿Y qué intentáis hacer?
GILB. (Sonriendo con ironía.) ¿Y me lo preguntáis? (Señalando al juego.) Allí está mi hombre.
DOCTOR Pero considerad que vais a causar un terrible disgusto...
GILB. ¿Al juez Marcos Schmit? ¿Y qué? Yo cumplo con mi deber. Cumpla cada cual con el suyo.
DOCTOR ¡Está bien! Cumpla cada cual con el suyo. (Se va por la puerta del fondo derecha.)

ESCENA VII

GILBERG y a poco ULRICO

- GILB. ¡Magnífico golpe! La fortuna me sonríe. O dejo de ser quien soy, o dentro de una hora los diamantes están en mi poder. (Pensando.)
ULR. (Entrando.) No está aquí. Una palabra.
GILB. Caballero.
ULR. (Dándole una moneda.) Toma.
GILB. (Amoscado.) ¿Eh? (Reponiéndose.) ¡Ah! Olvidaba mi papel.) ¿Qué se ofrece?

- ULR. Oye... En el tocador de Cecilia espera un caballero, ¿eh?
- GILB. (Un criado fiel creo que respondería que sí; pues respondamos.)
- ULR. Di.
- GILB. Sí, señor.
- ULR. ¿Quién es?
- GILB. El mismo con quien vos os habéis querido batir esta mañana. (Se marcha saludando.)
- ULR. (Con sorpresa.) ¡Renato!

ESCENA VIII

ULRICO, luego MARTA

- ULR. Cualquiera otro rival me importaría poco. Este me mortifica...
- MARTA (Mirando fijamente a Ulrico.) ¿Nos dejáis, señor Conde?
- ULR. Al contrario: he salido a esperaros.
- MARTA ¿A esperarme?
- ULR. No estando en vuestro gabinete, presumí y no me engañé que por precisión debíais ir allá.
- MARTA ¿Con qué derecho espiáis mis pasos, caballero?
- ULR. No tengo ninguno ciertamente más que el que concede la amistad, y apoyado en éste...
- MARTA No continuéis... Sé de antemano lo que váis a decir.
- ULR. ¿Lo que voy a decir?
- MARTA Señor conde de Asfeld, sed generoso... Os lo ruego... os lo suplico... En nombre de esta amistad que váis a invocar... Sufro horriblemente. Véis la sonrisa en mis labios, la alegría en mis ojos... y de seguro os decís: Cecilia es dichosa... Pues bien, no... Cecilia devora sus lágrimas, esconde el dolor que la oprime... y mirad, desgarrar el pañuelo entre sus dientes, para aho-

ULR. gar el llanto que de sus ojos se desborda.
¿Lloráis la honra perdida del hombre que
está en vuestro tocador?
MARTA Más bajo... os lo suplico.
ULR. ¿Y es a mí que os atrevéis a decirlo?
MARTA Más bajo.
ULR. ¿Creéis vos que podéis ofenderme dándome por rival a Renato Butler, el hijo del asesino de mi padre?

ESCENA IX

Díchos y RENATO, que aparece repentinamente. Poco después el DOCTOR

REN. ¡Mentís, caballero, mentís!... Yo no soy su amante. Yo soy...
DOCTOR (Rápidamente.) ¡Silencio! (A Ulrico.) Vos me conocéis, señor Conde: mi honradez y mis años responden de mis palabras. Pues bien, os juro que nadie tiene derecho de insultar ni a él ni a ella, y vos menos que nadie.
ULR. Señor Doctor...
DOCTOR Os pido una hora, una hora tan sólo para daros la explicación de mis palabras. Entre tanto os suplico que guardéis absoluto silencio.
ULR. Está bien: esperaré. (Sale por el fondo. Ciérrase la puerta detras de él.)

ESCENA X

EL DOCTOR, RENATO y MARTA

MARTA ¡Ah!... yo me ahogo... Se me abre la cabeza... Yo creo que voy a morir.
DOCTOR (Obligándola a sentarse.) Sosegaos.
MARTA Esta prueba, Doctor, es superior a mis fuerzas. Veinte veces he pensado que iba

a hacerme traición... Mi cabeza arde... se abrasa...

DOCTOR ¿Dónde?

MARTA Aquí, aquí. ¡Ay! (Señalando las sienes.) ¡Yo muero!

DOCTOR (Poniendo la mano en la cabeza.) (Una sobre-excitación nerviosa como nunca he visto.) Vaya, calma, sosegao, hija mía, esto no será nada.

MARTA (Cerrando los ojos.) Parece que me atraviesan la cabeza con un hierro candente.

DOCTOR Renato, haced que retiren esas luces. (El teatro queda a media luz.)

MARTA ¡Pobre Renato!... ¿Por qué has venido? (Llorando.)

REN. ¡Hermana mía!

DOCTOR Vamos, ánimo: me habéis prometido valor...

REN. ¿Pero vos no habéis oído los insultos de aquel miserable?

DOCTOR Sí.

REN. ¿Y me imponéis silencio?

DOCTOR ¿Pero, queréis perderlo todo?

REN. ¿Y qué he de perder?

DOCTOR ¿No observáis que vuestro nombre si se divulga, le pondrán sobre aviso?...

REN. ¿A quién?

MARTA ¿Al asesino?

DOCTOR ¡Al mismo! (Siempre con la mano en la frente de Marta.) Vos no habléis. . ni una palabra.

REN. ¡Cómo! ¿Está aquí?

DOCTOR No me atrevo a afirmarlo; pero lo presumo.

REN. ¿Y qué os proponéis, Doctor?

DOCTOR (A media voz.) Querido Renato: intento hacer una prueba extraña, eventual, que en otro tiempo sería calificada de conjuro... Vos habéis oído hablar de esos reptiles que con su mirada atraen, fascinan... Pues intento algo parecido...

REN. ¿Qué esperáis pues?

DOCTOR Considerad que arriesgo mi reputación de cuarenta años: que quizá voy a conquistar

el título de visionario: que me expongo a destrozar el corazón de un hombre a quien amo más que a mí mismo; pero no importa, primero es el deber... No me preguntéis, pues, y dejadme obrar libremente. (Se acerca a Marta, que permanece completamente inmóvil y aletargada. A Marta.) ¿Estáis mejor?

MARTA (Con voz débil y sin moverse.) Sí.

DOCTOR (Retirando la mano y mirando a Marta con profunda atención. Marta suspira.) ¡Ah! (Admirado.)

REN. ¿Qué ocurre?

DOCTOR Duerme.

REN. ¡Duerme!...

DOCTOR Sí: este sueño lúcido de que os he hablado tantas veces...

REN. Pero no habéis dicho alguna vez que en este estado se vé, se piensa, se oye...

DOCTOR Sí... y ella sintiendo mi propia excitación, es muy capaz de revelar lo que yo siento, lo que yo quiero. (Tomándole la mano.) Marta... Tú sabes lo que quiero de tí?... Contesta.

MARTA ¿Su nombre?... Yo no sé nada...

DOCTOR Aguardad. (Saca de su bolsillo el cuchillo de plata del acto anterior.) Esto quizá nos ayude. (Pone el cuchillo en la mano de Marta.) Interrogad vuestro pensamiento. ¿Qué otras manos ha tocado este cuchillo? ¿Para qué ha servido? Pensad, lejos, muy lejos...

MARTA (Después de un silencio.) Sí... sí... Allá... lo veo. Un rico salón...

DOCTOR Mirad... mirad... más...

MARTA Luces... muchas luces.

DOCTOR ¡Más!... ¡Más!

MARTA Jugadores alrededor de una mesa... Una mujer, la Mariani... ¡Qué bonita es!... (Durante estas últimas palabras la pared del fondo se ha ido iluminando lentamente y se deja ver a través de una gasa toda la escena descrita por Marta, debiendo ser visible al público, sin que Renato ni el Doctor, cuyos ojos no se separan de Marta, se fijan en las apariciones.)

DOCTOR ¡No conocéis a ninguno de los jugadores?
¡Continuad!

MARTA ¡Ah! Sí. El caballero Kaulbach... Su adversario gana. El conde de Asfeld... Sí... El padre de Ulrico. Gana, gana siempre; tiene un montón de oro delante... Kaulbach está pálido... Parece un muerto...

DOCTOR Seguid, seguid.

MARTA Se levanta: va a la consola... pone agua en un vaso, toma un dulce con un cuchillo de plata... ¡Ah! (Queriendo soltar el suyo. El Doctor la detiene.) Esconde el cuchillo... ¡Oh! no puedo más, no puedo más... (En la aparición Guillermo que ha sido designado con el nombre de caballero Kaulbach, aparece con el traje del acto primero. Al retirarse con el cuchillo, el cuadro se disuelve, volviendo a aparecer la pared.)

REN. (Al Doctor.) Es, pues, Kaulbach el...

DOCTOR ¡Silencio!

REN. Toda vez que ella le reconoce... su pensamiento podrá seguirle. Doctor, no cejéis, que le siga siempre.

DOCTOR Silencio. (A Marta.) ¿No veis ya al caballero Kaulbach?

MARTA Sí, como una sombra.

DOCTOR Seguidle, seguidle.

MARTA Obscura está la noche, sigue la calle de los Judíos que conduce al mercado viejo... ¡Ah! Un farol da luz... (Desde este momento se transparenta en la pared todo cuanto va diciendo Marta.) Se para, sonríe; pero su sonrisa espanta. Se esconde en el hueco de una puerta... Saca el cuchillo... Prueba la punta con la palma de la mano... Se pone al acecho. La campana de la catedral da horas... (Una campana suena lejos.) Una, dos, tres, cuatro, cinco... Alguien se acerca: es el conde Asfeld... Va a pasar delante de Kaulbach... ¡Ah! infame, le ha clavado el cuchillo en el corazón. (Queriendo soltar el cuchillo que tiene en la mano.) ¡Es él!... ¡Es él!... (Sujetando el cuchillo en su mano. Habla en tono

DOCTOR

- imperioso.) ¡Un momento todavía! ¡Yo lo quiero! ¡Lo quiero!
- MARTA El conde de Asfeld se agita convulsivo. El miserable quiere robarle ¡Ah! Se oyen pasos, huye. Es un vigilante... El Conde quiere hablar... No puede, se le ahoga la voz en la garganta. Ha muerto.
- DOCTOR ¿Y Kaulbach?
- MARTA Yo os lo ruego, os lo suplico. No veo más, no quiero ver más. (A estas palabras reaparece la pared.)
- REN. (Tomando el cuchillo que deja caer Marta.) ¿Y qué más necesita? Huyendo, pasó Kaulbach por delante de nuestra casa, arrojó el cuchillo: ¿qué aguardamos, pues?
- DOCTOR Silencio, él viene. (Abrense las puertas del fondo y dejan ver a los invitados. Guillermo aparece en el dintel con el traje de caballero Kaulbach.)
- REN. ¡El!
- DOCTOR (Sujetándole.) Ni una palabra.

ESCENA XI

Los mismos, GUILLERMO. a poco GÍLBERG

- GUIL. (Desde la puerta.) Decididamente si la suerte (Bajando) me favorecía así, siempre sería un hombre de bien. ¡Cecilia! Vengo a despedirme... Calla, duerme. ¡Qué linda está! (Se acerca a Marta y le toma la mano.) Señorita.
- MARTA (Dando un grito terrible al contacto de Guillermo.) ¡Ah! (Se incorpora. El Doctor retrocede con espanto. Luego detiene a Renato, dispuesto a lanzarse sobre Guillermo. Marta abre los ojos, mira a Guillermo con sorpresa y dice sonriendo): ¿Y bien? ¿Qué tenéis, caballero Kaulbach? Estáis agitado.
- GUIL. El grito que acabáis de lanzar.
- MARTA ¿Yo?
- GUIL. Sí.
- MARTA ¿Habéis dejado la partida?
- GUIL. Debo salir muy de mañana, y vengo a despedirme.

- MARTA ¿Habéis ganado?
- GUIL. Más de lo que quería. Hoy todo me sa'e a pedir de boca. (Viendo entrar a Gilberg con el traje de agente de policía.) Demontre. Gilberg.
- GILB. (Presentando a Marta la tabaquera con los diamantes que Guillermo entregó a Jeremías.) Señorita, ahí tenéis todos vuestros diamantes.
- GUIL. ¡Ira de Dios! (Retrocede.)
- GILB. El ladrón está en vuestra casa. (Movimiento de Guillermo que va hacia la puerta y que apercibe al Doctor descendiendo con Renato.)
- GUIL. (Estupefacto.) ¡El Doctor!
- GILB. (Mirando siempre a Guillermo.) No importa que salga... la casa está cercada... y así sin dar escándalo, quedará en poder de la justicia.
- MARTA Os lo agradezco, caballero.
- GUIL. (¡Respiro.) (A Marta.) Yo os felicito por haber recobrado vuestros diamantes. Señor Gilberg, sois un hombre admirable.
- GILB. No tanto como vos.
- GUIL. (Saludando.) Adiós, señorita.
- REN. (Al Doctor.) ¿Y le dejáis partir?
- DOCTOR No partirá.
- MARTA (Bajo a Gilberto.) Os suplico, caballero, que entreguéis esos diamantes al juez Schmit, para que reparta su importe entre los pobres de la ciudad.
- GILB. Caballero Kaulbach, la suerte os ha favorecido. Lleváis una fuerte suma, y como que las calles están desiertas... me permitiréis que os acompañe hasta vuestra casa.
- GUIL. (Alarmado.) ¿Qué decís? (Reponiéndose.) Con mucho gusto.
- GILB. ¡Vamos?
- GUIL. Vamos.

ESCENA XII

EL DOCTOR, RENATO, MARTA, a poco ULRICO, LUIS,
RICARDO y Convidados.

REN. ¿Pero qué significa?...

DOCTOR. Significa que el ladrón y el asesino son una misma persona.

MARTA. ¿Asesino Kaulbach? ¿Quién os lo ha dicho?

REN. Tú, hermana mía; tú, bajo la influencia de este sueño... Tú has seguido el crimen paso a paso, y nos has revelado todos sus detalles, como si a tu vista se hubiese cometido.

MARTA. Entonces, no hay duda.

DOCTOR. Para mí, no; pero para los jueces.

MARTA. ¿A qué detenernos? ¿Qué esperamos? Volemos en busca del juez Marcos Schmit; él tan justo, tan recto, tan severo... vindicará nuestro nombre. ¡Oh! ¡qué alegría!

DOCTOR. (Sollozando amargamente.) ¡Ah!

REN. ¿Lloráis, doctor!

DOCTOR. Sí; lloro porque la vindicación de vuestro nombre es la muerte de mi mejor amigo, del juez Marcos Schmit.

REN. ¡Su muerte!

DOCTOR. Sí; porque Guillermo es su hermano.

REN. ¡Dios poderoso! ¡El! ¡Mi bienhechor! ¡El padre de Margarita!

MARTA. ¡Y qué! ¿Podrá el padre de Margarita haberse olvidado el tuyo, Renato? (Salen los convidados.)

ULR. Doctor, ha pasado la hora.

MARTA. Y yo soy la que va a responderos en su lugar. Caballeros, perdonad si he abusado de vuestra credulidad. La noche, yo lo espero, acabará más alegremente que no ha comenzado, pues por lo menos os prometo una sorpresa. Las escenas que acabáis de presenciar no volverán a repetirse... Aprovecho este momento para deciros que Ce-

cilia, la reina de la moda, ha muerto para siempre... sí, ha muerto. Ya no soy lo que ayer era, lo que era un momento ha... Conde de Asfeld: la mujer que habéis insultado villanamente... es la hermana de Renato... es la hermana del que llamábais hijo del asesino de vuestro padre, que mañana os pedirá cuenta del insulto que le habéis inferido... Entretanto, señores, paso a Marta Butler.

TELON



ACTO QUINTO

El Juez de su sangre

Representa la escena el salón del Consejo del palacio de Justicia.—Decoración corta.—Al fondo una gran sala, que tiene acceso al salón por tres grandes puertas. Al levantarse el telón las citadas puertas están cerradas. Se abrirán cuando se indique. Sillas y una mesita en el centro.

ESCENA PRIMERA

MARCOS sentado a la mesa

MAR.

Dios me castiga. ¿De qué me sirven el talento, la inteligencia y la honradéz? Depositario de la verdad, me encuentro ciego instrumento del error. Guardador de la honra del pueblo, me contemplo deshonrado ante mí mismo... ¿Y por quién? Por el hijo de mi padre... por mi propio hermano... por este miserable ladrón. ¡Orgullo, humíllate! Ni un sólo día de ventura ha tenido mi existencia. Y ahora ¿qué haré? Conciencia, ilumíname; deber, ordena; juez, obra. Pero, ¿y mi nombre? ¿Y mi sangre? Es mi hermano... mi hermano... Pero es tu súbdito, es un criminal... Yo soy la ley.

ESCENA II

MARCOS, GILBERG, JEREMÍAS y luego el DOCTOR

GILB. Monseñor, Jeremías.

MAR. Que entre. (Se sienta junto a la mesa. Gilberg introduce a Jeremías que entra haciendo muchos saludos y profundas reverencias. Puerta primera izquierda.) Hablad. (Jeremías no responde.) ¿No observáis que os interrogo?

JER. Monseñor...

MAR. Declarad cuanto seáis.

JER. Pero, monseñor, si yo no sé nada, nada, absolutamente nada.

MAR. Es por demás que pretendáis jugar conmigo. Sé perfectamente que sois el cómplice del robo; y si no os he arrojado ya al fondo de una mazmorra, es por no faltar a la palabra que os dado Gilberg, mediante la cual habéis devuelto estos diamantes. Considerad, pues, que estáis aquí como testigo, y sabed que a la menor contradicción, a la más leve mentira, os transformo en acusado. Hablad.

JER. (Lloriqueando.) ¡Ay!... acusado... cómplice... yo, Jeremías. Señor. ¡Yo soy un hombre honrado!

MAR. Menos lágrimas y hablad claro.

JER. El señor Gilberg podrá deciros que a la primera noticia de robo...

GILB. Dispensad, maese Jeremías, no fué a la primera.

JER. Bien, a la segunda o a la tercera... El tiempo necesario de convencerme de la procedencia de los diamantes... que he devuelto en seguida, en seguida.

MAR. ¿Y vos no suponíais esa procedencia?

JER. ¡Cómo podía dudar de la palabra de vuestro hermano! ¡Cómo podía atreverme a suponer que fuese un ladrón el hermano del Juez de Munich!

- MAR. ¿Pero él, que os dijo?
JER. Que procedían del asalto del castillo no sé cuantos...
- MAR. ¿Y habéis creído esta ridícula fábula?
JER. Señor, yo soy tan ingenuo que creo en seguida todo lo que me dicen.
- MAR. (Mostrándole la letra de cambio.) ¿Cómo me explicáis, pues, que para asegurar la compra, cambiárais con Guillermo este documento falsificado?
- JER. Fué un convenio entre los dos.
- MAR. ¿Y vos tan ladino, no llegásteis a sospechar la procedencia de estas piedras?
- JER. ¿Cómo podía hacer un mal pensamiento, que rebajara la dignidad de una familia tan honrada como la del señor Juez?
- MAR. Basta.
- JER. (Lloriqueando.) ¡Bien cara he pagado mi credulidad!... ¡Cinco mil florines! ¡Toda mi mi fortuna! ¡El fruto de cincuenta años de trabajo y de economías! Ya no los veré más... ¡Se los habrá jugado, los habrá perdido!...
- GILB. Tranquilizaos sobre este punto, maese Jeremías. El caballero Kaulbach los ha triplicado.
- JER. (Con alborozo.) ¡Ah! ha ganado... Pues entonces tengo el derecho de hablar más alto que los otros.
- MAR. ¿Qué?...
- JER. Porque aquí yo soy el único despojado... Porque se me dirigen palabras duras y desagradables, en tanto que se me roban cinco mil florines.
- MAR. ¡Maese Jeremías!
- JER. Se me roban, sí, se me roban... y voy a demandarlos en debida forma.
- MAR. ¿Os atreveréis?
- JER. (Con tono más humilde.) Si... yo puedo demandarlos... (Bajo la severa mirada de Marcos.) A menos que... no obstante, yo no quisiera... ni por cinco mil florines... sobre todo si...

vaya, después de reflexionado mejor, renuncio a la demanda.

IAR. (A Gilberg.) Que entre Guillermo (Entra el Doctor por la puerta de la izquierda y contiene á Gilberg con el gesto.)

DOCTOR (Conmovido.) Permitame una palabra.

IAR. (A Gilberg.) Gilberg, conducid a Jeremías a la sala de Audiencia, y haced que lo vigilen de cerca.

III. (Al marcharse.) Por dichoso me tendría, señor, si después de las explicaciones leales y sinceras que os he dado...

IAR. Salid...

ER. (Saliendo.) ¡Por qué trances tiene que pasar un hombre honrado para ganarse la vida!

ESCENA III

MARCOS y el DOCTOR

IAR. (Levantándose.) ¿Qué me quieres? Leo en tu semblante que conoces la terrible desgracia que pesa sobre mí.

DOCTOR Otra más terrible nos espera aun.

IAR. Dios mío... Mi hija Margarita...

DOCTOR No.

IAR. Pues no siendo ella, ¿qué puede atormentar-me? He sufrido tantas angustias y tantas amarguras, que tengo valor para escucharte, sea cual fuese la nueva fatal que me anuncias.

DOCTOR ¿Te ha dicho Gilberg donde he pasado la noche?

IAR. Lo sé... en casa de Cecilia... en la casa de juego de la famosa aventurera.

DOCTOR No, en casa de Marta Butler... Y sabes por qué esta infeliz ha consentido en abrir nuevamente sus salones y recibir a esa juventud disipada? Pues fué porque yo la obligué a ello.

IAR. ¿Tú? ¿Y con qué objeto?

- DOCTOR Para seguir la pista al asesino del conde de Asfeld.
- MAR. ¡Pues qué!... ¿Sospechas?
- DOCTOR Es más; lo he descubierto.
- MAR. (En un arranque de expansión.) ¡Gracias, Dios mío!... ¡Ya no moriré sin haber hecho justicia!... Mi vida no habrá sido inútil... ¡Y me decías que me amenazaba una nueva desgracia, cuando tus palabras me dan la única alegría que he experimentado desde hace quince años?
- DOCTOR (Mirándole fijamente, después de un rato de silencio.) ¡Desgraciado!...
- MAR. ¿Qué quieres decir?... En casa de Cecilia... ¡Ah! Tiemblo al comprender... Sí... El que roba... mata. Cuando se es ladrón... se es asesino... ¡Oh, Dios mío!... (En voz baja.) ¿Lo saben?... No, no me lo digas... no me lo digas... Tengo miedo... Lo presumo, lo sé, y esto basta... El nombre del culpable, tan solo yo lo sé... Pero yo soy el juez, el brazo de la Justicia, yo lo revelaré a la faz del mundo... Sí... sí... ¡Ah!... (Cayendo en una butaca con las manos en el rostro. El Doctor va a abrir la puerta de la derecha. Renato entra en escena seguido de Marta. Ambos visten de luto.)

ESCENA IV

MARCOS, el DOCTOR, MARTA y RENATO

- (Renato se dirige a Marcos y se arrodilla a sus pies. Marta permanece algo retirada.)
- REN. ¡A mi vez vengo a pedirlos perdón! Si se tratara de mi honor, yo os lo habría sacrificado; pero se trata del de mi padre y éste no me pertenece.
- MAR. (Mirándole y cogiéndole las manos después de una larga pausa.) ¡Mi pobre Renato!... No eres tú, es Dios que lo quiere. No tiembles por

mis lágrimas; son un tributo que pago a la humana naturaleza... Pero el alma se templea con estas pruebas, y la mía será impasible como el castigo.

REN. ¡Por qué no morir antes de asestaros tan terrible golpe!

MARTA Renato, yo... soy Butler como tú.

MAR. Tenéis razón: habéis cumplido vuestro deber, cumpliré con el mío. (Viendo entrar a Margarita se siente decaer y exclama:) ¡Margarita! ¡Pobre hija mía!

ESCENA V

Dichos, MARGARITA, luego GILBERG

MARG. (Saliendo precipitadamente y arrojando el abrigo sobre una silla.) Dispensad, padre mío, si vengo a interrumpiros; pero la gravedad de los hechos justifica mi presencia en este sitio. He descubierto vuestro secreto: sé la causa del dolor que os asesina, y no lo neguéis por más tiempo. Mi tío Guillermo, a quien creía muerto, vive, vive todavía... y está acusado de ladrón... Vos debéis juzgarle, lo sé; y como que es culpable, le condenaréis .. Mirad, en esta carta que me dirige, implora vuestra clemencia. ¡No seais inexorable! Os lo ruego por vos, por él, por mí... Ya sé yo que vuestra conciencia se sobrepone al horror de la infamia, que ni vuestro nombre mancillado os hará vacilar en vuestro deber... Pero yo os lo suplico... Y no yo tan sólo; esa señorita (Por Marta.) unirá a los míos sus ruegos: aquí están los diamantes. ¿Por qué pedir una represión inútil?

MARTA Señorita, esos diamantes no son ya míos; pertenecen a los pobres.

MARG. ¡Ah! Bien me lo decía el corazón. Vos habéis venido para conmover el de mi pobre

padre... ¿no es cierto? Y vos también, Doctor; y tú también, Renato mío... Ayudadme; dad fuerza a mis ruegos con los vuestros... ¿Pero no contestáis? ¿Apartáis de mí vuestros ojos?...

MAR. (Cogiendo las manos de Margarita.) ¡Pobre hija mía! Tu tío Guillermo no ha robado solamente. Asesinó al Conde de Asfeld, y Butler, el inocente Butler, murió por él en el suplicio.

MARG. ¡Ah! ¡Esto es horrible! (Mirando a Marta y a Renato.) ¿Y tenéis pruebas?

DOCTOR Venimos a buscarlas en la conciencia del culpable.

MARG. ¿No tenéis pruebas y os atrevéis a acusarle?

MAR. Es verdad. ¿En que fundáis vuestra opinión?

DOCTOR Marcos, ¿te acuerdas de aque la segunda visita, de aquella revelación misteriosa que hizo que la mujer de Butler conociera al asesino? Entonces tú te reías; pero el milagro se hizo... Recuerda el testimonio de tu mayordomo... Hoy el milagro se ha reproducido... y la confesión de Guillermo aclarará la verdad.

MARG. Que yo no creeré hasta oirla de su boca.

MAR. Pues bien, obra el milagro.

MARTA Dios lo obrará. Su justicia puede ser tardía, pero llega al fin: ella ha designado al culpable, y nada ni nadie le salvarán. Perdonad, señor, perdonad, sé que os hago sufrir una tortura horrible, pues yo misma la he sufrido... Pero la conciencia de mi ignominia que me llena el corazón de amargura, cierra mis ojos a la piedad. El cuchillo de vuestro hermano no mató solamente al conde de Asfeld, sino que nos ha muerto a nosotros, ha infamado la memoria de mi padre, robó la razón a mi madre, la honra y la felicidad de mi hermano... y a mi misma, Dios poderoso... Es,

pues, la muerte, la locura, la honra, la dignidad que gritan ¡justicia, señor, justicia!

MAR. ¿Invocáis el juicio de Dios? A Dios, pues, le toca responderos. (Al Doctor.) ¿Tú quieres hablar a Guillermo?

DOCTOR Sí.

MAR. ¡Gilberg! (Aparece Gilberg.) Conducid a... a Guillermo. (Gilberg sale) Renato. (A Renato mostrándole a Margarita.) (Ella es la que más amo en el mundo... Es mi vida. Si no puedo darle más que un nombre indigno y tu corazón abriga los mismos sentimientos que el suyo, a ti, a ti te la confío.) (Abrazándole.)

MARG. ¡Padre mío!...

MAR. Dejadnos. (Margarita sale por la derecha, sostenida por Renato.)

MARTA ¡Pobre niña!... ¡Dios mío, hágase tu voluntad! (Vase por la puerta de la derecha. Abrese la puerta de la izquierda y aparece Gilberg conduciendo a Guillermo.)

ESCENA VI

MARCOS, el DOCTOR, GUILLERMO y GILBERG

(Marcos levanta los ojos mirando a Guillermo y vuelve a bajarlos rápidamente. Guillermo mira indistintamente a Marcos y al Doctor.)

GUIL. (¿El Doctor aquí?—Mi hermano demuestra calma... Le habrá hablado Margarita.) Hermano mío, hoy no vergo como otras veces con el sarcasmo en la boca, sino con el arrepentimiento en el alma... Tenías razón en otro tiempo cuando decías que el vicio acabaría por degradarme.. Acabo de cometer una acción que me avergüenza y es digna de castigo... Ya lo ves, me humillo... Me humillo delante de vuestra justicia, para invocar vuestra clemencia... Con-

siderad la terrible infamia, la negra mancha que cubriría el nombre de Schmit... Yo me someto de antemano a todo cuanto de mí exijáis, pero que el castigo sea en familia... que no se haga público el delito... y puesto que los diamantes se han encontrado...

MAR. ¡Los diamantes!... Es que no se trata sólo de los diamantes.

GUIL. (Con altivez.) ¿De qué, pues?

MAR. Se trata del asesinato del conde de Asfeld.

GUIL. ¡No comprendo!...

MAR. Se os acusa de ser su asesino.

GUIL. ¿A mí?...

DOCTOR (Levantándose y clavándole los ojos en los suyos.) ¡Ati!... (Guillermo instintivamente retrocede un paso.)

GUIL. ¡Yo! (Rehaciéndose.) He aquí una acusación que no me esperaba... ¿Yo asesino? La invención es original... ¿Y sois vos que me acusáis?

DOCTOR Yo.

GUIL. ¿Qué indicios tenéis? ¿En qué os fundáis? ¿Por qué habla de asesinar al conde de Asfeld?...

DOCTOR Para robarle.

GUIL. (Riendo.) ¡Ja... ja... ja!... ¿Olvidáis que no se encontró a faltar ni un maravedí encima del cadáver?

DOCTOR Porque la víctima tuvo bastante fuerza para resistir, y porque un vigilante nocturno os impidió cometer el robo.

GUIL. (Con tono acusador.) ¡Señor Doctor!... Habláis de una manera, como si vos hubiéseis presenciado el asesinato del Conde.

DOCTOR Sí.

GUIL. Pero eso es una locura... Hermano mío, tú no puedes creer, no creerás semejante infamia... ¿Yo asesino? ¿Asesino?

DOCTOR Escucha y mírame cara a cara.

GUIL. Sí, ya os miro.

DOCTOR (Con los ojos fijos en Guillermo.) Vos estuvísteis en casa la Mariani; jugásteis; el Conde ga-

nó una suma enorme... Vos habíais perdis-
do...

UIL. Bien, no lo niego...

DOCTOR Silencio... Estábais pálido... Os levantás-
teis indeciso... Os acercásteis a una cón-
sola... llenásteis un vaso de agua y reco-
jisteis un dulce (Sacando de su bolsillo el cuchi-
llo de plata) con este cuchillo. (Movimiento de
Guillermo.) Pero en vez de dejarlo otra vez,
lo guardásteis en el bolsillo. (Guillermo aparta
los ojos de la cara del Doctor.)

UIL. Esto no es verdad.

DOCTOR ¡Miradme! Salisteis de la casa... La noche
estaba oscura... Llegásteis a la calle de
los Judíos... Un farol iluminó vuestro ros-
tro y una sonrisa infernal se dibujó en
vuestros labios... Sacásteis el cuchillo...
ensayásteis la punta en vuestra mano...
así... Y después os pusisteis al acecho.

UIL. (Con voz entrecortada por el terror.) Esto no... no
es verdad...

DOCTOR Es verdad... ¡Mirame!... ¿Por qué no me
miras cara a cara como yo te miro? ¿No
me acusas ya? (Guillermo no puede sostener la
mirada del Doctor. Marcos se levanta.) Sonaron las
cinco en la Catedral... En este momento se
oyeron pasos... Era el conde de Asfeld...

UIL. No es verdad... no es verdad.

DOCTOR ¡Miradme!... Va a pasar junto a vos... Le-
vantáis el brazo... y hundís varias veces
el cuchillo en su corazón...

UIL. ¡Falso!... Una vez... una vez... Una... (Mar-
cos y Gilbert mirándose con estupor. Guillermo re-
pitiendo como aletado.) Una vez... una vez...
una... una... (El Doctor arroja con desprecio el
cuchillo a los pies de Guillermo.)

ALB. (Saliendo.) ¡Era él! (Pausa.)

ESCENA VII

MARCOS y GUILLERMO

MAR. (Recogiendo el cuchillo y entregándolo a Guillermo) Toma... ¿Por qué no acabas?... ¿Espera acaso la horca? (Vuelve a dejar el cuchillo sobre la mesa.)

GUIL. ¿La horca?...

MAR. ¿No recuerdas mi juramento? Era el día en que el desgraciado Butler iba al suplicio; al pasar por debajo de mis balcones te cogí del brazo como ahora te cojo, obligué a que le miraras y te dije: «Guillermo, si tú hubieses cometido este crimen, como a él le condeno, te condenaría.»

GUIL. No... tú no lo harás... no lo harás.

MAR. Lo haré, o mejor dicho lo hará el tribunal del que yo solo soy un juez.

GUIL. ¿Por qué quieres matarme, hermano mío?

MAR. ¡Miserable! No has asesinado solamente un hombre... Has llevado a un inocente al patíbulo... Has lanzado su nombre a execración pública... y cuando pasó delante de tus ojos, tuviste el horrible valor de no decir nada... toda tu conciencia no fué bastante para gritar: soy yo, soy yo el asesino... ¿Sabes lo que has hecho, miserable?... Yo pude salvar a su hijo... Pero de la infeliz madre has hecho una pobre loca, de su hija, destinada a ser una buena madre, has hecho una aventurera, porque Cecilia es la hija de Butler.

GUIL. Pues bien... ya que lo sabes, déjeme huir.
MAR. Ya te lo he dicho... De la horca puedo salvarte; pero de la muerte, no.

GUIL. ¡Morir!

MAR. Escribe de tu propia mano la confesión del crimen... Implora la misericordia del cielo... y ¡hazte justicia!

GUIL. ¡Dios mío! (Llorando.)

MAR. ¡Escribe!

GUIL. (Con un grito de alegría.) ¡Ah, perdona, hermano mío... perdona... ¿Querrás que muera yo, tu hermano?

MAR. Yo no soy tu hermano, soy tu juez.

GUIL. (Arrojándose a sus pies.) No, yo conozco tu buen corazón... Tú no puedes haber olvidado todo nuestro pasado. Recuerda que a ti me confió mi padre... Por qué no me perdonas hoy como me perdonabas entonces? ¡Hermano de mi alma!... ¿Y tú querrás que yo muera? ¡Ah! Tú lloras... lloras... No te acuerdas de cuando, siendo niño, te llamaba mi segundo padre.

MAR. Sí.

GUIL. Y pues, ¿qué será de ti cuando yo muera?
MAR. Moriré también.

GUIL. ¡Oh! no... no... ¡Piedad! ¡piedad!

MAR. Escribe.

GUIL. ¡Dios mío!

MAR. ¡Escribe!

GUIL. (Cogiendo desesperado un cuchillo que está en la mesa.) Muera pues, pero por tu mano. (Dándole el cuchillo.)

MAR. ¡Asesino, nunca; juez! (Toca el timbre. Abrense las tres puertas del fondo de par en par. Aparece la sala del tribunal. En la mesa hay cinco sillas, cuatro de ellas ocupadas por otros tantos jueces. La multitud llena el fondo. A uno de los lados se ven Ulrico, Ricardo, Luis y todos los amigos. Al otro lado Gilberg, Jeremías, el Doctor, Renato, Margarita y Marta que han entrado por la derecha. Marcos sube con dignidad las gradas de los estrados, se sienta en la silla

vacante. Guillermo mira con extravío la mesa. Marta desde el primer término tiene los ojos clavados en Guillermo.)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

MAR. (Con voz segura al comenzar y que va debilitándose. Yo, Marcos Schmit, juez de este tribunal ordeno, por los poderes que tengo conferidos, la revisión del proceso de Butler injustamente condenado a la pena de muerte, por supuesto crimen de asesinato cometido en la persona del conde de Asfeld. Y al efecto de proclamar la inocencia de dicho Butler, y de probar pública y solemnemente su rehabilitación... (Murmuros en el auditorio.)

REN. (Abrazando a Marta.) ¡Padre mío!

MARTA ¡Padre de mi alma! (Margarita mira al juez con ansiedad.)

MAR. (Prosiguiendo.) Yo, Marcos Schmit, cito y emplazo delante de este tribunal a... Guillermo Schmit... como presunto autor... de asesinato... cometido en la persona de Conde. (Rumores. Guillermo hace un movimiento para huir. Gilberg le detiene. Se restablece el silencio. Marcos prosiguiendo.) Por... los efectos de la causa y demás conducentes, y pido se le condene a la... pena... de... (No puede acabar y cae.)

MARG. (Lanzando un grito.) ¡Padre mío!

REN. (Sosteniéndola en sus brazos.) ¡Margarita! (El Doctor con los Jueces socorren a Marcos.)

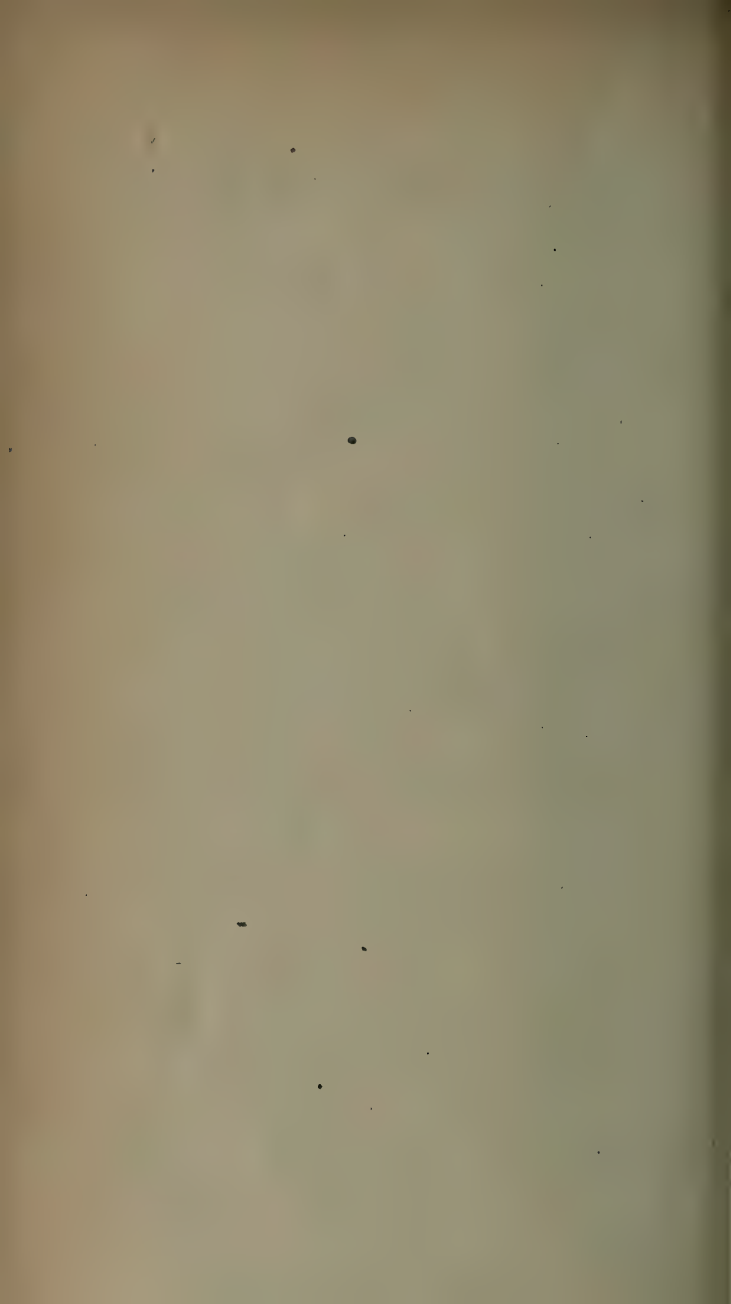
DOCTOR (Después de una pausa y mirando al cielo.) ¡Fué
mártir del deber! ¡El dolor le ha muerto!
(Gilberg sujeta por el cuello a Guillermo que ha caído
de hinojos.)

TELÓN

•

FIN DEL DRAMA

0



NICK CARTER

Es propiedad.

Prohibida la reproducción.

Reproducción autorizada por el representante de los autores en España.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* y D. Julio Villeneuve, Barcelona, son los encargados de conceder o negar el permiso de representación.

La misma *Sociedad de Autores Españoles* percibe los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

NICK CARTER

Melodrama en cinco actos y ocho cuadros

ORIGINAL DE

ALEXANDRE BISSON y GUILLAUME LIVET

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE

Enrique Henriquez



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

Nick Carter	40 años	Otto	50 años
Melvil	38 "	Jacoby	40 "
Bobby	30 "	Oswald	45 "
Patsy	28 "	Tippet	25 "
Jorge Glancy	32 "	Francis	28 "
Melteraft	40 "	Arthur	30 "
Jim.	38 "	El Ujler del Tribunal.	
Sam	40 "	Morris.	
Chick.	35 "	Helen	18 años
Arizona.	30 "	Raquel	25 "
Van Burg.	40 "	Margaret	40 "
El Acusador.	42 "	Catalina	50 "
Morgan	32 "	Deborah	60 "
Davis.	45 "	La Gacela.	18 "
Harry Pendam.	70 "	La Araña	20 "
El Juez.	55 "	Salopette	25 "
Williams	40 "	Señora Morris.	60 "

Doce jurados. Varios policemens (agentes de policía). Un repartidor de telegramas. Ocho criados de hotel. Un groom. Tres mozos de café. Un pianista. Abogados. Periodistas. Público del Juicio Oral. Invitados a la boda. Parroquianos de la taberna (de varias razas)

TÍTULOS DE LOS CUADROS

- 1.º Un juicio por jurados en el Palacio de Justicia de Nueva York.
 - 2.º Habitaciones amuebladas por alquilar.
 - 3.º La caja de piano.
 - 4.º Los perros policías.
 - 5.º El Rey del Crimen.
 - 6.º La Taberna del Hoyo de los Ratones.
 - 7.º El destripador.
 - 8.º El reloj de la muerte.
-



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

En juicio por jurados en el Palacio de Justicia de Nueva-York Sala de audiencia. A la izquierda sobre un estrado el sitio del Juez (presidencia). Al pie del estrado la mesa y el asiento del Ujier. En frente la mesa de los periodistas. A la derecha del juez, un sillón para los testigos. A la izquierda la mesa y asiento del Acusador. A continuación y siguiendo la línea del fondo de la escena, el banquillo de los acusados. Al lado, los asientos del Jurado. En frente de los acusados las mesas y asientos de los abogados defensores. A la derecha del escenario y del fondo al proscenio, bancos para el público, divididos por un pasillo central que conduce a la puerta de entrada del público situada a la derecha. La primera fila está reservada para los testigos. A la izquierda, puerta para el Juez y para los abogados. En el fondo, puerta para los acusados y Jurado.

ESCENA PRIMERA

MELVIL, BOBBY, DAVIS, MORGAN, ARIZONA, JIM, SAM, HELEN, MARGARET, el JUEZ, el ACUSADOR, el UJIER, jurados, periodistas, abogados, público, agentes de policía. Al levantarse el telón Melvil y Bobby están sentados en el banquillo de los acusados. Delante de ellos están sus abogados defensores, Davis y Morgan respectivamente. Melvil, de aspecto distinguido, viste con irreprochable elegancia y Bobby de tipo vulgar viste con sencillez conservando siempre la faz sonriente y tranquila. Arizona, con traje de cowboy de las praderas del Oeste, permanece sentado en el banco de los testigos con Helen y Margaret. Jim y Sam están sentados entre el público; el primero viste exactamente como Melvil y el segundo como Bobby. Los

cuatro están completamente afeitados. Tres agentes de policía permanecen de pie junto a los acosados vigilándolos. Todos los bancos están ocupados por el público. Los que no han encontrado sitio están de pie junto a la salida. Las puertas están guardadas por agentes de policía.)

ACUSADOR (De pie continuando su discurso.) Tal es, señores jurados, el hombre que comparece hoy ante vosotros. Siempre en acecho de algún cándido o de alguna víctima, sorprende, gracias a un raro poder de seducción, la amistad de unos y la confianza de otros. Muy hábil en el arte de transformarse, cambia de aspecto y de personalidad tan fácilmente como de domicilio. Está en contacto con todas las clases de la sociedad. Pasa de un salto de las más aristocráticas mansiones a las pocilgas más sórdidas e infectas, en las que pululan ladrones y asesinos. Por lo demás, dos palabras os bastarán para convenceros por completo de la verdadera personalidad del acusado Melvil. Ese bandido peligroso tan inteligente como audaz...

MELVIL (Interrumpiendo con ironía.) Me colma usted de elogios.

ACUSADOR ...ha merecido el calificativo de «Rey del Crimen». (El Juez sufre un acceso de tos.)

BOBBY (Bajo a Melvil.) ¡Vaya un resfriado que sufre este pobre Juez!

ACUSADOR Es esta la tercera vez, en menos de un año, que el tal sujeto cae en poder de la Justicia. En el mes de Marzo último fué detenido por robo con fractura y logra evadirse de la cárcel sobornando a dos vigilantes. El 12 de Julio siguiente atracó al banquero Wilson, después de asesinarle le robó cuanto llevaba. Se le detuvo, y maniatado fué conducido en el coche celular a la cárcel. Al llegar a ella no se encontró al asesino, pero si el

cadáver del agente de policía encargado de su custodia. En fin, dos meses después, el 14 de Septiembre, Melvil y su cómplice Bobby Paddock, (Bobby se levanta y se inclina saludando.) escalaron de noche la casa de miss Helen Dodler, penetraron en su dormitorio, la cloroformizaron y en el momento en que iban a llevársela son felizmente detenidos por el ilustre detective Nick Carter...

BOBBY (A media voz.) ¡Maldita sea su estampa!

ACUSADOR ...quien después de maniatarlos los entregó a los agentes de policía. Esta vez se han tomado todas las precauciones necesarias, los acusados no han podido fugarse y vosotros, señores jurados, cumpliendo vuestro deber, haréis caer sobre ellos todo el peso de la Ley y de la Justicia. (Al Juez.) Suplico al honorable señor Juez que se digne dar la orden para que sea llamado el primer testigo de cargo.

JUEZ ¡Ujier!... (Sufre otro ataque de tos.)

BOBBY (A Melvil.) Desgarra el corazón oír toser de tal manera.

JUEZ (Al cesarle la tos.) Ujier, llame usted al primer testigo de la acusación.

UJIER (Levantándose y llamando.) ¡Miss Helen Dodler!... (Helen se levanta.)

MARGARET (Vivamente, deteniéndola.) ¡No, Helen! ¡No te muevas!... ¡No te muevas!

HELEN Pero tía, es necesario.

MARGARET No quiero que te muevas de mi lado. (Risas generales.)

HELEN Pero, tía, eso es imposible.

MARGARET No quiero que te aproximes a ese bandido, a ese monstruo con faz humana. (Indicando a Melvil. Nuevas risas. El Juez dá golpes a su mesa con un martillo de plata para imponer silencio.)

UJIER (Aproximándose a Margaret.) Nada tema usted por su sobrina, señora.

MARGARET ¡Señorita! Desconfía, Helen, no pases cer-

- ca de él. Dé la vuelta.
- UJIER Venga usted, señorita. (Helen sigue al Ujier, quien la acompaña al sillón destinado para los testigos. Al pasar por delante de los acusados, Melvil se levanta y saluda a Helen respetuosamente.)
- JIM (Bajo a Sam) Y Catalina sin venir.
- SAM (Mirando en todas direcciones.) Es verdad. No ha venido aún
- JIM Todo irá bien si comparece.
- JUEZ Señorita, ¿jura usted decir verdad, toda la verdad, sólo la verdad?
- UJIER (Presentando a Helen un libro) Juré por la Biblia.
- HELEN Lo juro. (El Ujier vuelve a su sitio.)
- ACUSADOR Tome usted asiento, señorita y tenga la bondad de contestar a las preguntas que voy a dirigirle. Se llama usted Helen Dodler y habita con su tía Margaret Dodler un hotel en la Quinta Avenida, ¿es verdad?
- HELEN Sí, señor.
- ACUSADOR Es usted huérfana de padre y madre y los bienes de fortuna que usted posee y que se elevan a una cifra muy importante están administrados por mister Harry Pendam, gran amigo que fué del padre de usted.
- HELEN Sí, señor.
- ACUSADOR ¿Ve usted con frecuencia a mister Pendam?
- HELEN No he vuelto a verle desde que fijó su residencia en Biarritz, hace de ello siete u ocho años. Pero nos escribimos con frecuencia y me ha prometido venir a Nueva York para asistir a mi casamiento.
- ACUSADOR ¿Conoce usted al acusado Melvil?
- HELEN Le conocí bajo el nombre de Robert Huntington.
- ACUSADOR ¿Es el mismo que está aquí en el banquillo?
- HELEN El mismo.
- ACUSADOR ¿Está usted segura?

HELEN Sí, señor.

ACUSADOR ¿Cuándo le conoció usted?

HELEN Hace seis meses poco más o menos. Fui a Boston para pasar algunos días en casa de una amiga mía. Al día siguiente de mi regreso a Nueva York vi por primera vez a mister Huntington en mi casa, en donde tomó el the con nosotras. Durante mi ausencia se había hecho presentar a mi tía Margaret a quien había conocido en una venta de caridad.

ACUSADOR ¿Iba con frecuencia a visitar a ustedes?

HELEN Una o dos veces por semana, después sus visitas fueron más frecuentes.

ACUSADOR ¿Cuál era su actitud ante usted?

HELEN ¡Oh! Muy correcta. Huntington se mostraba en extremo amable y me colmaba de atenciones. Su conversación era por demás amena y chispeante, sus modales distinguidos y su carácter sumamente agradable. Confieso que al principio esa nueva amistad me dejó bien impresionada.

ACUSADOR ¿Y más adelante?

HELEN Más adelante me sentí contrariada y modifiqué mi impresión respecto al acusado.

ACUSADOR Permítame usted que pregunte el por qué.

HELEN (Algo turbada.) Porque Huntington que hasta entonces había demostrado cierta predilección por mi tía...

MARGARET (Vivamente.) ¡Oh! ¡Es falso!... ¡Completamente falso!... ¡Un tunante de su calaña!... (Risas generales.)

BOBBY (Riendo.) La vieja sale de sus casillas.

MARGARET (Indignada.) ¿Yo vieja?

BOBBY La envidia le devora porque no fué ella la raptada. (Risas generales.)

MARGARET Helen, ya sabes que lo que has dicho no es verdad... ¿Cómo puedes llegar a suponer que ese bandido se atreviese a galantearme?

HELEN Pero, tía, desde el momento en que he jurado decir la verdad... (Nuevas risas. El Juez golpea su mesa con el martillo.)

ACUSADOR Prosiga la testigo.

HELEN Después empecé a notar que Huntington se mostraba demasiado solícito conmigo. Sus atenciones se multiplicaban de día en día, hasta que llegó el caso de que me viera obligada a recordarle que mi palabra estaba empeñada y que su insistencia inoportuna me ofendía. Se inclinó sin contestarme, se retiró y cesó por completo de visitarnos.

ACUSADOR ¿Volvió usted a verle?

HELEN No, señor.

ACUSADOR ¿Qué aconteció durante la noche del 14 de Septiembre?

HELEN ¡Oh! Muy poca cosa he logrado recordar. Me despertó bruscamente la luz de una linterna proyectada sobre mi semblante. Quise gritar, pero una mano colocó junto a mis labios un pañuelo empapado en cloroformo y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré me encontré tendida sobre un diván del salón viendo a mi alrededor a mi tía, un médico y mi doncella, quienes se apresuraron a contarme el odioso atentado del cual acababa de ser víctima y a cuyas fatales consecuencias había escapado gracias a la habilidad y al valor de nuestro buen amigo, el valiente detective Nick Carter.

ACUSADOR ¿Se fijó usted en las facciones del hombre que sostenía la linterna?

HELEN No pude fijarme en las facciones de nadie, porque quedé deslumbrada como ante el resplandor de un relámpago. Hasta después no me enteré de la culpabilidad de Huntington.

ACUSADOR ¿Esa noticia sorprendió a usted?

HELEN Me causó mucha pena.

ACUSADOR ¿Conoce usted a su cómplice Bobby Padlock?

HELEN No, señor.

BOBBY Lo siento.

ACUSADOR Muchas gracias, señorita. (A Davis.) ¿Si la defensa desea interrogar a la testigo? (Davis se levanta.)

DAVIS (Con amabilidad.) Con mucho gusto. (Se adelanta los lentes y se retuerce las guías del bigote.) Principiaré por preguntar a la gentil testigo...

MELVIL ¡Cállese usted!

DAVIS Pero...

MELVIL No consiento que usted interrogué a miss Dodler.

DAVIS Permítame... Soy responsable de la defensa de usted y mi deber de abogado es...

MELVIL ¡Basta!

DAVIS Está bien. Como usted quiera.

JUEZ Puede usted retirarse, señorita.

MARGARET (Cuando Helen se ha reunido con ella y cogiéndola de la mano.) Ven, Helen. ¡Vámonos!... Ya no puedo más... ¡Qué atmósfera!... (Sale seguida de Helen por la derecha. Risas en el público. El Juez golpea la mesa con el martillo.)

JUEZ ¡Ujier! (Nuevo ataque de tos.)

BOBBY Honorable señor Juez, lo ha pillado usted fuerte. Debe cuidarse.

JUEZ Ujier, llame usted al segundo testigo.

UJIER ¡Mister Nicolás Carter!... (Movimiento de curiosidad en el público.)

ARIZONA No veo a mi gran amigo Carter.

UJIER ¡Mister Nicolás Carter! (Nick entra por la derecha seguido de Chick y Patsy.)

ESCENA II

Los mismos menos Helen y Margaret, además NICK, CHICK, PATSY y después CATALINA

- NICK Presente. (Sensación, murmullos en el público. Algunos se ponen de pié para verle mejor.)
- JIM Aquí está.
- ARIZONA (Gritando con toda su fuerza.) ¡Woop! Buenos días, amigo mío.
- NICK (Estrechando la mano a Arizona.) Buenos días, Jack. ¡Quieto! ¡Quieto! Y no grite usted tanto.
- SAM (Bajo a Jim.) Ya tenemos aquí a ese mal bicho. ¡Ah! ¡Si pudiese darle contra una esquina!
- JIM ¡Mientras no fuera él quien acabara contigo! (Chick y Patsy se han sentado al lado de Arizona. Nick se ha dirigido al sillón de testigos.)
- ARIZONA ¡Buenos días, Chick! ¡Buenos días, Patsy! ¡Cómo vamos! (El Juez dá golpes con el martillo.)
- UJIER ¡Qué se calle ese cowboy!
- ARIZONA Se callará.
- NICK (Al Juez.) Suplico al honorable señor Juez que se sirva dispensarme si me he presentado algo tarde.
- JUEZ Nada de eso, señor Carter. Ha sido usted puntual. Haga el favor de prestar juramento. ¿Jura, usted, decir verdad, toda la verdad, sólo la verdad?
- NICK (Extendiendo la mano sobre la Biblia que le presenta el Ujier.) Lo juro. (El Ujier se retira.)
- JIM (Bajo a Sim.) Catalina no viene.
- ACUSADOR (A Nick.) Siéntese el testigo y díganos cuál es su nombre, apellido y profesión.)
- DAVIS (Levantándose y dirigiéndose al Juez con gran importancia.) Permítame el honorable señor Juez que haga una observación. Al dirigir una pregunta de tal índole a un hombre universalmente conocido, la acusación

persigue un fin determinado: espera que el nombre del ilustre Nick Carter provoque aclamaciones y manifestaciones de entusiasmo entre el público, lo cual ha de redundar en perjuicio de mi defendido.

ACUSADOR No persigo ese fin, pero sí el de obedecer a la ley.

DAVIS (Con ironía.) Lo que he dicho no significa que yo deje de reconocer los méritos del ilustre Nick Carter que es el detective más extraordinario, más justamente célebre del mundo entero, valiente hasta la temeridad y de una honradez intachable.

NICK ¡Oh! ¡Exagera usted!.. ¡Exagera usted!..
DAVIS Soy admirador entusiasta de sus hazañas que no dudo en calificar de legendarias, ya que muchas veces parece que son hijas de la ficción y no de la realidad.

NICK No merezco tanto.

DAVIS En fin, afirmo que mister Carter es una de las mayores glorias de nuestro país.

NICK (Irónico.) Y usted otra, señor Davis. (Risas, murmullos y aplausos en el público.)

ARIZONA (Gritando.) ¡Woop!

JUEZ (Golpeando con el martillo.) Si esas manifestaciones se reproducen haré despejar la sala. (Sufre un acceso de tos.) Mi deber es cuidar del orden... (Tose.)

BOBBY (A Melvil.) Y de esa tos.

JIM (Bajo a Sim.) Si Catalina no viene, nuestro plan fracasa.

SAM (Bajo a Jim.) No te impacientes, ya vendrá.

ACUSADOR (A Nick.) ¿Conoce usted al acusado Melvil, aquí presente?

NICK (Sonriendo.) Ya lo creo que le conozco. Le he detenido tres veces, somos antiguos amigos.

MELVIL. (Irónico.) Y mutuamente reconocemos nuestros méritos.

NICK Es un tunante por demás peligroso, exento de escrúpulos, temerario hasta lo inverosímil, dotado de una fuerza hercúlea y

de una inteligencia poco común. He sentido siempre un verdadero placer en poder medir mis fuerzas con un adversario semejante.

MELVIL (Irónico.) Acabaré por sonrojarme.

NICK Lástima grande que haya llegado ya el momento de poner fin a tantas hazañas.

MELVIL ¡Quién sabe! Tal vez habrá ocasión de que volvamos a encontrarnos, Mr. Carter.

NICK No es probable. Un robo con fractura, dos asesinatos y un rapto, es más que suficiente para llevarle al sillón eléctrico.

MELVIL ¡Bah! Es usted pesimista.

ACUSADOR De momento sólo nos ocuparemos del rapto. ¿Conoce el testigo a las señoritas Dodler?

NICK Sí, señor. Me inspiran el mayor interés y me honran con su amistad.

ACUSADOR Haga el favor de explicarme en qué forma se vió usted obligado a defenderlas durante la noche del 14 de Septiembre.

NICK En los primeros días de dicho mes, encontré a las señoritas Dodler; hacía tiempo que no las había visto y me participaron que contaban con un nuevo amigo, mister Robert Huntington, un perfecto gentleman por su distinción y elegancia. Miss Margaret insistió de tal modo en elogiarle que yo acabé por dirigirle alguna broma discreta. Algunos días después, en que fuí a visitarlas, miss Helen que es muy aficionada a la fotografía, me enseñó una instantánea del tal Huntington que había tomado sin que él lo advirtiera. En el acto reconocí a uno de los bandidos más temibles que han existido, a Melvil, el Rey del Crimen. No dejé traslucir el estupor que me dominaba para no alarmar a aquellas señoritas, pero me propuse velar por ellas. Dos días después, miss Helen, me describió su última entrevista con el falso Huntington, durante

la cual se vió obligada a hablarle en cierta forma que fué causa de que él no volviese a entrar en aquella casa. Como que yo conocía a fondo a aquel tunante, estaba seguro de que no era hombre capaz de abandonar un provecho y de renunciar a una presa tan tentadora. ¡Quince millones! Así, pues, redoblé la vigilancia auxiliado por mis compañeros Patsy Murphy y Chickering Carter, espiondo y persiguiendo al miserable sin lograr echarle el guante. ¡Ah! ¡Es un hábil luchador! En fin, el 14 de Septiembre por la tarde me dijo Patsy «Me parece que esta noche acontecerá algo: Bobby Padock, el brazo derecho de Melvil ha rondado esta tarde junto al hotel de las señoritas Dodder, inspeccionando las ventanas, las puertas y midiendo con la mirada la altura de las paredes de cerca del jardín. ¡Preparémonos!» En efecto, sobre las dos de la madrugada, Melvil y Bobby llegaron al pie del hotel en un coche silencioso arrastrado por un caballo cuyas patas estaban envueltas con trapos. Saltaron la pared, descerrajaron la puerta, llegaron hasta el dormitorio de miss Helen y cuando se disponían a llevársela, yo, con Chick y Patsy, caí sobre ellos.

ARIZONA Amigo Carter, se olvida usted de mí. Yo puse a prueba la fuerza de mis puños.
(Risas generales.)

NICK Tiene razón. Es justo hacer constar que el valiente Jack Arizona estaba con nosotros.

ARIZONA Yo me encargué del cochero: de dos manotazos diestramente dirigidos le dejé tendido. ¡Whoop!

JIER ¡Silencio, Buffalo Bill! (Risas. El Juez da golpes con el martillo. Se restablece el silencio.)

NICK Cuando tuvimos maniatados a Melvil y a Bobby los llevamos a la cárcel de Tombs,

en donde fueron objeto de precauciones especiales, para evitar cualquier tentativa de evasión.

ACUSADOR ¿Conoce usted al segundo acusado Bobb Padock?

NICK Sí, señor. Es una buena pieza que vive de la rapiña. No es muy agradable encontrarse con él de noche en alguna calle poco frecuentada.

BOBBY Así se forma la reputación de la gente. Hace usted mal en hablar así... Yo en cambio lo hago siempre en elogio de usted.

NICK Además, es un borracho empedernido.

BOBBY ¡Oh! Eso no. Hace dos meses que sólo bebo agua.

NICK ¿No sirven a usted ni vino, ni whisky, en la cárcel?

BOBBY No, por cierto. Es una mala costumbre, pero, ¡qué le vamos a hacer!

ACUSADOR Muchas gracias, señor Carter. Señor Davis, cedo a usted el testigo. (Se sienta.)

DAVIS (Levantándose y hablando con gran importancia.) Vamos a ver. Dirigiré un interrogatorio al testigo con los miramientos debidos a tan digno personaje. (Pausa. Se afianza los lentes y se retuerce el bigote.) Si mal no recuerdo ha dicho usted antes que abrigaba la seguridad de que el falso Huntington volvería a casa de miss Dodler porque no era hombre capaz de renunciar a una presa tan tentadora. (Pausa.)

NICK (Impaciente.) ¿Y bien?

DAVIS Entonces, según usted, obrando el acusado en esa forma, sólo lo hacía impulsado por un motivo: ¡el dinero! ¡Sólo el dinero!

NICK Sí, señor. (Irónico.) ¿Mi opinión difiere de la de usted?

DAVIS ¿No vislumbra el testigo ningún otro motivo que haya obligado al acusado a cometer el acto que se le imputa?

NICK (Con una sonrisa burlona) ¿Tal vez el amor?
¿Una pasión avasalladora?

DAVIS ¿Por qué no? (Sonrisas y murmullos en el público.)

NICK ¿Melvil enamorado? ¿El Rey del Crimen sufriendo un ataque de romanticismo y presentándose ante la morada de miss Helen para dirigirle serenatas a la luz de la luna?

DAVIS Es un hombre como los demás, y miss Helen Dodler posee suficientes atractivos para justificar un amor volcánico. Así, pues, sostengo y proclamo que nos encontramos delante de un delito pasional.

NICK ¿Y cómo lo prueba usted?

DAVIS Con un raciocinio que no puede ser contradicho: si Melvil hubiese perseguido como único fin el robo, se hubiera limitado a saquear la casa de miss Helen, pero no hubiera pensado en raptarla.

NICK ¿Y el rescate? Es un golpe de mano clásico que ha sido empleado en todas las épocas y en todos los países.

DAVIS ¡Oh! Ya nadie emplea el rapto como medio para obtener un rescate. Pero en cambio, el rapto por amor es cosa corriente, y a él acuden los enamorados cuando creen que es el único medio para lograr su objeto. Y entiendan los señores jurados que miss Helen está prometida, que su casamiento es cosa inminente y por lo tanto, el acusado creyó necesario obrar con rapidez y energía.

NICK Permítame usted una ligera objeción: Melvil no dirigió sus dardos amorosos a miss Helen, sino a miss Margaret.

DAVIS ¿Y no podía ser que mi patrocinado tratase de conquistar las simpatías de la tía para aproximarse a la sobrina?

NICK En aquel entonces no le era conocida.

DAVIS De todos modos la duda existe, y es cosa

sabida que en tales casos se dá a los hechos la interpretación que más favorece al acusado. (Se sienta. Catalina entra por la derecha y toma asiento en el último de los bancos destinados al público.)

JIM (Bajo a Sam.) ¡Aquí tenemos a Catalina!

MORGAN (Se levanta.) Suplico al testigo que se sirva decirme qué papel ha desempeñado en este asunto mi patrocinado Bobby.

BOBBY Eso es. Que lo explique. Tengo curiosidad.
MORGAN No dudo que mi defendido durante la noche del 14 de Septiembre hubiera obrado más cuerdamente quedándose en su casa.

NICK (Siempre irónico.) Sin duda.

BOBBY Detesto la ociosidad.

MORGAN En fin, se limitó a acompañar a un amigo ayudándole a conquistar a su amada.

NICK ¿A eso llama usted conquistar?

MORGAN No se trata de un crimen imperdonable.

NICK Entonces será una acción laudable.

MORGAN La Historia nos presenta casos semejantes que todos conocemos y que nadie se ha atrevido a vituperar. Por ejemplo: ¿Se acusó a Perithous por haber ayudado a su amigo Teseo a raptar a la hija de Leda?

BOBBY (A Nick.) ¿Eh? ¿Qué tal?

MORGAN ¿Por qué entonces hacer responsable criminalmente a Bobby de una complacencia amical que no fué reprochada a Perithous?

BOBBY ¡Vamos a ver! ¿Por qué?

MORGAN En la actualidad, como en los tiempos antiguos, la amistad tiene sus deberes.

BOBBY Así lo he comprendido siempre.

MELVIL Pruebas me has dado, nuevo Perithous.

MORGAN Y hay que pensarlo mucho antes de calificar de complicidad lo que ha sido en suma un simple servicio propio de un buen amigo.

BOBBY No tiene vuelta de hoja.

- JUEZ (Burlón.) ¿Eso es todo cuanto tiene usted que preguntar al testigo?
- BOBBY El recuerdo del buen Perithous ha dejado anonadado y sin palabras al ilustre Nick Carter.
- JIM (Riendo a Sam.) Siempre el mismo ese Bobby. Nunca pierde el buen humor.
- MORGAN (Al Juez.) Permitame el honorable señor Juez. (A Nick.) Dos palabras tan sólo: desearía saber quién entró primero en casa de miss Dodler, ¿Melvil o Bobby?
- NICK Melvil.
- MORGAN Este es un dato de la mayor importancia, señores jurados. Melvil entró el primero, por lo tanto no se puede acusar a Bobby del delito de la fractura de la puerta puesto que ésta estaba ya abierta. Queda sólo en pie el rapto. ¿Fue Bobby quien aplicó el cloroformo?
- MELVIL Fui yo.
- BOBBY Yo sostenía el farol.
- MORGAN ¿Quién llevó en sus brazos a miss Helen?
- NICK Melvil.
- MORGAN De lo que se desprende, señores jurados, que Bobby se ha limitado a acompañar a su amigo y a sostener el farol. No hay delito y la falta es de poca importancia.
- NICK (Sonriendo.) No sé si Perithous alumbró también a su amigo Teseo cuando éste raptó a la hija de Leda, pero si puedo asegurar que usted tiene una manera original de hacer que surja la luz en este proceso. ¿Desea usted dirigirme alguna otra pregunta?
- MORGAN No, señor. Muchas gracias. (Se sienta.)
- NICK (Al Juez.) ¿Me permite el honorable señor Juez que me retire? En estos momentos seguimos una pista de suma importancia y tenemos el tiempo medido.
- JUEZ Dé usted tan buen empleo al tiempo que

sería por nuestra parte un delito malgastarlo. Puede usted retirarse, señor Carter, y voy a interrogar en seguida a sus subalternos para que puedan retirarse cuanto antes.

NICK Gracias, honorable señor Juez. (Saluda y sale por la puerta de la derecha en medio de los aplausos del público y exclamaciones de «¡Viva Carter! ¡Bravo Carter!» y el «Whoop» de Arizona.)

ESCENA III

Los mismos, menos Nick

JIM (Bajo a Sam.) Felizmente ya se ha marchado.
SAM No te distraigas y fíjate en la señal. (Cambiar una mirada con Catalina.)

JUEZ ¡Ujier! (Sufre otro acceso de tos.)

BOBBY Honorable señor Juez, ¿qué toma para la tos?

JUEZ Cállese el acusado.

BOBBY He dirigido tal pregunta al honorable señor Juez porque conozco un remedio infalible.

JUEZ Y yo voy a poner remedio a tantas interrupciones por todos conceptos irrespetuosas, ordenando la expulsión de usted de este local...

BOBBY No pido otra cosa.

JUEZ ...conduciéndole otra vez a la cárcel.

BOBBY ¡Bueno!... ¡Bueno!... Cerraré el pico. No hay por qué enfadarse.

JUEZ ¡Ujier! Llame usted a otro testigo.

UJIER ¡Mister Patsy Murphy!

PATSY Presente. (Se dirige al sillón de los testigos.)

BOBBY (A Patsy, cuando éste pasa junto a él.) Buenos días, querido Patsy, ¿cómo vamos?

PATSY Muy bien. ¿Y tú, Bobby?

BOBBY Ya lo ves, me he dejado pillar como un mentecato.

PATSY ¡Qué le quieres hacer! Percances del oficio.

- JUEZ Basta ya. Testigo, ¿jura usted decir verdad, toda la verdad, sólo la verdad?
- PATSY (Extendiendo la mano sobre la Biblia que le ha presentado el Ujier.) Lo juro.
- ACUSADOR ¿Cuáles son su nombre, apellido y profesión?
- PATSY Patsy Murphy, detective privado bajo las órdenes de mister Nick Carter.
- ACUSADOR ¿Conoce usted al acusado Melvil?
- PATSY Sí, señor. Le conozco, es un pillo redomado, jefe de una pandilla de ladrones y salteadores.
- ACUSADOR ¿Estaba usted con Nick Carter durante la noche del 14 de Septiembre último?
- PATSY Sí, señor; le ayudé del mejor modo que me fué posible.
- ACUSADOR ¿Puede usted darnos algún nuevo detalle sobre el rapto de miss Dodler?
- PATSY ¡Oh! Poca cosa. Mientras que Nick se hacía dueño de Melvil, yo me ocupaba de Bobby.
- BOBBY Y sin miramientos a nuestra antigua amistad. No lo digo para reprochártelo, Patsy, pero tienes un modo de apoderarte de las gentes... ¡Vaya unos puños!... ¡Me hiciste ver las estrellas en noche de tempestad!
- PATSY ¡Y tú te defendías con bravura! Un poco más y me estrangulas.
- BOBBY ¡Oh! No. Eso jamás. Boxear siempre que gustes. Puñetazos tantos como quieras. Pero apretar el gaznate no lo hago yo con un amigo de tantos años.
- ACUSADOR ¿Entonces conoce usted mucho a Bobby?
- PATSY Desde la infancia. Los dos somos irlandeses y juntos fuimos agentes de policía en la ciudad de Linerick.
- BOBBY ¡Ah! ¡Qué tiempos aquellos! ¿Te acuerdas, Patsy? Más horas nos pasábamos en la taberna de la tía Brandbury de charla con su cotorra y su gato y paladeando

- aquel rico whisky que vigilando por nuestra demarcación.
- PATSY Abandonamos Inglaterra el inismo día y en el mismo buque y venimos a América en busca de fortuna. Aquí nos separamos. Bobby sentó plaza de ladrón y yo de detective.
- BOBBY Cuestión de gustos. Y cuando volvemos a encontrarnos nos vapuleamos de lo lindo, pero el cariño y la amistad quedan intactos.
- PATSY No así nuestros cuerpos. En cierta ocasión me rompiste cuatro dientes.
- BOBBY Y en otra tú me desconyuntaste un brazo.
- ACUSADOR Nada más, señor Patsy. (A Morgan.) Cedo a usted el testigo.
- MORGAN (A Patsy.) Desde el momento en que conoce usted tan a fondo a mi patrocinado, podrá decirme si le cree susceptible de abrigar buenos sentimientos.
- PATSY (Dudando.) ¡Oh!... ¡Oh!... No sé.
- BOBBY ¡Ah! Patsy, tu duda me ofende.
- MORGAN Vamos por partes: ¿Es Bobby un criminal empedernido? No. ¿Bebe más de lo conveniente? Sí. ¿Frecuenta el trato de personas de mala reputación? Sí. (Pausa.)
- PATSY Ya que contesta usted mismo a sus preguntas me evita la respuesta.
- MORGAN ¡Oh! Son evidentes. ¿Cree usted que teniendo en cuenta estos actos, el jurado debe mostrarse indulgente con el acusado Bobby?
- PATSY Esa pregunta me coloca en situación embarazosa.
- BOBBY Querido Patsy: comprendería perfectamente que me negaras la mano de tu hermana, pero no, que dejes de hacerme justicia. ¡Aun no he matado a nadie!
- PATSY La verdad es que tal vez en el fondo no es completamente malo.
- BOBBY Así me gusta.

PATSY Pero me temo que por el dinero sea ca-
paz de todo.

BOBBY Por el vil metal he escogido esta profe-
sión. ¿Por qué hay personas que tienen
tanto dinero y otras tan poco? ¿Es esto
justo? ¿De ningún modo! Por lo tanto yo
procuro restablecer el equilibrio. Ni más
ni menos.

MORGAN (A Patsy) Muchas gracias. (Se sienta.)

JUEZ Puede usted retirarse, señor Patsy.

BOBBY Adiós, amigo del alma. No se te guarda
rencor. Hasta otra. ¡Ah! He aprendido un
nuevo golpe. Desconfía. (Patsy saluda y sale
por la derecha.)

ESCENA IV

Los mismos, menos Patsy

JUEZ (Al Ujier.) Llame usted a otro testigo.

UJIER Mister Chickering Carter.

CHICK Presente. (Se dirige al sillón de los testigos.)

JUEZ ¿Jura usted decir verdad, toda la verdad,
sólo la verdad?

CHICK (Extendiendo la mano sobre la Biblia que le presenta
el Ujier.) Lo juro.

ACUSADOR (Levantándose. A Chick.) ¿Cuál es su nombre,
apellido y profesión?

CHICK Chickering Carter, detective privado, pri-
mo de Nick Carter mi jefe.

ACUSADOR ¿Presenció usted la tentativa de rapto de
miss Helen Dodler en la noche del 14 de
Septiembre último?

CHICK Sí, señor.

ACUSADOR ¿Qué hizo usted?

CHICK Tuve que habérmelas con dos pillastres
que Melvil y Bobby colocaron en acecho
junto a la casa. Acabé por sujetarles, pe-
ro como éramos uno contra dos, logra-
ron evadirse.

BOBBY Ya los pillaré usted un día u otro.

CHICK Así lo espero. (Melvil y Bobby apoyan ambos codos en la barandilla y ocultan la cara entre las manos.)
ACUSADOR (A Davis.) ¿Si desea usted dirigir alguna pregunta al testigo?
DAVIS Ninguna.
MORGAN Yo tampoco.
JUEZ (A Chick.) Puede usted retirarse. (Chick saluda y sale por la derecha.)

ESCENA V

Los mismos menos Chick. Después un ordenanza de Palacio de Justicia

JUEZ (Al acusador.) ¿No hay más testigos, verdad?
ACUSADOR Uno tan sólo, honorable señor Juez.
JUEZ Ujier, llame usted al último testigo.
UJIER Mister Jack Arizona.
ARIZONA (Lanzando un grito.) ¡Whoop! (Se dirige al sillón de los testigos.)
JUEZ ¿Qué significa ese grito?
ARIZONA Es costumbre en mí. Es el grito de guerra de los cowboys en las praderas del Oeste.
JUEZ Pero aquí no estamos en estado de guerra ni en las praderas del Oeste. En fin, suprima usted esos gritos ensordecedores y dígame si quiere jurar decir verdad, toda la verdad y sólo la verdad.
ARIZONA Muy honorable señor Juez, yo no miento nunca. Que me corten la cabeza si falto a la verdad.
UJIER (Presentándole la Biblia.) Júrelo por la Biblia.
ARIZONA (Extendiendo la mano.) Lo juro. (El Ujier vuelve a su sitio.)
ACUSADOR Diga usted su nombre, apellido y profesión.
ARIZONA Jack, William, Harry, Theodore, Benjamín Arizona, cowboy en las praderas del Oeste. ¡Whoop!
JUEZ ¿Otra vez?
ARIZONA Dispénsame el muy honorable señor Juez.

Es la fuerza de la costumbre. He venido a Nueva York para gastar alegremente el dinero. He tenido la buena suerte de trabar amistad con el gran Nick Carter en una reyerta. El me salvó la vida. En agradecimiento yo pongo a su disposición mis robustos puños. Por lo tanto me debo a él en cuerpo y alma, de pies a cabeza y del índice de la mano derecha a su igual de la mano izquierda.

ACUSADOR Díganos usted cuanto sepa sobre el rapto de miss Dodler.

ARIZONA Yo maté al cochero.

ACUSADOR ¿Y nada más?

ARIZONA Al cochero le debe haber parecido más que suficiente. (En este momento Catalina lanza gritos estridentes propios de una persona presa de un ataque de histerismo.)

CATALINA ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Socorro!... ¡Auxilio! ¡Ayl!... ¡Ah!... ¡Ayl!...

VOCES DIVERSAS (En el público.) ¿Qué pasa?... ¿Qué ocurre?... ¿Qué tiene esa mujer?... ¡Está enferma!... ¡Se muere!...

CATALINA ¡Ayl!... ¡Ayl!... ¡Me muero!... ¡Me ahogo!... (Gran barullo y emoción. El público sube sobre los bancos y sillas. Todos hablan y se empujan. Un grupo rodea a Catalina que continua gritando y gesticulando. Los miembros del Tribunal y del Jurado, de pie, siguen con inquietud esta escena. El Juez, entre accesos de tos, trata de imponer silencio y tranquilizar los ánimos dando golpes con el martillo. Aumenta el desorden. Melvil y Bobby quedan ocultos por estar de pie delante de ellos Davis, Morgan y los periodistas. Al principio del alboroto Jim y Sam se han levantado y pasando entre los grupos han ido a sentarse en los sitios que ocupaban Melvil y Bobby; éstos se han deslizado entre el público y han salido por la derecha sin ser vistos. Dos agentes de policía cogen a Catalina que continúa gritando y salen con ella por la derecha. Se restablece la tranquilidad. Cada cual vuelve a su asiento. Jim y Sam, sentados en

los sitios de Melvil y Bobby tienen ambas codos apoyados en la barandilla y las caras ocultas entre las manos.)

ACUSADOR (Volviendo a su asiento. Al Juez.) Es una mujer que ha sufrido un ataque de histerismo (A Arizona.) ¿Reconoce usted a los dos acusados aquí presentes? (Jim y Sam apartan las manos y levantan las cabezas.)

ARIZONA Pero, no. No les reconozco. No son ellos. (Sensación y curiosidad en el auditorio.)

ACUSADOR ¿Cómo? (Vuelve la cabeza. Se fija en Jim y Sam que le miran burlonamente.) ¡Oh!...

JUEZ ¿Qué metamorfosis es esa?

ARIZONA ¡Qué me corten la cabeza si estos pillos son los mismos de antes! (Risas generales.)

JUEZ (Furioso.) Policemen, ¿en dónde están los presos cuya custodia le estaba confiada? (El policía se encoge de hombros.) Se le impondrá a usted un correctivo. Por de pronto encarcele usted a estos dos. (Señala a Jim y a Sam.)

ORDENANZA (Entra con una carta.) Una carta para el abogado mister Morgan.

MORGAN Deme usted. (Toma la carta. Sale el ordenanza.)

JUEZ ¿De qué se trata?

MORGAN Una carta de Bobby, mi patrocinado. (Leyendo.) «Para curar el resfriado del Juez no hay nada mejor que el brebaje siguiente: mézclese una onza de polvos de la madre Celestina con una cucharada de jarabe de las de Villadiego. Sírvasse en una tisana de hojas de alcornoque». (Risas generales.)

JUEZ (Furioso y entre accesos de tos.) Se levanta la sesión.

ARIZONA ¡Whoop! (Todo el mundo se dispersa. Dos agentes de policía sujetan a Jim y a Sam a pesar de la resistencia que oponen, después de maniatarlos se los llevan. Los abogados defensores y parte del público protestan.)

TELON



ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Habitaciones amuebladas por alquilar

Gabinete amueblado con sencillez. Puertas laterales, con cortinajes.

Balcón en el fondo. Chimenea, sofá en primer término, mesa, sillones, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

BOBBY, de rodillas, acaba de pintar en un cartón, colocado sobre dos sillas la inscripción siguiente: «Habitaciones amuebladas por alquilar.» Después CATALINA.

BOBBY (Canturreando a media voz, contempla su trabajo ya terminado.) ¡Bravo! ¡Ya está! (Entra Catalina por la derecha llevando una bandeja con dos vasos y una botella. Catalina es una sirvienta de cincuenta años, vestida como una coquetuela de veinte, habla con afectación y tiene la cara barrosa.)

CATALINA Mister Bobby, está usted alegre como de costumbre. Siempre hay una canción en sus labios.

BOBBY Siempre, simpática Catalina. (Indicándole el rótulo.) Mira. ¿Está bien, verdad? Si el jefe no queda contento...

CATALINA ¿No ha vuelto mister Melvil?

BOBBY Aún no. (Fijándose en la botella.) ¿Qué me traes?

CATALINA (Llenando dos vasos.) Rhum.

BOBBY ¿Del bueno? (Bebiendo) ¡Ah! Superior. (Sus-

pirando.) Así es como se reanima uno después del trabajo.

CATALINA Así es como se destruye usted la salud.
BOBBY Sí, Catalina, de esta manera... (Acaba de beber el vaso y se llena otro)... y de la otra. (Lo bebe de un sorbo.)

CATALINA Los hombres son irreflexivos como los niños. (Se llena otro vaso y lo bebe.) Fco vicio es el de la bebida.

ESCENA II

Los mismos y JIM y SAM; éste muy elegante

JIM Aquí estamos.

SAM De regreso de... la excursión.

CATALINA ¡Oh! mister Jim, mister Sam.

BOBBY (Estrechándoles las manos.) ¡Ya os han soltado!

SAM Hace una hora escasa.

JIM Ocho días de encerrona. ¿No es mucho, verdad? Hemos pagado la hazaña a bajo precio.

BOBBY Sí, no es caro, atendida la trascendencia de la jugarreta que les hicimos. Melvil y yo nos deslizamos de entre los dedos de nuestros guardianes.

SAM Mientras que esa buena Catalina gritaba como un energúmeno.

CATALINA (Gritando como en el primer acto) ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Me muero!... (Riendo los cuatro.)

SAM ¡Si hubiéseis visto la cara que puso el Acusador cuando nos echó el ojo!...

JIM ¡Y el Juez! Le dió un berrinche al enterarse de la famosa receta. (Nuevas risas.)

BOBBY Dos vasos más, Catalina.

CATALINA En el acto. (Vase.)

JIM ¿Nada nuevo desde hace ocho días?

BOBBY No. Absolutamente nada. Completa calma.

Pero llegáis con oportunidad. Hoy vamos a trabajar de firme. (Encienden cigarros.)

SAM ¡Ah! ¿Algún buen negocio?

BOBBY No sé hasta que punto puede serlo. Se trata de la gentil Helen. Parece que el jefe la ama y quiere apoderarse de ella a toda costa.

JIM Bien merece la chiquilla que por ella haya quien pierda los estribos.

SAM ¿De modo que Melvil anda chiflado por aquel cuerpecito?

BOBBY Eso es lo que yo me pregunto: ¿Anda tras de la bella o de su dinero? ¿Quién puede decirlo! Ya sabéis que él no tiene la costumbre de dar cuenta a nadie de sus planes. (Catalina entra con cuatro vasos, los llena y todos beben mientras hablan.) Me temo que Melvil acabe por hacer una tontada.

JIM ¿Por qué?

BOBBY No sé si sabéis que Nick Carter es quien vigila siempre alrededor de miss Helen.

JIM ¡Diablo!

BOBBY Si Melvil está verdaderamente enamorado y persiste en su empeño, puede comprometer su libertad y la nuestra.

JIM ¡Malditas hembras! ¡Qué el diablo se las lleve!

BOBBY ¡Cuando el amor anda de por medio!...

CATALINA ¡Oh! No hable usted mal del amor.

BOBBY No, bella Catalina.

SAM Yo opino que Melvil anda en pos de un buen rescate.

BOBBY Yo no estoy seguro de nada. Me limito a observar y a atar cabos. Habéis de saber que Melvil no es el mismo de antes: sueña despierto, medita continuamente, suspira y habla solo. Además se pasa la mayor parte del día y de la noche en la «Casa Roja», ese vetusto caserón mezcla de castillo y de cárcel que ha comprado por una bicoca y que está situado a una hora de

distancia de Nueva York. Hace reparaciones en él, combinando todos los medios de defensa imaginables... Quiere que sea una fortaleza. Días pasados me decía: «Cuando esté todo terminado sólo se podrá entrar en la «Casa Roja» a cañonazos».

JIM ¡Diablo!

BOBBY Ha instalado allí la electricidad a su manera: el que trata de forzar una puerta, una ventana, una cerradura... ¡pam!

CATALINA ¿Explota?

BOBBY Una corriente eléctrica se encarga de mandar al otro mundo al intruso. Supongo que es allí en donde quiere ocultar a la bella, cuando le haya echado la zarpa, lo que no tardará en suceder.

JIM ¡Ah!

BOBBY Hoy mismo, dentro de dos horas, miss Helen será suya si le sale bien el plan que ha combinado. ¡Oh! Amigos míos, una maravilla de cálculo, un prodigio de ingenio. Si se le escapa la chiquilla, del disgusto sólo beberé yo agua... hasta fin de mes.

CATALINA Hoy estamos a veinte y nueve. (Todos ríen.)

SAM ¿Por dónde anda el jefe?

BOBBY No puede tardar en llegar. Le estoy esperando. Y a propósito, lo olvidaba. Ayúdame Sam, coge por el otro extremo. (Coge el cartelón con Sam.)

JIM ¡Un anuncio! (Leyendo.) Habitaciones amuebladas por alquilar.

BOBBY Vamos a colgarlo afuera, en el balcón. (Abre el balcón y colocan el anuncio colgado de la baranda. Cierran el balcón.)

JIM ¿Melvil quiere cambiar de casa?

BOBBY Lo ignoro. Me ha dicho que trazara y colocara ese anuncio y he cumplido la orden.

SAM Volviendo a miss Helen, si el jefe acari-

- cia sobre ella intenciones amorosas, hará bien en desconfiar de Raquel.
- JIM Obrará cueradamente. La tal Raquel no vería con buenos ojos la existencia de una rival.
- SAM ¡Y qué hermosa es la condenada!
- JIM Sí, es una obra maestra, pero temible en sus raptos de celos.
- BOBBY ¡Oh! Está locamente enamorada de Melvil. Es una mujer fogosa, apasionada, exuberante, espléndida; en cambio, yo no daría ni cinco céntimos por su rival. Miss Helen es un témpano con sangre de horchata en las venas.
- JIM ¿En dónde está ahora Raquel?
- BOBBY En Francia, desde hace dos meses. Ha ido allí para desempeñar una misión importante.
- SAM Por lo que veo, a Melvil se le prepara trabajo: de un lado Raquel, de otro Helen y de otro Nick Carter.
- BOBBY ¡Oh! En cuanto a ese Nick Carter que se ande con cuidado. Si se nos pone delante le aplastaremos como a un reptil.

ESCENA III

Los mismos, RAQUEL, con traje de viaje

- RAQUEL (Muy alegre.) Buenas tardes todo el mundo.
(Los cuatro personajes se quedan estupefactos.)
- BOBBY ¡Raquel!
- JIM ¡Oh!
- SAM ¡Ah!
- RAQUEL ¿Qué os pasa? ¿Os doy miedo?
- BOBBY No esperábamos a usted tan pronto.
- CATALINA Debía la señorita llegar dentro de ocho días. ¿Cómo ha sido eso?
- RAQUEL (Riendo.) Pues adelantando el regreso. ¿Está aquí Melvil?

BOBBY No.
RAQUEL ¿Cómo anda de salud?
BOBBY Perfectamente.
RAQUEL ¿En dónde está?
BOBBY No lo sé.
RAQUEL ¿Cómo van los negocios?
BOBBY A pedir de boca.
RAQUEL ¿No ha acontecido nada extraordinario durante mi ausencia?
BOBBY Nada.
SAM Tan sólo un pequeño contratiempo sin importancia: Jim y yo hemos cumplido ocho días de encerrona.
RAQUEL ¿Salís de la cárcel? ¿Qué habéis hecho?
BOBBY (Hace signo a Sam de que se calle.) ¡Oh! Poca cosa: un timo vulgar. Se dejaron pillar como dos primerizos.
RAQUEL ¡Es vergonzoso! ¡Dejarse coger a vuestra edad! (A Catalina.) Dame algo con qué refrescar el gaznate, cocinera romántica, y manda que lleven el equipaje a mi dormitorio.
CATALINA Allá voy. (Vase.)
RAQUEL ¡Ah! Estoy contenta de haber regresado. (Vase.)

ESCENA IV

BOBBY, SAM, JIM; después MELVIL

BOBBY (A Sam.) ¿No puedes contener la lengua, maldito charlatán?
SAM ¿Qué he dicho?
BOBBY Si no te paro, lo sueltas todo: el rapto, la detención del jefe, el juicio oral, en fin la historia completa.
SAM ¿Y qué?
BOBBY ¿Y si Melvil no quiere que Raquel se entere de todo este lío?
JIM Lo que es probable.

- SAM ¡Oh! Raquel acabará por saberlo un día u otro.
- BOBBY Es posible, pero que no lo sepa por tu boca. Es un buen consejo que te doy, si no lo sigues puede costarte cara la bromita, imbécil!
- JIM (A Sam.) Ya sabes que el jefe tiene malas pulgas. (Melvil entra precipitadamente por la derecha, lleva peluca y largos bigotes. Se aproxima al balcón, mira con precaución a la calle, ocultándose detrás de los visillos.)
- BOBBY (Bajo.) Aquí está.
- MELVIL Ven acá, Bobby, y mira con precaución. (Bobby obedece.) ¿Qué ves?
- BOBBY ¡Mil diablos! ¡Nick Carter!
- MELVIL Sí, es él... ¡Ah! Se fija en el anuncio.
- BOBBY Se marcha.
- MELVIL Pero tú verás como vuelve. (Se dirige al proscenio con Bobby. A Jim y a Sam.) ¡Ah! ¡Ya estáis aquí! ¿Cuándo os han soltado?
- JIM Hace una hora.
- MELVIL Desempeñásteis vuestro papel a las mil maravillas. ¡Buenos muchachos! Estoy contento de vosotros. (Dando a cada uno un billete.) Tomad. Aquí tenéis veinte dollars. (Se quita el gabán y el sombrero.)
- SAM ¡Oh! Gracias, jefe.
- JIM Muchas gracias.
- MELVIL No podéis llegar más oportunamente. Os necesito. Id a la taberna de Melcraft, en Chatham Square.
- JIM ¿Al Hoyo de los Ratones?
- MELVIL Sí. Diréis a Melcraft que prepare mi habitación en el acto.
- JIM Sí, jefe.
- MELVIL Me esperaréis allí. En marcha y aprisa. Salid por la cueva, puede haber soplones en la calle. (Jim y Sam salen vivamente.)

ESCENA V

MELVIL y BOBBY

BOBBY ¿De modo que Nick Carter está acechando?

MELVIL Sí, el muy cándido ha mordido el anzuelo, pero a pesar de ello puede hacer que fracase nuestro plan. Hay que alejarle a toda costa y si es posible suprimirle.

BOBBY ¿Por eso se ha disfrazado usted?

MELVIL ¡Oh! He adoptado un disfraz muy sencillo, para que pueda reconocermé fácilmente. He ido a dar una vuelta por Mulberry Street, cerca de las oficinas de Policía. Nick Carter vá todos los días a charlar un rato y a fumar un cigarro con su amigucho el inspector principal. Apenas hacía veinte minutos que me paseaba por allí, cuando salió Nick Carter, me reconoció y se dispuso a seguirme disimulando cuanto le ha sido posible. ¡Ah! Le he hecho trotar de lo lindo. Durante hora y media le he llevado por escolta, tan pronto a pie, tan pronto en el mismo tranvía, aparentando yo que no me fijaba en él. En fin, le he hecho llegar hasta aquí, yo he entrado y él se ha quedado en la acera, desde donde he podido contemplar tranquilamente el anuncio que dice: «Habitación amueblada por alquilar.»

BOBBY Se ha jugado usted el pellejo. Podía haberle detenido.

MELVIL No era cosa fácil. Iba solo. He procurado tenerle siempre a distancia y he comprendido que lo que se proponía era conocer nuestra guarida para después caer sobre nosotros de improviso y cogernos a todos.

BOBBY ¿Entonces usted cree que volverá?

MELVIL No cabe duda. Voy a decir a Catalina...
(Se dirige hacia la derecha.)

BOBBY Espere usted.

MELVIL ¿Qué hay?

BOBBY (Bajando la voz.) Raquel está aquí.

MELVIL (Desconcertado.) ¿Raquel? ¿Estás loco!

BOBBY Acaba de llegar. Se encuentra en su habitación.

MELVIL (Furioso.) ¡Maldita sea! ¿Por qué ha adelantado su regreso?

BOBBY Lo ignoro.

MELVIL Alguien me ha hecho traición. ¿Quién la ha avisado?

BOBBY No lo creo. Está de muy buen humor y no lleva trazas de conocer lo que se trama.

MELVIL ¡Llegar casi a la meta! ¡Ver tan próximo el triunfo y fracasar por esta maldita mujer!... ¡Oh! Sería imperdonable. ¿Se ha enterado de mi detención? ¿Tiene noticia de mi proceso? ¿El motivo que lo ha provocado?...

BOBBY No. Me hubiera hablado de todo ello.

MELVIL ¡Que se ande con cuidado! ¡Si se interpone ante mi paso y si toca un sólo cabello de la mujer que amo!...

BOBBY (Con timidez.) ¿Miss Helen?

MELVIL (Enérgicamente.) ¡Cállate! (Pausa.) Pues sí, la amo con pasión avasalladora.

BOBBY (Ha resultado lo que yo temía.)

MELVIL Desde el día en que la vi por vez primera no sosiego, ni soy dueño de mis pensamientos.

BOBBY Lo he notado.

MELVIL Helen es para mí más que la vida. A Melvil el ladrón empedernido, al asesino inhumano, el salteador audaz, una damisela sutil y delicada le aprisiona con su mano fina y diminuta. Su mirada me trastorna, su gracia me cautiva, su voz me enloquece y te juro que me quitaré la vi-

- da si resulta imposible que llegue a ser mía.
- BOBBY El amor le ha atacado con fuerza, no debe usted dejarse dominar por él. (¡Malditas mujeres!)
- MELVIL Tienes razón. No debemos abandonarnos hasta tal extremo.
- BOBBY No es este el momento oportuno.
- MELVIL No hemos jugado aún la última carta. Con audacia y sangre fría...
- BOBBY Eso es. No hay que desmayar.
- MELVIL ¡Triunfaré! El medio está sabiamente calculado.
- BOBBY No faltan a usted nunca ideas ni combinaciones.
- MELVIL (Volviendo a mirar a través de los cristales del balcón.) Ante todo no olvidemos a Nick Carter.
- BOBBY Sí, ese es el punto capital.
- MELVIL Cuando nos hayamos desembarazado de este enemigo...
- BOBBY Tendremos el camino expedito.
- MELVIL Si viene a esta casa le haremos entrar aquí, entonces tú te esconderás detrás de esta cortina. (Le indica la izquierda.)
- BOBBY Entendido. (Entra Raquel vistiendo elegante traje de calle.)

ESCENA VI

MELVIL, BOBBY y RAQUEL

- RAQUEL (Arrojándose en brazos de Melvil.) ¡Ah! ¡Fred! ¡Al fin te vuelvo a ver!
- MELVIL (Fingiendo gran sorpresa.) ¿Cómo?... ¡Raquel!... ¡Mi Raquel!... ¿Tú aquí?
- RAQUEL ¿No lo sabías? ¿Bobby nada te ha dicho?
- BOBBY No. El jefe me hablaba de asuntos tan importantes que me he distraído.
- RAQUEL ¿Qué asuntos son esos?

- BOBBY Tememos que Nick Carter venga a esta casa de un momento a otro.
- RAQUEL (Horrorizada.) ¿El aquí?
- BOBBY Es lo más probable.
- RAQUEL Pues huye aprisa.
- MELVIL No hay peligro. Yo le hago venir. Le he mostrado el camino.
- RAQUEL Que me emplumen si entiendo una palabra.
- MELVIL Le he tendido un lazo. Con calma te lo explicaré. (A Bobby.) Vigila junto al balcón, pero procura no ser visto. (Bobby mira por el balcón pero ocultándose detrás de los visillos.)
- RAQUEL ¡Oh! ¡Amado mío! ¿De veras no corres peligro alguno? ¡Qué bien he hecho en adelantar mi regreso! No podía vivir lejos de ti.
- MELVIL ¿De veras?
- RAQUEL ¡Oh! Sí. Esos dos meses de separación me han parecido eternos.
- MELVIL Te he escrito con frecuencia.
- RAQUEL Pero no con la que yo hubiera deseado. Además tus cartas me parecían frías e indiferentes. Me causaban inquietud.
- MELVIL ¡Bah! Ideas de enamorados.
- RAQUEL Mírame frente a frente. Tus ojos en los míos. Que yo pueda leer en ellos. ¿Amas a otra?
- BOBBY ¡Qué perspicacia!
- MELVIL ¡Oh! Raquel... ¿Cómo puedes suponer?
- RAQUEL La idea de que es posible la existencia de una rival, de que me abandona ni un momento. El temor de que puedes dejar de amar me me tortura noche y día. Por esto he venido antes, sin avisarte, para sorprenderte.
- BOBBY ¡Qué buen olfato!
- MELVIL ¡Estás loca, Raquel! Desecha esas ideas absurdas. ¿Cómo es posible que yo deje de amarte?
- BOBBY ¡Vaya un aplomo!

MELVIL Y ahora, : que ya estás más tranquila, cuéntame con todos sus pelos y señales tu viaje a Francia. ¿Has triunfado en Biarritz?

RAQUEL En toda la línea. Como Julio César puedo decir que llegué, ví y vencí. Al tercer día de pisar aquella playa, trabé amistad con tu recomendado, ese mister Harry Pendam, hombre elegante, distinguido y ameno, que conserva el buen humor y alegría juveniles bajo su cáscara de viejo caduco. Después de una semana éramos los mejores amigos del mundo, hasta el punto de que logré que me regalara su fotografía.

MELVIL ¡Admirable! ¿Qué has averiguado sobre él?

RAQUEL Ante todo que es inmensamente rico.

MELVIL Mejor.

RAQUEL Como que es un solterón sin parientes próximos lega todos sus bienes de fortuna a una señorita que vive aquí en Nueva York, llamada Helen Dodler y de la cual es tutor.

MELVIL ¿Qué tipo tiene ese viejo?

RAQUEL Es alto y delgado como tú, lleva el cabello cortado a rape y una barba blanca, larga y cerrada que le imprime cierto aspecto venerable. Luego te daré su retrato para que te hagas cargo.

MELVIL Muy bien.

RAQUEL Próximamente llegará aquí para asistir a la boda de esa Helen Dodler.

BOBBY ¡Atención! Me parece que es él.

MELVIL (Aproximándose al balcón.) Sí, es Nick Carter. Creerá que está bien disfrazado pero yo le he conocido.

RAQUEL ¿Estás seguro de que es Nick?

MELVIL Segurísimo. Aquí viene. (A Raquel.) Le abrirás la puerta. Si te habla de las habitaciones por alquilar, le introduces aquí y

tú te retiras a tu dormitorio. (Se oye un timbre.) Llama.

RAQUEL ¿Quieres matarle?

MELVIL Ve aprisa. (Raquel sale por la derecha.)

BOBBY ¿Tiene usted el revólver? (Se saca las botas.)

MELVIL Sí. Pero... ¿qué haces?

BOBBY Me sacó las botas. Es una precaución que no está de más.

MELVIL ¡Escóndete!

BOBBY ¡Volando! (Coge las botas, abre la puerta de la izquierda y se oculta detrás de ella.)

MELVIL No te muevas. Que no sospeche tu presencia y fíjate en lo que suceda aquí. (Abriendo un cajón.) (Saquemos las cuerdas y los cigarros que hacen dormir largo y tendido.) (Mete un manojo de cuerdas en un bolsillo y saca una caja de cigarros que coloca sobre la mesa, junto a la cual se sienta leyendo un periódico. Entra Raquel por la derecha precediendo a Nick Carter, disfrazado de viejo elegante, alegre y vivaracho, con cabello y bigote blancos, flor en el ojal, etc.)

RAQUEL Tenga usted la bondad de pasar, caballero. mi marido dará a usted los datos necesarios y le mostrará las habitaciones. (Saluda y sale.)

ESCENA VII

MELVIL, NICK, BOBBY (escondido), después RAQUEL

MELVIL (Volviendo la cabeza.) ¿Quién es? (Se levanta.)

NICK Dispense usted, caballero, si vengo a molestar.

MELVIL ¡Oh! Nada de eso. ¿En qué puedo servirle?

NICK Poca cosa.

MELVIL Tenga usted la bondad de sentarse.

NICK No, gracias. Estoy bien así. (Se miran fijamente.) Tiene usted algunas habitaciones amuebladas por alquilar, ¿verdad?

- MELVIL Sí, señor. Esta entre ellas.
- NICK ¿Y las otras?
- MELVIL Hay un comedor, dos dormitorios, cocina y dos pequeñas habitaciones para criados.
- NICK Precisamente es lo que necesito. ¿Cuándo estará todo esto disponible?
- MELVIL Dentro de ocho días.
- NICK Muy bien.
- MELVIL Pero siéntese usted.
- NICK No. Aseguro a usted que estoy mejor así. Pero si desea sentarse no haga cumplidos por mí.
- MELVIL No, señor. Yo también prefiero permanecer de pie.
- NICK Entonces no nos sentaremos ni el uno ni el otro.
- MELVIL Eso es, ni uno ni otro. (Presentándole la caja de cigarros.) Va usted a fumar un cigarro.
- NICK No, gracias.
- MELVIL Los recomiendo a usted de un modo especial.
- NICK No fumo. Pero no se abstenga usted por mí. El humo no me molesta.
- MELVIL Yo tampoco fumo.
- NICK Y ahora sírvase contestarme: ¿hay tranquilidad en esta casa? ¿Los vecinos son todas personas conformes? No dejo nunca de exigir estas condiciones.
- MELVIL ¡Oh! En esta casa sólo encontrará usted personas honradas.
- NICK ¿Hay perros, gatos, niños, aprendices de piano? Estas condiciones tampoco dejo nunca de... (De repente Melvil se arroja sobre Nick Carter y le aprieta el cuello con intención de estrangularle. Nick se defiende con valentía, le coge por las muñecas, caen al suelo entregándose a una lucha silenciosa y encarnizada. Al fin Nick logra dominar a Melvil en el suelo boca abajo y sujetándole con la presión de la rodilla; en este momento y cuando ya puede considerársele como hombre perdido, Bobby sale silenciosamente de su escondite blandiendo una maza,

se aproxima a Nick por detrás y le dá un golpe certero en la nuca. Nick Carter, lanzando un grito, cae desplomado. Raquel entra por la derecha.)

RAQUEL

¿Ya está?

BOBBY

Sí. ¡Muerto!

MELVIL

(Levantándose.) ¡Al fin! ¡Qué el diablo se lleve su alma! Ya era tiempo. Un poco más y perezco estrangulado.

BOBBY

Ya lo he visto.

MELVIL

¡Buenos puños! ¡Has estado certero! Ahora asegurémonos de que está bien muerto. (Aproximando el oído al corazón de Nick.) El corazón late todavía.

BOBBY

(Blandiendo la maza.) Voy a rematarle.

MELVIL

NO. (Sacando las cuerdas del bolsillo.) Tomas estas cuerdas y atémole de brazos y piernas. Si aun vive, esta noche le mataremos y arrojando después el cadáver al Hoyo de los Ratones, no quedará rastro del crimen.

(Bobby ha cogido las cuerdas y ayudado por Melvil a Nick mientras hablan.)

BOBBY

Muy bien.

MELVIL

Ahora no tenemos tiempo que perder, nos esperan allá.

RAQUEL

¿En dónde?

MELVIL

En la taberna de Melcraft.

RAQUEL

¿Tramáis algo?

MELVIL

Sí. Vamos a dar un golpe de los cuales entran pocos en libra.

RAQUEL

¿Debo seguiros?

MELVIL

No. Te quedas aquí.

RAQUEL

¿Por qué?

MELVIL

Es necesario que no abandones este gabinete ni un segundo. Vigilarás a Nick Carter. ¿Tienes tu revólver?

RAQUEL

Está en mi dormitorio.

MELVIL

Ve a buscarlo. (Raquel sale.)

BOBBY

(Bajando la voz.) ¡Buena idea! Así no nos molestará.

MELVIL

Aquí tienes el por qué te he prohibido que le matases.

BOBBY

Comprendo.

- MELVIL Ata fuerte y bien al buen amigo Carter. ¡Qué final tan desastroso para el rey de los detectives! (Coge a Nick por los hombros, Bobby le coge por los pies y le colocan tendido sobre el sofá con la cabeza apoyada en un almohadón.)
- BOBBY (A Nick Carter que continúa sin sentido.) ¿Cómo va esa salud, querido Nick? ¿Continúas entre brumas? Ya ves a que conduce meterse en asuntos ajenos. Esta noche te mandaremos de un salto al otro mundo. Y mientras tanto no te aburras. Te daría un libro alegre para leer, pero veo que es inútil. No quieres abrir los ojos.
- MELVIL (Poniéndose el gabán y el sombrero.) Irás en seguida a casa de Meltcraft. Te reunirás con Jim y Sam y juntos iréis a donde sabes. Son las tres y media. A las cinco miss Helen debe ir a visitar su nuevo hotel.
- BOBBY Sí, tenemos tiempo. (Nick abre ligeramente los ojos y vuelve a cerrarlos.)
- RAQUEL (Entrando con un revólver.) Aquí me tienes armada.
- MELVIL (A Raquel.) ¿Has comprendido bien? ¿No te apartarás de su lado, ni un minuto, bajo ningún pretexto?
- RAQUEL Te lo prometo. Vete tranquilo.
- MELVIL Si se mueve, alójale una bala en la sésera.
- RAQUEL No dejaré de hacerlo. (Deja el revólver sobre la mesa.)
- MELVIL En marcha, Bobby. Saldremos por la cueva, la calle debe estar guardada por los satélites de Nick.
- BOBBY (Que acaba de ponerse las botas.) Voy.
- MELVIL (A Raquel.) Y no abras la puerta a nadie. ¿Oyes?
- RAQUEL A nadie. Pero vuelve pronto, Fred.
- MELVIL En seguida que me sea posible. Te prometo no tardar. Hasta luego. (Todo va bien.) Vamos, Bobby. (Vase por la derecha seguido de Bobby.)

ESCENA VIII

NICK (tendido en el sofá), y RAQUEL

(Raquel contempla un momento a Nick y sale por la derecha.)

NICK (Abriendo los ojos.) ¡Qué obediente es esta joven!... ¡Qué buena idea he tenido al encasquetarme una peluca cuidadosamente forrada de algodón en rama! Resulta calurosa y poco elegante. Gracias a ella y también a que el tal Bobby no me ha dado de plano, el coscorrón no ha sido cosa mayor... (Pausa.) ¡Van a dejarme solo! (Pausa.) ¡Pobre Helen! Ignora el peligro que la amenaza. Si Chick y Patsy no velan por ella, está perdida. (Pausa.) Me han sujetado de tal manera que no puedo hacer el menor movimiento ¡Qué bárbaros! Oigo pasos. Volvamos a perder el conocimiento. (Cierra los ojos. Entra Raquel con una labor en la mano. Se sienta a cierta distancia de Nick y empieza a trabajar.)

RAQUEL ¡Bonita tarde me espera convertida en carcelero de ese intruso que tiene por oficio meterse en vidas ajenas!... ¡Y yo que imaginaba que mi Fred pasaría el día conmigo!...

NICK (¡Pobrecilla, está enamorada!)

RAQUEL (Cantando con música de la habanera de «Carmen», mientras trabaja.)

L'Amour est enfant de Bohème,
Il n'a jamais connu de loi;
Si tu ne m'aimes pas, je t'aime;
Si je t'aime, prends garde à toi!

NICK (Con voz débil.) ¡Bravo!... ¡Bravo!...

RAQUEL ¡Ah! Veo que recobra usted el conocimiento.

NICK Así parece. Imagino que estoy de vuelta de un viaje, que vengo de no sé donde, del país de las tinieblas probablemente... En mi sueño o letargo he oído una can

ción muy suave, entonada por una voz muy dulce... ¿Quién cantaba? No sé, tal vez algún espíritu celeste...

RAQUEL Terrestre.

NICK ¿Entonces, era usted?

RAQUEL Creo que sí... Pero en fin, ¿está usted mejor?

NICK ¡Oh! Débil es la mejoría.

RAQUEL Bien merecido lo tiene usted por venir a molestar a las gentes en sus casas. No es usted razonable, mister Carter.

NICK Es verdad. Ahora lo comprendo. Pero no me quejo. Tengo buena suerte en medio de mi desgracia; podían haberme matado y aun estoy vivo, podía estar bajo la ferroz vigilancia de un bandido repugnante y es una mujer quien me guarda, pero una mujer encantadora.

RAQUEL ¡Oh! Es usted muy galante.

NICK Siento un fervoroso entusiasmo por las mujeres hermosas. ¿Quiere, usted hacerme un favor?

RAQUEL Lo siento mucho. Lo único que puedo hacer por usted es mandarle cuanto antes a trabar conocimiento con los espíritus celestes que creía usted oír antes. Si se mueve, la bala de este revólver le hará estar quieto para siempre.

NICK ¿Moverme yo? ¿Y cómo? Sus amigos son maestros en el arte de manejar las cuerdas. Lo que pido a usted es solamente que tenga la amabilidad de aproximarse a mí de manera que pueda ver bien esa cara perfecta. Esto no costará a usted ningún trabajo y en cambio mis pobres ojos se recrearán.

RAQUEL Si con tan poca cosa puedo serle agradable... (Se sienta frente a él y continúa trabajando.)

NICK Muchas gracias. De tal manera no hay temor de que me aburra.

RAQUEL Comprendo la intención de esos galan-

teos: quiere usted empezar por engatusarme y acabar sabe Dios cómo.

NICK Si le molesta mi charla cerraré el pico y me contentaré con mirar. ¡Ah! ¡Qué ojos tan rasgados tiene usted!... ¡Y qué nariz! Sobre todo la nariz es ideal, perfecta, chiquirritina. ¡Ah! He de confesar a usted que yo pierdo los estribos ante una nariz chiquirritina.

RAQUEL (Riendo.) Me hace reír de veras. ¿Sabe usted que esta noche van a matarle?

NICK (Muy tranquilo.) ¡Usted cree!...

RAQUEL Sí, sí.

NICK ¿Y a qué hora? ¿Antes de comer?

RAQUEL No, después.

NICK ¡Ah! Menos mal.

RAQUEL Parece que recibe usted la noticia como si tal cosa.

NICK Es la fuerza de la costumbre. Cada mañana cuando me despierto, la primera pregunta que me dirijo es la de si veré acabar el día. Estoy familiarizado con el peligro.

RAQUEL Ya sé que es usted muy valiente.

NICK Indiferente, mejor dicho. Puedo asegurar a usted que más miedo me da un resfriado que la muerte.

RAQUEL ¡Qué gracia!

NICK Palabra de honor. Toser, sonarme, expectorar, tener los ojos como dos tomates en sazón y la nariz como un pimiento colorado constituye todo esto para mí un suplicio atroz.

RAQUEL Repito que es usted muy gracioso. (Ríe)

NICK ¡Ah! Ría usted. Ría sin cesar. Se lo pido por favor. Así puedo ver los dientes más bonitos del mundo.

RAQUEL Se divierte usted a mi costa.

NICK Pero no. Juro a usted que soy sincero. Tiene usted una boquita arrebatadora.

RAQUEL En fin, sólo dispone usted de algunas horas de vida y...

- NICK Usted me las embellece y me las hace pasar en la antesala del paraíso. ¿Qué más puedo desear? Aseguro a usted que sin el dolor que siento en la cabeza y sin estas cuerdas que me ciñen con demasiada fuerza, esta tarde sería para mí deliciosa.
- RAQUEL No es usted exigente.
- NICK ¡La vida ofrece a veces tan pocos atractivos!
- RAQUEL ¿Tanto la desprecia usted?
- NICK Mi oficio me proporciona muy malos ratos.
- RAQUEL ¿Por qué lo ha escogido usted?
- NICK Me ha impulsado a ello el deseo de ser útil a la sociedad... Pero desgraciadamente me veo a cada paso detenido por algún percance. Sin ir más lejos, en este momento en que estoy estúpidamente atado y reducido a la impotencia, Melvil está raptando a una mujer a quien yo había jurado defender.
- RAQUEL (Vivamente.) ¡Una mujer!
- NICK Extraordinariamente hermosa y de la cual anda perdidamente enamorado.
- RAQUEL ¡Imposible!. ¡Está usted loco! (Se levanta.)
- NICK Estoy muy cuerdo. Digo la verdad. Melvil muestra en este asunto un empeño digno de mejor causa. Esta tarde debe raptarla por segunda vez.
- RAQUEL ¿Por segunda vez?
- NICK Sí. En la primera tentativa fracasó porque yo vigilaba y tuve la suerte de arrancarle su presa.
- RAQUEL (Exaltada.) ¿Cuándo fué?... ¿Cuándo?
- NICK Hace poco más de un mes. Detuve a Melvil y a Bobby, se les procesó, precisamente hoy cumple ocho días que comparecieron ante el Jurado y se fugaron en plena audiencia. ¿No lo sabía usted?
- RAQUEL No, absolutamente. Estaba yo ausente. Me mandó Melvil a Francia, sin duda para deshacerse de mí.

- NICK Ya comprendo:
- RAQUEL ¿Y hoy vuelve a intentar el golpe?
- NICK Sí. Dentro de una hora y esta vez ha tenido buen cuidado de echarme a un lado. ¡Ah! ¡Pobre miss Helen Dodler!... ¡Está perdida!... ¡Completamente perdida!
- RAQUEL ¿Helen Dodler, dice usted?... ¿Se llama Helen Dodler?...
- NICK ¿La conoce usted?
- RAQUEL (Estallando su furor.) ¡Oh! ¡Es la ahijada de Harry Pendam!
- NICK ¿Conoce usted también a mister Pendam?
- RAQUEL (Sin escucharle.) ¡Ah! ¡Miserable!... Me vengaré de él y de ella.
- NICK Hará usted perfectamente.
- RAQUEL ¡Oh! ¡Melvil infame, traidor!
- NICK Soy de la misma opinión de usted.
- RAQUEL No me he equivocado. Ama a otra. La arrancaré de sus garras.
- NICK No podrá usted porque no es fácil que la traiga aquí.
- RAQUEL Lo supongo. La recluirá en la Casa Roja.
- NICK Continúo opinando como usted.
- RAQUEL (Empuñando el revólver y apuntando a Nick.) ¿En dónde está Melvil en estos momentos? Conteste usted. ¿En dónde debe verificarse el rapto?
- NICK ¡Oh! Nada diré.
- RAQUEL Entonces le mato a usted, Nick Carter.
- NICK Como guste. Pero, ¿qué adelantará usted con ello? Se quedará sin saber nada y dentro de un cuarto de hora si no he salido, los agentes de policía que he colocado alrededor de esta casa, entrarán y se la llevarán a usted. No es ese el medio práctico para evitar el delito de Melvil. Hay otro.
- RAQUEL ¡Pronto! ¿Cuál es?
- NICK Marcharnos los dos.
- RAQUEL ¿Los dos? ¿Yo con usted?
- NICK Sí. Es indispensable si queremos triunfar. No perdiendo ni un minuto llegaremos a tiempo. Tomaremos un automóvil.

- RAQUEL Sea. (Amenazando a Nick con el revólver.) Pero si usted me ha engañado... (Vase por la derecha.)
- NICK (Solo.) Todo esto demuestra que no se debe nunca desesperar de la suerte. Es emocionante la vida con sus sorpresas y sus situaciones imprevistas... ¡Y cuando pienso que hay gente que se aburre!...
- RAQUEL (Entrando con sombrero y abrigo.) ¡Aprisa!... ¡Vámonos!... (Se dispone a salir poniéndose los guantes.)
- NICK No pido otra cosa, però...
- RAQUEL (Volviendo la cabeza.) ¡Ah! Sí, es verdad. Espere usted. (Saca un puñal del cajón de la mesa y corta las ligaduras que sujetan a Nick.)
- NICK (Levantándose.) ¡Ah!... ¡Ya era tiempo! Mis miembros empezaban a entumecerse. (Sacándose la peluca y tocándose la cabeza.) Tengo un chichón como un huevo duro, por lo grande y... por lo duro. Pero ¡bah! no importa. ¡En marcha!
- RAQUEL Acuérdesse usted, Carter: si resulta que se ha burlado usted de mí, le mato en el acto.
- NICK Queda convenido. Pase usted señora. (Vanse.)

TELON

CUADRO TERCERO

La caja de piano

Salón muy elegante cuya instalación no está aún terminada. Cuadros sin colocar, y cajas de embalaje amontonadas en los rincones. En el fondo, gran puerta de cristales comunicando con el jardín de invierno, en el cual hay numerosas plantas de estufa. Al lado una ventana. Puertas laterales. En el centro y en primer término una mesa. Sillas y sillones colocados sin orden.

ESCENA PRIMERA

DEBORAH, JORGE y PATSY

Entra Deborah por la derecha llevando en una bandeja servicio de the para tres personas. Es una ama de llaves anciana, lleva peluca gris, cofia blanca, traje negro y delantal blanco. En el mismo momento entran por el fondo Jorge y Patsy; el primero viste uniforme de teniente de marina norteamericana y el segundo va disfraxado de viejo comodoro de la marina norteamericana.)

JORGE Buenas tardes, Deborah.

DEBORAH ¡Ah! Me ha asustado usted.

PATSY (Con voz estentórea.) Buenas tardes, Deborah.

DEBORAH Buenas tardes, caballero, usted me conoce y yo no recuerdo...

JORGE Piense, Deborah.

PATSY (Con su voz natural.) ¿Duda usted?... ¡Bravo!... Eso me prueba que mi transformación es perfecta.

DEBORAH (Reconociéndole.) ¡Ah! Es mister Patsy.

PATSY Sí. Pero hoy soy el valiente comodoro Palmer.

JORGE Ha de aparentar ser mi jefe y amigo que

de paso en Nueva York desea conocer :
mi novia.

PATSY No lo olvide usted.

DEBORAH ¿El comodoro Palmer? Está bien. No lo
olvidaré. (Prepara la mesa para el the.)

PATSY (A Jorge.) ¿Cuántas llaves hay de la puer-
ta principal de este hotel?

JORGE Cuatro. Yo tengo una.

DEBORAH Yo, otra.

JORGE Las otras dos las tienen Helen y Nick.

PATSY Muy bien.

DEBORAH Tranquilícese usted, mister Patsy... (Corri-
giéndose.) Comodoro; nadie puede penetrar
en esta casa sin mi permiso. Confíe usted
en mí, tengo buen ojo.

PATSY Me inspira usted confianza ilimitada, pe-
ro esto no es óbice para que yo inspeccio-
ne por mí mismo toda la casa desde el te-
jado a la bodega. Esta es la orden de
Nick Carter. Así, pues, voy a dar principio
a mi ronda. (Vase.)

ESCENA II

JORGE, DEBORAH, después JIM y SAM

DEBORAH ¡Qué hermosa es esta casa! ¡Qué buen
gusto, qué riqueza impera por todas
partes!

JORGE Cuando esté todo terminado me parece
que gustará a miss Helen.

DEBORAH Aun no ha venido.

JORGE Esta tarde vendrá por vez primera. (Se oye
un timbre.)

DEBORAH Llaman. (Vase.)

JORGE Será ella o Nick Carter. ¡Ah! No, cada
uno tiene su llave. (Pausa.)

DEBORAH (Entrando y hablando desde el dintel de la puerta.)
Por aquí. (A Jorge.) Traen un piano. Parece
que viene de Francia.

JORGE ¿De Francia? (Jim y Sam vestidos de mozos de

transportes, entran por la izquierda llevando con gran dificultad una gran caja de piano, de madera blanca, en la cual hay varias inscripciones que dicen: «Alto», «Bajo», «Nueva York» etc.)

JIM ¡Diablo!... ¡Lo qué pesa!

SAM ¿En dónde la dejamos?

JORGE (Indicando el fondo entre la puerta y la ventana).
Allí junto a la pared.

JIM Andando. (La colocan en el sitio indicado.)

SAM No podemos arrimarla por completo a la pared para poder abrirla fácilmente.

JIM ¿Hay que desclavarla?

DEBORAH Es natural. No soy yo quien debe hacerlo.

JIM No podemos ahora entretenernos. Después volveremos con las herramientas.

SAM Y esperamos que habrá una propineja, porque no es obligación nuestra desembalar los envíos.

JORGE No os faltará.

JIM Entonces hasta luego. (Al salir a Sam.) Hay lujo aquí.

SAM Más que en mi casa. (Salen Jim y Sam y Deborah tras ellos.)

JORGE (Examinando las etiquetas de la caja.) Viene de París, de la casa Erard. (Leyendo.) «Envío del señor Harry Pendam.» ¡Ah! El tutor de Helen. Es el regalo de boda. Helen no me ha dicho ni una palabra. Debe ser una sorpresa. (Entra Helen, seguida de Margaret, Chick y Arizona; estos dos disfrazados de tapiceros.)

ESCENA III

JORGE, HELEN, MARGARET, CHICK y ARIZONA

HELEN (Con expansión.) Buenas tardes, Jorge.

JORGE ¡Ah! Helen. (Saludando a Margaret.). ¿Cómo está usted?

MARGARET Gracias a Dios que hemos llegado. Durante el trayecto he tenido un miedo ho-

- rrible. Figúrese usted, Jorge, que nos han seguido.
- CHICK No, señorita. Puedo asegurar a usted que se equivoca.
- HELEN Vamos, tía, procure ser razonable. Ya ha oído usted lo que acaba de decir mister Chick. (A Jorge.) Esta noche como de costumbre ha lanzado gritos horripilantes.
- MARGARET He sufrido una pesadilla espantosa.
- HELEN Y como que duerme a mi lado me he despertado sobresaltada. Acabaremos por enfermarnos las dos.
- MARGARET ¡Ah! No lo puedo remediar. Desde que he sabido que Melvil se ha fugado, no vivo tranquila, me parece verle en todas partes. Su mirada me persigue. Temo volverme loca.
- JORGE Tranquilícese usted.
- HELEN Es vergonzoso ser cobarde hasta ese extremo.
- CHICK Ningún peligro les amenaza. Arizona y yo estamos aquí velando por ustedes.
- ARIZONA ¡Whoop!
- CHICK ¡Silencio!
- HELEN ¿En dónde está Nick Carter?
- MARGARET No le hemos visto desde ayer.
- CHICK Lo que prueba que no tienen ustedes nada que temer. (A Jorge.) ¿Ha venido Patsy?
- JORGE Sí.
- CHICK ¿Con los perros?
- JORGE Sí, dos animales soberbios que han quedado atados en el patio. En este momento Patsy está recorriendo la casa desde el tejado a la bodega.
- CHICK (A Arizona.) Nosotros vamos a reconocer el jardín. (A Margaret.) Puede usted estar tranquila. Están ustedes guardadas y bien guardadas.
- ARIZONA ¡Whoop!
- CHICK ¡Ah! No. No repita usted aquí ese grito. (Sale con Arizona por el fondo.)

ESCENA IV

JORGE, HELEN y MARGARET

HELEN Vamos tía, tranquilícese usted. Estamos guardadas nada menos que por tres policemen y hasta por dos perros. ¿No basta?

MARGARET No es mucho. A mí me falta la serenidad que a ti te sobra.

HELEN No es usted digna de ser americana.

JORGE (Indicando la caja.) Ven, Helen, a ver lo que han traído para ti. Un piano Erard.

HELEN (Muy contenta.) ¡Ah! ¿Sí?

JORGE Y adivina quién es la persona que te lo regala.

HELEN No sé...

JORGE Mister Pendam, tu tutor.

HELEN ¡Qué bueno es!

MARGARET Pero en la carta que has recibido de él esta mañana, nada te dice. ¡Qué raro!

HELEN Habrá querido proporcionarme una sorpresa.

JORGE ¿Dice en la carta si vendrá para asistir a nuestra boda?

HELEN Sí. Se embarca pasado mañana en «La Touraine.» ¿Hay medio de abrir la caja? Deseo verlo.

JORGE Los mozos que lo han traído volverán en seguida con las herramientas.

MARGARET Voy a curiosear la casa.

HELEN Eso es. Recórrala usted por todos lados con calma y atención. Hay mucho que admirar. No vaya aprisa.

MARGARET ¿No te aburrirás?

HELEN (Dirigiendo una mirada a Jorge.) No es fácil.

MARGARET ¡Ah! Te encuentras en los momentos más felices de tu vida... (Vase.)

ESCENA V

JORGE, HELEN, después PATSY y MARGARET

JORGE (Cogiendo la mano de Helen.) ¡Amada mía!
Dentro de ocho días serás ya mi mujer.
(Entra Patsy.)

HELEN (Bajo à Jorge, fijándose en Patsy.) ¿Quién es ese marino?

JORGE ¿No le conoces?

PATSY (Cantando.) Cuando yo era capitán
alegre tenía el alma.
No sabía que era afán,
mi vida era un mar en calma.

HELEN ¡Ah! Patsy. Por la voz le he conocido.

PATSY El mismo.

JORGE La otra noche nos hizo pasar una velada deliciosa cantándonos viejas canciones irlandesas.

HELEN Me encantaron. Sobre todo esa

PATSY ¿De veras, señorita?

HELEN Sí, la recuerdo siempre con gusto.

PATSY (A Jorge.) He recorrido los sótanos y los bajos, ahora voy a hacer lo mismo en los pisos superiores. Hasta luego. (Sale en el momento que entra Margaret.)

HELEN ¿Cómo es eso, tía? ¿Ya está usted aquí?

MARGARET Sí. El miedo me ha obligado a retroceder. Además me siento débil y acabo de decir a Deborah que me sirva el the. Lo que he visto me ha llenado de admiración. Recórrelo todo y te convencerás de que Jorge ha alhajado esta casa con esplendidez y gusto refinado.

HELEN (A Jorge.) Pues ofréceme el brazo, príncipe encantador, y haz los honores de tu palacio.

JORGE Con mucho gusto, princesa. (Salen cogidos del brazo.)

ESCENA VI

MARGARET, después MELVIL, BOBBY y DEBORAH

MARGARET (Suspirando.) ¡Jorge, Helen, qué felices sois!... ¡Ah! El amor... El amor... He ahí un sentimiento que jamás conoceré... ¡Oh! Ser ojeito de la adoración de un hombre y ser por él románticamente raptada... ¡Oh! ¿No vendrá nunca ese suspirado galán? (La parte de lantera de la caja del piano se abre sin hacer ruido, en dos partes, como las puertas de un armario. Melvil y Bobby vistiendo trajes de obreros exactamente iguales a los que Jim y Sam llevaban cuando trajeron dicha caja, salen de ella a pasos quedos, se aproximan a Margaret por detrás de ella y cuando pronuncia las últimas palabras, Melvil le tapa la boca con un pañuelo, Bobby le ata las manos, la cogen entre los dos y la meten en la caja que vuelven a cerrar.)

MELVIL (Tapándole la boca.) Sí, vieja soñadora, ya está aquí, te rapta pero de un modo menos romántico y menos poético que el que tú hubieras deseado. (A Bobby.) Esta ya no nos molestará. Atala muy fuerte. Así. Y ahora que sueñe metida en la caja. (Después de haberla metido en la caja vuelve al proscenio.)

BOBBY ¿Ha oído usted lo que se ha hablado en este gabinete?

MELVIL Sí, no he perdido ni una palabra.

BOBBY Ya sabe usted, pues, que Pátsy está aquí con Chick y con aquel animal de Arizona, el intrépido cowboy de las praderas del Oeste. (Remedando el grito de Arizona.) ¡Whoop! Además también está aquí el arrogante teniente de marina. (Se oye como Margaret da golpes en la caja.)

BOBBY (Se aproxima a la caja y la abre.) ¿Eh? ¡Vieja chiñlada! ¡Chitón! (Enseñándole el revólver.) ¿Ves este chisme? Es el revoltoso de la casa. Si no estás quieta, ¡pum! una bala

en tu cafetera y te mandamos a dar un paseito por las regiones etéreas para ver si encuentras novio por allá. (Cierra la caja.)

MELVIL

¡Silencio! Alguien viene. (Hacen ademán de desclavar la caja. Entra Deborah con una tetera.)

DEBORAH

Aquí tiene el the, miss Margaret. Está hirviendo. ¡No hay nadie! (Fijándose en Melvil y Bobby que le dan la espalda.) ¿Cómo? ¿Ya están ustedes aquí? ... ¿Quién les ha abierto la puerta?... ¡No me oyen!... ¿Están sordos?... (Se aproxima a ellos y toca a Melvil en la espalda.) ¿Qué por dónde han entrado?

MELVIL

(Dando media vuelta.) ¡Por escotillón! (Le tapa la boca con un pañuelo, Bobby le sujeta las manos.)

BOBBY

(Apuntando a Deborah con el revólver.) Ni una palabra, ni un gesto. (Con la otra mano le saca la cofia y la peluca. La cabeza de Deborah aparece completamente calva.) ¡Oh! ¡Pobre mujer! Tendrá frío. (Se quita su peluca y la coloca en la cabeza de Deborah.) Toma. Cambiamos de peluca. Para que no te resfríes. (Apuntándole con el revólver.) Y ahora quítale la falda, el delantal y el corpiño. Pronto. (Deborah obedece y después le atan las manos y la meten en la caja.) No te aburrirás ahí dentro, ya encontrarás compañía. (Al meter a Deborah, Margaret intenta salir.) ¡En!... ¡Despacito!... La vieja quiere escaparse. ¡Adentro, divina, adentro! ¡Al gallinero!... ¡Mira que te rompo una pata!... ¡Diablo con las mujeres que no pueden estar quietas! (Cierra la caja.) Por ahora no debemos quejarnos. Nuestro plan corre como la seda. (Se pone la peluca, la cofia y los vestidos de Deborah.) ¿Qué hace usted jefe?

MELVIL

Lleno dos tazas de the y pongo tan sólo algunas gotas en la tercera para que crean los novios que la tía ya lo ha tomado.

BOBBY

Se pasa usted de listo. Así no extrañarán no encontrarla aquí.

MELVIL

¿Tienes el frasco?

BOBBY Aquí está. (Saca una botellita del bolsillo y se la da.)

MELVIL ¿Si supiese en que taza beberá el novio?

BOBBY ¿Doblaría usted la dosis?

MELVIL Forzosamente. (Echa algunas gotas en cada una de las dos tazas y en la tetera.)

BOBBY (Escuchando.) ¡Atención! Aquí vienen.

MELVIL Ve a esperar la llegada del automóvil. Harás entrar a Jim y a Sam. Con ese traje puedes circular sin peligro por toda la casa. (Abriendo la primera puerta de la izquierda.)

Yo me encierro en esta habitación. Me avisarás dando tres golpes a la puerta. (Sale por dicha puerta y se oye como cierra con llave.)

BOBBY ¡Entendido! (Sale con presteza por el fondo, en el preciso momento en que entran por la derecha Helen y Jorge.)

ESCENA VII

JORGE y HELEN

HELEN Voy a decir a Deborah que nos traiga el the.

JORGE No es necesario. Ya está servido.

HELEN Pues sentémonos. (Se sientan y empiezan a tomar pastas.)

JORGE (Bebiendo un sorbo de the.) No tiene azúcar.

HELEN ¿Cuántos terrones?

JORGE Uno tan sólo.

HELEN Yo tres. Soy muy golosa. (Echa un terrón de azúcar en la taza de Jorge y tres en la suya.)

JORGE Será tu único defecto. (Pausa. Toman el the mirándose en silencio.)

HELEN ¿Pero por dónde andará mi tía? Tenía prisa para tomar el the.

JORGE (Le indica la taza vacía.) No ha querido esperararnos. Ya lo ha tomado. Ahora debe estar recorriendo la casa, y como es muy discreta procurará dejarnos solos siempre que pueda.

- HELEN (Después de haber bebido algunos sorbos.) Este the tiene un sabor especial.
- JORGE Pero no es desagradable. Algo fuerte tal vez.
- HELEN ¿Cómo andan los preparativos para la ceremonia nupcial?
- JORGE (Hablando con cierta dificultad.) Todo está dispuesto: la ceremonia civil, la ceremonia religiosa, la comida, el baile, en fin, todo... Como que la instalación de esta casa no está terminada y como que no queremos esperar...
- HELEN (Hablando con cierta dificultad.) No... No queremos esperar...
- JORGE (Aumentando su dificultad en el hablar.) He tratado con el Imperial Hotel... Nos reservarán todos los salones... Habrá muchas flores, muchas lucés, buena orquesta... Quedarás satisfecha.
- HELEN No eches en olvido que has de encargar una habitación para mi tutor...
- JORGE (Soñoliento.) No dejaré de hacerlo. (Se duerme.)
- HELEN (Soñolienta.) En la planta baja, si es posible... Me lo ha recomendado en su carta... (Se queda dormida. Patsy entra por el fondo a los pocos instantes.)

ESCENA VIII

Los mismos, PATSY, después BOBBY

- PATSY He recorrido toda la casa incluso el jardín. No he notado nada que sea sospechoso. Pueden ustedes estar completamente tranquilos. (Fijándose en que Helen y Jorge están profundamente dormidos.) ¿Cómo? ¿Durmiendo?... ¿Los dos?... ¿Qué es eso? (Echa un poco de the en la tercera taza y bebe un sorbo. Paladeándolo.) Tiene un sabor especial.. ¿Habrán mezclado algún narcótico con el the? Esto me huele a Melvil. (Se siente junto

a la mesa.) He de salir de dudas. (Aparenta dormir. En seguida Bobby entreabre la puerta de la derecha, asoma la cabeza y observa con precaución.) Ya está. La pícara droga ha surtido efecto. (Se aproxima con cautela a los durmientes.) ¡Toma! Otro. No contaba con él. Es un viejo lobo de mar. El mismo se ha invitado a tomar una taza. (Observa a los tres. Levanta el brazo de Jorge que vuelve a caer al soltarlo.) No les despierta ni un cañonazo. Es una bebida prodigiosa... (Coge una botella de licor y bebe buena parte de su contenido, dando la espalda a Patsy.) Pero yo prefiero esta.

PATSY (Abre los ojos. Aparte Admirado.) ¡Oh! ¡Qué veo! Deborah apurando una botella de licor. No puede uno fiarse de nadie.

BOBBY Es riquísimo este rum. (Bebe otra vez.)

PATSY ¡Pero va a emborracharse!

BOBBY No queda ni una gota. La he exprimido como si fuese un limón. Me alegro de que se haya acabado. Hemos de ser razonables, sobre todo cuando hay que trabajar. (Da media vuelta. Patsy cierra los ojos.) Voy a avisar al jefe. ¡Ah! Lo que es por ahora no llevan trazas de despertar. (Mirando a Patsy de cerca y con atención.) Me parece que conozco a este tío. ¿En dónde diablos le he visto? Apostaría que se ha pintado la cara. (Sacándole la gorra y tocándole los cabellos.) Lleva peluca.

PATSY (Se levanta de repente y asesta un puñetazo a Bobby que cae al suelo.) En efecto, Bobby, llevo peluca.

BOBBY ¡Oh! Patsy.

PATSY (Le coge por el cogote le sujeta contra el suelo y le agobia a puñetazos y puntapiés.) Este coscorrón para que aprendas a no ser curioso y este otro por haberte vestido de mujer, grandísimo sinvergüenza... ¿Quieres más?... Me parece que por ahora ya tienes bastante. (Deja a Bobby sin sentido en el suelo.) Tengo la seguridad de que tu no estás solo

aquí. Melvil no debe andar lejos. (Mirando a Bobby.) Parece que la paliza ha hecho su efecto. Por ahora ya tenemos uno fuera de combate. Pero aquí no te dejo. (Coge a Bobby por debajo de los hombros y se lo lleva arrastrando saliendo con él por el fondo.)

ESCENA IX

JORGE, HELEN, (dormidos), MELVIL, después RAQUEL y NICK CARTER, después MARGARET, DEBORAH y PATSY

MELVIL. (Abriendo con precaución la primera puerta de la izquierda). Me ha parecido oír ruido de lucha... (Entrando.) No. Me habré equivocado. (Fijándose en Helen.) ¡Cómo duerme! (Aproximándose.) ¡Qué hermosa está! (Con pasión. ¡Ah! ¡Helen, te amaré tanto, que tu con el tiempo acabarás por amarme también. (La coge en sus brazos para llevársela. Raquel entra por la derecha, seguida de Nick Carter, que se esconde detrás de la puerta.)

RAQUEL. ¡Infame!

MELVIL. (Estupefacto.) ¡Raquel! (Deja a Helen en la silla.)

RAQUEL. Molesto, ¿verdad?

MELVIL. ¡Cállate!

RAQUEL. ¡Imaginabas que llevarías a cabo tu diabólico plan... No contabas conmigo. No te desharás de mí como te deshiciste de Conigal a quien traicionaste entregándolo a la policía para apoderarte de mí y quitar de enmedio a un rival. ¡Entonces si que me amabas!

MELVIL. ¡Cállate!

RAQUEL. A cada cual su turno. Ahora soy yo quien debe deshacerse de una rival.

MELVIL. Has perdido el juicio.

RAQUEL. (Saca el revólver y apunta a Helen.) Vengo dispuesta a todo.

MELVIL. (Retorcándole el brazo.) ¡Suelta el revólver!

- RAQUEL ; Oh! Me haces daño.
- MELVIL ; Suelta, maldita! (Raquel deja caer el revólver.)
- RAQUEL Amas a esa mujer.
- MELVIL No.
- RAQUEL ; Oh! Sí. Trataste otra vez de raptarla.
- MELVIL (Después de un momento de duda.) Sí. He tratado en otra ocasión de apoderarse de ella...
- RAQUEL ; Ah! Ya empiezas a confesar.
- MELVIL Porque es muy rica.
- RAQUEL Porque la amas, miserable.
- MELVIL No me contento con ella. Rapto también a su tía, que posee doce millones, a su novio, que cuenta con veinte y hasta a su anciana ama de gobierno que también podrá ofrecernos algún rescate.
- RAQUEL ¡Mientes!
- MELVIL Mira. (Abre la caja.) Aquí tienes ya a las dos viejas. ¿Me crees ahora?
- RAQUEL Pues bien, te juro que si me engañas, diré de que modo hiciste traición a Coni gal. Una sola palabra mía puede perderte y tus compañeros se encargarán de castigar tu crimen.
- NICK (Entrando por la puerta de la derecha.) ¿Ha terminado esa riña de enamorados?
- MELVIL ¡Nick Carter! (Saca con presteza el revólver y apunta a Nick. Patsy que seguía la escena escondido detrás de las plantas del jardín de invierno, dispara su revólver y el proyectil rompe el arma de Melvil.)
- PATSY (Aproximándose a Melvil y apuntándole.) Levanta los brazos o te levanto la tapa de los sesos. (A Raquel.) Y tú también, guapa moza. (Melvil y Raquel levantan los brazos.)
- NICK ¡Bravo! Patsy. Buena puntería. (Fijándose en Bobby que entra por el fondo.) ¡Ojo Patsy! ¿Quién es ese?
- PATSY Bobby, que a la cuenta ha vuelto en sí al oír el disparo.
- NICK (A Bobby, apuntándole.) ¡Alto! Levanta los brazos o te dejo seco. (Bobby levanta los brazos. Margaret y Deborah dan golpes furiosos en la caja.)
- PATSY ¿Oyes, Nick?... ¿Qué es eso?

- NICK (Fijándose en la caja.) Alguien hay ahí dentro.
(Abre la caja y salen Margaret y Deborah. Les quita las mordazas.)
- MARGARET ¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Qué veo! ¡Helen! ¡Qué tienes?
- NICK No se alarme usted. No es nada.
- DEBORAH (Coge el revólver del suelo, que ha dejado caer Raquel y amenaza con él a Bobby.) Devuélveme mis vestimentas, bandido: Mi falda y mi corpiño.
- BOBBY Y tu peluca también, vieja chiflada. (Deborah recupera la peluca y la cofia que coloca en su cabeza, después la falda, el corpiño y el delantal y se aproxima a Helen.)

ESCENA X

Los mismos, CHICK y ARIZONA

- CHICK (Entrando.) ¡Oh! ¡Melvil!
- ARIZONA ¡Whoop!
- NICK (A Melvil y a Bobby.) Habéis penetrado aquí, metidos en esta caja, pues dentro de ella saldréis también. ¡Atención! Entrad y aprisa. Cuento hasta tres y disparo. Uno... (Bobby entra en la caja precipitadamente. Melvil entra también pero con más calma.) Dos...
- MELVIL Me vengaré, Carter.
- NICK (Riendo.) Esperando pues el momento de tu venganza te encierro. (Cierra la caja.)
- RAQUEL (Junto a la caja.) Perdóname, Fred.
- CHICK (Deteniéndola.) Quieta, hermosa niña.
- NICK (A Raquel.) Dejo a usted en libertad. Puede marcharse. Estamos en paz. Pero procure no encontrarse otra vez conmigo. (Raquel sale.) (A Chick y a Arizona.) ¿Tenéis clavos y un martillo?
- CHICK Nuestro disfraz no sería completo si hubiésemos olvidado los útiles del oficio. (Saca clavos de un bolsillo y Arizona un martillo.)
- NICK Tú, Chick, telefona a la policía para que

manden algunos agentes con un carro.

CHICK Allá voy. (Vase.)

NICK Usted, Arizona, asegure bien esta caja con gruesos clavos.

ARIZONA ¡Whoop! (Empieza a clavar la caja.)

MARGARET (A Nick.) Continúan durmiendo profundamente.

NICK Nada tema usted. Mandaremos a buscar un coche y llevaremos a miss Helen a su casa. Pero mientras tanto es preferible que estén tendidos. ¿En dónde hay un diván?

DEBORAH (Señalando la puerta de la izquierda.) En la sala vecina.

NICK (A Arizona.) Usted Jack se quedará aquí con el revólver en la mano sin salir de este gabinete.

ARIZONA Confíe en mí, jefe.

NICK (A Patsy.) Lleva a Helen en tus brazos. Yo me encargo de Jorge. ¿En dónde está su dormitorio?

DEBORAH (Señalando la derecha.) Por allí.

NICK Pues guíeme usted. (Nick coge a Jorge en sus brazos y sale por la derecha precedido de Deborah. Patsy coge a Helen y sale por la izquierda con Margaret.)

ESCENA XI

ARIZONA, después MELVIL, BOBBY, NICK y PATSY

ARIZONA (Acabando de clavar la parte delantera de la caja.) Ya está. No hay cuidado de que estos bribones se escapen. (Saca de un bolsillo un enorme revólver y se sienta en el suelo apoyando la espalda en la parte delantera de la caja y canta a grandes voces.)

En la inmensa pradera,
el cowboy es el Rey,
allá su fuerza impera,

su voluntad es ley.
Tres cosas al instante,
escogerá entre mil,
una mujer amante,
buen caballo y buen fusil.
¡Tra, la la, la, la!...

(Al empezar Arizona la canción, la parte trasera de la caja se abre sin hacer ruido corriendo a un lado. Melvil y Bobby a pasos quedos salen de la caja, sacan la cabeza por detrás, hacen a Arizona una mueca burlona y saltan por la ventana que estaba abierta. En el momento en que Arizona empezaba el «¡Trá, la, la, la!» entran por la izquierda Nick y Chick, se fijan en la caja abierta por detrás y vacía, se precipitan sobre Arizona y le sacuden con violencia.)

NICK ¡Estúpido!

CHICK ¡Animal!

NICK ¡Imbécil!

ARIZONA (Sorprendido.) ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?
¿Qué sucede?

NICK Vuelve la cabeza, pedazo de alcornoque.

ARIZONA (Al ver la caja abierta y vacía) ¡Por los cuernos de cincuenta mil diablos! ¡Qué vergüenza!... No sobreviviré a este bochorno. (Coloca el revólver junto a su sien.)

CHICK (Quitándole el revólver.) Basta con una tontería. No hagas dos.

PATSY (Entrando por la derecha.) ¿Qué sucede? (Fijándose en la caja abierta y vacía.) ¡Oh! ¡Pero, Arizona! ¿Cómo es posible?

ARIZONA (Furioso.) Porque soy un hombre inepto. Ya no sirvo para nada. Ni para vigilar a dos prisioneros.

PATSY Estamos conformes.

ARIZONA (Dándose puñetazos a la cabeza.) Soy mil veces borrico. Mil veces...

PATSY Conformes también.

NICK En lugar de lamentarse y de golpearse de ese modo, mejor haría usted en correr tras ellos.

ARIZONA ¡Whoop! (Salta por la ventana.)

NICK (A Patsy.) Ve volando a la jefatura de policía y pide los autos del proceso de Conigal.

PATSY El ex-amante de Raquel. Está bien.

NICK Allí, tal vez, encontraré el modo de acabar con Melvil.

PATSY Voy corriendo. (Sale.)

NICK (A Chick.) Y tú vuelve a telefonar para que no vengan los agentes con el carro. ¡Qué le vamos a hacer! Es cuestión de volver a empezar. Pues bien, volveremos a empezar. Pero al fin, Melvil caerá en mi poder.

TELON

NOTA.—Para los teatros que puedan disponer de dos perros amaestrados el final de este cuadro será el siguiente:

ARIZONA ¡Whoop! (Salta por la ventana.)
NICK (A Patsy.) ¡Los perros!... ¡Aprisa!...
PATSY Voy por ellos. (Sale por el fondo.)
NICK (A Chick.) Ve volando a la jefatura de policía y pide los autos del proceso de Conigal.
CHICK El ex-amante de Raquel. Está bien.
NICK Allí tal vez encontraré el modo de acabar con Melvil.
CHICK Voy corriendo. (Sale. Patsy entra con dos perros atados.)
NICK Que huelan el interior de la caja y suéltalos. Voy a esperarte en el automóvil. (Sale.)
PATSY (Introduce los perros en la caja y los suelta.) ¡Anda, Palomo!... ¡Anda, Leal!... ¡Corred tras ellos!... (Los perros saltan por la ventana y Patsy tras ellos.)

TELON

NOTA.—Los teatros que no dispongan de dos perros amaestrados pueden suprimir el cuadro cuarto que es el que sigue.

CUADRO CUARTO

LOS PERROS POLICIAS

El jardín de una casa. En el fondo la casa, puerta en el centro, una ventana a cada lado; una de ellas ha de estar abierta y ha de ser practicable. En el piso superior tres ventanas. A la derecha pared de cerca de unos dos metros de altura, con una puerta en el centro que da a la calle. A la izquierda la casa vecina.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA MORRIS, después MELVIL y BOBBY

(La escena está vacía en el momento en que se levanta el telón. Se oye el ruido de un automóvil que se para a la derecha en la calle. Se oye un campanillazo. La señora Morris sale de la casa.)

MORRIS ¡Un automóvil!... ¿Quién será?... (Abre la puerta de la derecha, entran Melvil y Bobby.)

MELVIL (En el dintel hablando con el chauffeur.) En marcha y a toda velocidad. (Cierra la puerta y se oye el automóvil que se marcha.)

MELVIL Buenas tardes, mistress Morris.

MORRIS ¿Cómo? ¿Es usted? He tenido miedo, temía que fuese la policía.

MELVIL Nos sigue la pista.

BOBBY Nick Carter con su gente y sus perros.

MORRIS El caso es grave.

MELVIL Hemos logrado despistarles.

BOBBY Después de grandes apuros. ¡Las vueltas y revueltas que hemos dado! Ellos también van en automóvil. Yo he echado detrás de nuestro paso clavos y piedras puntia-

gudas para ver si lográbamos que se les rompiese algún neumático.

MORRIS

¿Y ha sucedido así?

MELVIL

No. Han quedado retrasados al atravesar una calle de gran movimiento. El caso es que les hemos perdido de vista. Cierre usted bien la puerta, mistress Morris.

MORRIS

Sí, jefe. (Coloca una barra en la puerta.)

BOBBY

(A Melvil.) ¿Cree usted que nos hemos librado del peligro?

MELVIL

Me parece que sí. Por lo visto les llevamos gran ventaja y si los perros siguen nuestro rastro, seguirán el automóvil.

BOBBY

¡All right! Deberíamos refrescar el gaznate para celebrar nuestra evasión.

MORRIS

Entren ustedes. (Se dirige a la casa.)

MELVIL

¿Está en casa Morris?

MORRIS

Sí. (Entra en la casa seguida de Bobby.)

MELVIL

¡Oh! ¡Pensar que ya tenía a Helen en mis brazos, a punto de llevármela!... ¡Pensar que es Raquel quien ha destruido mis planes!... ¡Oh! ¡Maldita mujer!... ¡Me vengaré! (Entra en la casa. La escena queda vacía un momento. De pronto aparecen por encima de la tapia de la derecha, los dos perros que saltan a la escena, husmean, se dirigen a la puerta de la casa y como la encuentran cerrada, saltan por la ventana abierta. Se oye en seguida un gran rumor en el interior, gritos de Bobby y de la señora Morris. La puerta de la casa se abre, sale Melvil, se agacha en el centro de la escena, con una llave abre una tapa, la levanta y baja por la abertura.)

MELVIL.

¡Aprisa, Bobby!

BOBBY

(Saliendo de la casa con los pantalones rotos.)
¡Voy!... ¡Voy! ¡Ah! ¡Malditos bichos, por poco me despedazan. (Entra en la abertura, los perros salen de la casa y van a meterse en la trampa en el preciso momento en que cae la tapa. Se oye como los dos de adentro la cierran con llave. Se percibe el ruido de un automóvil que se detiene a la derecha.)

ESCENA II

NICK, PATSY, ARIZONA, después MORRIS

(Nick aparece sobre la tapia de la derecha y se desliza por ella saltando a la escena, abre la puerta de la calle. Entran Patsy y Arizona. Los perros no cesan de ladrar junto a la trampa. Arizona con una herramienta trata de abrir la tapa. Morris sale de la casa y dispara el revólver contra Nick. El proyectil no hace blanco. Los perros se precipitan sobre Morris. éste entra en la casa perseguido por los perros que le muerden con rabia. Se oyen gemidos de Morris. Después silencio. Arizona logra abrir la tapa. Nick llama a los perros. Estos salen de la casa y se meten ahullando en la trampa.)

PATSY

¡Palomo, Leal, corred tras ellos!...

NICK

Patsy, aquí te quedas, y dispara contra el primero que se aproxime. Arizona, usted conmigo. (Baja por la trampa con Arizona.)

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

EL REY DEL CRIMEN

El Imperial Hotel. La escena está dividida en dos partes desiguales.

A la izquierda el Hall o vestíbulo del hotel que ocupa las dos terceras partes de la escena. A la derecha un dormitorio que ocupa una tercera parte. Dormitorio: en el centro y apoyada al fondo la cama. A un lado del fondo, puerta que conduce al cuarto lavabo. A la derecha en primer término, una puerta. A la izquierda en primer término, una cómoda con espejo, al lado puerta que comunica con el Hall. Junto al proscenio un sillón y dos sillas.

Hall: a la izquierda y en primer término puerta de entrada, de cristales; a través de éstos se ve la calle. Al lado, mesa para el portero. En segundo término, la escalera y el ascensor. En el fondo, dos puertas. Una pequeña y otra mucho mayor, la primera conduce al despacho del hotel y la segunda al salón. A la derecha en primer término, puerta que comunica con el dormitorio y en último término, otra puerta que conduce a las dependencias del hotel. Junto a la mesa del portero, aparato telefónico en la pared. A ambos lados del Hall plantas, mesas y sillones de mimbre, etc. El dormitorio está a oscuras, el Hall espléndidamente iluminado con luz eléctrica.

ESCENA PRIMERA

MELVIL, disfrazado de portero vistiendo levitón con botones dorados gorra con la inscripción «Imperial Hotel», peluca y barba rojas, está sentado ante su mesa. VAN BURG. El director del hotel, gordínflón, bajo, vivaracho, vistiendo elegante chaquet, con flor en el ojal, está hablando con gran excitación a los ocho criados que vestidos de frac y corbata blanca se hallan alineados delante de aquél. El GROOM está junto a los criados, vestido de uniforme y con la inscripción en la gorra que dice: «Imperial Hotel.»

VAN BURG (A los criados.) ¡Sois unos canallas! ¡Unos tunantes sin conciencia! ¡Largo de aquí!... ¡No quiero veros más! (Los criados y el groom salen por la puerta de la derecha situada en último término.)

MELVIL (Hablando con acento alemán, levantándose y dirigiéndose a Van Burg muy flemático.) Mister Van Burg, calma, calma.

VAN BURG (Secándose el sudor de la frente con el pañuelo.) No puedo reprimir mi indignación.

MELVIL Le va a dar a usted una congestión.

VAN BURG ¡Ah!... ¡Tunantes!... ¡Bandidos!...

MELVIL La razón le asiste, mister Van Burg.

VAN BURG ¡Declararse en huelga en tal día como hoy, en que tenemos una boda fastuosa. ¡Ochenta comensales! Todos personas de la alta sociedad.

MELVIL Felizmente ha terminado ya la comida.

VAN BURG Pero ahora va a empezar el baile. ¡Un baile soberbio! No tengo a nadie para servir los refrescos y ni un solo groom para avisar a los cocheros. Son las nueve y media. ¿Cómo quiere usted que a esta hora logre encontrar el personal necesario? El conflicto es terrible.

MELVIL (Siempre flemático.) Voy a telefonar a mi hermano.

VAN BURG ¿A su hermano?

MELVIL Sí, señor. Es un buen jefe de comedor. Precisamente estos días está libre. Voy a decirle que venga en seguida con algunos compañeros, si los encuentra.

VAN BURG ¡Ah! Muller... Sólo hace veinte y cuatro horas que está usted en mi casa y ya me salva la vida.

MELVIL No tanto, mister Van Burg.

VAN BURG Pues telefonee usted pronto.

MELVIL En seguida. (Se dirige al teléfono.)

VAN BURG Voy a dar una ojeada por el salón de baile. (Sale por el fondo.)

MELVIL (Haciendo ademán de telefonar.) ¡Centro!... ¡Centro!... (Deja los receptores. Se cerciora de que

Van Burg no vuelve. Se dirige con presteza a su mesa, abre el cajón, retira un paquete, se dirige al dormitorio, entra en él y da la electricidad. Coloca el paquete en un cajón de la cómoda, la cierra con llave que go guarda en un bolsillo.)

ESCENA II

MELVIL y BOBBY

BOBBY (Entra por la puerta de la calle disfrazado de cochero.)
¿No hay nadie? ¿Por dónde andará el jefe? (Silba discretamente. Melvil sale del dormitorio apagando antes la luz eléctrica.) ¡Ah! ¡Ahí viene!

MELVIL (Hablando con voz natural.) ¿Ha fondeado ya «La Touraine»? ¿Has visto a nuestro hombre? ¿Le has conducido al lugar que te indiqué de antemano?

BOBBY El tutor de miss Helen Dodler no se encontraba entre los viajeros. He esperado inútilmente en el muelle a que desembarcase todo el pasaje.

MELVIL No es posible.

BOBBY He bajado del pescante. Me he colocado junto a la palanca con el retrato que Raquel ha traído de Biarritz y por lo tanto no había error posible. Todos los pasajeros han desfilado por delante mío, uno a uno. Puedo asegurar a usted que mister Pendam no ha desembarcado y ¡quién sabe! tal vez vale más así.

MELVIL ¿Por qué?

BOBBY He reconocido al cochero de miss Helen, que como yo se ha tenido que volver con el coche vacío. No hubiera sido cosa fácil arrebatárle el viajero.

MELVIL Dame el retrato. Luego me será necesario.
(Bobby se lo da.)

BOBBY Y dígame usted, ¿ha dado resultado la huelga?

MELVIL. Admirable. Ese cándido Van Burg te espera con impaciencia. Tráeme a los otros y sin perder tiempo. Nada puede hacer hasta que estéis todos aquí.

BOBBY. Como un pájaro voy y vuelvo volando.
(Sale por la puerta de la calle.)

MELVIL. (La ausencia de Pendam simplificará los acontecimientos. (Van Burg entra por el fondo, puerta grande; al abrirse ésta se ve el salón espléndidamente iluminado.)

ESCENA III

MELVIL. VAN BURG y un repartidor de telegramas

VAN BURG Muller, ¿ha telefonado a su hermano?

MELVIL. (Con acento alemán.) Me ha contestado que vendrá en seguida con tres compañeros.

VAN BURG. ¿Tres tan sólo?

MELVIL. No creía que pudiese, de momento, dar con tantos. A esta hora es una gran casualidad hallar a mano tres criados sin colocación. (Entra por la puerta de la calle un repartidor de telegramas y entrega un manojó de ellos a Van Burg.)

VAN BURG. ¡Ah! Telegramas. Deme usted. (El repartidor sale.) Uno, dos, tres... quince telegramas, todos para los novios. Voy yo mismo a entregárselos.

MELVIL. ¿Usted el dueño? ¡Ah! ¡No faltaba más! No lo consiento. Sírvase dárme los. Yo iré. (Los toma.) (Veré si hay alguno de Pendam.) (Sale por el fondo.)

VAN BURG. Nada más que tres criados! ¿Qué voy a hacer con tres criados para servir a ochenta personas? El caso será ridículo y vergonzoso para mi hotel. (Entraa por la puerta de la calle Nick, Patsy, Chick y Arizona, disfrazados de agentes de policía. Todos han transformado sus semblantes. Nick lleva galones de sargento y aparenta estar mucho más grueso. Patsy presenta el aspecto

de un buen bebedor que tiene rojas la nariz y mejillas. Chick viste el uniforme con elegancia y su bigote postizo está cuidadosamente retorcido. Arizona con barba y peluca rojas, tiene más acentuado su aspecto de patán.)

ESCENA IV

VAN BURG, NICK CARTER, PATSY, CHICK y ARIZONA

- NICK (Con amabilidad y voz ronca.) Salud y buenas noches, caballero.
- VAN BURG ¡Policemens en mi casa!
- NICK Quisiera hablar al dueño.
- VAN BURG El dueño soy yo.
- NICK ¿Mister Van Burg?
- VAN BURG El mismo. ¿Qué se le ofrece a usted? (Nick hace una seña a sus agentes, cada uno de los cuales se coloca delante de una puerta.)
- NICK (Con voz natural.) Oigame, mister Van Burg. Es usted un hombre discreto, seguro, resuelto y valiente, ¿verdad?
- VAN BURG (Algo intranquilo.) Me parece que sí... Pero... Pero... ¿Por qué me dirige usted tales preguntas?
- NICK Yo soy Nick Carter.
- VAN BURG ¡Nick Carter! (Arrimándose a un sillón para no caer.) ¡Ah!... ¡Dios mío!...
- NICK No se alarme usted. Estos que me acompañan son mis agentes.
- VAN BURG ¡Ah!... ¿Pero qué va a pasar en esta casa?
- NICK Tenemos necesidad de usted, mister Van Burg.
- VAN BURG (Muy alarmado.) ¿De mí? ¡Ah!... ¡Dios mío!... Pero... Yo... Debo advertir a usted que...
- NICK Tranquilícese, usted no corre ningún peligro.
- VAN BURG ¡Ah! Lo prefiero... Porque yo... ¡Ah! No lo dude usted porque yo...

- NICK (Sonriendo.) Sí. Ya comprendo.
- VAN BURG Cada cual a su oficio. ¿No es cierto?
- NICK Tengo serios motivos para creer que unos bandidos de la peor calaña van a intentar esta noche penetrar aquí.
- VAN BURG (Alarmado.) ¿En mi hotel?
- NICK Sí. A no ser que hayan penetrado ya.
- VAN BURG (Con inquietud creciente.) ¡Ladrones!... ¡Oh, Dios mío!... ¿En dónde están?
- NICK Pronto lo sabremos.
- VAN BURG Querrán apoderarse de la canastilla y de los regalos de los novios.
- NICK Todo eso no podrán llevárselo porque está bien guardado y no se expondrán a intentarlo siquiera.
- VAN BURG Entonces mis servicios de mesa, mi arca de caudales...
- NICK ¡Quien sabe! Vigile usted y si nota algo sospechoso avíseme en seguida.
- VAN BURG Sí, mister Carter.
- NICK Mucha reserva. Que nadie pueda sospechar mi presencia en esta casa. Llámeme usted sargento. Tendremos necesidad de entrar por todas partes, en los salones, en los comedores, en las cocinas, en los dormitorios. No le extrañe nada de lo que vea por raro que le parezca y déjenos hacer. Desconfíe de todo y de todos, de criados, proveedores, viajeros, etc.
- VAN BURG (Con intención.) Sí, señor. Ya empiezo a desconfiar porque en resumen yo no sé quién es usted.
- NICK Tiene razón.
- VAN BURG Me dice usted que es Nick Carter, pero... ¿Quién me lo prueba?
- NICK ¡Bravo! Así me agrada. Mire. (Se desabrocha el uniforme.) Aquí tiene mi placa de detective. ¿Está usted convencido? Y ahora contésteme: ¿han acabado de comer los invitados a la boda?
- VAN BURG Están de sobremesa y el baile va a dar principio.

- NICK ¿Cuál es la habitación que se ha reservado para mister Pendam?
- VAN BURG ¡Ah! ¿Está usted enterado?
- NICK Sí, señor. De todo.
- VAN BURG (Abriendo la puerta del dormitorio.) Es esta. (Entra detrás de Nick, da la luz eléctrica. Nick examina el cuarto, inspecciona debajo de la cama y detrás de las cortinas.) ¿Sigue usted una pista?
- NICK ¿Qué hay allí? (Indica la puerta del fondo.)
- VAN BURG El cuarto lavabo y el baño. (Nick entra en dicho cuarto.) Me parece que de todas partes van a surgir ladrones armados hasta los dientes.
- NICK (Volviendo.) ¿A dónde se va por esa otra puerta? (Indica la de la derecha.)
- VAN BURG A un saloncito particular.
- NICK Veamos. (Sale por dicha puerta.)
- VAN BURG No me llega la camisa al cuerpo. (Se seca con el pañuelo el sudor de la frente. Nick vuelve. Salen juntos después de apagar la luz.)
- NICK (En el Hall.) ¿Hasta el momento presente no ha llamado a usted la atención nada que pueda ser sospechoso? ¿No ha sucedido nada anormal?
- VAN BURG No, señor... (De pronto.) ¡Ah! Sí. Me he visto sorprendido por un conflicto inesperado y gravísimo. (Patsy, Chick y Arizona se aproximan a una señal de Nick.)
- NICK ¿Qué es ello?
- VAN BURG Al acabar de servir la comida mis camareros se han declarado en huelga.
- NICK ¡Ah!
- VAN BURG Pero mi portero, hombre fiel y servicial ha salvado la situación.
- NICK ¿Y cómo lo ha logrado ese portero tan fiel y tan servicial?
- VAN BURG Ha telefonado a su hermano que casualmente es jefe de comedor y por una casualidad está hoy desocupado. Vendrá en seguida con tres compañeros que casualmente ha hallado a mano.
- NICK Muchas casualidades son esas para que no

llamen mi atención. Vamos a ver: ¿en dónde está ese portero?

VAN BURG Ha ido a entregar a los novios un montón de telegramas que se acababan de recibir.

NICK ¿Hace mucho tiempo que le tiene usted a su servicio?

VAN BURG No, señor. Tan sólo desde ayer.

NICK ¡Ah!... ¿Cómo se llama?

VAN BURG Muller. Es alemán. Su antecesor se puso enfermo y me mandó ayer a Muller para reemplazarle mientras dura su enfermedad. ¿Me permite usted que vaya a ocuparme de los refrescos?

NICK No faltaba más, Mister Van Burg.

VAN BURG Hasta que lleguen el hermano de Muller y sus compañeros me encuentro solo. Hay allí dentro ochenta personas a quienes servir.

PATSY Podríamos ayudarle mientras tanto.

CHICK Buena idea.

ARIZONA Sí. Excelente.

PATSY Así podremos ir y venir por todas partes y observar sin despertar sospechas.

NICK Es verdad, todo el mundo se hará cargo de que en caso de huelga no se pueden escoger los medios y se echa mano de lo que se encuentra. (A Van Burg) Podrá usted explicarlo así a los comensales. ¿Acepta usted nuestra ayuda?

VAN BURG Ya lo creo, mister Carter... (Corrigiéndose) sargento y muy agradecido al servicio que me prestan ustedes.

NICK Entendidos.

ARIZONA ¡Whoop!

NICK (Severamente.) ¡Arizona!

ARIZONA Dispénseme usted. Se me escapó.

VAN BURG (Saludando por la puerta del fondo que conduce al salón.) ¡Qué va a pasar aquí!

ESCENA V

NICK, PATSY, CHICK y ARIZONA

PATSY ¿Qué piensa usted, Nick, de esos criados que de buenas a primeras se declaran en huelga?

CHICK ¿Y de esos otros que casualmente se hallan a mano, en hora tan intempestiva, para substituirles?

ARIZONA ¿Y de ese portero tan fiel como servicial?

PATSY ¿Y de su hermano que casualmente está sin colocación?

CHICK ¡Qué cúmulo de casualidades!

ARIZONA Me dejo cortar la cabeza si en todo ellò...

NICK ¿No hay gato encerrado, verdad? Puede usted estar tranquilo, Arizona, su cabeza no peligra, porque no me cabe duda de que todos esos acontecimientos son obra de Melvil. Usted, Arizona, vigile la escalera y fíjese en los que suben y bajan. Tú, Patsy, métele en el ascensor y visita los dormitorios y corredores. Tú, Chick, registra minuciosamente las cocinas y de más dependencias. Yo voy a explorar los salones y a asegurarme de que los agentes de policía vigilan con celo alrededor de la preciosa canastilla.

CHICK Alguien viene.

NICK Salid aprisa. (Patsy sube en el ascensor. Arizona toma la escalera. Chick sale por la puerta de la derecha en último término. Se abre la puerta del fondo. Se oye la orquesta que ejecuta un vals y se ven las parejas como bailan. Margaret entra por dicha puerta.)

ESCENA VI

NICK, MARGARET, después HELEN, JORGE y VAN BURG

MARGARET (Está atacada constantemente de un tic nervioso que la obliga a mover los brazos como si la sujetaran por...)

espaldas.) ¡Ah! Amigo Carter. Andaba buscándole.

NICK ¿Está usted algo más tranquila, señorita?

MARGARET ¡Oh! No. Al contrario, a medida que la velada adelanta, aumenta mi zozobra. ¡Ah! ¡Lo que daría yo por ver terminada esta fiesta!

NICK Armese de valor.

MARGARET No puedo. Es superior a mí. Me sugestiona el terror desde aquella tarde memorable en que me encerraron en una caja de piano, amordazada y maniatada. Desde entonces, no vivo, no duermo, no sosiego. ¡Ah! La voz alcoholizada de aquel bandido que me amenazó empuñando un revólver pronunciando estas siniestras palabras: «¿Ves este chisme? Es el revoltoso de la casa. Si no te estás quieta te alojamos una bala en la cafetera.» ¡Ah! La cafetera era mi cabeza... Aquella voz la oiré durante todo el resto de mi vida.

NICK Reflexione usted, señorita. No se deje dominar por ese terror infundado.

MARGARET Solamente podría encontrar la tranquilidad de espíritu, pasando día y noche entre dos policemens.

NICK ¡Oh! Usted exagera.

MARGARET No me abandone usted. ¡Por Dios se lo pido!

NICK Procuraré separarme de su lado lo menos posible.

MARGARET (Llamando la atención de Nick sobre el movimiento de sus brazos.) Ya ve usted, mister Carter, no es posible vivir con este temblor continuo. Sufro un verdadero suplicio durante las comidas: dirijo el tenedor a los ojos y el vaso a las orejas.

NICK Eso pasará. (Helen entra por la puerta grande del fondo, vistiendo traje de novia, seguida de Van Burg.)

HELEN (Riendo.) Será gracioso... ¿Es verdad, mister Carter?

NICK Silencio.

HELEN ¡Ah! Dispense usted. ¿Es verdad, sargento, lo que acaba de decirme mister Van Burg? ¿Usted y sus agentes van a servirnos el refresco?

NICK En efecto, señora, y procuraremos hacerlo del mejor modo posible.

HELEN Me parece que obtendrán ustedes un gran éxito, aunque no sea más que por la novedad. (Entra Jorge por la puerta del salón en el fondo.)

JORGE Helen, te andaba buscando.

HELEN Aquí me tienes. (Sale Jorge por dicha puerta.)

NICK (A Margaret.) ¿Me permite usted que le ofrezca el brazo? (Salen por la misma puerta del fondo.)

ESCENA VII

VAN BURG, después MELVIL, BOBBY, JIM, SAM y RAQUEL.

VAN BURG (Entrando.) ¿Por dónde andará el portero? No le veo. (Fijándose en Melvil que entra por la derecha, puerta en segundo término.) ¡Ah! Ahí viene. No debe usted apartarse de la entrada, Muller; y sobre todo esta noche,

MELVIL ¡Ah!

VAN BURG (Bajando la voz.) Tengo motivos para creer que unos malhechores de la peor calaña, van a tratar de introducirse en esta casa.

MELVIL (Aparentando gran sobresalto.) ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¡Ladrones!...

VAN BURG Dada la audacia que les caracteriza no me extrañaría que ya estuviesen aquí.

MELVIL ¡Mein Gott!

VAN BURG ¿Es usted valiente, Muller?

MELVIL ¡Oh! Mister Van Burg, valiente precisamente no lo soy.

VAN BURG Es lamentable.

MELVIL Prefiero decir a usted la verdad.

VAN BURG En fin, yo nada temo.

MELVIL Felizmente.

VAN BURG Mucho ojo, Muller. Si nota usted algo o alguien sospechoso me avisa en seguida.

MELVIL Ahí viene mi hermano. (Bobby entra por la puerta de la calle seguido de Jim, Sam y Raquel. Bobby, Jim y Sam van vestidos de frac, corbata blanca y gabán. Raquel está disfrazada de groom. Todos han modificado su figura. Bobby aparece jorobado. Raquel lleva peluca.)

VAN BURG ¡Al fin! Esperaba a ustedes con impaciencia.

BOBBY No hemos perdido ni un momento.

VAN BURG (Fijándose en la joroba de Bobby.) ¡Ah! ¡Es jorobado! No me gustan las jorobas para servir a la mesa.

BOBBY A mí tampoco. Pero hay señoras que les gusta y me la acarician porque creen que trae buena suerte. Mi hermano me ha dicho que se hallaba usted en una situación apurada.

VAN BURG Efectivamente.

VAN BURG (Indicando a Raquel.) También he traído un groom por si hacía falta.

VAN BURG Ha hecho usted bien. Se encargará del ascensor y de abrir las portezuelas de los coches.

RAQUEL Perfectamente.

VAN BURG (A Raquel.) Ven, muchacho, voy a darte el uniforme de mi casa. (A Jim y a Sam.) Ustedes también porque empezarán a servir los fiambres y los helados. Y usted, Muller, no abandone ese sitio y desconfíe de todo.

MELVIL. Quede tranquilo, mister Van Burg.

VAN BURG Por aquí. (Sale por la puerta de la derecha en último término seguido de Raquel, Jim y Sam.)

ESCENA VIII

MELVIL, BOBBY; después RAQUEL

MELVIL. (Con voz natural.) ¿Has recordado a Jim y a Sam lo que hemos convenido?

- BOBBY Sí. Tienen perfectamente aprendida la lección. Nada he dicho a Raquel.
- MELVIL Yo mismo le daré las instrucciones. Desde ayer he tenido tiempo de estudiar la casa. No puede presentársenos ninguna dificultad. (Entra Raquel con librea de groom y en la gorra el letrero que dice «Imperial Hotel», por la puerta de la derecha segundo término.)
- RAQUEL El dueño aguarda a usted, Bobby.
- MELVIL Ve, y sobre todo prudencia, mucha prudencia. Nick Carter y su gente están aquí.
- BOBBY ¿Les ha visto usted?
- MELVIL No. Pero a juzgar por las recomendaciones que me ha hecho ese imbécil de Van Burg, deduzco que ya están aquí.
- BOBBY Procuraremos andar más listos que ellos. (Sale por la derecha último término.)

ESCENA IX

MELVIL y RAQUEL

- RAQUEL ¿En dónde está la canastilla de boda?
- MELVIL En un saloncito que comunica con el salón de baile. Entre otras cosas preciosas hay joyas que valen en conjunto más de un millón.
- RAQUEL ¡Ah! ¡Si pudiésemos apoderarnos de ellas!
- MELVIL De ti depende. Un golpe de audacia y es cosa hecha.
- RAQUEL ¿Está guardado ese tesoro?
- MELVIL Sí, por dos policemens.
- RAQUEL ¡Ah!
- MELVIL No debes preocuparte por ello. A una señal convenida, cuatro de nuestros hombres caerán sobre los guardianes y les inmovilizarán. Yo me encargo de retener en aquel momento a todo el mundo aquí. No tendrás más trabajo que el de coger las alhajas.

RAQUEL. Cuenta conmigo.

MELVIL. (Sacando un telegrama del bolsillo y dándolo a Raquel.) Para introducirte en el salón llevarás este telegrama en la mano, dirigido a un tal Smitson y harás además de buscarlo entre los invitados. Ya ves que es cosa fácil. ¿Has comprendido bien?

RAQUEL. Sí.

MELVIL. Por ahora quédate aquí, y no te muevas bajo ningún pretexto.

RAQUEL. Puedes estar tranquilo.

MELVIL. Dentro de diez minutos avisarás a Van Burg, diciéndole que mister Pendam acaba de llegar, que no ha querido que se avisase a nadie, que el portero le ha conducido a la habitación que le estaba destinada y que en ella se ha encerrado para cambiar de traje a fin de asistir al baile.

RAQUEL. ¿Cuándo deberé ir al salón para apoderarme de las joyas?

MELVIL. Cuando te haga la señal convenida. Esta noche seremos ricos. (Esta noche, Raquel de mis pecados, dormirás en la cárcel y yo me veré libre de ti.) (Entra en el dormitorio, enciende la luz eléctrica, retira del cajón de la cómoda el paquete que contiene un traje completo de frac, los accesorios necesarios para su transformación, una peluca de cabellos blancos cortados a rape, una barba blanca, larga y cerrada, un espejo de mano, alfileres, etc. Se quita el uniforme que lleva y lo coloca en el cajón, después de haber sacado de los bolsillos varios objetos entre ellos un revólver y un puñal, que deja sobre la cómoda. Se viste en seguida el traje de frac, se pone la peluca y la barba consultando la fotografía de Pendam. Durante todo este tiempo las escenas siguientes se desarrollan en el Hall.)

ESCENA X

MELVIL. (transformándose en el dormitorio.) En el Hall: RAQUEL,
después NICK y MARGARET

RAQUEL (Sola.) Ahora debo aparentar que me ocupo del ascensor... ¡Un millón en joyas!... ¡Vaya un botín!... ¿Pero en dónde está el ascensor? ¡Ah! Parado en el segundo piso. Lo haré bajar. (Aprieta el botón y el ascensor baja. Nick entra por el fondo, puerta grande, con Margaret.)

NICK (Sin fijarse en Raquel. A Margaret con voz natural.) Sea usted razonable, señorita.

RAQUEL (¡Ah! ¡Esa voz!)

NICK Me veo obligado a ir de un lado para otro y no puedo acompañar a usted. Vuelva al salón de baile.

RAQUEL (Es Nick Carter.)

MARGARET (Siempre sacudida por el tic nervioso.) Así lo haré.

NICK (Fijándose en Raquel.) (Un groom. Aun no le había visto.) ¡Muchacho! ¿Eres el groom de este hotel?

RAQUEL (Cambiano el tono de la voz.) Sí, señor.

NICK Hace un momento no estabas aquí.

RAQUEL Acabo de llegar de cumplir un encargo.

NICK ¿Y el portero? ¿Por dónde anda? ¿Qué le sucede?

RAQUEL Está en el patio.

NICK (A Margaret.) En seguida vuelvo. (Voy a ver si encuentro a ese portero.) (Sale por la puerta de la derecha último término.)

RAQUEL (Ya puedes buscar.)

MARGARET Estoy muerta de miedo.

RAQUEL (Fijándose en el tic nervioso de Margaret.) ¿Se encuentra usted mal?

MARGARET Sí. Algo indispuesta. (Bobby entra por la puerta del salón de baile, con una servilleta en el brazo y una bandeja llena de vasos con refrescos.)

ESCENA XI

RAQUEL, MARGARET, BOBBY, en el Hall. En el dormitorio,
MELVIL transformándose

RAQUEL Tome usted cualquier cosa para reanimarse. Precisamente aquí viene un criado con refrescos. (Cogiendo un vaso de la bandeja.) ¿Quiere usted un vaso de naranja?

MARGARET Sí.

BOBBY (¡Oh! Mi víctima.) (Margaret toma el vaso y trata inutilmente de aproximarle a la boca, a causa del tic nervioso.)

MARGARET No puedo.

BOBBY Permítame. (Toma el vaso y lo aproxima a la boca de Margaret.) (Bien le debo este favor después del mal rato que le hice pasar.)

MARGARET (Después de beber) Gracias.

BOBBY Se siente usted mejor, ¿verdad?

MARGARET (Reconoce la voz de Bobby, le mira aterrORIZADA y lanza un grito.) ¡Ah! ¡Es él!... ¡El revoltoso de la casa!... ¡Una bala en mi cafetera!... ¡Ah! (Se desmaya. Raquel la recibe en sus brazos.)

BOBBY Silencio. Me ha reconocido. ¡Maldita vieja! Puede comprometerme. Hay que apartarla. ¡Ah! Ya sé el modo. (Deja la bandeja en una mesa. Amordaza a Margaret con la servilleta.) ¡Aprisa! Abra usted el ascensor. (Raquel abre la puerta del ascensor. Bobby mete en él a Margaret, cierra y aprieta el botón. Mientras el ascensor sube hace gestos burlones con las manos.) ¡Adiós!... ¡Adiós!... ¡Es singular! Cada vez que encuentro a esa vieja la he de encerrar en una parte u otra.

RAQUEL (Riendo.) ¡Pobre mujer! No gana para sustos.

BOBBY (Riendo.) Sí. Tiene mala estrella. ¡Y yo que me figuraba estar tan bien disfrazado! ¿Cómo me habrá reconocido?

RAQUEL Por la voz.

BOBBY No atiné.

RAQUEL Hará usted bien en desconfiar de todos. Nick está aquí.

BOBBY ¿Le ha visto usted?

RAQUEL Hace un momento y he hablado con él. Se ha disfrazado de policemen, de policemen obeso.

BOBBY Ha tenido buena idea. (Patsy entra por el fondo llevando una bandeja con copas de licor.)

RAQUEL (Bajo.) ¡Ojo! ¡Otro policemen!

BOBBY ¿Otro? Eso es una invasión.

ESCENA XII

RAQUEL, BOBBY, PATSY, después JIM, SAM. En el dormitorio MELVIL continuando su transfiguración.

PATSY (¡Un criado jorobado! ¡Qué rareza!)

BOBBY (Cambiando el tono de la voz.) ¡Ah! ¡Un policemen frescote y rubicundo! Oye buen mozo, parece que prueba bien el oficio.

PATSY Así parece.

BOBBY (Señalando la nariz colorada de Patsy.) En vez de nariz llevas un pimiento en sazón. ¿Se empina el codo con frecuencia, no es cierto?

PATSY Alguna vez que otra.

BOBBY ¡Y los malhechores! ¿les dejas que campen por sus respetos?

PATSY No dejo nunca de vigilarlos.

BOBBY Tu eres un truhán. Pero así me gustan los policías. Mira, te convido. Toma una copa. Pero advierto que en mi bandeja sólo hay zumo de limón y de naranja. Invítate e invítame a mí, tu bandeja está bien surtida de licores.

PATSY Dices bien. (Deja la bandeja sobre una mesa, toma dos copas, ofrece una a Bobby y quedase con la otra.) A tu salud. (Bebe.)

BOBBY A la tuya. (Bebe.) Me parece que te he visto en alguna parte.

PATSY Es posible. Las montañas no se encuentran, las personas sí.

BOBBY ¿Dices eso a propósito de mi joroba? Has de saber que no admito bromas. (Le da un violento golpe con la cabeza en el estómago. Patsy trata de defenderse pero tambaleándose retrocede hacia el fondo, Bobby le persigue asestándole nuevos golpes. Patsy choca violentamente con la puerta del fondo que conduce al despacho del hotel, la cual se abre y ambos desaparecen tras ella. Entran por la puerta del lado Jim y Sam llevando bandejas con copas y pastas.)

RAQUEL (A Jim y a Sam.) Patsy está allí, en el despacho, en manos de Bobby, id a defender a éste. (Jim y Sam dejan las bandejas sobre una mesa; se dirigen al fondo en el momento en que entra Bobby. Todos vuelven al proscenio.)

BOBBY No le ha ido mal. Tiene para rato antes no recobre el conocimiento.

RAQUEL ¿Jim, qué es eso que le ha caído a usted al dejar la bandeja?

JIM ¿Me ha caído algo?

RAQUEL Sí, de entre la servilleta.

JIM (Recogiendo un objeto del suelo.) ¡Ah! No es nada. Un monedero de oro que se le ha caído a una vieja mientras estaba bebiendo.

SAM (Sacando varios objetos de los bolsillos.) Yo he pescado un broche de brillantes y otras frioleras sin importancia.

RAQUEL Si el jefe se entera buena filípica os espera. Os podían pillar infraganti y por lo tanto hacíais malograr nuestros planes.

BOBBY (Con severidad a Jim y a Sam.) ¡Parece mentira! ¿Por qué no podéis tener las manos quietas una vez a la vida?

JIM Es la fuerza de la costumbre. Yo no puedo estar ocioso.

SAM Hay que entretenerse en algo. Además todos esos ricachos andan tan distraídos.

BOBBY Ahora, seriedad y compostura. Haced un esfuerzo. Volvamos a nuestros sitios. (Salen los tres por el fondo.)

ESCENA XIII

RAQUEL, después NICK, VAN BURG y HELEN
MELVIL en el dormitorio.

- RAQUEL (Consultando su reloj.) Han transcurrido ya más de diez minutos. Melvil debe estar a punto. Es el momento de avisar a Van Burg. (Nick y Van Burg entran por la puerta de la derecha en segundo término.)
- NICK (A Raquel con voz fingida.) Muchacho, te has burlado de mí.
- RAQUEL ¿Yo?
- NICK Sí. El portero no está en el patio.
- RAQUEL Debe haber salido ya de allí.
- NICK No creo que haya estado en él.
- VAN BURG (A Raquel) ¿En dónde está?
- RAQUEL Lo ignoro.
- VAN BURG ¿Pero, no has vuelto a verle?
- RAQUEL No, señor.
- VAN BURG Es increíble. ¿Cómo se atreve a abandonar su sitio después de haberle encargado yo tanto que no se moviese? (Entra Helen por la puerta del salón de baile.)
- HELEN (A Van Burg.) ¿Sabe usted en dónde está mi tía? No la encuentro en ninguna parte.
- VAN BURG No, señora.
- NICK Hace un momento la dejé aquí.
- RAQUEL ¿Se trata de aquella señora que estaba hablando con usted?
- NICK Sí. ¿En dónde está?
- RAQUEL Ha bebido un vaso de naranja y ha vuelto al baile. Mister Van Burg... Debo dar a usted un encargo.
- VAN BURG Habla, muchacho. (En este momento entra Pendam por la puerta de la calle. Viste traje de viaje, lleva lentes y una maleta en la mano. Todos le miran.)
- RAQUEL (Sorprendida) ¡Oh! ¡Pendám!

ESCENA XIV

Los mismos, PENDAM y MELVIL, en el dormitorio

- VAN BURG (A Pendam.) ¿Desea usted, caballero, una habitación?
- PENDAM Deben haber encargado una habitación para mí. Soy Harry Pendam.
- HELEN (Arrojándose en sus brazos.) ¡Ah! ¡Qué contenta estoy!
- PENDAM ¡Ah! ¡Helen!
- HELEN ¡Querido tutor!
- RAQUEL (He de avisar a Melvil.) (Alto a Pendam.) Tenga usted la bondad de darme la maleta.
- VAN BURG Llévala a aquel dormitorio.
- RAQUEL Sí, señor. (Entra en el dormitorio con la maleta.)
- PENDAM ¡Querida Helen! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Sabes que estás muy linda? Tenía muchos deseos de pasar una temporadita a tu lado.
- NICK (A Van Burg.) Yo no he de parar hasta que encuentre al portero. (Sale por la puerta de la derecha en segundo término. En el dormitorio, Melvil ha terminado su transformación. Ha arreglado su cabeza como la de Pendam. Raquel en voz baja acaba de darle la noticia.)
- MELVIL (Bajando la voz.) ¡Maldición!... Pero... No... No es posible.
- RAQUEL Te repito que acaba de llegar. Esta maleta es suya. (La deja a un lado.)
- MELVIL (Contrariado.) Está bien. ¡Vete!
- RAQUEL ¿Qué vas a hacer?
- MELVIL No lo sé aún. ¡Vete!
- RAQUEL ¿Debo ejecutar el plan convenido?
- MELVIL Sí. Nada ha cambiado. Te he dicho que te vayas. (Raquel sale del dormitorio y vuelve a ocupar su sitio junto al ascensor. Van Burg se pasea por el Hall esperando que Pendam y Helen hayan acabado de conversar. Melvil, en el dormitorio, esconde la barba y peluca, que llevaba antes, en un cajón. Coge el puñal y el revólver y se esconde detrás de la

- puerta de la derecha que cierra y de cuando en cuando la entreabre con precaución.)
- PENDAM Ya te tenemos casada y feliz.
- HELEN Sí, muy feliz. Jorge es muy bueno. Voy a presentárselo a usted.
- PENDAM Aguarda un momento. Déjame cambiar de traje. (Se dirige a Van Burg.) ¿En dónde está mi habitación?
- VAN BURG Es esta. (Abre la puerta del dormitorio, entra en él y da la electricidad Pendam y Helen entran también en el dormitorio.)
- RAQUEL (Aterrorizada.) ¡Van a encontrarse!
- VAN BURG (Señalando la puerta del fondo.) Allí hay el cuarto lavabo con baño.
- PENDAM (Señalando la puerta de la derecha.) ¿Y allí que hay?
- VAN BURG Un saloncito.
- PENDAM Muy bien.
- VAN BURG ¿Si desea usted algo?
- PENDAM Por ahora no. Muchas gracias. Si acaso ya llamaré. (Van Burg sale del dormitorio.)
- VAN BURG (A Raquel.) ¿Ha aparecido el portero?
- RAQUEL No, señor. No lo he visto.
- VAN BURG ¡Es incomprensible! ¿En dónde estará?
- (Sale por la puerta de la derecha segundo término)

ESCENA XV

En el dormitorio: PENDAM y HELEN. En el Hall: RAQUEL

- RAQUEL ¿Qué va a suceder aquí? (Se aproxima a la puerta de dormitorio y escucha.)
- PENDAM ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que era ayer y sin embargo, han transcurrido ya ocho años. Tu eras una niña cuando yo trasladé, por negocios, mi residencia a Francia. Me parece que te veo aún con tus trajecitos cortos y tu cabellera tendida. Y tú, con franqueza, ¿verdad que ya no te acordabas de mí?
- HELEN Nunca le he olvidado. Tres detalles han

quedado grabados en mi memoria: su larga barba que entonces era gris, sus lentes de oro y el grueso brillante que aun veo en el dedo meñique de su mano izquierda. Pero sobre todo lo que he recordado siempre es la extremada bondad de usted, su buen humor y la ternura que siempre me ha demostrado. He comprendido que usted me quiere como si fuese yo su propia hija.

PENDAM Sí, eres mi hija adoptiva.

HELEN Por esto he sentido una gran pena esta mañana al ver que no estaba usted aquí para asistir a mi boda.

PENDAM (Abriendo la maleta y sacando un traje de frac.) No ha sido culpa mía, hija mía. Una avería de la máquina nos ha inmovilizado durante veinte y cuatro horas.

HELEN ¿Y por qué no ha desembarcado usted junto con los demás pasajeros?

PENDAM Tu amigo el detective Nick Carter ha sido causa de ello. Esta madrugada me ha mandado un radiotelegrama recomendándome que no desembarcase hasta media hora después que lo hayan hecho los demás viajeros. No he comprendido el por qué, pero he obedecido. (Pausa.) Te traigo mi regalo de boda.

HELEN ¡Ah!

PENDAM Está aquí. En la maleta.

HELEN ¿En qué consiste? ¿Puedo verlo?

PENDAM Un poco de paciencia, curiosilla. Después te lo daré. Ahora déjame cambiar de traje. Dentro de cinco minutos estaré listo.

HELEN Pues hasta luego. (Sale del dormitorio, atraviesa el Hall y sale por la puerta grande del fondo. Raquel ha tenido el tiempo justo para separarse de la puerta.)

ESCENA XVI

En el dormitorio: PENDAM y MELVIL. En el Hall: RAQUEL, después invitados a la boda, de ambos sexos

(Raquel ha vuelto a su sitio. Pendam en el dormitorio se saca el gabán y se dispone a cambiar de traje. Toma de su maleta un peine y un cepillo. Se peina la barba ante el espejo de sobre la cómoda. Melvil aparece por la puerta de la derecha a pasos quedos y con un pañuelo en la mano se dirige a Pendam, pero éste que le ve en el espejo, queda aterrado viendo delante suyo un hombre que es su retrato viviente. Melvil oculta el pañuelo. En este momento en el Hall se abre de par en par la puerta grande del fondo. Varias parejas bailando una figura de cotillón, dan algunas vueltas por el Hall, al son de la música del salón de baile. Los otros invitados a la boda se quedan en el salón y contemplan desde la puerta a los danzantes. Durante el baile Melvil se ha arrojado sobre Pendam tapándole la boca con el pañuelo impregnado de cloroformo que llevaba a prevención. Pendam cae al suelo perdiendo el conocimiento. Melvil corre el pestillo de la puerta. Coge a Pendam lo sienta en un sillón cara al público, saca de un cajón algunos afeites, toma un espejo de mano, se sienta en una silla delante de Pendam y completa el parecido de su semblante con el de aquél. Después se coloca sucesivamente: los lentes, el anillo y el reloj y cubren a Pendam. Acto seguido coge otra vez a Pendam y arrastrándolo lo lleva por el fondo al cuarto de lavado, cerrando después la puerta. Vuelve al proscenio, abre la maleta y retira un estuche, lo abre, lo contempla y lo guarda en un bolsillo del frac. Los danzantes habiendo dado varias vueltas por el Hall salen por el fondo, en el momento en que entra Helen. La puerta del fondo se cierra.)

ESCENA XVII

En el dormitorio: MELVIL. En el Hall: HELEN, RAQUEL, NICK, JORGE, de policemens, MARGARET, PATSY y ARIZONA

HELEN Me vuelvo loca buscándola. (A Raquel.) ¿Ha vuelto usted a ver a aquella señora que bebió aquí un vaso de naranja?

RAQUEL No, señora. (Melvil sale de dormitorio.)

HELEN (A Melvil.) Estoy muy intranquila.

MELVIL (Imitando la voz de Pendam.) ¿Por qué, hija mía?

HELEN No encuentro en parte alguna a mi tía Margaret. ¿Dos mío que le habrá sucedido! (Melvil hace una señal discreta a Raquel: ésta saca de un bolsillo el telegrama que le dió Melvil en la escena IX y sale por la puerta grande de foro.)

MELVIL ¿Qué quieres que le haya sucedido?

HELEN Se encuentra algo delicada de salud desde hace algún tiempo. Temo que le haya dado algo.

MELVIL Tranquilízate. Sin duda debe estar descansando en alguna sala apartada del barullo del salón de baile, o tal vez ha salido a tomar el aire en la calle. La noche es deliciosa. (Entra Nick por la puerta de la derecha último término.)

HELEN Es posible. Me parece que la voz de usted está algo alterada.

MELVIL No me extraña. Me he enfriado al vestirme. He olvidado cerrar la ventana.

NICK (Es imposible encontrar al portero.) (A Helen.) Tenga usted la bondad de presentarme a mister Pendam.

HELEN Con mucho gusto. (Presentando.) Un sargento de policemens.

NICK Así, no.

HELEN (Riendo.) Me ha recomendado usted tanto que no pronunciase su nombre...

NICK Ahora estamos solos.

HELEN (Presentando.) Nuestro gran amigo mister

- Nick Carter. Mi tutor mister Harry Pendam.
- MELVIL (Apretando la mano a Nick.) Agradezco a usted mucho el aviso misterioso que por la telegrafía sin hilos me ha mandado a alta mar.
- NICK La prudencia me ha hecho obrar así.
- MELVIL Celebro infinito haber tenido el gusto de conocerle, mister Carter. Es usted célebre en el mundo entero. En Francia, de donde vengo, he tenido ocasión de leer en los periódicos las hazañas de usted.
- NICK Es usted muy amable, mister Pendam. (¡Oh!... ¡Esos ojos!...)
- MELVIL Según parece no hay malhechor que lo gre escapársele.
- NICK (Tiene los mismos ojos que Melvil.)
- MELVIL ¿Debe ser emocionante esa caza al hombre?
- NICK Algunas veces. Eso depende de la pieza que se persigue. (Hay motivo para volverse loco. Me parece tenerle siempre delante.)
- MELVIL Me hubiera gustado mucho sentir esas emociones.
- NICK ¿Cómo buen cazador, o cómo pieza de caza?
- MELVIL Como cazador, por supuesto. A decir verdad, los perseguidos deben divertirse en grande cuando logran burlar al perseguidor.
- NICK ¡Oh! Eso no suele suceder con frecuencia.
- MELVIL Depende del género de la caza y naturalmente del cazador también.
- NICK (Me parece que se divierte a mis costas.)
- MELVIL (A Helen.) Toma, Helen, aquí tienes mi regalo de boda. (Saca de un bolsillo el estuche y se lo entrega.)
- HELEN (Abriendo el estuche.) ¡Un collar de perlas!... ¡Jamás he visto cosa más hermosa!...
- NICK Es un regalo regio.

HELEN Muchísimas gracias.
MELVIL Celebro que te guste.
NICK (Verdaderamente soy un imbécil. A veces veo visiones.) (A Van Burg, que entra por el fondo, puerta grande.) ¡Ah! Mister Van Burg... (Hablan aparte.)

MELVIL (Muy emocionado abrazando a Helen.) ¡Hijita mía! ¡Helen querida! (Helen se sorprende y retrocede instintivamente.) ¿Qué tienes? ¿Por qué te desprendes de mis brazos?

HELEN No sé... ¡Es particular!... Nunca me ha abrazado usted de ese modo... No sé como decírselo. No parece usted el mismo de antes...

MELVIL (Con una sonrisa forzada.) ¡Tontuela!... ¿En qué puede haber cambiado tu viejo tutor? (Continúa hablándole en voz baja.)

NICK Eso no es admisible, mister Van Burg. El portero de un hotel no desaparece de ese modo sin motivo.

VAN BURG No me lo explico.

NICK (Mirando el ascensor.) El ascensor está arriba. ¿Quién lo ha utilizado?

VAN BURG No sé.

NICK Hágalo usted bajar.

VAN BURG En seguida. (Aprieta el botón del ascensor.)

NICK (Mirando en todas direcciones.) Veamos el despacho... (Se dirige a la puerta del despacho en el fondo, la abre y desaparece. Bobby entra por la puerta del lado. Melvil le hace una señal y sale vivamente por la puerta de la derecha situada en último término.)

MELVIL (Continuando su conversación con Helen y conduciéndola hacia la izquierda.) En vuestro viaje de novios por Europa, no dejéis de ir a Biarritz. ¡Ya verás que hermoso es!

NICK (En el despacho, lanzando un grito.) ¡Ah!...

VAN BURG (Mirando el interior del ascensor que acaba de bajar.) ¡Oh! ¡Qué veo!

NICK (En el despacho.) ¿Qué tienes?... ¿No me oyes?... Huele esto.

VAN BURG ¡Miss Margaret Dodler!... (En este momento se apagan todas las luces. Se oyen exclamaciones de

los invitados en el salón. Melvil, que conversando con Helen ha llegado delante de la puerta de la calle, la coge en sus brazos, le tapa la boca con una mano y se la lleva. En seguida se oye el ruido de un automóvil que se marcha.)

HELEN (Gritando débilmente desde la calle.) ¡A mí!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!...

VAN BURG ¿Qué ha sucedido?... ¿Una interrupción de la electricidad?

NICK (Saliendo del despacho con una linterna eléctrica encendida de bolsillo.) Han cortado la corriente. Vayan pronto al contador.

VAN BURG Voy en seguida. (Sale precipitadamente por la derecha último término.)

NICK ¡Nos han vencido! ¡Imbécil de mí! (Se abre la puerta del salón y se ve, a los invitados que se alumbran con fósforos, entre gran regocijo.)

JORGE (Entrando por el foro.) ¿Qué sucede?

NICK Nada. Una interrupción de la corriente. (Se enciende la electricidad. Gritos de satisfacción de los invitados.)

JORGE (Fijándose en Margaret que está en el ascensor.) ¡Ah! ¡La tía de Helen sin sentido y amor-dazada! (Entra en el ascensor, con Van Burg que acaba de entrar por la derecha segundo término. Cogen a Margaret y la sientan en un sillón después de quitarle la mordaza. Raquel entra por la puerta del salón, sujeta por dos agentes de policía y seguida de Chick y Arizona. No lleva la peluca de muchacho, su cabellera cae deshecha sobre su espalda y tiene el uniforme rasgado.)

CHICK (Empujando a Raquel.) Anda buena pieza.

NICK (Reconociéndola.) ¡Raquel!

ARIZONA La hemos cogido en el momento en que intentaba apoderarse de las joyas.

NICK Pónganle esposas. (Los agentes de policía ponen esposas a Raquel.)

RAQUEL (Furiosa.) ¡Ah!... ¡Maldito Melvil!... Me ha arrojado en manos de la policía. (Patsy sale del despacho tambaleándose, Chick acude a sostenerle y le ayuda a sentarse en un sillón.)

CHICK Patsy, ¿estás herido?

- PATSY No. Un desvanecimiento. Pero ya pasó. No ha sido nada.
- RAQUEL (Furiosa, llorando de rabia.) Tenías razón, Nick Carter. ¡Ya no me ama!... Me ha hecho traición... Como la hizo a Conigal... Está loco por esa mujer... Pero me vengaré... ¡Oh! Sí, me vengaré.
- JORGE (Separándose del lado de Margaret.) Voy a buscar a Helen...
- RAQUEL No la busque usted. Ha sido raptada por Melvil.
- JORGE ¡Oh! ¿Qué dice? ¿Melvil?... (Gritando.) ¡Helen!... ¡Helen! (Va de un lado a otro. Abre con violencia la puerta del salón.) (Le rodean los invitados y con varios de ellos se dirige al proscenio enloquecido por el dolor.)
- RAQUEL Melvil la ama. Al fin ha logrado secuestrarla.
- VAN BURG No es posible. La señora estaba aquí hace un momento con mister Pendam.
- RAQUEL No era Pendam. Era Melvil transfigurado. Era el falso portero.
- JORGE ¡Oh! ¡Mi Helen!... ¡Mi esposa adorada!...
- NICK Por algo sospechaba yo... (Se dirige al dormitorio. Al abrir la puerta del cuarto lavabo.) ¡Oh! (Saliendo del dormitorio horrorizado.) ¡Allí!... (Indicando el dormitorio.) ¡Mister Pendam desvanecido, muerto tal vez.
- VAN BURG ¡Gran Dios! (Se precipita con otras personas al dormitorio.)
- JORGE (Loco de desesperación.) ¿En dónde está Melvil?... ¿Adónde ha llevado a Helen?
- RAQUEL A la taberna de Melcraft, en Chatham Square, el Hoyo de los Ratones.
- NICK (A los dos agentes de policía.) Llévense a esa mujer.
- RAQUEL (Loca de rabia.) ¡Que muera Melvil!... ¡Que muera el traidor!... (Sale por la puerta de la calle gritando y conducida por los dos agentes.)
- JORGE ¡Helen!... ¡Helen!...
- NICK (A Jorge.) ¡Valor! No se ha perdido la última esperanza.

JORGE
NICK

¡Ah! Mister Carter... ¡Sálvela usted!
La salvaré o moriré por ella. Venga usted
conmigo. (A Chick, a Arizona y a Patsy.) Vos-
otros seguidme también. (Salen por la izquier-
da. Van Burg auxilia a Pendam. Margaret, rodeada
de varios invitados, recobra el conocimiento.)

TELON



ACTO CUARTO

CUADRO SEXTO

EL HOYO DE LOS RATONES

La escena representa el sótano de una casa, con el techo abovedado. Las paredes están revestidas de madera del mismo color de las puertas, de modo que a simple vista no se distinguen unas de otras. En las paredes hay numerosos clavos de hierro, algunos de ellos figuran ser móviles por ser los resortes secretos que apretándolos abren las puertas. A la derecha en primer término, puerta disimulada que conduce a otras dependencias de la taberna. Otra puerta, en segundo término, que conduce a un corredor secreto. En el fondo una puerta que comunica con un dormitorio. A la izquierda, en primer término, una puerta que conduce al Hoyo de los Ratones. También a la izquierda y en segundo término el mostrador cubierto de botellas, detrás estantería llena de vasos y platos. A la derecha y entre las dos puertas, un tablado al cual se sube por dos escalones. Al lado un piano. De derecha a izquierda mesas de madera rodeadas de sillas y bancos formando dos hileras y dejando al centro, un pasillo que conduce del mostrador al tabado. Colgados en las paredes cinco retratos de bandidos célebres. Penden del techo varios aparatos extremadamente sencillos con luces eléctricas de las cuales la mitad están encendidas. En las paredes hay varias anillas de hierro de las cuales penden cadenas del mismo metal.

ESCENA PRIMERA

MELTCRAFT y CATALINA

(Melcraft ordena vasos y botellas en el mostrador, va en mangas de camisa, tiene el aspecto feroz y lleva el cabello y barba

desgreñados. Entra Catalina por la derecha primer término; como siempre está retenciosamente peinada y vestida. Lleva un ramo de flores en la mano.)

CATALINA ¡Ah! ¿Está usted aquí, mister Melcraft?
MELT. (Que estaba agachado detrás del mostrador. Levantándose.) ¿Quién me llama?

CATALINA Buenas noches, mister Melcraft...
MELT. ¡Ah! ¡Simpática Catalina, la más hermosa de todas las hermosas!... Buenas noches, tesoro.

CATALINA Siempre galante mister Melcraft.
MELT. Contigo sí, monísima. ¿Qué vas a tomar: rhu o anisette?

CATALINA Una copita de whisky si le es igual.
MELT. Como quieras, niña bonita. (Llena dos vasos.)

CATALINA (Mirando en todas direcciones.) ¡Qué original es esta sala!

MELT. ¿No la habías visto aún? ¿Nunca habías bajado aquí?

CATALINA No.
MELT. Esta es la cueva de los íntimos, de los asiáticos. Se reúnen aquí de doce a cinco de la madrugada y puedes creer que no se aburren: cantan, bailan y beben. Es cosa muy divertida.

CATALINA (Indicando el retrato colgado en el centro.) ¡Oh!... ¡Qué tipo tan feroz! Me da miedo.

MELT. ¡Ah! Ese es un héroe. Una celebridad mundial. Es Tom Perkins el Destripador. Melvil le ha sucedido en el mando de la cuadrilla.

CATALINA ¡El Destripador!... ¡Brrrr!...
MELT. Hace diez años que está en presidio y allí seguirá hasta el fin de su vida.

CATALINA No seré yo quien vaya a sacarle. Es demasiado feo. (Bebiendo.) A su salud, mister Melcraft.

MELT. A nuestros amores, preciosa.

CATALINA ¡Quiere usted callar, picaronazo! Cualquiera que le oyese creería lo que no es.

(Pausa.) ¿Ha preparado usted todo lo necesario para el jefe?

MELT. Sí, pichona, la habitación está arreglada; es la del centro, la más espaciosa.

CATALINA ¿Ha colocado usted en ella la maleta que he mandado?

MELT. Sí, encanto. ¿A qué hora vendrá Melvil?

CATALINA No lo sé a punto fijo. Me ha dicho que le espere aquí desde las diez.

MELT. ¿Son para él esas flores tan hermosas que tanto parecido tienen contigo?

CATALINA No. Son para su adorado tormento. Esta noche la raptan durante el baile de boda.

MELT. (Riendo.) La bella se casa por la mañana y por la tarde la raptan. ¡Vaya un día bien empleado y abundante en emociones para la desposada! Es el diablo en persona ese Melvil.

CATALINA Voy a prepararlo todo para recibir a la pareja. (Va hacia el fondo.) ¿Eh? Mister Meltcraft. ¿en dónde está la puerta de la habitación? No veo ninguna.

MELT. Son invisibles las puertas en esta cueva. Para abrirlas hay que apretar ciertos botones movibles que solamente son conocidos de los asiduos. (Aprieta un botón y la puerta del fondo se abre.) ¿Has visto? Se puede entrar aquí, pero no se puede salir fácilmente. De este modo, si se desliza entre nosotros un soplón, o un policía disfrazado, no puede escapar al castigo.

CATALINA ¿Qué castigo?

MELT. (Abre la puerta de la izquierda segundo término apretando un botón.) Se le arroja ahí, en el Hoyo de los Ratones.

CATALINA ¡Oh! ¡Qué lóbrego es eso!

MELT. Hay una escalera de cinco peldaños al fin de la cual corre la gran cloaca colectora. El quinto peldaño es movable. El hombre que pone sobre él los pies, está perdido.

CATALINA ¡Y qué muerte! ¡Es espantoso!

MELT. ¿Si quieres darte cuenta por ti misma?...
(La empuja riendo.)

CATALINA ¡Ah! No. Gracias.

MELT. Pero en el caso de que sean varios los profanos que logren penetrar aquí, entonces se les ata con estas cadenas que ves en la pared, se abre esta espita de gas, que para mayor precaución tiene llave en el corredor inmediato, se cierran todas las puertas y buenas noches. Al día siguiente se arrojan los cadáveres al hoyo de los ratones. Este sistema es limpio y no mete ruido.

CATALINA ¡Qué horror!

ESCENA II

Los mismos, FRANCIS que entra por la derecha primer término llevando una cesta llena de botellas

MELT. Ven acá, maldito holgazán.

CATALINA Buenas noches, Francis.

FRANCIS Buenas noches, Catalina.

MELT. ¿Qué diablos has hecho hasta ahora? Ya sabes que te estaba esperando para ir a acostarme.

CATALINA ¿Va usted a acostarse ya? ¿Tan pronto?

MELT. Sí. Todas las noches de diez a doce me tomo dos horitas de descanso. Si no lo hago así, después no puedo tenerme en pie. Adiós, pichona. Voy a soñar contigo.

CATALINA ¡Oh! Mister Melcraft...

MELT. (No sería mala pesadilla.) (Sale por la derecha primer término y Catalina por el fondo. Francis ordena botellas en el mostrador.)

ESCENA III

FRANCIS, CATALINA, después BOBBY, MELVIL, HELEN,
JIM y SAM

CATALINA (Volviendo a entrar en seguida por el fondo sin las flores.) ¡Francis!

- FRANCIS Mándeme usted, Catalina.
- CATALINA Sírvase avisarme cuando venga el jefe.
- FRANCIS No dejaré de hacerlo. (Bobby abre con precaución la puerta de la derecha segundo término.)
- BOBBY ¿Eh?
- CATALINA ¡Ah! Mister Bobby...
- BOBBY ¿Pueden entrar?
- CATALINA Sí. Todo está preparado para recibirlas. (Bobby desaparece.) Márchase usted, Francis. El jefe no quiere mirones aquí.
- FRANCIS Bien está. Me escabullo. (Sale por la derecha primer término.)
- CATALINA (Al ver que se abre la puerta de la derecha segundo término) Aquí vienen. (Entra Melvil llevando en sus brazos a Helen desmayada. Bobby, Jim y Sam entran también y cierran la puerta. Todos visten del mismo modo que al final del acto anterior. Catalina aproxima una silla en la cual Melvil coloca a Helen.)
- BOBBY ¿Continúa desmayada?
- MELVIL Sí.
- CATALINA ¡Qué hermosa es!
- MELVIL Hazle aspirar el frasco de sales. (Catalina saca de un bolsillo un frasco y lo aproxima a Helen.)
- BOBBY ¿Qué debemos hacer ahora?
- MELVIL Volved los tres al Imperial Hotel cuidando que no os puedan reconocer.
- BOBBY No tema usted.
- MELVIL Tú, Bobby, te informarás de lo que le ha sucedido a Raquel.
- BOBBY Está bien.
- MELVIL Y vosotros averiguaréis lo que ha acontecido después de nuestra salida del hotel, lo que dice Carter y lo que hacen él y su gente. ¿Me habéis entendido?
- BOBBY Sí, jefe.
- MELVIL Pues id aprisa. (Bobby, Jim y Sam salen por la derecha segundo término.)
- CATALINA Ya suspira. (Melvil besa la mano de Helen.)
- MELVIL No te muevas de aquí, Catalina. Atiende a Helen. En seguida vuelvo, voy a cambiar de traje. (Sale por el fondo.)

ESCENA IV

HELEN, CATALINA: después MELVIL

- CATALINA Ya abre los ojos. ¡Pero qué ojos! Dos carbunclos. ¿Se encuentra usted mejor, miss Helen?
- HELEN (Penosamente y mirando a su alrededor.) ¿En dónde estoy?
- CATALINA En casa del señor Melcraft, el propietario de este acreditado establecimiento, un buen hombre, digno y servicial. ¿Quiere usted tomar algo?
- HELEN No. Gracias.
- CATALINA (Dirigiéndose al mostrador.) Pero sí, pero sí. Necesita usted tomar un refrigerio. Una copita de whisky no puede hacerla ningún daño. (Llena dos copitas.) Beberemos las dos a la salud de usted.
- HELEN (Dios mío!... ¡Ahora recuerdo!... Sí... ¡Lo recuerdo todo!... ¡Jorge!... ¡Jorge mío!...) (Rompe en sollozos y apoya la cabeza entre las manos.)
- CATALINA (Aproximándose a Helen con la copa de licor.) Tal vez es algo fuerte el whisky para una damita bella y delicada, pero para reanimar a un espíritu alicaído no hay nada mejor. Tome usted. Tráguelo de un sorbo. A su salud.
- HELEN No... No quiero... (Catalina bebe.)
- CATALINA ¿Cómo es eso?... ¿Llora usted?... Pero no hay motivo. Beba... Beba...
- HELEN No... No...
- CATALINA (Tomando la copa de Helen y bebiéndose de un sorbo su contenido.) Como quiera.
- HELEN (Levantándose llorando y buscando por todas partes la salida.) ¡Quiero marcharme! ¡Quiero salir de aquí!
- CATALINA No, señorita. No es tan fácil como parece.
- HELEN (Fuera de sí.) ¿En dónde está la puerta?
- CATALINA No hay puertas.

HELEN ; Buena mujer!... ¡Lo suplico a usted!...
; Acuda en mi auxilio! ; Tenga piedad
de mí!

CATALINA Vamos, preciosa señorita. Cállese. Esa
excitación puede hacerle daño.

HELEN Déjeme usted salir. Daré a usted cuanto
me pida. Abra la puerta y será usted
rica, muy rica.

CATALINA Lo haría con mucho gusto, pero no me es
posible.

HELEN (Dejándose caer en una silla sollozando.) ; Oh! ; Es-
to es horrible!... ¡Horrible!

CATALINA No tiene usted nada que temer. No se le cau-
saré daño alguno. Al contrario, se verá us-
ted mimada y atendida con desvelo,
porque aquí hay alguien que la ama, apa-
sionadamente... Vamos, no llore más. No
quiero que llore. Y, además, ¿qué ade-
lanta con ello?

HELEN Tiene usted razón, las lágrimas son inú-
tiles

CATALINA Así me gusta, que sea usted razonable.

HELEN ; Oh! El mismo día de mi boda, verme
arrebataada, en plena felicidad, lejos de to-
do lo que amo... ; Oh! ; Es espantoso!...
; Y encontrarme en poder de aquel mise-
rable!...

CATALINA ¿Mister Melvil un miserable? ; Oh! No
Es el mejor de los hombres, noble y ge-
neroso.

HELEN Un ladrón, un bandido...

CATALINA Ha escogido ese oficio como hubiera po-
dido escoger cualquier otro. (Melvil entra por
el fondo sin disfraz.)

MELVIL Déjanos, Catalina. (Al oír la voz de Melvil, Helen
se levanta aterrada.)

CATALINA ¿No me manda usted nada más?

MELVIL No. ¡Vete! Mañana a las ocho a la Casa
Roja.

CATALINA No faltaré. (Sale por la derecha primer término.)

ESCENA V

MELVIL y HELEN

MELVIL ¿Me perdonará usted algún día, miss Helen?

HELEN (Altiya.) Soy mistress Glancy.

MELVIL ¿Me perdonará usted lo que acabo de hacer?

HELEN ¡Es la acción de un miserable, de un malvado, de un cobarde!...

MELVIL No. Es la acción de un hombre enamorado que al hacerse cargo de que iba a perder a usted para siempre, ha pasado por encima de todo sin reparar en los medios.

HELEN He tenido ocasiones para ver hasta donde llegaba su osadía y su maldad. En adelante ya nada podrá sorprenderme.

MELVIL ¡Ah! ¡Helen, si pudiera usted leer en mi alma!...

HELEN ¡Cuánta negrura!...

MELVIL Pero tal vez, en medio de sus tinieblas distinguiría usted una diminuta claridad que podría ser el gérmen del bien. Sí, sí. Helen, el criminal empedernido, el bandido audaz puede convertirse en un hombre honrado, tal vez en un héroe...

HELEN (Sarcástica.) ¿Y para ello bastaría que la esposa de Jorge Glancy le amara a usted?...

MELVIL ¡Oh! No. Bastaría que en esos ojos pudiera distinguir una mirada de compasión.

HELEN Desprecio profundo, odio implacable, he ahí lo único que podrá usted inspirarme.

MELVIL Pues bien, olvida usted la realidad. La tengo a usted en mi poder y no seré yo quien la devuelva a las caricias de su esposo.

HELEN Esa clase de secuestros son absurdos en la época actual y pronto, muy pronto se verá usted perseguido y acorralado.

MELVIL Tengo medios de defensa. Sólo después

de mi muerte podrá usted recobrar la libertad. El feroz bandido la ama a usted demasiado para permitir que por culpa suya asome una lágrima a esos divinos ojos. Ordene usted y será obedecida en todo, menos en una cosa: no quiero que ni hoy, ni mañana, ni nunca pueda usted volver al lado de su esposo. Ahora mi única misión, mi único desvelo consistirá en conmover su alma, en ablandar su corazón...

HELEN ¿Y en su delirio ha llegado usted hasta el punto de esperar que yo?...
MELVIL

Sí, Helen, sí, espero, porque si no esperase no viviría. Una pasión como la mía, acaba un día u otro por ser correspondida.

HELEN ¡Oh! ¡Cómo aborrezco a ese hombre!

MELVIL (Con pasión.) Usted me amará, Helen, usted me amará. Es usted a mis ojos algo sublime, algo sobrenatural y siempre querré verla tan infinitamente hermosa, como infinitamente pura. Usted será mi única alegría, la rodearé de tantas atenciones, la colmaré de tantas ternuras y desvelos que su corazón acabará por conmoverse y llegará un día en que sus ojos se fijarán en mí. ¡Qué importa lo que he sido! ¡Qué importa mi vida pasada! ¡Qué importan mis crímenes cuando hay algo que puede transformar mi vida, cambiar mi modo de ser, purificar mi alma! Este algo que tanto poder tiene es el amor. Si, el amor que siento por usted y que usted sentirá por mí.

HELEN ¡Oh! ¡Jamás!...

MELVIL Y, ahora, Helen, no volverá usted a oirme hablar de mi pasión. Guardaréla en las más recónditas profundidades de mi alma. Todo lo fío al tiempo. (Abriendo la puerta del fondo.) Este es su dormitorio, Helen. Entre usted sin temor y descanse tranqui-

la. Muy a pesar mío me he visto obligado a traer a usted aquí. El lugar no es agradable, pero es seguro. Mañana temprano saldremos de esta casa. La sociedad que se se reunirá aquí esta noche será algo ruidosa, tal vez habrá escándalo. Oiga lo que oiga no se mueva usted y nada tema. Por dentro esta puerta tiene una sólida aldaba, córrala usted y nadie vendrá a molestarla. Yo me quedo aquí, velaré toda la noche. Antes de retirarse pídame lo que desee.

HELEN Sí. Deseo algo.

MELVIL ¿Qué es ello? Hable usted.

HELEN Una arma.

MELVIL ¿Una arma? ¿Contra mí?

HELEN Para defenderme si llega el caso.

MELVIL ¿No da usted crédito a mis palabras?

HELEN No.

MELVIL (Dándole su revólver.) Tome usted. Si tanto me aborrece máteme en el acto. Puede hacerlo.

HELEN Yo no mataré a usted. Otro se encargará de ello.

MELVIL ¿Otro dice usted? ¿Quién?

HELEN ¡El verdugo! (Sale por el fondo, cierra la puerta y se oye como corre el pestillo Melvil se deja caer en una silla anonadado.)

TELON

CUADRO SÉPTIMO

EL DESTRIPIADOR

El telón debe levantarse en seguida. La misma decoración del cuadro anterior. Todas las luces eléctricas están encendidas. Las mesas aparecen ocupadas en su totalidad por individuos de distintas nacionalidades y de diversas clases sociales; hombres elegantes y gente del pueblo, marineros, obreros, chinos, japoneses, italianos, mexicanos, judíos con largos levitones, cowboys, etc. Toda esta gente bebe, grita, fuma, juega y se disputa. Cuatro camareros, entre ellos Francis, van de un lado para otro sirviendo a los clientes.

ESCENA PRIMERA

MELVIL, PATSY, CHICK, ARIZONA, JORGE, ARTHUR, MELT-CRAFT, FRANCIS, OSWALD, WILLIAMS, OTTO, JACOBY, TIPPETT, LA GACELA, LA ARAÑA, SALOPETTE, tres camareros de café, un pianista y clientes.

(Melvil está sentado junto a una mesa en el fondo, sin disfraz. Patsy y Jorge disfrazados de marineros juegan al dómino a la izquierda. Chick y Arizona transformados en merodeadores de mala calaña juegan a los dados junto a una mesa de la derecha primera fila. Al levantarse el telón gran barullo, conversaciones, gritos, discusiones, riñas, etc. Sobre el tablado una mujer vestida con traje llamativo baila entre los aplausos del público un desenfrenado cake walk acompañada al piano por un artista melenudo.)

OSWALD (Sentado junto a una mesa de la derecha con Williams. Van los dos vestidos de bandidos de la peor calaña.)
¡Bravo, Gacela!... ¡Bravo!

WILLIAMS (Aplaudiendo.) ¡Cómo baila! ¡Es un prodigio esa muchacha!

ARTHUR (Joven elegante sentado solo junto a una mesa.)
Francis, champagne.

FRANCIS ¡Voy!... ¡Voy!...

OSWALD ¡Qué hermosa es!

WILLIAMS ; Qué ojos tiene! (Termina el baile. Grandes aplausos. La bailarina saluda al público y baja del tablado.)
OSWALD (A la bailarina.) Ven aquí, hermosa Gacela.
WILLIAMS Es un buen sudorífico ese baile arrebatador.
OSWALD ¿Qué vas a tomar? ¿Whisky? (La bailarina se sienta junto a ellos.)
WILLIAMS (Llamando.) ¡Francis!,... ¡Whisky!...
FRANCIS Allá voy.
JORGE (Bajo a Patsy.) ¡Pobre Helen!
PATSY (Bajo a Jorge.) ¡Vamos! ¡Valor, amigo mío! El paso más difícil ya está dado. Hemos logrado penetrar en este lupanar y Nick Carter ha encontrado el medio seguro para libertar a la cautiva. No puede tardar en venir. (Continúan jugando. Bobby, Jim y Sam entran por la derecha primer término. Melvil se fija en ellos se levanta y va a su encuentro. Hablan juntos al proscenio.)

ESCENA II

Los mismos, BOBBY, JIM y SAM

MELVIL (Bajo.) ¿Y bien? ¿Qué noticias traéis?
BOBBY Raquel se ha dejado coger infraganti.
MELVIL (¡Al fin me veo libre de ella!)
BOBBY Al tratar de apoderarse de las joyas ha caído en los amorosos brazos de la peli-
licia.
MELVIL ¿Y Carter? ¿Qué ha dicho de nuestra fuga? ¿Qué hace? ¿Qué piensa?
BOBBY De ello nadie ha podido informarnos.
JIM Por de pronto esta noche podemos estar completamente tranquilos.
MELVIL Y mañana ya estaremos en lugar seguro. Venid por aquí. (Les conduce a su mesa del fondo y se sientan alrededor de ella.)
ARIZONA (Bajo a Chick.) ¿Ha visto usted a Bobby, a Jim y a Sam?
CHICK (Bajo.) Sí, a toda la pandilla.

ARIZONA (Bajo.) Se armará la gorda aquí esta noche.
(Continúan jugando.)

TIPPETT (Joven elegante, completamente borracho, sube al tablado y canta con voz de falsete.)

Yo no supe que es amor
hasta que vi a Valentina.

(Gritos y silbidos de la concurrencia.)

UNA VOZ ¡Fuera! ¡Que se calle!

OTRA VOZ ¡Que le echen al Hudson!

OTRA VOZ ¡Que se marche!

OTRA VOZ ¡Desafinas!

TIPPETT (Canta.) Yo no supe que es amor.

UNA VOZ ¡Ni nunc aque lo hubieses sabido!

OTRA VOZ ¡Pobre Valentina!

OTRA VOZ ¿A qué hora te vas a dormir?

OTRA VOZ ¡Nos fastidias con tu letanía!

OTRA VOZ ¡Cierra la boca o te la rompo de un bottellazo!

TIPPETT ¡Imbéciles! No sabéis comprender lo que es un buen artista. (Canta.)

Yo no supe que es amor...

(Explosión de gritos e imprecaciones. Sacan a Tippet del tablado y arrastrándolo le obligan a sentarse a pesar de sus protestas. Estalla una disputa entre Otto y Jacoby que juegan a naipes junto a una mesa. Otto coge a Jacoby por el cuello con ánimo de estrangularle.)

OTTO (Muy borracho.) ¡Granuja!

JACOBY ¡Quieres soltarme, maldito borracho?

OTTO Me has robado. Haces trampas.

JACOBY ¡Suéltame o te despachurro de una patada!

OTTO Devuélveme mi dinero.

MELT. (Acudiendo.) ¡Basta ya! Aquí no se alborota. Ya sabéis que no lo consiento. ¿Qué hay? ¿Vanos a ver?

OTTO Me ha robado veinte dollars.

JACOBY ¡Mentira!

MELT. (A Jacoby.) Devuélvele diez.

JACOBY ¡Vaya un modo de arreglarlo! Dáselos tú, Melteraft.

MELT. Devuélvete diez dollars en seguida o te doy

- con la puerta en las narices y aquí no vuelves a poner los pies. Escoge.
- JACOBY (Tirando el dinero sobre la mesa.) ¡Toma, vampiro! Aquí tienes esto, lo que te he ganado legalmente.
- OTTO Son veinte dollars los que me has robado.
- MELT. Sólo te devolverá diez. Esto te servirá de lección. Cuando se es cándido hasta ese extremo no se juega, se echa uno a dormir en un rincón. (A Jacoby.) Tu viéndole en ese estado de imbecilidad, hubieras debido aprovecharte. No has obrado como una persona decente.
- MELVII. ¡Bravo!
- BOBBY ¡Bien dicho!
- MELT. No quiero badulaques en mi casa.
- ARIZONA (Bajo a Chick.) Nick no viene.
- CHICK ¡Calma! ¡Calma! Aun no son las cuatro. Se necesita tiempo. Ya vendrá.
- ARTHUR (Viendo pasar junto a su mesa a Salopette.) Ven aquí, hermosa Salopette, tomarás una copa de champagne conmigo.
- SALOPETTE Acepto el champagne. (Se sienta junto a Arthur.)
- ARTHUR Francis, más champagne. (Hablan bajo. Entra por la derecha primer término La Araña :
- OSWALD Aquí viene La Araña, la más simpática de todas las que frecuentan esta casa. (La Araña sin hacerle caso se fija en Arthur y Salopette y se dirige a ésta.)
- ARAÑA ¿Eh? ¡Salopette, guárdate de mí!
- SALOPETTE ¿Qué se te ofrece, pelona?
- ARAÑA ¿Pelona a mí? ¿No sabes quien soy yo?
- SALOPETTE No te canses en decirlo. Ya lo sé. Eres la peste.
- ARAÑA ¡Víbora!
- SALOPETTE ¡Mala hembra! (Se agarran de los cabellos y se arañan.)
- MELT. (Acudiendo a separarlas.) ¡Eh! ¡Preciosas! No os arranquéis el fleco ni os estropéis la fachada. ¡Sería lástima! (Todos los concurrentes ríen.) ¡Pero, capullos de rosa! ¿Queréis es-

taros quietas? ¿Acaso no sabéis que os encontráis en una casa decente en la que imperan el orden y las buenas costumbres? (Recibe un fuerte manotazo de Salopette) ¡Eh! ¡Divinas! ¡Qué me hacéis daño!

TIPPETT (Levantándose con una botella de champagne en la mano y dirigiéndose tambaleándose a las dos mujeres.) No es ese el modo, Melcraft. Mire usted. (Vacía la botella sobre las cabezas de Salopette y de La Araña. Estas cesan en la lucha enjugándose el champagne con los pañuelos. Risas generales.)

UNA VOZ ¡Bien, Tippet!

OTRA VOZ ¡Bravo, Tippet!

OTRA VOZ ¡Viva, Tippet!

MELT. ¡Ha puesto paz más pronto que yo!

ARAÑA ¡Maldito borracho, me ha dejado inservible el traje nuevo!

SALOPETTE ¡Grandísimo sinvergüenza, ahora vas a cobrar tu parte! (Le da un manotazo y Tippet cae de bruces. Dos concurrentes lo levantan y le obligan a sentarse.)

ARTHUR Venid, hermosas, a sellar las paces, con copas de champagne. ¡Francis, otra botella de champagne!

FRANCIS ¡Voy! ¡Voy! (Las dos mujeres se sientan junto a la mesa de Arthur. Entra Nick Carter. Se ha disfrazado de Tom Perkins el Destripador, cuyo retrato pende de la pared. Su cabeza es igual a la del retrato pero algo mas envejecido. Cabellos crespos y canosos, barba poblada y enmarañada. Lleva un garrote en la diestra y viste un traje harapiento. El conjunto es el de un siniestro y terrible bandido.)

ESCENA III

Los mismos y NICK CARTER

NICK (Con voz robusta) ¡Salud, compañeros! (Todo el mundo le mira con curiosidad y sorpresa.)

MELVIL ¿Quién es ese?

BOBBY Un tipo sucio y repugnante.

NICK ?

- NICK ¿Esa es la acogida que me dispensáis?
¿Nadie me reconoce? ¿Tanto he cambia-
do en diez años?
- MELT. (¡Aproximándose a él y tendiéndole la mano.) ¡Ah!
¡Tom Perkins!
- OSWALD (¡Aproximándose a Nick y tendiéndole la mano.) ¡El
Destripador!
- JACOBY (Haciendo lo mismo.) Sí, es el gran Tom Per-
kins. (Curiosidad entre los concurrentes. Muchos se
levantan para verle mejor.)
- NICK Sí, soy yo, vuestro jefe de otros tiempos,
condenado a cadena perpétua y que acaba
de evadirse destripando a dos guardianes.
(Rumores de admiración.) Supongo que aquí
no hay soplones.
- VARIAS VOCES No, no.
- MELT. Si alguno osase entrar no saldría con
vida.
- NICK De criado has pasado a dueño de este es-
tablecimiento. Sea enhorabuena, Melt-
craft. ¿Y tú, Otto? No has cambiado.
Siempre borracho.
- OTTO (Tambaleándose.) Me alegro de verte, ilustre
Tom. Has envejecido algo. Juntos traba-
jamos con ardor en otros tiempos y mil
veces expusimos el pellejo. ¿Te acuerdas?
- NICK Sí. Y volveremos a las andadas. He de
desquitarme de esos diez años de inercia.
- SALOPETTE (A La Araña.) Es un gran tipo ese Destripa-
dor, varonil y fornido.
- ARAÑA Me da miedo.
- MELT. (Enseñando a Nick el retrato de Perkins.) ¿Ves co-
mo no te hemos olvidado? Ahí tenemos
tu retrato, en el sitio de honor, presidién-
do la asamblea.
- NICK Está bien eso de acordarse de los amigos.
¿Me darás hospitalidad por algunos días,
Meltcraft?
- MELT. Todo el tiempo que quieras, Tom.
- NICK Mi indumentaria está algo descuidada.
Que me dispensen por ello las damas aquí
presentes. Mañana me restauraré. En cam-

bio mis bolsillos están bien repletos de plata y desco obsequiar a la asistencia con un copeo general. Compañeros, rociad el gaznate que yo pago. (Exclamaciones y bravos generales. Gritos de «¡Viva Tom Perkins!», «¡Viva el gran Destripador!». Melvil que no ha dejado de observar a Nick se dirige hacia él.)

MELVIL (Irónico.) ¿Has hecho fortuna en tu calabozo?

NICK No del todo. Pero durante la noche pasada he trabajado de firme y no puedo quejarme.

MELVIL ¿Hace muchos días que andas suelto?

NICK Mañana a las once de la noche cumplirán ocho días.

MELVIL ¿Tú has destripado a dos guardianes y nadie se ha enterado? ¿No te han perseguido? ¿Es un caso extraordinario!

NICK ¿Querías que mandase una nota a la prensa reseñado mi hazaña. (A los otros señalando a Melvil.) ¿Quién es ese pájaro?

MELT. Es el jefe.

NICK ¿El jefe! ¡Ah! ¿Eres tú mi sucesor? Ahora comprendo que veas con malos ojos mi reaparición. Pues bien, joven imberbe, consuélate y ve a ocupar un sitio en filas porque ahora el jefe soy yo y vuelvo a tomar el mando.

MELVIL Yo me quedo en mi sitio.

NICK Eso lo veremos, buen mozo.

MELVIL Ya está visto.

NICK (Sacando un cuchillo.) Entonces vamos a solventar el asunto en seguida.

MELVIL (Sacando el revólver.) Como gustes.

NICK ¡Ah! Prefieres el revoltoso, a mí me es igual.

MELT. (Acudienod.) ¡Ah! No. Fuera revólveres. Los disparos se oyen desde la calle y por ella rondan siempre moscardones. (A Francis.) Tú ve a cerrar arriba, corre los cerrojos y atranca la puerta.

FRANCIS Allá voy. (Sale por la derecha en primer término.)

- OSWALD Pero no hay motivo para que se batan. Tú, Perkins, eras nuestro jefe. Cuando te ausentaste nombramos a otro. Ahora que has vuelto recuperas el mando. Es lo lógico.
- NICK Así lo creo yo.
- VOCES DIVERSAS Sí. Sí. Tiene razón.
- MELVIL ¿Todos lo queréis así?
- VOCES DIVERSAS Sí. Sí. Si...
- MELVIL Pues sea. Vosotros sois los que debéis nombrar el jefe.
- VOCES DIVERSAS ¡Bravo! ¡Bien! ¡Muy bien!
- MELT. Vamos, bebed y brindad los dos en lugar de despedazaros mutuamente.
- NICK No desco otra cosa. (A Melvil.) Venga esa mano, compañero. (Se aprietan las manos.) ¿Cómo te llamas?
- MELVIL Melvil.
- NICK ¡Ah! ¿Melvil? ¿De modo que tú eres Melvil?
- MELVIL Sí, jefe.
- NICK Entonces no me toques. ¡Apártate! Yo no estrecho la mano de un miserable y de un traidor. (Estupor y admiración general.)
- OSWALD ¿Eh? ¿Qué dice?
- WILLIAMS ¿Melvil un traidor?
- OTTO ¿Por qué dices que es un miserable?
- MELT. ¿Es un traidor? ¡Bah! No puede ser.
- MELVIL (Irónico.) Déjate que se explique, Melcraft.
- NICK No puedes imaginar cuanto me alegro de haberte conocido, Melvil. Esto me evita correr en tu busca. Tengo el encargo de romperte la cabeza o de abrirte el vientre, a tu libre elección.
- MELVIL ¿Y nada más? ¿Quién te ha dado ese encargo, si se puede saber?
- NICK Una persona que te es muy conocida y que allí se ha quedado entre rejas y grilletes. De seguro que no has podido olvidarle; es Conigal, Robert Conigal. (Melvil se turba.) ¿Qué te pasa, Melvil? Cambias de color... Palideces.

- MELVIL. ¿Yo? ¡Estás loco! No sé quién es ese Conigal ni acierto a quien puedes referirte.
- NICK. Lo que debo decir, todo el mundo va a saberlo. Vamos a juzgarle, Melvil, y yo me encargo de la ejecución.
- MELVIL. (Fuera de sí.) ¡Ah! Basta de insultos. (Le apunta el revólver.)
- OSWALD. (Bajándole el brazo.) ¿Qué es eso, Melvil? ¿Tienes miedo?
- MELVIL. ¿Miedo yo?
- OSWALD. Entonces, deja que hable.
- VARIAS VOCES. Sí, sí, que hable.
- MELVIL. Es un infame impostor.
- OSWALD. ¿Sabes acaso lo que va a decirnos para juzgarle antes de hablar? Guarda el revólver, Melvil. Habla, Perkins. ¿De qué le acusas?
- NICK. Le acuso de haber miserablemente traicionado a nuestro compañero Conigal, entregándolo a la policía y siendo condenado por su causa a veinte años de presidio. Todo ello para arrebatarle a su mujer. (Melvil se encoge de hombros.)
- MELT. ¿Raquel?
- GACELA. Sí, es verdad, Raquel era la amante de Conigal.
- OSWALD. (A Melvil.) ¿Qué contestas?
- MELVIL. Que miente.
- OSWALD. (A Nick.) No basta acusar, hay que probar.
- NICK. A ello voy. Conigal era mi compañero de celda. Tuvo tiempo suficiente para contármelo todo y yo juré vengarle. Las pruebas que me ha dado son las siguientes: todos os acordáis del intento de robo del Banco del Oeste, en donde Conigal fué detenido después de haber dado muerte al guardián. (A Melvil.) A ti se te ocurrió la idea de saquear el Banco y tú lanzaste a Conigal a cometer la hazaña. El entró el primero, valerosamente, porque confiaba en ti, que debía seguirle, pero tú te escapaste con los dos pillastres que os acompañaban y que tú habías sobornado. (Gran-

des murmullos.) Conigal, después de haber matado al primer vigilante que le salió al paso, fué detenido por los otros que acudieron en seguida. Tú le metiste en la ratonera y después le robaste a su mujer. (Melvil quiere hallar, pero se lo lapiden los gritos de los asistentes.)

OSWALD ¡Muera el traidor!

WILLIAMS ¡Muera el miserable Melvil!

VARIAS VOCES ¡Sí! ¡Muera! ¡Muera! ¡Venganza! ¡A las cadenas!

ARIZONA (Bajo a Chick.) La cosa marcha.

CHICK (Bajo a Arizona.) Ya le tenemos.

BOBBY Dejadle hablar.

VARIAS VOCES ¡No! ¡No! ¡Muera el traidor!

JIM Oidle antes.

VARIAS VOCES ¡No! ¡No! ¡No!

SAM Tiene el derecho de defenderse.

VARIAS VOCES ¡No! ¡No! ¡Matadle en seguida!

JACOBY ¡Pedimos que se haga justicia! ¡Muera Melvil!

ARIZONA (Lanzando su grito característico con gran entusiasmo.) ¡Whoop! (Nick se estremece. Melvil vuelve la cabeza y se fija en Arizona.)

PATSY ¡Oh! ¡Qué imbécil!

CHICK (Furioso, bajo a Arizona.) ¡Animal! ¡Nos has descubierto!

NICK (Todo está perdido.)

MELVIL (Riend.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! La farsa ha sido bien representada, pero ha habido uno que ha desentonado. (A Nick.) ¿Qué te sucede, Perkins? ¿Te encuentras mal? Cambias de color. Palideces. ¡Ah! El golpe era atrevido y sabiamente combinado. Te felicito por tu ingenio, Nick Carter.

TODOS ¡Nick Carter!

MELVIL Sí, compañeros. aquí tenéis a Nick Carter y a su banda. (A Nick.) Ahora eres tú a quien vamos a juzgar y yo me encargaré de la ejecución. Estás desenmascarado, aborrecible Carter. (Le arranca la peluca y la barba.)

NICK ¡Amigos míos! ¡A mí! (Rechaza a Melvil. Patsy, Chick, Arizona y Jorge se arrancan las pelucas y las barbas y empuñando los revólveres se disponen a defenderse.)

VARIAS VOCES ¡Matadles! ¡Mueran los policías! ¡Mueran Carter y sus compañeros!

PATSY (Cantando) Cuando yo era capitán
Alegre tenía el alma,
No sabía que era afán
Mi vida era un mar en calma.

(Se abre la puerta del fondo y aparece Helen con el revólver en la mano. Gran silencio. Estupefacción general.)

ESCENA IV

Los mismos y HELEN

HELEN ¡Ah! ¡Jorge!
JORGE ¡Helen! ¡Mi Helen!
MELVIL Atadlos a las anillas con las cadenas. (Todos los bandidos se precipitan sobre Nick, Patsy, Chick, Arizona y Jorge, entre gritos y vociferaciones. Suenan algunos disparos, caen algunos muertos y heridos entre exclamaciones de dolor. Nick, Patsy, Chick, Arizona y Jorge son desarmados, les atan a las anillas con las cadenas. Metcraft ayudado por Francis y los camareros retiran por la derecha primer término algunos muertos y heridos.)

MELVIL Ahora, compañeros, empuñad los cuchillos y descuartizad a toda esa chusma.

HELEN ¡Deteneos! (A Melvil.) Si tocan tan sólo uno de ellos me mato. (Apunta el revólver a su sien.)

MELVIL ¡Oh! ¡Helen!...

HELEN ¡Sí! ¡Me mato en el acto! ¡Mi vida por ellos! (Pausa.)

MELVIL (Después de haber reflexionado un momento.) ¡Atrás, compañeros! (Murmillos generales.) Silencio.

Soy el jefe... Metcraft, les desencadenarás y les dejarás en libertad...

MELT. ¿A todos?

MELVIL (Fijando su mirada en Metcraft y recalcando sus palabras.) Si, todos, uno a uno. (Indicando la puerta del Hoyo de los Ratones.) Que salgan por la bodega. ¿Me has entendido?

MELT. Sí, jefe. Así se hará.

MELVIL (A Bobby, Jim y Sam.) Nosotros en marcha. (A Helen.) Venga usted, Helen. (Jim y Sam la cogen por ambos brazos. Melvil aprieta un botón de la derecha y se abre la puerta situada en segundo término.)

JORGE ¡Helen!... ¡Mi esposa adorada!...

HELEN (Al salir, dejando caer su revólver.) ¡Adiós, Jorge!... ¡Adiós!... (Salen por la derecha segundo término, Melvil, Helen, Bobby, Jim y Sam.)

ESCENA V

Los mismos menos Helen, Melvil, Bobby, Jim y Sam

OSWALD (Con feroz alegría.) Ahora manos a la obra.
OTTO Eso es que salgan... que salgan por... la bodega.

JACOBY Y cuidado con catar el vino que en ella encontréis, borrachines. (Risas.)

WILLIAMS No hay cuidado que les haga daño.

MELT. ¡Silencio! (Bajo.) Dejadme hacer. (Alto a Nick y a sus compañeros.) Lo prometido es deuda y las órdenes del jefe son artículos de fe. Siempre nos verás obrar con nobleza, Nick Carter. Saldréis de aquí sanos y salvos uno después del otro. (Desata a Nick.) Estás libre, Carter, puedes marcharte.

OSWALD (Riendo.) Buen viaje.

WILLIAMS (Riendo.) Y procura que no volvamos a encontrarte.

MELT. (A Nick que se dirige hacia la puerta de la derecha segundo término.) No. Por allí no. Hay un corredor secreto... que debe quedar secreto

Nick se dirige a la puerta del lado.) No. Tampoco por allí. Todo está cerrado arriba. (Abriendo la puerta del Hoyo de los Ratones.) Por la bodega. Después de las cuatro de la madrugada es por allí por donde salimos, para evitar un encuentro con la policía. (Re) Bajarás seis peldaños, encontrarás un corredor que en línea recta te conducirá al patio de la casa vecina. ¿Comprendes? Seis peldaños, algunos pasos por un corredor y ya habrás llegado.

OSWALD (Riendo.) Ya lo creo que habrás llegado. (Meltercraft empuja a Nick, y deja la puerta entornada cuando aquél ha salido. Todo el mundo escucha en silencio. Se oye como Nick baja cuatro peldaños y lanza un grito lastimoso.)

NICK (Desde afuera.) ¡Ay!... ¡Socorro!... ¡Me muero!... (Más débilmente.) ¡Me... ahogo!... (Risas generales.)

OTTO
WILLIAMS Ese es el triste fin de un detective famoso. Arrojado al Hoyo de los Ratones. La gran cloaca se encarga de llevar su cadáver al mar.

MELT. Uno menos.

PATSY (Furioso.) ¡Le habéis matado! ¡Bandidos!

ARIZONA (Desesperado.) ¡Y por mi culpa! ¡Dios del cielo!

MELT. (A Patsy.) ¿Decías algo, buen amigo? Los ratones van a celebrar un festín con el succulento Nick. Y, ahora, a ti y a tus compinches, os vamos a asfixiar. Ya veréis, es una muerte muy dulce. (A los otros.) Marchaos todos y aprisa, que voy a soltar el gas.

OTTO Que aproveche.

WILLIAMS Recuerdos a Satanás.

JACOBY Al fin ya nos hemos librado de toda esa plaga de reptiles venenosos. (Todo el mundo sale por la derecha segundo término. Meltercraft sale un momento por la puerta del lado y vuelve a entrar en seguida. Cierra la segunda puerta. Se oye un ligero silbido.)

MELT. He abierto la espita. El gas libertador ya sale con fuerza. ¡Oís como silba! Si no queréis recibir sus efectos cerrad la boca. Es un buen consejo que os doy. (Ríe.) Volveré dentro de un par de horas. Buenas noches. (Apaga la electricidad y sale por la derecha primer término. La escena queda completamente a obscuras.)

ESCENA VI

PATSY, CHICK, ARIZONA, JORGE y después NICK

PATSY (Después de un corto silencio.) Esta vez no escapamos. Llegó nuestra hora postrera. ¡Ah! ¡Miserables! ¡Miserables!

JORGE ¡Helen!... ¡Mi Helen adorada!... ¡No te veré más!...

ARIZONA (Desesperado.) ¡Todo por mi culpa! ¡Perdón, amigos míos!... ¡Perdón!

CHICK En cuanto a ti puedes vanagloriarte de echarlo todo a perder con tu eterno ¡Whoop!... ¡Todos son tan borricos como tú en las praderas del Oeste?

PATSY (Hablando con dificultad.) La cabeza me da vueltas ... ¡Ah! ¡Qué muerte tan horrible nos espera!...

CHICK (Con voz débil.) ¡Qué Dios se apiade de nosotros! (Se abre la puerta del Hoyo de los Ratones y entra Nick llevando su linterna eléctrica encendida.)

TODOS (Con voz débil.) ¡Ah! ¡Nick Carter!...

NICK (Bajo.) ¡Silencio! (Se dirige a la espita del gas.) No hay llave. (Saca el pañuelo de bolsillo y con él tapa la espita.

TELON



ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

EL RELOJ DE LA MUERTE

Salón amueblado con cierto lujo. Puertas en el fondo, a derecha e izquierda. En el ángulo del fondo, a la izquierda gran chimenea de madera tallada. Al lado de la puerta del fondo, a la derecha gran librería. A la izquierda y en segundo término un reloj antiguo del sistema de pesas. Del centro de su caja asoma el cañón de un revólver de un gran calibre. Frente por frente, a la derecha y a pocos pasos de la pared hay empotrado en el suelo un poste de hierro de la altura de una persona, del cual penden dos cadenas. En la pared, aparato telefónico. Junto al proscenio una mesa, a sus lados dos sillones. A la izquierda un sofá y dos sillones.

ESCENA PRIMERA

MELVIL está sólo en escena; va y viene de un lado a otro reflexionando y haciendo movimientos de impaciencia. De cuando en cuando escucha ante la puerta de la izquierda. CATALINA entra por dicha puerta. Después BOBBY.

MELVIL ¿Y bien?

CATALINA Siempre lo mismo. Desde esta mañana no ha hecho el menor movimiento. Está echada sobre su cama, vestida, oculta a cara entre sus manos, no cesando de suspirar ni de llorar. Le dirijo la palabra y no me contesta. Una sola vez ha abierto

- los labios -- ha sido para decirme: «por favor, déjeme usted.»
- MELVIL ¿No te ha hablado de los acontecimientos de la noche pasada?
- CATALINA No. (Bobby entra por la derecha.)
- BOBBY Jefe. Ya está. La máquina tiene presión, si no hay contratiempo dentro de una hora tendremos corriente eléctrica. Pero hay algo que no marcha como yo desearía.
- MELVIL ¿Qué es ello?
- BOBBY No sé exactamente. Yo no soy mecánico. Se nota cierto rozamiento y me pregunto a qué obedece. No estaría de más que diera usted un vistazo.
- MELVIL Voy allá. ¿Qué hace Jim?
- BOBBY Está preparando los alambres para los torpedos.
- CATALINA ¡Qué horror!
- MELVIL ¿Y Sam?
- BOBBY Está cargando los explosivos. ¡Ah! Cuando tengamos corriente no se entrará fácilmente en esta casa.
- CATALINA ¿Puedo retirarme, jefe?
- MELVIL No. Te necesito aún.
- CATALINA ¡Qué ganas tengo de echar a correr para no volver a oír hablar de torpedos y explosivos!
- MELVIL (A Bobby.) ¿Aun no hay noticias de Meltcraft?
- BOBBY No, jefe.
- MELVIL Ya puede suponer que he de estar impaciente por saber lo qué ha pasado esta noche en su taberna después de nuestra partida. La cosa vale la pena de molestarse en venir hasta aquí. (Consultando el reloj.) Las cuatro y diez. ¡Qué diablo! La Casa Roja no está tan lejos de Nueva York.
- BOBBY No dudo que Meltcraft ha ejecutado las instrucciones de usted al pie de la letra. No podían ser más claras y terminantes. Estoy seguro de que en estos momentos, el mar se ha tragado ya los cadáveres de Carter y

su gente. Al fin, ya nada tendremos que temer de ellos.

MELVIL Así lo creo. Pero quiero tener la seguridad cuanto antes. Voy a ver la máquina.
(Sale por la derecha.)

ESCENA II

CATALINA y BOBBY

CATALINA ¡Los explosivos!... ¡Los torpedos!... ¡Qué horror!...

BOBBY (Riendo.) Parece que tienes jindama, bella Catalina.

CATALINA Me causa usted escalofríos cuando habla de todas esas cosas que sólo sirven para matar al prójimo.

BOBBY ¡Bah! Ya te acostumbrarás.

CATALINA Antes que no se me olvide. Esta mañana cuando he ido por los comestibles, me ha parecido ver a miss Raquel por estas cercanías.

BOBBY ¿Raquel? Has visto visiones, pobre Catalina.

CATALINA Sin embargo juraría que no me he equivocado. Se ha fijado en mí y en seguida ha desaparecido.

BOBBY Raquel está en lugar seguro y para tiempo.

CATALINA ¿Y si se hubiese escapado?

BOBBY No es probable.

CATALINA En fin, ¿qué me aconseja usted? ¿Debo decirlo al jefe?

BOBBY Guárdate de ello, desgraciada. Debes hacer como yo. En la cuestión de sus amoríos no te metas, y si lo haces que sea solamente para cumplir sus órdenes.

CATALINA Tiene usted razón, mister Bobby.

ESCENA III

CATALINA, BOBBY, MELVIL, después NICK

MELVIL La máquina marcha admirablemente. ¿Qué decías?

BOBBY ¿Y aquel rozamiento?

MELVIL Era debido a un tornillo que se había aflojado. (Se oye el timbre del teléfono. Se dirige al aparato.) ¿Quiénes? ¿Diga? ¡Ah! Está bien. Sí, que suba. (Deja los receptores.) En fin, ya ha dado señal de vida.

BOBBY ¿Quién?

MELVIL Meltcraft.

BOBBY Más vale así.

MELVIL Ahora sabremos a qué atenernos. (Nick Carter entra por el fondo. Se ha transformado en Meltcraft vistiendo como él, con peluca y barba. Tiene un carrillo hinchado, colorado y amoratado como si hubiera recibido un tremendo puñetazo. Lleva una venda que le rodea la cabeza pasándole por debajo de la barba.)

CATALINA ¡Ah! Mister Meltcraft. ¡Qué cara le han puesto a usted!...

BOBBY Tienes el carrillo en compota.

MELVIL ¿Quién te ha acariciado en esa forma?

NICK (Habla con dificultad imitando la voz de Meltcraft.) Ha sido el maldito Nick Carter. Que el diablo se apodere al fin de su alma. No puedo hablar, me ha roto cinco dientes y tengo la lengua gorda como un badajo de campana.

BOBBY ¡Pobre Meltcraft!

NICK Un poco más y me deja tendido para siempre aquel monstruo. En fin, la verdad del caso es que no volverá a las andadas.

MELVIL ¿Has liquidado con él?

NICK Completamente. A estas horas los ratones ya lo han digerido.

MELVIL ¿Le has arrojado al Hoyo?

NICK Yo mismo me he dado ese gusto. Pero la cosa no ha sido tan fácil como eso. Defendiéndose me ha estropeado el cuadrante. ¡Gran Dios! ¡Vaya unos puños!

- BOBBY Ya se ha asegurado al estampar sobre ti su marca.
- MELVIL ¿Y los otros?
- NICK Los otros han seguido a su jefe. ; Las indigestiones que habrá hoy entre los ratones!...
- BOBBY ; Pobre Patsy! Me entristezco al pensar que ayer le di el último puñetazo. ; Lo que es la vida!
- CATALINA (A Melvil.) Hay que recordar que miss Helen no ha tomado nada en todo el día. Voy a llevarle una taza de caldo.
- MELVIL Sí, procura que tome algún alimento. Y sobre todo, retén la lengua. Ni una palabra sobre el fin de Carter y de los suyos. Que Helen lo ignore todo.
- CATALINA No tema usted. Nada sabrá por mi boca. (Sale por el fondo.)
-

ESCENA IV

NICK, MELVIL y BOBBY

- MELVIL Has desempeñado bien tu papel, Melcraft. Estoy contento de ti...
- NICK Gracias, pero, sin embargo, aun no lo he dicho todo, jefe.
- MELVIL ; Ah!
- NICK Sin duda anoche hubo soplones en el establecimiento y han charlado.
- MELVIL ¿Cómo lo sabes?
- NICK Esta mañana muy temprano, la policía ha invadido la taberna y ha detenido a todo bicho viviente: criados, cocinero, pinches, yo he tenido el tiempo justo para escapar por el corredor secreto. He pasado toda la mañana en un escondrijo seguro y en el momento oportuno me he venido aquí para poner a usted al corriente de todo lo que ha sucedido.
- MELVIL Has hecho bien.

- NICK Pero yo estoy arruinado. ¿Qué va a ser de mí?
- MELVIL Te quedarás con nosotros. (A Bobby.) Vuelve a la sala de máquinas, Bobby, y procura que no falte presión.
- BOBBY (A Nick.) Adiós, Melcraft. Hay que restaurar ese físico, de lo contrario si sueñas en boda, será difícil colocarte. (Sale por la derecha.)

ESCENA V

NICK, MELVIL; después CATALINA

- NICK Se burla de mí ese imbécil. Quisiera verle en mi estado.
- MELVIL Entonces tú te burlarías de él. (Catalina entra por el fondo llevando una bandeja con una taza.)
- CATALINA Voy a llevarle esta taza de caldo.
- MELVIL Pregúntale si quiere recibirme.
- NICK ¿Entonces, aquí en la Casa Roja no teme usted a la policía?
- MELVIL No. Les mataré más de cien hombres antes que logren entrar.
- NICK ¿Y eso?
- MELVIL El jardín está minado, lleno de torpetos, y poderosas baterías ponen en comunicación eléctricamente todas las puertas y ventanas.
- NICK ¡Diablos!
- MELVIL Desde el momento en que haya corriente, cualquiera que intente penetrar en la casa caerá muerto por una descarga eléctrica.
- NICK ¡Es extraordinario! ¿Y pasará pronto la corriente?
- MELVIL Me parece que lo más tarde dentro de una hora.
- NICK (Algo hemos averiguado.) ¿Y si a pesar de todo la cosa fuese mal?
- MELVIL En ese caso no tendríamos más remedio que escapar por una salida secreta que sólo la conocemos Bobby, Raquel y yo.

NICK Tres personas para guardar un secreto, ¿no es tal vez demasiado?

MELVIL ¡Oh! Respondo de Bobby como de mí mismo, y en cuanto a Raquel no la veremos en algún tiempo. (Catalina entra con la bandeja.)

CATALINA Es inútil. Por más que digo y hago no quiere tomar ni un solo sorbo de caldo. Dice que se encuentra mal y pide que la dejen sola.

NICK ¡Qué bien huele! ¿Cómo es posible que lo rehusen?

MELVIL Tú no te harías de regar, ¿verdad?

NICK No hay peligro, porque desde anoche no he probado bocado. No puedo comer a causa del estado lamentable de mi boca, pero el líquido circulará sin estorbo.

MELVIL Pues repara tus fuerzas. Deja eso sobre la mesa, Catalina. Que aproveche, Melcraft! Nick empieza a tomar el caldo y Melvil sale por la derecha seguido de Catalina.)

NICK ¡Oh! No será tarea larga. (Acaba de tomar el caldo, se levanta, se dirige a escuchar junto a la puerta de la derecha, después a la del fondo. Pasa delante de reloj, lo mira con sorpresa.) ¡Vaya un reloj original! De su caja asoma el cañón de un revólver de gran calibre. ¿Para qué servirá? Otra invención extravagante de Melvil. (Va a la puerta de la izquierda, la abre con precaución y canta a media voz:)

Cuando yo era capitán
Alegre tenía el alma
No sabía que era afán,
Mi vida era un mar en calma.

(Se oye un grito en la habitación. Nick vuelve al proscenio.)

ESCENA VI

NICK y HELEN

HELEN

(Sale de su habitación y se detiene horrorizada creyendo que es Meltcraft.) ¡ Ah ! ¡ Meltcraft !

NICK

¡ Silencio ! No tema usted. Soy Nick Carter.

HELEN

¿ Usted ? ¿ Es posible ?

NICK

(A media voz, y deteniéndose de cuando en cuando para escuchar.) Sí, soy yo, me he transformado imitando del mejor modo posible, al odioso Meltcraft a fin de inspirar confianza, y ya ve usted si he logrado mi objeto. Hasta me regalan con tazas de caldo. (Va a escuchar a la puerta de la derecha y vuelve.)

HELEN

¿ Y Jorge ?

NICK

Está bien.

HELEN

¿ Le soltaron a usted después de mi salida ?

NICK

No. Me arrojaron a la cloaca.

HELEN

¡ Dios mío !

NICK

Y trataron de asfixiar a los otros.

HELEN

¡ Miserables !

NICK

Como que desconfiaba de ellos y no les creí ni una palabra, gracias a mi linterna eléctrica de bolsillo que siempre llevo conmigo, me he evitado el baño y he salvado a mis compañeros. Durante la velada pude descubrir cual era el botón que apretándolo abría la puerta que conducía al pasillo secreto. Salimos todos por allí y a los pocos pasos nos encontramos sanos y salvos en el patio de la casa vecina. (Escucha junto a la puerta de la derecha.)

HELEN

¿ Y cómo ha descubierto usted el sitio en que me han recluso ?

NICK

De un modo muy sencillo. A la amiga de Melvil que estaba en la cárcel, le dominaban los celos y el espíritu de venganza hacia aquél; se la ha puesto en libertad con la condición de que nos condujera hasta

la Casa Roja intruyéndonos sobre las salidas secretas.

HELEN ¡Oh! ¡Amigo mío! ¡Qué noche tan horrible!

NICK Vamos a llegar al término.

HELEN ¿Pero en dónde está Jorge?

NICK Cerca de aquí, con nuestros amigos y con veinte individuos de la policía bien armados. Sólo esperan una señal mía para invadir esta casa y libertar a usted. Ahora retírese a su habitación y esté atenta. Cuando oiga usted la voz de Melvil vuelva aquí y procure estar amable con él.

HELEN ¿Yo amable con Melvil?

NICK Sí, es necesario. Debe usted cambiar de sistema aparentando resignación. El quedará agradablemente sorprendido. Mientras dure la conversación de ustedes, yo no perderé el tiempo. (Escuchando.) Alguien viene. Váyase y esté alerta. (Helen sale por la izquierda. Nick se sienta.) ¡Pobre Helen! ¡Al fin la salvaré! Vamos a jugar la última carta. (Melvil entra por la derecha.)

ESCENA VII

NICK, MELVIL, después HELEN

MELVIL ¿Te has reanimado?

NICK (Hablando con dificultad.) Sí, gracias a este succulento caldo. Pero la lengua me hace ver las estrellas y este carrillo me duele como si lo tuviese sobre ascuas. Además los dientes medio rotos se me clavan como espadas. Lo mejor sería que me los hiciese arrancar.

MELVIL Creo lo mismo.

NICK ¿Hay algún dentista por aquí cerca? (Entra Helen por la izquierda.)

HELEN ¡Ah! Dispensen ustedes.

- MELVIL Entre usted, Helen, entre usted. ¿Cómo se encuentra?
- HELEN Un poco mejor. Me ha dicho Catalina que deseaba usted hablarme.
- MELVIL Sí, en efecto. (A Nick). Hay un dentista no lejos de aquí, en la calle de la izquierda. Ve a verle y vuelve después.
- NICK También quisiera que me visitase un médico.
- MELVIL Sí, en la misma calle vive uno. Cualquiera te enterará. Ve, amigo, ve. (Le acompaña hasta la puerta de la derecha. Nick sale.)

ESCENA VIII

MELVIL y HELEN

- MELVIL (Con ternura.) Siéntese usted, Helen. Tengo necesidad de hablar. Siento por usted amor profundo y sufro horriblemente al pensar que yo que daría mi vida por salvar la de usted, soy la causa de todas sus desdichas. Aspiro a verme amado por usted y sólo encuentro el odio y el desprecio.
- HELEN Por la fuerza y la astucia se ha apoderado de mí. Usted es el dueño. Una débil mujer ha caído en poder de un hombre sin conciencia.
- MELVIL Y, sin embargo, ese hombre ante su víctima reprime sus instintos y se muestra respetuoso y solícito.
- HELEN Le reconozco
- MELVIL (Muy apasionado.) Oigame usted, Helen, oiga mi confesión. No me rechace porque soy un desgraciado que ha equivocado el camino de la vida. Debo desahogar mi pecho. Sépalo usted todo. Yo no la conocía a usted más que de nombre. Sabía que eran usted

des dos señoras solas y sabía también lo cuantiosa que es la fortuna que poseen. Me hice presentar en su casa con un nombre supuesto, como un ladrón, para sorprender la confianza de ustedes y acabar por robarles todo lo que me fuese posible. Ya ve que nada le oculto. La aparición de usted ante mi vista conmovió mi sér y cambió mis planes. Su belleza me dominó con fuerza irresistible. Desde entonces no fuí dueño de mi persona y sólo tenía un pensamiento: volver a verla. Cada vez que me separaba de su lado penetraba en mi casa pronunciando su nombre Helen, Helen, y derramé las primeras lágrimas de mi vida pensando lo que era usted, lo que era yo y el abismo insondable que nos separaba. No me estaba permitido acariciar ninguna esperanza y, sin embargo, fuí un miserable porque continué cultivando el trato de usted pasando a su lado horas inolvidables, hasta que un día mis ojos me hicieron traición, mis labios dejaron escapar ciertas palabras que molestaron a usted y que la obligaron a despedirme. Entonces juré que si no llegaba usted a ser mía, tampoco lo sería de nadie y se apoderó de mi mente una idea feroz, que llegó a obsesionarme por completo: la de apoderarme de usted a toda costa. Ya lo he logrado.

HELEN

¿Y ahora que se propone usted hacer conmigo después de haber causado mi desgracia y haber sumido en la desesperación a los que me aman?

MELVIL

¡Ah! ¿Lo que me propongo? Ablandar su corazón, conmover su alma. ¡Ah! ¡Si usted me comprendiese! Jamás mujer alguna se sentiría idolatrada al igual de usted. ¡Ah! Helen, yo rompería con todo lo que me rodea, partiría con usted a países lejanos muy lejanos y el bandido de ayer desapare-

cería para siempre dando lugar a un hombre nuevo.

HELEN (Emocionada.) Le compadezco a usted, Melvil. (Entra Bobby por el fondo.)

ESCENA IX

HELEN, MELVIL y BOBBY

BOBBY ¿Me da usted su permiso?
MELVIL ¿Qué quieres?
BOBBY Tengo que hablar con usted.
MELVIL Después.
BOBBY No, señor, en seguida.
MELVIL (Incomodado.) ¿Eh? ¿Qué dices?
BOBBY Es necesario. El caso es grave.
MELVIL Está bien. Aguarda. (A Helen.) Dispénsame usted un momento.
HELEN (¡Dios mío!) (Sale por la izquierda.)
MELVIL Habla. ¿Qué sucede?
BOBBY (Abriendo la puerta del fondo.) Entra. (Entra Melcraft.)

ESCENA X

MELVIL, BOBBY y MELTcraft

MELVIL ¡Melcraft!
BOBBY Este es el verdadero. No tiene la cara averiada, ni los dientes rotos, ni la lengua como un badajo.
MELVIL ¡Maldición! ¿Y el otro?
BOBBY ¡Ah! El otro es Nick Carter.
MELVIL ¡Nick Carter!
BOBBY No está muerto, está vivo y bien vivo. Melcraft le ha visto esta mañana.
MELVIL (A Melcraft.) ¿Tú le has visto?
MELT. Sí. A las siete. Se ha presentado en mi casa.

con una docena de agentes de policía, ha cogido a todo el personal y ha cerrado la taberna. Yo he logrado escaparme por el corredor secreto.

MELVIL. Eso mismo nos ha contado a nosotros.

BOBBY. Sí, ha tenido la audacia de decirnos la verdad. ¡Vaya un aplomo!

MELVIL. ¿En fin, qué ha sucedido esta noche después de nuestra partida?

MELT. ¿Lo qué ha sucedido? Eso es lo que yo me pregunto. No entiendo ni una palabra.

MELVIL. Te dije que los matases a todos. ¿Por qué no has cumplido mis órdenes? Me parece que hablé claro.

MELT. Creí matarlos. Todos los compañeros pueden afirmarlo. Arrojé a Nick Carter al Hoyo de los Ratones. Le oímos bajar los cuatro peldaños y después exhalar un grito lastimoso. Es el diablo en persona ese Nick Carter.

MELVIL. ¿Y los otros?

MELT. A los otros los atamos a las argollas; para acabar con ellos de una vez los asfixié, abrí la espita de gas y cerré la puerta. Dos horas después cuando volví a entrar habían desaparecido y la espita de gas estaba tapada con este pañuelo. (Lo saca de un bolsillo y lo da a Melvil.)

MELVIL. (Examinando las iniciales.) N. C.

BOBBY. Las iniciales de Nick Carter.

MELT. El los ha salvado, conocía el Hoyo de los Ratones y huyeron por el corredor secreto, cuya puerta encontré abierta.

BOBBY. Si no llega a ser secreto. ¿En dónde está ahora Nick Carter?

MELVIL. Debe estar rondando por el jardín en busca de los torpedos, cuya descripción le he dado yo estúpidamente. (A Melcraft.) ¿Por dónde has entrado?

MELT. Por la puerta pequeña.

BOBBY. Yo le he abierto. Le vi venir desde la venta-

na de la sala de máquinas. Nadie se ha fijado, en él.

MELVIL Si Carter ignora que tú estás aquí todo puede arreglarse. Buscadle y matadle como a un perro.

BOBBY Así lo haremos. (A Melcraft.) ¿Estás armado?

MELT. Lo estoy siempre.

BOBBY Pues ven conmigo. Le buscaremos tú por un lado y yo por otro.

MELT. Maldito farsante. Ha tratado de copiar mi cara.

BOBBY Un físico tan hermoso como el tuyo... ya ves que desvergüenza. (Sale por el fondo con Melcraft.)

ESCENA XI

MELVIL, JIM y SAM

JIM ¿Nos necesita usted?

MELVIL Sí. Nick Carter está aquí.

SAM ¿Nick Carter?

JIM ¿No ha muerto?

MELVIL El imbécil de Melcraft le ha dejado escapar. Registraréis la casa con minuciosidad, debe estar escondido en algún rincón. Se ha transformado en Melcraft y la imitación resulta perfecta, hasta tal modo que yo y Bobby hemos sido engañados. Al dar con él amordazadle y maniatado traedle aquí. Entonces le ataréis a este poste, prepararéis el reloj y me daréis aviso. Me encontraréis en el taller de los explosivos. ¿Está entendido?

JIM Sí, jefe.

MELVIL (Indicando el cajón de la mesa.) En este cajón hay cuerdas y mordazas. (Cierra con llave la puerta de la habitación de Helen y guarda la llave en el bolsillo.) Es esta una precaución que no está

de más. (A Jim y a Sam.) Si triunfáis habrá doscientos dollars para cada uno. (Sale por la derecha.)

ESCENA XII

JIM, SAM, después MELTCRAFT

JIM (Sacando cuerdas dei cajón.) ¿Has oído? ; Doscientos dollars!

SAM Sí. No es una cifra despreciable. La juega que vamos a armar con ese dinero.

JIM No hagamos castillos en el aire, porque ese dinero no está aún en nuestro poder. Ya sabes las bromitas que gasta ese tuno de Nick Carter.

SAM ¿Tienes miedo?

JIM No. Pero, por sí o por no, no nos separemos.

SAM Tienes razón. Vale más que seamos dos contra uno.

JIM Pues en marcha. (Sale por el fondo, Sam se entretiene acabando de coger y ocultar en sus bolsillos las cuerdas y mordazas; en el momento en que va a salir entra Jim precipitadamente.) Aquí está.

SAM ¿Nick? ¿Le has visto? ¿En dónde?

JIM En el corredor. Se dirige a esta habitación. Dame las cuerdas. Tú quédate la mordaza.

SAM ¿Estás seguro de que es él?

JIM No hay error posible. Se parece a Meltercraft como una gota de agua se parece a otra. ; La transformación es admirable!

SAM ; Atención! Oigo sus pasos. (Se esconden uno a cada lado de la puerta del fondo. Entra Meltercraft por dicha puerta.)

MELT. ¿En dónde está Melvil?

SAM (Precipitándose sobre Meltercraft amordazándole mientras Jim le ata las manos.) No te importa. ; Pero es tate quieto, condenado! Ya está.

- JIM Canta una canción si puedes.
- SAM Ata fuerte. (Le atan. Melcraft lanza quejidos y palabras inarticuladas.)
- JIM Quedarás hecho un ovillo querido Nick Carter. (Melcraft redobla sus gritos incomprensibles.)
- SAM Esto te enseñará a disfrazarte adoptando por modelo a nuestro simpático y buen amigo Melcraft. (Melcraft continúa con sus gritos incomprensibles.)
- JIM ¡Cómo rebuzna! Pero el canto no le sale a maravilla. Quieres callarte, mamarracho. (Le da un puñetazo.)
- SAM Al poste. (Le conducen al poste y le atan en él.)
- JIM Así, resulta una figura muy interesante. Pero que bien le ha salido el retrato del pobre Melcraft.
- SAM Es prodigioso.
- JIM Ahora a preparar el reloj. (Se dirige al reloj.)
¿Conoces este chisme, Nick Carter? ¿No? Pues pronto sabrás para qué sirve. Es un despertador de nuevo género. (Da cuerda al reloj.)
- SAM Sí, pero con la diferencia de que en lugar de despertar hace dormir.
- JIM Para siempre. (Nuevos gritos ahogados e inarticulados de Melcraft.)
- SAM ¡Pero cállate, hombre!
- JIM ¿Ves, Carter? Son las cinco menos diez. Coloco el despertador a las cinco. (Da vueltas a una de las dos agujas y la coloca a las cinco.)
Sólo debes esperar diez minutos. ¡Ah! La vida es corta.
- JIM Cuando dé la quinta campanada...
- SAM Recibirás una caricia.
- JIM Vamos a dar cuenta al jefe.
- SAM Los doscientos dollars ya son nuestros.
- JIM Adiós, Nick Carter. Cuando llegues a la eternidad avisa.
- SAM Adiós, incomparable detective. (Salen alegremente por la derecha. Melcraft hace esfuerzos desesperados para gritar y romper sus ligaduras. De pronto)

una parte de la biblioteca del fondo se abre dejando ver un corredor secreto por el cual entra Raquel precipitadamente.)

ESCENA XIII

MELTCRAFT, RAQUEL, después HELEN

RAQUEL ; Al fin ! Ya estoy aquí. (Se dirige a la puerta de la izquierda haciendo esfuerzos para abrirla.) Helen está en mi dormitorio, ; en el mío ! ; Ah ! ; La intrusa ! (Fijándose en Melcraft que hace todo lo posible para llamar su atención.) ¡ Ah ! ¿ Qué es eso ? Pero no me equivoco, es Melcraft. (Le desata.) ¿ Qué haces aquí ? ¿ Quién te ha atado y amordazado ?

MELT. (Libre de sus ligaduras.) Jim y Sam. ; Están locos ! Cuidado con el reloj.

RAQUEL ¿ Está armado ?

MELT. Sí, a las cinco. ; Ah ! Acaba usted de salvarme la vida, Raquel. No lo olvidaré nunca. Si en cualquiera ocasión puedo servirla, soy de usted en cuerpo y alma.

RAQUEL Ahora mismo. (Consultando el reloj.) Faltan cinco minutos. Tenemos tiempo. (Se dirige a la puerta de la izquierda.)

MELT. ¿ Qué debo hacer ?

RAQUEL Derriba esa puerta, ; pronto !

MELT. (Después de haber abierto la puerta de un fuerte golpe dado con la espalda.) Ya está.

RAQUEL (Entra en la habitación hecha una furia y sale conduciendo a Helen. A Melcraft.) Atala... amordázala... pronto... (Melcraft ata a Helen.)

HELEN ; Dios mío ! ; Qué es esto ! ; Yo no conozco a usted !

RAQUEL Yo te conozco y me basta. (A Melcraft.) Amordázala. (Consultando el reloj.) Faltan dos minutos. (Melcraft la amordaza.) Ahora al poste. (Melcraft ata a Helen al poste de hierro.) Melvil

te amaré mientras dure tu vida, pero a esta no le queda más que un minuto. (E' reloj da la primera campanada de las cinco, muy pausada) ésta no le queda más que un minuto. (El momento se acerca. (Tercera campanada.) Prepárate a morir. (Melvil entra por la derecha seguido de Jim y Sam, se da cuenta de lo que sucede. Cuarta campanada.)

ESCENA XIV

HELEN, RAQUEL, MELCRAFT, MELVIL, JIM, SAM; después NICK, BOBBY, PATSY, ARIZONA, CHICK, JORGE, agentes de policía.

MELVIL ¡Oh! ¡Raquel! ¡Helen! ¡No! ¡Tú no debes morir! (Se coloca delante de Helen cubriéndola con su cuerpo. Quinta campanada. Fuerte detonación. Melvil cae desplomado. Entran por el fondo Nick seguido de Patsy que sujeta a Bobby y le coloca grilletes. Han visto la escena. Nick y todos los suyos aparecen sin transformaciones.)

RAQUEL (Precipitándose sobre Melvil.) Fred, mi Fred... (Nick desata a Helen.)

BOBBY Desconfía del amor, Patsy, y no me aprietes con tanta fuerza.

RAQUEL (Sollozando.) Fred... Amado mío.

MELVIL Helen, te amo. ¡Perdón! ¡Perdón!... (Expira.)

RAQUEL (Desesperada.) ¡Oh! ¡Yo le he matado! ¡Yo!... HELEN No le negaré la limosna de una oración.

(Cae de rodillas ante el cadáver de Melvil. Largo silencio sólo interrumpido por los sollozos de Raquel. Entran por el fondo Jorge, Arizona, Chick y cuatro policías sujetando a Jim y a Sam.)

JORGE ¡Helen!... ¡Al fin! (Helen al oír la voz de Jorge se levanta precipitadamente y se arroja en sus brazos. Después de una pausa.) ¿En dónde está el miserable?

NICK

Perdónele usted. Ha muerto para salvar a Helen. (Raquel continúa sollozando. Jorge y Helen permanecen abrazados. Arizona sujeta a Melcraft, le pone grilletes; los policías hacen lo mismo con Jim y Sam.)

FIN DE LA OBRA



76. 25. 1

1

La cena de los Cardenales

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CENA
DE LOS
CARDENALES

DE JULIO DANTAS

TRADUCCION DE
FRANCISCO VILLAESPESA



pp. 1-23

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

CARDENAL GONZAGA DE CASTRO, Obispo de Albano y Carmalengo.

CARDENAL RUFO, Arzobispo de Ostia y Deán del Sacro Colegio.

CARDENAL DE MONTMORENCY, Obispo de Palestina.

—FÁMULOS—

La acción en Roma, en el Vaticano, durante el Pontificado de
Benedicto XIV - Siglo XVIII



ACTO UNICO

Una gran sala en el Vaticano. Paredes cubiertas de tapices de Arras. Amplios techos de artesonados de talla dorada. Un retrato del Cardenal rojo, de Raphael, sobre la chimenea. A la derecha, en primer término, el clave, el violín y el violoncello de un terceto clásico. Altos estantes frailunos. Luces. Al fondo, un largo taburete, donde descansan las capas, los sombreros y los bastones. A la izquierda, en primer término, un gran armario cargado de vajillas de oro y plata repujada. Casi en el centro, el «buffet» donde cenar los cardenales. Mantel de holandilla picada de encajes; servicio de Sévres, blanco y oro. Cristalería.

ESCENA UNICA

CARDENAL GONZAGA, CARDENAL RUFO y CARDENAL MONTMORENCY, sentados a la mesa, cenando. Los fámulos vestidos todos de verde y plata, les sirven de rodillas.

CARDENAL RUFO

(Visiblemente enfadado.)

¡Oiréis lo que les digo!...

CARDENAL GONZAGA

(Al Cardenal Rufo, señalándole una fuente de Sévres.)

¡Eminencia, el faisán!...

CARDENAL RUFO

...Como Arzobispo de Ostia y Cardenal Deán, recibiré mañana la embajada francesa...

Ya le diré...

CARDENAL MONTMORENCY

(Interrumpiéndole.)

Es inútil. La humanidad progresa.
Y no es justo se cierra al pensamiento humano,
como puerta de oro, el viejo Vaticano.
¿Le diréis?... ¿Qué podría decir vuestra Eminencia?

CARDENAL RUFO

(Vehemente.)

Francia es la enciclopedia...

CARDENAL MONTMORENCY

Roma es la intransigencia...

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador.)

No discutan más... ¡calma!

CARDENAL RUFO

(A un fámulo que, curvada la rodilla, sirve los vinos.)

¡Jerez añejoj!

CARDENAL MONTMORENCY

(A otro fámulo.)

¡Rhín!

CARDENAL RUFO

¡Qué escándalo! Vió Roma por vez primera, al fin,
a Benedicto, a un Papa, recibir con placer
consejos de Inglaterra y cartas de Voltaire.

CARDENAL MONTMORENCY

(Grandiosamente.)

Las cartas de Voltaire honran...

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa desdeñosa.)

¡Es natural!

Habla como francés...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con dignidad.)

Y como Cardenal.

CARDENAL GONZAGA

(Interviniendo de nuevo.)

Eminencias, son pláticas demasiado formales para una cena alegre... En fin, tres Cardenales no han de salvar a Roma.

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

Pues bien, en mi conciencia, uno sólo faltaba para ello...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía.)

¿Su Eminencia?

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador, Julcemente.)

Dejemos eso a Dios. ¡En sus manos están los destinos de Roma!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.)

¡Nosotros al faisán!

(Trinchando con galantería.)

Si permiten, yo sirvo. Es un faisán dorado, detestable político, mas todo embalsamado de trufas. No hizo Encíclicas, ni comentó la Suma, ni ha usado Solideo sobre dorada pluma. ni discutió a Calvino en pleno Consistorio; mas vale más, sin duda, que el propio San Gregorio.

(Al cardenal Rufo.)

¿No lo cree su Eminencia?

(Al cardenal Gonzaga, sirviéndole.)

¿Un muslo, el ala, el pecho?

¡Superior, sin disputa, sobre todo en Derecho Canónico! Eminencia, ¿un alón? ¡Ah, tal vez ablandarle consiga mojándole en Jerez! El faisán es ya duro para viejos dolientes...

CARDENAL GONZAGA

(Muy formal.)

Eminencia, aun me quedan mis cuatro o cinco dientes.

CARDENAL RUFO

(Probando el faisán.)

¡Benedicto catorce no obrase acaso mal dándole al cocinero borlas de Cardenal!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Rufo.)

Hace poco, Eminencia disgustóse conmigo... Confiese.

CARDENAL RUFO

¿Yo?

CARDENAL MONTMORENCY

Enfadóse...

CARDENAL RUFO

Voltaire es enemigo

CARDENAL MONTMORENCY

Y nosotros amigos... Son discordias fugaces, Eminencia...

CARDENAL RUFO

(Abrazándole con ternura.)

Mas luego...

CARDENAL MONTMORENCY

(Besándole.)

Viene el *osculum pacis*.

CARDENAL RUFO

Un beso y otro beso, un año y otro, en vano...

¡Como no se envejece el viejo Vaticano!

La intriga que se teje y muere cada día en el sutil misterio de esta tapicería...

Política en las sombras... Los pasos siempre inciertos.

CARDENAL GONZAGA

(Mirando al estante de música.)

Lo único que nos salva...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Oh, sí; nuestros conciertos!

CARDENAL RUFO

¡Oyendo nuestra música, los pecados se van!...

CARDENAL GONZAGA

(Con éxtasis.)

¡El alma a Dios elevan las fugas de *Lalande*!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

Y después... ¡Su violín, que nos transporta al cielo...
¡Su Eminencia es artista!

CARDENAL MONTMORENCY

(A Rufo.)

Pues ¡y su violoncello!

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa de beatitud.)

¡Solos los tres haríamos a Roma tan dischosa!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Tristemente.)

¡La juventud tan lejos!...

CARDENAL GONZAGA

(Con una lágrima.)

¡Y tan cerca la fosa!
Cayó sobre nosotros la nieve, y nos helamos.

CARDENAL RUFO

¡Tan pronto envejecimos!

CARDENAL GONZAGA

(A Rufo.)

¡Tan viejos nos hallamos!
El sol de nuestras vidas empañó lo tormenta...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Sol!

CARDENAL MONTMORENCY

(A su fámulo.)

¡Champagne!

CARDENAL GONZAGA

Mas su tibio recuerdo aun nos alienta...
El pensar que se ha amado, que se vivió ¡El amor!...
¡El tronco envejecido soñando que aun da flor!

(Después de un instante como embobecidos.)

Un misterioso monte semeja nuestra vida...
Todo lleno de rosas frescas, á la subida,
y al bajar, todo espinas... ¡La juventud tan lejos!
¡Tan viejos nos hallamos!...

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

¡Tan viejos!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Ay, tan viejos!

CARDENAL RUFO

Tengo setenta y tres.

CARDENAL GONZAGA

Yo, ochenta y uno...

(Montmorency sonríe, mirándoles.)

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

¿Y vos?

CARDENAL MONTMORENCY

¡Sesenta ya ha cumplido!

CARDENAL RUFO

(Mirando embebecido a Montmorency.)

¡Sesenta!... ¡Vive Dios!

¡Sesenta sólo! Aun vive en plena primavera.

Yo, a su edad, como un roble, fornido y firme era...

CARDENAL GÖNZAGA

Pues ¿y yo?

CARDENAL RUFO

¡Con sus años un hombre nunca es viejo!...

¡El solideo, entonces, ponlame al espejo,

Y con amor veía bajo seda bermeja

brillar hilos de oro entre la plata vieja.

CARDENAL MONTMORENCY

Con sesenta cumplidos no soy precisamente,

¡perdonad, Eminencias!, un párvulo inocente...

También yo soy un viejo, mas con el aire blando

de quien vivió sin penas y envejeció cantando.

CARDENAL GONZAGA

¡Aun sois un niño! Cuando lleguéis a nuestra edad,

veréis que los recuerdos de aquella mocedad

son el único encanto que encuentran vuestros ojos...

Recordar, para un viejo, es postrarse de hinojos...

CARDENAL MONTMORENCY

¡También lo sé, Eminencias!... Vivir es recordar,

transformar en sonrisa lo que nos dió pesar;

evocar en el alma una edad ya pasada,

como en capilla de oro ha cien años cerrada,

donde ya no va nadie, mas donde hay un destello

de las fiestas antiguas... ¡Como el recuerdo, es bello!

¿Cómo no he de saberlo?... Y es curioso, Eminencias.

No nos hicimos nunca íntimas confidencias,

y somos como hermanos...

CARDENAL RUFO

¿Confidencias?

CARDENAL MONTMORENCY

¿Qué tiene
de extraño entre nosotros? ¡La muerte presto viene!
Miremos al pasado... Recordemos la vida...
La saudade de un viejo es vereda florida...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Confidencia de amores!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Por qué no se han de hacer?
En toda juventud hay risas de mujer...
Hablando de esas risas, el pasado es presente.
Recordar un amor, es amar nuevamente...
Nadie nos oye ahora...

CARDENAL GONZAGA

¡Eminencia!...

CARDENAL MONTMORENCY

¡El mayor
amor de nuestra vida!...

CARDENAL GONZAGA

(Con sincero pudor tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

(Como quien sueña.)

¡Si; el mayor amor!

CARDENAL GONZAGA

(Como queriendo protestar.)

Mas somos Cardenales...

CARDENAL RUFO

(Entusiasándose.)

El sentimiento humano
en todas partes vive: ¡hasta en el Vaticano!
Porque puede esta púrpura a nuestro amor matar;
¡¡mas nos deja el recuerdo!!... ¡Y amar es recordar!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Gonzaga.)

Que comience el más viejo... Eminencia...

CARDENAL GONZAGA

¡No, no!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

El más joven...

CARDENAL MONTMORENCY

(Excusándose pulidamente en un gesto.)

¡Perdonen!

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

¡Entonces, seré yo!...

(Dudando un instante.)

¿Qué quieren que les cuente?

(Levantando la cabeza, los ojos brillantes, como el que encuentra algún recuerdo.)

La más bella aventura
que imaginarse puedan... Si tuviese aún ternura
mi voz, ¡con qué vehemencia la pudiese contar!...
Eminencias, perdonen si al fin me ven llorar...
Si se escapa una lágrima... ¡Ay, son impertinencias
de viejos!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Como convidándole a comenzar.)

¡Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Después de un ligero saludo a ambos.)

¡Ya comienzo! Eminencias:

A los veintidós años de edad próximamente
fui yo, por gentileza de un hidalgo pariente,
envuelto en mi amplia capa negra con vuelta blanca
a leer leyes y cánones allá por Salamanca.

Era yo un mozalbete espadachín y osado,
manto al hombro, chambergo al viento, espada al lado,
poseedor del instinto; de la frase y del gesto;

Velázquez en el traje, Don Quijote en el resto,
¡muy capaz en mis ímpetus, como suprema hazaña,
de haber desafiado al propio Rey de España!

¡Ay, calcular no puede ahora, Vuestra Eminencia
cómo mi bozo rubio irradiaba insolencia!

No maté en duelo al sol, allá por las alturas,
sólo por no dejar a Salamanca a obscuras!...

Y respecto al amor, como esencia divina,
me quedé en el Don Juan de Tirso de Molina.

Para mi ardiente anhelo, el amor más sentido
moría, aun en flor, una vez poseído...

Odiaba a la mujer, después de conquistada;

No podía sufrir aventuras sin celos;
para mí los amores eran tan sólo duelos...

Batíame al acaso, en fin, por cualquier cosa;

una mujer, un beso, una piedra preciosa,

un lazo que se cae, una flor arrojada,

la gracia de una risa, el don de una mirada...

Al amor sin rivales no le daba importancia...

Para mi todo era violencia y arrogancia:

luchar, vencer, abrirme, en un furioso exceso,

con la hoja de la espada el camino del beso...

Tomarlo por asalto entre ansias y fatigas,

como rojo estandarte, de manos enemigas. .

Así entonces vivíamos todos los estudiantes,

olvidando a Platón y leyendo a Cervantes,

cuando entró de jornada en Salamanca un día,

sobre carros de bueyes, la mejor compañía

de cómicos de España...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una onrisa.)

La de Molière ¿no vió?

¡Admirable, admirable!

CARDENAL RUFO

(Sin inmutarse.)

¡Mas como ésta, no!

¡Ni tan rico tampoco! Produjo una locura
en la Universidad. La primera figura
del bando, era una joven de talle primoroso,
una antigua belleza, un Rubens prodigioso.

CARDENAL GONZAGA

(Tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

De un rubio flamenco la cabecita airosa,
toda en un garavín de seda color rosa,
como un beso de luz, rescendía inocencias.

CARDENAL MONTORENCY

(Extrañando la palabra.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

¡Les pido perdón, si me excedo, Eminencias!
Era tan linda y frágil, que un angel parecía...
Si Dios la pretendiese... ¡a Dios desafiaría!
Ved un angel diciendo ¡naturaleza ciega!,
versos de Calderón y de Lope de Vega.
Se levantó la escena sobre un patio muy viejo,
todo armado, a la hidalga, con damasco bermejo,
y una alfombra real de capas de estudiantes.

(En un desfallecimiento enjugando una lágrima.)

¡Ay, lo que soy ahora! ¡Ay, cómo fui yo antes!
¡Cuánta luz, cuanto fuego la dura vejez robó!
Después, representaron... no sé... *La niña boba...*
Ese poema leve, esa farsa graciosa,
en donde era la flor más prodigiosa...

Iba ya a terminar la representación, cuando escuché a mi lado, en un bando follón de estudiantes, decir con voz ronca y sumida: «El rapto será luego... ¡Después de la salida! ¡Cerca de los blasones!... Al disponerse a entrar en su silla de manos, caeremos al par sobre ella.» Ya no quise saber ni escuchar nada... Desenvainado había medio palmo de espada, mas me contuve. «Luego es mejor dije yo... Cuando acabó la pieza era noch». Cayó la cortina. La silla, esperándole fuera, junto a la vieja puerta de los Blasones, era como un nido infantil de lucido brocado... Cerca, el bando escolar aguardaba embozado. El anillo y la espada solo valen lo que la mano que los lleva, me dije, y me oculté.. Mas siempre es fuerte el brazo cuando la dama es bella... Desenvainé la espada... y en esto asomó ella... Me aproximé en un salto, y en rápidos instantes, yo solo contra una veintena de estudiantes, contra una Facultad, exponiendo la vida, con la espada en una mano y la capa tendida, tajé, ensangrenté, herí, con tal violencia...

(Esgrimiendo el bastón sobre la mesa.)

¡Así, así!

CÁRDENAL MONTMORENCY

(Defendiendo la porcelana y el servicio riquísimo.)

¡Por Dios! ¡Es Sévres, Eminencia!

GARDENAL RUFO

(Sentándose con un gran gesto fanfarrón.)

Y no los maté a todos entonces, en verdad, por no cerrar las puertas de la Universidad.

CARDENAL GONZAGA

(Profundamente admirado.)

¡Solo, solo con veinte! ¡Una lucha sangrienta!

CARDENAL RUFO

¿Veinte?... Treinta, o tal vez, contando bien, cuarenta.

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuése.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

CARDENAL RUFO

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

Nunca a verla volví...

Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...

A ella me acercaría rápida y gentilmente;
y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillaría,
y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría;
y postrándome junto a la puerta dorada,
el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada,

diríale con los ojos llenos de sueños locos;
• ¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos! »

CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera entonces. Ahora es tarde. ¡Si aun hallarla pudiera!...

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien, no es tan sólo bravura, espíritu es también. Esa fuerza sutil, de toda fuerza base, que es el alma del gesto, nobleza de la frase, algo más tenue y fino, fluctuoso y ardiente, que arrodillar nos hace irreflexivamente; vence, perturba, infiltra, y al brotar de la boca, viste de seda y oro la confesión más loca. ¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia? ¡Una pasión brutal o una impertinencia, sin pureza, sin todo aquello que resume en un beso la vida y el alma en un perfume! Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa, pues si es fina la espada, la frase es más intensa. Una sutil escuela de esgrima delicada: nos busca el corazón la frase, cual la espada, y al herir se deshace en mil piedras preciosas, cual los rayos del sol cuando hieren las rosas... ¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer, hace más el espíritu, pues vence a la mujer! En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví, era lo que aun hoy son las de Montmorency: un gran espiritual león de nobleza, cabellera anillada, gola a la genovesa, paseando orgulloso, todo sedas triunfales, de los duques de Maine, los salones feudales. ¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor! ¡Qué lejos!... Cierta día, el viejo Philidor tocaba sobre el clave un lindo minuete... un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

(Queriendo recordar y cantando.)

La-rí, la-rá, larí...

(Suspirando el canto tristemente.)

No me acuerdo bastante...

¡Todo pasa!

(Intentando de nuevo recordar.)

La rí... Alguien en este instante,
una linda mujer, que yo había encontrado
a veces en Versalles, en su coche dorado,
la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro,
pasó en un lindo gesto su mano por mi hombro,
y dijo con acento desdeñoso: «Marqués,
os odio.» Sonreí... Y por segunda vez:
«Os detesto.» Aun reí dulcemente... Eminencias,
una mujer bonita que nos dice insolencias
es la cosa más bella, galante y deliciosa
que puede imaginarse. Es como si una rosa
lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada,
contra el ala de sol de una abeja dorada...
Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!»
Ya no reí... En el clave, el viejo Philidor
tocaba el minuete...

(Queriendo aún acordarse. Con una gran expresión dolorosa.)

¡Tanto tiempo ha pasado,
que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!...
Los años... No recuerdo...

(Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.)

Recordarlo tal vez
consiga en el teclado de este clave holandés.

(Hiriendo las teclas con la mano izquierda, de pie. Mientras
toca, continúa hablando con los Cardenales.)

La rí, la-rá... ¡Entonces, decidme, Eminencias!
Me compuse el cabello, hice dos reverencias
a la antigua, un pie atrás y la mano en la espada,
y curvándome ante mi enemiga dorada,
le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora!
No me detestará dentro de media hora.»
Danzamos el minuete... Ella, era singular,
me daba la ilusión de un encaje al danzar,
un encaje ligero, Sajonia transparente,
donde iban a posarse, perturbadamente,
como enjambre de oro, espiritual y leve,
la sutil ironía y el epigrama breve,
frase a lo Mirabeaux, ardiente y complicada,
lo eterno casi todo—apenas casi nada,—
espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

(Al Cardenal Rufo, que está más cerca.)

¡No sé precisamente lo que dije, Eminencia!
Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa,
fugaz galantería o perfume que pasa,
poema todo rosas, apasionado y blando,
la elocuencia de amores que la mujer prefiere,
que vence si se humilla y besa cuando hiere...

La-rí, la... Terminó la música por fin...

Media hora después, solos en el jardín,
la Embajadora de Austria, apasionada y loca,
uniendo con la mía su pequeñina boca,
me dijo sonriendo: «¡Os adoro, Marqués!»

¡El espíritu había triunfado aún otra vez!

Y mientras Philidor, junto al clave...

(Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.)

No sé...

(Después de una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicornio a tocar.)

La-rí-rá... ¡El minuetel... Por fin lo recordé.

La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO

(Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.)

Vuestra Eminencia

perdone si le digo alguna impertinencia.

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose del clave.)

¡Linda música!... ¿Dice?

CARDENAL RUFO

(Sonriendo.)

Es que para vencer
en tan florido juego a una simple mujer
es mucho media hora... ¡Es el parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO

El espíritu es siempre más tardío...

¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos
vencí yo con mi espada en dos o tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía)

Si siguiese a la cómica... Su Eminencia vería...
Como pasaba media hora y no la vencía.

(Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.)

Su Eminencia ¿qué dice?

CARDENAL RUFO

(Acercándose al Cardenal Gonzaga y tocándole las espaldas.)

¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

(Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión transfigurada.)

¡Qué diferentemente se ama en Portugal!
Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...
Amor es corazón, amor es sentimiento...
Una lágrima, un beso, un dulce repicar...
Dos novios de rodillas, que se van a casar...
¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora,
y siendo triste, canta, y siendo alegre llora!
El amor, sencillez que consuela y que besa...
¡Oh, cómo sabe amar la genta portuguesa!...
Tejer del sol un beso, y desde tierna edad,
el amor en el beso, unir a la amistad,
en un anhelo casto y en una estima sana,
sin saber distinguir la novia de la hermana...
Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas,
como si en comunión se entendieran las rosas,
cual si todo el amor fuese uno solamente...
¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!...

CARDENAL RUFO

¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA

También he amado...

¿Se puede allá vivir sin haber adorado?
Sin sentir en el alma,—¡oh, poderla aún sentir!—
una saudade en flor que llora al sonreír.
¡Sí, amé! Yo tenía apenas quince abriles,
y ella trece. Un amor de seres infantiles,
como nube de oro al abrir la mañana...
Ella era mi primita... Era casi mi hermana...
Bonita no sería... Más ¡qué dulce expresión!
La gente se decía en plena población:
«El señor Mayorozgo no hallará igual esposa,
ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»
Y cuando, en nuestros juegos, junto a mí la veía,
rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!
¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar,
nos quedábamos fijos, mirándonos al par,
todos llenos de sol, la frente ruborosa...

(Con una gran expresión de dolor.)

Era fea, tal vez, ¡mas Dios la encontró hermosa!
Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!

(En una rebeldía angustiosa.)

Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió?
¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose para sostenerlo.)

¡Valor!

CARDENAL RUFO

(Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.)

¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA

¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!

(Cayendo sobre la mesa sollozante.)

¡Que mi vida era ella el Señor no lo sabía!
Pensó que de un amor otro amor surgiría,
y matéme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Eminencia!

CARDENAL GONZAGA

¡Al final,
fué ese ángel al morir quien me hizo Cardenal!

(Exaltándose y cayendo postrado luego.)

¡Y hoy sirvo a Dios, al mismo Dios que me la robó!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency, limpiándose una lágrima, mientras suenan las once en el Vaticano.)

¡De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|--|----------------------------|
| La Princesa del Dollar | La cizaña |
| La Ola gigante | Entre ruinas |
| El señor Conde de Luxemburgó | La vida es sueño |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | Sabotage |
| El Sol de la Humanidad | Pasa la ronda |
| Zazá | Magda |
| Mujeres Vienesas | El Papá del Regimiento |
| Hamlet | El Alcalde de Zalamea |
| Giordano Bruno | Los dos pilletes |
| El nido ajeno | D. Juan de Serrallonga |
| El Rey | El Rey Lear |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | Espectros |
| Los Miserables | Las Cigarras Hormigas |
| La ladrona de niños | El Registro de la Policía |
| Los dioses de la mentira | El vergonzoso en Palacio |
| Cristo contra Mahoma | La Fuerza de la Conciencia |
| Juventud de Príncipe | Aurora |
| Juan José | Eva |
| La sociedad ideal | El Bufón |
| | El Cuchillo de Plata |
| | Nick Carter |
| | La Cena de los Cardenas |
| | ¡Justicia Humana! les |
- Seguirá la obra

EL SEÑOR FEUDAL

Drama en tres actos y en prosa, de

DON JOAQUÍN DICENTA

1

¡JUSTICIA HUMANA!

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

3 ¡JUSTICIA HUMANA!

CUADRO DRAMÁTICO, EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado con gran éxito en el «Teatro Romea», de Barcelona, la noche
del 15 de Mayo de 1897



pp. 1 - 22

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

A Enrique Borrás

*Al inimitable intérprete
de este cuadro dramático*

Su amigo del corazón,

José Pablo Rivas

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

BLANCA	Doña Concepción Llorente
JUAN, el reo	Don Enrique Borrás
CONFESOR DE LA CÁRCEL . .	» Carlos Rubio
HERMANO DE LA CARIDAD . .	» Jaime Borrás
PERIODISTA 1.º	» Lluís Llibre
IDEM. 2.º	» Federico Fuentes
EL VERDUGO (no habla). . . .	» N. N.

Director artístico: DON ENRIQUE BORRÁS



ACTO UNICO

Capilla en la cárcel. A la derecha y en el fondo, formando esquina, una ventana con gruesos barrotes de hierro. En el centro un oratorio cubierto de negro, con un Crucifijo y dos blandones de cera. A la izquierda, en segundo término, un catre, sobre el cual al descorrerse el telón aparece Juan durmiendo. Sillas de madera. El autor ruega que se observe en los pormenores toda la realidad posible. El cuadro comienza una hora antes del alba.

ESCENA PRIMERA

JUAN durmiendo sobre el catre. PERIODISTA 1.º a su lado y con los brazos cruzados observándole tristemente. A poca distancia el HERMANO de la Caridad

HERM. Duerme.

PER. 1.º ¡Y mucho!

HERM. Sí.

PER. 1.º Mañana

cuando el alba, mensajera
de la luz del nuevo día,
rompa las nocturnas nieblas,
alumbrará su cadáver
como una antorcha siniestra;
una muchedumbre estúpida
de emociones avariata,
vendrá a verle ejecutar
en son de algazara y fiesta;
luego el garrote, esa lucha
misteriosa, honda y suprema

entre la muerte y la vida,
entre el alma y la materia;
después nada... sombra... olvido...
la soledad de la huesa;
de que pasó por el mundo
ni un triste resto siquiera. (Pausa breve.)
¡Y es muy joven!

HERM. ¡Ya lo creo!

Treinta años escaso cuenta.

PER. 1.º En lo mejor de su vida. (Pausa.)

¿Y qué ceguedad funesta
le impelió al crimen?

HERM. El hambre;

lo que a tantos.

PER. 1.º ¡La miseria!

Hidra pavorosa, esfinge
que está sobre la conciencia
de nuestro siglo, hondo caos
de fulgores y tinieblas,
como espada de Damocles
eternamente suspensa.

¿Y la humana ley se cree
justa, infalible, sin mengua,
porque sus yerros castiga
con esa bárbara pena?

¡Quién sabel... (Meditabundo.)

HERM. ¡Este hombre está loco!

PER. 1.º ¿Acaso, mejor no fuera
que castigar sus delitos
prevenir sus consecuencias? (Pausa.)

¿Es soltero?

HERM. No; casado

y con tres hijos.

PER. 1.º ¡Qué llena

de oprobio y de sinsabores
la vida que les espera! (Pausa.)

Yo no sé por qué este hombre
me cautiva y me interesa;
no advierto en su frente noble
del crimen las rojas huellas.

ESCENA II

PERIODISTA 1.º, PERIODISTA 2.º por la derecha. El HERMANO de la Caridad sale por la derecha a los pocos segundos

PER. 2.º ¡Hola, Eugenio!
PER. 1.º Tú aquí, Enrique?

PER. 2.º Sí, la misión de la prensa
me trae seguramente
como a ti.

PER. 1.º (Con amargo sarcasmo.)
Sí, es cierto. ¡Es esa
nuestra misión!

PER. 2.º ¿Qué te pasa?

PER. 1.º (Señalando al reo)

Mira.

PER. 2.º ¡Cómo duerme!

PER. 1.º Observa
a ese hombre que va a morir,
Enrique, y en tu cartera
apunta sus pulsaciones;
si duerme, si llora o reza,
si sereno y resignado
aguarda su hora postrera,
o si con alma cobarde
se angustia, desmaya y tiembla;
espía con hondo anhelo,
de su agonía las huellas
en su rostro; sus menores
acciones malas o buenas;
sus palabras y suspiros,
sus lágrimas y sus quejas;
profana su último sueño
con miradas indiscretas.

PER. 2.º ¿Y bien?

PER. 1.º ¡Es nuestra misión:
interroga a tu conciencia!

PER. 2.º Chico, nada me reprocha.

PER. 1.º ¿No?

PER. 2.º ¡Pues, si la vida es esa!
Unos ríen y otros lloran,

unos gozan y otros penan,
el bueno vive, y es justo
que el malo castigo tenga.
Y además yo aquí no vengo
por mi gusto.

PER. 1.º

¡Verdad!

PER. 2.º

Piensa

que es mi deber como el tuyo,
y que minuciosa cuenta
tenemos que dar mañana
de la ejecución siniestra
Cierto. Tenemos que hartar
la curiosidad famélica
de la opinión, ¡meretriz
infame que no respeta
ni el sagrado de la muerte,
ni el pudor de la conciencia!

PER. 1.º

(Se oye una especie de ruido confuso en el exterior,
cual si fuese el murmullo del mar.)

PER. 2.º

¿Qué es eso?

PER. 1.º

(Llevándole a la ventana.)

¿Oyes esos gritos?

¿Ves esa humana colmena
que vaga informe en las sombras,
desenfrenada y colérica,
como las olas del mar
que la tempestad encrespa?

PER. 2.º

Sí.

PER. 1.º

¿Oyes ese ruido?

¡Es el pueblo que a estas puertas
se agolpa, empuja y que ruje
con ardorosa impaciencia,
es la hiena sanguinaria
que carne humana olfatea;
es que su ración aguarda
rugiendo de hambre la fiera!

PER. 2.º

(Apartándose de la ventana.)

¡Oh, es horrible!

JUAN

(Despertándose.) ¡Ay!

PER. 1.º

¡Espantoso!

¿Oyes?

PER. 2.º

Sí; el reo despierta.

PER. 1.º

Vamos de aquí; no turbemos
su meditación postrera.

(Salen por la derecha.)

ESCENA III

JUAN

JUAN

¡Oh! ¡maldición!... ¡Era un sueño!
Mío el espacio azulado...
¡Y despierto encarcelado
en recinto tan pequeño!! (Pausa breve.)
Atmósfera embalsamada;
puro y sereno el ambiente:
mece el aura blandamente
las hojas de la enramada;
ya de su invernial desmayo
despertaba Primavera,
y el sol sobre la pradera
vibraba su primer rayo.
Rojas las cumbres vecinas
a sus vivos resplandores,
aparecían de flores
esmaltadas las colinas.
Un leve susurro arranca
a las hojas brisa leda,
y, yo, bajo la arboleda
del brazo iba con mi Blanca,
libre, alegre, sin dolor,
duelos, angustias ni enojos,
bebiendo en sus negros ojos
todo el fuego del amor.
Mas fué ilusión. ¡Cruel mentir
del cual el sueño me arranca!
¡No está a mi lado mi Blanca!
¡Y yo, yo voy a morir!

(Se levanta con violencia.)

¡Oh vil prisión execrada!

(Se dirige a la ventana y sacude la reja fuertemente.)

¡Y no he de romper mi encierro!

¡¡Maldición!! ¡¡Doquiera hierro!!

¡¡Soy una fiera enjaulada!!

(Vuelve al centro del escenario y dice los siguientes versos como en son de rebelión y protesta contra las leyes sociales.)

¿Y esos hombres intachables
que entre hierros me encadenan,
y que a muerte me condenan
se creen irresponsables?

¿No tienen ellos y el juez,
que quizás después lo llore,
una esposa a quién adore?

¿No tienen hijos tal vez?

(Pausa breve. De pronto se oyen los martillazos de los obreros que levantan el cadalso en el patio de la cárcel.)

¡Oh! ¡ese fúnebre ruido!

¡Sí, son ellos! Ya levantan,
mientras entre dientes cantan,
el tablado maldecido.

Sobre él, por no transigir
con mi suerte desdichada,
ante una chusma agrupada
me llevarán a morir.

¡Callad, martillos crueles
de mi fosa cavadores,
no despertéis mis rencores
de mi tumba en los dinteles!

¡Enmudeced por favor
si no queréis que perezca,
antes que el día amanezca,
de amargura y de terror!

(Cae abatido en una silla al lado del catre y abismado en sombrías meditaciones.)

ESCENA IV

JUAN, en la misma actitud del final de la escena anterior. EL CONFESOR de la cárcel y EL HERMANO de la Caridad por la derecha.

CONF. ¿Qué tal el reo?
HERM. Ha dormido
mucho, padre.
CONF. ¡Desgraciado!
Fué su sueño...
HERM. Reposado.
Miradle. (Señalando al reo.)
CONF. ¡Cuán abatido!
Que nadie pase el dintel.
HERM. Será la orden bien guardada.
¿Se le ofrece a usted algo?
CONF. Nada.
Déjame a solas con él.
(El Hermano de la Caridad sale por la derecha.)

ESCENA V

JUAN, en la misma actitud de las dos escenas anteriores EL CONFESOR de la Cárcel

CONF. (Tocándole suavemente en el hombro.)
¡Juan!
JUAN (Volviendo a la realidad bruscamente.)
¡Eh! ¿Quién va?
Yo.
¿Usted, padre?
CONF. Sí, hijo. ¿Sufres?
JUAN ¡Mucho! pues
pensaba en ella, y después
pensaba en mi pobre madre.
CONF. ¿Aun vive?
JUAN Sí.
CONF. ¡Pobre anciana!
JUAN Mi muerte será su muerte.

- ¿Verdad que es cruel la suerte
y más la justicia humana?
- CONF. No, Juan, no; tu frente inclina
a los decretos del cielo;
es la justicia del suelo
reflejo de la divina.
- JUAN ¿Y no hay esperanza?
- CONF. ¡En Dios!
- JUAN ¡Es tan hermosa la vida!
¡Cuán llorada y cuán querida
al darle mi último adiós!
- CONF. De tu mente el mundo arranca;
piensa que vas a morir.
- JUAN ¡Quisiera, padre, vivir
para el amor de mi Blanca!
- CONF. En tu Dios los ojos fijos,
cuéntame, Juan, tu querella.
- JUAN (Golpeándose la frente.)
¡Si no tengo aquí más que a ella
y a la imagen de mis hijos!
- CONF. Déjame, Juan, que con calma,
esa conciencia examine.
- JUAN ¡Qué luz habrá que ilumine
la negra noche de mi alma!
- CONF. (Con solemne acento.)
¡La del cielo! Pecador,
ponte ante tu Dios de hinojos,
fijos el alma y los ojos
(Mostrándole el Crucifijo.)
en su signo de dolor.
- JUAN (Cayendo de hinojos ante el Crucifijo.)
¡Perdón!
- CONF. (Levantándole.) Cuéntame tu mal.
Tu Dios es clemente y pío.
¡En su nombre!
- JUAN Padre mío,
he sido muy criminal.
(Pausa. Juan hace como si recogiese y agrupase
sus recuerdos.)
No recuerdo cuándo fué
ni cómo; tan solo sé
que hubo un tiempo, padre mío,

en que fui libre y gocé
entre el humilde gentío.
Pobre era; pero dichoso
y trabajando, a destajo,
buen padre y amante esposo,
vivía de mi trabajo
ni envidiado ni envidioso.
Nuestro hogar, ¡bondad divina!
era un edén sin dolor.

¿Dó la dicha no germina
con esa luz del amor
que hasta un infierno ilumina?
Mas la ventura no es terca
en esta vida sin calma
que siempre al mal nos acerca;
¡cuánto más el mar se encalma
está el temporal más cerca!

Tras ardiente discusión
tuve un día una reyerta
con mi amo, y sin dilación,
dió término a la cuestión
señalándome la puerta.
De calle en calle al azar,
sin un norte en mi camino,
como un ebrio empecé a andar,
y harto de correr sin tino
llegué rendido a mi hogar.

Como siempre, me esperaba
Blanca cosiendo a la lumbre
que nuestro hogar alegraba,
y en labios que tanto amaba
grabé el beso de costumbre.
Nuestra hija, la más pequeña,
durmiendo en su pobre cuna
se sonreía halagüeña...

¡Sarcasmos de la fortuna
que al abismo nos despeña!
Los otros dos gorjeando
como alados pajarillos
estaban jugueteando,
y al verme entrar ¡pobrecillos!
fueron mi mano besando.

Pálido, lívido, inerte,
llevaba yo en mi semblante
una honda expresión de muerte,
y en él mi Blanca, al instante,
leyó nuestra horrible suerte.
En vano busqué sin tino
donde ganarme el sustento;
cerrado todo camino,
reudido de desaliento,
doblé mi frente al destino.
Pasó toda una semana
sin luz, sin pan, sin abrigo...
Viendo la muerte cercana,
¡como a implacable enemigo
maldije a la raza humana!

(Pausa breve.)

Era una noche muy fría
triste, pavorosa, oscura,
el relámpago lucía,
y del cielo la negrura
con cárdena luz teñía.
Los hijos de nuestro amor:
¡padre, quiero pan! decían:
con acentos de dolor,
y sus gritos se perdían
de los truenos al fragor;
Blanca, el cabello deshecho,
pálida, mas siempre hermosa,
fuese de la niña al lecho
su seno a darla amorosa,
¡mas seco estaba su pecho!
Al ver a su hija perdida
lanzó un grito sin consuelo
y ¡ella! la luz de mi vida,
mi amor, mi encanto, mi cielo,
increpóme enfurecida.
Entonces, yo loco y ciego
eché a correr sin sosiego.
¡Llevaba en mi mente oscura,
de la noche la negrura
y del rayo todo el fuego!
Lo que anduve no lo sé:

JUAN Gracias, padre. (Se levanta.)
CONF. Ten valor.
JUAN No me falta.
CONF. Dios lo quiera.
JUAN Padre... (Vacilando.)
CONF. Habla.
JUAN El postrer favor.
 Por última vez quisiera
 ver al dueño de mi amor.
CONF. Tu deseo ha prevenido.
 Vas a verla.
JUAN ¡Qué ventura!
CONF. Hace poco que ha venido.
JUAN ¡Qué luz celeste ha lucido
 en medio de mi amargura!

ESCENA VI

JUAN, EL CAPELLÁN de la Cárcel. BLANCA por la derecha vestida
pobrementemente de negro.

BLAN. ¡Juan!
 (Corriendo hacia él.)
JUAN Por fin al cielo plugo.
BLAN. (En sus brazos.)
 ¡Mi amor!
JUAN ¡Mi vida! ¡Mi Blanca!
BLAN. ¡Quién de tu lado me arranca!
CONF. (¡Infelices!)
JUAN (Con sombrío acento.)
 ¡El verdugo!
BLAN. ¡Ah!
JUAN ¿Ves, Blanca, esa capilla?
 ¿ves ese paño enlutado
 y ese cirio ya agotado
 que con trémula luz brilla?
 ¿Ese rudo y tosco leño
 de la Imagen venerada?
 Esta es, Blanca, la morada
 dó se duerme el postrer sueño.
BLAN. ¿Pero esa inhumana grey

- JUAN no conoce la piedad?
He herido a la sociedad
y me castiga la ley.
- BLAN. Però, ¿y tus hijos?... ¿y yo?
¡Que el mismo golpe nos hiera!
- JUAN Es justo que a hierro muera,
aquel que a hierro mató.
- BLAN. ¡Oh, no, Juan!...
- CONF. (¡Esto es horrible!)
- BLAN. ¿No les conmuevo mi pena?
- JUAN Ya lo ves, la ley lo ordena.
- BLAN. ¡Huye conmigo!
- JUAN ¡Imposible!
- BLAN. (Con delirio.)
¡Desafío su furor!
- JUAN Tarde tu enojo se enciende.
- BLAN Soy leona que defiende
a la prenda de su amor.
- JUAN ¡Blanca! (Calmándola y acariciándola.)
- BLAN. ¡Muramos los dos!
- JUAN No pierdas el tiempo en varo
piensa por Dios soberano,
que este es el postrer adiós.
¿Y mis hijos?
- BLAN. (Señalando a la derecha.)
No vendrán.
- JUAN Tener que morir sin verlos.
- BLAN. ¡Dios mío!
- JUAN Voy a perderlos.
¡Sin su padre, qué serán!
- BLAN. ¡Blanca!
- JUAN (Llorando.) Habla... di... Que tu amor
les proteja, alma querida...
al ir a dejar la vida
me acosa un fiero dolor.
De vosotros, ¿qué será?
Piensa en ti.
- CONF. Confío en vos.
- JUAN ¡Amparadlos!
- (Señalando a Blanca. En este momento una tenue

claridad, la del alba, comienza a iluminar vagamente la escena.)

BLAN. (Con angustia y terror.) ¡Santo Dios!
Ya pronto amanecerá.

JUAN (Mirando hacia la ventana.)
Sí, ya asoma en el Oriente
la aurora; ya de las aves
se oyen los trinos suaves
en el purísimo ambiente.
¡Y no he de ser tir, Señor,
este dolor sin medida,

(Señalando al patio de la cárcel.)
si allí me arrancan la vida

(Señalando a Blanca.)

y aquí me dejo el amor!

Ya van a venir.

BLAN.

JUAN

¡Qué hacer!

¡No hay remedio!

(Con terror creciente.) Pasos siento.

Juan, ya vienen.

BLAN.

CONF.

JUAN

Un momento.

(Pausa breve. Juan pasa el brazo derecho por la cintura de Blanca. Los dos forman un grupo apretado y tiernísimo.)

Ven a mí, pobre mujer,
lo que más amé en el mundo.

(Profunda emoción y sollozos en todos los personajes.)

Ya no hay para mí consuelo.

Vuelve los ojos al cielo;

yo, ya soy un moribundo.

BLAN.

JUAN

ESCENA VII

JUAN y BLANCA formando el mismo grupo. El CONFESOR, EL VERDUGO, PERIODISTA 1.º, HERMANO de la Caridad. El verdugo, cruzado de brazos, se queda al umbral de la puerta

JUAN

¡Oh! ¡Tan pronto!

(Se recomienda mucho al actor el estudio y la interpretación de este grito.)

- BLAN. (Llena de terror y desprendiéndose de los brazos de Juan al ver al Verdugo.)
¡Juan!... ¡Ese hombre!
- JUAN ¡Es él!
- HER. La justicia espera.
- BLAN. (Amparando a Juan con sus brazos.)
¡Juan!
- JUAN ¡Un instante siquiera!
- BLAN. ¡No hay piedad!
- CONF. ¡De Dios en nombre!
- JUAN ¡Adiós, Blanca!
- (Abrazándola estrechamente. Así permanecen algunos momentos. Se escuchan los hondos sollozos de ambos. Luego se desprende bruscamente de Blanca.)
- BLAN. (En brazos de Juan.)
¡Mi consuelo!
- JUAN ¡Adiós, hijos! (Dirigiéndoles un adiós espiritual.)
- BLAN. ¡Ay!
- (Al verdugo.) ¡Cruel!
- ¡Mátame también con él!
- JUAN (Ya en el umbral de la puerta, seguido del Verdugo y del Confesor, se vuelve a Blanca.)
¡Hasta nunca!
- BLAN. ¡No! ¡Hasta el cielo!
- (Salen por la derecha Juan, el Verdugo y el Confesor. En este momento se oye la salve entonada por todos los presos de la cárcel. Por poco que se pueda el autor ruega que no se prescinda de este requisito.)

ESCENA ULTIMA

BLANCA, el PERIODISTA 1.º y el HERMANO de la caridad.
Cesa la salve. La claridad ha ido aumentando gradualmente

- BLAN. ¡Juan! ¡Juan! ¡Ah!
- (Abalanzándose a la reja. Vuelve después al centro del escenario delirante, loca de terror y representa una figura trágica y desoladora.)

HER. ¡Suerte inhumana!

PER. 1.º ¡Pobre esposa!

HER. ¡Pobre madre!

BLAN. ¡Hijos, ya no tenéis padre!

PER. 1.º (Con los brazos cruzados, sarcásticamente mientras contempla la figura doliente de Blanca.)

¡Y esta es la justicia humana!

TELÓN

131414 LS.C
B5826

Author Teatro Mundial

Title Obras Publicadas, vol. 4, nos. 31-40

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

